

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN  
ORTEGA Y GASSET**

**Programa de Doctorado  
GOBIERNO Y ADMINISTRACIÓN PÚBLICA**



**TESIS DOCTORAL**

**Populismo, un análisis histórico y comparado  
de Argentina, Brasil y Venezuela**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

**Mario Poblete Vásquez**

Directores

**Carlos Cousiño Valdés**

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

**Ismael Crespo Martínez**

UNIVERSIDAD DE MURCIA

Madrid, 2016



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE  
MADRID



FUNDACIÓN  
INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN  
JOSÉ ORTEGA Y GASSET

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID  
INSTITUTO UNIVERSITARIO DE INVESTIGACIÓN  
ORTEGA Y GASSET

Programa de Doctorado

GOBIERNO Y ADMINISTRACIÓN PÚBLICA

Título de la Tesis Doctoral

**POPULISMO. UN ANÁLISIS HISTÓRICO Y COMPARADO  
DE ARGENTINA, BRASIL Y VENEZUELA**

Doctorando

**MARIO POBLETE VÁSQUEZ**

Directores de la Tesis

**DR. CARLOS COUSIÑO VALDÉS**  
**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE**

**DR. ISMAEL CRESPO MARTÍNEZ**  
**UNIVERSIDAD DE MURCIA**

Madrid, 2015



## **AGRADECIMIENTOS**



A diferencia –y en comparación– a lo que comúnmente se escribe en estas secciones, debo señalar que el proceso de elaboración de esta tesis doctoral ha sido profundamente agradable y lleno de regocijo. También me ha permitido lograr un anhelado crecimiento intelectual, trayendo por añadidura una importante realización personal. Todo esto en torno a un trayecto bastante arduo y no menos extenso.

Efectivamente, ha sido un largo camino en mi intento por desentrañar el populismo latinoamericano, en el cual he recibido la colaboración de diversos académicos. Por ello es que agradezco en primer lugar a Eduardo Valenzuela Carvallo, actual Decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica de Chile (PUC), quien me guiara en mis primeros retos frente a este fenómeno social, durante mi estadía en el posgrado en sociología de dicha universidad, hace ya más de una década. Mis agradecimientos se extienden también a Kirk Andrew Hawkins y Alejandro Groppo. El primero, profesor de Ciencia Política de la Brigham Young University (BYU), quien además de permitirme participar en su novedosa investigación sobre discurso populista, durante el año 2010, fue un importante apoyo todo el tiempo que me desempeñé como académico visitante en BYU. Mientras que el segundo, al tiempo que comenzaba mis estudios de doctorado en 2009, me abrió una puerta a un campo teórico hasta ese entonces desconocido, como son las teorías del discurso.

Huelga señalar que dentro de mis agradecimientos no pueden estar ausentes los directores de esta tesis. A Carlos Cousiño Valdés, ex profesor del Instituto de Sociología de la PUC y quien fuera uno de mis primeros profesores cuando comenzaba la universidad, le agradezco su profunda dedicación y cabal profesionalismo como guía, y que con sus certeras reflexiones en torno a mis textos, contribuyó sustancialmente al logro de esta investigación. Asimismo, agradezco a Ismael Crespo Martínez, profesor de Ciencia Política de la Universidad de Murcia y de la Fundación Ortega y Gasset, por la confianza depositada en mí, su permanente asistencia durante el período del doctorado, además de todo el apoyo académico brindado.

Finalmente, mi gratitud se extiende a tres instituciones: la Fundación Ortega y Gasset, la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, y la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Católica de Córdoba. Al igual que para mis compañeros y académicos del programa de doctorado, y a todo el resto de investigadores del populismo que conocí en esta etapa.



## CONTENIDO

<b>AGRADECIMIENTOS .....</b>	<b>3</b>
<b>CONTENIDO .....</b>	<b>7</b>
LISTADO DE FIGURAS .....	11
<b>ABSTRACT .....</b>	<b>17</b>
1. A SOCIOLOGY OF PRESENTNESS.....	20
2. TOWARD A COMPARATIVE-HISTORICAL ANALYSIS OF LATIN AMERICA POPULISM.....	22
<b>RESUMEN .....</b>	<b>25</b>
1. UNA SOCIOLOGÍA DE LA PRESENCIA.....	28
2. HACIA UN ANÁLISIS HISTÓRICO-COMPARADO DEL POPULISMO LATINOAMERICANO .....	30
<b>INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>33</b>
CAPÍTULO I. ALTERNATIVA A LOS ENFOQUES SOBRE LOS POPULISMOS ...	35
1. ANÁLISIS HISTÓRICO-COMPARADO .....	38
2. CONCEPTUALIZACIÓN Y VARIABLES .....	46
3. ¿POR QUÉ ARGENTINA, BRASIL Y VENEZUELA? .....	51
4. DESARROLLO DEL TEXTO .....	57
<b>PRIMERA PARTE. POPULISMO Y SOCIOLOGÍA DE LA PRESENCIA.....</b>	<b>59</b>
CAPÍTULO II. DECODIFICANDO TEORÍAS (I): POPULISMO ESTRUCTURAL...	61
1. EL POPULISMO COMO ESTRUCTURA.....	63
2. EL ESTADO POPULISTA .....	67
3. TEORÍA DE LA DEPENDENCIA Y POPULISMO .....	70
4. LA MACROECONOMÍA DEL POPULISMO.....	73
5. NIVELES ESTRUCTURALES DEL POPULISMO .....	79
CAPÍTULO III. DECODIFICANDO TEORÍAS (II): POPULISMO DISCURSIVO ....	83
1. DISCURSO POPULISTA.....	84



2. LOS MÉTODOS DE ANÁLISIS Y SU APLICACIÓN	
AL FENÓMENO DEL POPULISMO .....	88
A) Posmarxismo .....	94
B) Entre lo cuantitativo y lo cualitativo.....	99
C) Una perspectiva de análisis de contenido .....	101
3. ESTRUCTURA, DISCURSO Y LIDERAZGO .....	102
CAPÍTULO IV. SOCIOLOGÍA DE LA PRESENCIA (I): LA COMUNIDAD .....	107
1. ANTECEDENTES PARA EL ANÁLISIS DE LA COMUNIDAD.....	115
2. LA COMUNIDAD .....	121
3. LA MICROSOCIOLOGÍA DE LOS CÍRCULOS SOCIALES .....	127
4. EL MUNDO DE LA VIDA COTIDIANA .....	132
5. HACIA UNA SOCIOLOGÍA DE LA PRESENCIA (RECAPITULACIÓN) .....	139
CAPÍTULO V. SOCIOLOGÍA DE LA PRESENCIA (II): LA CONCRECIÓN	
DEL VÍNCULO SOCIAL .....	143
1. EL DON .....	146
2. EL GASTO: ¿SACRIFICIO O DONACIÓN? .....	153
3. EL POPULISMO COMO VÍNCULO SOCIAL.....	157
<b>SEGUNDA PARTE. SOBRE LOS ORÍGENES Y CAUSAS DEL POPULISMO ....</b>	<b>161</b>
CAPÍTULO VI. LOS ORÍGENES COLONIALES (I): TRABAJO Y RELIGIÓN	
COMO DIMENSIONES DEL ENCUENTRO CULTURAL .....	163
1. DIMENSIÓN DEL ENCUENTRO CULTURAL (I): EL TRABAJO TRIBUTARIO	
Y LA CORONA COMO REPRESENTACIÓN DEL TODO SOCIAL.....	166
2. DIMENSIÓN DEL ENCUENTRO CULTURAL (II): LA EVANGELIZACIÓN	
CON ACENTO RITUAL.....	177
CAPÍTULO VII. LOS ORÍGENES COLONIALES (II): LA HACIENDA	
LATINOAMERICANA.....	191
1. LAS ZONAS GANADERAS DE FRONTERA Y LOS HOMBRES A CABALLO.....	207
CAPÍTULO VIII. POPULISMO LATINOAMERICANO	
EN PERSPECTIVA HISTÓRICA.....	219
1. LAS TRAYECTORIAS DE DEPENDENCIA .....	222
2. ORÍGENES: APARICIÓN DEL ETHOS Y CONTINUIDADES CULTURALES .....	226

A) Los eventos reactivos de la cadena histórica .....	230
3. CAUSAS: TRANSFORMACIONES SOCIALES EN UNA ÉPOCA COYUNTURAL	231
A) Cambios en la estructura demográfica.....	232
B) Crisis económica de la oligárquica .....	233
C) Crisis política de la oligarquía .....	235
D) Crisis del patrón cultural .....	240
4. EL FACTOR CATALIZADOR: LIDERAZGO POPULISTA .....	243
5. OPERACIONALIZACIÓN DEL POPULISMO.....	247
A) Estructura populista .....	248
B) Discurso populista .....	259
CAPÍTULO IX. SITUACIÓN ESTRUCTURAL PRECEDENTE (I):	
DEMOGRAFÍA Y ECONOMÍA.....	263
1. CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA DEMOGRÁFICA.....	263
A) Inmigración extranjera.....	264
B) Concentración Urbana.....	271
2. CRISIS DEL MODELO ECONÓMICO DE LA OLIGARQUÍA Y LA GRAN DEPRESIÓN.....	275
3. LA ANTESALA DEL CHAVISMO: AJUSTES NEOLIBERALES .....	280
4. LA EQUIFINALIDAD DE CONDICIONANTES SIMILARES .....	290
CAPÍTULO X. SITUACIÓN ESTRUCTURAL PRECEDENTE (II):	
LA CRISIS DE INSTITUCIONALIDAD DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS .....	293
1. ENSANCHAMIENTO DEL PADRÓN Y AUMENTO DE LA PARTICIPACIÓN ELECTORAL .....	293
2. REGULARIDAD DE LOS MODELOS DE COMPETENCIA: VOLATILIDAD ELECTORAL .....	299
3. VÍNCULOS CON LA CIUDADANÍA .....	308
4. LEGITIMIDAD CONCEDIDA .....	311
5. DEBILITAMIENTO DE LA INSTITUCIONALIDAD DE LOS PARTIDOS: CAUSA Y CARACTERÍSTICA DEL POPULISMO .....	317
CAPÍTULO XI. SITUACIÓN PRECEDENTE (III):	
LOS ACTORES POLÍTICOS EN PUGNA .....	321
1. LA IGLESIA: ENTRE EL CONSERVADURISMO Y EL PROGRESISMO .....	322
A) La tardía renovación del catolicismo argentino.....	323
B) Diversidad de estrategias católicas frente a la oligarquía y al populismo brasileños .....	327

C) El liberacionismo chavista versus al catolicismo episcopal venezolano .....	331
D) Iglesia y populismo en perspectiva comparada .....	335
2. LA HETERONOMÍA DEL MOVIMIENTO OBRERO .....	340
A) Represión, división y cooptación sindical en Argentina.....	340
B) Brasil: el comunismo frente al populismo .....	350
C) Venezuela: del control de los partidos al control del Estado .....	357
D) Similitudes en la relación entre populismo y movimiento obrero .....	362
<b>TERCERA PARTE. INSTAURACIÓN Y DESARROLLO</b>	
<b>DEL POPULISMO EN AMÉRICA LATINA .....</b>	<b>369</b>
CAPÍTULO XII. LA ARGENTINA PERONISTA: 1943-1955 .....	371
1. EL DISCURSO POPULISTA DE PERÓN:	
ENTRE EL ANTAGONISMO Y EL GASTO FESTIVO .....	379
2. GASTO E INFLACIÓN EN EL PERONISMO .....	384
CAPÍTULO XIII. INSTITUCIONALIDAD Y PRESENCIA	
EN EL POPULISMO VARGUISTA: 1907-1954 .....	391
1. EL IMPACTO DEL POSITIVISMO EN EL DESARROLLO DEL POPULISMO	
DE GETÚLIO VARGAS .....	399
2. <i>TRABALHADORES DO BRASIL</i> .....	406
3. LA ECONOMÍA MODERNIZADORA DEL VARGUISMO	
CENTRADA EN LA INDUSTRIALIZACIÓN .....	411
CAPÍTULO XIV. DEL SURGIMIENTO DEL CHAVISMO	
HASTA LA MUERTE DE SU LÍDER: 1983-2013 .....	421
1. EL PARADIGMA DEL DISCURSO POPULISTA.....	429
2. EL GASTO CORPORATIVISTA DEL CHAVISMO .....	435
<b>CONCLUSIÓN .....</b>	<b>445</b>
CAPÍTULO XV. EL POPULISMO LATINOAMERICANO .....	447
1. PERONISMO, VARGUISMO Y CHAVISMO EN PERSPECTIVA COMPARADA ..	448
A) Un fenómeno social latinoamericano .....	449
B) Tres tipos de populismos .....	454
C) Un origen común .....	456
D) Hacia un modelo secuencial comparativo del populismo latinoamericano .....	458
2. SOCIOLOGÍA DEL POPULISMO LATINOAMERICANO.....	463

A) Los dos momentos de la negación oligárquica al pueblo: la ausencia y la exclusión.....	466
B) La producción discursiva de la contradicción entre el pueblo y la oligarquía .....	468

## **REFERENCIAS .....473**

## **ANEXO.....503**

TABLAS .....	505
GRÁFICOS.....	519
ALOCUCIONES .....	527

## **LISTADO DE FIGURAS**

En el Texto:

Gráfico 1. Cantidad de inmigrantes de Ultramar (segunda y tercera clase) en Argentina, 1900-1929 .....	266
Gráfico 2. Cantidad de inmigrantes Europeos en Brasil, 1900-1923 .....	268
Gráfico 3. Población urbana en países latinoamericanos con muy alta urbanización, 1950-2000 .....	271
Gráfico 4. Metrópolis como porcentaje de la población total del país, 1950-1990.....	274
Gráfico 5. Relación entre productos primarios y artículos finales de la industria, 1876-1947 .....	276
Gráfico 6. Términos del Intercambio Externo de Argentina, 1925-1964.....	278
Gráfico 7. Términos del Intercambio Externo de Brasil, 1913-1949 .....	280
Gráfico 8. Términos del Intercambio Externo en Venezuela, 1980-2012.....	289
Gráfico 9. Volatilidad Electoral de Argentina (1926-62), Brasil (1945-74), Venezuela (1958-2010) y Chile (1915-73).....	301
Gráfico 10. Crecimiento del Gasto en Seguridad Social en la Argentina peronista, 1946-1955 .....	387

Gráfico 11. Déficit del gobierno en Argentina, 1943-1955.....	388
Gráfico 12. Inflación en Argentina, 1900-1955 .....	389
Gráfico 13. Gastos del Gobierno Central en Brasil, 1912-1945.....	413
Gráfico 14. Gastos del Gobierno Central en Brasil, 1948-1964.....	413
Gráfico 15. Formación Bruta de Capital Fijo y Gasto del Gobierno Central, ambos como porcentaje del PIB en Brasil, 1930-1964.....	415
Gráfico 16. Déficit y superávit del gobierno en Brasil, 1912-1945 .....	416
Gráfico 17. Déficit y superávit del gobierno en Brasil, 1948-1964 .....	417
Gráfico 18. Inflación en Brasil, 1912-1945.....	418
Gráfico 19. Gasto social total en Venezuela, 1990-2011 .....	436
Gráfico 20. Porcentaje de gasto social total respecto de gasto público total en Venezuela, 1990-2011 .....	438
Gráfico 21. Gasto social real desagregado en Venezuela 1990-2011 .....	439
Gráfico 22. Déficit y superávit del gobierno en Venezuela, 1970-2000 .....	440
Gráfico 23. Resultado Global Fiscal en Venezuela, 2001-2011.....	441
Gráfico 24. Inflación en Venezuela, 1970-1998.....	442
Gráfico 25. Inflación en Venezuela durante los gobiernos de Hugo Chávez, 2000-2012 .....	443
Ilustración 1. Primera parte: Secuencia auto-reforzadora del origen del populismo (variable 1 <i>ethos</i> ).....	228
Ilustración 2. Segunda parte: Secuencia de eventos históricos recientes del populismo ...	232
Ilustración 3. Índice de Volatilidad Electoral .....	300
Ilustración 4. El Sindicalismo Argentino: 1890-1943 .....	348
Ilustración 5. Modelo secuencial comparativo del populismo latinoamericano .....	460
Tabla 1. Población Nacional y Extranjera en la Capital Federal y las Provincias de Buenos Aires y Santa Fe, según censo de 1914.....	266
Tabla 2. Población Nacional y Extranjera en los Estados del Sur de Brasil, según censos de 1890, 1900 y 1920 .....	267
Tabla 3. Profesión y Oficio de los Inmigrantes de Ultramar, Argentina (2ª y 3ª clase), 1904- 1912 .....	269

Tabla 4. Trabajo informal, ingreso real y pobreza de ingreso en Venezuela, 1979-1997..	288
Tabla 5. Diferencias entre elección presidencial del líder populista y elección legislativa del partido que lo apoya: Argentina (1946-1954), Brasil (1945-1954), Venezuela (1998-2006) y Chile (1949-1957).....	309
Tabla 6. Golpes de Estado en Argentina, Brasil y Venezuela, 1908-1976.....	312
Tabla 7. Número de miembros de Sindicatos Urbanos en Chile, 1932-1973 .....	365
Tabla 8. Número de Trabajadores Sindicalizados en Argentina, 1936-1954 .....	366
Tabla 9. Gastos del gobierno nacional argentino, 1945-1956 .....	386
Tabla 10. Inflación en Brasil, 1948-1964.....	419
Tabla 11. Gasto público y social reales en Venezuela, 1900-2011 .....	437

En el Anexo:

Alocución i. Juan Domingo Perón, Buenos Aires, 17 de octubre de 1945 .....	527
Alocución ii. Eva Perón, Buenos Aires, 17 de octubre de 1951.....	531
Alocución iii. Juan Domingo Perón, Buenos Aires, 1 de mayo de 1949 .....	535
Alocución iv. Juan Domingo Perón, Buenos Aires, 31 de agosto de 1955 .....	539
Alocución v. Carta de Juan Domingo Perón a Carlos Ibáñez, Buenos Aires, 16 de marzo de 1953 .....	543
Alocución vi. Getúlio Vargas, Rio de Janeiro, 10 de noviembre de 1938 .....	549
Alocución vii. Getúlio Vargas, Rio de Janeiro, 1 de mayo de 1940 .....	553
Alocución viii. Getúlio Vargas, Rio de Janeiro, 2 de junio de 1931 .....	557
Alocución ix. Getúlio Vargas, Rio de Janeiro, 10 de noviembre de 1942 .....	565
Alocución x. Getúlio Vargas, Petrópolis, 2 de marzo de 1945 .....	571
Alocución xi. Hugo Chávez, Caracas, 8 de enero de 2007 .....	581
Gráfico i. Porcentaje de inmigrantes agricultores respecto de otros oficios en Rio Grande do Sul, 1854-1874.....	519
Gráfico ii. Porcentaje de inmigrantes agricultores respecto de otros oficios, 1889-1914 ..	519
Gráfico iii. Tasa de crecimiento de la población urbana (porcentajes), 1950-2000.....	520

Gráfico iv. Inversión extranjera como porcentaje del PIB en Argentina, 1900-1949 .....	520
Gráfico v. Inversión extranjera privada en Argentina, 1913-1949.....	521
Gráficos vi. Inversiones de capital extranjero en Argentina según país de origen, 1910-1931 .....	521
Gráfico vii. Índices de formación de capital en Brasil, 1925-1949 .....	522
Gráfico viii. Distribución porcentual de inversiones de capital extranjero durante el Imperio, 1842-72 .....	522
Gráfico ix. Precio Internacional del Petróleo, 1970-2010 .....	523
Gráfico x. Petróleo como porcentaje del PIB en Venezuela, 1974-2000 .....	523
Gráfico xi. Ingresos del petróleo como porcentaje del total de ingresos, 1991-2000 .....	524
Gráfico xii. Inversión directa extranjera en Venezuela, 1970-2010.....	524
Gráfico xiii. Porcentaje de inversión directa extranjera en Venezuela según país de origen, 1997-2004 .....	525
Gráfico xiv. Gastos del tesoro nacional de Argentina, 1900-1945.....	525
Gráfico xv. Gastos del tesoro nacional argentino como porcentaje del PIB, 1900-1945...	526
Gráfico xvi. PIB en Argentina, 1943-1962.....	526
 Tabla i. Población Total y extranjera en Argentina, censos de 1869, 1895, 1914 .....	505
Tabla ii. Población Total y Extranjera en Brasil, censos de 1872, 1890, 1900, 1920 .....	505
Tabla iii. Población Total y Extranjera en Chile, censos de 1865, 1895, 1920.....	505
Tabla iv. Población Extranjera de algunas Provincias de Chile, censos 1865, 1895 y 1920 .....	505
Tabla v. Población Extranjera según Actividad Económica en Chile: 1930.....	506
Tabla vi. Urbanización y tasas de crecimiento, 1990-2000.....	506
Tabla vii. Número de ciudades con más de 20 mil habitantes y porcentaje de la población, 1950-2000 .....	506
Tabla viii. Estructura de las exportaciones argentinas (porcentajes), 1893-1929 .....	507
Tablas ix. Estructura de las importaciones argentinas (porcentajes), 1900-1929 .....	507
Tabla x. Estructuras de las exportaciones en Brasil, 1925-1929 .....	508
Tabla xi. Estructuras de las importaciones en Brasil, 1925-1949 .....	508

Tabla xii. Formación de capital fijo bruto como porcentaje de PIB en Argentina 1900-1937, según precios de 1937 y 1950.....	509
Tabla xiii. Stock de capital extranjero en Argentina, 1900-1927 .....	509
Tabla xiv. Inversión británica y estadounidense en Argentina, 1930-1931 .....	509
Tabla xv. Flujos de capital bruto desde Reino Unido hacia el resto del mundo, 1865-1914 .....	510
Tabla xvi. Inversión directa extranjera en Venezuela, 1997-2004 .....	510
Tabla xvii. Padrón y participación electoral en diversas elecciones en Argentina, 1915-1973 .....	511
Tabla xviii. Padrón y participación electoral en diversas elecciones en Brasil, 1916-1983 .....	512
Tabla xix. Padrón y participación electoral en diversas elecciones en Chile, 1915-1973..	513
Tabla xx. Padrón y participación electoral en diversas elecciones en Venezuela, 1973-2013 .....	514
Tabla xxi. Volatilidad en elecciones de diputados nacionales y presidenciales en Argentina, 1912-1962 .....	515
Tabla xxii. Volatilidad en elecciones de diputados en Brasil, 1945-1982 .....	516
Tabla xxiii. Volatilidad en elecciones de diputados y Asamblea Nacional en Venezuela, 1912-1962 .....	517
Tabla xxiv. Volatilidad en elecciones para el Congreso en Chile, 1912-1973.....	518





## **ABSTRACT**

### **POPULISM**

**A COMPARATIVE-HISTORICAL ANALYSIS OF ARGENTINA, BRAZIL AND VENEZUELA**



The phenomenon of populism is very difficult to grasp. However, in an academic sense, populism can be classified into two main criteria. In the historical-geographical field, it is possible to identify different categories of populism such as: the Russian agricultural populism of *nardonik* intellectuals; the farmers and people's party in USA; the Latin American populism that arose in the middle of the 20th Century and endures to the present time; and the so called neopopulism which started in Europe in the seventies. Also another regional populism can be found in Eastern Europe and Africa. In the epistemological field, populism has been studied from different perspectives, and one of these is the structuralist one. Mainly developed for Latin American cases, in this perspective, populism is associated with the development of some countries that live in a state of social exclusion. Another is an exclusively economic approach which is focused on excessive public expenditure and finding monetarist solutions to social problems. There are also political approaches that have a charismatic leader with broad social support as a central figure whose main characteristic is the use of neoliberal policies. It is possible to recognize as well other approaches in which populism is seen as party organization; or as a political style, among others. Another epistemological approach asserts that populism is not a structure, but a discourse. Thus, populism has been understood as an ideology or even as a syndrome. Nowadays three main strands of research can be identified: post-Marxist theory, quantitative approach, and a hybrid analysis that combines quantitative criteria with a qualitative discourse analysis.

Nevertheless, the social sciences generally do not take a cultural approach to populism as such, except in a few works by Stewart in the seventies and more recently with Mansilla. The first author asserts that populism is not a set of characteristic or factors that define it, but an ideal type of social relationship raised in the past. And, in recent times, the second author notes that, in Latin American, the phenomenon includes some elements of pre-modern traditions and these roots determine the essential characteristics of current populism in the region. But even though these two authors rescue a cultural approach for populism, their research still does not develop an empirical work. Hence, in this research I will improve the empirical gap.

In this work, I assert that the advantage of a cultural approach is to conciliate two elements—structure and discourse—, which are understood as parts of the same phenomenon that are seen by the scholars as dissociated. But to inquire about the cultural origins of populism

implies carrying out a long-run analysis. In this context, a very appropriate research strategy is the comparative-historical analysis (CHA), particularly at a macrohistoric level, because the observation units are states, economic policies, party systems or other social institutions as the colonial *hacienda*. Although a microhistoric level is also present, due to the presence of populist leaders and their political roots.

This research assesses three positive cases of populism, in which it is possible to identify the long-run effect of cultural elements over the populism. Thus, through a CHA of Peronist Argentina, Vargasist Brazil, and Chavist Venezuela –and a contrasting case of Chile, primarily the second presidency of Ibáñez, which is eventually used–, can be studied the effect above mentioned.

In this sense, the main objective is to explain the rise and revival of populism in Latin America. It is possible to achieve, if the following specific objectives are accomplished: (i) the first is to construct a theoretical model of Latin American populism, based on a ‘sociology of presentness’, that works as a guide to the next explicative analysis. Thus, the first objective is a condition for the second one, that is (ii) to explain the rise and development of populism in Argentina, Brazil and Venezuela.

## 1. A SOCIOLOGY OF PRESENTNESS

During the second half of the 20th Century, in sociology, the scholars recognized two main levels of social integration: through rational institutions and self-referential systems. However, the sociology has left aside the original level of social integration, i.e. how pre-modern societies have lived. These societies, which were widely studied by anthropologists, have a different level of social integration possible to call sphere of presentness. This represents the original social experience, which is pre-reflexive, non-contractual and is related with face-to-face interactions; hence it is not based on rational institutions or self-referential system, but on the traditional ethics and culture.

According to Tönnies, the characterization of this level of social integration can be based on the concept of *Gemeinschaft*, which essentially unwraps family relationships. Even previous research shares the same main elements of Tönnies' seminal work, i.e. the notion of proximity or closeness, and the known. In fact, these are the same principles that Tönnies used to develop the description of the *oikos* in a monogamist family and its three basic relationships:

between mother and child, spouses, and siblings. But even Tönnies is immersed in the traditional intellectual context of the transition from community to society. Therefore, it is still necessary to characterise the cultural level of social integration as such. In this sense, Alfred Schutz proposes a very complete description of how to work in the space of face-to-face interactions, through his concept of lifeworld (*Lebenswelt*) and natural attitude in daily life that may help to clarify the sphere of presentness.

Nonetheless, a sociology of presentness requires going forward and inquiring about what face-to-face relationships are based on, and the answer can be found in the concept of reciprocity. Tönnies asserts that “every such relationship is reciprocal –on the one side active or assertive, on the other passive or acquiescent”. However, how does it occur beyond the nearest and known world? And how is the reciprocity consolidated outside the family or the clan? To explain this, several authors have studied the exchange in ancient societies, but Marcell Mauss is one of the first scholars to describe what the reciprocity among different communities is based on. The gift is the key element to assess in relation to the phenomenon of reciprocity in a pre-modern level of social integration, and its exchange characterises the so-called agonistic system of total prestation that involves the society as a whole. Moreover, a system of total prestation is agonistic, due to the chiefs facing each other and, sometimes, they can die in battle; but, above all, because the chiefs consume sumptuously -dilapidation- their accumulated fortune to overshadow the rival chief of another clan.

In the same way, there is a trend in Latin American populism of spending beyond monetary limits, due to the social expenditure, which is the element that legitimates the relationship between the populist leader and his/her people. But the interpretation of economists is not accurate, because it is focused mainly on economic and monetarist dimensions, and does not take into consideration other social aspects. Thus, the question is whether the populist expenditure has a capitalist sense and the money works according to a monetarist logic, or its sense is not capitalist and the money operates under a logic of archaic gift exchange. In ancient times, the dilapidation of fortune did not have the function of satisfying needs; similarly, in the populism, the expenditure acquires an archaic sense of gift exchange, hence the function of money is not capitalist, but has the function of establishing social ties. Accordingly, the main concern of a populist leader is social and political, because he pursues the legitimation in the people through public expenditure strategies to lay down a duty of

reciprocity.

## 2. TOWARD A COMPARATIVE-HISTORICAL ANALYSIS OF LATIN AMERICA POPULISM

What is the origin of populist's reciprocity in an archaic sense? The answer can be traced in times of Latin American Colonialism. The beginning of a new culture was in the propensity of both civilizations, the Iberian powers and the Aboriginal societies, more to the ritual than to the word. In fact, the Discovery of America triggers a clash of civilizations as well as a particular way of communication between conqueror and conquered, because the natives were unable to understand the Iberian languages and world-view. Moreover, in the case of Spanish America, some of the main Aboriginal civilizations interpret the Conquest as a 'cosmic catastrophe' or *pachacuti*, i.e. as the beginning of a new cycle and a radical change of hegemonies. In this period began the social construction of the Latin American *ethos* that is understood as a frame of values and symbols, as well as patterns of behaviour or social practices that provide meanings to human life and is encoded in the lifeworld constructed since the encounter of civilizations at the end of the Fifteenth Century. Hence, these practices are oriented to *alter* and occur in the spatio-temporal immediateness, where the social ties are pre-predicative and certainly pre-reflexive. Following the Discovery, the immediate development of a social synthesis of Latin American culture was consolidated in two dimensions: tributary work and a type of religion mainly ritual. Then, these events were reinforced by two historical facts, the development of the *hacienda* in all of Latin America, which were mainly agricultural, but also some like the cattle ranches in particular frontier territories. While some reactive events related to the liberalism were cancelled by the persistence of the original *ethos* founded in previous periods. Thus, the *ethos* of populism synthesises an antinomy. The first aspect of this antinomy is the patronage of the agricultural *haciendas*, where the ties were constructed by the loyalty and closeness between landowner and peon-*inquilino*, and legitimated by the waste of his fortune, i.e. by cultic legitimation of work. The second aspect of this antinomy is the anti-oligarch, libertarian and indomitable attitude of horsemen that grew in the frontier territories. Thus, for populism, the leader replaces the landowner in the cities and redeems these anti-oligarch feelings of masses. As a consequence, the *ethos*' path dependence –which is based on the *hacienda*– is the first

explicative variable of populism. This argument is demonstrated throughout the dissertation. However, the origins of populism are different from the causes. In fact, the causes are related to some historical and recent events that configure an oligarchic crisis of social integration. This crisis is mainly characterised by an economic dimension and a political dimension. On the one hand, the first involves the inherent crisis of the export model of raw materials, which was pressed forward by the Great Depression; and the presence of foreign capital in association with the national establishment is also very relevant, due to the fact that in this sector criticism is focused on challenging social strata, from which rise the populist leader. On the other hand, the political crisis of the oligarchy consists of institutional changes that provoke dramatic increases in electoral turnout, a weak party system, and a change in the hegemonic relations among social actors. Moreover, it is possible to add to these dimensions another factor: rapid concentration of urban population, but it is exclusive to the populism of the first half of the 20th Century. Nevertheless, the social crisis was not exclusive to the classic Latin American oligarchy at the beginning of the 20th Century, but it could impact on different types of later regimes with restricted social participation and raw material exporters. And this crisis together with a populist leader can trigger the rise of populism. In fact, the populist leader, who is a very charismatic one, develops a leadership based on the opposition between institutions and charismatic presence, i.e. he/she seeks to weaken the previous oligarchic institutions by imposing his leadership. Thus, a pure model of populism is characterised by a strong and central role of the presence over the institutions.

To sum up, in comparative perspective, some of the main conclusions related to cases are:

- The populism in Latin America has a common origin (*ethos*), however it is only triggered by a crisis of social integration, and a charismatic and populist leadership inspired by a face-to-face social tie.
- The empirical analysis of peronism, varguism and chavism suggests at defining subtypes of populism, due to the particularities of the phenomenon in each case. Nevertheless, these are subtypes of populism, because they share some common characteristics.
- Finally, one of the research results is to establish a comparative and sequential model of Latin American populism. Thus, it is possible to expect some degree of generalization of this model –scope conditions of the model–, because it may work



among cases with a great distance in time.

## **RESUMEN**

### **POPULISMO**

**UN ANÁLISIS HISTÓRICO Y COMPARADO DE ARGENTINA, BRASIL Y VENEZUELA**



El fenómeno del populismo ha sido muy difícil de abordar. Sin embargo, desde una perspectiva académica, el populismo puede ser analizado bajo dos criterios principales. Por un lado, en el ámbito histórico-geográfico, es posible identificar diferentes tipos de populismo tales como: el populismo ruso o *Naródnichestvo*; el *people's party* en EE.UU.; el populismo latinoamericano que emerge en la primera mitad del siglo XX y se extiende hasta nuestros días; y el denominado neopopulismo que comienza a multiplicarse incipientemente en Europa en los años setenta. También, cabe señalar que es posible encontrar otras manifestaciones de populismo en África y en el Este de Europa. Por otro lado, en el ámbito epistemológico, se encuentra el enfoque estructural que entiende al populismo como un fenómeno que hace frente a la exclusión social de ciertos países periféricos como los latinoamericanos; también surgió un enfoque exclusivamente económico que asocia al populismo con un gasto público excesivo; asimismo, se lo ha considerado como un fenómeno sustentado en un líder carismático con amplio apoyo social, pero que ejecuta políticas neoliberales. Pero también el populismo ha sido entendido como una organización partidista o como un estilo político. Otro enfoque epistemológico entiende al populismo no como una estructura, sino como un tipo de discurso, por lo tanto, se lo ha concebido como una ideología e inclusive como un síndrome. Actualmente, existen tres principales tendencias de investigación al respecto: la teoría posmarxista, un enfoque cuantitativo de conteo de palabras, y un enfoque híbrido que combina criterios cualitativos de análisis de discurso con otros cuantitativos.

Sin embargo, las ciencias sociales, generalmente, no han utilizado un enfoque cultural propiamente tal, excepto en ciertos trabajos como los de Stewart y más recientemente Mansilla. El primero afirma que el populismo no es un grupo de características o factores, sino que es un tipo ideal de relación social surgida en el pasado, mientras que el segundo autor afirma que el populismo en América Latina incluye ciertos elementos de tradiciones premodernas, siendo aquellas raíces las que determinan las características esenciales del populismo en la actualidad. No obstante, estos dos autores no desarrollan una investigación empírica que sustente dichas premisas. De modo que, la presente investigación, se propone superar este déficit.

En este trabajo, la ventaja del enfoque cultural radica en conciliar estructura y discurso, los cuales son entendidos como parte del mismo fenómeno, pero que han sido entendidos

disociadamente por investigaciones académicas previas. Pero, para indagar acerca de los orígenes culturales del populismo es necesario llevar a cabo un análisis de largo plazo. En este contexto, una muy apropiada estrategia de investigación es el análisis histórico-comparado (AHC), particularmente al nivel macrohistórico, ya que las unidades de observación acá son estados, políticas económicas, sistemas de partidos u otras instituciones sociales como la hacienda colonial. Aunque también el nivel microhistórico está presente, gracias a la preponderancia que líderes políticos concretos tienen sobre el populismo.

Esta investigación analiza tres casos positivos de populismo, en los cuales es posible identificar un efecto de largo plazo, es decir, las consecuencias de factores culturales pretéritos sobre el populismo. Así, a través de un AHC de la Argentina peronista, del Brasil de Vargas y de la Venezuela chavista, es posible estudiar dicho efecto. Para ello también se utiliza el caso contrastante de la segunda presidencia de Carlos Ibáñez en Chile, el cual es eventualmente utilizado para destacar los factores explicativos del populismo.

En este sentido, el principal objetivo es explicar el origen y la reaparición del populismo en América Latina. Esto es posible lograrlo cumpliendo dos objetivos específicos, a saber: (i) construir un modelo teórico del populismo latinoamericano, basado en una ‘sociología de la presencia’, que funcionaría como guía para el subsiguiente análisis explicativo. Así, el primero objetivo es condición del segundo: (ii) explicar el surgimiento y desarrollo del populismo en Argentina, Brasil y Venezuela.

## 1. UNA SOCIOLOGÍA DE LA PRESENCIA

Durante la segunda mitad del siglo XX, desde la sociología, los académicos han reconocido dos principales niveles de integración social: a través de instituciones racionales y a través de sistemas autorreferenciales. Sin embargo, la sociología ha dejado de lado el nivel original de integración social, aquel que dice relación con las formas de vida de las sociedades premodernas. Estas, sin embargo, han sido ampliamente estudiadas por la antropología, y han desarrollado diferentes niveles de integración social posibles de congregarse en el concepto de ‘esfera de la presencia’. Lo anterior representa la experiencia social originaria, la cual es pre-reflexiva, no contractual y basada en las relaciones cara a cara, por lo tanto, no se sustenta en instituciones racionales o en sistemas autorreferenciales, sino en la tradición y en la cultura.

Según Tönnies, la caracterización de este nivel de integración social está basado en el concepto de *Gemeinschaft*, el cual esencialmente desentraña las relaciones familiares. Incluso trabajos previos comparten los mismos elementos que la obra seminal de Tönnies, esto es: la noción de proximidad o cercanía, y lo conocido. En efecto, estos son los principios que Tönnies usa para desarrollar la descripción del *oikos* en el contexto de una familia monógama y sus tres relaciones básicas: maternidad, conyugalidad y filialidad. Sin embargo, Tönnies está inmerso en el contexto de la tradición intelectual que da cuenta de la transición de la comunidad a la sociedad. En consecuencia, aún es necesario caracterizar el nivel cultural y más propio de lo comunitario de la integración social. En este sentido, Schutz propone una muy completa descripción sobre cómo funciona en el espacio de las relaciones cara a cara. Así, a través de sus nociones de mundo de la vida y la actitud natural en la vida cotidiana, contribuye a precisar la esfera de la presencia.

Así y todo, una sociología de la presencia requiere avanzar e indagar en el fundamento de las relaciones presenciales. Para esto, la respuesta se puede encontrar en el concepto de reciprocidad. Tönnies sostiene que “las voluntades humanas se hallan entre sí en múltiples relaciones, cada una de ellas es una acción recíproca que, en cuanto hecha o dada por un lado, es sufrida o recibida por los demás”. Pero, ¿cómo ocurre esto más allá del mundo cercano y conocido? Para analizar esto, diversos autores han estudiado el intercambio en sociedades arcaicas, sin embargo, Mauss es uno de los primeros académicos en describir en qué se basa la reciprocidad a través de diferentes sociedades. El don es el elemento clave para analizar el fenómeno de la reciprocidad en un nivel premoderno de integración social, junto con el modo de intercambio que se caracteriza por el denominado sistema agonístico de prestación total, el cual envuelve a toda la sociedad. Dicho de otra manera, un sistema de prestación total es agonístico, toda vez que los jefes se enfrenta unos a otros, pudiendo morir en batalla; pero sobre todo, porque los jefes consumen suntuosamente su fortuna acumulada –la dilapidan– para eclipsar al jefe rival de otro clan.

Del mismo modo, hay una tendencia en el populismo latinoamericano de gastar más allá de los límites monetarios, debido a que el gasto social es el elemento que legitima la relación entre el líder populista y su pueblo. Sin embargo, una interpretación economicista no sería adecuada, porque su foco está puesto principalmente sobre dimensiones económicas y monetaristas, y no toma en consideración otros aspectos sociales. Así, la cuestión es si el

gasto populista tiene un sentido capitalista y funciona de acuerdo a la lógica monetaria, o su sentido no es capitalista y el dinero opera bajo la lógica del intercambio del don arcaico. En tiempos antiguos, la dilapidación de la fortuna no tuvo la función de satisfacer necesidades; de modo similar, en el populismo, el gasto adquiere un sentido arcaico de intercambio de dones, por lo tanto, la función del dinero no es capitalista, sino de establecimiento de vínculos sociales. De manera que la principal preocupación del líder populista es social y política, debido a que busca su legitimación en el pueblo, a través de estrategias de gasto público, para establecer una obligación de reciprocidad.

## 2. HACIA UN ANÁLISIS HISTÓRICO-COMPARADO DEL POPULISMO LATINOAMERICANO

¿Cuál es el origen de la reciprocidad populista en su sentido arcaico? La respuesta puede rastrearse en tiempos de la colonia latinoamericana. El comienzo de una nueva cultura estuvo en la propensión hacia la ritualidad de las civilizaciones ibéricas y las aborígenes, más que hacia el texto escrito. En efecto, el Descubrimiento gatilló un choque de civilizaciones así como una particular forma de comunicación entre conquistador y conquistado, toda vez que estos últimos no estaban predispuestos culturalmente para comprender las lenguas ibéricas y su cosmovisión. En el caso de Hispanoamérica, algunas de las principales civilizaciones aborígenes interpretaron la conquista como una ‘catástrofe cósmica’ o *pachacuti*, es decir, como el comienzo de un nuevo ciclo y un cambio radical de hegemonías. En este período comienza la construcción social de un *ethos* latinoamericano, que es entendido como una trama de valores y símbolos, así como de patrones de comportamiento o prácticas sociales que proveen significado a la vida humana y que se encuentran en el mundo de la vida, que es construido desde el encuentro de civilizaciones al final del siglo XV. Así, estas prácticas están orientadas hacia el otro y ocurren en la inmediatez espacio-temporal, donde los vínculos sociales son pre-predicativos y pre-reflexivos. Luego del descubrimiento, el desarrollo inmediato de una síntesis social de la cultura latinoamericana se consolidó en dos dimensiones: el trabajo de tipo tributario y un tipo de religión eminentemente ritual. Entonces, estos eventos fueron reforzados por dos hechos históricos: el desarrollo de la hacienda agrícola en gran parte de Latinoamérica y el surgimiento de ciertas haciendas ganaderas en las zonas de frontera. Mientras que algunos otros eventos reactivos,

relacionados con el liberalismo, fueron neutralizados por la persistencia de este *ethos* original fundado en períodos previos. En consecuencia, el *ethos* del populismo estaría sintetizando una antinomia. Por un lado, el primer aspecto tiene que ver con el patronazgo de las haciendas agrícolas, donde los vínculos sociales se construyeron en base a la lealtad y a la cercanía entre el hacendado y el peón-inquilino, mientras es legitimado por el gasto de su fortuna, es decir, a través de una legitimación cúllica del trabajo. Por otro lado, el segundo aspecto de esta antinomia es la actitud anti-oligarca, libertaria e indómita de los hombres a caballo que crecieron en los territorios de frontera. Así, para el populismo, el patrón es reemplazado por el líder en las ciudades, redimiendo los sentimientos anti-oligarcas en el pueblo. Como resultado, la trayectoria de dependencia de este *ethos* –que se basa en la hacienda– es la primera variable explicativa del populismo. Esta afirmación es demostrada a lo largo de la tesis.

Ahora bien, los orígenes del populismo son diferentes de las causas. En efecto, las causas están relacionadas con ciertos eventos históricos recientes que configuran una crisis oligárquica de integración social, la cual se caracteriza por una dimensión económica y una política. Por un lado, la primera envuelve la crisis inherente al modelo exportador de materias primas, la que es acentuada por la gran depresión; y la presencia de capital extranjero en asociación con el establishment nacional es también relevante, por el hecho de que las críticas de los estratos sociales desafiantes se focalizan en este sector. Por otro lado, la crisis política de la oligarquía tiene que ver con: los cambios institucionales que provocaron dramáticos incrementos en la votación, un débil sistema de partidos políticos, y cambios en la hegemonía de las relaciones entre actores sociales. Más aún, es posible sumar otro factor: la rápida concentración de población urbana, la cual es exclusiva de la primera mitad del siglo XX. Sin embargo, un tipo de crisis social como esta no fue exclusiva de la oligarquía clásica latinoamericana de principio de siglo XX, sino que pueden surgir crisis similares que impacten en diferentes tipos de regímenes políticos con participación social restringida y exportadores de materias primas. Así, esta crisis, en conjunto con un líder populista, pueden provocar el surgimiento del populismo. El líder, por su parte, que se caracteriza por un importante carisma, desarrolla formas de liderazgo basadas en la dicotomía entre institucionalidad y presencia, es decir, busca debilitar instituciones oligárquicas previas a



través de la imposición de su liderazgo. De este modo, un modelo populista ideal se caracterizaría por un fuerte y central rol de la presencialidad sobre la institucionalidad.

Finalmente, en perspectiva comparada, surgen algunas conclusiones principales relacionadas con los casos:

- El populismo en América Latina tiene un origen común (*ethos*), sin embargo, este puede ser provocado solamente por una crisis de integración social y por un liderazgo populista y carismático inspirado en vínculos sociales presenciales.
- El análisis empírico del peronismo, varguismo y chavismo sugiere establecer subtipos de populismos, debido a las particularidades del fenómeno en cada caso. Pero se habla de subtipos, precisamente porque comparten características que son comunes al fenómeno.
- Uno de los resultados de la investigación es el establecimiento de un modelo secuencial y comparativo del populismo latinoamericano. Por lo mismo, es posible esperar ciertos grados de generalización o ‘condiciones de alcance’ del modelo, toda vez que este puede servir para analizar casos con una gran distancia temporal.

## **INTRODUCCIÓN**



## CAPÍTULO I. ALTERNATIVA A LOS ENFOQUES SOBRE LOS POPULISMOS

El estudio del populismo ha sido abordado por un sinnúmero de enfoques, los que para una distinción analítica más clara pueden ser clasificados tanto en un plano histórico-geográfico, así como en uno teórico-epistemológico. Si se pone atención en el primero, es decir, cuándo y dónde aparece el fenómeno, se pueden apreciar principalmente tres focos de análisis. En primer término, el populismo agrario ruso de los intelectuales *Naródniki*<sup>1</sup> buscaba rescatar el ideal campesino en oposición a la autocracia zarista de la segunda mitad del siglo XIX (Tijeras, 1976; Venturi, 1972; Walicki, 1970), y el populismo de los Estados Unidos que, representado por los *farmers* y el *people's party*, apelaban a una economía pequeño-agraria oponiéndose a la difusión del capitalismo industrializado, también durante la segunda mitad del siglo XIX (Hofstadter, 1963; Kazin, 1995: 9-77). Derivados de algunos de estos análisis, se han estudiado otros populismo regionales en Europa oriental (Ionescu, 1970), e incluso en África con motivo de los procesos independentistas (Saul, 1970). En segundo lugar está el populismo latinoamericano, fenómeno particular y distintivo de la cultura de la región, donde, posiblemente, no exista país en que no haya emergido algún líder populista que apelara al pueblo como reserva moral frente al *establishment* oligarca o al imperialismo de las potencias del norte y, desde luego, dicho populismo sí llegó al poder en muchos casos, o bien tuvo claras opciones de lograrlo. Este populismo emerge en el segundo cuarto del siglo XX y se extiende hasta nuestros días. Finalmente, el otro foco tradicional de análisis es el denominado neopopulismo, de aparición en Europa, básicamente desde la década del setenta hasta hoy, se caracteriza por ser de extrema derecha, apelando a una vuelta al pueblo, el cual es identificado con la exaltación de la nacionalidad y por su carácter anti-inmigratorio (Betz e Immerfall, 1998; Kitschelt, 1995; Mudde 2007; Taggart, 1995; entre otros).

Ahora bien, bajo lo que se puede definir como el nivel teórico-epistemológico, el populismo ha sido estudiado desde diversos enfoques analíticos y teóricos, entre los que destacan, básicamente, cuatro:

---

<sup>1</sup> Traducido como “populistas” del ruso *народники*.

- i) La conocida perspectiva estructuralista que asocia al fenómeno del populismo con ciertas etapas del desarrollo de países ubicados, generalmente, en la periferia de la industrialización (Cardoso y Faletto, 2002; Germani, 1971; 1978; Ianni, 1984; entre otros).
- ii) Existe también un enfoque puramente económico que emerge cuando se analizan ciertos casos latinoamericanos, en donde se reconocen determinadas políticas económicas cortoplacistas para dar solución al problema de la cuestión social (Dornbush y Edwards eds., 1991, Bresser ed., 1991).
- iii) Uno de los más desarrollados en el último tiempo es aquel enfoque centrado en la dimensión política, en que el populismo se constituye en base a un líder carismático con gran apoyo popular (Roberts, 2003; Weyland, 2003) y asociado, en ciertos casos, con la implementación de políticas neoliberales (Roberts, 1995; Weyland, 1996), aunque también se ha comprendido al populismo desde lo puramente político como un tipo de movimiento político (Minogue, 1970), como una organización partidista (Taggart, 2000), como un estilo político (Taguieff, 2007), o como estilo de liderazgo (Knight, 1998), entre otros.
- iv) Finalmente, cabe destacar que al populismo se lo ha estudiado como discurso desde diferentes perspectivas teórico-metodológicas como son el posmarxismo (Laclau, 2005; Groppo, 2009, entre otros), los análisis de contenido (Jagers y Walgrave, 2007; Rooduijn y Pauwels, 2011; Pauwels, 2011), así como desde una estrategia híbrida de estudio que integra criterios cuantitativos en el análisis cualitativo del discurso (Hawkins, 2009; 2010). Aunque ya previamente a estos análisis más sofisticados, el populismo había sido considerado como una ideología (MacRae, 1970) o como algo menor que una doctrina ideológica, es decir, como un síndrome (Wiles, 1970).

La clasificación precedente entrega un panorama complejo y, a la vez, variado de los estudios sobre el populismo, que sin duda es útil para delinear los contornos de este enfoque investigativo. Así, en primer lugar, esta investigación busca centrarse en el desarrollo del populismo en América Latina, de modo que ciertos enfoques que estudian el populismo de otras regiones tienden a carecer de utilidad como antecedente para el desarrollo de este

estudio. En efecto, pareciera ser que una característica distintiva que define al populismo latinoamericano es la preeminencia del Estado. De tal manera, se puede apreciar cierta recurrencia respecto a la posición que ocupa el aparato administrativo en el desarrollo de los populismos latinoamericanos, porque es en estos países donde líderes y movimientos populistas alcanzan recurrentemente el gobierno y comienzan las transformaciones estatales para promover luego la intervención sistemática de diversos ámbitos sociales. Cuestión que no ocurre en otras experiencias populistas, como las de finales del siglo XIX, o las de Europa a partir de la década del setenta del siglo XX.

Por otro lado, un aspecto que ha estado ampliamente ausente en los estudios sobre el populismo es la dimensión cultural. Si se asume que el populismo es un fenómeno cultural, inscrito en el *ethos* de las sociedades, el populismo latinoamericano poseerá ciertas características distintivas respecto de otros fenómenos también denominados populistas, pero que se encuentran fuera de la región latinoamericana. Así, a diferencia de muchos de los enfoques que estudian el populismo, la perspectiva acá propuesta lo entiende como una forma de vínculo social que traspasa las fronteras del ámbito político e incluso lo constituye, siendo la política del populismo una manifestación pública de ciertos modos culturales. Quizá uno de los pocos autores que estudian el populismo en torno a sus raíces sociales es Stewart (1970), el cual afirma que: “La unidad que el populismo es se encuentra (...) no en los pormenores de una serie de situaciones específicas, sino en la pauta recurrente de un tipo ideal de relación social” (Stewart, 1970: 221). Sin embargo, esta relación o vínculo social, a diferencia de lo que parece creer Stewart, puede variar de una cultura a otra –por tanto, no se lo entiende acá como un arquetipo–, debido a que el *ethos* se construye históricamente y bajo ciertas condiciones particulares. En lo que sí se puede adecuar el enfoque de Stewart con el acá propuesto es que en el populismo se da una síntesis entre tradicionalismo y modernismo (Stewart, 1970: 236), esto es entre el *ethos* y los proyectos de desarrollo que impulsan los populismos en América Latina. Esta veta investigativa, sin embargo, no ha sido retomada en años posteriores, salvo con los trabajos de Mansilla (2011, 2012), quien señala que los populismos y “sus productos ideológicos, contienen elementos sustanciales de las tradiciones premodernas de esta área geográfico-cultural, elementos que aseguran su popularidad, por un lado, y que dificultan una autoconsciencia crítica de los involucrados, por otra” (Mansilla,

2012: 15). No obstante, aún no se observa en alguna de estas investigaciones un desarrollo empírico que contenga un tratamiento sistemático de las evidencias.

## 1. ANÁLISIS HISTÓRICO-COMPARADO

Si el populismo es entendido como un fenómeno que mana de las formas precedentes y generalizadas en que las personas se relacionan y vinculan, la estrategia de análisis más adecuada para abordar su estudio será eminentemente histórica. Efectivamente, el estudio de los orígenes y causas del populismo, así como la comparación de diversos casos pasados y actuales, lleva necesariamente a considerar al análisis histórico-comparado –clasificado recientemente dentro del ‘*comparative sequential method*’ (Falleti y Mahoney, 2015)– como el más pertinente para esta labor.

Existen diversas corrientes ya clásicas dentro de este tipo de enfoque, las que han sido clasificadas por diversos autores (Tilly, 1984; Mahoney y Rueschmeyer eds., 2003; Skocpol ed., 1984; entre otros). En mayor o menor medida, algunas de estas perspectivas son consideradas como sustentos metodológicos en esta investigación. Así, una de las que ha tenido un considerable impacto en el mundo académico, pero que tiene sólo una menor pertinencia en esta investigación es la de Michael Mann (1986, 1993, 2012) publicada como *The Sources of Social Power*, obra en tres volúmenes que se reseña brevemente a continuación.

Mann, busca dar cuenta de las relaciones de poder a lo largo de la historia humana, para ello presenta un modelo en que incorpora las cuatro fuentes o ámbitos desde donde emerge el poder social, a saber: la economía, la ideología –o cultura–, la política y lo militar (Mann, 1986: 1-33). Por dichas cuatro fuentes surge el acrónimo del modelo IEMP, que han sido profusamente estudiadas por las ciencias sociales, pero casi exclusivamente en tres de sus cuatro fuentes: la política, económica e ideológica (Schroeder, 2006). En efecto, se puede observar en la tradición académica el tránsito desde un análisis marxista a nivel político y económico del conflicto de clases, hacia, primero, un análisis weberiano tridimensional de estratificación –político, económico y cultural–, para luego devenir en un análisis sobre las

cuatro fuentes del poder propuesto por Mann, que sintetiza las anteriores tradiciones (Collins, 2006: 20-21).

Así, la primera de estas principales innovaciones dice relación con la consideración del poder militar como diferente del poder político, produciendo con ello una significativa señal de legitimación para la teoría geopolítica. Y es que el poder militar, en este sentido, hace referencia no sólo a las relaciones interestatales –o propiamente geopolíticas–, sino que también estructura de cierto modo lo que ocurre dentro del territorio del Estado, toda vez que funciona como soporte para el desarrollo de las propias fuerzas militares. En cambio, el poder político, por su parte, comienza a desarrollarse e institucionalizarse con el denominado monopolio weberiano de los medios de coerción dentro del territorio nacional, junto con el desarrollo estatal de un aparato administrativo e impositivo, el cual es pretendido por diversos grupos políticamente movilizados y usado acorde a sus agendas políticas (Collins, 2006: 22). Pero si para Mann poder militar y política pueden ser analizados de forma separada, para el caso del populismo, se puede observar que el poder militar formalmente constituido se sumerge en la actividad política, ya sea bajo la forma de golpes de Estado, de dictaduras cívico-militares, o bien siendo el soporte de gobiernos elegidos popularmente allí donde su legitimidad política se diluye.

La segunda innovación tiene que ver con la noción de redes sociales que es inherente a cada una de las fuentes del poder social, es decir, dichas fuentes se constituyen como una cadena de conexiones que vinculan a las personas entre sí. Según esta concepción, el poder nunca es algo abstracto que está presente y disponible en el ambiente, esperando a ser utilizado. Más aún, estas redes no tienen lógica definida, sino que son conexiones reales entre personas, observables empíricamente y extendidas en el espacio social (Collins, 2006: 22-23). Las cuales tienen un carácter emergente, pudiendo surgir según las vicisitudes del devenir histórico: “Networks are inherently processual; they exist as long as and to just the degree that action flows through them. They are emergent, but also ephemeral; they come into existence, expand by adding new links and intensifying the flow through them, but also contract, die down, fade out” (Collins, 2006: 23).



En el análisis de Mann también existe una creciente tendencia a difuminar los límites. Por ejemplo, en la concepción estatal weberiana –que se basa en la observación de los estados entre los siglos XVII y XIX–, dicha unidad político-administrativa monopoliza la fuerza sobre un territorio con claras y marcadas fronteras. Sin embargo, para este autor, los tempranos estados no tenían límites definidos: “(...) earlier states were often a thin layer of military aristocrats, moving from place to place, maintaining alliances through feudal ties or dynastic marriages (...) The construction of states with boundaries, and with identities of people inside them as belonging to a particular state, occurring only because of special historical conditions” (Collins, 2006: 23-24).

Este último aspecto hace mucho sentido al análisis del populismo y sus orígenes, ya que en los capítulos posteriores se postula que ciertos rasgos esenciales del fenómeno surgen en ‘zonas de fronteras’ altamente conflictivas durante el período colonial de Latinoamérica, así como en la Independencia, durante la cual recién se estaban comenzando a definir las fronteras nacionales y los ejércitos libertadores transitaban a través de todo el continente.

La unidad de análisis en Mann, que son las redes de poder tienden a ser globales, en la medida que se logra superar la noción de Estado nación decimonónica. La visión histórica de Mann, por tanto, contribuye a que la noción de unidad social escape a la típica definición de sociedad que la concibe como un sistema con cultura, economía e instituciones políticas compartidas. Como señala el mismo Collins (2006: 24): “The ‘society’ was a concept abstracted from the nation-state, the result of successful state-building culminating in the nineteenth or early twentieth century”. Así, la denominada globalización no es un proceso distintivo del tardío siglo XX: “Globalization or world-system has always been a central process throughout history, in the sense that local units of social organization are typically structured ‘from the outside in’ by their relationship with long-distance networks of one kind or another” (Collins, 2006: 26).

Ahora bien, pasando revista a otros autores, los trabajos de Bendix y Wallerstein son utilizados, principalmente, en su dimensión metodológica, a pesar de que esto solo se realiza en forma tangencial.

En primer lugar, a la corriente weberiana de sociología histórica representada por Reinhard Bendix se la considera de forma secundaria, aunque complementaria a la utilizada de forma central a lo largo de esta investigación. Más aún, el propio Weber no desarrolló una única perspectiva metodológica. Previo a la estrategia denominada como ‘individualizadora’ (Bendix), Weber en sus primeros trabajos se inclinó hacia la antípoda, es decir, por la elaboración de grandes taxonomías, la cual es una estrategia que se construye en base a una lógica propia de la generalización. También Weber realiza lo que Tilly denomina comparaciones ‘universalizantes’ en su estudio sobre los tipos ideales de dominación (Tilly, 1984: 111-112), tal como asevera el pensador alemán: “El que ninguno de los tres tipos ideales (...) acostumbra a darse “puro” en la realidad histórica, no debe impedir aquí, como en parte alguna, la fijación conceptual en la forma más pura posible de su construcción” (Weber, 1999: 173).

La tercera estrategia comparativa que implementa Weber sería la ya definida como individualizadora, es decir, “(...) en la cual se tratan de contrastar casos específicos de un fenómeno dado como medio de captar las peculiaridades de cada caso” (Tilly, 1984: 105). Esta estrategia es, precisamente, la que elabora en las comparaciones que realiza de los sistemas religiosos, buscando fundamentar la singularidad del próspero sistema acumulador y racionalizador de Occidente. Así, en *Kings or People*, Bendix (1978) utiliza una estrategia metodológica que se asemeja a la weberiana que estudiaba los sistemas religiosos, en la cual compara las trayectorias de la autoridad de la monarquía al mandato del pueblo en un grupo amplio de países. En consecuencia, para que afloren esos aspectos distintivos de cada caso, siguiendo a Bendix, es requerida la realización de preguntas similares para muy diferentes contextos, de modo tal que emerjan las diferencias entre los casos: “In order to sense of historical particularity while comparing different countries, I ask the same or at least similar questions of very different contexts and thus allow for divergent answers. Structures of authority in different countries do vary; societies have responded differently to challenges prompted by advances from abroad” (Bendix, 1978: 15).

Entonces, la pertinencia de Bendix en esta investigación, en que se analizarán centralmente casos positivos de populismo, tiene que ver con apreciar también las diferencias que existen entre los casos, las que permitirían definir subtipos de populismos.

En segundo lugar, y al igual que con Bendix, solo en un aspecto más bien metodológico para esta investigación se ha considerado el trabajo de Immanuel Wallerstein. En efecto, su teoría del sistema mundo (Wallerstein, 1974, 1980, 1989, 2011) no es considerada para el desarrollo del marco teórico de esta investigación<sup>2</sup>.

Sin embargo, lo que del trabajo de Wallerstein se rescata tiene relación con la integración disciplinar que su teoría implementa al considerar como unidad de análisis al sistema mundial en su conjunto. No obstante, para llegar a este punto, según Wallerstein, se tuvieron que superar las limitantes nomotéticas de la economía, politología y sociología, que se focalizaban en tres objetos de estudio: el mercado, el estado y la sociedad civil, respectivamente. Además, a esto se le suma el requerimiento de que la historia dejara de centrar su atención casi exclusivamente en las cinco potencias neo-coloniales de principios de siglo XX (Wallerstein, 2004: 5-6). He ahí el gran problema que notaba Wallerstein había sido heredado de las concepciones científicas decimonónicas y de la historiografía. Y a pesar de que la historia aspiraba a no ser una disciplina nomotética, incluso sostiene que: “the four disciplines together (history, economics, sociology, and political science) studied in effect only small portion of the world” (Wallerstein, 2004: 7). Más aún, las ciencias que se ocupan del estudio de aquellas sociedades denominadas tribales, como la antropología-etnografía, y la que se ocupa de la investigación de las grandes civilizaciones de oriente –orientalismo–, enfatizan, en palabras de Wallerstein (2004: 9), la particularidad de dichos grupos sociales,

---

<sup>2</sup> Esta consiste, esencialmente, en una formulación de ciertos postulados marxistas llevados a un contexto de interdependencia mundial entre países: “Social change, in this view, is conditioned by change in the world system as a whole, not by events in this or that country. Socialism can come only through a revolution in the entire system, not simply in one or several countries (much as this might help to create the conditions for an eventual world revolution). Perhaps most important in this world system view is the notion that capitalism’s wealth is critically dependent on its exploitation of the periphery, not simply the domestic proletariat of the major core states (which can be bought off with the surplus product taken from the periphery). As the most exploited part of the system, the periphery will be the locus of the future world socialist revolution” (Ragin y Chirot, 1984: 277). Esta noción de centro-periferia, que es posible de encontrar en la teoría del sistema mundo, y que es propia también de la teoría de la dependencia de la CEPAL, el mismo Wallerstein (2004: 11 y ss.) la considera como uno de los antecedentes esenciales de su teoría.

las que se oponen a lo que se consideraba el análisis de las características genéricas de los seres humanos, estudiadas por las cuatro disciplinas occidentales.

Para el autor, uno de los cambios que se produce en esta configuración de las cosas, tiene que ver con la creación de las '*area studies*' en las universidades estadounidenses posterior a 1945 (Wallerstein, 2004: 10-11). Otro hito que lleva a cambiar esta noción compartimentalizada del conocimiento, es la influencia de Fernand Braudel, segunda generación de la *École des Annales*. Sin embargo, los postulados por una historia más comprehensiva de los diversos ámbitos sociales, es decir, lo que podría definirse como una 'historiografía total', comienza ya en la primera generación con Marc Bloch y Lucien Febvre, quienes se opusieron a la historiografía francesa dominante, centrada casi exclusivamente en la historia política (Wallerstein, 2004: 15). En palabras de este último:

No hay historia económica y social. Hay historia sin más, en su unidad. La historia que es, por definición, absolutamente social. En mi opinión, la historia es el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas y, sin embargo, comparables unas a otras (el postulado es de la sociología); actividades y creaciones con las que cubrieron la superficie de la tierra y la sucesión de las edades. La definición es un poco larga, pero yo desconfío de las definiciones demasiado breves, demasiado milagrosamente breves (Febvre, 1992: 39-40).

Retomando a Braudel, su postulado sobre la unidad de análisis es ciertamente relevante para la teoría del sistema mundo. Esto queda definido en el concepto de *économie-monde*, que Wallerstein utiliza para inspirar su teoría y definir, a su vez, su propia unidad de análisis: "It is at this point, in the early 1970s, the people began to speak explicitly about world-system as a perspective. World-system analysis was an attempt to combine coherently concern with the unit of analysis, concern with social temporalities, and concern with the barriers that had been erected between different social sciences disciplines" (Wallerstein, 2004: 16).

En este sentido, la investigación acá desarrollada considera no sólo una serie de disciplinas que se interrelacionan para el análisis histórico-comparado que se implementa a lo largo de todo el texto, sino que también tiene en cuenta, de forma secundaria, algunos postulados

propios de la concepción de Wallerstein sobre el análisis del sistema mundo<sup>3</sup>. Efectivamente, se podrá apreciar especialmente en los capítulos 6, 7 y 8, donde se implementa un análisis histórico de largo plazo que contribuye a explicar el origen del populismo, esta noción de unidad de análisis del sistema mundo que traspasa, pero a la vez que conecta a diferentes unidades políticas y culturales. Esto queda plasmado en el encuentro entre civilizaciones, la española y la originaria de América, y su consecuente síntesis ritual, lo cual será tenido en cuenta a lo largo del texto.

Otros dos autores son considerados como antecedentes metodológicos para esta investigación, y de forma más relevante que los anteriores. Estos son: Theda Skocpol y James Mahoney. La primera es una de las más importantes representantes de la corriente marxista de sociología histórica, donde destacan autores como Barrington Moore Jr., Hobsbawm, Anderson, entre otros. Sin embargo, de la autora se rescata su estrategia metodológica utilizada en su principal obra *States and Social Revolutions* (Skocpol, 1979). De su libro, pues, se recoge el planteamiento general para la realización del análisis histórico-comparado de esta investigación. El segundo autor es quien ha sistematizado el análisis histórico de tipo *path dependence* o trayectorias de dependencias, ya postulado de diversas formas previamente por otros académicos (Goldstone, 1998; Orren, 1991, entre otros). James Mahoney, en su libro *Colonialism and Postcolonial Development* (Mahoney, 2010), delinea y aplica esta perspectiva teórico-metodológica que es, sin duda alguna, una herramienta central en la explicación de la secuencia comparativa del populismo. Sus postulados serán abordados más en profundidad en el Capítulo 8.

Finalmente, el último de los autores acá considerados, y no por ello menos importante, es Charles Tilly. Influenciado también por la *École des Annales*, sus principales investigaciones se centran en el estudio de la acción colectiva (Hunt, 1984) y el fenómeno *contentious politics* (Tilly, 2003; Tilly y Tarrow, 2006), entre otros temas. No obstante, la utilidad de las

---

<sup>3</sup> En palabras de Wallerstein (2004: 17): "Putting in the hyphen was intended to underline that we are talking not about systems, economies, empires *of the* (whole) world, but about systems, economies, empires *that are* a world (but quite possible, and indeed usually, not encompassing the entire globe). This is a key initial concept to grasp. It says that in "world-system" we are dealing with a spatial/temporal zone which cuts across many political and cultural units, one that represents an integrated zone of activity and institutions which obey certain systemic rules".

investigaciones de Tilly derivan de su bastante conocido trabajo *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, en el cual se buscan clasificar y entregar los contornos generales sobre los cuales se puede enmarcar un estudio sociohistórico, que luego aplica a una de sus principales investigaciones: *Coercion, Capital, and European States* (Tilly, 1990).

Tilly considera cuatro grandes niveles históricos a través de los cuales pueden devenir los análisis causales. Estos son el nivel histórico mundial, donde se establecen las propiedades esenciales de una época y se la ubica en el flujo de la historia humana; el nivel sistémico mundial en el cual se busca indagar en el interior de aquellos conjuntos de estructuras sociales interdependientes; el nivel macrohistórico en el que se da cuenta de ciertas grandes estructuras y su relación con los amplios procesos de cambio social; y, finalmente, el nivel microhistórico que es donde se produce la interconexión entre las grandes estructuras y amplios procesos con los grupos sociales e individuos concretos (Tilly, 1984: 81-86). Tomando como referencia lo propuesto por Tilly, esta investigación abarca, en mayor o menor medida, el nivel macrohistórico y el microhistórico, pero a la vez los conjuga a ambos. Así, el estudio del populismo que se desarrolla en las páginas siguientes busca describir el proceso de constitución de un *ethos* latinoamericano, es decir, aquella forma distintiva de vinculación social, la cual, desarrollada durante la colonia, se reconfigura en el ámbito político durante el siglo XX hasta la actualidad. Y también se busca esclarecer cómo esta manifestación contemporánea del *ethos*, denominada como populismo, reconfigura la forma de integración social de Latinoamérica.

En este sentido, al hablar de vínculo social no se está haciendo referencia a la relación concreta de dos individuos, sino que más bien al modo particular de desenvolvimiento cultural. Así, el nivel macrohistórico se manifiesta en las modificaciones de las grandes estructuras socioeconómicas, como es el modo de producción, el nivel del gasto o el régimen de propiedad; y de las estructuras político-institucionales, como son el sistema de partidos y los estados latinoamericanos; pero también se manifiesta en la actividad de actores sociales colectivos como son los ejércitos, la Iglesia o los sindicatos. Por otro lado, ciertamente el nivel microhistórico juega un rol importante en la explicación del surgimiento del populismo,

ya que en él se pueden observar ciertas condicionantes que contribuyen a su aparición, como pueden ser las luchas concretas entre ciertos grupos o actores sociales relevantes y, desde luego, la emergencia de líderes y movimientos que catalizan el surgimiento del populismo y diseminan un grupo de ideas políticas que lo sustentan discursivamente. En efecto, el fenómeno del populismo no puede ser cabalmente estudiado sin analizar los liderazgos concretos que lo promueven, y esto será abordado a través de narrativas descriptivas – actualmente denominadas como *process tracing*– respecto de la forma cómo los líderes logran instaurar al populismo como forma hegemónica de vínculo social. Es de este modo que la investigación necesariamente oscilará entre el nivel macrohistórico y microhistórico.

## 2. CONCEPTUALIZACIÓN Y VARIABLES

La premisa ontológica central es que el populismo es una forma de vínculo social. En primer lugar, esto quiere decir que es más que un mero vínculo económico o sólo uno de tipo político. Y, a *grosso modo*, los elementos que componen este vínculo son un líder y sus seguidores, en que el primero reformará y/o debilitará las estructuras e instituciones políticas para consumarlo, constituyendo su tarea esencial la transformación del Estado. De este modo, el líder eclipsará al sistema de partidos políticos, mientras que utilizará las estructuras estatales para poder cooptar a los partidos políticos y facilitar las estrategias de reclutamiento de seguidores, también podrá implementar una política de fuerte gasto público y social para demostrar la importancia que tiene para él el bienestar del pueblo, siempre de manera vertical y jerárquica, a diferencia, por ejemplo, de los movimientos populistas rusos y norteamericanos que emergen desde abajo, solo apoyados por ciertos grupos de intelectuales. Así pues, en su aspecto más abstracto del discurso, se puede decir que el populismo es un modo de vínculo social en que el líder promete un cambio radical del *establishment* en beneficio del pueblo – garantizado por supuestas características y capacidades cuasi-divinas y extraordinarias de este político–, a cambio de apoyo y lealtad, ya sea de tipo electoral, mediante redes de apoyo o presiones políticas diversas como huelgas y otras manifestaciones sociales con menor grado de estructuración, entre otras.

Esta serie de ámbitos, a través de los cuales se puede desenvolver el populismo, le conceden al fenómeno su característica eminentemente multidimensional. Entonces, toda vez que el populismo despliega su influencia social para consolidar el vínculo líder-seguidores, se observan las diversas dimensiones que adquiere. Es por ello que un fenómeno como este requiere de un vasto análisis en sus diversos aspectos y causas, siempre y cuando el objetivo sea investigarlo en su amplia complejidad, como es acá el caso.

En este punto, pues, surge una distinción fundamental. Tal como se ha dejado entrever, la denominada ‘unidad de análisis’ de la investigación es el vínculo social populista, pero a este no se puede acceder sin más, sino sólo mediante la observación de las formas concretas en que se despliega, es decir, a través de las diversas estrategias y acciones que el líder y su círculo más cercano implementan, así como también sus manifestaciones discursivas. Por lo tanto, se postula que estas, en su conjunto, serán las ‘unidades de observación’ del fenómeno, dicho de otra manera, las formas cómo se accede a identificar empíricamente el populismo latinoamericano.

En línea con lo anterior, se sostiene que el populismo posee una dimensión económica primordial en los casos latinoamericanos, definida bajo el mencionado gasto público y social, entendida como una manera de legitimación social del líder frente a sus seguidores, que tiene su raíz originaria en la economía del gasto festivo de la hacienda latinoamericana, que puede ser replicada por el populismo en el contexto moderno de la ciudad. De modo que lo que prevalecería no es la función económica del dinero, sino su función social. Este aspecto se desarrollará a lo largo del texto.

Otro aspecto que se desprende de lo anterior es que el populismo traslada a la ciudad dicha experiencia de copresencialidad rural propia de la hacienda latinoamericana, haciendo emerger la raíz del antagonismo político en que se funda. Efectivamente, desde el momento en que se recrea el vínculo social originario en el contexto urbano emerge un fenómeno que es político por definición, el cual requiere de aquel exterior constitutivo de la propia identidad –piénsese en autores como Carl Schmitt (1999) o en intelectuales posmarxistas (Laclau y Mouffe, 1985; Mouffe, 1999, 2007)–, el cual es exacerbado por el populismo, y que también



rescata, especialmente, la beligerancia antioligárquica que se forma en zonas ganaderas durante la colonia. En consecuencia, se identifica el desenvolvimiento de este fenómeno, recurrentemente, con aquel antagonismo maniqueo frente a la oligarquía y el statu quo. Es por este motivo que otra forma de observar el populismo es a través de la esfera política, en que el sistema de partidos padece de un debilitamiento de su institucionalidad gracias a que el líder establece una vinculación alternativa con sus seguidores no mediada por los partidos tradicionales. Paralelamente, comienzan a emerger grupos y actores sociopolíticos relevantes durante el predominio populista, tutelados por el líder, los cuales se enfrentan de forma directa con los antiguos grupos hegemónicos, tornándose estos últimos en los símbolos del antagonismo. Así, la tutela y cooptación de dichos sectores sociopolíticos se da a través de formas político-administrativas, es por esta razón que el Estado sufre transformaciones importantes, las que se pueden caracterizar, por ejemplo, bajo lo que Ianni (1984) denomina ‘hipertrofia estatal’.

Como se mencionó anteriormente, la dimensión discursiva sería otra forma de observar el vínculo social populista. Tal como describe Hawkins (2009, 2010), mediante diversos tipos de alocuciones emitidas por líderes políticos, es posible observar la discursividad sobre la cual se considera, en esta investigación, que el vínculo social-populista adquiere sus contornos.

Ahora bien, en la perspectiva propuesta de un análisis histórico-comparado, se prevé que se aspire a conocer las variables que explican el fenómeno en cuestión. En particular para el estudio del populismo, el cual ha sido definido como multidimensional, se estima que también es multicausal. En primer lugar, cabe distinguir entre los tipos de variables explicativas del fenómeno, las que pueden clasificarse como aquellas de un pasado remoto versus aquellas de un pasado reciente. Las primeras tienen que ver con los ‘orígenes’ del populismo, ubicadas temporalmente durante la Colonia, período en el cual se construye el *ethos* cultural latinoamericano, la cual es considerada como la primera de las variables explicativas. Mientras que las segundas son propiamente las ‘causas’, aquellas variables que catalizan el surgimiento del populismo y que se relacionan con aspectos sociales particulares de fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX en América Latina. Una de estas causas

tiene que ver con las transformaciones socio-demográficas, es decir, las modificaciones a la relación urbanidad-ruralidad en América Latina, gracias tanto a la inmigración extranjera, como a los diversos cambios en los niveles de urbanización. Otro aspecto tiene que ver con la dimensión política de la crisis de la oligarquía, la cual dice relación tanto con los cambios en la preponderancia que adquieren nuevos sectores sociales, como el movimiento obrero y la nueva élite dirigente, la debilitada situación del sistema de partidos tradicional que da paso a nuevos partidos y movimientos sociales, junto con los considerables aumentos del padrón electoral, que los nuevos colectivos políticos se encargan de capitalizar. Un tercer aspecto es la dimensión económica de la crisis, que consiste en el deterioro sostenido del desarrollo económico oligárquico, lo que se traduce en un cuestionamiento creciente al modelo agro-exportador imperante y a la existencia del capital extranjero que domina la incipiente industrialización de la región. Además de todos estos factores, que de forma conjunta configuran a la variable explicativa agregada denominada acá como ‘crisis social’ de la oligarquía, sin lugar a dudas, se debe considerar un tercer elemento que puede finalmente posibilitar el surgimiento del populismo a nivel del aparato estatal: la existencia de un líder populista.

Por otro lado, si bien cada caso puede presentar particularidades, se postula una esencial continuidad de los populismos latinoamericanos de mediados del siglo XX y los actuales. En otras palabras, pareciera ser que algunas de estas formulaciones y características propias de lo que podría denominarse populismo preautoritario se replican en los actuales casos de populismos latinoamericanos posautoritarios. Así, los populismos latinoamericanos, en general, estarían muy lejos de ser fenómenos cualitativamente distintos entre sí. Ergo, si ambos –que usualmente han sido calificados como diferentes– poseen una gran mayoría de rasgos comunes, se puede asumir que se trata de un fenómeno que re-emergió en los años ochenta y noventa, y no de uno nuevo y diferente. Esta es sin duda una premisa provocadora, que tiende al menos a cuestionar los diversos estudios que procuran distinguir entre los viejos y nuevos populismos de principios de la década de 1990<sup>4</sup>, estos últimos más bien asimilables a un tipo de régimen neoliberal “a secas” –como los de Fujimori o Menem–, como bien argumenta Vilas (2004). Por otro lado, esto también supone que si bien la emergencia del

---

<sup>4</sup> Un ejemplo de ello son los textos de Hermet, Prud'homme y Loaeza eds. (2002), y Hermet (2003).

populismo en América Latina, tanto pre como posautoritario, está condicionada a ciertos eventos históricos, la premisa central que guía el estudio tiene relación con que es un fenómeno que, aunque gatillado coyunturalmente, se encuentra latente e inscrito en aquella experiencia cultural originaria, y predispuesto a resurgir en diversos contextos y bajo ciertas circunstancias y condiciones.

Así también, rescatar del olvido aquella característica sociocultural del populismo, siendo abordada analíticamente por un enfoque histórico-comparado, permitirá comprender con más precisión aquellas condicionantes inscritas en formas de vinculación social tradicionales, construidas precedentemente, que resurgen al ser actualizadas y desplazadas a contextos nuevos y diferentes del que se forman inicialmente. En este sentido, el supuesto primordial en que se basa esta investigación presupone, como ya se mencionó, comprender al populismo en cuanto vínculo social, el cual, inscrito en la cultura latinoamericana, se encuentra latente y potencialmente disponible para surgir. De modo que caracterizar dichas condicionantes que explican el surgimiento del populismo para los casos seleccionados se convierte en una de las tareas fundamentales de la investigación. En concreto, el objetivo general es: identificar, caracterizar y explicar el surgimiento del populismo, así como su resurgimiento, en América Latina. Teniendo en cuenta lo anterior es posible lograr cumplir dos objetivos específicos, susceptibles de satisfacer con el desarrollo del estudio:

- i) el primero es en sí, y en principio, puramente teórico: construir un modelo teórico-conceptual del populismo latinoamericano que, a su vez, sea operativo para el contraste empírico de los casos seleccionados, el cual también funciona como eje metodológico y guía para el análisis explicativo posterior. Este primer objetivo es una condición *sine qua non* del siguiente;
- ii) que es básicamente explicar: a) las condiciones de aparición del populismo latinoamericano, y b) su desarrollo en Argentina, Brasil y Venezuela.

Una vez logrados estos objetivos, se puede acceder a responder empíricamente una pregunta clave en esta investigación, que tiene relación con el proyecto político con que, en América Latina, los estados y gobiernos han hecho frente a las crisis sociales, entendidas estas, pues,

como quiebres importantes en la integración social de sus respectivas sociedades. Entonces, la hipótesis es que la respuesta latinoamericana no ha buscado fundar, en principio, la integración social en instituciones racionales, que sería la solución de tipo habermasiana; pero tampoco esto se logró, durante la ascensión de los populismos, a través de la extensión de mecanismos sistémicos –como sostendría Luhmann– o, dicho de otra forma, por la colonización del mundo de la vida. La respuesta –y esto es lo que pretende demostrar esta investigación– se ha basado, históricamente, en formas de socialización fundadas en mecanismos propios de épocas pretéritas, en que el modelo de integración está basado en la ‘presencia’, la cual será descrita en los capítulos posteriores. Y ello supone un rescate analítico de lo que acá se denomina como *ethos* latinoamericano. En consecuencia, el populismo como proyecto de integración social, si bien surge como altamente disruptivo del statu quo, rescata un fundamento cultural que lo define e inscribe en una tradición característica del continente latinoamericano.

### 3. ¿POR QUÉ ARGENTINA, BRASIL Y VENEZUELA?

En relación al aspecto comparado, este es ventajoso en la medida que la comparación ha llegado a ser incluso una condición cognitiva esencial del ser humano. Epistemológicamente, si no se distingue, difícilmente se podría realizar una designación de dos lados sobre un plano: en ello consiste inicialmente una observación comparativa<sup>5</sup>. En palabras de Sartori (1999: 32): “todos somos, por fuerza, voluntaria o involuntaria, animales comparantes”, cuestión que se entronca en medida importante con gran parte de la tradición de las ciencias sociales. Así, Durkheim menciona que “la sociología comparativa no es una rama de la sociología, es la sociología misma en la medida que intenta explicar los hechos”; o bien Almond que afirma “si la ciencia política es una ciencia, entonces es comparativa en su enfoque” (Durkheim y Almond citados en Sartori, 1999: 32-33). Del mismo modo, si el objetivo de la ciencia social

---

<sup>5</sup> Por ejemplo, la sociología de sistemas luhmanniana sustenta su lógica de análisis en la teoría de la forma de Spencer-Brown, la cual entiende como aspecto clave la capacidad para distinguir, entre dos entidades, para poder realizar cualquier operación de distinción e indicación, así pues, “La propuesta de Spencer-Brown de convertir un mundo no designado en uno designado dice: *Draw a Distinction!* Con ello presupone, como ya lo presentamos antes, *the idea of distinction* y *the idea of indication* como dadas y formuladas: “[...] we can not make an indication without drawing a distinction [...]”. Esto es convincente, porque realmente no es posible la denominación sin haber distinguido anteriormente” (Jokisch, 2002: 82).

en general es, además de describir, también explicar, el método comparado aventaja al denominado estudio de caso en avanzar hacia una mejor discriminación de los factores explicativos relevantes de un fenómeno. En este sentido, se podría definir el método comparado como el uso sistemático de observaciones realizadas a, al menos, dos entidades, o a una misma entidad en diversos momentos, con el objeto de indagar en las causas que provocan sus cambios o invariabilidades (Lijphart, 1971: 691-693; Elder, 1976).

Lijphart (1971: 682), en su clásico artículo *Comparative Politics and the Comparative Method*, resalta la relevancia del método comparado, adquiriendo el estatus de uno más entre otros ya establecidos, que serían el experimental y el estadístico. Para Lijphart, estos tres métodos comparten dos premisas elementales, propias de una explicación científica, que son: el establecimiento de relaciones empíricas generalizables entre dos o más variables; mientras todas las demás variables son controladas, es decir, se mantienen constantes (Lijphart, 1971: 683).

El método experimental, en términos someros, requiere de dos grupos equivalentes, uno de los cuales recibe el estímulo o grupo experimental, y otro que no lo recibe o grupo de control. Así, se puede reconocer la relación entre dos variables, y las diferencias entre uno y otro grupo se pueden atribuir al estímulo. Los problemas de este método en las ciencias sociales son evidentes, por un lado, suscitar la instancia de un grupo de control de manera deliberada resulta sumamente complejo, y por otro, es cuestionable desde una perspectiva ética (Lijphart, 1971: 683-684). El método estadístico por su parte es considerado como una aproximación al método experimental, con la salvedad de que no puede manejar la cuestión del grupo de control (Lijphart, 1971: 684).

Por otro lado, la única diferencia crucial entre los métodos comparado y estadístico es el número de casos (Lijphart, 1971: 684-685). No obstante, esta diferencia tiene importantes consecuencias. Una está relacionada con el tipo de inferencias posibles de realizar en una situación de un  $N$  pequeño, las cuales son eminentemente determinísticas. Con esto se hace referencia a que, para los casos particulares analizados, lo que se establece mediante la comparación es que la relación entre variables deviene en la identificación de la causa o

variable independiente, que condiciona el fenómeno afectado o variable dependiente – *causes-of-effects*–, en contraposición con lo que ocurre para el análisis de las poblaciones grandes, en donde las inferencias son del tipo probabilísticas, buscando identificar el efecto de las variables explicativas –*effects-of-causes*. En esta última situación, y dicho de otra manera, se trata de estimar la probabilidad de que, para una situación cualquiera, una variable *x* condicione a un fenómeno *y*. De esto se desprende la segunda consecuencia que tiene que ver con la capacidad de generalización de los resultados. El que se identifique a la causa explicativa en un estudio comparado de pocos casos, no garantiza que se puedan generalizar los resultados a otros casos bajo cualquier contexto, cuestión contraria a lo que sucede en el estudio de poblaciones grandes, donde gracias a la importante cantidad de casos analizados, se puede inferir a partir de la muestra el comportamiento de la población, mediante diversos supuestos estadísticos<sup>6</sup>.

También se deben tener en cuenta las dos variantes del método comparado, y para ello hay que remontarse a 1843, año en que John Stuart Mill publica su obra *A System of Logic*, en la cual se fundan las bases de la lógica inductiva del método comparado. Esta obra, que contiene una serie de cuestiones más amplias relacionadas, en general, con los métodos científicos de investigación, establece dos formas elementales para desarrollar un análisis comparado: el método de la similitud y el de la diferencia (Mill, 1882: 278 y ss.). El método de la similitud supone, según Mill en su primer canon, que una única o pocas circunstancias o variables similares, frente a una gran mayoría de circunstancias diferentes, explicarían la ocurrencia de un fenómeno similar en una serie de casos (Mill, 1882: 280). Por contrapartida, el segundo canon que versa sobre el método de la diferencia, asevera que una única o pocas circunstancias diferentes, frente a una gran mayoría de circunstancias similares, explicarían la ocurrencia de un fenómeno en algunos casos, y la no ocurrencia en otros (Mill, 1882: 280-281). Como mencionan Dogan y Pelassy (1984: 127), el método comparativo destacará las similitudes, otras veces las diferencias, tomando atención a las diferencias en sistemas similares y a las analogías en sistemas diferentes. O bien, como afirma Sartori (1999: 40-41), el método de la diferencia compara sistemas cercanos, si se quiere similares en la mayor

---

<sup>6</sup> En el Capítulo 15 se discutirá respecto de los enfoques cualitativo y cuantitativo, así como respecto de las condiciones de generalización en un análisis histórico-comparado como este.

cantidad de características posibles, para encontrar aquella característica o variable distintiva que interesa investigar y que explicaría la aparición del fenómeno; o, en el caso del método de la similitud, los sistemas a comparar difieren en gran parte, excepto en aquella variable que se quiere investigar, entonces el fenómeno se explicará por los factores comunes a los casos estudiados<sup>7</sup>. Como se argumentará más adelante en este capítulo, el estudio del populismo que acá se postula se basa esencialmente en el enfoque por diferencias.

Otro aspecto relevante y pertinente de dilucidar es la selección de los casos, la cual es primordial para la implementación de un análisis comparado. Para ello, existen tres estrategias de selección de casos. Una de ellas es la aleatoria, que no se considerará acá, ya que dice relación con poblaciones grandes y está asociada a los estudios estadísticos (Anduiza *et al.*, 1999: 65). Otra es a partir de la variable independiente, es decir, se seleccionan los casos según tengan o no relación con las causas que se estima, *a priori*, pueden afectar al fenómeno estudiado o variable dependiente. Lo que busca esta estrategia es seleccionar casos de manera que las variables de control se encuentren en la mayoría de estos, y así poder identificar más claramente cuál es la variable explicativa, ya sea de la diferencia o la similitud entre casos seleccionados (Anduiza *et al.*, 1999: 66-68). Finalmente, otra estrategia es seleccionar los casos a partir de la variable dependiente. Esto es, asegurándose que en los casos seleccionados ocurra el fenómeno que se quiere explicar, dicho de otra manera, que su variable dependiente posea ciertas características o valores similares en cada uno de los casos. Entonces, luego se indaga en las variables explicativas, y se descubre cuál o cuáles son las que tienen impacto en el fenómeno (Anduiza *et al.*, 1999: 68-72).

En vista de las anteriores alternativas, la selección de los casos centrales de estudio se realiza a partir de la variable dependiente, es decir, casos positivos de populismos. Este enfoque conocido como *case-oriented* busca, por tanto, identificar las causas de determinados resultados en casos específicos (Mahoney, 2008: 2). Así, la muestra que se propone se

---

<sup>7</sup> El método milliano es sin duda muy útil para el planteo de la problemática de investigación. Sin embargo, como será desarrollado a lo largo del texto, y discutido finalmente en el Capítulo 15, el análisis de las variables explicativas se distancia del modelo de Mill, debido a su característica 'aditivo-lineal', es decir, no considera la posibilidad de que exista causalidad combinada –relación entre variables explicativas–, o bien secuencias temporales entre variables. Esto se detallará en el primer apartado del capítulo final.

compondrá de tres países: Argentina, Brasil y Venezuela, y estos casos-países están basados en tres criterios. En primer lugar, el caso argentino se ha ganado la calificación de ser el país paradigmático del populismo, gracias a la experiencia peronista, de forma tal que gran parte de los estudios recientes y pasados han analizado a la Argentina profusamente, es por esta razón que todo análisis del populismo tendrá que considerar, de una u otra manera, a esta nación. Segundo, a Brasil se le ha considerado también un caso histórico de populismo, a pesar de que en gran parte de la década de los noventa hasta nuestros días se ha convertido en una democracia con un sistema de partidos relativamente poco incipiente, con crecimiento económico sostenido e inflación controlada, dejándose de clasificar como una nación populista. En tercer lugar, Venezuela se ha caracterizado por tener un sistema de partidos relativamente estable en el contexto regional durante aproximadamente medio siglo, pero con un restringido sistema de competencia electoral –Pacto de Punto Fijo–, que en el último tiempo entró en crisis, propiciando con ello la llegada de Hugo Chávez; a diferencia de Brasil, a Venezuela se la considera hoy como populista.

Como se enunció anteriormente en este capítulo, a diferencia de lo que realiza Bendix (1978) en *Kings or People*, donde el autor implementa una comparación individualizadora (Cf. Tilly, 1984: 110-120) y extensa del paso de la autoridad de la monarquía al mandato del pueblo, en la historia de cada uno de los países analizados, que son Inglaterra, Rusia, Prusia-Alemania, Japón y parcialmente Francia, definiendo tipos puros y característicos de cada caso, en esta investigación se pondrá más énfasis en la estrategia metodológica generalizadora de Skocpol (1979), plasmada en *State and Social Revolutions*. En efecto, Skocpol considera tres casos en donde las revoluciones sociales ocurren, los cuales efectivamente no son simultáneos temporalmente, pero sí presentan las características que llevan a considerarlos como casos exitosos de revoluciones sociales. Si bien se habla de países en el trabajo de Skocpol, el caso no es identificable con la nación donde ocurre la revolución social, sino que es más bien el proceso revolucionario mismo que ocurre dentro de fronteras políticas más o menos definidas. De igual modo, la instauración del populismo, es decir, el ascenso de movimientos y líderes populistas a posiciones de poder nacional como son las presidencias, serán los casos de estudio propiamente tal, no así los países y sus respectivas historias nacionales en toda su extensión. Entonces, lo que se busca es explicar el surgimiento de tres experiencias populistas



características de Latinoamérica que son: el de la primera y segunda presidencia de Perón en Argentina; el Brasil de Vargas que abarca desde la Revolución de 1930 hasta el final del *Estado Novo* en 1945, así como también su segundo período presidencial alcanzado por elecciones democráticas desde 1951 hasta su suicidio en 1954; y finalmente, la Venezuela de Hugo Chávez, que comprende desde su elección presidencial en 1998 hasta, aproximadamente, poco antes de su fallecimiento en 2013, período denominado como la Revolución Bolivariana. Evidentemente, estos períodos de gobierno corresponden al ascenso y consolidación del populismo en tres países, sin embargo, la gestación de los populismos ocurre incluso años antes a dichos períodos. Más aún, como ya se indicó, un análisis profundo de los orígenes debe mirar hacia el pasado más remoto, de modo que para estudiar el populismo, la investigación se remontará indefectiblemente a la época colonial.

Siguiendo el argumento metodológico de Skocpol, se requiere de ciertos casos de control que contribuyan a hacer más destacables las causas que condicionan el surgimiento del fenómeno bajo análisis. En efecto, la autora sitúa el énfasis en las causas comunes que condicionan la aparición de las revoluciones sociales, las cuales a su vez pueden ser destacadas y observadas más nítidamente bajo la comparación de ciertos casos de control donde no se desarrolla el fenómeno. En *States and Social Revolutions* esto corresponde a otros cuatro casos que son Japón, Prusia, Inglaterra y la Rusia de 1905, los cuales no son analizados en profundidad, a diferencia de aquellos donde sí ocurren revoluciones sociales. Para Skocpol esto tiene un fin meramente metodológico, que responde solo a validar el argumento causal central de la investigación. La implicancia de ello es que la variante del método comparado a utilizar en esta investigación sea eminentemente de la diferencia.

En consecuencia, en el estudio histórico del populismo, se tendrá en consideración un caso para el esclarecimiento de las variables explicativas del fenómeno en Latinoamérica. Por ello, se seleccionará un país considerado no populista, pero en el cual es posible de encontrar al menos una clara experiencia populista. En efecto, en Chile existen una serie de breves episodios a través de su historia que podrían ser estudiados desde las nociones del populismo, siendo uno de los más destacados, especialmente en su dimensión política, aquel ocurrido durante el ascenso de Ibáñez a su segunda presidencia junto con el Partido Agrariolaborista

en 1952<sup>8</sup>. Inicialmente se puede considerar a este caso como contrastante, debido a las diferencias contextuales que posee con cada uno de los tres casos centrales o positivos de populismo, pudiéndose agregar una diferencia más: casi cualquier versión de la historiografía latinoamericana podría corroborar lo efímero de esta etapa política en Chile, a diferencia de lo que ocurrido por ejemplo con el Partido Justicialista y con el Partido Socialista Unido de Venezuela, dos organizaciones que actualmente se encuentran en el poder en sus respectivos países. Mientras que por el lado de Brasil está el caso del *Partido Trabalhista Brasileiro* (PTB), nacido en 1945 del *queremismo* –‘*Queremos Getúlio*’– luego de que un golpe de Estado depusiera a Vargas, existió con dicha denominación hasta 1964 cuando es ilegalizado y se instaura un bipartidismo durante la dictadura, que entregaba un reducido espacio a la disidencia. Así el PTB pasó a formar parte del opositor *Movimento Democrático Brasileiro*. Luego, en 1980, reaparece con su denominación original y se extiende hasta la actualidad, aunque hoy en día posee un escaso apoyo electoral.

#### 4. DESARROLLO DEL TEXTO

Los siguientes capítulos presentan un análisis histórico y comparado del populismo en Argentina, Brasil y Venezuela. A pesar de que en el presente capítulo ya se plantearon cuestiones esenciales del enfoque, tales como una introducción a la noción particular de populismo que se utilizará, algunas cuestiones relacionadas con el análisis histórico-comparado, así como ciertas precisiones respecto de la selección de casos; en la ‘Parte I: Populismo y Sociología de la Presencia’ se estudia y desarrolla en extenso el enfoque teórico pertinente para la investigación. De este modo, en los capítulos 2 y 3 se pone en perspectiva a los diferentes enfoques teóricos y metodológicos que analizan el populismo, para luego, en los capítulos 4 y 5, presentar las bases para un enfoque teórico alternativo a los anteriores, el cual sustenta esta investigación.

---

<sup>8</sup> Cabe señalar que investigaciones previas han identificado manifestaciones del populismo en Chile, y particularmente a nivel económico, este fue el caso de la Unidad Popular (Poblete, 2006).

En la ‘Parte II: Sobre los Orígenes y las Causas del Populismo’ se desarrolla el estudio explicativo del populismo en América Latina, siendo los capítulos 6 y 7 dedicados a la descripción del origen, es decir, la construcción del vínculo social originario del populismo en el contexto colonial. En el Capítulo 8 por su parte, se describe más en detalle el tipo de análisis histórico-comparado utilizado y se enuncian las diversas tesis que tratan sobre las causas, es decir, las condiciones más inmediatas que gatillan la emergencia del populismo. En los capítulos 9, 10 y 11 en particular, se lleva a cabo un estudio pormenorizado de dichas causas para los tres casos centrales.

La ‘Parte III: Instauración y Desarrollo del Populismo en América Latina’ consta de 3 capítulos, dedicados cada uno a los tres casos estudiados. En estos capítulos se expone la aparición y desarrollo del populismo para Argentina, Brasil y Venezuela. A continuación, en la parte final, se presenta el Capítulo 15 con las conclusiones teóricas, metodológicas y empíricas.

**PRIMERA PARTE. POPULISMO Y SOCIOLOGÍA DE LA  
PRESENCIA**



## CAPÍTULO II. DECODIFICANDO TEORÍAS (I): POPULISMO ESTRUCTURAL

*El estado populista es impuesto  
a la sociedad como si fuera su  
mejor y único intérprete, sin  
mediación de los partidos*  
(Ianni, 1984: 141).

El populismo ha sido un fenómeno prolíficamente analizado desde diversos enfoques teóricos, así como considerando diferentes casos de estudio. En el Capítulo 1 se mencionaron algunos de los que se han desarrollado para estudiar el populismo, distinguiendo entre el plano histórico-geográfico y el plano teórico-metodológico. Ambos aspectos son importantes en la medida que permiten tener un panorama amplio y detallado del espectro de estudios sobre el tema. Sin embargo, es posible utilizar otra distinción analítica para estudiarlos en mayor profundidad. Así pues, a continuación se analizarán algunos de estos estudios, los que han sido clasificados en base a la dicotomía entre enfoques estructurales y discursivos. En efecto, se puede afirmar que los diversos estudios pueden ser clasificados según dónde colocan su acento, así están aquellos que ponen énfasis en la estructura y los cambios estructurales que produce el populismo, siendo muchas veces el populismo considerado un fenómeno también estructural. Por otro lado, están aquellos que ponen el acento en el aspecto discursivo del populismo, o bien consideran al populismo propiamente tal como un discurso político.

Esta distinción ha sido planteada ya por Carlos Vilas (1995: 119-149), quien diferencia entre la denominada dimensión estructural, es decir, las condiciones y características estructurales propicias para el desarrollo del populismo, y la dimensión político-ideológica que es la que finalmente cataliza el surgimiento del populismo y lo consagra en tanto política estatal, esto

es, la forma cómo se persigue implementar el desarrollo de una nación. Para el autor, esto significa el paso de lo que define como una situación a una estrategia:

El paso de una situación de acumulación a una estrategia de acumulación y a un sistema de alianzas, ocurre como un proceso político-ideológico, que tiene sus raíces en esa estructura, pero que posee una autonomía relativa y una especificidad propia. La conversión de la situación en estrategia remite al campo político ideológico en la medida en que una estrategia de acumulación es, en último análisis, un proyecto político de conducción de la sociedad a través del Estado. La posibilidad objetiva de una estrategia de acumulación es así producto de condiciones sustantivas que son definidas en el ámbito de los hechos económicos, pero su cristalización en un proyecto hegemónico y su efectiva aplicación se determinan en el campo de la lucha política y, por último, en su articulación con el Estado –ámbito en el cual la estrategia de acumulación deviene en política económica (Vilas, 1995: 128).

Esta conciliación entre ambos ámbitos a la que hace referencia Vilas, el estructural y el discursivo, ha sido recogida en mayor o menor medida por los estudios que se centran en la estructura, como por aquellos que se focalizan en el discurso. Sin embargo, como se describe en este capítulo, y en el siguiente Capítulo 3, si bien ambas dimensiones pueden ser compenetradas analíticamente, quedan huérfanas en la medida que no se considere otro factor relevante, que es la presencia de un liderazgo, es decir, el momento agencial por excelencia.

En el grupo de los estudiosos que ponen énfasis en la estructura, cuestión que atañe en este capítulo, el principal exponente es el estructural-funcionalismo de Germani y todos los análisis que de esta escuela se han derivado. Aunque también es posible considerar acá a aquellos estudios desarrollados al final de la década del ochenta, los cuales se han denominado como la ‘macroeconomía del populismo’. En el segundo grupo (véase Capítulo 3), los estudios del populismo en cuanto discurso han tenido bastante auge en los últimos años, especialmente derivado de las reflexiones de la escuela posmarxista, y específicamente de las formulaciones de Laclau, sin embargo, también han adquirido relevancia las técnicas más cuantitativas de medición del contenido manifiesto del texto que diversos académicos han implementado recientemente para la medición del discurso populista.

## 1. EL POPULISMO COMO ESTRUCTURA

Los autores que explican el populismo desde una perspectiva estructural tuvieron auge en América Latina a partir de la segunda mitad del siglo XX. Uno de ellos, Gino Germani, basa su análisis en la clásica distinción sociológica entre comunidad y sociedad (Tönnies, 1927), y en el paso de un tipo de orden social a otro. Como sería lógico de entender, el tránsito de un lado a otro de la diferencia no es automático ni homogéneo. He ahí la primera dificultad en la utilización de dicha categoría para la comprensión social. Así y todo, para Germani, este tránsito se da en los niveles de la acción social correspondientes al paso de acciones prescriptivas a electivas, de la institucionalización de lo tradicional a la institucionalización del cambio, y de ámbitos e instituciones crecientemente desdiferenciados hacia una creciente diferenciación de los mismos, por especialización de los roles en dichos espacios (Germani, 1971: 93-97).

Pero como esta trayectoria no es homogénea, las etapas transicionales de la sociedad tradicional a una sociedad industrial son pensadas bajo la concepción de asincronía, que se debe entender como la permanencia simultánea de elementos e instituciones sociales tradicionales con otros propiamente modernos. Para Germani esta simbiosis entre sociedad tradicional e industrial, que se da en etapas intermedias, adquiere distintas formas. Primero bajo la forma del efecto demostración que, a juicio de Di Tella (1969), se relaciona estrechamente con el surgimiento del populismo en América Latina. En efecto, esta forma emerge aparejada al populismo, a diferencia de la Europa en etapas históricas similares, debido a que los actuales países en desarrollo: “(...) no son solo pobres en términos absolutos, sino que se encuentran en la periferia de las áreas metropolitanas más ricas, sufren de lo que los economistas llaman efecto demostración” (Di Tella, 1969: 52). Siguiendo con el argumento de Di Tella, la idea tras su planteamiento es que las elites intelectuales de los países en subdesarrollo, al buscar respuestas a sus propias crisis y problemas, inevitablemente miran hacia el centro, dicho de otra manera, hacia los focos de atracción del *metropolismo*, llevándolos a imitar sus métodos e historia de desarrollo, efecto que se agudiza cuando se incorporan al mercado mundial. A nivel del resto de los estratos sociales, el efecto demostración tiene consecuencias similares, principalmente elevando las expectativas del



pueblo respecto de lo que pueden obtener en bienestar: “Los medios de información elevan el nivel de las aspiraciones de su público, especialmente entre las personas instruidas de las ciudades. Esto es lo que ha sido llamado con justicia la revolución de las expectativas en aumento” (Di Tella, 1969: 52). La segunda forma, que viene a reforzar la primera, es el efecto fusión, que consiste en que ideologías y actitudes correspondientes a las etapas avanzadas, al ser difundidas y luego interpretadas en un contexto atrasado, como sería el caso latinoamericano, tiende a reforzar y solidificar los rasgos tradicionales (Germani, 1971: 130-144).

Complementando la visión de Germani, Di Tella asevera que para que emerja el populismo deben existir dos tipos de grupos: los inadaptados –ya sean militares o sectores desplazados de la élite tradicional, entre otros– y masas disponibles:

Los inconformes dondequiera que se encuentren, pero principalmente si se encuentran en los países en vías de desarrollo, crearán siempre tensiones políticas o sociales; y más en aquellos países que están actualmente desarrollándose, que en los del período “clásico” de desarrollo europeo. Los grupos inadaptados (cuyo estatus es, en general, superior al promedio), y las masas movilizadas y dispuestas, se complementan. Su situación social es diferente, pero tienen un común odio acrecentado contra el statu quo (Di Tella, 1969: 54).

Así pues, los elementos necesarios para que se surjan los populismos en Latinoamérica lo constituyen básicamente tres componentes: primero, una elite situada en los niveles medio o medio alto de la estratificación, impregnada de una motivación anti-statu quo; segundo, una masa movilizada creada como resultado de la revolución de las expectativas; tercero, una ideología o estado emocional ampliamente difundido para facilitar la comunicación entre dirigentes y seguidores, con el propósito de crear entusiasmo colectivo (Di Tella, 1969).

Germani por su parte, agrega a su teoría sobre el populismo otros dos conceptos que son la movilización y la integración, siendo claves para la comprensión de este enfoque. La movilización:

(...) corresponde al proceso psicológico a través del cual grupos sumergidos en la “pasividad” correspondiente al patrón normativo tradicional (...), adquieren cierta capacidad de

comportamiento *deliberativo*, alcanzan niveles de aspiración distintos por los fijados por ese patrón preexistente y, consiguientemente, en el campo político, llegan a ejercer actividad. Esta obviamente produce participación, intervención en la vida nacional, pero tal intervención puede darse de muy diferentes maneras, desde movimientos de protesta desorganizados hasta explosiones revolucionarias abiertas, desde expresiones religiosas hasta actividad política desarrollada en el seno de los partidos, con el ejercicio del sufragio, etc. (Germani, 1971: 200-201).

Con el quiebre de estos patrones tradicionales, muchos grupos e individuos son liberados de las estructuras sociales prescriptivas y tradicionales, disponiendo de la capacidad de participación política, sin embargo, dicha disponibilidad no se traduce necesariamente en participación política efectiva, y si esta participación no deviene por canales políticos estructurados se está en presencia de lo que el autor denomina movilización primaria. Por su parte la integración se puede definir como la participación que: “(...) (1) is carried out within institutional channels provided by the ruling political regime (and such intervention is somewhat effective, aside from all recognition); (2) is perceived and experienced as legitimate by both the mobilized groups and powerful groups” (Germani, 1978: 107).

Es pertinente destacar el acento en la actitud de respeto a los canales institucionalizados de participación por parte de los individuos en el caso de la integración, he ahí que la legitimidad no se basa en la norma legal obligada a cumplir, sino:

(...) en ese sentimiento de “legitimidad” que está también englobado, de manera explícita o implícita (...) en el cuadro institucional global, es decir, el régimen político por un lado, y por otro, por lo menos ciertos valores básicos que aseguran un mínimo de integración en la estructura social. Está demás decir que se trata de una *actitud de legitimidad* y no de *legitimidad legal* (Germani, 1971: 201).

La idea central respecto del éxito en el paso de un régimen a otro, conceptualizado cuasi-normativamente por Germani, quien lo entiende como aquel tránsito pacífico por las diferentes etapas de desarrollo, se debe a la capacidad de los canales institucionalizados para ordenar la participación política, manteniendo las bases del consenso político durante el proceso de movilización de los nuevos grupos. Entonces, se produce un aumento de la

participación gracias al avance por las etapas de desarrollo social, pero si dichas estructuras no pueden canalizar las crecientes movilizaciones se está en presencia de una crisis (Germani, 1978: 108). Básicamente, éste sería el caso del populismo, una forma alternativa de participación política que se desprende de la modernización social. Para Germani estos regímenes son resultados de una configuración de factores diferentes a los que se pueden observar en países industrializados en períodos anteriores. Según el autor, el denominado ‘nacional populismo’ rechaza muchos valores de la democracia representativa, como son las libertades civiles, no incorporando a los antiguos estratos marginales de la sociedad. Esta liberación de los patrones tradicionales puede originar una tasa de movilización política que exceda la capacidad de participación legítima. Los canales institucionalizados de participación política que no se formaron en las etapas previas, no existirán o son inadecuados para absorber las nuevas movilizaciones de masas. También la formación del proletariado urbano es muy acelerada y si a esto se le suma una mermada formación de los partidos marxistas o de clases trabajadoras, la opción más real en que podrá desembocar el régimen político es en este nacional populismo (Germani, 1978: 102-103). Para el autor, por lo tanto, la acelerada modernización de ciertos aspectos en Latinoamérica, a diferencia de Europa, explicaría también los procesos subsiguientes de desmovilización consagrados bajo las recurrentes dictaduras cívico-militares.

En la perspectiva de Germani se puede apreciar que el populismo es esencialmente un proceso de desarrollo de crisis, de participación y de mecanismos que canalizan dicha participación social. Por tanto se le asocia al ensanchamiento abrupto de los procesos de participación social en general. Por otro lado, el populismo corresponde a una de las variables de total participación política entre las cuales también se encuentran la democracia representativa con total participación, que corresponde al caso de los países de Europa Occidental principalmente; y el Socialismo autoritario, bajo el dominio de un líder carismático, en un mismo contexto cultural, que en el caso latinoamericano correspondería a Cuba (Germani, 1978: 98-103).

## 2. EL ESTADO POPULISTA

Otro relevante análisis del populismo latinoamericano es el que realiza Octavio Ianni. Básicamente, consiste en conocer la reproducción del carácter capitalista de las relaciones de dominación política y apropiación económica, y cómo las nuevas alianzas de clases tienden a oscurecer estas relaciones esenciales.

Para Ianni el populismo es una fase intermedia en el tipo de dominación oligárquica patrimonial a una dominación propiamente burguesa: “(...) el pacto populista parece un *intermezzo*, de tipo bonapartista, en la transición de la hegemonía oligárquica a la hegemonía propiamente burguesa, entendida esta como burguesía de base urbana o industrial” (Ianni, 1984: 55). Por ello que para comprender el surgimiento del populismo, es esencial conocer en qué consiste el Estado oligárquico y su crisis. Según Ianni, bajo esta forma de Estado, el gobernante reproducía la imagen del hacendado en dimensiones nacionales, su economía funciona en la forma de los sectores de enclave o segmentos de la economía del país, desfavoreciendo la formación de partidos y sindicatos que no expresen su representación por parte del gobierno (Ianni, 1984: 70-73).

En la forma latinoamericana, la oligarquía combina constituciones de inspiración liberal (...) con las prácticas y los valores de tipo patrimonial polarizados en torno al cacique, patrón, gamonal, coronel o caudillo. El poder es ejercido por un sistema de caciquismo en el cual la cúspide de la pirámide es ocupada por el gran cacique nacional (...) En esa estructura de poder los funcionarios (...) se reclutan entre los miembros de partido de gobierno (...) aquellos que son solidarios política y económicamente a los gobernantes (Ianni, 1984: 79).

El sistema oligárquico entra en crisis final debido al colapso del sistema económico mundial, combinado con tensiones sociales y liberando fuerzas políticas, tanto como económicas, que se encontraban bajo control o en segundo plano en la época de la hegemonía de las oligarquías (Ianni, 1984: 85-89). El Estado oligárquico se hace insostenible cuando:

(...) las nuevas relaciones de clase, surgidas de la urbanización, la migración rural urbana, el desarrollo industrial, el crecimiento del sector servicios, etc., ponen en tela de juicio aquel compromiso, sacando a luz una contradicción profunda. Cuando la estructura de clases se

encuentra más desarrollada, contando con sectores medios, de empresarios industriales y obreros, la dominación oligárquica entra en crisis final. En esa ocasión crítica, se hace más agudo el antagonismo entre la sociedad industrial, por un lado, y la economía dependiente, por otro (Ianni, 1984: 93).

Finalmente, la oligarquía promovió el desarrollo hacia fuera que, a su vez, estimulaba el crecimiento y la diferenciación interna de la sociedad, acelerando la división social del trabajo en torno a actividades urbanas. El desarrollo de las relaciones sociales de producción capitalista, que modifican los rasgos y estructuras de la ciudad, funcionaron luego como base del gobierno populista que albergó todas las pujantes clases sociales. Evidentemente, en esta perspectiva, el desarrollo de la urbanización, que acompañó al proceso de desarrollo hacia fuera es clave para comprender el surgimiento del populismo, sin embargo, pareciera ser que la urbanización por sí sola no explicaría su aparición, esta sin duda debe darse acompañada de diversos factores tanto políticos como económicos.

Así pues, el Estado populista se presenta como el centro de poder de fuerzas heterogéneas concertadas para conquistar el gobierno, dicho de otro modo, regímenes que se apoyan en una constelación de fuerzas antagónicas. De modo que el populismo:

(...) mantiene el carácter policlasista aunque no en todos los niveles del poder. El estado es presentado por las fuerzas que se hallan en el poder como si representase al mismo tiempo, a todas las clases y grupos sociales, pero vistos como “pueblo”, como una colectividad para la cual el nacionalismo desarrollista pacifica y armoniza los intereses y los ideales. El estado populista es impuesto a la sociedad como si fuera su mejor y único intérprete, sin mediación de los partidos (Ianni, 1984: 141).

En efecto, esta manera de entender a la sociedad como una colectividad, desdibujando las diferencias sociales, representa la legitimidad en que se basa el régimen populista, siendo una manera de hacer frente a la crisis del Estado oligárquico y dar solución al surgimiento acelerado de nuevos sectores sociales. En el caso del Estado populista y su relación con el mundo laboral:

(...) ocurre que las fuerzas políticas del populismo tienden a conferir al Estado funciones peculiares (...) donde una sobrepasa a la otra. Se da preeminencia a la organización sindical vinculada al aparato estatal (...) Las organizaciones sindicales no populistas son marginadas e incluso suprimidas. Al mismo tiempo, el gobierno reformula los requisitos funcionales y organizativos del sindicalismo, para mantenerlo dependiente del aparato estatal y limitado a las finalidades de la política populista (Ianni, 1984: 145).

Este creciente poder del Estado en la modelación de los sindicatos y también otros sectores organizados, es lo que se ha denominado como corporativismo, que a su vez se condice con lo que Ianni denomina hipertrofia del aparato estatal (Ianni, 1984: 145). Según Alfred Stepan (1978: 73-80) este sería el caso de un 'corporativismo de inclusión' en que el Estado comienza a modelar al resto de la sociedad, de forma que crea, patrocina y controla organizaciones, en las que se da una creciente incorporación de las masas y de nuevos sectores. Dicho de otra manera: "El sindicalismo estatal politiza al proletariado según las directrices y los límites establecidos por el régimen populista" (Ianni, 1984: 55).

El populismo para Ianni corresponde a una fase del desarrollo de las relaciones de acomodación y antagonismo entre las clases sociales que participan de esta alianza, ya que comprende a sectores sociales bastante dispares como son la burguesía y proletariado industriales (Ianni, 1984: 150-151).

En épocas críticas, los elementos burgueses del populismo no admiten continuidad de la política de masas. Es que en esas ocasiones la politización de las masas obreras se desarrolla de modo intenso y generalizado (...) Por eso que los sectores burgueses de la política de masas prefieren apoyarse en otros grupos de instrumentos de poder (Ianni, 1984: 156).

En este sentido, el populismo latinoamericano está comprometido, para Ianni, con los principios del mercado y del valor de cambio, ya que en situaciones críticas tanto el proletariado como la burguesía tienden a reaglutinarse en sus respectivos sectores y posteriormente a radicalizar sus diferencias.

Finalmente, cabe señalar que el populismo, por ser una etapa transicional, envuelve contradicciones y desfases diversos. Este argumento tiene como trasfondo la distinción entre

sociedad industrial y sociedad tradicional ya presentada, en donde aspectos de una y otra se conciertan bajo la forma de un desfase:

Se combinan presente y pasado, el patrón y el empresario (...) la industria cultural y la manipulación ideológica por parte de la clase dominante y sus aliados en la clase media se dirigen en ese sentido. (...) la propia política de la alianza de clase, que fundamenta al populismo, se dirige en esa dirección. Los planos se combinan y se mezclan (Ianni, 1984: 158).

### 3. TEORÍA DE LA DEPENDENCIA Y POPULISMO

Surgida de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), la teoría de la dependencia tuvo a algunos de sus principales referentes en Raúl Prebisch, Theotonio Dos Santos, Enzo Faletto y Fernando Henrique Cardoso, entre otros. Precisamente estos dos últimos son quienes elaboran una perspectiva singular del populismo a la luz de los fundamentos de la teoría de la dependencia. Con la publicación de *Dependencia y Desarrollo en América Latina* en 1969, se genera un análisis que supera metodológicamente la ya clásica distinción comunidad/sociedad (Cardoso y Faletto, 2002: 11-14) profusamente utilizada por autores clásicos de la sociología latinoamericana como Germani o Ianni.

La teoría de la dependencia, que pretende dar cuenta del cambio social y los diferentes caminos que sigue el desarrollo social en América Latina, busca comprender los procesos económicos como procesos sociales, encontrando una interrelación teórica de los factores económicos, que expresan en último término una forma de dominación social. Así, basados en la concepción marxista de la lucha de clases, los autores aseveran que:

(...) a través del proceso político, una clase o grupo económico intenta establecer un sistema de relaciones sociales que le permitan imponer al conjunto de la sociedad un modo de producción propio, o por lo menos intenta establecer alianzas o subordinar al resto de los grupos o clases con el fin de desarrollar una forma económica compatible con sus intereses y objetivos (Cardoso y Faletto, 2002: 20).

Por otro lado, esta teoría, además de ser una concepción historicista del desarrollo, no considera el simple tránsito de aquellas sociedades subdesarrolladas hacia el desarrollo en base a una imitación de las experiencias europeas, debido a que la misma situación del subdesarrollo fue causada gracias a la expansión, primero del capitalismo comercial y, segundo, del capitalismo industrial que vincularon: “(...) a un mismo mercado economías que, además de presentar grados diversos de diferenciación del sistema productivo, pasaron a ocupar posiciones distintas en la estructura global del sistema capitalista” (Cardoso y Faletto, 2002: 20). De modo que el tránsito hacia el desarrollo por imitación queda obsoleto como posibilidad, ya que muchas de las condiciones externas, así como la relación entre grupos sociopolíticos internos y sus sistemas productivos nacionales, han cambiado.

Ahora bien, ¿qué es exactamente el subdesarrollo y su relación con la noción de centro/periferia que define a la teoría de la dependencia? Esto está claramente enunciado por los autores:

La noción de subdesarrollo caracteriza a un estado o grado de diferenciación del sistema productivo –a pesar de que ello implique algunas “consecuencias” sociales– sin acentuar las pautas de las decisiones de producción y consumo, ya sea internamente (socialismo, capitalismo, etc.) o externamente (colonialismo, periferia del mercado mundial, etc.). Las nociones de “centro” y “periferia”, por su parte, subrayan las funciones que cumplen las economías subdesarrolladas en el mercado mundial, sin destacar para nada los factores político-sociales implicados en la situación de dependencia (Cardoso y Faletto, 2002: 24-25).

Para los autores, no es trivial analizar integradamente factores económicos internos o externos, y factores políticos, ya que el propio subdesarrollo nacional está condicionado por la subordinación al sistema económico internacional y la reorientación del comportamiento social, político y económico interno está en función de aquellos intereses nacionales de los estratos dominantes (Cardoso y Faletto, 2002: 29).

Considerando lo anterior, cabe preguntarse cómo es analizado el populismo en este enfoque. Estrechamente ligado con la noción estructural de la economía, el populismo se entiende mejor en asociación con las políticas desarrollistas implementadas en los países



latinoamericanos. Por su parte, el rasgo distintivo de la etapa de desarrollo hacia adentro y de la industrialización no fue el ascenso de una burguesía industrial típica, sino que más bien estuvo basado en una noción de política de acuerdos con el fin de hacer coincidir grupos y objetivos sociales contrapuestos. En efecto:

La necesidad de una ideología como la del “populismo desarrollista”, donde coexisten articulándose metas contradictorias, expresa el intento de lograr un grado razonable de consenso y legitimar el nuevo sistema de poder, que se presenta a la nación apoyado sobre un programa de industrialización que propone beneficios para todos (Cardoso y Faletto, 2002: 106).

De esta manera, el populismo supone la creación también de un mercado interno, a fin de incorporar a las masas en las formas de redistribución del ingreso, además de participar de la movilización política gracias al ensanchamiento de los patrones electorales y otras formas de movilización. Así también, se requiere de disponibilidad de capitales y divisas para invertir en industrialización, capacidad empresarial pública y privada, y cierto grado mínimo de eficiencia estatal. Sumado a estos factores, los autores reconocen también la necesidad de la consolidación de un liderazgo político que logre representar los intereses contradictorios de los grupos sociales como conciliados en pos de la nación (Cardoso y Faletto, 2002: 106-107).

El populismo, pues, está definido esencialmente como una trayectoria particular hacia el desarrollo, basada en la industrialización y en la incorporación de las masas al consumo y a la movilización política. En consecuencia, el populismo no es necesariamente entendido como una forma de transición hacia un modelo de desarrollo distinto, sino como una forma propia de desarrollo. Sin embargo, la paradoja bajo la teoría de la dependencia es que las naciones subdesarrolladas se encuentran incorporadas a las formas de coerción económica del sistema mundial, así, en la fase de internacionalización de los mercados, posterior a la del populismo desarrollista, el sistema económico nacional deja notar sus limitaciones estructurales (Cardoso y Faletto, 2002: 130-140).

#### 4. LA MACROECONOMÍA DEL POPULISMO

Dentro del ámbito estructural del populismo, la formulación más precisa sobre el enfoque de la macroeconomía del populismo es la presentada por Bresser-Pereira, debido a que distingue, analíticamente, la dimensión política del fenómeno, para poder conceptualizar lo propiamente económico del populismo:

Bresser-Pereira (...), por sua vez, mesmo mantendo a categoria de análise, elabora nítida distinção entre populismo econômico e político e, ao contrário da literatura tradicional, substitui a interpretação depreciativa por outra, a qual o resgata como fenômeno histórico: para uma sociedade de formação oligárquica e que dava os primeiros passos rumo à democratização, à industrialização e à urbanização, “o populismo político é um avanço em relação ao passado autoritário porque é uma forma inicial de participação popular, e uma manifestação da democracia que está emergindo”. Este não se confundiria como o populismo econômico, “mais simples e direto: ocorre quando o governo, para agradar os eleitores, gasta mais do que arrecada” (Dutra, 2011: 58-59).

Es por ello que la característica central que se puede apreciar en los estudios económicos sobre el populismo es lo que se define como ‘despilfarro’ (Cardoso y Helwege, 1992: 58-87). La concepción del despilfarro de las cuentas fiscales se refiere a la comprensión del crecimiento económico durante los gobiernos latinoamericanos de mediados del siglo XX, que consistió básicamente en una redistribución y preeminencia del gasto –ya sean subsidios y asistencia social– en el sector urbano y formal de la economía, lo que corresponde a los sectores de obreros sindicalizados de las nacientes industrias y también la clase media burócrata, junto con el subsidio y proteccionismo hacia la industria nacional. Mientras que los sectores informales y el campo, en general, permanecían abandonados a su suerte. No obstante ello, la manera como se pudo mantener el notable crecimiento económico y el creciente gasto público en asistencia social y subsidio industrial fue gracias al auge que tuvieron los precios de los productos agrícolas durante 1945 a 1948 (Cardoso y Helwege, 1992: 63). Se creía que el desarrollo económico estaba centrado en la industrialización latinoamericana, sin embargo, el sector que sostenía la economía, aún en tiempos de auge del modelo ISI (Industrialización con Sustitución de Importaciones), era la exportación agrícola

y de materias primas, al igual que como ocurría durante la época del dominio oligárquico terrateniente<sup>9</sup>.

Entonces, al poner el acento solamente en el gasto –es decir, en el excesivo incentivo de la demanda interna– acompañado de una ausencia de políticas de recaudación tributaria, la economía colapsa rápidamente (Dornbush y Edwards, 1992: 18). Una explicación a este problema dice relación con que no se está en presencia de un desarrollo económico de tipo keynesiano equilibrado, sino que se deja entrever la transfiguración de una economía natural a nivel nacional. Este aspecto del análisis se retoma más adelante.

Otra dimensión desde la cual se configura la realidad económica del populismo es la inflación. La generalizada debacle inflacionaria en la que terminan los regímenes populistas históricos es una recurrencia asociada a los patrones del gasto excesivo (Dornbush y Edwards, 1992: 20-21). Al poner en perspectiva este aspecto de la economía populista, que en las fases terminales de su ciclo concluye con fuertes tasas de inflación, surge la necesidad de interpretar que la médula de las políticas macroeconómicas de estos gobiernos no tiene sustento económico propiamente tal, es decir, su concepción primordial del dinero no es monetaria, muy por el contrario, este se transforma en el símbolo de legitimación del gobierno en la medida que es gastado (Cousiño y Valenzuela, 1990: 117). Pero desde una perspectiva económica se observa que las políticas macroeconómicas de los gobiernos populistas están caracterizadas por la despreocupación creciente de las consecuencias que, a juicio de estas visiones, deben ser entendidas bajo la lógica de una irresponsabilidad en el manejo de las cuentas fiscales. Y a su vez la seguidilla posterior de gobiernos en diferente medida económicamente populistas se puede entender como una amnesia histórica respecto

---

<sup>9</sup> Inclusive otro autor desde una perspectiva teórica marxista opuesta a los análisis de la macroeconomía del populismo, presenta un postulado similar para el caso argentino: “(...) de la declaración formal de Independencia política de la Argentina, en 1816, hasta fechas muy recientes, el régimen de propiedad de la tierra se ha conservado invariable; en consecuencia, la producción sólo se ha desarrollado, en el sentido de un incremento, en función de la consolidación de ese estado de cosas, y los procesos pomposamente llamados de “industrialización” únicamente han servido para generar un raquíutico aparato de semielaboración de materias primas, acorde con las necesidades de los compradores de las exportaciones. Aunque es posible, y, por razones didácticas, imprescindible a los fines de una exposición racional, señalar etapas de crecimiento, la Argentina que recibió la dictadura en 1976 era, estructuralmente, la misma de 1810 y, por lo tanto, sus cambios políticos obedecían a modificaciones en las relaciones de fuerza en el campo internacional, antes que a verdaderas transformaciones interiores” (Vásquez-Rial, 1999: 19).

de las “perniciosas consecuencias” que traen aparejadas (Kaufman y Stallings, 1992: 39-42). Esta regularidad de etapas en que devienen las políticas macroeconómicas de gobiernos populistas tiene su raíz común en un punto de inflexión que es el deterioro de los términos del intercambio y la condición inicial se encuentra en que la exportación nacional se basa casi exclusivamente en productos primarios, ya sea de la actividad extractiva o agropecuaria. Este aspecto, más adelante en esta investigación será definido como la crisis económica de la oligarquía

Volviendo a la pregunta por el ‘ciclo populista’, Dutra (2011: 59) sostiene que existen tres primeros trabajos, no todos nacidos desde la economía, que definen al populismo económico como “um padrão de política econômica que se expressa através de ciclos”. El primero de ellos deriva de Canitrot (1991), quien identifica a la política salarial como un instrumento por excelencia de los gobiernos populistas. En períodos de recesión es cuando emergen estos liderazgos, los que prometen crecimiento, distribución de la renta y más empleo. Luego de ser elegidos, aumentan generosamente los salarios para viabilizar su programa, el que se transforma en su piedra de tope, gracias a una aceleración de la inflación. Canitrot además sostiene la imposibilidad de redistribuir la renta a favor de los salarios y en contra de los beneficios monetarios de una economía abierta con movilidad de capital (Dutra, 2011: 59-60). Con O’Donnell (1991), en segundo lugar, aparece una noción prototípica de ciclos, al sostener un modelo de economía dual, esto es: con un sector exportador relativamente autónomo y con otro sector de producción de bienes-salarios no comercializables. Así, muestra cómo el equilibrio inestable surgido de esta dualidad resulta en alianzas políticas temporales, difícilmente sustentables a largo plazo, en que se alterna el favorecimiento a uno u otro sector, provocando un movimiento pendular (Dutra, 2011: 60). Díaz Alejandro (1991), dentro este grupo de trabajos pioneros, es quien propone, tal vez, una de las versiones más acabadas de ciclo populista. Al observar diversos planos frustrados de estabilización económica, muestra que estos evidencian un patrón recurrente de secuencia de fases. Este comienza como una opción de crecimiento y rechazo de políticas restrictivas para combatir la inflación. A ello le sigue un período inicial de euforia, aunque luego consecuencias no deseadas aparecen: déficit público, desequilibrio en la balanza de pagos, aumento de la inflación, requiriéndose un ajuste más drástico que lo encontrado en la situación inicial.

Luego: “Normalmente, registra, os governos populistas não admitem seu equívoco e atribuem o fracasso a forças políticas ou econômicas reacionárias, internas ou externas” (Dutra, 2011: 60).

De estos trabajos precursores sobre el ciclo populista, Dutra (2011) afirma que se derivan cuatro modelos diferentes de desarrollo del populismo económico:

a) Para Díaz Alejandro (1991), desde su concepción general de ciclo populista reconoce la existencia de 7 fases (Dutra, 2011: 60-61):

- Expansión general de salarios y gastos públicos no financiados por aumento de impuestos, ya sea por no ser popular o por ser prescindible, dada la necesidad de reformas estructurales.
- El déficit es financiado, preferentemente, por emisión monetaria.
- El aumento del gasto se focaliza más en el consumo que en la inversión.
- En estas fases iniciales, crece la producción, especialmente de bienes-salarios, y las importaciones son financiadas por el gasto de las reservas y por préstamos externos.
- Gradualmente la inflación se empina, pero el gobierno niega a desacelerar la demanda, ya que supone que los precios no debieran subir, sino solo los salarios, siendo esta la opción para controlar los precios y evitar la desvalorización cambiaria.
- El déficit público se torna insostenible, las cuentas de la balanza de pago se quiebran, la inflación se dispara y el crecimiento se frena.
- La euforia da paso al desánimo, lo que acarrea conflictos políticos. Abriéndose el espacio para las políticas ortodoxas radicales, muchas veces implementadas por fuerzas cívico-militares.

b) El ciclo de Sachs (1991), también considera la concepción de O'Donnell de dos sectores, y posee las siguientes 5 etapas (Dutra, 2011: 61):

- Valorización cambiaria inicial, conseguida por la adopción de una tasa nominal fija asociada a la expansión monetaria.
- Los saldos monetarios aumentan, disminuye la tasa de interés y se eleva la demanda agregada.

- La demanda por trabajo del sector de no comercialización crece, así como el empleo y el poder de compra de los salarios, que está definido como a razón entre los salarios nominales y los precios de los bienes de consumo.
- Como el precio de los bienes exportables disminuye, se contrae la producción del sector exportador y las exportaciones, y la demanda de insumos importados crece.
- La crisis de la balanza de pagos denota una incongruencia de las medidas, constituyéndose en un gran cuello de botella del populismo: la euforia inicial se acaba y comienza la crisis.

c) Dornbusch y Edwards (1991, 1992), por su parte, señalan que los programas populistas comienzan, generalmente, de una situación de economía estancada o en depresión, la cual crea condiciones para programas fuertemente expansionistas (Dutra, 2011: 61). Las fases que considera son 4:

- “(...) se elevan la producción, los salarios reales y el empleo, y las políticas macroeconómicas tienen gran éxito. Los controles aseguran que la inflación no sea un problema, y las importaciones alivian la escasez. La disminución de los inventarios y la disponibilidad de importaciones (...) absorben la expansión de la demanda con escaso efecto en la inflación” (Dornbusch y Edwards, 1992: 20).
- Luego surgen las primeras contradicciones macroeconómicas debido a la creciente demanda interna de bienes nacionales y escasez de divisas: aumenta la inflación y se mantienen los salarios, con lo que se empeora el déficit presupuestario del Estado.
- Debido al aumento de la escasez y la inflación, más la acelerada falta de divisas, se produce la fuga del capital. El déficit fiscal crece aún más, porque la recaudación, que en sus mejores momentos era débil, se torna imposible debido al deterioro de la economía, junto a ello los subsidios a la industria son cada vez más difíciles de mantener. Por lo tanto, se buscará estabilizar la economía mediante la contracción del gasto fiscal, reduciendo los subsidios y produciendo una depreciación real del tipo de cambio, lo que produce una debacle en los salarios reales.
- Si bien la fase final puede quedar fuera del propio modelo populista y de sus políticas, desde la perspectiva de la continuidad económica se relaciona estrechamente. Ésta consiste en un intento de estabilización económica, generalmente llevada a cabo por

una dictadura cívico-militar. Una vez que la situación tiende a estabilizarse, el deterioro económico de los salarios y la ausencia cada vez mayor de capitales es tan grande que, posiblemente, la situación en este período es peor aún que la que se encontraba el país antes del comienzo del gobierno populista (Dornbush y Edwards, 1992: 21).

d) Sin duda, la visión más comprensiva del ciclo populista la aporta Bresser (1991), esto por tres aspectos: postula diferentes posibilidades para el comienzo del ciclo, lo cual hace referencia a una diversa gama de experiencias; diferencia el ‘populismo económico de izquierda’ basado en la distribución vía salarios y negativa al ajuste, versus un ‘populismo de derecha’ que privilegia el gasto público en asociación a prácticas clientelistas (Bresser, 1991: 111); y aunque considera la política económica de otros países latinoamericanos, enfatiza la experiencia brasilera (Dutra, 2011: 61-62). Así, Bresser sostiene tres fases del populismo económico:

- La primera fase se caracteriza por fuerte crecimiento y baja inflación, pudiéndose ser desencadenada de varias formas no excluyentes, a partir de un conjunto de medidas como: i) valorización cambiaria debido al crecimiento de las importaciones, de los salarios y del consumo doméstico; ii) aumento de los salarios, ya sea en el sector público y privado; iii) aumento de los costos y de la deuda pública; iv) tasa de intereses artificialmente baja; y v) control de los precios públicos y tarifas. Al configurar inicialmente el ciclo, una combinación de éstas medidas, induce al crecimiento de los salarios y a la demanda de los consumidores y a la inversión.
- Después del ‘paraíso momentáneo’, se agrava la crisis de la balanza de pagos, y el descontrol del déficit público lleva a una crisis fiscal.
- La desvalorización del tipo de cambio se torna inevitable, la inflación se dispara y la crisis económica y política se profundiza. Finalizando tanto con cambios de los ministros responsables como por golpes de Estado.

A pesar de los énfasis que cada autor le entrega al ciclo del populismo económico, se puede sostener que, desde la visión hegemónica de la economía, se entiende al populismo

estructural como un fenómeno de aparición y desenlace conocido, cíclico, que potencialmente volvería a aparecer y si así ocurriese volvería a fracasar.

## 5. NIVELES ESTRUCTURALES DEL POPULISMO

Hasta este punto se han analizado diversos estudios sobre el populismo que lo conceptualizan desde una perspectiva estructural, considerando tanto la distinción comunidad/sociedad y el tránsito de una configuración social a otra, bien como una trayectoria singular hacia el desarrollo o como un modelo de desarrollo fracasado. Así y todo, estos enfoques consideran la existencia de otros factores no estructurales, como son una ideología o discurso particular, e incluso la presencia de un líder que catalice aquellos factores no estructurales. Un interesante ordenamiento de estas dimensiones del populismo, estructurales y no estructurales, es la que realiza Touraine, quien presenta un balance entre diferentes ámbitos en que el populismo adquiere forma. En efecto, en primer lugar el populismo aparece como manera de superar el conflicto de clases, que busca el surgimiento económico heterónimo junto con el desarrollo de una ideología nacionalista basada en la idea suprema de pueblo. El populismo busca superar la exterioridad del poder económico, junto con un tipo de desarrollo que logre la participación e integración de la sociedad ya dualizada por este desarrollo, por lo tanto, rechaza fuertemente las rupturas implicadas en la acumulación capitalista, buscando un control comunitario de los cambios económicos y manteniendo una identidad colectiva a lo largo de estas transformaciones (Touraine, 1978: 139). De esta manera, Touraine reconoce tres elementos constituyentes del populismo. Primero, se persigue que el progreso tenga un carácter nacional, respetando la cultura de cada pueblo en particular. Lo que produce una enérgica identificación entre el poder político y el Estado nación. Segundo, el populismo tiene un fuerte carácter anti-elitista o anti-oligárquico, y también anti-intelectual, buscando reactivar al pueblo en su esencia y no por su propia iniciativa. Tercero, la noción de pueblo se debe entender como la de una comunidad y no de una clase, ya que el populismo aparece opuesto a cualquier idea de conflicto social o estructural.



Por otro lado, para Touraine el populismo resulta de una particular combinación entre un tipo de categoría social, una ideología y una forma de Estado, pero no es propiamente ninguna de ellas. Lo que mejor definiría al populismo sería entonces un tipo de ‘política nacional popular’. Este tipo de política conjuga a su vez tres aspectos principales: la referencia al pueblo como esencia simbólica de la nación, que a su vez es amenazada por la dominación externa –principalmente económica– y las consecuencias internas que ello pueda traer, y finalmente, el Estado como el principal y único agente de cambio, de expresión y de defensa de la unidad nacional (Touraine, 1978: 141-142). Touraine cree que la dualización de las conductas políticas por la implementación de las políticas nacional populares solo se puede plasmar y mantener vigente gracias a la figura constante del líder. En efecto, es él quien logra separar las metas de los medios y los aspectos expresivos de los instrumentales. Además se produce una separación en la figura del adversario, es decir, la noción de actor deja escapar a la de adversario, este es el dinero, el poder, las armas, la muerte. También, el populismo por una parte es instrumento de legitimación de las fuerzas que dirigen el crecimiento económico, y por otra es movimiento de lucha contra la dominación social por el aumento del consumo que tiende a reducir inversiones. Una vez agotado el período ISI, este aspecto se hace cada vez más paradójico. El populismo finalmente contiene otras dos imágenes contradictorias: “(...) como agente de ampliación del sistema político y como poder absoluto movilizado a favor del imperialismo o en contra de él” (Touraine, 1978: 163).

A pesar de que para Touraine el populismo en Latinoamérica se define como una política nacional popular, a juicio del autor, también los populismos pueden llegar a desarrollarse en tres niveles estructurales de lo político, que son: movimientos, partidos y estados populistas (Touraine, 1978: 149-159). En este sentido, desde estos niveles estructurales del populismo se puede concebir una política nacional popular, no obstante, pareciera ser que solo desde el nivel del Estado se puede llevar a cabo dicha política. Otro autor, Paul Drake, realiza una distinción similar: los populismos pueden ser tanto los movimientos, las políticas o los gobiernos (Drake, 1992a: 47-51). Sin embargo, los niveles estructurales que presenta Touraine parecen ser más adecuados, ya que no concibe una política populista sin una

plataforma desde la cual proyectarla, así, al menos, esta debe ser promocionada desde un movimiento político, aunque incluso se carezca de la presencia de un líder.

En general, los análisis estructurales expuestos, consideran no solo variables propiamente estructurales, sino que también otras, las cuales están relacionadas principalmente, con lo discursivo o ideológico, y la presencia de un liderazgo. La primera de ellas será analizada en el apartado siguiente. Respecto del liderazgo, se puede ya mencionar acá una de las hipótesis de la investigación, que dice relación con que el liderazgo se inserta como una de las variables explicativas necesarias para la catalización del populismo y, dicho sea de paso, es la condición *sine qua non* para que las ideas y políticas populistas puedan tener la posibilidad de ser implementadas bajo un gobierno y desde el Estado. En efecto, diversos autores comprenden al populismo como una forma de liderazgo, o bien lo han estudiado como un factor relevante a la hora de analizar el populismo. Y aunque un liderazgo fuerte pueda ser considerado, claro está, una categoría no exclusiva del populismo, lo cierto es que sin un líder que porte las ideas populistas e interpele a sus seguidores, difícilmente un movimiento o partido populista llegará a posiciones político-administrativas para tomar decisiones vinculantes respecto de la nación en su conjunto.



### CAPÍTULO III. DECODIFICANDO TEORÍAS (II): POPULISMO DISCURSIVO<sup>10</sup>

*El populismo considera a la sociedad dividida en dos grupos homogéneos y antagónicos, el pueblo puro versus la élite corrupta, y en el cual los políticos deben ser una expresión de la voluntad general del pueblo (Mudde, 2004: 543).*

Los enfoques que comprenden al populismo como discurso han sido ampliamente desarrollados en el último tiempo. Sin embargo, las concepciones de discurso tienden a diferir entre ellos. Así pues, tres son las variantes principales de los análisis del populismo en cuanto discurso, como se señaló en el Capítulo 1: una derivada de la línea posmarxista de Laclau; otra basada en la observación manifiesta del contenido de los textos; y otra hermenéutica, aunque sustentada en un contexto de investigación cuantitativa. Así, este capítulo, a diferencia del anterior, utiliza una estrategia distinta para analizar investigaciones sobre el populismo, debido a que se elige un estudio que represente a cada variante de este enfoque. El primero de estos autores es Alejandro Groppo (2009) quien en base a un análisis comparado de los gobiernos de Perón en Argentina y Vargas en Brasil desarrolla empíricamente el análisis posmarxista de Laclau. Junto a este trabajo son las investigaciones de Kirk Hawkins (2009; 2010) las representativas del enfoque mixto que busca combinar lo cuantitativo con análisis hermenéutico de textos, persiguiendo medir discurso populista a través de lo que denomina ‘gradación holística’, en una amplia serie de conferencias de presidentes a nivel mundial. Existe también otro grupo de autores que han estudiado el discurso populista desde el análisis de contenido (Pauwels, 2011; Rooduijn y Pauwels, 2011), siendo uno de los trabajos más representativos el de Jan Jagers y Stefaan Walgrave (2007),

---

<sup>10</sup> Este capítulo está basado en un artículo del autor de la tesis (Poblete, 2015).

quienes desde un enfoque propiamente cuantitativo realizan un estudio de caso del populismo belga, analizando los textos de programas de televisión para seis partidos flamencos, y centrándose, específicamente, en explicar el caso del partido *Vlaams Block*<sup>11</sup>. Estos autores utilizan una técnica de conteo de frases llevada a cabo mediante codificación humana. Pero, previo a profundizar en el desarrollo de cada una de las investigaciones, es pertinente conocer qué se entiende por populismo bajo un enfoque que estudia lo discursivo.

## 1. DISCURSO POPULISTA

No obstante ello, conviene realizar un paso previo antes de conocer la concepción discursiva del populismo en cada uno de estos enfoques, es decir, qué entienden por discurso propiamente tal. Hawkins es claro en definir discurso como algo diferente del concepto relacionado de ideología y diferente de aquel relato manifiesto del texto. Por lo tanto, desecha aquella noción de ideología que tiene que ver con un grupo de ideas coherentes, conscientes y, a su vez, comprensivas y complejamente articuladas, que le sirven a los individuos para comprender y evaluar el mundo social. Para Hawkins, tampoco discurso tiene que ver con aquella situación ideal de habla habermasiana en que los individuos que se interrelacionan en el intercambio comunicativo son conscientes e iguales (Hawkins, 2006). La noción de discurso para este autor es así muy cercana a lo que los posmodernos entienden por discurso, es decir, aquellos marcos latentes de sentido de una alocución, una acción o una omisión. Pero, a pesar de que Hawkins concibe una concepción posmoderna de discurso, desde el posmarxismo se pueden notar ciertas diferencias respecto de lo anterior. En efecto, este enfoque difiere de los análisis lingüísticos al rechazar que el discurso sea un fenómeno puramente lingüístico, en consecuencia la estructura discursiva está constituida tanto por relaciones sociales como por aquellas entidades contemplativas, todas las cuales están dotadas de sentido, así el discurso puede ser un conjunto de ideas como un conjunto de acciones, ambos con sentido (Howarth, 2000: 101-103). En definitiva, toda práctica social

---

<sup>11</sup> Si bien la presente investigación busca estudiar el populismo latinoamericano, el analizar el trabajo de Jagers y Walgrave sobre el desarrollo del fenómeno en Bélgica es ventajoso debido a que permite conocer cómo se lo estudia desde una perspectiva cuantitativa de análisis de contenido.

sería primordialmente política y con sentido, es decir, poseedora de un discurso. De este modo, Laclau con discurso no se refiere:

(...) al texto en sentido restringido sino al conjunto de los fenómenos de la producción social de sentido que constituye a una sociedad como tal. No se trata, pues, de concebir a lo discursivo como constituyendo un nivel, ni siquiera una dimensión de lo social, sino como siendo coextensivo a lo social en cuanto tal. Esto significa, en primer término, que lo discursivo no constituye una superestructura, ya que es la condición misma de toda práctica social o, más precisamente, que toda práctica social se constituye como tal en cuanto es productora de sentido (Laclau, 1985: 39).

Por otro lado, a diferencia de la concepción que presenta Hawkins, para Groppo discurso e ideología resultan conceptos similares en la medida que ambos funcionan como esquemas para comprender la realidad<sup>12</sup> (Groppo, 2009: 47). Sin embargo, Hawkins no está muy lejano de dicha concepción, en efecto, en el enfoque posmarxista la categoría de ideología describe la clausura total de un proyecto político, es decir, ideología es entendida –al igual que para Hawkins– como un proyecto comprensivo, que no reconoce su limitación en tanto niega la necesidad de un exterior constitutivo (Howarth, 2000: 122-123).

Mientras que, por su parte, Jagers y Walgrave (2007: 322) tienden a conservar solo parcialmente la noción de ideología, sin embargo, ello lo hacen en su afán de conceptualizar al populismo como un estilo político, pero, tampoco se encuentra en su trabajo una distinción entre discurso e ideología ni entre contenido manifiesto y discurso latente, ya que evidentemente lo que analizan es contenido. Así y todo, lo que sí se observa es una concepción de estilo político como una actividad eminentemente discursiva, y que aquel discurso y significados están contenidos de forma explícita dentro del texto.

Pero, si bien las nociones de discurso difieren en cierta medida de un enfoque a otro, se aprecia que la definición de populismo en cuanto discurso tiende a ser más homogénea entre

---

<sup>12</sup> La decisión de Groppo de igualar, o al menos considerar a un mismo nivel funcional, los conceptos de discurso e ideología se basa en el argumento de Laclau (1996) que dice relación con que ambos conceptos son identificables en gran medida. Sin embargo, para un desarrollo más claro de las diferencias de estos véase Howarth (2000).

estos. Desde el posmarxismo el populismo es entendido como una lógica política, es decir, un sistema de reglas que definen un horizonte dentro del cual unos pueden ser representados y otros excluidos (Laclau, 2005: 117-118). En esta perspectiva, el populismo se constituye en base a dos dimensiones: a) intento de ruptura con el statu quo y b) por el esfuerzo de edificar orden allí donde se produjo la anomia y dislocación (Laclau, 2005: 121-122): “There is in any society a reservoir of raw anti-status-quo feelings which crystallize in some symbols *quite independently of the forms of their political articulation*, and it is their presence we intuitively perceive when we call a discourse or a mobilization ‘populistic’” (Laclau, 2005: 123).

Dicho reservorio de sentimientos anti statu quo se alberga en las tradiciones populares que son las que expresan aquella contradicción entre pueblo y *establishment*. Esto precisamente permite explicar que las tradiciones populares representan: “(...) la cristalización ideológica de la resistencia a la opresión general, es decir, a la forma misma del Estado (...) [y que] las tradiciones populares no constituyen discursos coherentes y organizados, sino puramente elementos que existen articulados a discursos de clase” (Laclau, 1986: 194-195).

La anterior cita, que da cuenta de un trabajo temprano de Laclau sobre el populismo, se asemeja con la noción de discurso que utiliza Hawkins en general, es decir, marcos latentes de sentidos que no componen un corpus coherente y organizado de ideas. En efecto, para Hawkins, discurso o su concepto cercano de cosmovisión —en cuanto conjunto de ideas— son equivalentes en el estudio del populismo:

I define populism in terms of worldview and discourse, and I change the word into an adjective—populist movement, populist leader, etc.—when I want to refer to actual instances of populism. This cannot entirely eliminate our confusion, as we naturally tend to use the term “populism” to refer not just to a set of ideas but to the larger set of practices of which they become a part (as in “populism in Latin America first emerges in the early twentieth century”), but I try to use these terms carefully in order to preserve as clear a boundary as possible between ideas and actions (Hawkins, 2010a: 66)<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> Una clara diferencia entre la perspectiva de Hawkins y el posmarxismo tiene que ver con la distinción entre discurso y acción política, que en este último son identificables.

A juicio de Hawkins (2003: 1139), y siguiendo a De la Torre (1997: 14; 2000: 4), lo que caracterizaría a este conjunto de ideas es, en primer término, esta apelación al pueblo, lo cual va en consonancia con la perspectiva posmarxista. De igual forma Jagers y Walgrave, en lo que denominan una ‘definición no densa’, caracterizan al populismo como una apelación al pueblo, en donde el líder o partido buscan identificarse con este (Jagers y Walgrave, 2007: 322-323).

Siguiendo a Hawkins, su concepción de populismo rescata las formulaciones realizadas tanto por Laclau (2005) y Panizza (2005), de modo que su definición se inserta en la ya abultada tradición conceptual del populismo proveniente del posmodernismo (Hawkins, 2010a: 346). Hawkins, basándose en dicha definición mínima de Mudde (2004) –que se expone más adelante–, esencial para concebir el fenómeno y develar aquella lógica subyacente del populismo, pero a su vez buscando superarla con el objetivo posterior de poder operacionalizarla exitosamente (Hawkins, 2009: 1046-1047), se remite a un conjunto de dimensiones que concentran las ideas esenciales de la cosmovisión populista: a) una visión maniquea de lo político-social; b) el bien es identificado con la voluntad del pueblo; c) el mal es identificado con una elite conspirativa; d) la necesidad de realizar un cambio sistémico; y e) una actitud todo vale (Hawkins, 2009: 1043-1044; Hawkins, 2010a: 54-59).

Jagers y Walgrave por su parte, presentan una concepción también mínima de populismo que viene a complementar su definición no densa basada solo en la apelación al pueblo mencionada anteriormente.

Populism always refers to *the people* and justifies its actions by appealing to and identifying with the people; it is rooted in *anti-elite* feelings; and it considers the people as a monolithic group without internal differences except for some very specific categories who are subject to an *exclusion* strategy (Jagers y Walgrave, 2007: 322).

Para estos estudios recientes y representativos de tres variantes del enfoque discursivo del populismo, se observa indefectiblemente que la noción de pueblo viene a ocupar el rol principal en el concepto. Ya sea como las tradiciones populares que albergan sentimientos anti-statu quo o la noción idealizada del pueblo y su voluntad como moralmente superior.



Pero, por otro lado, también está lo que De la Torre (1996: 17-30; 1997: 19-20; 2000: 98-108; 2003: 327-340) define como el “otro repugnante”, que es la acepción con que la élite u oligarquía define al líder populista. De este modo, la división maniquea del mundo que implementa el populismo lleva a definir a los poderes fácticos o el *establishment* por ser intrínsecamente malvados, por lo tanto, imposibles de ser considerados oposición legítima ni moralmente digna. Esta división maniquea entre el pueblo y la élite que plantea Hawkins, es lo que el posmarxismo define como antagonismo. Tal como argumenta Laclau, para que el discurso pueda dividir antagónicamente a la sociedad entre dominados y dominantes, se tiene que implementar, más que una simple contrariedad o diferencia, una antinomia, en que los diversos elementos a cada lado de la frontera se equivalgan entre sí, de modo que quien quede del otro se torne cada vez más antagónico, esto es precisamente lo que se define como ‘ruptura populista’ (Laclau, 1985: 41-44). Y esto último se asemeja en gran medida a lo que Jagers y Walgrave presentan como estrategia de exclusión: más que una simple diferencia, lo que produce el populismo es un discurso que excluye al otro. Este consenso sobre una definición mínima de lo que es populismo, ya formulada por Mudde (2004) —a pesar de que este lo conceptualiza como ideología<sup>14</sup>— versa de la siguiente manera: “I define populism as *an ideology that considers society to be ultimately separated into two homogeneous and antagonistic groups, ‘the pure people’ versus ‘the corrupt elite’, and which argues that politics should be an expression of the volonté générale (general will) of the people*” (Mudde, 2004: 543).

## 2. LOS MÉTODOS DE ANÁLISIS Y SU APLICACIÓN AL FENÓMENO DEL POPULISMO

Los desarrollos metodológicos en la posmarxista Teoría del Discurso Político (TDP) indican que la aplicación empírica de sus postulados teóricos están estrechamente relacionados con perspectivas hermenéuticas de análisis. En este sentido, lo que se busca es realizar

---

<sup>14</sup> Cabe destacar que Mudde (2004: 543) menciona que dicha definición de populismo la concibe gracias al diálogo que entabló con Jan Jagers.

interpretaciones de segundo orden sobre las interpretaciones y comprensión que los actores sociales tienen de sus situaciones y prácticas (Howarth, 2005: 319-321). Además, más allá que la mera descripción etnográfica que se pueda realizar, este enfoque ha establecido que la explicación es el propósito de la investigación discursiva. En efecto, si lo que se busca es la elucidación, es decir, captar aquellos significados latentes, se requiere a su vez, más que solo describirlos, sino que explicarlos a través de las mismas herramientas conceptuales de esta teoría (Howarth, 2005: 319-320). De igual modo, si lo que se pretende es realizar una explicación, pareciera ser que el mejor camino es implementar una estrategia comparativa. Sin embargo, para realizar la explicación comparada, se requieren de interpretaciones descriptivas densas previas de fenómenos concretos, de igual forma las interpretaciones descriptivas densas de nivel discursivo dejan fuera necesariamente a comparaciones cuantitativas con *N* abultado, restringiéndose a pocos casos particulares (Howarth, 2005: 332-335). Esta es precisamente la estrategia que sigue Groppo en su investigación, en la cual se observa que el recurso hermenéutico se pone a disposición del análisis empírico: “(...) the distinction between discourse analysis and discourse theory, in which the former consists of a range of techniques to analyze ‘talk and text in context’, while the latter provides the underlying assumptions for their appropriate employment” (Howarth, 2005: 336).

Como se apreciará en la posterior descripción del trabajo de Groppo, la distinción entre lógica de la equivalencia y lógica de la diferencia, o los dos sentidos del concepto de dislocación, son aquel ‘mapa’ –recursos conceptuales de la teoría– que permiten interpretar los casos concretos. Misma función cumple la rúbrica en Hawkins, la cual es un esquema binario de observación de segundo orden para la interpretación hermenéutica. Tal como describe Gadamer (1989) en su formulación de la historia efectual, es decir, el efecto que tiene la historia de vida de un sujeto sobre su capacidad interpretativa del mundo, estos esquemas teóricos sirven como prismas para develar, empíricamente, el significado que le entregan dichos sujetos a sus prácticas y alocuciones.

La rúbrica en este caso es un esquema de dos columnas de categorías contrastantes, para ciertas dimensiones ubicadas en las filas, en la que los analistas de texto deben ser entrenados para realizar interpretaciones. Teniendo en consideración el caso paradigmático de Chávez

en Venezuela (Hawkins, 2010a: 71-80), Hawkins elabora dicha rúbrica (Hawkins, 2010a: 86-109, 373-374), que es similar a un esquema de tipo ideal weberiano para el análisis del discurso populista de otros diversos líderes. En aquellas dos columnas el autor describe para ciertos tópicos la forma típica de un discurso populista y de un discurso pluralista. La elección de un tipo discurso pluralista como contrapunto del discurso populista, se basa en la extendida noción de que dentro de las cosmovisiones o discursos políticos más generalmente extendidos están el pluralismo, el populismo y el elitismo. Siguiendo a Canovan (1999), esta tipología incluye dos dimensiones, por un lado si el discurso es pragmático o redentor en su aproximación al mundo, y por otro lado si el discurso acepta o rechaza principios democráticos fundamentales del derecho y de la capacidad de los ciudadanos para gobernarse. Acá, Hawkins, al contrastar el populismo con el elitismo, nota que el populismo emerge como altamente democrático frente al elitismo, ya que este último rechaza generalmente el derecho y la ciudadanía, además el elitismo es también una categoría problemática en la medida que no distingue entre una postura no democrática redentora y una pragmática. Pero al contrastar el populismo con el liberalismo la situación se torna mucho más clara, facilitando la elaboración de una rúbrica contrastante. El populismo es un discurso lo suficientemente redentor y el liberalismo lo suficientemente pragmático, el liberalismo por su parte es eminentemente respetuoso del derecho vigente, a diferencia del populismo que, en nombre de la voluntad del pueblo, puede llegar a producir transformaciones sustanciales (Hawkins, 2010a: 59-61).

Ahora bien, ¿qué es lo que se analiza con esta rúbrica? Mediante el método de gradación holística se estudian conferencias de líderes políticos, lográndose un acceso al discurso populista definido en las anteriores cinco dimensiones-ideas. Como se aprecia en la siguiente cita, este método importado desde la pedagogía busca interpretar al texto como un todo:

Holistic grading, unlike standard techniques of content analysis (either human coded or computer based), asks readers to interpret whole texts rather than count content at the level of words or sentences. It is a pedagogical assessment technique that is widely used by teachers of writing and has been extensively developed by administrators of large-scale exams (Hawkins, 2010a: 111).

Diferentes pasos deben seguir los analistas de textos para estudiar las conferencias. Luego de haber elaborado el diseño de la rúbrica, se realiza el entrenamiento de los analistas en base a dicha rúbrica que debe ser apoyada por muestras o pasajes de alguna conferencia donde se ejemplifiquen formas concretas de discurso populista, así como pluralista y mixto. Y, dicho sea de paso, la rúbrica por su parte permite calificar solo en base a tres grados: populista (2), mixto (1) y pluralista (0). Ambas labores, la rúbrica y los textos ancla, son el sello de la gradación holística (Hawkins, 2010a: 110-112).

Al igual que en la gradación holística, un investigador posmarxista también puede analizar textos, en efecto, Groppo en su investigación selecciona una serie de ellos que pueden emanar de fuentes tales como periódicos, discursos o entrevistas registradas previamente en algún medio. Y tal como se menciona más arriba, accede a interpretarlos a través de las distinciones de segundo orden que le proporciona la teoría. Aunque en la investigación de Groppo no se explicita el método de selección de la evidencia, se asume que es *ad hoc* al objetivo y a la estrategia metodológica, en consecuencia este muestreo puede ser definido desde la etnografía como muestreo intencionado. O bien, como Howarth (2005: 337) menciona, los textos seleccionados son resultados de los juicios del investigador respecto de la importancia y significado de cada uno de ellos para las cuestiones investigadas. A diferencia de Groppo, el trabajo de muestreo de textos en Hawkins responde certeramente a las reclamaciones cuantitativas. En efecto, en lo que respecta al muestreo para el análisis de conferencias de diversos líderes actuales, estas se seleccionan aleatoriamente, cumpliendo ciertos requisitos como extensión mínima y máxima, entre 1.000 y 3.000 de palabras, así como que sean clasificables en categorías preestablecidas de conferencias, donde se espera que en unos el discurso sea más populista que en otros. Por ejemplo, en una conferencia de campaña el discurso tenderá a ser más populista que en una de toma de posesión del mando. Las categorías de tipos de conferencias diseñada por Hawkins son: a) de campaña, b) de inauguración o corte de cinta, c) famosa o más popular e d) internacional<sup>15</sup>.

---

<sup>15</sup> Efectivamente, en mis conversaciones con Kirk Hawkins, me comentó que, según la lectura inicial de algunas conferencias, se espera que unas, a diferencia de otras, sean más populista, por ejemplo, en las “de campaña” o en las “famosas” generalmente se encuentran calificaciones de populismo más altas a diferencia de las “de inauguración” y de las “internacionales”.

A pesar de que Groppo y Hawkins provienen de escuelas diferentes, ambos coinciden en la necesidad de dotar al análisis de textos de una estrategia hermenéutica que requiere de una dicotomía binaria previa como esquema de observación, es decir, de una observación de segundo orden analítica que permita observar a las diferencias de primer orden o textos que son objeto de análisis<sup>16</sup>. Con estas distinciones de segundo orden se puede acceder a otro grupo de significados distintos a los manifiestos en el texto, es decir, se accede a aquellos que se encuentran latentes o implícitos. Mientras que Jagers y Walgrave no buscan acceder a nociones latentes del discurso, sino que, como se señaló, a su contenido manifiesto.

Frente a la pregunta de por qué Hawkins desecha la noción de ideología para definir populismo y conserva más bien una definición basada en el concepto de cosmovisión o conjunto de ideas, las cuales no son lo suficientemente manifiestas, coherentes y completas como en el caso de una ideología, la respuesta apunta a su practicidad empírica. Si bien Groppo en su investigación tiende a considerar discurso e ideología como equivalentes<sup>17</sup>, para Hawkins, sin embargo, en la medida que entiende al populismo como un conjunto de ideas no necesariamente coherentes ni menos manifiestas, no puede acceder a ellas mediante instrumentos como encuestas de opinión, ni tampoco mediante el análisis de contenido que se focalice en el significante, es decir, a las palabras o frases como su unidad de análisis. Si Hawkins entiende el populismo como un conjunto de ideas latentes, no conscientes ni comprensivas, la estrategia metodológica más adecuada es aquella que proporciona la hermenéutica, de modo de lograr acceder a aquellos significados no conscientes y latentes. En esto se funda la crítica de Hawkins, y desde luego la de los posmarxistas, a los análisis que se basan en una formulación mínima de populismo como la de Mudde (2004: 543-546), quien lo entiende como una ‘ideología laxa’, pero manifiesta y versátil, que puede ser mezclada con ‘ideologías complejas’ tales como el socialismo, comunismo, ecologismo o

---

<sup>16</sup> Para un análisis más detallado de la observación de segundo orden véanse los libros de Luhmann (1990) y Maturana y Varela (1987).

<sup>17</sup> Aparentemente, Groppo no pretende distinguir entre “ideología” y “discurso” debido a que, en el contexto de su estrategia de investigación, tanto el contenido manifiesto de los textos, así como el latente, pueden tornarse necesarios para explicar e ilustrar cierto argumento. Como bien lo menciona, discurso e ideología funcionan como estrategias de lectura para comprender la realidad. Sin embargo, del mismo modo que en el análisis de Hawkins, Groppo accede a cuestiones de sentido latente de un texto, más que a ideas coherentes como las plasmadas en la noción de ideología de Freedman (2003).

nacionalismo<sup>18</sup>. Entonces bien, para Hawkins es un problema de validez en el que caen los análisis de contenido manifiesto del texto, ya que este tipo de instrumento no estaría midiendo populismo en cuanto conjunto de ideas latentes, sino que lo que hace es medir significantes que no necesariamente portarían un significado populista. Aunque, según la concepción que Mudde tiene de populismo, los análisis de contenido manifiesto del texto no erran en su validez, debido a que el populismo es entendido como un tipo de ideología.

En definitiva, Mudde comprende a la ideología más bien como un conjunto consciente y comprensivo de ideas, que no es ni vasto ni complejo. Dicha concepción de lo que es el populismo es la que utilizan Jagers y Walgrave, quienes lo definen como un estilo político con el objetivo de conocer qué tipo de vínculo que hay entre los votantes y el líder. Y ocupan en su definición de estilo populista las mismas ideas contenidas en lo que Mudde definió como populismo en cuanto ideología laxa. Así pues, bajo esta concepción, lo lógico sería medir la relación existente entre los argumentos y aseveraciones afirmativas, causales, condicionales o de otro tipo, que se expresan coherente y explícitamente en el texto.

Siguiendo esta premisa, el análisis de Jagers y Walgrave busca definir cuán populista es el estilo político de los *Belgian-Flemish parties*, a través del *political party broadcasts* (PPB) que emite la cadena de televisión Pública VTR en Bélgica. Dentro de los 6 más grandes partidos flamencos se seleccionan 20 emisiones de cada uno, editada directamente por las oficinas centrales de cada partido, entre 1999 y 2001, lo que equivale a 200 minutos de programación por cada uno, de un total de 1.200 minutos disponibles para seleccionar. Las emisiones seleccionables de cada partido no corresponden a emisiones electorales, ni tampoco están afectadas por eventos puntuales en la medida de lo posible, para lo cual se maximizó la dispersión a través de los tres años, de modo de medir qué tan populista es el estilo de cada partido en condiciones cotidianas (Jagers y Walgrave, 2007: 325-326). Tal como se ha venido mencionando, el enfoque de Jagers y Walgrave se ubica en aquellos que

---

<sup>18</sup> La definición de *thin centered ideology*, Mudde la obtiene de Freeden (1996), quien la define, en relación a las *full ideologies* o ideologías complejas. Las primeras, por su menor complejidad, serían huéspedes de otro grupo de ideas más elaboradas o ideologías complejas: “Another has been through decreased internal integration in comparison to existing ideological families, the outcome being the formation of thin-centred assimilative ideologies, which then either challenge the relevance of additional ideological baggage, or thicken by ingesting the patterns of other ideologies” (Freeden, 1996: 485).

analizan el contenido manifiesto del texto, ya que lo que ellos buscan es medir cuántas referencias, así como su intensidad, hacen estos partidos al ‘pueblo’ o a la ‘población’ – concepto no denso de populismo–, y si estas referencias al pueblo llevan aparejadas consigo otras referencias tales como anti-*establishment* y excluyentes –concepto denso de populismo. Sobre ésta y cada una de las investigaciones en particular se volverá más adelante.

En estos tres enfoques que estudian el populismo en cuanto discurso, la discrepancia no emerge tanto del contenido de las ideas que constituyen el populismo, sino de la naturaleza de las mismas. El concepto de ideología laxa que postula Freedman, y que recoge Mudde, es decir, aquel conjunto de ideas manifiestas que se pueden articular con ideologías complejas, difiere en cierto modo de la noción de discurso tanto de Hawkins como del posmarxismo, quienes lo entienden más bien como el significado detrás del texto, es decir, aquel metarrelato o contenido latente.

Sin embargo, de todas formas, se observa un consenso respecto de la noción de pueblo y la voluntad popular, las cuales son consideradas superiores moralmente, frente a aquella élite conspirativa y opresora del pueblo, además ambos elementos están disociados a un nivel maniqueo o antagónico. No obstante ello, el disenso sí emerge a nivel ontológico del discurso, efectivamente, los enfoques se contraponen respecto de si el discurso se refiere a un conjunto de ideas latentes y dispersas o si bien se refiere a un conjunto de ideas manifiestas y coherentes. Más aún, por lo ya señalado, es pertinente postular que este disenso provoca distancias importantes a nivel epistemológico entre los enfoques.

### **A) Posmarxismo**

Antes de comenzar la descripción del análisis postmarxista que realiza Groppo (2009), conviene introducir al menos cuatro conceptos más para comprender el desarrollo y conclusiones posteriores, estos son: la dislocación, las lógicas de la diferencia y de la equivalencia –o del antagonismo– y el significante vacío. En primer lugar, la dislocación es un evento que marca una falla en la constitución plena de un orden existente, la cual es colocada en la brecha entre el sistema-orden y aquello que se le opone (Groppo, 2009: 55).

Hilando más fino, un primer sentido de la dislocación hace referencia a una desigualdad, es decir, a la diferencia entre el orden y su exterior, en otras palabras, es “(...) el momento en el cual un objeto o espacio extra-discursivo pone en escena los límites de un sistema como tal” (Groppo, 2009: 56), y en un segundo sentido introduce desigualdad, disparidad e inestabilidad en cierto orden, en sus partes e identidades, estimulando a su vez la reestructuración del mismo: “Dislocación entendida como concepto tiene un rol a nivel formal: ayuda a la teoría a mostrar que cada sistema posee límites y que cualquier identidad está permanentemente amenazada por la presencia de un exterior” (Groppo, 2009: 57). Por otro lado, de forma concisa, las dos lógicas son maneras que la TDP reconoce para la formación de identidades políticas, o como asevera Groppo:

El concepto de lógica de la equivalencia refiere a la construcción de identidades políticas a partir del desdibujamiento de las diferencias entre identidades particulares mediante la creación de una identidad a la cual se le oponen coherentemente. En otras palabras, para lograr la constitución de un conjunto de identidades a través de la equivalencia es menester postular un ‘otro’ o algo como amenazando y antagonizando el conjunto en su totalidad (...) [En] la lógica de la diferencia (...) la fuerza antagonizadora no es puramente negativa y puede ser incorporada y absorbida por el sistema [por lo tanto] el resultado no será la formación de una coalición equivalencial de elementos sino justamente la estabilidad del sistema de diferencias en cuanto tal (Groppo, 2009: 62).

De esto se desprende que la lógica de la equivalencia buscará posicionar el conflicto en el centro del escenario político, es decir, dividir el espacio social, en contraste con la lógica de la diferencia que desplaza el conflicto político hacia los márgenes del sistema. Esto presenta que tanto la primera como la segunda lógica vienen a ser también un esquema para el análisis del comportamiento de las estrategias discursivas concretas y de constitución de identidades (Groppo, 2009: 63). Y, como se mencionó anteriormente, funcionan como el esquema hermenéutico de análisis que este autor desarrolla en su investigación.

Otro concepto central en el argumento de Groppo es el de *significante vacío*. Para Laclau, en términos someros, *significante vacío* es una imagen sonora carente de significado que viene a cumplir la función de llenar aquella falta de estructuración. Por ello:



(...) resulta que la actividad política es precisamente producir el vaciamiento de determinado significante, un significante apropiado para desempeñar la función de presentar a la sociedad como relativamente estructurada (...) el significante vacío se presenta como la única posibilidad para aquellos sujetos de llenar de significado y dotar de sentido a su propio mundo (...) la función teórica que cumple el significante vacío es entonces la de proveer completitud y unidad en una situación dislocada, completitud y unidad tanto al nivel de las identidades como de la sociedad en general (Groppo, 2009: 73).

Ahora bien, el desarrollo empírico de la investigación de Groppo radica en operacionalizar y, desde luego, analizar casos concretos mediante un corpus teórico como este. Para ello el autor propone el uso del método comparado. Esto, indudablemente, conlleva a buscar la explicación del surgimiento del fenómeno social, es decir, determinar las condicionantes que lo gatillarían. Algunas de estas variables explicativas el autor las desliza en las páginas iniciales de su libro:

Esta investigación muestra que Vargas tuvo que operar en una situación de alta complejidad estructural apelando de este modo a estrategias no-conflictivas, mientras que, por su parte Perón –debido a que emergió en un marco estructural de menor complejidad y desnivel– no encontró límite alguno que le obstaculizara desencadenar una estrategia basada en la lógica antagónica (Groppo, 2009: 81).

No obstante, no solo estas condicionantes estructurales de las respectivas sociedades brasilera y argentina, menciona Groppo, son las explicativas del resultado populista: “[esto] no significa que confíe en un ‘dinamismo extra-discursivo’ para dar cuenta de lo político. Partir de este marco de estructuras no asegura una determinada política como resultado. Entre la estructura condicionante y la estrategia política hay contingencia” (Groppo, 2009: 81).

Ahora bien, si se vuelve la mirada hacia la lógica del método de investigación, se debe remitir necesariamente a los dos tipos puros relativos al método comparado propuesto por Mill<sup>19</sup>. En este trabajo en particular se aprecia que claramente está basado en el método de la diferencia. En efecto, cumple con el requisito de seleccionar casos similares, ya que gran parte de lo que se puede denominar como variables de control, que también pueden ser entendidas como

---

<sup>19</sup> Respecto del método comparado milliano, véase el Capítulo 1.

aquellas características similares de los casos, emergen a la vista: tanto el peronismo como el varguismo surgen en épocas casi paralelas, por lo tanto, en el mismo contexto internacional, en países latinoamericanos similares, de grandes poblaciones, potencias agro-exportadoras, trasfondos culturales y religiosos similares, etcétera. Y, por otro lado, según la hipótesis de Groppo, los resultados son distintos, es decir, la variable dependiente acá definida como la intervención política particular que implementó cada líder, lo que se denomina como varguismo y peronismo, difieren en esencia del tipo de lógica utilizada por cada uno de ellos –ya sea de la diferencia o de la equivalencia.

Así, su análisis trata exactamente de demostrar lo anterior, a través de un análisis histórico-discursivo detallado, el autor postula que la lógica de la diferencia utilizada por Vargas difiere de la de Perón –lógica de la equivalencia o antagonismo–, por lo tanto, hacia las conclusiones asevera:

El primer sentido de ‘dislocación’ es también útil para analizar la política de Vargas en sus inicios. La condición de posibilidad para su política era que las líneas de conflicto ideológico no pasaran a través de la figura de Vargas, que Vargas mismo no encarnara la divisoria política de las aguas entre 1930 y 1945 (Groppo, 2009: 441).

De esta forma, el autor menciona que Vargas no implementó una lógica del antagonismo, y que esta función sí fue realizada por Luiz Carlos Prestes en el período post-revolucionario (Groppo, 2009: 291-363). En cambio en Argentina, Perón sí desarrolló el antagonismo, así es como se produjo una dislocación en el segundo sentido del término:

Si la emergencia de Getúlio Vargas puede ser explicada en términos de preeminencia de la lógica de la diferencia, la emergencia de Perón en Argentina es un caso paradigmático de la lógica del antagonismo. Para comprender el efecto que el peronismo tuvo sobre las identidades políticas competitivas esta investigación recurre al concepto de dislocación en el segundo sentido apuntado arriba, es decir como un fenómeno disruptivo que muestra los límites mismos del sistema (Groppo, 2009: 442).

Los factores explicativos de estas diferencias, a juicio del autor, serían tres, los cuales al producirse provocaron el surgimiento del peronismo como lógica antagónica a diferencia del

varguismo, estas son: a) una formación social nacionalizada –entendida como el contexto estructural–, b) la inclusión radical de un sujeto subalterno, y c) la existencia de un determinado significante vacío. Así pues, debemos entender que el diferente valor o característica distintiva que adquieren cada una de estas tres condicionantes son, por tanto, la explicación del comportamiento diferente de la variable dependiente, la diferencia entre el varguismo y el peronismo.

Respecto de la primera, resulta evidente como las condiciones socio-estructurales de cada país difieren en cierto aspecto puntual. Efectivamente, en Brasil se puede hablar de regionalización y en Argentina de nacionalización, dicho de otra manera, las condiciones estructurales dispares donde los discursos, estrategias y lógicas institucionales que se desarrollan en Brasil, se caracterizaron por tener un desenvolvimiento desigual, a diferencia de un desarrollo nacionalizado y más homogéneo de la Argentina (Groppo, 2009: 445-446).

El sujeto subalterno en el caso argentino es incluido de forma discursiva bajo la vinculación entre el trabajador urbano y el rural, lo cual implementa Perón gracias a la Secretaría de Trabajo y Previsión y mediante el Estatuto del Peón Rural (Groppo, 2009: 213 y ss.). En cambio en Brasil dicho lazo no existía:

(...) el modelo de interpelación a los trabajadores operante en el Estado Novo no era homogéneo. La lógica de la concesión o regalo no es aplicable a los trabajadores rurales. El gobierno no justificó haber extendido las CLT [Consolidación de Leyes del Trabajo] a los trabajadores del campo porque ‘no habían reclamado’ por derechos sociales y estos se deben conquistar por luchas, mientras que los extendía al resto de los trabajadores de Brasil como ‘regalos dados espontáneamente’ sin necesidad de demanda previa (Groppo, 2009: 422).

La otra variable que explica la diferencia entre los casos de Vargas y Perón es aquella que tiene que ver con el significante vacío. En el caso del peronismo, la politización del espacio social se dio a través de una visión no condicionada de ‘justicia social’:

El ‘resto’ de contenido de ‘justicia social’, esto es, el hecho que era presentado como condicional y absoluto, sin predicados, hizo posible para ese significante cuestionar las relaciones de

autoridad implícitas en las relaciones sociales y laborales y le dio así a la propuesta de Perón un poder antagónico central (Groppo, 2009: 448-449).

De este modo Perón pudo desarrollar en el centro del escenario político este antagonismo en la medida que el país ya contaba con dicha condición estructural de nacionalización. A diferencia de Vargas, donde:

[la] ‘unidad social’ [fue] un punto nodal en muchos de los discursos que circulaban en el período post-revolucionario, fue posible encadenarlo a ‘autonomía regional’ o ‘federalismo’. El lenguaje político de la ‘unidad nacional’ no implicó una política de exclusión de los estados en nombre del Estado-nación sino una compleja negociación entre ambos niveles en el cual, a veces, los primeros y no el segundo jugaban un rol central (Groppo, 2009: 449).

## **B) Entre lo cuantitativo y lo cualitativo<sup>20</sup>**

La investigación de Hawkins consta de una combinación de enfoques, así como triangulación de técnicas y casos, lo que permite que el autor pueda testear el populismo bajo diversos modelos explicativos, y de modo que el hallazgo de las variables explicativas pueda funcionar en diversas situaciones espacio-temporales, extendiendo sus posibilidades de generalización.

Luego de analizar qué es el populismo –variable dependiente– y dónde es posible de encontrar a través del método de gradación holística, en una muestra bastante amplia de casos<sup>21</sup>, el autor se embarca en explicar qué causa el populismo, primero en el caso venezolano de Hugo Chávez, y en segundo lugar, establecer un modelo con cierto nivel de generalización de los factores condicionantes del fenómeno.

---

<sup>20</sup> En el último tiempo, los enfoques que desarrollan métodos mixtos que combinan los principios tanto cuantitativos como cualitativos se pueden encontrar estudiados en Goertz y Mahoney (2012).

<sup>21</sup> Los jefes de Estado latinoamericanos analizados fueron (ordenados de más a menos populista): Chávez, Velasco Ibarra, Morales, Perón, Vargas, Menem, Saca, Cárdenas, Duarte, Palacio, Toledo, Fernández, Fox, Lula, Vásquez, Kirchner, Pacheco, Torrijos, Mesa, Lagos, Berger, Bolaños, Maduro y Uribe. Para el resto del mundo los jefes de Estado analizados fueron (ordenados de más a menos populistas): Lukashenko, Bush, Ahmehdinejad, Yushchenko, Arroyo, Putin, Blair, Kufuor, Stoltenberg, Enkhbayar, Stanishev, Harper, Halonen, Mbeki, Zapatero, Persson. Para los resultados véase Hawkins (2009: 1053-1054; 2010: 120-121).

Del estudio, cualitativo y cuantitativo, del populismo en Venezuela y sus posibles causas (Hawkins, 2010a: 134-194), el autor postula que una de las condicionantes que contribuye a explicar la emergencia del fenómeno, representado por Chávez, es la corrupción, específicamente la percepción de corrupción. No obstante, del análisis de caso venezolano, Hawkins reconoce que algo queda obscurecido, esto es la relación entre la corrupción con la crisis política del llamado Sistema Punto Fijo. Más aún, el análisis multivariable que realiza demuestra que la corrupción por sí misma no es factor suficiente para explicar el populismo, aunque tampoco lo es tanto en combinación con la performance económica de largo plazo – otra variable asociada que potencia el modelo explicativo– (Hawkins, 2010a: 229-238). Pareciera ser que algo falta para robustecer la explicación (Hawkins, 2010a: 238-239).

De esta manera, el autor busca expandir sus casos de estudio. Así, mediante la observación de diversos ejemplos de populismo pretende encontrar qué condicionante adicional es necesaria y estaría presente, explicando tanto el caso venezolano como otros. Aquella variable explicativa que postula Hawkins es el líder, en cuanto portador del discurso y catalizador del proceso:

When we consider the supply side of populism, we must instead examine the factors governing the presence of a populist leader (...) charismatic leadership is a likely condition for populist movements to become successful and win control of government (...) by providing followers with additional non-material incentives and a focal point for participation, and they can speak with one voice on issues of tactics and strategy (Hawkins, 2010a: 242-243).

Es en este momento investigativo en el que el autor vuelve al caso Venezolano para testear lo anterior, lo cual requiere un estudio profundo de las formas de organización populista. En consecuencia, pesquisando los Círculos Bolivarianos en Venezuela (Hawkins y Hansen, 2006), cuestión que se desarrolla especialmente en el capítulo 6 de su libro (Hawkins, 2010a: 247-291), abandona el análisis comparado entre países.

En definitiva, el modelo explicativo del populismo en Hawkins considera, principalmente, dos factores como aquellos con mayor capacidad explicativa del fenómeno, testado desde un multienfoque cualitativo-cuantitativo, estos son: la corrupción –combinada con un

contexto socioeconómico en crisis– y la existencia de un líder que catalice las ideas contenidas en la cosmovisión populista a través de movimientos sociales que lo sustenten.

### **C) Una perspectiva de análisis de contenido**

Jagers y Walgrave realizan una distinción entre una definición no densa y otra densa de populismo, lo cual tiene repercusiones fundamentales en su operacionalización y estrategia de medición del populismo. En efecto, basándose en la definición no densa de populismo, es decir, en el populismo como una apelación o referencia al pueblo, ellos abordan la muestra de 20 horas de programación de todos los partidos estudiados. De modo que utilizan ese concepto de populismo como una herramienta heurística que les permite seleccionar extractos específicos de esa muestra, en los cuales se hace referencia al vocablo de pueblo y de población. Se obtienen así alrededor de 1.200 extractos susceptibles de analizar, los cuales son clasificados para su posterior análisis de contenido. Luego, sobre la base de la definición densa de populismo, es decir, agregándole las características de *anti-establishment* y excluyente –o discriminador– estiman el populismo de cada partido combinando estas dos categorías con el concepto no denso de populismo como apelación al pueblo (Jagers y Walgrave, 2007: 326; 338-343).

En la medición de la intensidad del populismo como apelación al pueblo, que está basada en el número de veces que se hace referencia al vocablo pueblo o población en los extractos incluidos en el análisis, los autores descubren que el Vlaams Block es el más populista. También observan que los partidos en el poder, es decir, el VLD (*liberal party*), SP.A (*socialistparty*) y Agalev (*greenparty*), son los menos populista. En contraste el CD&V (*Christian-democratparty*), antiguo partido dominante desde el período de posguerra, que actualmente se encuentra en la oposición, alcanzó altos niveles de populismo en su versión no densa. Ser o no un partido que está en el poder es un factor que explicaría en cierto grado también las referencias al pueblo, de manera que los tres partidos de oposición obtienen la mayor intensidad de apelaciones al pueblo: Vlaams Block, CD&V y VU-ID (*FlemishNationalist*) (Jager y Walgrave, 2007: 326-327).

Posteriormente, los autores combinan los resultados de sus mediciones del populismo en su sentido no denso, con el del populismo en su versión densa. Así, en primer lugar, la dimensión anti-*establishment*, que busca identificar el antagonismo del pueblo contra las élites establecidas, se divide en tres sub-dimensiones: sentimientos anti-*establishment* contra el Estado, contra los políticos y contra los *mass media*. Para todos los partidos las referencias anti-Estado y anti-medios es bajísima, excepto para el Vlaams Block que alcanza índices muy altos en ambas categorías. Respecto del índice anti-políticos, el Vlaams Block supera en más de cuatro veces al segundo lugar en dicho índice, el VU-ID. El índice integrado anti-*establishment* muestra que, nuevamente, los partidos opositores son los que poseen los tres primeros lugares en el índice, sin embargo, el Vlaams Block obtiene los valores populistas más altos (Jagers y Walgrave, 2007: 328-331). En segundo lugar, en lo que respecta a la dimensión de exclusión o discriminación se da una situación mucho más marcada. Los autores analizan las referencias de cada partido a distintos grupos de la población –capitalistas, trabajadores, librepensadores, católicos, protestantes, etc.–, de este modo clasifican las referencias en base a un esquema tricotómico –positivo, neutro o negativo. De todos los partidos, solo el Vlaams Block tiene una actitud no ambigua respecto de ciertos grupos de la población, claramente este partido elabora una sistemática estrategia discursiva de exclusión frente a ciertos grupos de la sociedad, en particular frente a los inmigrantes, vagabundos y criminales (Jagers y Walgrave, 2007: 331-332).

Finalmente, los autores descubren que el discurso del partido Vlaams Block difiere sustancialmente del discurso del resto de los partidos flamencos de Bélgica, siendo así un ejemplo paradigmático de lo que es un partido populista de la extrema derecha europea. Frente a algunos partidos belgas que adoptan solo un estilo populista no denso, lo cual se explica, principalmente, por la variable incumbente/no incumbente, el Vlaams Block cumple tanto con la definición densa como no densa de populismo.

### 3. ESTRUCTURA, DISCURSO Y LIDERAZGO

Hasta este punto, en los capítulos 2 y 3, se han analizado algunas de las perspectivas sobre el populismo, las que han sido clasificadas según dónde ubican el énfasis, ya sea en los factores

estructurales o en los factores discursivos. Así también, a grandes rasgos, ambos grupos de investigaciones requieren otro tipo de variables, de naturaleza diferente a sus principales objetos de estudio, para poder explicar la emergencia del populismo. En este sentido, surgen dos postulados que se desprenden de la observación comparada y simultánea de estos grupos de investigaciones: a) lo discursivo puede tener repercusión efectiva en lo institucional; y b) lo discursivo sin la interacción con otro tipo de variables, como las estructurales, muy poca influencia puede tener sobre la modificación de ciertas formas económicas de producción e instituciones políticas. De esta forma también se puede aseverar que el discurso por sí solo poco poder explicativo tiene sobre el cambio social.

El primer postulado se encuentra formulado por Panizza (2000), quien menciona que el populismo tiene esa capacidad para construir instituciones. En este sentido, el discurso tiene efectiva repercusión en el resto de lo social, es decir, básicamente, en la modificación de las instituciones políticas. Sin embargo, también, y tal como versa el segundo postulado, el discurso por sí solo tiene muy baja repercusión y capacidad efectiva para producir un cambio social. En efecto, variables discursivas en conjunto con otras estructurales son las que probablemente están jugando un rol importante para explicar el cambio social y la emergencia del populismo como forma de vínculo social. Lo que se menciona acá, luego del análisis de las investigaciones precedentes, es similar a lo que plantea Cammack (2000: 152), quien considera al populismo operando en tres niveles simultáneos e integrados: el del discurso, las instituciones y la política económica, en un contexto histórico específico. En este sentido, la posición adoptada en esta investigación se acerca más bien a los postulados de Fairclough (1992), quien sostiene la necesidad de observar la realidad social desde una perspectiva dialéctica entre discurso y estructuras no discursivas, por lo tanto, difiere en cierta forma respecto de los postulados posmarxistas, los que afirman más bien una ‘transversalidad discursiva’, es decir, toda práctica social es portadora de un discurso. Así, el discurso, desde la perspectiva del análisis crítico del discurso, se encuentra en una relación dialéctica con otras dimensiones de lo social, como son aquellas prácticas físicas primarias no discursivas, en definitiva lo discursivo no solo es constituido por las prácticas sociales, sino que también constituye realidad (Jørgensen y Phillips, 2002: 66). En palabras de Fairclough (1992: 66-67):



Social practice has various orientations –economic, political, cultural, ideological– and discourse may be implicated in all of these without any of them being reducible to discourse, for example, there are a number of ways in which discourse may be said to be a mode of economic practice: discourse figures in variable proportions as a constituent of economic practice of a basically non-discursive nature, such as building bridges or producing washing machines; there are forms of economic practice which are of a basically discursive nature, such as the stock market, journalism, or writing soap operas for television (...)

Ahora bien, las perspectivas puramente estructurales acá descritas tienden a relegar los factores ideológicos en sus análisis, sin embargo, tanto en la formulación de Di Tella (1997) como en lo planteado por Cardoso y Faletto (2002) se aprecia la incorporación de otros dos factores que son: a) la importancia y relevancia de un liderazgo –el momento de la ‘agencia’ (Mahoney y Thelen, 2010)– que impulsa políticamente e instala el populismo en el Estado, generalmente bajo formas de democracia representativa –la cual puede haber sido precedida de autoritarismo–; y b) la existencia de un discurso que es el que tiende a vincular, desde el inicio, a los seguidores con el líder. También en los análisis economicistas del populismo resulta muy difícil pensar que el liderazgo se pueda sostener sin el gasto social que el político realiza una vez en el gobierno.

Por el lado de los análisis centrados en el discurso acá revisados, pareciera ser que la necesidad de los factores estructurales se torna más imprescindible de lo que aparenta ser en un comienzo. Efectivamente, en el estudio de Groppo se observa cómo se complementan diversos tipos de variables para explicar la emergencia plena del populismo en la Argentina. En primer lugar, el autor considera cierta condicionante estructural que denomina formación social nacionalizada –en contraposición a la formación social federal del Brasil– la cual, sumada al desarrollo de ciertas condicionantes discursivas –inclusión radical de un sujeto subalterno y un significante vacío– provocan la emergencia plena del peronismo. En el modelo de Groppo, que busca explicar la emergencia del varguismo y el peronismo, así como el porqué de sus diferencias, menciona que a través del líder Perón pasa el conflicto político, es decir, el antagonismo mismo, cuestión que no ocurre en el caso de Vargas. Al igual que en el estudio de Groppo, la figura del líder en la investigación de Hawkins es también central, debido a que si no hay líder no hay elemento que pueda catalizar las ideas populistas. A ello

se le debe adicionar la crisis del Sistema Punto Fijo y la crisis de la estructura económica, todo esto acompañado por un movimiento social que lo sustente, son en definitiva los elementos que gatillan la emergencia del chavismo. En el trabajo de Jagers y Walgrave, se menciona también, aunque de manera muy sucinta y casi implícita, que es un líder el que puede reforzar el descontento público hacia las instituciones (Jagers y Walgrave, 2007: 338). Y si bien el modelo de estos dos autores es más limitado que el de las investigaciones de Groppo o Hawkins, también deslizan un tipo de variable institucional que afectaría la utilización de aquellas apelaciones al pueblo y esta tendría que ver con si el partido está ubicado en el gobierno o en la oposición.

En términos generales, en lo relacionado con el populismo en cuanto discurso, las investigaciones analizadas lo comprenden como un conjunto de ideas que radicalizan moralmente la noción del pueblo y la antagonizan frente a una élite usurpadora, opresora y con baja moral. También se observa que para estas tres investigaciones, este discurso puede tener consecuencias institucionales, es decir, producir la manifestación política de estas ideas y ubicar aquel radicalismo como central e incluso constitutivo de lo político, para lo cual se requieren de ciertas condicionantes particulares a nivel, muchas veces, de lo estructural-institucional, además del requerimiento ya mencionado de un líder que catalice estas ideas, lo cual se transforma en una condición esencial para el surgimiento institucional del populismo.

En los últimos años, los análisis sobre el populismo que han tenido más auge son aquellos que lo comprenden como un fenómeno discursivo. Motivo por el cual, de una u otra manera, se ha intentado estudiar el discurso inserto en las acciones de líderes y organizaciones políticas. En conclusión, estos trabajos muestran que si bien comprenden al fenómeno del populismo como uno discursivo, difícilmente puede ser analizado solo bajo variables o factores exclusivamente discursivos, como podría sí realizar un análisis puramente semántico. En este mismo sentido, los análisis estructurales que evidentemente no conciben al populismo discursivamente, sí poseen ciertos grados de coincidencia con el populismo discursivo, ya que muestran cómo las grandes estructuras pueden ser modificadas por amplios procesos de cambio social en conjunto con otras condicionantes locales que tienen

que ver con las luchas entre los diversos grupos y actores sociopolíticos, tal como presenta el estudio del discurso populista.

No obstante, como se mencionó en el Capítulo 1, el populismo en esta perspectiva no es entendido propia ni exclusivamente como un discurso, ni como una estructura, sino más bien como una forma de vínculo social, enraizada en los modos culturales de comportamiento conformados en épocas precedentes, esto es lo que comúnmente se ha denominado como *ethos* o modo de ser característico, el cual puede ser comprendido como un marco de referencia dentro del que se construyen las diferentes relaciones sociales de una cultura en particular. En consecuencia, para el populismo, la relevancia de la estructura o del discurso en el análisis que plantea esta investigación tiene que ver con las manifestaciones que desarrolla este modo de vinculación y que moldean históricamente la forma de integración social en América Latina. La modificación de la estructura económica oligárquica hacia una propiamente populista centrada en el gasto, los cambios en las instituciones políticas latinoamericanas, la construcción de un discurso anti-stat quo altamente maniqueo que es promocionado por un líder, y la instauración de un conflicto social en el centro político, que supera parcialmente la lucha de clases, son algunas de las características o unidades de observación que definirían la forma concreta del vínculo populista en América Latina.

## CAPÍTULO IV. SOCIOLOGÍA DE LA PRESENCIA (I): LA COMUNIDAD

*El estudio de la casa es el  
estudio de la comunidad, como  
el estudio de la célula orgánica  
es el estudio de la vida*  
(Tönnies, 1927: 47)

Lograr entender al populismo como una forma de vínculo social, fundado en las relaciones propias de la ‘esfera de la presencia’, lleva a superar las concepciones discursivas y estructurales del fenómeno. Tal como se describió en los capítulos 2 y 3, estas han sido las nociones generalmente utilizadas por los académicos. Sin embargo, se asume que el populismo no es mero discurso, ni es discurso inscrito en una acción o institución. Populismo tampoco es una institución racional ni un sistema complejo.

Para comprender esto es necesario introducir el trabajo de Carlos Cousiño y Eduardo Valenzuela (1994), *Politización y Monetización en América Latina*. Los autores argumentan que existen al menos tres niveles de integración social que se definen como el cultural, el social y el sistémico (Cousiño y Valenzuela, 1994: 14-15). Especialmente la sociología y las ciencias políticas se han ocupado del nivel social, mientras que también la sociología, así como la economía, han estudiado extensamente el sistémico. Es decir, por un lado, el nivel de integración social fundado en las instituciones y en la actividad racional-argumentativa (Habermas, 2002); y por otro lado, el nivel de integración sistémica o, mejor dicho, de coordinación a través de mecanismos autorreferenciales desprovistos de todo consenso orientado por la argumentación (Luhmann, 2007b). No obstante, la sociología y aun mayormente las ciencias políticas, en general, han despreocupado aquel nivel originario de integración social. Siendo sin duda la antropología la que ha estudiado más estas formas de integración congregadas bajo la noción de esfera de la presencia que acá se introduce. Cousiño y Valenzuela (1994: 38) aseveran que es: “la idea de una experiencia social

originaria, pre-reflexiva (sobre la cual se puede, sin embargo, reflexionar), que se encuentra en la base de un vínculo social no instaurado contractualmente y que, por ende, constituye el sustrato de un orden social no fundado en las instituciones sino en la eticidad y la cultura”.

Bajo este prisma cabe preguntarse, ¿por qué las concepciones estructurales y discursivas son insuficientes para entender al populismo como un vínculo social fundado en el espacio de la cultura?

Siguiendo el argumento de Laclau, quien plantea una concepción discursiva de populismo – y que, dicho sea de paso, recoge la esencia de la gran mayoría de los estudiosos del discurso populista–, menciona que en la sociedad existe un reservorio de sentimientos anti-stat quo que se alberga en las tradiciones populares y que se expresa en aquella contradicción entre la noción de pueblo y de *establishment* (Laclau, 2005: 123). De modo que las tradiciones populares vienen a cristalizar ideológicamente la resistencia a la opresión en general, la resistencia contra el Estado en definitiva (Laclau, 1986: 194-195). No obstante, este reservorio de sentimientos tradicionales, el mundo de la vida diría Schutz, en la perspectiva del ámbito propio de la cultura no deviene antinómico como sostiene Laclau. Por el contrario, en esta perspectiva, la copresencialidad es precisamente el espacio donde el vínculo social surge de suyo aporético. Y es la creación del Estado moderno, como institución humana racional, la que tiene su *Leitmotiv* en la superación de dicha contradicción y que es cuando el vínculo social ya no se puede fundar en la presencia. Por este motivo, si los saberes no contradictorios del mundo de la vida deviniesen contradictorios, tal como los presenta Laclau, supondría la existencia de una esencia cultural antagónica del populismo, debiendo producirse una reflexivización como asevera Habermas (1991: 44 y ss.). O bien, si el vínculo social deviene problemático, la sociabilidad ya no puede ser fundada en la experiencia ni en el núcleo pre-reflexivo de la presencia, produciéndose la rotura de estos vínculos sociales originales y gatillando el ingreso a la modernidad; en consecuencia es la aparición de la política moderna que deja de ser: “reflexión sobre un vínculo social preconstituido, sino constitución reflexiva del vínculo social” (Cousiño y Valenzuela, 1994: 57).

Entonces, si se asumiera la tesis de Laclau de que en las tradiciones populares se conservan semejantes contradicciones, debería requerirse de inmediato la emergencia del contrato social y la construcción de un estado moderno racionalmente instituido, ya que la integración no estaría dada pre-reflexivamente. Así, a diferencia de lo que plantea Laclau, el populismo acá es más que discurso, es una particular re-edición de un vínculo social presencial latinoamericano, el cual más allá de una lógica articuladora de las contradicciones entre el pueblo y *establishment*, es una forma particular de integración social.

Pero, ¿a qué se deben las maniqueas contradicciones que emergen con la aparición de los populismos en América Latina? El antagonismo que alberga el discurso populista (Hawkins, 2010a: 54-59; Mudde, 2004: 542-563; Laclau, 2005) surge al momento que el fenómeno aparece en el contexto moderno de la ciudad latinoamericana del siglo XX. Sin embargo, dicho antagonismo también tiene una raíz cultural que –como se verá especialmente en el Capítulo 7– es posible rastrear focalizadamente en las zonas ganaderas de frontera durante la Colonia, que es donde se forma un germen de sentimiento antioligarca dentro de la tradición vaquera.

Sin embargo, si la explicación se centra en el contexto en que surge el populismo, la argumentación deviene por otro rumbo. En el ámbito de la política moderna se asume el quiebre del vínculo social constitutivo de la experiencia pre-reflexiva. Es, por tanto, el ámbito la fractura social y, en definitiva de la diferenciación. Constatada esta situación, la política moderna se construye en base a una lógica de oposición, ya lo cree Luhmann (2007c) al proponer el código binario gobierno/oposición como ordenador de la democracia. En efecto, el concepto de partido lleva inscrito el supuesto de ser una parte respecto del todo, dicho de otro modo, el fraccionamiento de una determinada unidad inicial. En este sentido, Lipset y Rokkan (1985) plantean que la separación de una parte respecto del todo unitario e inicial está dando cuenta de la existencia de un conflicto que condicionó dicho fraccionamiento. Así, los partidos surgen para estructurar dichas controversias y representar ciertas fracturas en la sociedad, argumentan Lipset y Rokkan, basados en la teoría de la acción de Talcott Parsons (1962). De esta manera pueden explicar el surgimiento de los partidos políticos en Europa. En efecto, en *Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments*, los autores

se embarcan en demostrar cómo los conflictos sociales se traducen en un sistema de partidos políticos. En este sentido, de una u otra manera, el conflicto, el disenso o la fractura social son constitutivos de la política moderna. Presentada así la situación, no podría entenderse la democracia moderna sin la presencia de una contraparte, que determina la propia identidad, tal como menciona Chantal Mouffe (1999, 2007) en su propia concepción de democracia. Pero, si se asume el supuesto de un núcleo presencial y pre-reflexivo del populismo, el lector podría considerar que este fenómeno no instauraría una lógica de oposición ni menos de antagonismo. Sin embargo, lo que se observa, más allá de las grandes alianzas entre diversos estratos sociales que logran los regímenes populistas, es la presencia de antagonismos maniqueos, tanto a nivel del discurso, como de la efectiva acción política –piénsese, por ejemplo, en las consecuencias de las políticas de nacionalización de los recursos naturales y empresas.

Una forma de comprender estos antagonismos en el contexto latinoamericano es a través de la noción de ‘costo social’. El sacrificio, al igual que el acto festivo, consiste en la dilapidación de lo material, sin embargo, en la modernidad, ha dejado de ser un acto solemne del que nadie podía sustraerse (Morandé, 1987: 79). De modo que el secularizar es haber superado la necesidad social que traían aparejados estos ritos, aunque dicha superación oculta un nuevo sentido para el sacrificio (Morandé, 1987: 83). En este sentido, en la actualidad, costo social adquiere un cariz negativo, de daño social, pero a su vez de necesidad, es por tanto un daño asociado a un determinado modelo de desarrollo, no es un daño no previsto, sino que consubstancial al proceso mismo y particular de la modernización.

La introducción de un antagonismo esencial y maniqueo que produce el populismo tiene que ver en medida importante con la posición que adquiere la víctima o perjudicado. De manera que cabe preguntarse quién asume el costo social del proceso de desarrollo que proyecta el populismo. A diferencia del sacrificio ritual premoderno, donde las víctimas eran por lo general prisioneros de guerra o esclavos, es decir, esencialmente extraños<sup>22</sup>, en el proyecto

---

<sup>22</sup> Si bien en principio eran esencialmente extraños, posteriormente, tal como menciona Bataille, son tratados como hijos, es decir, “familiarizados”, en ese sentido supervalorándolos a medida que son incorporados al entorno comunitario de los captores. Esto Bataille lo define como “intimidad entre verdugos y víctimas” (Bataille, 1987: 87-88). Sin embargo, por uno u otro motivo, eran considerados extraños, ya sea por ser

populista, el estamento que asumirá el costo social es la élite tradicionalmente asociada a la oligarquía. La cual ha sido caracterizada por gran parte de los autores que estudian el populismo, y plenamente incorporada al discurso populista en sus diversas experiencias latinoamericanas. Así, para los populismos latinoamericanos, la élite posee la característica de ser corrupta y conspirativa, son los terratenientes, aunque también el capital extranjero, de origen inglés y norteamericano, con todo un grupo social conceptualizado por el populismo como moralmente inferior al pueblo. Buscar el extrañamiento de la élite, convertirla en antagónicamente opuesta al pueblo, es el proceso discursivo del populismo, y en el que se basa la radicalización del espacio político.

En este sentido, el costo social que debiera asumir la élite queda justificado para el progreso del pueblo, de modo que el populismo supone una inversión de la figura de la víctima. A diferencia de lo que realizan las reformas neoliberales a partir de los años setenta, el populismo no conserva un statu quo, sino que lo que busca producir es invertir los tradicionales perjudicados y beneficiados. La víctima, que en el modelo populista son los estratos dominantes –la oligarquía terrateniente, y sus sectores adyacentes de apoyo, como pueden ser la Iglesia y la clase política tradicional– que poseen el control político y socioeconómico de un país, con la ascensión del populismo al poder pueden potencialmente llegar a perderlo: es este quizá el matiz más revolucionario del fenómeno.

Ahora bien, siguiendo la segunda parte de la pregunta inicial, también es relevante interrogar por qué el populismo no es una estructura social. Valga la aclaración, no lo es en el sentido planteado al inicio de este capítulo, es decir, como una institución fundada en la actividad racional-argumentativa ni como un sistema autorreferente procesador de la complejidad social.

---

considerados como un guerrero enemigo en el caso de un prisionero, o bien por el problema del reconocimiento del esclavo, donde el dominador es “una conciencia independiente que tiene por esencia el ser para sí”, mientras que el esclavo es “una conciencia dependiente, cuya esencia es la vida o el ser para otro” (Hegel, 1971: 117). Más aún, menciona Hegel: “El señor se relaciona *al siervo de un modo mediato, a través del ser independiente*, pues a esto precisamente es a lo que se halla sujeto el siervo; ésta es su cadena, de la que no puede abstraerse en la lucha, y por ella se demuestra como dependiente, como algo que tiene su independencia en la coseidad. Pero el señor es la potencia sobre este ser, pues ha demostrado en la lucha que sólo vale para él como algo negativo; y, al ser la potencia que se halla por encima del otro, así en este silogismo tiene bajo sí a este otro” (Hegel, 1971: 117-118).



El populismo no es un rescate de la Ilustración como forma racional de recomponer el vínculo social, por el contrario el populismo es un fenómeno que se nutre de tradiciones que se dan previas a la reflexivización<sup>23</sup> del vínculo social. De manera que el modelo de concientización latinoamericano corre diametralmente en contra del modelo populista. Politizar se asocia directamente con lo que se entiende como ‘ida al pueblo’, lo cual a su vez es interpretado como “el conjunto de experiencias de promoción, movilización y organización popular” (Cousiño y Valenzuela, 1994: 80), a través del desconocimiento de la experiencia familiar – ámbito propio de la experiencia presencial–, y ensalzando el rol de la educación. Este politizar es lo que se concreta con la educación popular que expone Paulo Freire (Freire, 1999; Cousiño y Valenzuela, 1994: 82-83). En este sentido, se puede afirmar que el populismo no es revolución en cuanto esclarecimiento de la conciencia como lo pensaría Freire, ya que no se basa en la superación de la opresión, sino que solamente en la superación de la ausencia, aquella del líder respecto de su pueblo.

La diferencia entre opresión y ausencia queda más clara cuando se compara el modelo de la emancipación servil en contexto feudal, respecto de la situación en la hacienda latinoamericana. Esta última no se desplomó debido a la emancipación como reacción a la opresión, sino más bien por el ausentismo patronal. Para Cousiño y Valenzuela esta diferencia no es menor, muy por el contrario, ya que la pobreza urbana, que tiene su origen en la migración campo-ciudad, y que aparece a partir del cambio de siglo en América Latina, se sustenta en la recurrente ausencia patronal de la hacienda. El argumento que se desprende de esto es central para la comprensión del populismo como superación del modelo de la concientización y la consecuente creación racional de instituciones, esto es que la ausencia no supone el quiebre traumático del vínculo social, como si es supuesto en el modelo feudal: “Es por ello que los pobres no intentaron en la ciudad la emancipación política, sino la recuperación de una presencia perdida” (Cousiño y Valenzuela, 1994: 86). De aquí la importancia del líder populista en cuanto presencia que viene a llenar el vacío dejado por el patrón. Incluso los mismos enfoques presentados en los capítulos 2 y 3, tanto estructuralistas

---

<sup>23</sup> La distinción entre reflexión y reflexivización tiene que ver, básicamente, con el paso del análisis a la acción. En efecto, no es lo mismo “reflexionar sobre la vida social, a organizar la vida social sobre la base de principios obtenidos reflexivamente” (Cousiño & Valenzuela, 1994: 24).

como discursivos, reconocen, implícita o explícitamente, el elemento del liderazgo como elemento relevante para comprender al fenómeno.

Al comienzo de este capítulo se afirmó que el populismo no corresponde al desarrollo de un sistema autorreferencial que procese la complejidad. Operar sistémicamente correspondería a funcionar en un nivel diferente al de las personas. Aunque con ello no se puede afirmar que el sistema político no haga referencia a las personas. Desde luego Luhmann las considera dentro de las referencias al entorno, por parte del sistema. En otras palabras, son aquellas fuentes de las cuales el sistema político obtiene los temas que procesa políticamente, y una de dichas fuentes la denomina ‘referencia a personas’ (Luhmann, 2007c: 78 y ss.). Sin embargo, esto no quiere decir que se acceda al encuentro humano en la esfera de la copresencialidad, sino que, muy por el contrario, la persona (Luhmann, 1998)<sup>24</sup> es ingresada en tanto temática relevante, la cual es requerida procesar políticamente. Esto debido a que la sistematización de la política (Cousiño y Valenzuela, 1994: 133 y ss.) es, esencialmente, despersonalización: la diferenciación funcional recluye a las conciencias al entorno del sistema social.

El populismo, por el contrario, no es sistematización de la política, más aún no puede ser entendido socio-sistémicamente –a pesar de lo que han planteado así algunos autores (Mascareño, 2003)–, ya que es la personalización radical de la política. En consecuencia, se asume acá que el líder populista sustituye al patrón en el contexto de la ciudad latinoamericana, remediando con ello el ausentismo patronal padecido por los estratos pobres urbanos. Esto corresponde a una forma pre-reflexiva de constituir el espacio público, operando así a la escala de la persona y en la esfera de la presencia. De manera que el líder populista es el elemento que produce la articulación, o si se quiere, integración de los estratos populares, capitalizando con ello los procesos de urbanización comenzados a principios de siglo XX: “No hay populismo sin un líder, o sea, sin una persona a través de la cual la sociedad y, específicamente el pueblo, represente su unidad” (Cousiño y Valenzuela, 1994: 141), en tanto representación simbólica (Pitkin, 1985). Por otro lado, esta concepción ayuda

---

<sup>24</sup> Acá se podrá comprender que la ‘humanidad’ o lo humano es representado comunicacionalmente para el sistema social, no siendo necesariamente un ser humano, o si se quiere –en clave sistémica– un sistema psíquico en sí mismo.

a explicar la histórica debilidad de los movimientos sindicales latinoamericanos y de los partidos políticos. Por ejemplo, en el caso de los primeros, en la medida que la fuerza de concientización es mermada –o bien, las ideologías que en Europa lograron agrupar al sindicalismo, en América Latina son estériles–, los líderes pueden controlarlos promoviendo su creciente heteronomía y desdibujando las líneas divisorias entre el Estado y las organizaciones civiles de trabajadores, resultado difícil distinguir entre el funcionario estatal y el sindicalista, entre la secretaría del trabajo y el sindicato.

Hasta acá se ha buscado postular que el populismo va más allá del mero discurso, discutiendo con ello las formulaciones tanto cuantitativas, hermenéuticas y posmarxistas. También se lo ha entendido como un nivel de integración social que no se desenvuelve a la sombra de los sistemas funcionales ni de las instituciones racionales. Muy por el contrario, se ha destacado la relevancia de la figura del líder para sustentar una sociología de la presencia como enfoque teórico para abordar el estudio del populismo.

Si se omite a la disciplina de la antropología social, se observa que las ciencias sociales modernas no se han estructurado en torno a la reflexión de las sociedades arcaicas, donde ocurre de forma más plena un desarrollo de los vínculos sociales en la esfera de la presencia. Las consecuencias que de ello se derivan, se refieren a cierta imposibilidad disciplinar para pensar las relaciones sociales constituidas en la cotidianeidad y en la situación cara a cara no mediada por la argumentación. Así y todo, en la sociología clásica sí es posible encontrar un aporte conceptual importante, esta es la distinción comunidad/sociedad. Pensada como el paso de un estadio social menos desarrollado a otro más desarrollado, por lo tanto, la distinción comunidad/sociedad busca dar cuenta del cambio social, del paso a la modernidad. Y si bien pensar este tránsito social desde los clásicos supone considerar al segundo lado de la distinción, la sociedad, como la meta a la cual toda agregación social tiende en la medida del aumento de la complejidad, no se puede desconocer el aporte sustancial en la comprensión del estadio pretérito, el de la comunidad.

## 1. ANTECEDENTES PARA EL ANÁLISIS DE LA COMUNIDAD<sup>25</sup>

La sociología se concibe como una disciplina que busca dar cuenta del cambio social, siendo los conceptos formulados de forma sistemática por Ferdinand Tönnies, comunidad y sociedad, los que se convierten en uno de los esquemas claves para caracterizar dicho cambio.

Efectivamente, la formulación de Tönnies está influida por una tradición dominante durante el siglo XIX, aquella que busca dar cuenta del paso de la barbarie a la civilización (Álvaro, 2010: 6-7; Farfán, 2007: 33)<sup>26</sup>, entre las que se pueden destacar las investigaciones decimonónicas de Fustel de Coulanges y Lewis H. Morgan, dos autores que abordan el estudio de las unidades familiares, en cuanto forma elemental en que se desarrolla el vínculo presencial.

Para Coulanges (1982: 53), la religión es el principio constitutivo de la familia, de manera que “encontraremos en cada casa un altar y alrededor de cada altar una familia”. Y es en la cercanía o proximidad, y en la comensalidad, que este autor pesquiza la esencia de la unidad familiar. En efecto, y a pesar de que para Coulanges la familia es un tipo de agrupación más religiosa que natural, esta se constituye más que por el nacimiento, el afecto o la fuerza física, por la religión, lo que corresponde al culto a los antepasados. De tal forma, esto provoca que “la familia forme un grupo compacto, en esta vida y en la otra” (Coulanges, 1982: 54). La familia, por otro lado, ha sido designada como lo que está cerca del hogar, afirma, en consecuencia, es un grupo de personas que sale a su encuentro en el hogar y que la religión permitía invocar, y donde se podía “ofrecer la comida fúnebre a los mismos antepasados” (Coulanges, 1982: 55).

---

<sup>25</sup> Se ha considerado el trabajo de Bachofen (1992) como uno de los más influyentes en la obra de Tönnies, sin embargo, no ha sido incluido en esta revisión.

<sup>26</sup> Álvaro (2010) ha clasificado en tres grupos las influencias en el trabajo de Tönnies, etnográfica-antropológica; jurídica moderna; y filosófica. Entre los autores que destacan para el primer grupo están Johann J. Bachofen, Lewis H. Morgan y Fustel de Coulanges; para el segundo grupo se encuentran Sir Henry Maine y Otto von Gierke; y en el último caso sus influencias son diversas, desde Platón y Aristóteles hasta Kant y Hegel, Marx, Nietzsche y Schopenhauer. En esta investigación, lo que más importa es destacar los antecedentes etnográficos de la obra de Tönnies, debido a que es en esa dimensión donde se desarrolla más detalladamente, y ciertamente de forma histórica, la caracterización de la esfera de la comunidad.

Sin embargo, cuando analiza el parentesco (Coulanges, 1982: 66-69), el autor menciona que el origen de la familia no se encuentra en la consanguineidad –a diferencia de las formulaciones de Morgan y Tönnies que se describen posteriormente en este capítulo–, sino que en el culto (Coulanges, 1982: 67)<sup>27</sup>.

Pero no hay que entender la religión en el sentido de un cuerpo dogmático fuertemente coherente, asevera Coulanges, tal como se la concibe hoy en día, sino que, básicamente, en su sentido ritual (Coulanges, 1982: 156-162): “La doctrina era muy poca cosa, las prácticas lo importante, y las que obligaban y ligaban al hombre, *ligare, religio*. La religión era un lazo material, una cadena que tenía ligado al hombre; él se la había formado y por ella dirigía su vida” (Coulanges, 1982: 156-157).

El concepto de familia primitiva que concibe el autor, transita hacia la fratría o la curia a través de la religión y, posteriormente, también hasta llegar a su objeto de estudio: la ciudad antigua. La religión doméstica, avocada al culto sobre divinidades pequeñas y domésticas, prohibía a dos familias mezclarse y fundirse en una sola. No obstante, muchas familias podían, sin sacrificar sus cultos particulares, unirse a través de un culto común. La tesis de Coulanges, entonces, es que basándose en dichas comunidades mayores –la fratría o curia–, debían concebir una divinidad al menos superior a la doméstica propia de cada familia, común a todas ellas (Coulanges, 1982: 115-116).

En el capítulo III del Libro Tercero de *La Cité antique*, el autor asocia el mismo procedimiento de la formación de las fratrías a la de la formación de las ciudades (Coulanges, 1982: 122-126): “(...) así como se habían unido muchas fratrías en una tribu, pudieron asociarse entre sí muchas tribus, a condición de que se respetase el culto de cada una. El día en que se hizo esta alianza, nació la ciudad” (Coulanges, 1982: 122). Del mismo modo, y ubicando siempre en el centro a la religión, la comensalidad, al igual que en el seno de la

---

<sup>27</sup> Por ejemplo, “(...) en la India, donde dos veces al mes el jefe de la familia ofrecía comida fúnebre, presentaba una torta a los manes de su padre, otra a su abuelo paterno y otra a su bisabuelo paterno; pero en ningún caso a sus ascendientes por vía femenina, ni a su madre, ni al padre de ella. Después (...) siempre en la misma línea, hacía una ofrenda al cuarto, al quinto y al sexto de sus ascendientes, sin más diferencia que para estos era más ligera la ofrenda, reducida a una simple libación de agua y algunos granos de arroz” (Coulanges, 1982: 67).

familia, se convierte en un rito esencial en la ciudad antigua. Aquella comida, dice Coulanges, a la que se le denominaba sacrificio, consistía en comer un alimento preparado sobre el altar, parece ser “(...) la primera forma que dio el hombre al acto religioso; y la necesidad que sentía de ponerse en comunicación con la divinidad debió satisfacerse con aquella comida a que la convidaba y en que le daba su parte” (Coulanges, 1982: 145-146). Es esta actividad la que es replicada en la ciudad. En efecto, el banquete debía celebrarse en común por todos los ciudadanos y, desde luego, como acto para honrar a todas las divinidades protectoras.

El participar de la comunidad, ya sea familiar, tribal o de la ciudad, implicaba un fuerte desdén respecto de sus propios intereses. Para ello era necesario entregarse a la participación en el culto, el cual le entregaba todo el estatus necesario de ciudadano, con sus respectivos derechos. Restarse de participar en el ritual provocaba, sin duda, el extrañamiento, para lo cual Coulanges (1982: 181 y ss.) ejemplifica vastamente con los casos de Esparta, Atenas y Roma. De ahí viene también que la separación entre ciudades contiguas fuera tan férrea, el no compartir el mismo culto lleva a que los límites geopolíticos entre ellas fueran, además, sacros (Coulanges, 1982: 187 y ss.).

Ahora bien, si la ciudad estaba fundada sobre la religión, o como afirma Coulanges (1982: 205) constituida como iglesia, el control que ejercía sobre los individuos era, si no absoluto, al menos de gran importancia. Así, siguiendo el argumento del autor, la religión había creado al Estado y el Estado mantenía a la religión, sosteniéndose, ambas, mutuamente. En esta forma de agrupación comunitaria que representa la ciudad antigua, el individuo carecía crecientemente de grados de libertad: “Nada había en el individuo que fuese independiente de este poder. Su cuerpo pertenecía al Estado y estaba consagrado a su defensa, siendo obligatorio el servicio militar en Roma hasta los cincuenta años, en Atenas hasta los sesenta y en Esparta indefinidamente” (Coulanges, 1982: 206).

Estas obligaciones llegaban incluso a los aspectos más íntimos de las familias, como por ejemplo en Atenas estaba prohibido, en nombre de la religión, el celibato, y en Esparta, además de no casarse, era incluso condenado el tardar en hacerlo. En definitiva, el Estado no

permitía permanecer al individuo indiferente de los intereses generales de la comunidad, la personalidad humana tenía poco valor frente a la autoridad casi divina de lo que se denominaba patria o Estado en la antigüedad (Coulanges, 1982: 206-208), concluyentemente: la comunidad representaba la totalidad de lo social.

El segundo de los autores propuestos como antecedente de la obra de Tönnies es Lewis Henry Morgan. El cual, en *Ancient society*, publicada en 1877, describe el paso de los grupos humanos por diversos estadios de desarrollo, hasta llegar a los niveles de progreso propios de la civilización. En dicha obra, Morgan desarrolla profusamente también los diferentes tipos de familias posibles de encontrar en la evolución humana.

Más allá de realizar una caracterización sobre los denominados períodos étnicos –salvajismo, barbarie, civilización– (Morgan, 1971: 82-85), lo que se pretende acá es describir la interpretación darwiniana de Morgan sobre la forma social de la familia a lo largo de ellos. En efecto, dichos períodos étnicos se refieren también a determinado grado de progreso social en el aspecto del parentesco. Así, son cinco los tipos de familias que reconoce el autor, los cuales son sucesivos en un sentido evolutivo, aunque bien eran posibles de identificar paralelamente –a excepción del primero– en los años en que Morgan publicó *Ancient society*.

La primera de ellas, la familia consanguínea, se funda en el matrimonio entre hermanos y hermanas de un grupo, y que en la actualidad definiría vínculos incestuosos. Afirma Morgan, fue tan universal como el sistema de consanguinidad que creaba (Morgan, 1971: 97, 409-429). Otro tipo de familia es la punalúa, que se funda en el matrimonio de varios hermanos con las esposas de los otros, en grupo, y, a su vez, en el de varias hermanas con los esposos de las otras. Este sistema, que predominó en tribus hawaianas, sigue estando basado en la endogamia, aunque el concepto de hermanos hay que tomarlo en sentido amplio, ya que se consideraba hermanos en este sistema a los primos hermanos y primas hermanas en primer, segundo y más grados (Morgan, 1971: 430-455).

El tercer estadio que reconoce Morgan es el de la familia sindiásmica, esto es la unión entre un hombre y una mujer, pero sin cohabitación exclusiva (Morgan, 1971: 456 y ss.). Si bien

esto no quiere decir que los esposos no vivían juntos necesariamente, sí dice relación con que el matrimonio no se da en un contexto de exclusiva cohabitación como en la familia monógama. En efecto, y además de no estar basado en la preferencia o en el sentimiento mutuo entre los cónyuges, sino en el acuerdo previo de los padres y la conveniencia (Morgan, 1971: 456-457), la familia sindiásmica era propia de agregados mayores en que bajo un mismo techo vivía más parentela que la derivada de la relación nuclear. Morgan, que ubica a esta forma familiar a medio camino entre la punalúa y la monógama, deja entrever que si bien la proximidad es el factor esencial de la vida comunitaria, la ausencia de importantes factores en las que se basa la relación conyugal, como la conocemos hoy en día, aún estaban ausentes, no logrando todavía la solidez propia de un vínculo social fundado en la presencia. Así, Morgan, citando a Herrera<sup>28</sup>, respecto de los aborígenes de Yucatán, menciona que a través del acuerdo previo entre los padres y a edades cada vez más precoces de los cónyuges, la durabilidad del matrimonio podía ser puesta en peligro debido a la menor vicisitud, ya que no mediaba entre la pareja un sentimiento que los uniera. Si bien esto en ningún caso pone en duda la constitución comunitaria de las agrupaciones sociales premodernas, pareciera ser que, en último término, no se sostenían por el vínculo conyugal, propio de comunidades donde se desarrolla la monogamia, sino que esencialmente por la proximidad y las formas de parentesco que de ella se derivan.

La familia patriarcal<sup>29</sup> también da cuenta de un estadio previo a la sociedad civilizada. Se funda en el matrimonio de un hombre con varias esposas. A este tipo de familia, que Morgan le entrega pocas páginas de su análisis, debido a la poca influencia posterior que estima que tuvo, corresponde al período de barbarie avanzado –muy cercano al estadio de la civilización– en que se subsumían en la comunidad familiar tanto personas libres como serviles, que quedaban sujetas a la autoridad paterna. A juicio del autor, más relevante que la poligamia del padre, es el hecho de que muchos individuos quedan entregados a una condición servil. Lo distintivo es, en definitiva, aquel aspecto que remarca una individualidad

---

<sup>28</sup> Acá Morgan está haciendo referencia a los escritos de Antonio de Herrera y Tordesilla, autor de *Historia general de los hechos de los castellanos en las Islas i Tierra firme del Mar Océano* (Morgan, 1971: 459).

<sup>29</sup> La familia patriarcal, en tanto tipo ideal, posee cierta cercanía a los casos de las familias en que se fundan los ingenios y las haciendas. La razón se basa en que si bien en estas unidades sociales propias de la colonia latinoamericana se fundaban formalmente sobre la familia monógama cristiana, los hechos dan cuenta de que, al menos en lo que a las prácticas de facto se refiere, algún germen del modelo patriarcal estuvo presente.



más elevada de las personas, precisamente del *pater familias*, quien sobresalía respecto de la *gens*, es decir, aquella agrupación social más arcaica<sup>30</sup> –distinta a la familia–, en las que, no obstante, se incuban las anteriores formas familísticas, y donde tenía mayor predominancia el grupo que el individuo (Morgan, 1971: 466-467).

Morgan, a través de su obra, busca argumentar que la familia monógama no fue el origen de lo social, existiendo estadios anteriores. Más aún, siguiendo el argumento de este autor, el vocablo ‘familia’ derivó del de sirviente o esclavo –o “cuerpo de sirvientes”–, no teniendo relación necesariamente con la unión entre cónyuges (Morgan, 1971: 468-469). Así y todo, Morgan reconoce que la emergencia de la familia monógama, de cohabitación exclusiva, tiene que ver con el “progreso ascendente de la sociedad” y con el surgimiento de la necesidad de asegurar la herencia, provocando de paso la aparición del concepto de propiedad. En consecuencia, el principal desarrollo humano que condiciona las formas de parentesco del estadio civilizado, concluye, es la propiedad: “En realidad fue el desarrollo de la propiedad y el deseo de que fuese transmitida a los hijos lo que hizo de fuerza motriz para introducir la monogamia como medio de asegurar herederos legítimos y limitar su número a la prole efectiva de la pareja conyugal” (Morgan, 1971: 475).

A pesar de que se puedan encontrar diferencias entre la formulación de Coulanges sobre el origen de la comunidad, y el postulado de Morgan quien busca demostrar que la familia monógama no está en el origen, sino más bien en la *gens* que se desarrolló junto a las familias de tipo consanguínea<sup>31</sup>, lo cierto es que la proximidad o cercanía, así como lo conocido y tradicional, fundamento de ambos análisis, son también el sostén de la sociología de Ferdinand Tönnies que se expondrá a continuación.

---

<sup>30</sup> La *gens* o “gentes” son unidades sociales basadas en la afinidad que proporciona el parentesco. Son, a juicio de Morgan, las unidades sociales que precedieron a la familia monógama, y son el fundamento de lo que denomina sociedad primitiva, junto con la organización en base al sexo: “(...) la organización de *gentes* a base de afinidad de parentesco parece indicarse naturalmente como esqueleto arcaico de la antigua sociedad; pero existe una organización más vieja y arcaica, la de categorías en base a sexo, que reclama (...) No será tomada como tema por su novedad en la experiencia humana sino por la razón más elevada de que parece contener el principio germinal de la *gens* (...) La organización de clases en base de sexo, y la posterior y más alta organización de gentes en base a parentesco, debe ser tenida como resultante de grandes movimientos sociales elaborados inconscientemente por selección natural” (Morgan, 1971: 97, 116-117).

<sup>31</sup> En este aspecto, Morgan es suficientemente claro. Para él resulta imposible que la familia monógama estuviera en el origen, porque necesariamente bajo la monogamia quedaba prohibido el incesto, de modo que la relación entre cónyuges debía darse entre personas de *gens* diferentes.

Lo relevante es poner de manifiesto cómo las formas comunitarias primitivas fundadas sobre los ejes del parentesco y la territorialidad son el basamento esencial de la esfera de la presencia. Y si bien la familia monógama, a juicio de Morgan, es una forma avanzada y no lo suficientemente primigenia, aunque hoy en día dominante, es en la que se basa Tönnies para su caracterización de los vínculos sociales elementales de la comunidad.

## 2. LA COMUNIDAD

Cabe mencionar, a modo de antecedente, que el debate sociológico tiende a considerar a una plétora de autores como exponentes teóricos de la ‘comunidad’<sup>32</sup>, sin embargo, no cabe duda en considerar en esta investigación que el principal es Tönnies.

También es Tönnies quien introduce una noción de vínculo social<sup>33</sup> en tanto acción recíproca. En efecto, acá se asume la misma definición de vínculo social: “Las voluntades humanas se hallan entre sí en múltiples relaciones, cada una de ellas es una acción recíproca que, en cuanto hecha o dada por un lado, es sufrida o recibida por los demás (...)” (Tönnies, 1927: 19).

Específicamente, la teoría de Tönnies se sustenta en aquellas relaciones positivas, es decir, las que afirman la reciprocidad entre los individuos. Siendo el factor esencial la reciprocidad que se da y desarrolla en la vida en común, en la que bajo condiciones generales se produce la división entre el goce y el trabajo, apareciendo ahí la reciprocidad (Tönnies, 1927: 29-28). Dicho de otra manera, verbigracia, “el hijo goza de protección, alimentación y enseñanza; la madre, del placer de poseer, luego de la obediencia y más tarde del auxilio activo e inteligente” (Tönnies, 1927: 29).

---

<sup>32</sup>En efecto, el grupo de estudios, que podríamos denominar de “la comunidad”, y que investiga al alero del Instituto Gino Germani en la Universidad de Buenos Aires, Argentina, es un claro ejemplo de ello. Rastrear en diversos autores de los denominados clásicos, e incluso contemporáneos, la noción de comunidad. Así, han considerado las nociones de comunidad en –además de Tönnies– Weber, Durkheim, Marx y Simmel. También han expandido su investigación hacia la “comunidad societal” de Parsons, y proyectan investigarla en los contemporáneos como son Habermas, Giddens, Luhmann y Bourdieu, por un lado, y Bauman, Maffesoli, Sennett y Lasch, por otro. (Fistetti, 2004: 137 y ss.).

<sup>33</sup> La noción de “vínculo social” ha sido también denominada como “lazo social” (Marinis, 2010: 6; Fistetti, 2004).

Esta tendencia hacia la reciprocidad, que se subsuma en la voluntad comunal (Tönnies, 1927: 38)<sup>34</sup>, es el *Leitmotiv* propio de una comunidad, y que le entrega su homogeneidad. En ella se da “la inclinación recíproco-común, unitiva, en cuanto voluntad propia de una comunidad, esto es lo que entendemos por consenso. Es la fuerza y simpatía social especial que mantiene unidos a los hombres como miembros del conjunto” (Tönnies, 1927: 39), que se concreta específicamente en el lenguaje en común (Tönnies, 1927: 39 y ss.). Como se presenta más adelante en este capítulo, corresponde a aquel consenso pre-reflexivo en la “orientación Tú”, tal como argumentará medio siglo después Alfred Schutz. En efecto, menciona Tönnies, las relaciones comunitarias “no están fundadas en los contratos, sino, como las de la familia, en consensos” (Tönnies, 1927: 56). Y son esos consensos, que emergen de suyo aporéticos, bien por su transmisión generacional en el seno de la comunidad, o por la tradición en que se fundamenta toda noción de los vínculos sociales premodernos.

El estar presente, como el primer paso para la representación de la reciprocidad, es donde la maternidad, en cuanto vínculo social originario, y como la más fuerte y elevada expresión de presencialidad (Tönnies, 1927: 40-41), se concreta de forma tridimensional: en la mezcla de sangre –o como sustento biológico–, en la proximidad física, y en la cercanía espiritual. Estos tres aspectos que son, básicamente, el parentesco como deriva de la vinculación corporal –estudiado profusamente en la obra de Morgan–, la proximidad física –planteados como esenciales para la vida comunitaria tanto en Coulanges como Morgan–, y la cercanía espiritual –presentado incluso en Coulanges bajo el culto a los antepasados–, son los componentes de la esfera de la presencia.

Ahora bien, siguiendo el desarrollo de la obra de Tönnies, el autor comienza planteando la distinción entre los conceptos de comunidad y sociedad, donde la comunidad es el espacio en el que se sale al encuentro con los suyos, desde el nacimiento. En cambio la sociedad es lo público, aquel lugar al que se entra como extraño. “Comunidad es lo antiguo y sociedad lo nuevo”, dice Tönnies, donde la primera corresponde a la vida en común, auténtica y

---

<sup>34</sup> Acá la similitud con la obra de Durkheim es relativamente evidente. El concepto de conciencia colectiva se adecua en cierta medida a la definición de Tönnies. “El conjunto de creencias y de los sentimientos comunes al término medio de los sentimientos de una misma sociedad, constituye un sistema determinado que tiene su vida propia, se le puede llamar *conciencia colectiva o común*” (Durkheim, 1995: 94).

duradera, y sociedad es vida en común pasajera y aparente, de modo que debe ser entendida la comunidad como organismo vivo y la sociedad como artefacto mecánico (Tönnies, 1927: 20-21)<sup>35</sup>.

“La raíz general de estas relaciones es el nexo de la vida vegetativa debido al nacimiento” (Tönnies, 1927: 25), por lo tanto, la vinculación corporal como manifestación superior de copresencialidad da origen a los tres vínculos sociales originarios. A saber, la relación entre la madre y el hijo, la relación entre marido y mujer, y la relación entre hermanos<sup>36</sup>.

El primero de ellos, como se mencionó, el vínculo entre la madre y el hijo, tiene como fundamento esencial su base biológica, que se desarrolla, consecuentemente, debido al mero instinto y/o agrado. Donde, según el autor, se da también “el tránsito de una vinculación a la vez corporal a otra meramente espiritual” (Tönnies, 1927: 26). La relación de maternidad es, por regla general, muy larga. Además de la procreación, su lazo principal, inmediatamente después del nacimiento, es a través del cuidado y la crianza. La reciprocidad emerge acá al momento en que se manifiesta la gratitud del hijo por la entrega sin comparación, e imposible de compensar, por parte de la madre. En segundo lugar la conyugalidad, que está inicialmente basada en el instinto sexual, se concreta debido a la cohabitación de los cónyuges (Tönnies, 1927: 26). Es en este aspecto que Morgan veía la debilidad para mantener unida a una familia sindiásmica, es decir, aquella sin cohabitación exclusiva de los cónyuges, y es este mismo argumento que retoma Tönnies, pero que presenta en términos positivos, como un determinante en la relación amorosa duradera. Los demás factores de consolidación de la relación conyugal son la procreación de los hijos y el patrimonio en común (Tönnies, 1927: 27) posible de heredar, factor central este último para la aparición de la familia monógama, siguiendo a Morgan. Finalmente, la fraternidad, o relación entre hermanos, si bien no es tan primigeniamente sólida como las dos anteriores, ni está tan corporalmente basada, sí instaura

---

<sup>35</sup> Nótese la diferencia con la formulación de Durkheim, en que lo mecánico se vincula más bien con lo tradicional y lo orgánico con lo moderno (Durkheim, 1995: 83 y ss., 131 y ss.).

<sup>36</sup> También se puede observar otro tipo de relaciones en el seno del hogar, como son la del padre con los hijos –lo patriarcal– (Tönnies, 1927: 28-29), y también se encuentran en Tönnies (1927: 32) referencias sobre la constitución de una figura de patrón-padre, como sería bajo el modelo hacendario.

un régimen de amor recíproco que, para Tönnies, basado en el recuerdo, más no en el instinto, “contribuye a originar, conservar y consolidar el vínculo del corazón” (Tönnies, 1927: 27).

De estas tres relaciones originarias se desprenden tres formas derivadas, que se gestan del paso de la comunidad de sangre a la comunidad de lugar (Tönnies, 1927: 32), es decir, de la familia al poblado. Así, la primera es el parentesco en términos amplios, siendo su espacio propio, en un comienzo, la casa. La cohabitación es esencial, tanto como la posesión y goce comunes (Tönnies, 1927: 43), pero sobretudo el hecho sentarse a la mesa: la comensalidad (Tönnies, 1927: 32). En consonancia con lo planteado por Coulanges, para Tönnies se produce la veneración de los muertos, la ascendencia común, para asegurar la convivencia armónica, la cual, en el caso del parentesco, puede muchas veces sobrepasar los límites de la casa o de la proximidad física. En segundo lugar, la vecindad “es el carácter general de la convivencia en el poblado, donde la proximidad de las viviendas, los bienes comunales o la mera contigüidad de los campos, determina numerosos contactos entre los hombres” (Tönnies, 1927: 33-34). Ello provoca que se desarrolle la costumbre del trato cotidiano entre vecinos, el conocimiento mutuo, el trabajo cooperativo, formas de gobierno en conjunto, así como las mismas divinidades regidoras, las cuales serán, como afirma Coulanges, superiores a las propias de la familia misma. Finalmente, la amistad, es diferente del parentesco y la vecindad, en la medida que se concreta como “condición y efecto de actuaciones y concepciones coincidentes” (Tönnies, 1927: 34). El gremio medieval puede resultar clarificador en este aspecto –en el apartado siguiente sobre Simmel se desarrolla este aspecto– ya que la amistad suele producirse al alero de un oficio o de artes iguales. Pero la amistad tiene a la base más bien la capacidad de elección y son, por tanto, relaciones menos instintivas. A diferencia de la vecindad o la familia, donde los vínculos están más determinados por lo instintivo y la costumbre: la familia y los vecinos no se eligen.

En este punto de la descripción de la comunidad para Tönnies, es pertinente presentar sus principales postulados que tienen que ver con el consenso que lleva a vincularse entre los individuos y que deriva en la vida en comunidad:

(...) las grandes leyes principales de la comunidad: 1) parientes y cónyuges se aman o se acostumbran fácilmente entre sí: hablan y piensan entre sí a menudo y con gusto. Del mismo

modo, comparativamente, los vecinos y otros amigos. 2) Entre los que se aman, etc. hay consenso. 3) Los que se aman y se entienden, conviven y permanecen juntos y ordenan su vida en común (Tönnies, 1927: 41).

Así pues, el anterior es el fundamento originario de la esfera de la presencia. Aunque más que por la mera preferencia mencionada recientemente, propia de los gremios medievales, el ámbito de la presencialidad está determinado por la proximidad que proporciona la vida en común. Y esta proximidad la provee el campo y la casa (Tönnies, 1927: 45). En consecuencia, para Tönnies, tres son los estratos que componen la casa: el estrato interior o “el dueño y la mujer” y los descendientes, y el estrato exterior comúnmente identificado con los servidores. Si bien este último estrato es menos afín y más prescindible, para Tönnies es la forma en que se pueden integrar a la familia aquella serie de individuos ajenos al parentesco, como los criados, que: “sólo cuando son asimilados por el espíritu y voluntad comunes y se adaptan por su propia voluntad a él y se sienten en él satisfechos, pertenecen a la comunidad con otro carácter que el de objetos y obligadamente” (Tönnies, 1927: 47)<sup>37</sup>.

La organización de la casa, en tanto comunidad de personas que trabajan y gozan juntas, está guiada por la comensalidad. Para Tönnies el goce humano tiene que ver con la nutrición, de modo que el reparto del goce se da en torno a la mesa. La mesa –y para Coulanges también el altar– es la casa en sí misma, debido a que allí “cada cual tiene su lugar y obtiene la porción que le corresponde” (Tönnies, 1927: 49). Esto también es extensible para la “gran casa” –o si se quiere, aldea, ciudad, comarca, etc.– donde se intercambian bienes y se da algo similar a la “coparticipación en la mesa puesta” (Tönnies, 1927: 50).

Tres son los tipos de casas que concibe Tönnies, a saber, la casa aislada, la rústica de aldea y la urbana. La primera, que no pertenece a un grupo de casas, se asocia con la tienda desmontable nómada, aunque también como el cortijo o casa solariega del señor. La segunda de ellas es la casa de aldea, establecida fijamente, en que en torno a ella se da el cultivo del suelo y la crianza de animales, y que es autosuficiente, capaz de producir todo lo necesario

---

<sup>37</sup> Acá se observa que para pertenecer plenamente a la casa, Tönnies asevera que se requiere al menos el reconocimiento del criado por parte del patrón, lo cual también es característico de la hacienda latinoamericana, a diferencia de lo que ocurría en el modelo del feudo.

para mantener a una familia. A diferencia de esta última, el autor define la casa urbana, como aquélla que no se puede bastar a sí misma y debe entrar en un sistema de intercambios para la satisfacción de sus necesidades. Se asocia con esta última al artesano. No obstante, Tönnies recogiendo las anotaciones de Otto von Gierke y Henry S. Maine (Tönnies, 1927: 57 y ss.)<sup>38</sup>, entiende a la comuna o comunidad como un órgano autónomo y con actividad propia, que se sustenta a sí mismo, en similitud a la ciudad aristotélica (Tönnies, 1927: 59 y ss.), que puede ser considerada como un todo, como un mundo en sí mismo, que se provee todo lo que necesita para su subsistencia<sup>39</sup>.

En consecuencia, hogar y religión, casa y altar, están íntimamente ligados. Al igual que Coulanges, Tönnies afirma que todo origen del culto es familiar (Tönnies, 1927: 60), por ello que la mesa y el altar se confunden en un solo espacio. El sentarse a la mesa, y la consecuente coparticipación del goce, se encuentran a la base de toda formación comunitaria. La proximidad física, así como la cercanía espiritual –junto con el parentesco–, determinan en gran medida la unión de la comunidad.

Queda de manifiesto el aporte de la obra de Tönnies en cuanto es la caracterización del primer estadio, el de la comunidad. Esto implica, al menos, postular dos premisas esenciales para una sociología de la presencia: la comunidad es un espacio de integración social que es previo al contrato racional; y es en este espacio que se pueden observar los vínculos sociales desprovistos de toda resignificación entregada por la modernidad, es decir, remiten a aquella experiencia originaria que no ha sido problematizada. No obstante los aportes obtenidos de Tönnies, dos han sido –entre otros– los principales autores posteriores con los que, desde la sociología, se enriquecen estos planteamientos. Ellos han buscado describir las formas elementales de socialización en grupos sociales basados en ámbitos copresenciales, a saber, Georg Simmel y su descripción de los círculos sociales, y Alfred Schutz con su concepción de mundo de la vida cotidiana.

---

<sup>38</sup> En ese sentido, se recomienda revisar Von Gierke (1868) y Maine (1870).

<sup>39</sup> A pesar de todo, si bien para Tönnies en la familia se desarrollan las relaciones originarias de la comunidad, menciona también que “hacia el principio”, se encuentran el clan, la tribu, en definitiva, la *gens* de Morgan (Tönnies, 1927: 52).

### 3. LA MICROSOCIOLOGÍA DE LOS CÍRCULOS SOCIALES

La obra neokantiana de Simmel tiene como objetivo central dar cuenta de aquellos fenómenos constituyentes de la vida. En efecto, “la pretensión teórica de Simmel, antes que cualquier aproximación estrictamente sociológica, es la de dar cuenta de una *metafísica de la vida*, donde el poder contextualizar una visión de la realidad social cuyo funcionamiento y despliegue no se adapta a causas objetivas ni a leyes preestablecidas” (Sánchez, 2000: 290). En este sentido, se desprenden dos postulados: por un lado, la pretensión positivista queda apartada y, por otro lado, el tratamiento de la vida en cuanto hecho fundamental<sup>40</sup> se ubica en el centro de su estudio.

Por otro lado, en tanto microsociología, la obra de Simmel se basa en la explicación de los fenómenos sociales a través del análisis de las unidades más pequeñas de la sociedad y el cruce entre ellas<sup>41</sup>, convirtiéndose, por ejemplo, la cantidad de individuos en los grupos sociales en una de sus preocupaciones centrales (Simmel, 1986a: 57-146). La familia, así como todos aquellos círculos sociales pequeños y más íntimos, o bien las grandes formas asociativas, fueron en los que se basó la denominada sociología formal de Simmel. De este modo, se deja notar la importancia que adquieren las formas y estilos que contornan las diversas configuraciones sociales.

Central es también en su análisis la figura del individuo como fuente primordial desde las que manan, en última instancia, estas diversas formas sociales. Y que incluso rebasa en importancia al mismo vínculo social entre personas<sup>42</sup>. Pero, a pesar de ello, la centralidad del individuo no impide que Simmel pueda desarrollar una sociología de los grupos sociales más pequeños basada en la forma que adquieren las relaciones entre individuos, en donde

---

<sup>40</sup> Esto es, principalmente, abordado en los siguientes textos de Simmel (2000a, 2000b), titulados “La trascendencia de la vida” y “El conflicto de la cultura moderna”.

<sup>41</sup> Aplicaciones más recientes de la teoría de Simmel se pueden encontrar en autores como Blau y Schwartz (1997).

<sup>42</sup> Según Simmel: “el contenido social de la vida, aunque pueda ser explicado totalmente por los antecedentes sociales y por las relaciones sociales mutuas, debe considerarse al propio tiempo también, bajo la categoría de la vida individual, como vivencia del individuo u orientado enteramente hacia el individuo (...) lo esencial y lo que presta sentido al a priori sociológico, que en esto se fundamenta, es la relación de interioridad y exterioridad entre el individuo y la sociedad, no son dos determinaciones que subsistan junto a la otra (...), sino que ambas caracterizan la posición unitaria del hombre que vive en sociedad” (Simmel, 1986a: 50-51).



ciertamente es posible encontrar algún fundamento de los vínculos sociales fundados en la presencia. Para esto, se debe acceder a explicar la concepción de círculos sociales que posee el autor, que se refiere a aquel ámbito en el que un individuo desarrolla vínculos con otros, los que a su vez no están aislados entre sí, es decir, no se conciben como divorciados “del curso de la vida cotidiana, sino que son el resultado del cruce de los círculos sociales, comprendido como la matriz de interacción real donde se desenvuelve la vida social” (Robles, 2001: 222).

Tal como se mencionó, la fuente de la que manan las formas sociales objetivas es la individualidad misma, propiamente subjetiva que, en un movimiento recíproco, y una vez que las subjetividades son sintetizadas en lo objetivo, vuelven para resignificar una nueva y diferente subjetividad del individuo (Simmel, 1955: 140-141). En definitiva, asevera Simmel (1955: 163) que la sociedad nace de los individuos, pero el individuo nace de las sociedades. Asimismo, surge la premisa de que la determinación sociológica del individuo es mayor en la medida que los círculos determinantes de la individualidad estén yuxtapuestos, inclusive más determinantes que si son cercanos y concéntricos los unos de los otros (Simmel, 1955: 46-47). Esto sin duda puede llevar a confusión. Para el autor, los círculos sociales que se yuxtaponen, como aquellos más propios de la modernidad<sup>43</sup> implican mayor determinación sociológica de la individualidad en la medida que es mayor la cantidad de círculos a los cuales se puede pertenecer, sin embargo, dicha determinación nunca es de manera unívoca. En contraste con los círculos sociales concéntricos, ciertamente más pequeños y primitivos, en que la determinación social ocurre de manera unívoca, donde no se incrementan las posibilidades de individualidad, es decir, se puede ser de una sola forma. Evidentemente, esto último dice relación con los grupos sociales que, estando efectivamente en situaciones presenciales, le impiden crecientemente destacar la subjetividad en sus diversas formas a un individuo.

El tamaño del círculo social (Wolff, 1950: 87-177) es también condicionante de la individualidad. “Cuando un círculo pequeño somete a las personas a su unidad, en

---

<sup>43</sup> Piénsese en la nación, la común posición social, una ocupación profesional, y así sucesivamente, donde la pertenencia a los círculos sociales más pequeños implica pertenencia a los más amplios.

proporciones considerables (...), tiende a adoptar una actitud más decidida frente a las personas” (Simmel, 1986a: 63). En contraposición a lo que plantea un círculo grande, donde la pluralidad y diversidad de sus elementos genera la necesidad de desarrollar una actitud contraria a la de los círculos pequeños, de modo que se les puede atribuir un menor grado de radicalismo y decisión en la actitud (Simmel, 1986a: 63 y ss.).

No cabe duda que la familia, en cuanto círculo social pequeño, es el espacio primordial donde se desarrollan vínculos sociales, es decir, para Simmel es el espacio donde ocurre la socialización (Wolff, 1950: 40 y ss.)<sup>44</sup>. Y si bien los círculos sociales pequeños e íntimos no son necesariamente un espacio con ausencia del conflicto (Simmel, 1955: 145), sí los lazos que en ellos se construyen son concluyentes en modo altamente unívoco para la individualidad. En este sentido, la proximidad (Simmel, 1955: 128 y ss.), como criterio en cual se pueden basar las relaciones entre los círculos sociales, es primordial en el caso de las comunidades primitivas. Se puede así hablar de una ausencia de grados de libertad individual de aquellos grupos sociales más propios del dominio de las relaciones presenciales, respecto de si el criterio de la inclusión en determinados círculos sociales estuviera basados en el interés, siendo este último el parámetro propio de la modernidad. Sustituyéndose así, en medida importante, las tendencias de la vecindad y el parentesco, por las simpatías individuales. Tal como afirma el autor, el triunfo del principio racional objetivo sobre el principio esquemático superficial avanza con el progreso civilizatorio (Simmel, 1955: 179-180):

In general this type of development tends to enlarge the sphere of freedom: not because the affiliation with, and the dependence on groups, has been abandoned, but because it has become a matter of choice with whom one affiliates and upon whom one is dependent. Any association, which is based on local relationships or is otherwise brought about without the individual's

---

<sup>44</sup> Simmel entiende la sociedad, básicamente, como la reunión entre individuos, es decir, los lazos o vínculos que se puedan establecer. Así, en la “sociedad” lo que se da es el: ser “uno con el otro”, “uno por el otro”, “uno contra el otro”. Dicho esto, y haciendo referencia a la distinción forma/contenido, la “socialización” es un proceso que está a la base de la separación de lo que se ha definido como “contenido” y “forma” de la existencia social, siendo la forma concreta que adquieren los vínculos sociales. Para comprender esto, es importante definir la contraparte, a saber, el contenido. Para Simmel es la individualidad misma, estos son los impulsos, los propósitos, los contenidos e intereses individuales, que no son sociales, sino individuales: “(...) these materials with which life is filled, the motivations by which it is propelled, are not social” (Wolff, 1955: 41).

participation, differs from affiliations which are freely chosen, because as a rule the latter will make it possible for the individual to make his beliefs and desires felt. Hence, such groupings may be based upon relationships which grow out of the nature of the individual concerned (Simmel, 1955: 130).

En dichos términos, E. A. Ross concibe que los vínculos naturales, los cuales eran evidentemente más sólidos cuando estaban basados en lo comunitario –en el contexto del vecindario rural o de una comunidad aldeana–, no logran vincular a las personas lo suficiente en las enormes y complejas agrupaciones sociales actuales<sup>45</sup>. La retirada –aunque en ningún caso desaparición– que los círculos sociales más pequeños y concéntricos padecen, como síntoma de la modernidad, lleva a que se deban estudiar estas esferas de integración social mirando hacia el pasado. En efecto, muchos de los casos de análisis de los trabajos de Simmel hacen referencia a agrupaciones sociales de la Edad Media (Simmel, 1955: 139, 149, 184). Y es en esta época donde el principio igualitario era un aspecto fundamental que inspiraba al vínculo entre semejantes (Simmel, 1955: 139).

Además, en los círculos medievales el hombre es absorbido como una totalidad (Simmel, 1955: 149). A este respecto la guilda o gremio ejecuta una completa supervisión sobre el individuo y su actividad, siendo regulado por los intereses que plantea el propio oficio articulador del grupo (Simmel, 1955: 184).

Otro aspecto de bastante relevancia para la comprensión de los círculos sociales pequeños es la distinción entre moral, costumbre y derecho. Y, “(...) en contra de la opinión, según la cual la moral, la costumbre y el derecho, se han desarrollado como brotes paralelos (...) de aquel germen originario, (...) lo que llamamos costumbre constituye la forma actual de aquel instinto normativo primario, y representa aquel estado indiferenciado, de donde las formas del derecho y la moral surgen en distintos aspectos” (Simmel 1986a: 69).

Así, en términos someros, la costumbre está arraigada en círculos pequeños, la moral queda remitida a la individualidad, y el derecho es el regulador de los círculos grandes (Simmel,

---

<sup>45</sup> Edward Ross citado en Breiger (1990: 453-476).

1986a: 70 y ss.). De modo que la costumbre garantiza a los círculos la adecuada conducta de los miembros allí donde no hay un derecho formal y no hay cabida para desarrollar la individualidad moral. Y puede ocurrir esto en los círculos pequeños, debido a que no existe una pluralidad de individuos que ponga en peligro la existencia del círculo social. Para Simmel, la costumbre era el único elemento constitutivo de normación de las sociedades premodernas, otras formas de normación existían solo como germen (Simmel, 1986a: 72), ubicándose esta, posteriormente, entre las sociedades modernas sometidas al derecho y la moralidad del individuo. En esta discusión es donde se distingue la importancia de la cantidad dentro los círculos sociales, lo que se asocia al supuesto de que el aumento de número implica un aumento en la complejidad, al menos en la mayor parte de los casos. Así en un contexto amplio, que supone también la existencia de individuos diversos con una realidad plural, la costumbre no podrá regularlos (Simmel, 1986a: 72-73).

Algunos de los aspectos de la teoría de Simmel que interesan para la caracterización de una sociología de la presencia, coinciden con los planteamientos de los autores anteriormente revisados, los que tienen que ver, básicamente, con el principio de proximidad que guía a los círculos sociales pequeños. A ello se le puede sumar que en dichas situaciones de proximidad, que son propias de los vínculos presenciales, la relación entre seres humanos deviene en una anulación de la individualidad. Como se mencionó, es más relevante la sangre y la cercanía, es decir, el parentesco y la vecindad, que la simpatía individual. No obstante ello, la sociología de Simmel aún no parece ser suficiente para caracterizar de forma adecuada al nivel de integración basado en la presencia. En efecto, se observa que su obra se encuentra aún plenamente centrada en la individualidad como impulso generador (contenido) de lo social (forma). Pero si bien es evidente que la generación primigenia de lo social nace del hombre y de las representaciones que busca plasmar en lo social, reafirmar la individualidad en aquellos círculos sociales más pequeños y primitivos, y con poca jerarquización y diferenciación, tiende a dejar de lado la preocupación por las formas que adquiere lo propiamente social en ámbitos de la copresencialidad. Aunque si bien desarrolla la noción de costumbre acá presentada, así como las relaciones sociales con altos grados de conocimiento recíproco (Wolff, 1950: 317 y ss.), o la ritualidad (Wolff, 1950: 358-360), falta aún el

establecimiento de concepciones propias de una sociología que busque analizar las relaciones sociales originarias.

Esto se ve aún más trabado, debido a que Simmel se ubica bajo la influencia teórica de la distinción comunidad/sociedad planteada anteriormente en este capítulo. Desde luego, la microsociología de Simmel está basada en una observación de los hechos sociales que buscan explicar la modernidad (Robles, 2001). En este sentido, su descripción de las sociedades tradicionales –precisamente donde se pueden encontrar los vínculos sociales propiamente presenciales– se desarrolla en relación al tránsito hacia las sociedades modernas. Ejemplo de ello es el análisis que el autor realiza respecto de las instituciones modernas sustitutas de la integración social distintiva de los círculos sociales primitivos:

En general, las instituciones propias de los grandes círculos pueden explicarse como compensaciones o sustitutos de cohesión personal e inmediata que caracteriza a los círculos pequeños. Se trata de instancias que organizan y mediatizan las acciones recíprocas de los elementos, actuando así como sustentáculos de la unidad social, ya que ésta ha dejado de ser una relación de persona a persona (Simmel, 1986a: 66).

La teoría de Simmel abre importantes flancos por los cuales abordar el estudio de una sociología de la presencia. Sin embargo, para llegar al establecimiento propio de un análisis del vínculo social presencial, conviene dar un paso más en los análisis propios de las relaciones basadas en la cotidianeidad, los cuales primariamente no buscan dar cuenta del tránsito hacia la modernidad, sino que buscan evidenciar aquella particularidad de las relaciones originarias y su vigencia, que aún se pueden desplegar en contextos plenamente modernos.

#### 4. EL MUNDO DE LA VIDA COTIDIANA

A *grosso modo*, hasta este punto se ha realizado es una descripción de los entornos propiamente presenciales, donde se desarrolla la vida de la comunidad. Sin embargo, lo que

no se ha realizado aún acá, es lograr explicar por qué el hombre, en actitud natural, puede desenvolverse de una manera efectiva dentro de la esfera de la presencia.

Para comenzar, es pertinente diferenciar entre lo que se entiende por mundo de la vida, por un lado, y vida cotidiana, por otro<sup>46</sup>. Así pues, el mundo de la vida es el horizonte último de sentido, que si bien no puede ser trascendido, tampoco es agotable, comprendiendo todo ámbito particular de sentido, así como las pautas cognitivas y de comportamiento de cada uno de dichos ámbitos. Y vida cotidiana en cambio es solo una provincia del mundo de la vida, primordialmente intersubjetiva (Estrada, 2000: 115).

En primer lugar, mundo de la vida para Schutz es el ámbito de la realidad que un hombre normal presupone cuando está bajo una actitud de sentido común, por lo tanto, “todo lo que experimentamos como incuestionable; para nosotros, todo estado de cosas es aproblemático hasta nuevo aviso” (Schutz, 2001: 25). De manera que al hablar de mundo de la vida se hace referencia a aquel fundamento que no es puesto en duda, entregado por la experiencia, y es, precisamente, como afirma Schutz, el ámbito donde se enmarcan todos aquellos problemas que el ser humano debe resolver (Schutz, 2001: 25).

El mundo de la vida, entendido en su totalidad como mundo natural y social, es el escenario y lo que pone límites a mi acción y a nuestra acción recíproca. Para dar realidad a nuestros objetivos, debemos dominar lo que está presente en ellos y transformarlos. De acuerdo con esto, no solo actuamos y operamos dentro del mundo de la vida sino también sobre él (Schutz, 2001: 28).

Entonces, ¿cómo funciona esto, es decir, cómo el mundo de la vida funciona para un ser humano? El denominado mundo de la vida, en cuanto aquel acervo de conocimiento disponible para este individuo, se ha constituido históricamente a través de experiencias que se han establecido como naturales, esto es, que funcionan incuestionablemente. Y el conducirse de acuerdo a estos patrones y tipificaciones permitirá a un hombre adulto y alerta

---

<sup>46</sup> Estrada (2000: 106-123) realiza una muy buena distinción entre los conceptos de mundo de la vida y vida cotidiana en la obra de Schutz, así como en la perspectiva de otros autores como Ágnes Heller y Jürgen Habermas.

desarrollar una vida exitosa en su entorno tanto inmediato como potencial (Schutz, 1974a: 210-212). Así lo asevera Schutz (2001: 28):

Toda explicitación dentro del mundo de la vida procede dentro del medio constituido por los asuntos que ya han sido explicitados, dentro de una realidad que es fundamental y típicamente familiar. Confío en que el mundo, tal como ha sido conocido por mí hasta ahora, persistirá, y que, por consiguiente, el acervo de conocimiento obtenido de mis semejantes y formado mediante mis propias experiencias seguirá conservando su validez fundamental. Llamaremos esto (de acuerdo con Husserl) la idealización del «y así sucesivamente». De este supuesto deriva otro fundamental: que puedo repetir mis actos exitosos previos.

Otras características que posee el mundo de la vida son, por una parte, su incoherencia, opacidad e incongruencia, y por otro, su dinamismo. Lejos de lo que se podría creer, el mundo de la vida es incoherente, gracias a que los intereses del individuo que determinan el significado a las cosas no se encuentran estructurados en un sistema coherente, muy por el contrario, “sólo se hallan parcialmente organizados en algún tipo de planes, tales como los planes de vida, de trabajo y descanso, y de cada rol asumido” (Schutz, 1974b: 97). La opacidad o intransparencia del mundo de la vida está dada porque este se compone de una totalidad de evidencias que cambian de una situación a otra (Schutz, 2001: 30). Y la incongruencia dice relación con que el mundo de la vida puede encontrar válidos postulados incompatibles entre sí: “como padre, ciudadano, empleado y feligrés, puede tener las opciones más diversas y contradictorias sobre cuestiones morales, políticas o económicas” (Schutz, 1974b: 98). Sin embargo, este acervo de conocimientos, adquirido por los miembros de un grupo, y en actitud natural, tiene eminentemente una “apariencia de coherencia, claridad y congruencia *suficientes* como para ofrecer a cualquiera una probabilidad razonable de comprender y de ser comprendido” (Schutz, 1974b: 98).

Además de resultar coherente, claro y congruente para un individuo en ‘actitud natural’, parece ser que el mundo de la vida fuese inconvencional. Sin embargo, afirma Schutz, que el mundo de la vida es ante todo la esfera de la práctica y de la acción. En tal sentido, se puede aseverar que el mundo de la vida es dinámico, cambiando a través de la acción del ser humano: “es (...) mediante mi actividad somática y por mediación somática, como procuro

modificar lo que se me impone” (Schutz, 2001: 38) y, desde luego, a través de las locomociones de la corporeidad: “al cambiar mi cuerpo, cambio el origen de mi sistema de coordenadas, y esto por sí solo modifica todos los guarismos (coordenadas) correspondientes a este sistema” (Schutz, 1974a: 211).

Ahora bien, si se agrega el elemento cotidiano al mundo de la vida surge la pregunta por la practicidad. Es decir, lo que se persigue en el mundo de la vida cotidiana es la solución de los problemas prácticos, dicho de otra manera, la orientación de la persona en un modo rutinario (Schutz, 2001: 35) e inclusive ritual. En efecto, es función de la pauta cultural compartida suprimir lo dificultoso de la indagación constante con “perogrulladas confortables”, sustituyendo lo discutible. Este pensar habitual incorpora todos aquellos supuestos obvios pertenecientes a un grupo social determinado, pero “si uno solo de estos supuestos deja de confirmarse, el pensar habitual se hace impracticable” (Schutz, 1974b: 99). Así, todo lo presupuesto es lo familiar, afirma Schutz, y es lo que presenta soluciones para problemas planteados por la experiencia cotidiana (Schutz, 2001: 30).

En el mundo de la vida cotidiana el ser humano adulto busca dominar su entorno, pero Schutz se pregunta de dónde emerge este impulso controlador. El autor define su origen como la “ansiedad fundamental” que es la experiencia básica que lo gobierna dentro de la actitud natural, que es que “sé que moriré y temo morir”. Así la ansiedad fundamental es “la anticipación fundamental de la cual derivan todas las otras (...) surgen los muchos sistemas de esperanzas y temores, deseos y satisfacciones, probabilidades y riesgos que incitan al hombre en actitud natural a tratar de dominar al mundo, a superar obstáculos, a esbozar y cumplir proyectos” (Schutz, 1974a: 214).

Hasta este punto se ha hecho referencia a aquella actitud natural, que primeramente es necesario distinguirla de la actitud teórica propia del filósofo. En nuestro caso, se ha argumentado que su campo de acción se remite eminentemente a lo práctico (Schutz, 1974a: 198), y en última instancia no es su objetivo el pensamiento, sino que lo es la dominación (Schutz, 1974a: 213). En efecto, “Es evidente que en la rutina de la vida cotidiana no interpretamos las acciones de un semejante de acuerdo a reglas científicas de procedimiento



y cánones académicos de objetividad. Tales interpretaciones ingenuas y precientíficas, sin embargo, constituyen el tema de estudio de las ciencias sociales” (Schutz, 1974b: 32).

Por lo tanto, actitud natural también expresa la copresencialidad tanto corporal como afectiva –en sintonía con lo planteado tanto por Coulanges, Morgan y Tönnies–, y también una simultaneidad intelectual entre dos o más individuos (Estrada, 2000: 111). Es decir, “establece que esta corriente de pensamiento que no es mía presenta la misma estructura fundamental que mi propia conciencia. Esto significa que el otro es como yo, capaz de actuar y pensar, que su flujo de pensamiento muestra la misma conexión en su totalidad con el mío” (Schutz, 1974a: 170).

Diversas son las características de la actitud natural<sup>47</sup>, sin embargo, un aspecto central que la constituye es la *epojé*. Según Natanson, la noción de actitud natural se define como la suspensión de la duda respecto de la realidad del mundo. No siendo este un proceso autoconsciente, tanto como lo es la misma actitud natural. “Nuestra creencia natural en el mundo, en su realidad, su estar allí, su tener un pasado y un probable futuro, y el sernos dado a todos de una manera muy semejante, constituye el cimiento filosófico del mundo del sentido común” (Natanson, 1974: 29).

Cabe agregar, ciertamente, que la *epojé* de la actitud natural es diametralmente opuesta a la *epojé* fenomenológica, ya que lo que se suspende no es realidad del mundo, sino que es la duda respecto de la existencia de esta realidad<sup>48</sup>.

---

<sup>47</sup> Si se pretende caracterizar la actitud natural, es conveniente mencionar lo que para Schutz presupone, que es, resumidamente: la existencia corpórea de otros semejantes; que dichos semejantes poseen conciencia similar a la propia; que las cosas del propio ambiente, así como de aquel de los demás, son las mismas y tienen en gran medida el mismo sentido; es posible entender las acciones recíprocas con mis semejantes; me puedo hacer entender por ellos; está dado un mundo social y cultural de forma histórica y de antemano como marco de referencia para mí y mis semejantes, de forma tan presupuesta como está dado el mundo natural; así, la situación en que uno se encuentra es solo en muy pequeña medida creada por mí. (Schutz, 2001: 26-27).

<sup>48</sup> En palabras de Schutz (1974a: 214): “La fenomenología nos ha enseñado el concepto de *epojé* fenomenológica, o sea, la suspensión de nuestra creencia en la realidad del mundo como recurso para superar la actitud natural radicalizando el método cartesiano de la duda filosófica. Puede aventurarse la sugerencia de que el hombre en actitud natural utiliza también una *epojé* específica, por su puesto, muy distinta de la que experimenta un fenomenólogo. No suspende la creencia en el mundo externo y sus objetos; por el contrario, suspende la duda en su existencia. Lo que coloca entre paréntesis es la duda de que el mundo y sus objetos pueden ser diferentes de lo que se aparecen, proponemos denominar a esto *epojé*, la *epojé de la actitud natural*”.

También la actitud natural no solo está referida hacia las cosas que nos circundan, sino que también hacia nuestros semejantes. Entonces, si bien el individuo define el mundo desde su propia perspectiva, es cierto también que es “un ser social, enraizado en una realidad intersubjetiva” (Natanson, 1974: 19). Así, el establecimiento del vínculo social en el modo de la presencia, o como lo presenta la fenomenología de la vida diaria se “caracteriza por el hecho de que el interrogante filosófico de cómo es posible conocer otras mentes nunca se plantee” (Natanson, 1974: 19). En consecuencia, es ese postulado, que se deriva de la noción de la actitud natural, la piedra angular para el establecimiento de una sociología de la presencia. El mundo de lo incommovible e incuestionable –mejor dicho de lo supuestamente inmutable– formado en torno a la copresencialidad es extensible también hacia el otro, en actitud natural suponemos que el semejante es por añadidura una conciencia similar, que comprende el mundo de modo similar al mío. De esto se desprende que no sea requerida la necesidad de conocer otras conciencias, ya se suponen conocidas.

Natanson, de forma vicaria de la obra de Schutz, prevé que la actitud científica propia es indagar en el vínculo social mismo, es decir, en esas “tipificaciones subyacentes del sentido común” (Natanson, 1974: 19). De manera tal que un enfoque de este tipo deviene en la descripción de las tipificaciones del mundo de la vida cotidiana (Natanson, 1974: 19-20). Este aspecto no es trivial, ya que como se presenta en los capítulos 6 y 7, la descripción de las tipificaciones subyacentes en un ámbito acotado de vínculos sociales, y cómo estas se construyen históricamente –como es el caso particular de la hacienda latinoamericana o sus diversas variantes según los países de la región–, permitiría comprender la pervivencia de un sustrato cultural en el fenómeno populista del siglo XX.

Para una sociología de la presencia es relevante también describir separadamente el aspecto de la cotidianidad. En primer término, es el ámbito donde ocurren las vivencias de la vida cotidiana, es decir, donde se despliegan las relaciones sociales cara a cara, lo copresencial. Particularmente, es lo que Schutz define como la *orientación Tú*. En tal situación, de inmediatez espacio-temporal, se reconoce al ser humano frente a mí como vivo y de forma pre-predicativa, esto es, de forma no reflexiva como podría ocurrir como con algún otro objeto de mi entorno (Schutz, 1974b: 35).

En la situación cara a cara –la que ocurre en una comunidad espaciotemporal (Schutz, 1974a: 207)<sup>49</sup>– se logra una experiencia inmediata de los semejantes (Schutz, 1974b: 40), asimismo, se tiende a asignar a dichos semejantes un mundo similar al que se experimenta<sup>50</sup>. Aunque, en una situación denominada por Schutz como de *Nosotros*, o bien copresencial, mi confianza de que el mundo del semejante coincide con el mío es mucho mayor (Schutz, 1974b: 41). En ese sentido, en las situaciones cara a cara, como consecuencia de la recurrente copresencialidad de los semejantes, también se produce una modificación recíproca de las experiencias en la relación *Nosotros* (Schutz, 1974b: 42-43)<sup>51</sup>. De esta forma, sucede lo que se puede definir como mutua sincronización de conciencias, la cual es la base de los vínculos sociales fundados en la copresencialidad, y fundamento último se denomina acá como esfera de la presencia:

En la inintencionalidad viviente de la relación social directa los dos partícipes están cara a cara, sus corrientes de conciencia están sincronizadas y engranadas una en otra, cada una de ellas actúa en forma inmediata sobre la otra y el motivo-para de una se transforma en el motivo-porque de la otra, mientras los dos motivos se complementan y convalidan entre sí como objetos de atención recíproca (Schutz, 1972: 190-191).

Es por cierto también que en la esfera de la presencia se dan las relaciones sociales originarias, de las que derivan todas las demás. Así también lo cree Schutz, a la vez que afirma que:

Todas las múltiples relaciones sociales restantes derivan de la experiencia originaria de la totalidad de sí-mismo del Otro en la comunidad de tiempo y espacio. Cualquier análisis teórico de la noción de «ambiente» –es este uno de los términos menos claros que se utilizan en las ciencias sociales del presente– tendría que partir de la relación cara a cara como estructura básica del mundo en que se desarrolla la vida cotidiana (Schutz, 1974a: 208).

---

<sup>49</sup> Más adelante, Schutz denomina a esto tiempo cívico o estándar y tierra universal, en referencia a la coordinación intersubjetiva de los diferentes sistemas de planes individuales que se dan en torno a la esfera de la presencia (Schutz, 1974a: 209).

<sup>50</sup> En efecto, cabe destacar que en dicha situación social fundamental “el mundo a mi alcance y el que está al alcance de mi asociado se intersectan, y hay por lo menos un sector que está a nuestro alcance común”. Al respecto: Schutz (1974a: 211, nota el pie 14).

<sup>51</sup> O bien, como dice Schutz: “Él y yo, *nosotros*, compartimos mientras dura el proceso un presente vívido común, *nuestro* presente vívido, que le permite y me permite decir: «*Nosotros* experimentamos este suceso juntos»” (Schutz, 1974a: 207).

De esto se deriva, finalmente, otro aspecto que supone la copresencialidad, que es la existencia corpórea. Por tanto, el lugar que el cuerpo ocupa dentro del mundo –lo que anteriormente se definió como el sistema de coordenadas–, el denominado ‘Aquí actual’, es un aspecto también primordial para este enfoque. Desde luego, el origen biológico del sistema de coordenadas permite agrupar los elementos que circundan a un ser humano adulto según categorías espaciales (cerca-lejos, derecha-izquierda, adelante-atrás, etc.). Y también se debe considerar el ‘Ahora actual’ del cuerpo, el cual por su parte es el origen de todas las perspectivas temporales por las cuales se organizan los diversos sucesos del mundo (Schutz, 1974a: 209-210). Por lo tanto, el asunto de la corporeidad no es baladí, ya que nada menos que el conocimiento que un ser humano tenga del mundo depende de la posición que se tenga en este (Natanson, 1974: 19). La posición del cuerpo en el mundo define también cuál es la esfera de acción inmediata y potencial, eso es lo que el autor define como ‘mundo a su alcance’, que es entendido como el núcleo de realidad, del mundo del ejecutar del individuo, que no solo se circunscribe a lo que está al alcance de sus sentidos –vista, oído–, sino que también a todo el espectro de ejecutar potencial (Schutz, 1974a: 201-211).

## 5. HACIA UNA SOCIOLOGÍA DE LA PRESENCIA (RECAPITULACIÓN)

La argumentación anterior en ninguna medida pretende agotar la discusión sobre la comunidad y sobre la sociología de la presencia. En efecto, diversos autores del último tiempo han planteado la pregunta por la comunidad y por lo cotidiano en la sociedad actual (Agamben, 1996; De Certeau, 1996; Esposito, 2003; Nancy, 2000, 2001). No obstante, esta investigación se inscribe en una tradición teórica tanto particular como diferente. En efecto, lo que hasta ahora se ha buscado es caracterizar la comunidad premoderna para luego descubrir cómo sus mismos patrones esenciales se desarrollan dentro de un contexto moderno como el latinoamericano. A diferencia de los autores que ponen el acento en estudiar la experiencia comunitaria en la actualidad, la selección de los autores derivó más bien en observar aquellos análisis de las experiencias originarias de comunidad, primeramente de las que se sitúan a la base de la distinción comunidad/sociedad, consagrada por Tönnies, la microsociología formal de Simmel, también heredero de la referida distinción, y finalmente la fenomenología de la cotidianidad de Schutz, quien sin posicionarse bajo la distinción

comunidad y sociedad, logra explicar el funcionamiento del vínculo social fundado en la presencia.

Ahora bien, la exposición de autores realizada en este capítulo, que si bien es cronológica a la aparición de sus investigaciones, responde más bien a un criterio argumentativo. En efecto, Coulanges y Morgan presentan aquellas etapas históricas previas a la consolidación de la comunidad originaria, algo así como el ‘origen de los orígenes’. Hasta llegar a la casa de la familia monógama en Tönnies, el círculo social pequeño en Simmel, o el *Nosotros* cotidiano en la relación cara-a-cara entre semejantes en Schutz.

Sin duda, la mejor caracterización de la familia tradicional, es decir, el espacio original de socialización en el ámbito de presencia, donde emergen los tres vínculos originarios, la realiza Tönnies. Las tres relaciones originarias se consagran a través del nacimiento, siendo la vinculación corporal lo que genera la relación entre la madre y el hijo, entre cónyuges, y la relación entre hermanos. De ellas se derivan otras tres relaciones, al pasar de la comunidad de sangre a la comunidad de lugar, o si se quiere, el paso de la familia al poblado. Al igual que la primera, la comunidad de lugar se concreta en un espacio de copresencialidad, sin embargo, con una cercanía biológica menor. Primero, a la relación madre-hijo/a le corresponde el derivado del parentesco, que en sus formas más esenciales se da dentro de la casa y conlleva la cohabitación, la posesión y el goce común de estas, y sobre todo el sentarse a la mesa o la comensalidad. Aunque cabe destacar que el parentesco comienza rápidamente a superar los límites de la casa. Segundo, la vecindad, derivada de la relación conyugal, ya ha perdido todo vínculo corporal transitando hacia una relación de proximidad de las viviendas. Como se presentó anteriormente, de esta relación de vecindad nacen muchos aspectos comunitarios relacionados con el trabajo, las formas de gobierno, los modos religiosos, entre otros. Finalmente, de la relación entre hermanos se deriva la amistad, la cual se basa más en la simpatía y preferencias similares que en la propia proximidad, a pesar de que el estar presentes contribuye a su construcción.

La familia, en cuanto círculo social pequeño y concéntrico, determina a la individualidad de forma altamente unívoca diría Simmel. En efecto, los vínculos que se concretan en el seno

de una familia, o de cualquier círculo social primitivo, son determinantes de la actitud que adquiere el individuo. Tal como se presentó, el aspecto de univocidad de la individualidad es fundamental, donde el principio igualitario en comunidades antiguas juega un rol primordial para caracterizar incluso al gremio medieval. El cual, en consonancia con lo que se ha presentado, dice relación con aquel vínculo social de la amistad, derivativo según Tönnies de la hermandad.

Pero, ¿cómo es que funcionan de forma tan natural estos vínculos sociales originarios? Una de las explicaciones más satisfactorias a este punto la proporciona Schutz. Los conceptos de mundo de la vida y vida cotidiana expuestos ayudan a clarificar este aspecto. Esto dice relación, en primer lugar con el horizonte de sentido que es el mundo de la vida, el cual plantea el marco referencial de todo acervo de experiencias previas, sedimentado como conocimiento disponible, que es incuestionable y deviene como algo natural, permitiendo suprimir todo lo dificultoso de la indagación. Esto es lo familiar, lo que presenta soluciones inmediatas a problemas cotidianos, garantizando a un ser humano adulto desenvolverse de forma exitosa en un contexto rutinario. Para ello debe estar en actitud natural. Lo que significa, en primer término, la suspensión de la duda respecto de la realidad del mundo, que es definido como *epojé* de la actitud natural. Y, por otro lado, considera el aspecto elemental de la copresencialidad, lo que para el ser humano adulto en actitud natural, y en la vida diaria, correspondería al reconocimiento pre-reflexivo de *alter* como una conciencia similar.



## CAPÍTULO V. SOCIOLOGÍA DE LA PRESENCIA (II): LA CONCRECIÓN DEL VÍNCULO SOCIAL

*La noción de valor actúa  
también en estas sociedades, se  
amasan grandes beneficios, de  
valor absoluto, que se  
malgastan con frecuencia, con  
un lujo relativamente enorme y  
que no tiene nada de mercantil  
(Sahlins, 1983a: 213).*

Al llegar a este punto del análisis, resulta primordial plantear la pregunta por cómo se concreta el vínculo social originario, específicamente, cómo se moldea la reciprocidad en las relaciones cara a cara. Hasta acá, el asunto de la reciprocidad fue mencionado al estudiar los vínculos sociales del entorno familiar y sus vínculos derivados, sin embargo, no se ha interrogado respecto de la reciprocidad en esferas aún presenciales, pero incluso más allá de las tres relaciones originarias y sus derivadas. En consecuencia, lo que se persigue es, además de conocer cómo potencialmente enfrenta su entorno un ser humano adulto en actitud natural, es indagar en cómo se desarrollan los vínculos sociales más allá de su entorno inmediato.

En primer término, Marshall Sahlins plantea que, al abordar el problema de la reciprocidad, es necesario distinguirla de las relaciones sociales que fundan la redistribución. Así, por un lado, están los movimientos vice-versa entre dos partes, esencia de la reciprocidad, y por otro lado, los movimientos centralizados de “recolección por parte de los miembros de un grupo, a menudo bajo un solo mando y redistribución dentro de este grupo” (Sahlins, 1983a: 206). En el caso de la redistribución, esta se encuentra identificada con la comunidad, afirma Sahlins, donde la relación entre las partes es eminentemente interna, una relación ‘dentro’. De modo que las relaciones de redistribución y de reciprocidad dentro la comunidad no son



las mismas. Tal como se presentó anteriormente con Coulanges, Sahlins entiende a la comunidad familiar como la forma más común de la redistribución, entiéndase en el sentido de comensalidad, esto es en cuanto repartición de los alimentos sobre la mesa, y del disfrute común de estos (Sahlins, 1983a: 206-207). Más aún, la redistribución, que emerge a través del reclamo del producto común y la obligación de generosidad al repartirlo por parte del cacicazgo, está cumpliendo no solo una función material, sino también social:

(...) la redistribución por medio de cualquier poder que sea sirve a dos propósitos de los cuales cualquiera puede predominar en una circunstancia dada. La función práctica, matemática –la redistribución– mantiene a la comunidad, o al esfuerzo de comunidad en un sentido material. Al mismo tiempo, o de manera alternada, tiene una función instrumental: como ritual de comunión y de subordinación a la autoridad central, la redistribución mantiene la misma estructura corporativa, es decir, la mantiene en un sentido social (Sahlins, 1983a: 208).

Por el contrario, la reciprocidad, que va más allá de las transacciones materiales por oposición, tiene que ver con toda aquella moral referida al dar y recibir. Precisamente, en este aspecto, Marcel Hénaff critica la propuesta de Sahlins al no distinguir entre la reciprocidad basada en el intercambio de regalos, por un lado, y el intercambio comercial, por otro (Hénaff, 2009: 113-128). Sin embargo, en primer lugar es pertinente presentar la visión de Sahlins.

Son tres las formas de reciprocidad propuestas por Sahlins –basándose en un clásico estudio de Alvin Gouldner (1960)– consideradas los extremos y el punto medio de las relaciones de reciprocidad: a) la reciprocidad generalizada, b) la reciprocidad equilibrada y c) la reciprocidad negativa (Sahlins, 1983a: 223 y ss.).

La primera de ellas apunta hacia el altruismo, la generosidad, al dar desinteresado, al don libre. Dice Sahlins que se da, principalmente, en las relaciones de parentesco e inmediata proximidad, como son las relaciones de los seres queridos en el seno de la familia, la cual no genera, necesariamente, obligación, ni menos requiere de una devolución equilibrada o proporcionada. Asimismo, muchas veces el círculo de reciprocidad puede no cerrarse nunca, esto es: “La falta de reciprocidad no hace que el que da algo deje de hacerlo; los bienes se

mueven en una sola dirección, favoreciendo al que no tiene, durante un largo período” (Sahlins, 1983a: 212). El caso del vínculo entre la madre y el hijo presenta esta estructura, en que este último nunca puede devolver en medida comparable lo entregado por la madre que, entre otras cosas, es la vida.

La reciprocidad equilibrada, el punto medio del esquema de reciprocidades de Sahlins, se refiere a un intercambio directo que, en términos ideales, consiste en “la entrega habitual del equivalente de la cosa recibida sin demoras” (Sahlins, 1983a: 213). Aunque es probablemente menos personal que la reciprocidad generalizada, este tipo de reciprocidad se puede concebir tanto en transacciones matrimoniales, como pactos amistosos o de paz (Sahlins, 1983a: 212-213). Sin embargo, acá surge el aspecto que Hénaff le critica a Sahlins, al considerar incluso la opacidad entre en el intercambio comercial de bienes y su representación simbólica:

Según nuestro punto de vista es «más económica». Las partes se enfrentan como intereses económicos y sociales distintos. El aspecto material de la transacción es, por lo menos, tan importante que el social; hay un reconocimiento más o menos preciso, ya que las cosas dadas deben ser retribuidas dentro de un corto período (Sahlins, 1983a: 213).

Finalmente, se encuentra la reciprocidad negativa en cuanto la forma más impersonal de intercambio, la que queda descrita como: “(...) el intento de obtener algo a cambio de nada gozando de impunidad” (Sahlins, 1983a: 213). Pueden ser consideradas acá las diferentes formas de apropiación, así como aquellas formas centradas en obtener una ventaja utilitaria neta, ya sean: regateo, juego, subterfugio, robo, etcétera (Sahlins, 1983a: 213-214). Acá también, se observa que la reciprocidad queda subordinada al propio interés material.

En este punto se puede concluir que la distinción de Sahlins entre reciprocidad y redistribución es útil para observar claramente las relaciones basadas en el dar-recibir-devolver, además de permitir poner también la mirada en la reciprocidad como forma de intercambio exogámico, entre individuos no pertenecientes a la misma comunidad. Sin embargo, no diferencia certeramente entre el intercambio comercial y la reciprocidad entendida finalmente como el intercambio de dones. A continuación, el análisis se centra en este último tipo de intercambio.

## 1. EL DON

Diversas investigaciones han llevado a fortalecer la conclusión de que la economía moderna, o al menos sus preceptos esenciales, no son un marco adecuado de análisis para las formas de intercambio en sociedades primitivas, o como se ha afirmado: “la antropología ha quitado validez a la proyección imaginaria que la economía moderna ha hecho respecto a la forma primitiva de la actividad económica” (Cousiño y Valenzuela, 1994: 103). El mismo Mauss, en el *Essai sur le don*, especialmente en sus conclusiones sociológicas y económicas, plantea que la economía del cambio-don difícilmente puede ser incluida como una forma de la economía natural del utilitarismo:

La noción de valor actúa también en estas sociedades, se amasan grandes beneficios, de valor absoluto, que se malgastan con frecuencia, con un lujo relativamente enorme y que no tiene nada de mercantil; hay signos de riqueza y una especie de monedas que se utilizan en los cambios. Pero esta economía tan rica, está todavía llena de elementos religiosos; la moneda tiene todavía un poder mágico y está ligada a un clan o a un individuo; las diversas actividades económicas, como por ejemplo el mercado, están impregnados de ritos y mitos, conservando un carácter ceremonial, obligatorio y eficaz, lleno de ritos y derechos (Mauss, 1979: 252-253).

Sahlins por su parte, en *La opulenta sociedad primitiva*, argumenta de forma análoga a Mauss. Afirma que a la economía del cazador se la ha clasificado como economía de subsistencia, sin embargo, puede ser también entendida como un tipo de sociedad opulenta. Por un lado, está la noción más extendida de economía de mercado, en que las necesidades del hombre son demasiadas, pero sus medios limitados; y la brecha entre ambos se puede reducir a través de la productividad industrial, logrando con ello mayor cantidad de bienes disponibles a los cuales se puede acceder. Pero, por otro lado, dice Sahlins, el problema puede ser enfrentado de otra forma:

(...) existe también un camino Zen hacia la opulencia por parte de premisas algo diferente de las nuestras: que las necesidades materiales son finitas y escasas y los medios técnicos inalterables, pero por regla general adecuados. Adoptando la estrategia Zen, un pueblo puede gozar de abundancia material incomparable (...) con un bajo nivel de vida (Sahlins, 1983b: 14).

Aunque hoy en día una economía del don es presentada solo como una alternativa a la economía de mercado, se asume que en sociedades premodernas esta constituía sus formas de intercambio esenciales. Pero, ¿en qué consiste el intercambio de dones? Mauss ha asociado al intercambio recíproco de dones –dar, recibir y devolver–, principalmente, a un sistema de prestaciones totales de tipo agonístico como es el *potlatch* (Cousiño y Valenzuela, 1994: 103-105), palabra utilizada por los pueblos aborígenes del noroeste americano, que significa básicamente alimentar y consumir (Mauss, 1979: 160).

En primer término, con prestaciones totales o fenómeno social total, se hace referencia a uno que abarca más que un mero fenómeno circunscrito a un ámbito particular de la sociedad, sino que la sumerge en su conjunto, donde todo el clan “contrata por todos, por todo lo que posee y por todo lo que hace, por medio de su jefe” (Mauss, 1979: 161):

(...) es un fenómeno jurídico que proponemos denominar «total». Es religioso, mitológico y chamánico, pues los jefes que se obligan y que representan, encarnan a los antepasados y a los dioses, de quienes llevan el nombre, de quien bailan sus danzas y de quienes están poseídos por sus espíritus. Es económico y hay que valorar su importancia, las razones y efectos de estas transacciones enormes, incluso ahora, cuando se las calcula en valores europeos. El *potlatch* es también un fenómeno de morfología social, la reunión de tribus, clanes y familias, incluso de naciones, pone de manifiesto una excitación digna de ser tomada en cuenta; se fraterniza y sin embargo se sigue siendo extranjero. Se entra en comunicación y oposición dentro de un comercio gigantesco, en un constante torneo (Mauss, 1979: 203).

En segundo término, la característica de agonístico tiene relación con que el principio de antagonismo y de rivalidad imbuje a todas sus prácticas, llevando el sistema a sus límites hasta:

(...) dar lugar a una batalla y a la muerte de los jefes y notables que se enfrentan así; por otro lado, a la destrucción puramente suntuaria de las riquezas acumuladas con objeto de eclipsar al jefe rival que es también un asociado (y generalmente su abuelo, suegro o cuñado) (...) Esta prestación está revestida para el jefe de un aspecto agonizante muy señalado (Mauss, 1979: 161).

Lo que aún no queda claro, sin embargo, es qué motiva el intercambio, es decir, la obligación de mantener este círculo de reciprocidad. El problema queda resuelto por Mauss mediante la pregunta por el *hau*. Para este autor, el *hau* maorí es el espíritu de la cosa que es donada, y que busca volver a su origen, haciendo que la donación transite y permita completar el círculo de reciprocidad. Por lo tanto, la obligación de devolver es un asunto espiritual, una obligación entre almas (Mauss, 1979: 166-169, 228 y ss.), o como menciona Godelier es un mecanismo espiritual a través del cual Mauss da respuesta al ‘enigma del don’ (Godelier, 1998: 29). Sin embargo, han sido diversas las críticas a esta concepción de Mauss, así como también las razones alternativas que se han dado respecto de la obligación de reciprocidad, entre las que destacan las respuestas de Firth, Sahlins, Lévi-Strauss, y el propio Godelier<sup>52</sup>.

A juicio de este último, tanto la crítica de Firth como la de Sahlins están basadas en una errónea interpretación de las palabras de Tamati Ranaipiri (Godelier, 1998: 30), aquel sabio maorí que transmite la idea de *hau* a Elsdon Best (1909), transcripción de Best que Mauss luego interpreta para elaborar su explicación del por qué las cosas y personas entran en un ciclo de reciprocidad. En efecto, Firth (1929) cree que Mauss efectuó una interpretación errónea de las palabras de Ranaipiri (Sahlins, 1983c: 172-174). Esto se debe a que Mauss en su interpretación no consideró la hechicería o *maketu* como mecanismo punitivo alternativo cuando el *hau* no era efectivo, ni diferenció entre los distintos tipos *hau*, aquel de las personas, aquel de las tierras y bosques, y aquel del *taonga*, objeto precioso que se intercambiaba. Al confundir esto, señala Firth, se podía caer en el error de que lo que se donaba era el *hau* de la persona, cuestión que no era tal. Y, a pesar de esta aclaración, Firth no estaría adoptando de forma más precisa una teoría aborígen como realiza Mauss, sino que, muy por el contrario, lo que interesa a este autor, más que una explicación espiritual, es dar cuenta de la sanción social implícita en el acto de retener indefinidamente un objeto, de modo que el miedo al castigo era el aspecto central de su análisis, siendo en definitiva lo que motiva el contradon. En igual medida, Sahlins cree que Mauss interpretó incorrectamente las palabras de Ranaipiri. Luego de un detallado análisis de los intercambios seculares (Sahlins, 1983c: 175-184) y los religiosos (Sahlins, 1983c: 184-187), Sahlins concluye que la figura

---

<sup>52</sup> Sin duda, estas no son las únicas explicaciones alternativas, también destaca la de Johansen (Sahlins, 1983c: 172-175).

del *hau* representa esencialmente una obligación moral en torno a la retribución, la devolución a la fuente original: “los beneficios obtenidos por el hombre, deben ser devueltos a su fuente para que pueda ser mantenida como fuente. Ésta era toda la sabiduría de Tamati Ranaipiri” (Sahlins, 1983c: 187). Para los maoríes, menciona Sahlins, el *hau* es como un principio general de productividad, que distingue entre lo espiritual y lo material, pero que hace referencia a ambos. Así, el *hau* de los objetos valiosos era el producto concreto del intercambio, en el caso del *hau* de los bosques, era aquella fuerza invisible que hacía que las aves abundaran: la fuente original. Y en la medida que el *hau* no distingue entre lo material y lo espiritual, se estaría también haciendo referencia a un tipo de sociedad donde: “«lo económico», «lo social», «lo político» y «lo religioso» se encuentran indiscriminadamente organizados de acuerdo con las mismas relaciones” (Sahlins, 1983c: 187), por lo tanto, una comunidad para la cual el *hau* es un concepto total (Sahlins, 1983c: 186-187).

A diferencia de Firth y Sahlins, Lévi-Strauss focaliza su reproche a la obra de Mauss al señalar que realiza una adopción acrítica de una teoría aborigen, donde el etnólogo se deja mistificar por el indígena (Lévi-Strauss, 1979: 33). De modo que el *hau* para Lévi-Strauss es “la forma consciente bajo la cual los hombres de una sociedad determinada, en que el problema tenía una especial importancia, han comprendido una necesidad inconsciente, cuya razón es otra” (Lévi-Strauss, 1979: 37). De igual forma la noción de *mana*, de origen malayo-polinesio, es decir, lo que para Mauss es “el honor, el prestigio, (...) que confiere riqueza” y que obliga a devolver lo recibido so pena de perder dicho *mana* (Mauss, 1979: 164), representa para Lévi-Strauss una falla que lleva a Mauss a una falsa conclusión, es decir, no sería más que una noción que agruparía una serie de sentimientos sociales de fatalidad, causalidad o arbitrariedad. Ergo, tanto el *mana* como el *hau*, en cuanto conceptos analíticos, no aclaran los fenómenos que pretenden explicar, ni es su propósito, ya que participan de ellos mismos (Lévi-Strauss, 1979: 37). Frente a estos cuestionamientos, centrados esencialmente en la tendencia a la pérdida del carácter reflexivo del *Essai sur le don*, afirma Lévi-Strauss (1979: 38) que: “Habrá que admitir que tanto el *hau* como el *mana* son sólo la reflexión subjetiva ante la exigencia de una totalidad no descubierta”.

Estas nociones –*mana* y *hau*, entre otros– son para Lévi-Strauss recursos semánticos, “cuyo papel consiste en que se ejerza el pensamiento simbólico” (Lévi-Strauss, 1979: 40). Son todo a la vez, pero también nada específicamente, son puro significante, con variados significados, es decir, significantes flotantes, incluso se puede decir que están vaciados de significados – como diría Laclau–:

Dentro del sistema de símbolos que constituye la cosmología sería simplemente un *valor simbólico cero*, es decir, un signo que señala la necesidad de un contenido simbólico suplementario al que ya tiene la cosa significada, pero que puede ser un valor cualquiera siempre que forme parte de la reserva disponible (...) (Lévi-Strauss, 1979: 40-41).

Sin embargo, Godelier no suscribe la noción de la existencia de un significante vaciado de toda referencia a un significado, es decir, un significante en estado puro. A este razonamiento, Godelier denomina el *big-bang* del lenguaje, es decir, la aparición de una sola vez de los significantes para representar el significado de las cosas, aludiendo a los planteamientos de Lévi-Strauss, quien posiciona a lo simbólico por sobre lo real y lo imaginario. De manera que los símbolos llegan a ser más reales que aquello que simbolizan, “más reales pues que lo imaginario y que «lo real» que re-presentan (en el pensamiento)” (Godelier, 1998: 45). En este sentido, quién está más mistificado se pregunta Godelier, si Mauss al creer en la explicación polinesia del *hau* o Lévi-Strauss al creer en el *big-bang* del lenguaje. En oposición, Godelier no niega las tres funciones, o bien estos tres órdenes de realidad, por el contrario, lo imaginario, lo simbólico y lo real “se combinan para componer la existencia social de los seres humanos, su realidad social” (Godelier, 1998: 46). No obstante, aboga por la preponderancia de lo imaginario, es decir, aquella capacidad de los hombres de imaginar sus relaciones con otros hombres y con la naturaleza, que se transforma en algo social en la medida que se materializa “en relaciones concretas que tomen forma y contenido de instituciones y, por supuesto, en símbolos que las representen y las hagan responderse unas a otras, comunicarse” (Godelier, 1998: 47).

En este contexto, el espíritu de las cosas, o la pregunta por el *hau*, tiene relación con aquel imaginario que construye vínculo social, es decir, que adquiere realidad social. Así y todo, Godelier profundiza aún más en la obra de Mauss, avanzando hacia lo que él define como el

‘Mauss olvidado’, para encontrar ahí el motivo de la circulación de dones. Y que son aquellos objetos que no circulan, que permanecen guardados, los objetos sagrados que son reemplazados por objetos sustitutos preciosos. Godelier concluye:

Los objetos preciosos que circulan en los intercambios de dones sólo pueden hacerlo en tanto se trata de dobles sustitutos, sustitutos a la vez de los objetos sagrados y de los seres humanos. Son inalienables como los objetos sagrados, pero a diferencia de éstos, que no circulan, ellos sí lo hacen. No solamente en los potlatch, sino igualmente con ocasión de matrimonios, fallecimientos o iniciaciones, donde funcionan como sustitutos de seres humanos a los que «compensan» por una vida (matrimonio) o bien por una muerte (la de un guerrero aliado o, incluso, la de un enemigo muerto en el campo de batalla) (Godelier, 1998: 108-109).

Si bien el punto fijo, aquel objeto que no se desplaza (lo sagrado) es la explicación para la circulación de los objetos sustitutos (Godelier, 1998: 236 y ss.), aún no dice nada respecto de la motivación de su circulación. En efecto, es la voluntad de los individuos la que los pone en movimiento, para producir y reproducir los vínculos sociales, combinando tanto solidaridad como dependencia. De modo que donar para Godelier es el símbolo de las relaciones sociales, es decir, “el don, en tanto *acto* pero también como *objeto*, puede *representar, significar y totalizar* el conjunto de las relaciones sociales del que es a la vez instrumento y símbolo” (Godelier, 1998: 154). Y aunque el don no puede seguir teniendo la misma función totalizadora que ha desempeñado en las comunidades arcaicas, aún resulta primordial su figura en cuanto mecanismo para romper la extrañeza y construir alianzas, vincular a las personas en definitiva: “el don sigue dependiendo de una ética y de una lógica que no son las del mercado y el beneficio, a las cuales el don incluso se opone y resiste” (Godelier, 1998: 295).

Otro aspecto que es relevante destacar es la existencia de sociedades sin *potlatch*, es decir, no agonísticas, pero sí con prestaciones totales. Específicamente, de las que Mauss se ocupó son aquéllas en que se desarrollaba un sistema de prestaciones totales agonísticas, y donde el principio elemental es la rivalidad, la destrucción y el combate, cuestiones que en las sociedades con prestaciones totales no agonísticas no sucede. Para Godelier, existen dos condiciones para que ocurra *potlatch*, la primera es la práctica del *bridewealth* o intercambio



directo de mujeres, la segunda –y la más relevante– es la acumulación de prestigio, es decir, que “el poder político-religioso se presente en forma de títulos, rangos, nombres y emblemas que sean objeto de competición” (Godelier, 1998: 209), esto se traduce en una acumulación de más riquezas que los demás, para que el donar y el redonar siempre sea mayor, llevando el sistema a sus límites.

En cambio, en las donaciones no agonísticas no se busca mayor acumulación, ni llevar el sistema a sus límites. Para comprender esto, es necesario introducir la distinción que propone Godelier (1998: 67-68) entre donar y alienar. Por una parte el contra-don no anula el don previo, en la medida que la cosa donada no se separa completamente del que la dona, en consecuencia esta no ha sido alienada. Dicho de otra manera, el acto de donar no produce un completo extrañamiento de la cosa donada, como observa Godelier respecto de los Baruya de Papua-Nueva Guinea:

(...) la cosa donada arrastra consigo algo que forma parte del ser, de la identidad de quien la dona. Pero hay más, en la medida en que el donante no deja de tener derechos sobre la cosa tras haberla donado. Eso se hace evidente en el ejemplo de *ginamaré*, del intercambio de hermanas entre los baruya. Cuando el intercambio concluye, cada una de las mujeres ha *ocupado el lugar* de la otra, pero *sin dejar de pertenecer* al linaje del que proviene, ya sea por nacimiento o por adopción. En este caso, donar significa transferir sin alienar o, por emplear el lenguaje jurídico propio de Occidente, donar supone ceder los derechos de uso sin ceder por ello el derecho de propiedad (Godelier, 1998: 67).

De esta forma, la observación indica que las prácticas efectivas del don, en sociedades con prestaciones totales no agonísticas como la de los Baruya, crea un contra-don que, si bien puede ser equivalente, no anula la deuda, ya que redonar, para Godelier, no significa necesariamente devolver, sino que volver a donar (Godelier, 1998: 75), al igual que en sociedades con *potlatch*.

Lo que ocurre en sociedades con prestaciones totales no agonísticas, los dones recíprocos equitativos lo que hacen es más bien circular la solidaridad –el caso de los Baruya–, en cambio las sociedades con *potlatch* –noroeste de América por ejemplo–, lo que circula es rivalidad entre sociedades o grupos sociales que se intercambian dones. Así:

(...) mientras que entre los baruya el objetivo que se persigue, al aplicar el principio de «una mujer por una mujer», es el de permitir que *todos* los hombres tengan al menos una esposa y, por tanto, que todos los linajes puedan reproducirse, en las sociedades, en cambio, con intercambios competitivos de dones y contradones de riquezas, el objeto confesado es el de permitir que *únicamente ciertos* individuos y grupos tengan acceso a las posiciones, títulos y rangos puestos en competición, lo que implica que el número de esos rangos, títulos y posiciones tiene que ser claramente inferior al número de grupos e individuos que se enfrentan (Godelier, 1998: 214).

Planteada así la situación, cabe interrogarse si es la noción propiamente tal de *potlatch*, o bien aquella de intercambios de dones recíprocos no agonísticos el esquema más adecuado para el análisis del populismo. En otras palabras, ¿es la rivalidad o la solidaridad lo que circula en el populismo? Como se apreciará a lo largo del texto, el populismo presenta una fuerte componente de rivalidad que lo constituye, de modo que la lógica del *potlatch* es la que parece adecuársele más.

## 2. EL GASTO: ¿SACRIFICIO O DONACIÓN?

La tesis de Cousiño y Valenzuela versa sobre la extensión, aunque de forma degradada, de una reciprocidad que legitima y reproduce el orden social existente, desde la hacienda latinoamericana hasta las experiencias populistas de mediados del siglo XX, y que a su vez “se caracterizan por una obligación de gastar y derrochar” (Cousiño y Valenzuela, 1994: 114-115). Y esta legitimación en el gasto, argumentan, une tanto al hacendado como al líder populista con su pueblo. En esta perspectiva, el acto de gastar –o en su aspecto más extremo: dilapidar– viene a legitimar la esencia del populismo, en cuanto fenómeno social total –parafraseando a Mauss–, ya que la reciprocidad queda garantizada a través de una acción económica, pero con un evidente componente social: “Al igual que en la hacienda, el principio básico de relación es el de la lealtad entre el líder y sus adherentes. Ello se realiza fundamentalmente a través de acciones de gasto y de despilfarro de la riqueza, que fundan una obligación recíproca” (Cousiño y Valenzuela, 1994: 116).

Las acciones de gasto festivo o economías del gasto, por un lado, dan origen a la recientemente mencionada obligación recíproca, es decir, fundan el vínculo social mediado

a través del don; mientras que, por otro lado, producen valor mediante el gasto improductivo, es decir, a través del sacrificio y la oblación. Hasta este punto, se ha presentado la primera de estas dimensiones, que es la que sirve como marco teórico para emprender el estudio del populismo, mientras que la dimensión sacrificial ha sido relegada. En efecto, y a pesar de su evidente cercanía, el intercambio de dones y el sacrificio son la puerta de acceso para el estudio de dos fenómenos diferentes. El sacrificio es sin duda el fundamento para el estudio de la experiencia religiosa, o si se quiere para el estudio del vínculo que se establece con la divinidad; en cambio el intercambio de dones es el que permite el estudio del vínculo social entre personas.

En el caso del acto sacrificial<sup>53</sup>, se sostiene que este es esencialmente destructivo, aunque sagrado. Como señalan Mauss y Hubert (1970a: 68-69), el punto de partida del sacrificio es siempre la oblación y la destrucción de algo susceptible de transformarse en sagrado. Más aún, es de la noción de sagrado de la que proceden todas las representaciones y prácticas de sacrificio: “*El sacrificio es un medio para que el profano pueda comunicarse con lo sagrado a través de una víctima*” (Mauss y Hubert, 1970a: 70). Pero, la destrucción sacrificial es solo parcial, ya que en ella se busca la destrucción de la coseidad de la víctima, no de su totalidad, es decir, solo de su materialidad, porque “la destrucción sacrificial se encuentra referida más bien a una restitución” (Cousiño, 1990: 122-123). De este mismo modo pueden ser interpretadas las palabras de Mauss y Hubert en el *Essai sur la nature et la fonction du sacrifice*, al señalar la función de este rito: “*El sacrificio es un acto religioso que, por la consagración de una víctima, modifica el estado de la persona moral que lo realiza o de determinados objetos por los cuales dicha persona se interesa*” (Mauss y Hubert, 1970b: 155). Esta, a su vez, puede hacer referencia a “toda oblación, incluso vegetal, todas las veces en las que la ofrenda, o una parte de ella, es destruida” (Mauss y Hubert, 1970b: 153-154). No obstante, en su origen, por lo general, los sacrificios son humanos, pero luego esta víctima va siendo sustituida por objetos<sup>54</sup> hasta llegar a uno de sus símbolos más recientes, el papel

---

<sup>53</sup> Para mayor detalle respecto del sacrificio se recomienda revisar, de René Girard (1979), *Violence and the Sacred*.

<sup>54</sup> Y si bien, en su origen, los sacrificios puedan haber estado ligados a la destrucción del cuerpo humano, su racionalización, argumenta Cousiño (1990: 124), se encuentra ligada al proceso de sustitución de la víctima sacrificial. Esto ocurre, esencialmente, gracias a que el rito sacrificial está, como se mencionó, orientado a la destrucción de la coseidad de la víctima, no a su destrucción total, de modo que la búsqueda de sustitutos

moneda. Pero, ¿por qué hay una similitud entre la víctima humana y el dinero? Esta semejanza está en que ambos son la encarnación simbólica del valor, pero no de un valor de uso, sino de su valor social o valor de intercambio, ya que lo que se destruye es su coseidad, su materialidad, en definitiva su utilidad, pero garantiza el intercambio, la vinculación con los dioses, con la comunidad. De esta manera logra ser fuente de comunión entre miembros de la sociedad (Cousiño, 1990: 124-125), reconciliando la ‘inmanencia’ y la ‘trascendencia’ (Morandé, 1987: 03-104)<sup>55</sup>. El resultado, finalmente, es que la víctima o su sustituto, y el sacrificio en general, posibilitan la generación de vínculos. Aunque, como ocurre con el dinero, este posibilita el establecimiento de equivalencias, no necesariamente concreta un vínculo presencial, menos aun cuando hoy en día los intercambios comerciales son diferidos o mediados tecnológicamente.

Ahora bien, volviendo al gasto, para Bataille el *potlatch* es la forma esencial en que se concreta dicha noción de gasto, o de una economía del gasto. Siendo un tipo de donación

---

simbólicos deviene de suyo esperable: “(...) el sacrificio, que es originalmente siempre un sacrificio humano, puede ser sustituido simbólicamente en la medida que se trata de la destrucción de la coseidad de la víctima, de su naturalidad o animalidad (...) se trata de un acto de diferenciación frente a la naturaleza, para transformarla a ella (y al hombre dentro de ella) en símbolos sociales. Históricamente hablando, esta sustitución de la víctima sigue un largo camino. El hombre es sustituido por diferentes tipos de animales sacrificiales, por productos de diferente naturaleza y, finalmente, por símbolos sociales” (Morandé, 2010: 65-66).

<sup>55</sup> A pesar de estas semejanzas, las diferencias entre el dinero y la antigua víctima sacrificial son insoslayables. Y es esta sustitución de la víctima la que puede explicar otro fenómeno, aquel que da cuenta de la reclusión del sacrificio en la individualidad. En el origen, sin embargo, no hay sacrificio sin el involucramiento completo de la sociedad, como mencionan Mauss y Hubert (1970a: 69): “En los sacrificios (...) está enteramente presente la sociedad. Hay pocos ritos que sean más funcionalmente sociales que el sacrificio. Cuando no es la propia sociedad lo que se sacrifica a sí misma y para sí misma, se hace representar en el oficio por sus sacerdotes, y, a menudo también, por una asistencia numerosa, que toma parte de forma activa”.

Al comparar dos ritos, el de la unción y el del sacrificio, Mauss y Hubert (1970b: 151) encuentran que en el primero solo se modifica la personalidad religiosa del ungido, en cambio en el sacrificio, la transformación irradia más allá de lo directamente consagrado, se extiende también a la persona que costea la ceremonia, al fiel que proporcionó a la víctima que es consagrada, y a todos aquellos, según la proximidad respecto del sacrificio. No obstante, en la actualidad, el proceso sacrificial ha devenido en introyección, el cual va aparejado a un proceso de secularización de la experiencia religiosa. Como asegura Morandé, el sacrificio en ninguna medida ha sido superado en la vida social, sino que transita desde la oposición entre naturaleza y cultura hacia la oposición entre individuo y naturaleza, “de modo tal que el sacrificio se presenta a la conciencia como una opción personal de autorrepresión frente a la naturaleza que vive cada individuo” (Morandé, 2010: 69). De esta forma, el sacrificio deja de ser un acto que compromete a toda la sociedad y pasa a ser una cuestión de incumbencia individual y de conciencia, es decir, por un lado, deja de ser el acto festivo y colectivo de sacrificio del excedente económico y, por otro, pasa a adquirir un sentido de acumulación y ahorro privado: “(...) el sacrificio ya no es más acción, sino omisión, no es hacer algo, sino dejar de hacerlo. Se transforma entonces en ideología o, si se quiere, la ideología se transforma en una introyección del sacrificio (...) pasa a ser un proceso que se despliega al interior de la conciencia de cada sujeto y que se le presenta como una elección fundada en las probabilidades” (Morandé, 1987: 106).

agonística, y que es propia de muchas sociedades premodernas, está excluida toda forma de regateo, y tal como formula Mauss, lo que busca es humillar, desafiar y obligar a un rival. Pero Bataille asemeja donación con sacrificio, al considerar que el don no es la única forma de *potlatch*, lo es también el propio sacrificio, entendido como destrucciones espectaculares de las riquezas (Bataille, 1987: 32). Así, para este autor, “la constitución de una propiedad positiva de pérdida” (Bataille, 1987: 33), la cual genera nobleza, honor, aumentos de rango, se logra a través de dones o del sacrificio<sup>56</sup>. Godelier, por su parte, distingue entre *potlatch* y sacrificio, sin embargo, sostiene que el sacrificio se aproxima al *potlatch*, en la medida que el dios que dona está ahí para donar una cosa grande a cambio de una pequeña (Godelier, 1998: 265), es decir, en esta perspectiva, se vuelve a sostener que el sacrificio es la puerta de entrada para la experiencia religiosa con la divinidad y que se concreta en la asimetría<sup>57</sup>.

Resumiendo, la diferencia entre gasto basado en la reciprocidad –y esto se entiende como el intercambio de dones, incluido el *potlatch* como su variante agonística– y el sacrificio, radica en que el primero se funda en el consumo –o dilapidación suntuosa de las riquezas– lo cual remite, principalmente, a un valor de uso para vincular a las personas, mientras que en el segundo su énfasis está puesto en la generación de valor de intercambio que se produce a través de la víctima sacrificial, y que para las sociedades premodernas permite la apertura hacia el estudio de la experiencia religiosa.

---

<sup>56</sup> Incluso Bataille va un paso más allá. Afirma que “la variación de las formas no entraña alteración alguna de los caracteres fundamentales de estos procesos cuyo principio es la pérdida” (Bataille, 1987: 42), razón por la cual observa en los estados emocionales de excitación, así como en la experimentación de la gloria o su contracara, la ruina, o bien en las fiestas, la manifestación de la tendencia humana al gasto.

<sup>57</sup> Mauss ya había señalado esto en su estudio del don, al citar a Vladimir Jochelson quien investigó a las tribus Koryaks del nororiente ruso, y su canto asociado a una danza de los espíritus, donde se clama y establece que se recibirá mucho de los dioses frente a lo escuálido de la ofrenda de los hombres (Mauss, 1979: 173). Pero, por más que los dones ofrendados por los hombres y su destrucción haya alcanzado al cuerpo humano, el don de los dioses es interpretado por los hombres como infinitamente mayor –desde una buena cosecha, el bienestar en general, hasta la vida misma–, por esta razón Godelier se inclina al considerar el ‘don sacrificial’ como *potlatch*, sostenido, básicamente, en la premisa de que una de las partes dona más (dioses) que la otra (hombres): “(...) el sacrificio se constituye en una suerte de *potlatch* y que los dones a los dioses, a los espíritus de la naturaleza y a los espíritus de los muertos, no solamente pertenecen al «mismo complejo», sino que, como escribe Mauss, «llevan dioses que donan y devuelven están ahí para donar grandes cosas a cambio de otras pequeñas». En este punto, Mauss indica claramente la articulación entre la práctica del don y la práctica del sacrificio-contrato con los dioses y los espíritus. Y, prolongando el pensamiento de Mauss, comprendemos mejor por qué, en esos universos sociales y mentales, los seres humanos que donan más de lo que se les ha donado, o que donan tal cantidad que nadie podrá jamás realizar un contradón equivalente, se elevan por encima de los restantes hombres y son un poco como dioses, o cuando menos se les parecen” (Godelier, 1998: 51).

### 3. EL POPULISMO COMO VÍNCULO SOCIAL

Jacques Godbout (2004: 177-178) plantea que existen diferencias esenciales entre el don arcaico y el don moderno. Observa que en el primero se funda una relación recíproca, en cambio en el don moderno se establece un acto que es libre y unilateral, filantrópico y humanitario. El aspecto del retorno, en la concepción del don moderno, se vuelve entonces prescindible: “Notons que se priver du droit au retour ne signifie pas qu’il n’y a pas retour. Il peut y en avoir ou ne pas y en avoir. L’essentiel, c’est que le don n’est plus défini à partir de ce critère. Il s’agit certes d’une approche négative: se priver, renoncer volontairement” (Godbout, 2004: 179)<sup>58</sup>.

Teniendo en cuenta la diferencia anterior, la tesis que sustenta esta investigación sobre el populismo se basa indefectiblemente en las características del don arcaico, es decir, en el cual se concreta la relación de reciprocidad, del intercambio de dones, que se ha venido describiendo en este capítulo. Aquella tendencia al gasto de las experiencias populistas latinoamericanas es el elemento legitimador de sus acciones políticas frente a sus seguidores, frente a su pueblo. En este sentido, el gasto festivo o despilfarro en una economía moderna, es decir, cuando el gasto público supera los límites de lo económicamente posible, parece ser una de las características distintivas de –al menos– algunos populismos de mediados de siglo XX. Sin embargo, la interpretación que la economía moderna puede realizar de ello no es certera, precisamente porque observa al fenómeno desde categorías que escapan a las de la sociología de la presencia. En efecto, una mirada tanto sociológica como antropológica puede entregar más claridad al respecto. Las visiones de varios de los autores revisados hasta ahora sostienen esta problemática. Particularmente, surge la interrogante en torno a si el gasto de los líderes populistas tiene un sentido capitalista o no, y si el dinero opera propiamente tal de acuerdo a una lógica monetaria, o bien como una lógica de intercambio de dones arcaico.

Situada así la problemática, los argumentos presentados en este capítulo indican que el gasto primordialmente no cumplía en la antigüedad una función como satisfactor de necesidades materiales, tal como supondría una economía capitalista. Y si se asume la tesis de que el

---

<sup>58</sup> Para profundizar en el estudio del don moderno véase, del mismo autor, *El espíritu del don* (Godbout, 1997).

populismo es una forma de vínculo social que se concreta a través de intercambio de dones, en un sentido arcaico, una de las funciones principales del dinero tampoco sería monetaria. A su vez, ni siquiera parece ser que la preocupación de los líderes populistas es propiamente capitalista, por el contrario, su preocupación es más bien política y social, en tanto buscan la legitimación frente al pueblo a través de la lealtad facilitada por estrategias de gasto que fundarían una obligación de reciprocidad.

Tanto el intercambio de dones que funda vínculo social entre personas como el populismo pueden ser entendidos bajo la lógica de un fenómeno social total. Ya se describió cómo esto ocurre en el caso de las sociedades premodernas y, al igual que con el populismo, se puede apreciar que este produce un involucramiento de la sociedad en su conjunto. Así, las nociones de corporativismo estatal y de estado populista presentadas en el Capítulo 2 ayudan a comprender mejor este aspecto. Ambas definiciones van aparejadas y permiten observar que, en una sociedad bajo el populismo como principal forma de integración social, se involucre gran parte de ella dentro del ámbito de control estatal. En efecto, el Estado modela al resto de la sociedad, además de crear, patrocinar y, desde luego, controlar diversas organizaciones, incorporando y protegiendo a crecientes sectores social emergentes e históricamente excluidos, como es el caso, principalmente, de las clases bajas urbanas. Entonces, el Estado populista se embarca en politizar a diversos nuevos sectores, según las directrices establecidas por el régimen. De igual forma, el análisis discursivo de Groppo presentado en el Capítulo 3 está indicando la preeminencia del populismo en cuanto fenómeno social que tiende a involucrar a la totalidad de la sociedad. En efecto, las nociones de lógica de la equivalencia como de la diferencia, en cuanto esquema de análisis discursivo del populismo, ordenan el espacio social en torno a la figura del líder populista, que se convierte en la representación de las diferencias entre los seguidores y la élite opositora, provocando en medida importante la división y polarización de todo el espacio social, del que muy pocos pueden sustraerse ni trascender las fisuras del conflicto.

Ahora bien, en esta etapa de la investigación, es ineludible la pregunta por la relación histórica que pueda existir entre las sociedades oceánicas, las del sureste asiático o del noroeste americano, por un lado, y el populismo latinoamericano, por otro. Asimismo la

interrogante es por qué aparece en el contexto moderno y urbano del siglo XX latinoamericano una forma de vinculación propia de sociedades en las que prima una economía del don. Sin duda alguna, la razón se puede encontrar en el orden social precedente y que fue predominante durante el periodo colonial en América Latina, a saber: la hacienda. El estudio de las formas de organización social colonial es una labor determinante para poder explicar el orden social y político posterior de Latinoamérica. Toda vez que lo que se conserva son formas generalizadas del carácter cultural, es decir, un *ethos* singular desarrollado en la colonia y que se despliega aún en contextos actuales.





## **SEGUNDA PARTE. SOBRE LOS ORÍGENES Y CAUSAS DEL POPULISMO**



## CAPÍTULO VI. LOS ORÍGENES COLONIALES (I): TRABAJO Y RELIGIÓN COMO DIMENSIONES DEL ENCUENTRO CULTURAL

*(...) el propio sistema jesuítico,  
en lo que logró mayor éxito en  
el Brasil de los primeros siglos,  
fue en la parte mística  
devocional y festiva del culto  
católico. En la cristianización  
del aborigen por medio de la  
música, del canto, de la liturgia,  
de las procesiones, fiestas,  
danzas religiosas, misterios,  
comedias (Freyre, 1977: 75-76).*

La extensión de la economía del don en los pueblos originarios de Latinoamérica puede advertirse incluso hasta hoy en día. Vera Delgado (2004: 17-35), al analizar la forma de organización en el uso de las aguas para el riego de tres comunidades de los Andes del sur peruano, distingue un patrón esencial en el comportamiento del *Qollana*, la autoridad hidráulica tradicional, que es el principio de servicio a la comunidad, el que consistiría, básicamente, en la reciprocidad. Llega a adquirir tanta relevancia este principio, que al egoísta se le califica y degrada al nivel de un *allku*, que significa perro y mezquino. Entonces bien, el servicio a la comunidad catapulta a un aumento de estatus, de ahí el dicho: ‘mientras más doy, más soy’.

Servir a la comunidad significa tener un estatus (comunero), obtener derechos y también obtener poder. El estatus de comunero o comunera concede diferentes derechos: acceso y uso del agua, acceso a terrenos comunales, usufructo de los pastos comunales, y posibilidad de tomar decisiones en las reuniones y asambleas comunales. Un comunero construye y obtiene poder en la medida que trabaja en beneficio de la comunidad (Vera Delgado, 2004: 27).

A primera vista, pareciera ser entonces que la pregunta es cómo se produce el traspaso de estos modos culturales aborígenes a los de la hacienda latinoamericana. No obstante, la pregunta por un mero traspaso es un tanto simplista como equivocada. Claro está, en la medida que la cultura que se impuso fue la española. Todo más bien apunta a una mutua recepción y acomodación de ambos modos culturales, bajo la solución de la denominada síntesis en el plano ritual de las civilizaciones.

El contacto inicial de dos culturas se produce hacia fines del siglo XV en América –en lo que se conoce como el ‘Descubrimiento’–, entre la civilización conquistadora y la aborígen y, posteriormente, africana. Así, “el nudo fundacional es el mestizaje acaecido durante la Conquista y Colonización. La conjunción de las culturas (...) posibilitó una síntesis social, desde la cual, en un juego de elaboraciones y reelaboraciones, habría surgido un *ethos* particular: la cultura mestiza latinoamericana” (Montecino, 2007: 45).

El encuentro histórico, si bien asimétrico, redefinió a ambos implicados. Para ello, se debe suponer que hubo comunicación entre las partes, y si esta se produjo no lo hizo en el plano de la palabra, sino fundamentalmente en el del rito (Morandé, 1987: 172-173). Pedro Morandé, para explicar por qué resulta de suyo fructífero el encuentro, especialmente por el lado del padecimiento aborígen de la conquista española, en tanto cambio de hegemonía social, recurre a la tesis de Octavio Paz, quien la define como una ‘catástrofe cósmica’ o *pachacuti*, es decir, como un mundo que se hace de nuevo (Montecino, 2007: 45):

(...) la conquista significó para los amerindios no sólo una ocupación de su territorio, sino también una desorganización total de su universo de significaciones, una catástrofe cósmica. Pero, en tanto catástrofe fue vivida ritualmente, no significó un quiebre epistemológico, sino más bien la verificación práctica de significados previamente codificados (Morandé, 1987: 175).

En efecto, si bien los aborígenes no entendían el significado lingüístico de la conquista, lejos de resultar en una dificultad, el hecho de no comprender conceptualmente la ideología europea fue un facilitador, tornándose la estructura de la comunicación entre europeo y aborígen en eminentemente ritual. Solo así el mundo indígena la pudo incorporar en su sistema de interpretaciones. Por otro lado, no cabe duda que los ibéricos también tuvieron

una predisposición favorable al rito, y ello lo representa el carácter barroco de la España de la época y su base religiosa contrarreformista (Morandé, 1987: 176). Este aspecto se retomará más adelante en este capítulo.

Por su parte, la cultura, que es en definitiva el ámbito ulterior y persistente en que ambos mundos toman contacto, puede ser entendida como una trama de valores, símbolos y representaciones, patrones de conducta de la persona, tiene que ver, entonces, con aquel “modo de habitar en el mundo, el *ethos*, en donde confluyen contenidos y prácticas que entregan sentido a la vida humana” (Montecino, 2007: 33). Es, pues, aquel tipo de prácticas que están codificadas en un mundo de la vida que se construye a partir del encuentro entre civilizaciones, y que queda disponible para toda persona que se presenta a otra en actitud natural. Son, por tanto, aquellas prácticas orientadas hacia el otro, o como menciona Schutz con ‘orientación Tú’, que ocurren en el espacio de la inmediatez espacio-temporal, es decir, en el ámbito de la presencia, donde el vínculo entre personas se produce de forma pre-predicativa, pre-categorial, en definitiva, pre-reflexiva. Al concretarse este tipo de vínculo social propio de la esfera de la presencia, se produce entonces lo que el mismo Schutz define como la ‘relación nosotros’ en que finalmente se logra una sincronización mutua de conciencias. Así, en la vida cotidiana se establecen los modos de comportamiento y vinculación propios de una cultura, siendo, para el *ethos*, este espacio el propio de las relaciones sociales presenciales.

Sin embargo, contrario a lo que plantea Montecino (2007), quien asevera que este *ethos* cultural no tiene como ámbito de desenvolvimiento la estructura social propiamente tal, sea económica, política, o social en un sentido amplio, la hipótesis que aquí se desarrolla tiene relación con que si bien el *ethos* ha quedado recluido actualmente en los sectores sociales de la vida cotidiana, este ha sido catalizado por ciertas circunstancias históricas en el ámbito público, aquel de los vínculos sociales que se establecen en la vida política de una nación.

## 1. DIMENSIÓN DEL ENCUENTRO CULTURAL (I): EL TRABAJO TRIBUTARIO Y LA CORONA COMO REPRESENTACIÓN DEL TODO SOCIAL

Lo que se denomina legitimación cültica del trabajo (Morandé, 1987: 180-184; Cousiño, 1990: 119-126), es lo que propicia que el encuentro se produzca en un plano ritual que hace coincidir ambas culturas.

Y es que el sentido tributario legitimaba tanto el trabajo aborígen como el ibérico en un sentido colectivo que involucraba a todo el tejido social. Por esta razón es que el carácter de la empresa de conquista aparece como un aspecto clave, toda vez que los conquistadores ibéricos no habían desarrollado, incluso durante el siglo XVI, una legitimación puramente individual del trabajo, cuestión que el protestantismo comenzaba a lograr con el concepto de profesión o *beruf* y de predestinación (Weber, 1969), siendo dicha empresa de conquista católicamente barroca:

La crítica protestante al rito y, en general, a todas las mediaciones que pudieran interponerse entre el hombre y Dios, introducía un principio de legitimación individual para el trabajo (...) La catedral de piedra debía sustituirse por la catedral interior y ésta no podía constituirse con la ayuda colectiva de la comunidad, sino con la dedicación en conciencia al trabajo y a la vida austera (Morandé, 1987: 180).

Si para el protestantismo la legitimación del trabajo respondía entonces a una de tipo individual y de conciencia, signo de la salvación, en que los ritos y, desde luego, los sacramentos perdían crecientemente importancia, el catolicismo contrarreformista le respondía con una acentuación sacramental. Esto, traducido a la empresa de conquista ibérica, significaba que la regulación de la actividad del conquistador no quedaba a su propia conciencia, sino que era merced de las estrictas regulaciones impuestas por la corona. Pues bien, la empresa no se basaba en un interés meramente privado, sino que dicha empresa, muchas veces posible de catalogar como privada, era, primordialmente, una con sentido público.

En este contexto, el trabajo del conquistador quedaba subyugado al tributo que se debía pagar a la corona por el derecho a la conquista. En efecto, la tesis (Morandé, 1987: 182) es que el trabajo no fue considerado como mercancía –como se la entendería conforme a un sistema capitalista– ni durante la conquista ni después del establecimiento de las instituciones coloniales. Sino más bien como tributo, razón por la cual el trabajo mantuvo su carácter social, el mismo que poseían las sociedades aborígenes y que se extendió al trabajo colonial a partir del siglo XVI.

El tributo, generalizado en gran parte de las complejas sociedades precolombinas de América, se proyectó como el mecanismo legítimamente “aceptado para la movilización de la mano de obra y de los bienes” (Villamarín y Villamarín, 1999: 27). El tributo en la América española se desarrolló en gran parte del continente, siendo el principal gravamen individual que se exigía a los indígenas. Según Macleod (1990: 163) tiene su origen en la Edad Media, apareciendo en América muy tempranamente en el mandato que recibe el Gobernador Ovando de Santo Domingo en 1501. En Perú, por otro lado, el tributo se consolidó durante el régimen del virrey Francisco de Toledo, por los años setenta del siglo XVI.

Los españoles conservaron de los aztecas el modo tributario, el cual no solo se pagaba en bienes, sino que también en trabajo. Este último, por ejemplo, a través del *coatequitl*, el que consistía en una rotación de mano de obra reclutada de entre plebeyos aztecas (Villamarín y Villamarín, 1999: 40-43). Mientras que en el Imperio Inca está bastante documentado el caso de la *mita*. La *mita* fue heredada por los españoles y utilizada extendidamente para la provisión de mano de obra indígena para las mercedes de tierra, aunque fue especialmente utilizada para el trabajo minero andino. Consistía en que cada agrupación o pueblo indígena debía aportar un número determinado de personas para prestar servicios correspondientes donde fueran destinados, esto en tanto eran considerados como vasallos de la corona y debían pagar un tributo. A través de las mitas, los principales destinos mineros fueron Potosí y Huancavelica, sistema que implantó personalmente el virrey Francisco de Toledo. Durante 1572, en un viaje de Cuzco a Potosí organizó la *mita* “instruyendo a los jefes (*curacas*) de los altos pueblos andinos para que enviasen hombres bien capacitados a Potosí. La zona que finalmente se designó como fuente de trabajadores era enorme, y comprendía unos 1.300 km,



entre Cuzco en el norte y Tarija en el sur, y un máximo de 400 km. a lo ancho de los Andes” (Bake-Well, 1990: 66). Más aún, cabe destacar que la fuerza laboral obtenida a través de la mita llegó a padecer elevados niveles de opresión, logrando un fuerte desgaste físico de la población indígena, lo que presionó de sobremanera a su reducción demográfica, teniendo que ser necesaria la llegada de mano de obra esclava africana para cumplir con ciertas faenas mineras.

Otro sistema de trabajo, no esclavo y no asalariado, que la colonia tomó de los incas fue el *Yanaconaje*. Los yanaconas eran indígenas que cumplían diversos servicios a la élite incaica y que no estaban vinculados a alguna comunidad específica. Con el cambio de hegemonía que se produjo, los yanaconas pasaron a ser sirvientes de los colonizadores, al igual que comenzaron a trabajar en los campos e incluso algunos en las minas (Villamarín y Villamarín, 1999: 51). “Los yanaconas no eran esclavos y en términos legales no podían ser vendidos individualmente. Sin embargo, ellos y sus familias podían ser vendidos como parte de la tierra a la que pertenecían, y en muchos sentidos aquéllos que trabajaban en la agricultura se asemejaban a los siervos adscritos a la gleba” (Macleod, 1990: 157).

Entonces, si bien el yanaconaje no implicaba directamente propiedad de los indígenas, ya que se violaría el principio de libertad que la corona buscó imponer, ha quedado demostrado como esto se violó sistemáticamente durante la colonia. Más aún, el yanaconaje se convirtió en una importante fuente de mano de obra, la cual aumentó tanto por el crecimiento natural de la población –los yanaconas, por general, no eran trabajadores de las minas donde la población indígena decreció considerablemente– como por la práctica de retener trabajadores indígenas mediante el endeudamiento (Villamarín y Villamarín, 1999: 51). Otro aspecto importante de destacar es que los derechos y deberes de los yanaconas eran protegidos por España, quien podía intervenir a su favor, a pesar de encontrarse bajo el dominio privado del colonizador. Y la consecuencia de ser protegido implicaba, pues, que debían pagar tributo a la corona (Villamarín y Villamarín, 1999: 51). El yanaconaje fuera de la zona del antiguo dominio incaico se extendió también a Chile y parte de Argentina, y aunque en México el sistema similar basado en yanaconas (*macehualtin*) no prosperó, sí ocurrió que los colonizadores se vincularon y retuvieron a algunos indígenas para cumplir labores de

sirvientes, a estos se los conoció como gañanes, laboríos y naboríos (Villamarín y Villamarín, 1999: 52). Por ejemplo, en el caso de los naboríos, que era una categoría de indígenas al margen de las encomiendas y de los pueblos, fueron un tipo de empleados personales que comenzó a desaparecer –como denominación– bien avanzado el siglo XVI, así, paulatinamente, se comenzó a usar el término laborío, con el cual se describió la mano de obra indígena libre, principalmente desarrollada en Nueva España durante el siglo XVIII (Macleod, 1990: 157).

El tributo, hacia los comienzos de la colonia hispana se pagaba a los encomenderos, sin embargo, a medida que la institución de la encomienda fue desapareciendo, la corona comenzó a revertirlas hacia sí –impulsada también por la disminución de la población aborigen (Sánchez-Albornoz, 1990: 15-23)–, recibiendo el tributo el trono español a través de su entramado burocrático (Macleod, 1990: 163-164). Los tributos que debían pagar los pueblos aborígenes sufrieron aumentos crecientes durante la colonia, como ocurrió para fines del siglo XVI, en que el denominado servicio real y el tostón, ayudaron a financiar a la realeza y a la flota para impedir la piratería caribeña, respectivamente, y en particular este último permaneció por casi toda la colonia (Macleod, 1990: 165). Desde luego, los tributos se extendieron a toda la América hispana, como la derrama, que fue uno aplicado a mujeres indígenas de zonas pobres del imperio, en que lo solicitado era la entrega de preparaciones de materias primas de algodón o lana, para luego ser utilizadas en etapas más complejas de elaboración manufacturera (Macleod, 1990: 166-167). Y la Iglesia tampoco se quedaba ajena al cobro tributario, como fue el caso de la cofradía o hermandad religiosa, un tributo que debían pagar los indígenas para el financiamiento de ceremonias religiosas católicas, así como para las retribuciones a clérigos por sus visitas (Macleod, 1990: 169-170).

Los colonizadores no estaban tampoco exentos del pago de tributaciones a la corona, muchos de los cuales ya se aplicaban en la propia España previo a la conquista. Entre estos destacan los derechos de aduanas; el diezmo, que cobrado a través de frutos de la tierra, debía ser redistribuido en conjunto con la Iglesia, al igual que la santa cruzada; también estaba el quinto real que se pagaba por la extracción de metales preciosos; el donativo gracioso pagado voluntariamente por las clases altas –aunque transformado en una regularidad durante el

reinado de Carlos II–; y la alcabala, entre otros. Particularmente, la alcabala era un tributo que en América comenzó a ser asumido de forma conjunta por cada pueblo<sup>59</sup>.

Por lo tanto, una de las dimensiones en que se produce el acercamiento y que, en consecuencia, contribuye a definir uno de los puntos de contacto en los que se basa el encuentro cultural es a través del trabajo. La impronta tributaria del trabajo lo convierte al mismo tiempo en una ofrenda para el todo social, que en el caso del período colonial inicial lo representaba la corona, distanciándose de aquella consideración como iniciativa privada que comprende al trabajo como una mercancía.

Al igual que en la América española, difícilmente se podría hablar de una iniciativa privada de tipo capitalista para la empresa de conquista y colonización en Brasil. Esto porque el control de la corona era muy potente a pesar de un inicio sumamente delegativo. Para los años treinta del siglo XVI el rey de Portugal donó todo Brasil a doce señores hereditarios que se convirtieron en donatarios, en otras palabras “recibieron como donación un bien que pertenecía a la corona y sobre el cual ella conservaba el dominio pleno” (Gallo, 1999: 198). En ese sentido, la donación si bien es plenamente hereditaria, es también condicionada en tanto inalienable e indivisible, pudiendo devolverse a la corona bajo ciertas situaciones. Sin embargo, la corona aumentaría su control sobre Brasil, ya que lo que había cedido a través de *donatarias* –poder de gobernar: jurisdicción, derechos y tierras– los revertería (Gallo, 1999: 198-199). En efecto, el rey João III de Portugal echa pie atrás y adquiere el señorío de Bahía e instala la primera capitanía regia y “la sede de un gobierno permanente, retira la inmunidad y disminuye la jurisdicción de los donatarios” (Gallo, 1999: 199). Sin embargo, para Gallo (1999: 221) esto debe ser matizado, ya que más que por iniciativa propia de la corona, esta se ve más bien con la necesidad de reaccionar, debido a la amenaza de

---

<sup>59</sup> Como señala Macleod (1990: 171): “El pueblo (...) asignaba la recaudación a un campesino, quien tenía que confiar en cierta manera en las declaraciones juradas de los encomenderos, comerciantes y tenderos, en relación al volumen y valor de las transacciones que éstos habían realizado recién concluido el período de imposición (...) Los artículos básicos, tales como pan, armas, ornamentos religiosos, caballos, donaciones y herencias, estuvieron libres de alcabalas. Entre fraudes, recaudaciones intermitentes, compras y ventas ilegales de los indígenas y conflictos en torno a qué tipo de artículos calificaban y cuáles no, la mayor parte de las alcabalas de las ciudades pequeñas debieron defraudar al tesoro real. Probablemente en las ciudades más grandes, las alcabalas debieron recaudarse de manera más celosa”.

desaparición de la presencia portuguesa por abandono de los señoríos, como es el caso de Bahía, o por el latente peligro de la ubicación de un asentamiento extranjero que podría partir en dos la colonia portuguesa, como es el caso de Río de Janeiro. Y claro, la corona portuguesa continuó en el segundo siglo de la colonización las políticas de donaciones, si en el primer siglo se registran 13 donaciones de señoríos, en el siglo XVII se registran también 13 donaciones más. Las devoluciones por disentimientos de los donatarios, sin embargo, alcanzan a 7 en el siglo XVII y las devoluciones onerosas, es decir, las readquisiciones mediante compra por parte de la corona, alcanzan su *peak* en el siglo XVIII con 12 señoríos (Gallo, 1999: 222). Esto más bien habla de una política que obligaba a la corona a donar para poder colonizar, siendo un síntoma de la falta de recursos incluso bien entrado el siglo XVII. Por otro lado, también esto da cuenta de una dominación del tipo patrimonialista en Brasil, sobre este último aspecto se volverá más adelante.

Para el caso español, no obstante, lo que se reparte no son tierras sin dominio de propiedad sobre ellas, como es en las *donátarias*, sino que vasallos y su trabajo tributario. Si bien en un comienzo los iniciales repartimientos, como los llevados a cabo por Cristóbal Colón en las islas caribeñas o el negociado con la corona por Vicente Yáñez Pinzón para la conquista de Puerto Rico en 1502, significaron repartición de tierras, rápidamente en el temprano siglo XVI, y una vez instalados los conquistadores, se inició el régimen de encomiendas. La corona también suprimió las tendencias esclavistas iniciales, en que indígenas capturados por los conquistadores en zonas aún sin conquistar, eran repartidos para el cumplimiento de diversas labores (Macleod, 1990: 150).

Es bien sabido que la encomienda, o incluso el sistema denominado de Repartimiento de Indios de Mesoamérica y América Central –muy similar a la encomienda mitaya de los Andes– lo que lograban era la distribución de mano de obra indígena, motivada por el pago de un tributo de vasallaje. Este tributo que era cobrado por el encomendero, para sí como para la corona, tenía asociado un deber que tiene que ver con que los indígenas que le son encomendados quedaban bajo su resguardo, terrenal y espiritual, es decir, debía cuidar su bienestar y evangelizarlos. Pero, a pesar de que la encomienda no significó derecho sobre las tierras de los indígenas, es decir, no implicó propiedad, tal como no implicaba propiedad la

*donataria* portuguesa mencionada más arriba, en el caso español, el instrumento legal para la distribución de tierras era la merced real, y a través de la cual podían aumentar su propiedad. Mörner (1990: 123-124) explica que:

Justo al recibir los vecinos sus parcelas de tierra a través de la «merced real», ellos tenían derecho a obtener grandes o pequeños terrenos en las áreas circundantes de pueblo que todavía no habían sido cultivadas por los indios. Estas concesiones tuvieron el carácter de «mercedes de tierra» y deberían ser usadas para la subsistencia de los propios concesionarios. Dependiendo del posible uso que se pudiera hacer a través de las donaciones, éstas fueron calificadas como «mercedes de labor» o «mercedes de estancias de ganado», respectivamente.

Otro aspecto que se ha llegado a evidenciar es que la encomienda tuvo un fundamento en el gasto oneroso de recursos. En efecto, se pretendió el establecimiento de grandes señoríos entre los primeros colonizadores –con una mansión, una familia numerosa y despilfarradora, y un ejército de criados–, que despreciaron el trabajo y que pretendían un gasto suntuoso de recursos, para legitimar su posición social o aspirar a una superior, pero que a menudo encontraron la ruina gracias a la contracción y restricción del régimen de encomienda (Macleod, 1990: 152).

Sin embargo, muchos repartimientos y luego el régimen de encomienda contribuyeron a financiar la tenencia de la tierra. Sobre todo en aquellas áreas centrales del Imperio permitió a los encomenderos la acumulación de considerables fortunas. Ello ocurrió generalmente hacia la segunda o tercera generaciones de encomenderos, en que estos se apresuraron en utilizar el capital de la encomienda o de lo obtenido de los tributos y comenzaron a diversificarlo fuera, ya sea en minería, comercio, rebaños y, desde luego, tierra. Si bien no existe una relación legal entre la encomienda y la tenencia de la tierra, sí existió una relación efectiva para Macleod (1990: 152-153). Aunque este argumento no resulta completamente satisfactorio como se verá más adelante.

No obstante, todo indica que las encomiendas fueron debilitadas por la corona –sumado al creciente decrecimiento de la población indígena– mediante la regulación más estricta del sistema de cobro de tributos para los encomenderos. Desde luego, a través de leyes cada vez

más efectivas, la corona buscó apoderarse de más beneficios de las encomiendas, al convertirlas en un complejo sistema de diversas fases para obtener el tributo. Así, muchas encomiendas, sobre todo las más pequeñas, se transformaron en una carga importante, con lo cual la corona las revirtió para sí (Macleod, 1990: 151). En cierto sentido, este es un aspecto de similitud con la corona lusitana, toda vez que las *donatarias* comenzaron a ser devueltas a la corona ya sea por compra, por disentimiento del donatario o por restitución legal. El resultado es común para ambos reinos, obtuvieron de esa manera una forma para acumular una mayor cantidad de recursos de sus colonias, una vez que gran parte de la colonización ya había sido realizada. Aunque la diferencia estuvo en que, por el lado español, los recursos fueron obtenidos mediante tributos a los indígenas y colonos, mientras que por el lado lusitano fueron obtenidos mediante los impuestos cobrados a los agroproductores brasileños que mantenían importantes cantidades de trabajo esclavo.

Pero, quizá, uno de los aspectos de contraste más significativo fue que la corona portuguesa no pudo ocupar estructuras sociales tributarias pre-coloniales, como sí realizó la corona hispana, debido evidentemente a la ausencia de ellas en Brasil. Esta situación, en conjunto con el tipo de colonización implementado –sea mercantilista o liberal–, ha condicionado inclusive, a juicio de un grupo de autores (Mahoney, 2003; Lange, Mahoney y Haum, 2006; Mahoney, 2010), el subsecuente desarrollo social poscolonial. Desde luego, las sociedades precolombinas del Brasil no habían alcanzado el desarrollo de las civilizaciones incaica o azteca, como menciona Freyre (1977: 105-106): “La colonización europea vino a sorprender en esta parte de América a bandas casi de criaturas grandes; una cultura bisoña e incipiente, en su primera dentición todavía, sin la contextura ni el desarrollo ni la resistencia de las grandes semi-civilizaciones americanas”. Pueblos muy similares tanto los de la costa como los del interior, probablemente, alcanzando para el descubrimiento a casi dos millones y medio de indígenas en todo Brasil (Marcílio, 1990: 40-41). Los que se vieron rápidamente mermados, primero en el litoral gracias al exterminio y la esclavización, y posteriormente durante el siglo XVII en el interior, debido a las expediciones o *razzias* de los *bandeirantes* –quienes en su mayoría eran mestizos– que también vendían a los cautivos como esclavos (Marcílio, 1990: 41-43). No obstante, los aborígenes del Brasil fracasaron en la incorporación a las labores sedentarias de los *engenhos* o *fazendas*, mejor cumplidas por los esclavos

africanos (Freyre, 1977: 167, 272-273). Así, la trata de esclavos africanos ya permitida en Brasil desde 1549, creció con fuerza a partir del siglo XVII, donde se calcula que llegaron unos 350.000 esclavos africanos, asimismo se estima que en los tres primeros siglos de colonización, la inmigración de esclavos osciló entre 2.200.000 y 2 millones y medio (Marcílio, 1990: 51-53), todos a cumplir funciones para la empresa azucarera y también para la empresa minera gatillada por la fiebre del oro, esta última focalizada durante la primera mitad del siglo XVIII.

La dimensión tributaria de la colonización portuguesa fue exigua en comparación a la española, esto porque estuvo basada primordialmente en un sistema de trabajo esclavo lo que no permitía recaudar recursos directamente de los sujetos sometidos. Estos se obtenía a través de los propietarios que realizaban su actividad al alero de la empresa azucarera, así como de otras actividades subsidiarias como el cultivo de tabaco y mandioca, además de ganadería y minería. Sin embargo, los derechos fiscales cobrados a los señores no son menores en cuanto montos recaudados. Se encuentran, entre otros, la redécima de la décima real, que corresponde al 1% de la producción; la media décima de la pesca, que corresponde al 5% del pescado; la redécima señorial de los derechos aduanales, que es 1% sobre las exportaciones al exterior; la *vintena* respecto del comercio monopolístico del *pau brasil*, es decir, el 20% del valor neto de dicha madera en Lisboa; y las pensiones sobre *engenhos*, molinos y salinas (Gallo, 1999: 238-239). La suma de la redécima de la décima real, la veintena del *pau brasil*, más otros derechos menores como las pensiones, aduanas, pesca y tránsito, crecen de 0,6 millones de reales en 1550 a 11,1 millones de reales en 1630 (Gallo, 1999: 241). En este sentido, si bien la esclavitud pudo haber limitado el modelo tributario propio de un reino mercantilista, la corona sí obtuvo su recaudación fiscal a través de la empresa productora de materias primas.

Por otro lado, en el caso de los donatarios que se instalaron en Brasil, no se los puede considerar propiamente empresarios –si bien algunos de ellos desarrollaron *engenhos*–, toda vez que lo que invierten es prácticamente nulo y su objetivo se focalizó más bien en posicionar nobiliariamente a su séquito. Verbigracia, esto se puede apreciar en Duarte

Coelho, donatario de Pernambuco, y Martim Afonso de Souza, donatario de la Capitanía de São Vicente, mencionados por Alberto Gallo (1999: 242):

(...) ellos no son “empresarios”. Tanto en el siglo XVI como en el XVII raramente invierten algo. El único “capital” que Martim Afonso aporta a la sociedad de que (por un cuarto) es copropietario es la tierra sobre la que surge el *engenho*, que habría podido dar gratuitamente en *sesmaria*. Lo que en realidad Martim Afonso coloca en la sociedad es la propia autoridad de donatario que concede a las licencias para los *engenhos*, autoriza los barcos a entrar y salir de los puertos, y controla (aunque indirectamente) magistraturas, oficios y milicias del señorío. Los esclavos que Duarte Coelho obtiene para el *engenho* son el resultado de la guerra del 1548, no de una capitalización, o sea que no se ven aquellas “inversiones en tierra y esclavos” (...) Los primeros donatarios, sobre todo aquellos que se han transferido a Brasil, han gastado su patrimonio (a veces en su totalidad) no en una empresa económica sino en la organización de la flota y de su séquito, en campañas militares, en viajes a la corte.

Sin embargo, a pesar de que el énfasis en el trabajo tributario de la colonia española difiere en esencia del énfasis en trabajo esclavo de la colonia portuguesa, ambos reinos instauraron un sistema de dominación patrimonial similar sobre los nuevos territorios. Así, el modelo colonial hispano asume la forma de reino patrimonial (Cousiño, 1990: 134 y ss.), tipo de dominación con la cual también es posible de caracterizar a la colonización lusitana de América. En la formulación weberiana, la dominación patrimonial es toda forma de dominación fundada en la tradición, pero ejercida a través de derecho propio, que en el caso de un patrimonialismo más puro correspondería a una separación absoluta entre los administradores y los medios administrativos, mientras que, para Weber, el tipo de patrimonialismo más estamental sería aquel en que el administrador tiene la propiedad de todos los medios o al menos una parte importante de estos (Weber, 1999: 185-187).

Como se aprecia, tanto en el caso de España como de Portugal, durante las primeras décadas de instalados los colonizadores, se produce un tipo de dominación patrimonial más pura, en que tanto las encomiendas como las *donátarias* no conceden al cuadro administrativo los medios de la administración, para estos casos: la propiedad de la tierra y el ejercicio de la justicia. Si bien en un comienzo se dio una repartición de tierras en las colonias españolas, mientras que los donatarios portugueses tuvieron la capacidad de ejercer la jurisdicción,



ambas coronas se apresuraron en restar dichas capacidades a sus cuadros colonizadores. El que de una u otra manera, como en el caso español ocurrió con algunos encomenderos que se transformaron en destacados terratenientes, o bien con los descendientes de donatarios que se convirtieron en prominentes señores de ingenios, no necesariamente ello está relacionado con el tipo de dominación patrimonial que las coronas ibéricas buscaron imponer, sino que en cierta medida habla de un surgimiento no deseado de patrimonialismo estamental, aunque las intenciones de las coronas hayan estado siempre relacionadas con mantener sus privilegios sobre las nuevas tierras:

Transformar en “vasallos” a los *fidalgos* que administraban los gobiernos de ultramar como patrimonios personales podía ser una buena idea. Seleccionar a la élite criolla promoviéndola a la condición señorial también podía resultar buena. Conservar en sus poderes a los antiguos señores para reducir a la obediencia a los “agentes de la corona” ha sido una necesidad en más de una ocasión (Gallo, 1999: 264).

Ahora bien, Weber sostiene que el patrimonialismo puede significar, al menos, tres cosas diferentes. Pero si se observa con detención, tanto para los casos hispano y lusitano, con el avance de los primeros años de la Colonia, se desembocaría en uno de tipo monopolista.

Monopolista, con cobertura de necesidades en parte con actividades económicas lucrativas, en parte con los derechos y en parte con tributos. En este caso el desarrollo del mercado se encuentra limitado irracionalmente con más o menos fuerza según la naturaleza del monopolio; las grandes probabilidades lucrativas están en la mano del imperante y de su cuadro administrativo; y el capitalismo, por tanto,

α) impedido de modo inmediato en caso de una *régie* propia y completa de la administración, o  
β) desviado al terreno del capitalismo político, en caso de que las medidas fiscales consistan en el arriendo de tributos, arriendo o venta de cargos, y sostenimiento capitalista del ejercicio o la administración (Weber, 1999: 190-191).

Esta tendencia monopólica, y ciertamente mercantilista, está también a la base de la legitimación cúllica del trabajo. Esto en cierta medida se replica en el caso brasileño, debido a que el fin tributario del trabajo refiere, en última instancia, al beneficio del conjunto simbolizado por la corona, es decir, por el interés público, no por un principio de productividad capitalista ni menos por una legitimación individual de tipo protestante del

trabajo. En este sentido, el patrimonialismo monopólico, con mayor o menor cantidad de trabajo tributario, estuvo presente en ambos reinos.

Para el caso español, este patrimonialismo queda reflejado, primero, en la encomienda que es una institución intermedia o de transición entre la Conquista y el establecimiento de una sociedad tributaria de raigambre criollo-mestiza en América representada por la hacienda (Gibson, 1966: 48-67). Con la instauración de la hacienda agrícola se nota una clara situación de recaudación del tributo a través de esta organización social rural por parte de la Corona, tal como nota Macera (1971: 7), “el corregidor o su comisionado el cacique-cobrador no exigía esos tributos directamente cuando se trataba de los indios avecindados en la hacienda”.

Para el caso portugués, la interpretación sobre la legitimación colectiva del trabajo puede ser también aplicable a las haciendas lusas, ya que, como se verá en el capítulo siguiente, en ciertas zonas se desarrollaron también formas de inquilinaje, así como de peonaje ganadero, sobre todo en el sur de Brasil, lo que, claro está, no alcanza los niveles que logró en Hispanoamérica, debido a la preponderancia del esclavismo brasileño, que se desarrolló en paralelo a los ingenios azucareros que estaban ya instalados en el temprano siglo XVI, e incluso antes que se lograra un control administrativo formal y efectivo del área de plantación del noreste de Brasil (Hutchinson, 1961: 205).

## 2. DIMENSIÓN DEL ENCUENTRO CULTURAL (II): LA EVANGELIZACIÓN CON ACENTO RITUAL

Como se señaló al principio de este capítulo, el encuentro cultural se desarrolló en el plano de rito y no en el de la palabra. En este contexto, el rito religioso del catolicismo contrarreformista fue rápidamente asimilado por las culturas originarias de América. Sin embargo, esta dimensión del encuentro cultural no se da con cualquier corriente religiosa dentro del catolicismo, sino que ello tuvo ciertas particularidades asociadas al tipo de evangelización implementada en América.

El contexto en que se desarrolla la evangelización en la América española está marcado por las corrientes reformistas del catolicismo relacionadas con el profetismo joaquinista y subsidiariamente con el utopismo. No es extraño identificar tendencias joaquinistas que postulan la reforma de la Iglesia Católica corrompida, y el comienzo de una nueva era que diera origen a la denominada tercera edad, la del Espíritu Santo y, en consecuencia, se originase la parusía. Estas son posibles de encontrar entre los primeros franciscanos llegados a México, como es el caso paradigmático de Jerónimo de Mendieta (cf. Bataillon, 1979; Phelan, 1970), o bien como lo fue Bartolomé de las Casas, fraile dominico, influido por el humanismo de Erasmo y el pensamiento utópico de Moro (Barnadas, 1990: 188). Por su parte, los jesuitas llegados a la América hispana con posterioridad a las órdenes mendicantes, si bien no se los puede considerar joaquinistas, sí estuvieron también influidos por el ideal reformista de la Iglesia Católica en su variante utópica, básicamente esto queda evidenciado por las denominadas reducciones indígenas, donde se plasmó de forma más concreta su ideal de evangelización<sup>60</sup> (Barnadas, 1990: 188).

No obstante, para el encuentro cultural es importante notar las diferencias entre los modos de evangelización de las órdenes mendicantes y la Compañía de Jesús. Por ejemplo, en el caso de la colonización portuguesa, quienes primero arribaron fueron los jesuitas, afianzando rápidamente el encuentro cultural. Si bien la dimensión cültica del trabajo puede no estar tan presente, ya que en Brasil no existió encomienda y la esclavitud estuvo muy extendida, sí tuvo una gran preponderancia la actividad misional de los jesuitas. Así, ya para 1549, a menos de una década de su aprobación papal como orden religiosa, la Compañía de Jesús contaba con 6 jesuitas presentes en Brasil. Este número fue creciendo con los años y a principios del siglo XVII habían 165 religiosos, de los cuales 17 eran nacidos en Brasil, y a fines de ese mismo siglo el número casi se había doblado. Para 1759, dos años antes de que la Compañía fuera expulsada de Brasil, se contabilizaban en la América portuguesa a 474 religiosos jesuitas, de los cuales un 44% correspondían a jesuitas oriundos de Brasil (Hoornaert, 1990: 210)

---

<sup>60</sup> A pesar de que en Brasil, jesuitas como el padre António Vieira hallan llegado a enunciar postulados joaquinistas en que el Descubrimiento y Conquista de América –obra del mismo Dios– deba ser visto como el acontecimiento más grande de la salvación luego de la venida de Cristo (Hoornaert, 1999: 209), el inicio de una nueva época y una oportunidad inigualable para evangelizar.

Como es bien sabido, la impronta jesuítica se ha caracterizado por haber implantado el modelo de las *aldeias* o *aldeamentos*, también conocidas como reducciones, muy extendidas en zonas contiguas a la colonia portuguesa, como lo fue Paraguay, que defendían a las poblaciones aborígenes de las barbaridades perpetradas por los colonizadores y encomenderos. A pesar de ello, la Compañía era partidaria de la esclavitud. Para Hoornaert (1990: 208-211) esto se debe a que la evangelización fue, en última instancia, funcional a la empresa colonizadora. Es así también como las prácticas religiosas se enlazaron con el modelo institucional patriarcal y el desdén por trabajar de parte del patrón, representado en los ingenios y haciendas.

Según el cronista Claude d'Abbeville, un indio, llamado Momboré-uau, dijo a los colonizadores franceses de Maranhão en 1612: «Los portugueses mandaron venir a sus sacerdotes, quienes llegaron y levantaron cruces y empezaron a enseñar a nuestra gente y a bautizarlos. Después los portugueses dijeron que ni ellos ni sus sacerdotes podían vivir sin esclavos que los sirvieran y trabajaran para ellos» (Hoornaert, 1990: 208).

Esto pone en tela de juicio si hubo actividad misional plena dirigida a la población negra, ya que en gran medida los mismos jesuitas dependían de la esclavitud africana en sus colegios, *fazendas* y *aldeamentos*. En cambio, para la población indígena, unieron sus colegios ubicados en las zonas costeras con pueblos indios y colonias misioneras, en donde los misioneros formados en los colegios se pusieron al servicio de los indígenas del *hinterland*. Pero, a medida que se produjo el fuerte descenso de población indígena y el aumento de la demanda por mano de obra para los *engenhos*, los jesuitas comenzaron a establecer sus colonias lejos de los centros de colonización protegiendo a los aborígenes del sistema esclavista portugués.

Pero si bien la hegemonía y anticipación jesuita en Brasil eran evidentes, otras tres órdenes llegaron a través del *Padroado Real*, es decir, por autorización directa de la corona. Estos fueron los franciscanos (1585), los carmelitas (1580) y los benedictinos (1581). Estas tres órdenes mantuvieron siempre propiedad territorial a través de sus *fazendas* para obtener cierta independencia económica; los carmelitas y benedictinos también fueron intensivos en los *aldeamentos*, sobre todo los primeros, y su visión de la esclavitud indígena fue laxa como

en el caso de los franciscanos quienes llegaron a defender la ‘guerra justa contra los indios’, o bien manejaron considerables cantidades de esclavos africanos como en el caso de los carmelitas y benedictinos, llegando a ser denominados por estos últimos como: esclavos de los santos. Por contraparte, también llegan otras órdenes al Nuevo Mundo, y para centralizar la labor evangelizadora por parte Roma, y buscando neutralizar de paso el *Padroado* portugués y el Patronato español, se crea la *Propaganda Fide* en 1622, que autorizó el arribo a América de órdenes como los capuchinos y los oratorianos (Hoornaert, 1990: 210-212).

A diferencia de Brasil, por el lado del modelo evangelizador de los Reyes Católicos se recurrió a las órdenes mendicantes, desechando las opciones monásticas medievales o de órdenes militares con gran participación en la Reconquista de la península. Los frailes privilegiados por la corona fueron entonces reformados u observantes<sup>61</sup>, debido a que no tenían pretensiones señoriales y se adecuaban más al voto de pobreza. Así, la primera orden mendicante en llegar a la América hispana fueron los franciscanos, seguida de los dominicos, agustinos y mercedarios. Entonces, la responsabilidad de la evangelización recayó en los mendicantes, los cuales portaban principios milenaristas en sus creencias<sup>62</sup>. Los jesuitas solo

---

<sup>61</sup> Facción reformada de la primera orden de los franciscanos, luego denominada como Orden de Frailes Menores o franciscanos observantes, que buscaban vivir más acorde al principio de pobreza, en clara contraposición a los franciscanos conventuales o no reformados (Del Val, 1999: 373-374).

<sup>62</sup> Las enseñanzas de Joaquín de Fiore (1135-1202) y su profunda convicción profética fueron recepcionadas por los franciscanos o Hermanos Menores, a través de renombrados frailes ya desde el último cuarto del siglo XIII, llegando a denominar un movimiento, condenado por la Iglesia y por el Papa Juan XXII en 1317 y 1323, como los ‘espirituales’, quienes llevaban las tesis joaquinistas al extremo. Algunos frailes fueron severamente castigados, incluso con la muerte en ciertos casos; no obstante, el joaquinismo pervivió mediante varios movimientos ortodoxos que promovían la vuelta a la observancia primitiva de la norma de San Francisco de Asís, ya a partir de 1334. Posteriormente, las corrientes joaquinistas tuvieron uno de sus grandes logros con la separación de los ‘observantes’ respecto de los ‘conventuales’ al interior de la orden franciscana en 1517, por razón de la bula papal de León X *Ite et vos in vineam meam* (Del Val, 1999: 369-370). El movimiento de la Observancia o reformistas, postulaban que estaba acaeciendo un cambio de época, en que se producía una renovación de la humanidad a través de una vuelta al imperio del amor (Del Val, 1999: 369). El Floreto de San Francisco fue el instrumento difusor de las concepciones milenaristas de Joaquín de Fiore entre los franciscanos, que aborda la vida y milagros de San Francisco, contiene las profecías de Joaquín Abad, en donde se recoge el apelativo *duo viri* en referencia a las órdenes franciscana y dominica, que vendrían a conducir el verdadero camino que tendría que tomar la Iglesia (Del Val, 1999: 371). Los denominados *duo viri*, también conocidos como *virii evangelici*, pilares de la renovación de la Iglesia, tenían la base de la justificación de su misión profética, y se dispondrían a cumplirla, en ciertos aspectos comunes que son: formar un número de 12 cuando se les presenta una misión evangelizadora; preparar al mundo para una Nueva Edad; esto tendría lugar en el sexto, séptimo y último estado de la Iglesia; y prepararse para la evangelización al momento que los signos de los tiempos indicaban la llegada de la Nueva Edad. Los franciscanos que evangelizarían América estuvieron de sobremana influidos por la corriente de la observancia más radical, sobretodo gracias a Fray Juan de Guadalupe, franciscano español que promocionó, entre otras muestras de desprendimiento, la descalcez. La primera expedición llegada a América de 12 franciscanos de la Observancia, con Real Cédula del 8 de

llegaron en un segundo momento a la América española, durante la segunda mitad del siglo XVI, y como se mencionó, aunque fueron herederos de las reformas al interior de la Iglesia Católica, efectuaron otro modelo de evangelización. Esta diferencia radica en el tipo de impronta evangelizadora de los mendicantes, conocida como ‘Tabula Rasa’.

Los Hermanos Menores fueron sobre todo a predicar el evangelio y a convertir a todas las gentes, tal y como habían leído en las instrucciones que les diera el Ministro General Francisco de los Ángeles Quiñones un año antes, en 1523. Esto explica el porqué del “rito abreviado” que adoptaron en la administración del bautismo sin la previa preparación acostumbrada en muchos de los casos (Del Val, 1999: 376).

Esta forma de evangelización, que incorporaba a la mayor cantidad posible de nuevos fieles, también trajo aparejada una fuerte iconoclastía de lo cültico en el mundo indígena, llegando a la negación total de las religiones aborígenes y frenando así todo tipo de sincretismo religioso-cultural (Cousiño, 1990: 139-141). Históricamente, ello se manifiesta en el rechazo que los franciscanos y Cortés tuvieron respecto de los sacrificios humanos, y que provocaron la destrucción material de la religión conquistada.

Una vez llegada a América, la Compañía de Jesús despliega métodos evangelizadores diferentes a los de las órdenes mendicantes. En efecto, si se analiza el modelo cristianizador desplegado por Matteo Ricci en China durante su estadía a partir de 1582, denominado ‘acomodación’, saltan a la vista las diferencias respecto de la tabula rasa mendicante. Esta concepción de los frailes mendicantes dice relación con la igualdad de valor de todas las enseñanzas católicas, en consecuencia, “(...) para los frailes nada debía ser discriminado en la misión, en tanto verdad revelada o vida de Cristo” (Rocha, 2010: 159). Así, la reacción de ellos frente al método de acomodación jesuítica fue dura, porque para los mendicantes Ricci

---

noviembre de 1516, llevaron muy presente las profecías joaquinistas contenidas en el ya mencionado Floreto, así como el Liber Conformitatum de Bartolomé de Pisa, llegando a Cumaná en Venezuela. Sin embargo, esta expedición evangelizadora, desde un principio promovida por el Cardenal Cisneros, chocó duramente contra las continuas incursiones de los conquistadores (Del Val, 1999: 374-375). La segunda expedición franciscana sí tuvo mejor acogida en América. Ésta comenzó en el puerto de Veracruz, en el actual México en 1524, donde uno de los doce, y uno de los principales impulsores de las ideas joaquinistas, fue Fray Martín de Valencia. La evangelización propuesta por esta primera incursión mexicana estuvo marcada por la intención de predicar, pero sobre todo de convertir a todos los indígenas posibles, esto según instrucciones claras recibidas un año antes a su llegada en 1523.

suprimió, en la elaboración de su catecismo y principal obra denominada *Tianzhu shiyi* o “El verdadero sentido de la doctrina del Señor del Cielo”, ciertas cuestiones de gran importancia relacionadas con la Pasión. Más aún, se cree que el catecismo de Ricci era más bien una exposición de verdades fundamentales del cristianismo para que los intelectuales chinos pudieran apreciar lo razonable de la religión católica. Por ello que los misioneros mendicantes del *duo viri* venidos de México y establecidos luego en Manila, buscaron siempre destruir todas las costumbres y rituales exóticos de los pueblos originarios paganos y realizaron todos los esfuerzos posibles para oponerse a las estrategias jesuíticas de acomodación (Rocha, 2010: 169).

El método de la acomodación, postulado por Ricci, consistía en una suerte de apostolado indirecto (Rocha, 2010: 156-157), que era básicamente una evangelización a través del diálogo y la discusión sobre la verdad revelada mediante una serie de refutaciones y contra-argumentos para convencer al pagano. Para lograr esto era necesario que el misionero se despojara de algunas de sus costumbres, en donde las principales eran la indumentaria –por ejemplo se ocultaron la cruz– y su idioma, junto con adquirir la lengua y costumbres del otro, aunque sin perder el objetivo de su labor. Razón de ello es que a los jesuitas se los identificó con *seng* o bonzos budistas, debido a su estilo de vida y a que profesaban una religión venida de occidente, al igual que el budismo llegado de la India.

Así, la acomodación de Ricci se basaba en cuatro puntos centrales que son: adaptación al estilo de vida, lenguaje, vestimenta, alimentación, protocolos, etc.; traducción de ideas cristianas metafóricamente a través de clásicos confucianos o historias populares chinas; comportamiento coherentemente ético entre la prédica y las acciones de los misioneros; y la incorporación de ritos funerarios confucianos en la liturgia católica (Rocha, 2010: 157). Sin embargo, respecto de este último aspecto no todo podía ser incorporado como ritualidad aceptada, como sí lo fueron, por ejemplo, las derivadas de la filialidad, basadas en la fidelidad del hijo al padre, y de la esposa con el esposo, así como del súbdito con el emperador, y las relaciones de horizontalidad que solo quedaban reservadas para los amigos. La ritualidad que se desprendía de estas relaciones de filialidad de la dinastía Ming se puede denominar como pura, en el sentido de que no perseguía realizar ceremonias para alguna divinidad o agradecer

a algún ente: no era una ofrenda. Entonces, de esta filialidad ética se deriva la ritualidad funeraria china, que para Ricci podía ser incorporada sin problemas a los ritos católicos (Rocha, 2010: 161). Sin embargo, algo que Ricci se encargó de rechazar fue la esencia monista de los postulados budistas muy arraigados en China, así como del neoconfucianismo<sup>63</sup>, debido a que colisionaban con toda la tradición dualista del pensamiento católico, incluso occidental: no aceptó la igualdad entre seres humanos y animales y las transmigración de las almas (Rocha, 2010: 165-166).

En América, al igual que lo ocurrido en China, hubo una serie de voces jesuitas que proponían que los indígenas debían conservar sus costumbres, república y gobierno, aunque habían algunas costumbres y rituales que debían ser intoleradas (Cousiño, 1990: 141-142).

En teoría, la norma de esta transformación consistió en apartar a los nativos de las costumbres contrarias a la naturaleza y al cristianismo, en conservar las buenas o indiferentes y en sustituir las primeras y complementar las segundas con las propias de la civilización occidental. Así lo estableció la Corona en 1530, 1555, 1558 y 1560, disposiciones recogidas en la *Recopilación de leyes de los Reinos de las Indias*, de 1681, y lo aconsejaban Juan Polo de Ondegardo en el Perú en 1570, los jesuitas de Juli (Perú) en 1578, el jesuita José de Acosta en Perú en 1589 y Juan de Solórzano Pereira en 1647 (Borges, 1992, 525).

La triple división entre impropias, indiferentes y permitidas, clasificaba las prácticas de la siguiente manera. Por un lado, las que eran consideradas como impropias de la persona, como “(...) los sacrificios humanos, la poligamia, el incesto, la embriaguez, el entierro de la viuda con el cacique muerto, la desnudez, las deformaciones corporales, los nombres personales tomados de las fieras e incluso la vivienda distinta de la casa y formando poblados, porque no era propio de la persona humana habitar en cuevas, practicar el nomadismo o alimentarse de frutos silvestres al estilo de los animales” (Borges, 1992: 525); así como otras contrarias al cristianismo como la idolatría, guerras tribales, etc.

---

<sup>63</sup> Con este término los jesuitas hacían referencia a las doctrinas incorporadas en cuatro libros del filósofo de la dinastía Song, Zhu Xi (1130-1200) (Rocha, 2010: 155).



Dentro de las consideradas buenas o, al menos, indiferentes están la imitación por parte de los misioneros de algunos aspectos educacionales de los indígenas; persistencia de jerarquías sociales coloniales; gobierno local nativo; indiferencia del misionero respecto del vestir aborigen; supervivencia de lenguas indígenas; respeto de las tradiciones matrimoniales indígenas mientras no fueran contrarias a las prescripciones eclesiásticas; “respeto, e incluso el fomento, de las celebraciones sociales y de las danzas y canciones tradicionales, pero eliminando de ellas sus posibles connotaciones paganas” (Borges, 1992: 525-526).

Este modo de evangelización que viene del perfeccionamiento del denominado *modo soave*, propuesto por Alessandro de Valignano en su estadía en Japón –y que luego deviene en el modo de la acomodación–, es “una mezcla de búsqueda por el conocimiento de la condición humana con base en la educación, los intereses intelectuales, la inclinación a establecer lazos amistosos con los chinos y la flexibilidad para la adopción de nuevas costumbres, sumado al deseo y el compromiso de transmitir una Verdad propia” (Rocha, 2010: 153-154).

Esta estrategia sin duda busca la construcción de hombres, luego de cristianos, concepción jesuítica propia de mediados del siglo XVI (Cousiño, 1990: 141; Borges, 1992). Lo que coincide también con las políticas de reducciones indígenas de la Compañía en toda América. A diferencia de la masividad de los bautismos de los franciscanos, que veían mejor sacramentar en primer término, entonces salvaban el alma, y luego debía venir la doctrina, llegando a bautizar en México hacia 1540 a más de 9 millones de indígenas –probablemente una cifra exagerada–, las reducciones jesuíticas realizaban una preparación intelectual y espiritual, pudiendo ser bautizado solamente cuando demostrara un cierto conocimiento de los dogmas católicos y voluntad a aceptar el sacramento (Zajícová, 1999: 152). De esta forma, la acomodación, que predispone a aceptar ciertos aspectos de la ceremonialidad del evangelizado, garantizó una recurrente y marcada ritualidad dentro de las reducciones, siendo así un aspecto importantísimo en la organización social y religiosa de estas unidades sociales. Más aún, establece una continuidad y deja en evidencia el punto de contacto propiciado por este modo de evangelización desarrollado por los jesuitas en América:

Los jesuitas empezaron con la enseñanza regular de la doctrina con los niños, mientras que a los adultos intentaban convertirlos a través de la participación en los actos religiosos de la ritualizada

vida cotidiana de las reducciones. Todos los días por la mañana se celebraba una misa en la que la participación no era obligatoria, pero a la que, sin embargo, asistían casi todos. Todos los días a las cinco de la tarde en verano y a las cuatro en invierno los niños venían a la iglesia para rezar juntos, para recitar el breve catecismo y para escuchar la enseñanza del sacerdote. Después se reunía todo el pueblo para rezar el rosario. Luego se repartían raciones de carne. Se puede decir que los rituales, los cantos, letanías, repeticiones del catecismo, procesiones al trabajo a las chacras, paradas militares, auto sacramentales y danzas durante las fiestas en cierto modo continuaron el ritualismo de la vida original guaraní, y la reemplazaron con sus manifestaciones cristianas (Zajícová, 1999: 152-153).

Y respecto de la Compañía de Jesús en Brasil, se observa esta misma ritualidad evangelizadora:

(...) el propio sistema jesuítico, en lo que logró mayor éxito en el Brasil de los primeros siglos, fue en la parte mística devocional y festiva del culto católico. En la cristianización del aborigen por medio de la música, del canto, de la liturgia, de las procesiones, fiestas, danzas religiosas, misterios, comedias; de la distribución de las verónicas con *Agnus Dei*, que los indios se colgaban al cuello, y de cordones, de cintas y de rosarios; de la adoración de reliquias de la Santa Cruz y de cabezas de las Once Mil Vírgenes (Freyre, 1977: 75-76).

También existió una estrategia evangelizadora desde arriba patrocinada por los jesuitas, quienes tanto en Asia como en América buscaron acercar su doctrina a los líderes de las sociedades a las cuales transmitían el Evangelio. En el caso de Ricci en China, este fue reconocido como un letrado confuciano hacia fines del siglo XVI, al menos así era visto por el estamento intelectual chino gracias a su estrategia de acomodación. La atracción de la élite burocrática china y la conversión de algunos letrados por mérito de Ricci, lo hizo llegar al centro del imperio, en Pekín, donde su objetivo era convertir al emperador Ming, cuestión que no logró, pero sí pudo proponer una síntesis ética entre el cristianismo y el confucianismo al equiparar el concepto chino de *Tianzhu* –cielo o paraíso– con el de Dios (Rocha, 2010: 155-156).

En América, el complemento que tuvo el catecismo realizado a todos los indígenas en las reducciones fue, precisamente, la búsqueda de convertir a los líderes o caciques locales, tal como se persiguió en Japón con los *daimos* locales. La estrategia particular en la América

hispana fue la creación de colegios para los hijos de los *curacas*, como fueron el Colegio del Príncipe, que funcionaba en la reducción del Cercado de Lima y el Colegio de San Borja en el Cuzco (De la Puente, 1998: 461-468). A diferencia de lo que muchas de las órdenes mendicantes y mercedarios realizaron en Asia, buscando evangelizar primero a los estratos más bajos de las sociedades a las que arribaron (Rocha, 2010: 152)<sup>64</sup>. Esto habla de que la estrategia jesuita de acomodación, que logró un encuentro en culturas en el plano ritual, buscó también que este influjo se diseminara a través de las jerarquías aborígenes, persiguiendo con ello una mayor efectividad de su misión.

El contexto institucional y, al mismo tiempo, impulsor de los cambios en la Iglesia, y que definieron en gran medida a órdenes como los jesuitas, es el Concilio de Trento. Si bien se le denominó como constituyente de la etapa de Contrarreforma, fue más que una reacción al movimiento reformador europeo iniciado por el monje agustino Martín Lutero, ya que reafirmó los dogmas católicos medievales en pos de restablecer la ecúmene europea. De forma que puede ser considerado como un proyecto de modernidad no ilustrada (Cousiño, 1990: 109-111). También, los cambios doctrinales establecidos en Trento tuvieron sin duda un efecto institucional, que para la Compañía y su actividad misionera fue bastante determinante. Se rompía, entre otras cosas, con el ideal monacal, que postulaba a la contemplación de Dios y el enclaustramiento como un camino seguro a la salvación, haciendo con ello a los miembros de la Iglesia sujetos más activos, si se quiere: más misioneros. Otro cambio doctrinal que se gestó durante la Contrarreforma, y que impactó fuertemente en la actividad jesuítica, fue la idea de ‘ciencia media’ ideada por Luis de Molina, concepto que buscaba romper con el ideal de la predestinación divina defendido por los protestantes europeos, así:

La ciencia media era considerada como una instancia mediadora entre la gracia y la voluntad humana a través de la cual Dios podría advertir cómo actuaría una voluntad o albedrío en cualquier circunstancia en que se encontrara, eliminando con ello la noción de los *futuros condicionados*, a su vez relacionada con la predeterminación. Para la ciencia media los futuros

---

<sup>64</sup> Aunque en América, los franciscanos fundaron también colegios para hijos de caciques locales, como el Colegio franciscano de Tlatelolco en México que data de 1536 (Albó, 1966: 273) hasta los colegios más australes fundados en América, como el Colegio de Naturales de Chillán en Chile que comenzó en 1697 (Lagos, 1908).

no se encontraban condicionados sino que dependían de ciertas condiciones particulares (...) Si bien la ciencia media encontró un fuerte rechazo de un sector de la Iglesia durante el siglo diecisiete, suscitando largos debates teológicos sobre el tema de la omnipotencia de Dios, tuvo como resultado el paulatino abandono del uso del silogismo como método único para llegar a conocer una verdad mediante el concepto de probabilismo (Rocha, 2010: 149-150).

Sin duda, fue esta noción de ciencia media y probabilismo lo que llevó a Ricci a fundamentar su articulación entre el cristianismo y el confucianismo (Rocha, 2010: 150).

Otra consecuencia que se obtuvo de Trento fue la reafirmación de lo barroco en contraste con la iconoclastía protestante, en otras palabras, la preponderancia de la imagen por sobre la palabra. Por ello, para el barroco, el problema de la integración no se resuelve a través de normas consensualmente alcanzadas, sino que:

(...) la integración descansa en la afirmación de los aspectos ceremoniales y rituales de la vida social, precisamente aquéllos que la cultura de la Ilustración intenta extirpar. Esto queda de manifiesto si se comparan las enormes diferencias entre la religiosidad protestante y la barroca. La primera, centrada en la piedad interior; la segunda, en la participación colectiva. De ello también da testimonio la vida sacramental, reafirmada por el Concilio de Trento frente al empobrecimiento que ésta experimenta en las iglesias y sectas protestantes, que tienden a reducir la liturgia a la sola lectura de la Palabra. Por último, el ornato de los templos: mientras el Protestantismo destierra de la Iglesia todo adorno y toda imagen en uno de los movimientos más violentos de iconoclastía que se conocen en Occidente, el catolicismo tridentino resalta su presencia (Cousiño, 1900: 113-114).

También el Concilio de Trento venía a reforzar la autoridad de los obispos y con ello la formación de un clero regular en el cual se delegó la actividad pastoral y misional, debilitando de paso a las órdenes religiosas llegadas a América. No obstante, todo lo contrario ocurrió con los jesuitas, gracias a que el gobierno del Virrey Francisco de Toledo (1570-1581), que coincide con la llegada de la Compañía al Perú, promueve, entre otras cuestiones, las reducciones indígenas, además que el propio Toledo acogió a esta orden como los principales agentes de su política religiosa (Valenzuela, 2006a: 492-493).

Pero para que sucediera la institucionalización de las disposiciones pastorales y estéticas tridentinas, estas tuvieron que ser acogidas, en primer término, en el Segundo Concilio Limense de 1567, y en segundo término, debía ocurrir que la corona aprobara en Madrid el decreto tridentino sobre la autoridad de los obispos en 1574. Para que, finalmente, se consagrara en el Tercer Concilio Limense de 1582 y 1583 “la importancia dada por éste al uso de las imágenes sagradas entre los medios que propendían a facilitar la adquisición de la fe por medio de los sentidos” (Valenzuela, 2006a: 493-494), y se reforzara con la floreciente estética del Barroco. Así, las imágenes representaban el verdadero signo de la religiosidad católica, llegando a ubicarse en un sitio tan importante como era el de la cruz o del mismo rosario. En el período posconciliar, el poder de la imagen se acrecentó en la medida que se comenzaron a asociar más milagros a ellas. “Es notable, en este sentido, el auge protector de las imágenes privadas, que acentúan sus acciones maravillosas sobre indios y mestizos ante accidentes y situaciones límites” (Valenzuela, 2006a: 498; 2006b: 49). La capitalización que los jesuitas hacen de esta creciente devoción hacia las imágenes es también un aspecto central, en cuanto garantiza la forma en que se consagra el encuentro cultural en la dimensión de la evangelización o religiosidad que acá se presenta. Como menciona Valenzuela (2006a: 498-499), las imágenes de santos o religiosas en la América indígena y luego mestiza, traspasan rápidamente su papel intercesor y se desplazan a uno de acción directa, con características taumatúrgicas, del santo o religioso allí representado, lo cual es usufructuado por la Compañía de modo de afianzar su labor pastoral, validándolo en sus cartas e informes, y, desde luego, reafirmando estas nuevas creencias a través de sermones y procesiones masivas.

Lo que se ha venido exponiendo subraya que el encuentro cultural y su consecuente síntesis ocurren en un plano eminentemente ritual. Como previamente han postulado Morandé (1987, 2010) y Cousiño (1990): si bien la cultura europea estaba motivada en gran medida por el *logos*, esto es por la palabra, la síntesis cultural se concreta en el plano ritual, toda vez que la cultura propiamente católica ibérica poseía al momento de la conquista una predisposición notable hacia el rito. Entonces, por sobre el texto predomina la imagen visual, bajo las representaciones de pintura, arquitectura, escultura, o el mismo teatro y la poesía, en tanto “pintura de los oídos” (Cousiño, 1990: 114-115). Esto se condice con la predisposición del

mundo indígena precolombino al rito, al gasto festivo en tanto dilapidación de riquezas, destrucción de la coseidad y legitimidad cültica del trabajo, así como con la búsqueda de un aumento de prestigio o estatus social a través de la donación, que sirven para representar la totalidad de lo social, especialmente en aquellas sociedades no imbuidas por el influjo del mercado. A su vez, esto está estrechamente relacionado con el espíritu precapitalista en el ámbito del trabajo durante la Colonia. Efectivamente, como se indicó en el apartado anterior, esto se refleja en las aspiraciones señoriales y mercantilistas de la casta de conquistadores ibéricos llegados a América, siempre que lo que perseguían, más allá de la obtención de recursos en cuanto capital para poder reinvertirlo, era la obtención de riquezas para aumentar su estatus social en sus reinos de origen, o en el ambiente cortesano virreinal, o bien mediante la obtención de propiedad rural en el nuevo mundo para satisfacer sus intenciones señoriales.



## **CAPÍTULO VII. LOS ORÍGENES COLONIALES (II): LA HACIENDA LATINOAMERICANA**

*La estructura social de América Latina mostró por largo tiempo en todos sus entresijos la capacidad modeladora de una institución fundamental: la de la hacienda. Toda la historia económica, social y política de América Latina es en buena parte la historia de la consolidación y transformación de esa unidad económico-social.*  
(Medina, 1971: 90).

La exposición anterior entrega antecedentes para sustentar la tesis de que en la hacienda confluyen y se consagran las dos dimensiones del encuentro cultural antes expuestas, ya sea el carácter tributario como gratificación para el conjunto social o el acento ritual derivado del modo evangelizador.

En relación a la primera de estas dimensiones, si bien la hacienda conserva ese carácter centrado en el tributo, en tanto entidad social no es una continuidad respecto del modelo anterior de distribución del trabajo tributario, ya sea basado en la encomienda o sus sistemas similares como la mita. Precisamente, Mario Góngora (1974, 2000) ha buscado demostrar esto para el caso de chileno. Más arriba, se expuso el argumento entre una relación efectiva de los encomenderos de tercera generación y la tenencia de la tierra (Macleod, 1990: 152-153), sin embargo, no existió vinculación legal entre la encomienda y la hacienda, como argumentara Silvio Zavala (1935). Pero, es aún más relevante mencionar que ambas son dos



instituciones sociológicamente diferentes, y de la una no se produce un tránsito directo hacia la otra.

Para Góngora (1974: 105-109), en el paso de la encomienda a la hacienda se produce una discontinuidad entre una institución y otra, gracias a una marcada acentuación del proceso de estratificación social. Este tránsito, de una época de Conquista y expansión territorial, en que predominaba la institución de la Encomienda, donde las relaciones de camaradería militares, en que el gran conquistador, el soldado y el criado constituían un grupo altamente unido, se distancian de lo ocurrido cuando esta época de expansión militar decae y con ello se comienza a consolidar la gran propiedad rural. Esto ayudó a que tanto españoles pobres como mestizos, caracterizados por su indomabilidad, comenzaran a estabilizarse e ingresar a las haciendas. Lo que a partir del siglo XVII se conoce como inquilinaje, aparcería, o tenencia de tierra, primero cedidas gratuitamente debido al casi nulo valor que tenían, luego ya como arrendamiento propiamente tal, es manifestación de este proceso de estratificación: la camaradería de la Conquista que unía fuertemente a conquistador, soldado y criado, bajo el régimen de la hacienda da origen a una aristocracia rural y a un gran estrato de labradores pobres, pero con cada vez más responsabilidades laborales en el latifundio. Pero, en particular en el caso del inquilino, aquel sujeto al que se le concedía un terrazgo en los linderos de las grandes haciendas, y cesión por la cual debía pagar, conserva lazos de lealtad con el patrón, los cuales se pueden haber heredado del periodo militarizado anterior.

El inquilinaje o aparcería es esta forma de cesión de tierras a un campesino para que la trabaje y entregue a cambio un pago, ya sea en trabajo o en productos, siendo de este pago donde obtiene los recursos el patrón o hacendado (Bengoa, 1978: 52 y ss.). En palabras de Bengoa (1978: 56): “la renta agrícola terrateniente –que es propiamente una renta no capitalista– es el trabajo excedente de la familia campesina, ya sea en las tierras entregadas en aparcería y de las que tienen que entregar una parte del producto o en días al año trabajado en las tierras del patrón”. Dependiendo de la forma cómo se realice este pago y la zona geográfica en que ocurre, es como se le ha denominado a esta figura del inquilinaje o aparcería. Los campesinos que pagaban el uso de la tierra cedida por el patrón en productos cultivados por ellos, se les llamó en Chile medieros, en Brasil existió una figura similar que se conoció como *rendeiro*

y en Perú el yanaconaje tuvo una variante en que se dieron arrendamientos que eran pagados en productos agrícolas (Bengoa, 1978: 57-58). En cuanto a los pagos en trabajo, que parece ser el más extendido, se encuentran los hachilleros en las haciendas ganaderas del Alto Perú, el ya mencionado inquilino chileno, el huasipungero en Ecuador, el agregado o terrajero en Colombia, en Bolivia se los conocía como pegujalero, el colono en Brasil y el peón acasillado o terrazguero en México (Bengoa, 1978: 58-59). En la minería por su parte, existió una forma –en parte similar– de explotación en zonas de frontera, en que el gambusino, o *garimpeiro* en portugués, explotaba la mina a nombre del propietario, aunque en estos casos el trabajador recibía un salario, por lo tanto, era el dueño quien pagaba al gambusino por los metales obtenidos (Céspedes del Castillo, 1977: 457). También, en zonas más selváticas se acostumbraba a entregar tierras a una familia campesina, de modo que estas la trabajaran y mejoraran, haciéndola disponible para su cultivo, ampliando la frontera agrícola. Este fue el caso del *empreiteiro* que iba formando los nuevos cafetales en las *fazendas*, o del conuquero venezolano o mejorero peruano (Bengoa, 1978: 59).

Como se busca explicar a lo largo de este capítulo, el carácter tributario del trabajo parece ser el factor constante más importante que la hacienda hereda de las formas anteriores de trabajo. No obstante, el origen del inquilinaje propiamente tal no tiene relación con las formas de distribución del trabajo tributario descrito en el apartado anterior. El yanacona que prestaba servicios personales en la casa del conquistador, en general, no se transforma en el inquilino de la hacienda, ya que, como se mencionó, deriva de la estratificación social una vez que se consagran las grandes propiedades rurales, es decir, no es sucesor del indígena de estancia o residencia solariega. En cambio, el indígena yanacona, el mitayo o el de los repartimientos en general, decantan en el estrato existente del peón, que era la denominación del trabajador rural, que alquila su trabajo, pero que no estaba ligado al patrón bajo una forma contractual –sino generalmente “de palabra”– de arrendamiento de tierras o inquilinaje. Así también el peonaje creció a medida que la Encomienda fue perdiendo preponderancia y muchos indígenas quedaron libres de pagar tributos, tanto a la corona como al encomendero, viéndose obligados a acercarse a las haciendas; asimismo, para evadir el pago de tributos, muchos indígenas se “amestizaron”, adquiriendo exteriormente las costumbres –y también

vestimentas (Cruz, 1996: 82)– españolas: se convierten, en consecuencia, en trabajadores libres (Góngora, 1974: 66-73).

Como se mencionó, los inquilinos eran relegados a los confines de los latifundios, muchas veces cerca de las quebradas o bien para la expansión de los terrenos cultivables en aquellas zonas más selváticas de Latinoamérica. Los autos de ocupación de las haciendas jesuitas indican precisamente esto, en marcada contraposición a lo que ocurría con los esclavos vinculados a la casa patronal y con aquellos trabajadores de más estrecha confianza del patrón. Por ejemplo, en el caso de Rancagua en la región central de Chile, Góngora (1971: 98-99) observa que:

(...) los esclavos, el mayordomo, el herrero, viven cerca de la hacienda; pero enseguida el encargado deja testimonio de que pasa a un paraje llamado La Leonera –a 4 leguas de distancia– y allí inventaría tres ranchos, donde viven un vaquero y un encargado de una viña vieja y espesa; luego, a 6 leguas, un rancho en el Peumo, camino a los potreros de la cordillera, etc. Aunque no se enuncia dónde viven los arrendatarios, es verosímil que estén también a grandes distancias, por el contexto citado, y porque solamente de dos de ellos, uno de los cuales “vive de valde”, se deja constancia que residen en la hacienda.

En el caso de Brasil, y a diferencia de las haciendas hispanas en América –y si bien la esclavitud como forma de estratificación social no desapareció– los ingenios nacen desde el inicio de la colonización portuguesa y produjeron una estrecha cercanía entre señores y esclavos (Freyre, 1977: 46). Bivar (2006: 45) advierte esto al comparar el ordenamiento territorial de las plantaciones cubanas con las brasileñas, en las que el contacto visual entre *casa-grande* y *senzala* era más próximo en Brasil que en la colonia española, acentuando con ello aún más el carácter de familia patriarcal del dominio del patrón o *senhor de engenho*:

(...) the planter was conceived of as the patriarch, not only of his own nuclear and extended family, but also as the patriarch or father of his slaves (with whom he actually had frequent sexual relations). The planter was also the Solomon of the *engenho*, the dispenser of all justice, decider of right and wrong (Hutchinson, 1961: 204).

Pero la hacienda hispanoamericana fue diferente: no existió desde los orígenes de la Colonia. En efecto, es pertinente destacar que los orígenes de esta se pueden encontrar más bien en las mercedes de tierra, las cuales se concedían por el servicio militar de conquista, y no tienen su antecedente en la Encomienda, la cual no entregaba derechos de propiedad. La consolidación de la gran propiedad rural, que en un principio respetó la tenencia de tierras por parte de los indígenas, empezó a ser negociada y transferida, claro que no con un objetivo capitalista, sino –como se ha venido repitiendo– más bien como representación de su estatus social, en el contexto de la tradición española de una sociedad eminentemente señorial. Luego, la concentración de propiedad sucede por compra o usurpación a empobrecidos vecinos, sean estos indígenas o españoles (Kay, 1980: 44; Chevalier, 1976: 347-348), también “a través de mercedes a sus criados y familiares que les sirven de testaferros, y la acumulan en sus hijos primogénitos fundando *mayorazgos*” (Céspedes del Castillo, 1977: 453). Esto se acentúa hacia fines del siglo XVI cuando la corona española, ansiosa de obtener mayores riquezas, debió ceder frente a su política antilatifundista, comenzando a vender tierras en vez de cederlas bajo mercedes. Un último recurso del trono español para aumentar su recaudación fue la composición de tierras. Esta normativa que se volvió común en el siglo XVII, consistía en legalizar la propiedad de una tierra de la cual no se poseía un título legítimo y que tampoco tenía dueño conocido, aunque en la práctica fue utilizada para legitimar usurpaciones a los pequeños propietarios o tierras indígenas, en que grandes propietarios “pagaban a gusto buenas sumas al erario para quedar purificados ante la ley de culpas pasadas” (Céspedes del Castillo, 1977: 454).

A pesar de todo, Cristóbal Kay (1980: 42-44), en su análisis del sistema señorial europeo y la hacienda latinoamericana, menciona que las grandes haciendas derivan tanto de las mercedes como de las encomiendas. Esta premisa se basa en la proposición de Lockhart (1999) quien argumenta que la continuidad entre la encomienda y la hacienda se da porque existe una compatibilidad a nivel de las prácticas de facto, esto es de la organización social y de las funciones que cumplían entre una y otra institución. Complementariamente, Macera (1971: 6-7) asevera que ocurrió una superposición de hecho entre las personas que detentaban ciertas posiciones de poder, es decir, en un individuo confluían los roles de corregidor, encomendero y hacendado. Esto, entre otras cosas, se debe a una continuidad en la hegemonía

de las más preponderantes familias desde el período de las encomiendas al de las haciendas: “(...) in a typical case, is there be such a thing, the oldest, stablest, most prestigious, and best located hacienda would have stemmed from the land-holdings of the original encomenderos and his family” (Lockhart, 1999: 9). Aspecto que Lockhart le critica al mismo Góngora (y Borde, 1956) no haber observado –y por ello haber desechado la continuidad existente entre encomienda y hacienda– en su estudio sobre el desarrollo de la propiedad rural en la zona central de Chile. Se podría decir, siguiendo a Lockhart, que son las mismas personas haciendo las mismas cosas, de modo que el cambio de hacienda a encomienda solo denota un cambio de énfasis, no así de las actividades que se realizaban o del desarrollo institucional. Sin embargo, en esta investigación, se entiende que la encomienda puede entregar ciertos elementos a la hacienda, mas no la constituye, ya que se postula son instituciones diferentes, en especial en lo que tiene que ver con la relación del patrón y sus trabajadores. En efecto, el mismo Lockhart nota la diferencia entre el encomendero y el hacendado en el establecimiento de su casa. Por una parte, el encomendero tenía su residencia en la ciudad, ubicada en algunos de los solares en torno al centro de los asentamientos urbanos. Así, el encomendero no reside en la encomienda misma, incluso cuando se asentaba en el campo lo hacía en una propiedad rural denominada estancia, la cual estaba solo cercana a la encomienda, no dentro de ella. En cambio, el hacendado poseía dos residencias claramente definidas, una dentro de la hacienda y otra en la ciudad. Dice Lockhart (1999: 11-12) que incluso en los difíciles tiempos del siglo XVII el hacendado pasaba gran parte de la temporada en la residencia rural debido a que no podía mantener la suntuosidad de la casa de la ciudad. Lo que en otras ocasiones fue solo para unas largas vacaciones y para algún viaje de inspección, se volvió en una constante. A pesar de que encomienda y hacienda tenían esa ambivalencia rural-urbana, bajo esta última es que ocurre el desarrollo de una vida cotidiana y la construcción de un vínculo patriarcal entre patrón y peón e inquilino. En el caso de los *senhores de engenho* la construcción de este vínculo se torna un poco más difuso por la persistencia del sistema esclavista en las haciendas que, a pesar de la permanencia del patrón en el campo, así como a la cercanía de las *senzalas* donde vivían los esclavos y la incorporación de estos a ciertas funciones familiares, mantuvo la imposibilidad de la construcción de un vínculo por el no reconocimiento del esclavo como sujeto.

Entonces, si alguna relación pudieron tener la encomienda hispana y la hacienda que le sucedió, se debió más bien al tránsito que mucha de la mano de obra tributaria, proveniente de repartimientos o pueblos indígenas, así como de otros indígenas de servicios personales, luego desligada de dicha exigencia por el decaimiento de la encomienda, que pasó a formar parte –y gracias al imperio de la necesidad– de las haciendas como peones. A estos se los complementó con fuerza de trabajo esclava en algunas ocasiones en Hispanoamérica, y muy marcadamente en Brasil.

Más aún, se puede presumir que la hacienda no es una continuación de la encomienda en cuanto a su sustrato social. A pesar de que al encomendero se le encomendaba el bienestar espiritual y terrenal del indígena, ha quedado muy demostrado que esto efectivamente no ocurría en gran parte de los casos, eran las órdenes religiosas llegadas al continente las que debían adelantarse a protegerlos, tal como lo hicieron las reducciones jesuitas. Pero, el despotismo del encomendero, que aún se conserva en la figura del patrón de la hacienda, tiende a quedar un poco más matizado por el modelo patriarcal que se construye: el patrón llega a ser un padre también.

Asimismo, la hacienda, entendida como institución nueva en esencia, además se ha convertido en una organización comprehensiva, ya que dentro de ella se cumplen una serie de funciones como las religiosas, demográficas y fiscales (Macera, 1971: 3), además de ser el eje donde transcurre la socialización de los individuos en aquellos círculos sociales más reducidos, íntimos y cotidianos, y donde se difumina la individualidad a favor del conjunto –aunque muchas veces la única individualidad que se remarca es la del patrón. En el mismo sentido han sido clasificados los ingenios de plantaciones en Brasil, es decir, como instituciones tradicionales agroexportadoras, como una nueva forma de ordenamiento social familístico, además de una institución política (Hutchinson, 1961: 202; Freyre, 1977), y desde luego también como eje de la religiosidad.

La hacienda latinoamericana, en términos generales, se construye como una institución semi-autónoma, debido a que estaban fuertemente clausuradas al mundo y dominio exterior, esto es respecto del Estado y de la Iglesia principalmente, siendo los patrones los que

mediatizaban los contactos con el corregidor y los sacerdotes, y “la influencia de las ciudades con su mercado monetario había sido casi destruida por la casi total expulsión del dinero” (Macera, 1971: 8-9). Esta particular clausura que lograron las haciendas, que las alejaban tanto de las ciudades como de los pueblos indígenas, provocaron que en ellas se desarrollara el más refinado producto de la ‘sustancia social’ latinoamericana –según el concepto de Medina Echavarría (1980: 55)–, que es heredado en gran parte por los vínculos sociales que se establecieron en las naciones latinoamericanas durante el siglo XX.

La hacienda, en consecuencia, es una institución que posee dos caras. La primera tiene que ver con su vinculación con el exterior, en tanto institución productora para mercados internos y cercanos como las de ciudades aledañas, o bien para su agroexportación dentro de la colonia –como es el caso de las haciendas chilenas y la circulación de trigo hacia el Virreinato del Perú; o como es el caso de las haciendas ganaderas de la Banda Oriental y su exportación de carne hacia Río de Janeiro–, así como fuera de ella –como es el caso paradigmático de los ingenios azucareros del Brasil. No es, pues, una institución que busque solamente la satisfacción del consumo interno a los límites de latifundio, como sería en una economía natural, sino muy por el contrario, su producción tiene una alta orientación exterior. Existe goce suntuario hacia dentro, mas es una ‘empresa’ hacia fuera (Macera, 1971: 13-15). Pero nuevamente, es pertinente mencionar que aún está lejos de ser una empresa en sentido capitalista, en el mismo sentido como lo fue el tradicional *engenho* brasileño, paradigma de la agroexportación colonial y primer tipo de hacienda instalada en el continente americano. El ingenio azucarero dejó notar su falta de propensión comercial a la vez que comienza a fracasar el modelo mercantilista del noreste, de Salvador de Bahía y Pernambuco por una serie de razones como son: el cambio de capital de Bahía a Río de Janeiro en 1763, debido a la importancia de producción minera del estado contiguo de Minas Gerais; el arribo de la corte portuguesa a Río en 1808; luego se le suma el auge cafetero de Río y São Paulo en desmedro también del noreste a partir de 1830; para finalmente marcar su caída con la abolición de la esclavitud en 1888 (Hutchinson, 1961: 206)<sup>65</sup>.

---

<sup>65</sup> Para Hutchinson (1961: 206-208) esto desata una etapa de transición hacia una mayor racionalización de la producción, es decir, el establecimiento de empresas propiamente capitalitas. Desde el ingenio a la usina o molino central, desplazando al tradicional patrón o *senhor de engenho* por el *usineiro*, dueño de una factoría

Y si hacia fuera la hacienda era una empresa que se insertaba en una economía mercantilista, hacia adentro adquiría la forma de un señorío. Se mencionó anteriormente que existía una organización tributaria del trabajo desde períodos precolombinos, que incluso se transmite a la hacienda. En esta además se produce un proceso de acentuación de la estratificación social, el cual se refuerza con un ordenamiento racial del trabajo. Por lo general, a continuación del patrón y su familia, estaba un estrato de empleados, de origen español, criollo o mestizo, que tenían a su cargo el control del resto de trabajadores dentro de la hacienda. Estos nunca podían ser de origen indígena o negro, y el cargo principal, luego del patrón, era el de administrador de la hacienda (Macera, 1971: 19-20). También, en la estratificación del trabajo de la hacienda los lugares más altos de la jerarquía los entrega la cercanía con el patrón y la mayor indispensabilidad del trabajo que se desempeñe. Esto queda claro en una de las formas que, según Bengoa (1978: 68-69), se divide el trabajo de la hacienda. Tres estratos emergen, el de administradores, el de vigilancia y el de laboreo. El primero de ellos ya fue descrito, y está formado por el administrador, los contadores, o funciones similares. El segundo de ellos, el de vigilancia, se ha asociado con mayordomos, capataces, llaveros, quienes manejan a los peones, cuidan las bodegas, manejan los accesos a la hacienda y se los puede ver generalmente a caballo. El tercer estrato es el campesino propiamente tal, dentro del cual también se produce una jerarquización, en el ápice están las labores más especializadas de la hacienda, luego las que implican responsabilidad sobre el ganado y finalmente las labores agrícolas más simples y, al mismo tiempo, más pesadas como el regadío, el arar la tierra, etc. Está presente también otra forma de estratificación, que mezcla los derechos de tierra con los lazos familiares, donde el primer puesto lo posee el inquilino, seguido por sus familiares, los que sin derecho a tierra sí tienen derecho a trabajo. Luego están los arrimados o allegados, que son campesinos sin vínculo familiar con el inquilino, pero que sí poseen derecho a trabajo debido a que le ayudan a las labores al inquilino. Finalmente, se encuentran los trabajadores por temporada, denominados eventuales, golondrinas, afuerinos o torrantes, que son pequeños propietarios que van a trabajar por temporadas a la hacienda, así como también los hay sin tierra que deambulan entre haciendas buscando trabajo (Bengoa, 1977: 69-70). En esta última clasificación también prima el

---

que requería de materia prima para procesarla de forma más eficiente, así los antiguos *engenhos* se convirtieron en suplidores de caña de azúcar o *fornecedores*.



principio de cercanía con el patrón, el que es la causa de una mejor ubicación en la escala social hacendaria. Así, el hacendado es el eje de la unidad familiar, en la medida que se puede observar que en torno a él se estructura la estratificación social, basada en este principio de proximidad o cercanía, que se entremezcla con el factor racial. La descripción del principio de cercanía ya fue desarrollada en el Capítulo 4, bajo autores como Coulanges, siendo comprensible cabalmente bajo el concepto de círculos sociales pequeños mencionado por Simmel, los cuales a medida que van perdiendo cercanía e intimidad, tienden a diluir los niveles de confianza y lealtad necesarios en los que se basa el modelo hacendario.

Pero además del ya descrito aumento de la estratificación en torno al desarrollo de la hacienda, sucede una inversión al modelo contractual del trabajo, lo que dice relación propiamente con el factor tributario. De acuerdo al modo capitalista, es el empleador quien remunera al trabajador por el trabajo acordado, sin embargo, en el modelo de la hacienda es el trabajador quien remunera al propietario bajo el régimen del inquilinaje, y que además se ve replicada también hacia los demás estratos del campesinado, en que el inquilino subarrienda terrenos a los peones allegados (Cousiño, 1990: 152). Las consecuencias del modelo hacendario propias de una organización tributaria del trabajo son diversas, siendo una de las principales la de baja productividad del trabajo, debido a que, finalmente, “el rango de un trabajador no se establece en virtud de su capacidad o productividad, sino que por su cercanía al patrón y su lealtad hacia él” (Cousiño, 1990: 152). Otra consecuencia no menos importante –ya que le entrega una de las principales características a la hacienda–, es que el hacendado puede presentarse como el único trabajador de la hacienda. Y es que aparece como el único trabajador, porque es el único que es remunerado, a la vez que se libra de labrar la tierra o arriar el ganado. También, hacia el mundo exterior de la hacienda, y gracias a que lo que se produce en el latifundio no es exclusivamente destinado al consumo interno, el patrón aparece como el único productor y comercializador. El inquilino trabaja para satisfacer sus necesidades básicas y su excedente es entregado al hacendado por conceptos de arriendo, no trabajando para el mercado, ya que ello es prerrogativa exclusiva del patrón. En efecto, el propietario es quien recibe dinero por los productos que produce la hacienda para adquirir bienes de consumo, “los que son festivamente dilapidados por el propietario en su fundo” (Cousiño, 1990: 152-153).

A esta forma de observar la hacienda en su perspectiva interna o externa, se le suma la interpretación de Medina Echavarría (1980: 56-60), que establece cuatro dimensiones sociológicas claves, que tienen que ver con haber sido, por una parte, una “célula del poder político-militar” y haber constituido un modelo circunstancial de autoridad. Por otro lado, constituye el núcleo de la estructura familística, a la par que creadora de un carácter propiamente latinoamericano.

Se advierte que la hacienda viene a llenar un vacío en el espacio rural, hacia los límites de la frontera, convirtiéndose el hacendado en lo que se ha definido también como capitanes, maestros de campo o adelantados. Esto le entrega a la hacienda una amplia importancia como unidad política y también militar en el mantenimiento de la soberanía en las zonas limítrofes y/o conflictivas. Sobre todo cuando “se derrumbó el aparato estatal y burocrático del imperio, y fue necesario mantener el cuerpo social durante los largos años de anarquía y de fluctuación constituyente” (Medina, 1980: 56). Por otro lado, este autor ha enunciado que la hacienda constituye un modelo circunstancial de autoridad, específicamente aquélla que tiene que ver con el paternalismo, y que América Latina perdió de forma abrupta: “La mayor velocidad del proceso en América Latina deja flotante en muchas partes la nostalgia por el padre perdido y puede manifestarse todavía, sin que pueda sorprender, en el cariz de algunos de sus movimientos políticos” (Medina, 1980: 58-59).

Para Medina Echavarría (1980: 57), la estructura familística de la hacienda estaba basada más allá del principio de propiedad, es decir, excedía al fundamento de lo que estimaba Morgan era el origen de la familia monógama, sino que se constituye en el soporte de los vínculos sociales presenciales, y no solo aquellos propiamente familiares, sino también los derivados, como la amistad. Más aún, se convierte en una forma de asegurar el dominio, toda vez que desde el latifundio el hacendado entabla alianzas con otros jefes de familias, estableciendo entramados de lazos familiares en torno a los cuales se organiza la estructuración de las tierras. Asuntos que en Brasil también quedaron de manifiesto, al realizarse casamientos frecuentemente entre tíos y sobrinas, que “en vez de agrandar las relaciones de familia y difundir la propiedad, las concentraba, estrechándolas y limitándolas” (Freyre, 1977: 317).

Esta preponderancia de la familia, por sobre otros agentes sociales, como el Estado, el individuo o la compañía comercial, también es destacada por Freyre (1977: 46) en la colonización temprana de Brasil:

La familia es, desde el siglo XVI, el gran factor colonizador en el Brasil, la unidad productora, el capital que amaña el suelo, que instala las *fazendas*, que adquiere esclavos, bueyes, herramientas, la fuerza social que desdobra la política, erigiéndose en la aristocracia colonial más poderosa de América. Sobre ella, el rey de Portugal reina casi sin gobernar.

Sin embargo, la diferencia sustantiva entre la hacienda hispanoamericana y la hacienda lusa tiene que ver con la extensión más sostenida que tuvo el esclavismo en esta última. Si bien Freyre busca sostener la existencia de un esclavismo paternal brasileño, gracias a lo que describe como “la suavidad en las relaciones de los amos con los esclavos domésticos, mayor en el Brasil que en cualquier otra parte de América” (Freyre, 1977: 325), lo que está detrás del modelo de la esclavitud, en términos generales, es el no reconocimiento del esclavo como otro sujeto, sino como un objeto, a diferencia de la relación entre patrón e inquilino y peón de la hacienda hispanoamericana. La esclavitud, en consecuencia, remite al modelo hegeliano de la opresión, en que el esclavo es una conciencia para otro, puramente dependiente del amo, mientras que en el modelo del vínculo social hacendario el tributo puede ser entendido como una forma de explotación, mas no de opresión, porque, en última instancia, un modelo tributario persigue la satisfacción del todo social, en este caso de la unidad hacendaria en su conjunto.

De modo que la relación hacendaria está más cercana –abstractamente y siguiendo a Schutz– a una ‘orientación Tú’, donde la inmediatez espacio-temporal permite un reconocimiento de alter como un ser vivo, pero de forma pre-predicativa, es decir, no reflexiva, como algo de suyo evidente. Por lo tanto, en la esfera de la presencia es posible que se dé aquella relación ‘nosotros’ de lealtad –llegando a su ideal en la denominada sincronización de conciencias que sostiene Schutz–, que en el modelo de la opresión hegeliano de la esclavitud es imposible aspirar, ya que por parte del amo no hay un reconocimiento de la subjetividad del siervo.

No obstante ello, esto no se traduce en que ciertas características africanas que portaban los esclavos no hayan sido agregadas, por ejemplo, al *ethos* singular brasileño. Freyre (1977: 327-328) en su caracterización de esta transmisión africana que se incorpora en el *ethos* brasileño y también latinoamericano, y que lo constituye, menciona el “cálido misticismo voluptuoso” entregado por la esclava de la casa al niño portugués, que ha complementado la sensibilidad, imaginación y religiosidad brasileñas. Para este autor, es destacada la característica del colectivismo de las *senzalas* que hace mutar el individualismo inicial de las *casas-grandes*. Sin embargo, esta incorporación de ciertos rasgos del carácter africano están más asociados a un tipo de ‘sincretismo’, es decir, a la incorporación de características de otra cultura con la cual no se posee un punto sustancial de encuentro, a diferencia del caso de la ‘síntesis’ que emana de un encuentro entre culturas, la originaria de América y la ibérica, tanto en el plano del trabajo tributario como en su preponderancia al rito.

Aceptando la hipótesis del sincretismo de ciertos aspectos de la cultura africana que es transmitida por los esclavos a la hacienda brasileña, Freyre llega a afirmar que la ritualidad católica de las capillas patriarcales de las *fazendas* provocaron cierto grado de predisposición de los esclavos para aceptar e incorporar rasgos de esta ritualidad a su cultura oprimida: “Fue ese cristianismo doméstico, lírico y festivo de santos compadres y de santas comadres de los hombres, de Nuestras Señoras madrinas de los niños, el que creó en los negros las primeras vinculaciones espirituales, morales y estéticas con la familia y la cultura brasileñas” (Freyre, 1977: 328). En consecuencia, lo cierto, y como generalidad, es que el punto de concordancia se produce, al menos, en el plano rito y no en la palabra. Sin embargo, ello no permite hacer extensible la tesis de la síntesis en el plano ritual que postula Morandé hacia la vida del esclavismo afrodescendiente en América, ya que para este caso es más aceptable sostener la tesis del sincretismo, esto porque la cultura oprimida no logra una síntesis con la cultura opresora, sino que solamente la conservación de ciertos aspectos accesorios del misticismo africano<sup>66</sup>.

---

<sup>66</sup> Este sincretismo se plasma de forma más clara en la siguiente cita, en que el propio Freyre señala que la cultura oprimida sólo logra la pervivencia de ciertos aspectos africanos frente al persistente del rito católico: “No fue únicamente “en el sistema de bautizar a los negros” como se concretó la política de asimilación, al mismo tiempo que de contemporización, seguidas en Brasil por los propietarios de esclavos: consistió principalmente en proporcionar a los negros la oportunidad de conservar, a la sombra de las costumbres europeas y de las doctrinas y ritos católicos, formas y accesorios de cultura y mística africana. Hace notar Juan

Las líneas anteriores ya han enunciado el cuarto aspecto sociológico al que se refiere Medina Echavarría: el carácter particular. Como se ha mencionado a lo largo del texto, este se manifiesta en ciertos modos habituales de comportamiento, es decir, en la forma que adquieren los vínculos sociales, como es aquella religiosidad tan singular de Latinoamérica o bien en el modelo de dominio patronal que ha sido muy bien delineado por el propio Medina Echavarría (1980: 59-60):

En este caso la figura de carácter que modela es la del señor (señor de hacienda, señor de rancho ganadero, “senhor de engenho”, etc.) y a él pertenecen las características peculiares que se han dado por todas partes a ese tipo de hombre: religiosidad de destino aún dentro de la piedad católica; magnanimidad y prestancia; diletantismo en sus escasas individualidades cultivadas. Y con el arrojo personal, el desdén de la muerte y la capacidad de jugarse la vida, impasible, a una sola carta, frente a las exigencias de un deber tenido por incondicionado. Ante los demás, el cumplimiento según su condición de los mandatos indefinidos del “noblesse oblige”. Esto, claro es, en sus figuras ejemplares, pues cuando esas cualidades se deforman o degradan, alimentan una plaga viciosa en la sociedad latinoamericana. La magnanimidad se convierte en el derroche ostensorio del “señorito” y la indiferencia viril ante la muerte noble se transmuta en la obsesión del “machismo” moralmente vacía.

Esta magnanimidad y desprendimiento, o derroche, se manifiesta concretamente mediante la fiesta, la que se transforma en la motivación final de las diversas labores dentro de la hacienda. Como se puede advertir, en las haciendas existió una legitimación cúltica del trabajo, aquella de la dilapidación de la producción, a través del gasto festivo. Como se ha venido señalando, la fiesta o gasto festivo y el dinero cumplen una función análoga, que es transformar el valor de uso de lo producido en valor social o de intercambio: “sobre esta operación descansa la socialización del trabajo, es decir, la posibilidad de articular todos los trabajos entre sí” (Cousiño, 1990: 154). En consecuencia, en el contexto de la economía pre-

---

Ribeiro el hecho de que el cristianismo en Brasil haya concedido a los esclavos una parte en el culto; de que santos negros, como San Benito y Nuestra Señora del Rosario, se hayan convertido en patronos de hermandades de negros; de que los esclavos se hayan reunido en grupos que fueron verdaderas organizaciones de disciplina, con “reyes del Congo”, que ejercían autoridad sobre vasallos” (Freyre, 1977: 328). Claro que no sólo la cultura conquistadora transmitió muchas de sus tradiciones, sino que, en el caso de la síntesis de la América portuguesa, las influencias del caboclo en la cultura brasileña se aprecian en cuestiones como la hamaca, o alimentarias como la mandioca y el maíz, el del tabaco o del *cajú*, entre muchos otros (Freyre, 1977: 134-139; 168-169). Pero también la influencia de las diversas lenguas fue importante en la cultura brasileña, como la del tupí amerindio y de un sinfín de palabras de origen africano incorporadas a Brasil desde el noreste (Freyre, 1977: 309-310).

moderna de la hacienda, la verificación de la socialización del trabajo, es decir, la forma cómo se constata que el trabajo de alguien adquiere algún valor social<sup>67</sup>, es a través del gasto festivo realizado por el hacendado, quien es el único que puede llevar los productos de la hacienda al mercado y transformarlos en valor, en dinero para ser gastado. Pero, como en la hacienda las relaciones económicas y de producción no están mediatizadas por el dinero, la fiesta cumple esta función, en que inquilinos y peones participan de esta representación por la cual el hacendado legitima su dominio (Cousiño, 1990: 154-155).

La economía del don que se lleva a cabo en la hacienda fue presentada en el Capítulo 5 precedente, en que el gasto suntuoso proporciona la legitimación última, aumentando el prestigio, en este caso, del patrón. Pero es también este hacendado quien lleva el estilo ostentoso a la vida de la ciudad, y donde el derroche no era consecuencia del propio esfuerzo del trabajo (Cousiño, 1990: 155-156). En el espacio urbano, sin duda que la festividad religiosa es una de las mejores representantes de dicha ostentosis, en que los templos latinoamericanos se convierten en lugares completamente festivos, cargados de ornamentos y misticismo, donde los santos respondían prestamente a todo tipo de plegarias, tanto amorosas como agrícolas. En Brasil esto se torna evidente:

(...) porque en los comienzos del siglo XIX Tollenare supo, en Recife, que todavía se bailaba en la Iglesia de San Gonzalo, en Olinda (...) En Bahía no sólo se bailaba en el día de San Gonzalo en el convento de Desterro, sino también en la ermita de Nazaret, en la iglesia de Santo Domingo, en el Amparo y en varias otras (...) Como era natural, esos santos protectores del amor y la fecundidad entre los hombres se convirtieron también en protectores de la agricultura. En efecto, tanto San Juan y Nuestra Señora de la O –a veces adorada en la imagen de una mujer grávida– son amigos de los labradores, favoreciéndolos al mismo tiempo que a los enamorados (...) El día de San Juan es, en el Brasil, además de fiesta afrodisiaca, la fiesta agrícola por excelencia. La fiesta del maíz cuyos productos culinarios –la mazamorra, los tamales, los bollos– colman las mesas patriarcales para las grandes comilonas de media noche (...) La fiesta de San Gonzalo de Amarante a que La Barbinais asistió en Bahía, en el siglo XVIII, se nos presenta en las páginas del viajero francés con todos los rasgos de los antiguos festivales paganos (Freyre, 1977: 241-242).

---

<sup>67</sup> Cuestión que en las economías capitalistas y monetarizadas es a través del dinero, con el cual cada individuo se hace portador de la síntesis social.

Estas variadas fiestas están bastante extendidas en América Latina, tal como describe Isabel Cruz (1995). Así, la respuesta de la festividad a la racionalidad productiva que comenzaba a gestarse en las naciones protestantes, tuvo un carácter barroco. Como señala la autora: “el gasto fue la liberación de la servidumbre del dinero –en el sentido de la afirmación de la gratuidad– que empezaba a esclavizar a la Europa sajona y protestante (...) [adquiriendo] el papel improductivo pero no innecesario del gasto festivo en el mundo hispánico” (Cruz, 1995: 33). Este gasto, que se proyectaba en la ostentación, es decir, en aquella esteticidad que se potenció con el Barroco Ibérico a través del decorativismo y el recargamiento ornamental –principalmente visual–, simbolizaba “una voluntad embellecedora y transformadora de la realidad” (Cruz, 1995: XIII). De esta manera, “el trabajo presenta en este aspecto el sentido de una ofrenda y no el de una actividad orientada a la satisfacción de las necesidades materiales” (Cousiño, 1990: 157). Razón por la cual el ocio tiene una valoración positiva como principio de comprensión del mundo bajo el modelo del patronazgo (Morandé, 2010: 105), que se traduce en el desdén del hacendado por trabajar.

Y lo que esta ofrenda lograba consiguió fue la comunión entre el pueblo y la Corona, es decir, una “conciliación amistosa de clases” (Cruz, 1995: 34), que lograba representar la unidad de la diferencia y reducía, en alguna medida y durante la fiesta, la distancia entre estratos sociales.

En las fiestas se operaba una metamorfosis estética y simbólica del aspecto del hombre, quien abandona su vestimenta cotidiana para lucir la máxima elegancia de su guardarropa o transformarse mediante la máscara y el disfraz (...) no existía en las celebraciones hispanoamericanas una estricta división entre traje de fiesta y disfraz, actores y espectadores; todos a su modo, eran protagonistas, ya que cada uno lucía una vestimenta excepcional, testimoniando la diversidad de la ocasión (...) (Cruz, 1997b: 221-222).

El potencial del disfraz en la fiesta barroca se extiende inclusive hacia las ceremonias mortuorias. Sobre las honras fúnebres barrocas, Cruz (1997a: 103) señala que se convirtieron en momentos claves de la vida cotidiana, que trascendían a los propios deudos del difunto, ampliándose hacia amigos, autoridades, religiosos, peones y gente pobre, logrando un

acentuado carácter público. Y también la producción social de valor se podía apreciar en estas situaciones, donde la fiesta se equiparaba al funeral:

Como se señala al estudiar la fiesta, en las sociedades preindustriales, el excedente económico no se reinvertiría para generar más y más riqueza, como ocurre generalmente hoy, sino que se eternizaba en el arte, en el traje, en la fiesta. La muerte era otra de las formas más usuales de dar un destino al dinero, en ceremoniales, celebraciones, decorados y tumbas (Cruz, 1997a: 135).

Aunque, a pesar de que la fiesta puede llegar a ser la representación de la paradójica unidad de la diferencia, autores como Cruz y Freyre, al observar la ritualidad religiosa tanto del Virreinato del Perú como de Brasil, respectivamente, concuerdan que la estratificación social trasciende a la unidad festiva. Ya que, por ejemplo, las pinturas que representan rituales en la ciudad de Cuzco muestran una clara diferenciación de tres franjas horizontales en que se ubican los diferentes grupos sociales: arriba, desde los balcones de las casonas se aprecia a la aristocracia virreinal, en medio a los monjes y órdenes religiosos encargadas de la realización de las procesiones religiosas, y abajo se aprecia al pueblo que observa las ceremonias “con modestas vestimentas y lúdicas actitudes” (Cruz, 1995: 58-60). Freyre por su parte, sostiene que la religión en Brasil fue el mecanismo de se dirigió hacia la “confraternización” entre el amo y el esclavo –a pesar de todas las limitantes que esto tiene bajo la estructuración esclavista de los ingenios–, que se observa en que religiosos, principalmente jesuitas, proclamaban la necesidad de conceder esparcimiento festivo para la raza negra, que se les permitiera ostentar “formas y accesorios de su mítica, de su cultura fetichista y totémica”, pero que contrasta con la fuerte coerción moral que imperaba sobre ellos en materia doctrinaria y de comportamiento cotidiano (Freyre, 1977: 329-330), marcando diferencias ostensibles con los privilegios de albedrío y libertad que poseían los *senhores*, guiados por un modelo patriarcal en materias tan amplias que abarcaban la moralidad, sexualidad y vida familiar, en general.

## 1. LAS ZONAS GANADERAS DE FRONTERA Y LOS HOMBRES A CABALLO

La unidad que representa la hacienda agrícola latinoamericana descrita hasta acá, no estuvo generalizada en toda la zona de colonización ibérica en América. Ciertamente muchos de los



aspectos señalados son comunes a Latinoamérica, no obstante, en algunas regiones del continente se pueden observar más singularidades que podrían dar luces respecto de un origen focalizado de ciertos rasgos esenciales y distintivos del populismo. En efecto, en ciertas regiones de amplia extensión se encuentran otros tipos de haciendas diferentes a la hacienda agrícola tradicional. Como señala Machado (1971: 161) “en las regiones ganaderas de México, Argentina, Venezuela, Uruguay, Brasil y partes de Chile y el Perú durante la época colonial crecieron grandes latifundios dedicados a la cría del ganado”. Por ejemplo, en zonas de México, se estableció la Mesta que era una institución española que se trasladó al Nuevo Mundo para poder controlar la ganadería mexicana durante el virreinato.

El sujeto que tuvo un rol esencial dentro de estas haciendas fue el mestizo. Al igual que en la hacienda agrícola latinoamericana, este se concentró en aquellas labores que ni indígenas ni europeos realizaban. En el caso de las haciendas ganaderas esto correspondió al manejo de los animales. La ganadería se ubicaba hacia las fronteras de la colonia latinoamericana, es decir, alejadas de los centros urbanos y en grandes planicies que conformaban haciendas, estancias o hatos, y por su puesto en territorios no parcelados, permitiéndole a este sujeto conservar cierto grado de independencia, a diferencia de si hubiese quedado relegado al trabajo agrícola de una típica hacienda peruana o a la vida de las ciudades. Es por esto que hay autores que sostienen que este hombre a caballo fue el que nutrió a los ejércitos independentistas, venidos tanto de Venezuela como Argentina para liberar al resto de las colonias españolas (Machado 1947; 1971: 162). En cierta medida, esta situación se replica por parte del *gaúcho* en los proyectos independentistas de Rio Grande do Sul en la década de los treinta y cuarenta del siglo XIX.

En su comparación entre el gaucho rioplatense y el llanero venezolano, Machado (1947: 10-11) señala que las zonas donde se desarrollaron poseen características similares que le son esenciales, a saber: las extensas regiones en línea horizontal a través de las cuales se desarrolla de mejor forma la actividad pastoril; y en que el hombre a caballo vive en una soledad persistente, ya sea obtenga el sustento de forma independiente o incluso al alero de una hacienda ganadera. El caso del *gaúcho* riograndense es similar: “ha sido visto como un hombre que pertenece a un paisaje en el que el horizonte es y no es el límite de su mirada,

por eso tiene un espíritu de libertad, el hombre mismo construye su propia frontera” (González, 2013: 49). Más aún, y en contraposición, cabe señalar que no es común para las zonas agrícolas de Latinoamérica la presencia del caballo como aspecto constitutivo, ya sea de la cultura como de su economía (González, 2013: 64). De modo que es en estos territorios, más que en otros, donde se pueden encontrar ciertas singularidades que contribuyan a explicar el origen más particular del populismo como vínculo social

El origen de los llaneros, así como de los *gaúchos* y gauchos (González, 2013: 53), está asociado a estas denominadas zonas de frontera, que desde comienzos de la colonia se caracterizaron por estar pobladas por pueblos nómades que aumentaron su movilidad gracias a la introducción de cuadrúpedos europeos. De esta forma, dichos pueblos, que no se encontraban “atados perennemente a la tierra por sus formas de subsistencia”, provocaron la emergencia de estas grandes zonas de frontera, que establecían los límites entre la ‘civilización’ llegada de Europa y aquella zona ‘bárbara’ que quedaba apartada de su control. Sin embargo, con el transcurso de la colonia, estos territorios “incrementaron su extraordinaria y explosiva potencialidad desestabilizadora al convertirse en zona de refugio para todos aquellos, desde blancos a negros pasando por mestizos y pardos, que buscaron allí cobijo huyendo de unas determinadas legislaciones represivas” (Izard, 1981: 83). En consecuencia, estas zonas eran el territorio de los desplazados, específicamente, los sujetos que allí se forjan, el gaucho, el *gaúcho* y el llanero eran los ‘ajenos de la civilización’. Así, según Slatta (1984: 207), una de las razones de este desplazamiento puede ser indagada en la monopolización de la tenencia de la tierra<sup>68</sup>. Pero este desplazamiento no solo fue físico, sino que también lingüístico. Por ejemplo, en las pampas riograndenses, antes de que se generalizara el término *gaúcho*, para referirse al sujeto pastoril a caballo del sur brasileño, se utilizaba el término *gauderio* para hablar de los ladrones de ganado hacia el siglo XVIII. Con el paso de los años las características del *gaudeiro* fueron heredadas por el *gaúcho* (González, 2013: 58), de tal forma que la oligarquía –tanto los latifundistas como las autoridades centrales– lo calificaban, por lo general, como uno “*ladrão, vagabundo, contrabandista,*

---

<sup>68</sup> Según Slatta (1984: 207): “En Argentina, los terratenientes monopolizaban la tenencia de la tierra y de esa manera impedían a los gauchos y pequeños agricultores sumarse a las filas de los propietarios. El arrendamiento y el trabajo migratorio estacional quedaron como única opción. Gracias al poder político de la élite caraqueña el llanero tampoco tenía acceso a la tierra”.

*coureador*” (González, 2013: 61). Y en el caso de los llanos, no solo la oligarquía ganadera los consideraba la barbarie, sino que también la jerarquía de la Iglesia<sup>69</sup>.

En este sentido, si se remite a la distinción civilización/barbarie, la parte bárbara eran tanto los que estaban fuera de la ciudad o fuera de los hatos o haciendas, entendidos estos últimos como los espacios donde dominaba y se desenvolvía la oligarquía. Más aún, la vida de estos sujetos desplazados no era sencilla, señala Pérez Ochoa (2005: 631-632) respecto de los llaneros: “Se encontraban, igualmente, como los de la Pampa, en miseria y desubicados de la producción pecuaria concentrada en los “hatos” (equivalentes de las estancias); en estos, robaban ganados, caballos y enseres de los ranchos, también chinás o mujeres; además, asaltaban caminos y saqueaban poblados. Para controlarlos, se creó un aparato represivo especializado”.

Y la parte bárbara durante la Colonia estuvo también fuertemente asociada con el origen racial<sup>70</sup>. Efectivamente, de modo semejante al llanero, sobre el *gaúcho* recayeron designaciones peyorativas que se fueron extendiendo hacia la dimensión étnica. Si al llanero se lo calificaba despectivamente como zambo, al *gaúcho* se lo asociaba con “un indio errante y mal vestido” (González, 2013: 58), de ahí la denominación *farrapo* de los riograndenses, la que habitualmente se utiliza para denominar a alguien andrajoso. No obstante, si bien existía una asociación racial que sostenía la identidad entre las características de llanero/gaúcho/*gaúcho* como externo a la hacienda, aborigen y bárbaro; por ejemplo, el pueblo de los llanos –como se señaló al comienzo– poseía un origen más bien mestizo (Izard, 1983: 21).

---

<sup>69</sup> Así es como Fray Ildefonso de Zaragoza señala: “no tenían política de ninguna especie, pues no formaban pueblo, ni reconocían rey ni cacique que les gobernase e impusiera leyes, en tal grado que ni los hijos guardaban obediencia a su padre, ni respetaban el natural parentesco. No tienen tampoco adoración alguna ni falsa ni verdadera; ni idea de la divinidad; y, aunque tienen alma racional, viven como irracionales, sin trato ni husos humanos; todos nómadas, sin casa en que vivir, sin razón para entender, ni entendimiento para razonar; sin espera para responder. Andan en atajos como ganado, desnudos totalmente los hombres, y las mujeres con un guayuco tejido de palma o de yerba, y así pasan en rancherías portátiles por las riberas de los ríos y montes, permaneciendo en ellas el tiempo que dura la caza y la pesca en aquellos sitios; y cuando lo sienten apurado se mudan a otra parte...” (Citado en Izard, 1981: 90-91).

<sup>70</sup> Por ejemplo, en Chile se le denominaba ‘indio’ a aquel sujeto que vivía al margen de la vida hacendaria, cuestión que ha permanecido en el imaginario, así cuando se le señala que a alguien ‘se le salió el indio’ –que lleva adentro–, se está acusando un comportamiento extemporáneo al establecido (Cousiño, 2004).

Otro aspecto importante a destacar, ya mencionado más arriba, es que tanto gaucho como llanero han tenido un similar rol e importancia en la Independencia de los territorios hispanoamericanos. Esto porque fueron ellos, por lo general, los que formaron el grueso de los ejércitos de los caudillos libertadores. En el caso de la Orinoquía, dirigentes oligarcas y otros caudillos terminaron tolerando al llanero por los servicios que prestaba para acciones guerreras, mientras que en la zona rioplatense se canalizó la espontaneidad guerrera del gaucho, convirtiéndose en parte importante del contingente militar, al igual como lo fue el *gaúcho* riograndense en la aventura separatista de la antigua provincia de São Pedro. Pero, como generalidad, fuera del período de guerras de la Independencia, en tiempos de paz, los sectores dirigentes consideraban a los hombres pastoriles a caballo como facciosos o montaraces, o bien como bandoleros o montoneros (Pérez Ochoa, 2005: 631).

Pero esta catalización mutua entre hombre a caballo y caudillo criollo, para el caso grancolombiano tiene un origen singular. Según Izard (1981:107), y en contra de la creencia de que de los salvajes e indómitos pueblos de los llanos que vivían de la caza de ganado orejano, y que de aquellos bárbaros externos a la hacienda emergieron líderes que los guiaron, sostiene más bien que el llanero belicoso emergió como mecanismo de autodefensa frente al avance de la oligarquía norteña y caraqueña que buscaba expandir sus dominios hacia las llanuras. “En este supuesto, el número de caudillos llaneros habría aumentado –y así ocurrió plausiblemente– en aquellos momentos en que fueron mayores los conflictos entre los norteños y los llaneros, provocados evidentemente por los primeros” (Izard, 1981: 107). Más aún, si hasta la Independencia los llaneros que siguieron a caudillos dominaron territorios reducidos, posterior a ella los caudillos llaneros que surgían lograron incluso desestabilizar gran parte de la nueva república, probablemente gracias al éxito que tuvieron en las guerras independentistas (Izard, 1981: 120), es decir, lograron trascender inclusive el proceso de nacimiento de las naciones latinoamericanas<sup>71</sup>.

La otra zona que comparte las características de la pampa rioplatense y la llanura grancolombiana es Río Grande do Sul en Brasil. No solo en su aspecto geográfico, sino que

---

<sup>71</sup> Para Izard (1983: 108): “(...) el final de las guerras de la Independencia con el triunfo de la oligarquía no supuso la tranquilidad en los Llanos, donde, no lo olvidemos, la oposición total al control de los mismos por aquella había provocado la situación explosiva que condujo a los sucesos de 1810”.

también posee una similar trayectoria histórica. Particularmente, en este territorio, un hecho sucedido que posee aspectos similares a las independencias hispanoamericanas –y que vale la pena describirlo– es la denominada Revolución Farroupilha. No obstante ello, posee antecedentes variados. En efecto, el origen geopolítico de esta revolución separatista está radicado en el temor que el gobierno portugués tenía respecto del federalismo republicano radical del General Artigas en la Banda Oriental, y cómo este podía llegar a influenciar a la Provincia de São Pedro y así desatar una rebelión independentista en el sur brasileño, afectando de forma muy negativa los intereses de la élite centralista de Rio de Janeiro. De modo que la intervención luso-brasileña en la Banda Oriental encuentra su justificación, primero en 1811 y luego en 1816 con el apoyo implícito de Buenos Aires y la élite de Montevideo. Así, al ser incorporada la Banda Oriental al Imperio Portugués, pasó a llamarse Provincia Cisplatina (Lima de Avila, 2011: 188-189). Bento Gonçalves, quien participó de ambas incursiones militares, líder político y militar *gaúcho* tuvo una fuerte influencia de José Gervasio Artigas y sus ideas federalistas. Como señala Lima de Avila (2011: 189): “O governo português tinha razão em temer o avanço dos ideais artiguistas federalistas pelo Continente. Da primeira intervenção luso-brasileira na Banda Oriental, fez parte o futuro chefe farrapo Bento Gonçalves, que anos antes havia se estabelecido em Cerro Largo, onde adquiriu terras e exerceu funções administrativas”. Con posterioridad, la relación de Gonçalves con otros líderes uruguayos se amplía, como fue el caso de Antonio Lavalleja –líder artiguista que declaró la independencia unilateral de la Banda Oriental en 1825– personalmente muy cercano al líder riograndense (Lima de Avila, 2011: 191).

Los riograndenses eran muy críticos del gobierno central en materia militar, sobre todo después de la derrota del Imperio frente a las fuerzas orientales en la incursión militar portuguesa de 1828, cuestión que los *gaúchos* atribuían a la ineptitud de los líderes enviados desde el poder central. Si a eso se le suma que la propia élite riograndense tenía conciencia de su papel subordinado dentro del esquema político y económico del país, por más que existieran avances liberales posteriores a la abdicación de Dom Pedro I, la disidencia gaúcha se acentuó. Pero, sin duda que la rebelión tuvo una causa económica coyuntural que jugó un importante papel, que dice relación con que las tasas de exportación perjudicaban a los productores de carne riograndenses, mientras que las de importación –que también los

perjudicaban— iban en beneficio de los productores uruguayos y de los compradores de Río de Janeiro<sup>72</sup>.

Finalmente, a Gonçalves se lo declara sedicioso por parte del gobierno central en 1934, básicamente, por mantener conversaciones con Lavalleja, lo que tiene implicancias tanto para quien detenta el poder en Uruguay como para el Imperio. Puesto que el reciente ascendido presidente del Uruguay, Fructuoso Rivera, dejó en segundo plano a uno de los más importantes artiguistas como Lavalleja, quien tuvo que escapar hacia el norte, donde Gonçalves le prestó auxilio. Los *senhores da guerra* riograndenses eran tan contrarios al Imperio como al propio Rivera, mientras que la Banda Oriental bajo Rivera y el Imperio observaban con ojo crítico los movimientos de Lavalleja y Gonçalves, por considerarlos peligrosos para la estabilidad de la zona. En resumen, en Brasil veían a Gonçalves como un peligro por dar refugio a un anarquista como Lavalleja que podía impulsar la separación de Rio Grande, y Rivera por sospechar que Gonçalves y Lavalleja planeaban derrocarlo (Lima de Avila, 2011: 195-196).

Cabe destacar que la Revolución Farroupilha estuvo inspirada por principios liberales de igual forma como ocurrió con las nacientes naciones hispanoamericanas. Sin embargo, tuvo una adecuación a las necesidades locales, claramente federalista, por ello que se produce un alejamiento de la provincia a pesar del propio avance del liberalismo en todo el Imperio de Brasil. Gonçalves (citado en Dornelles, 2010: 172) señalaba: “Com este triunfo dos princípios liberais minha ambição está satisfeita, e no descanso da vida privada a que tão somente aspiro gozarei o prazer de ver-vos desfrutar os benefícios de um governo ilustrado, liberal e conforme com os votos da maioria da Província”. Más aún, en un principio, no estuvo claro el ideario de separación respecto de Brasil (Dornelles, 2010: 174), a pesar de

---

<sup>72</sup> En palabras de Lima de Avila (2011: 194-195): “Os criadores sofreram com a proibição do trânsito de reses do Rio Grande para o Estado Oriental e com a criação de postos aduaneiros para a coleta das taxas de exportação. Considerando que os impostos de importação eram muito mais baixos, os produtores eram prejudicados, enquanto que os charqueadores tinham garantido seu abastecimento (...) Assim, o liberalismo do Império privilegiava os exportadores do centro, que preferiam o charque uruguaio, mais barato do que o do Rio Grande, enquanto que os criadores do Sul demandavam a proteção de seus produtos”.

que después se concreta en la República Riograndense (1836-1945), pero que más tarde se vuelve a anexar al Imperio a través del Tratado de Ponche Verde en 1845.

Respecto de Rio Grande do Sul, hay tres aspectos a destacar que lo asemejan tanto al caso venezolano como argentino, y son: una extensa zona de frontera con terrenos propicios para la cría de ganados; el poblamiento a través de la actividad pastoril; y de hombres a caballo como el *gaúcho*, que comparte similitudes con el gaucho y con el llanero. Además –y es la evidencia que se desprende de la Revolución Farroupilha– en las tres zonas se observa una inspiración liberal de las oligarquías independentistas que logra capitalizar, solo por los acotados períodos independentistas, el impulso beligerante de los hombres a caballo.

Volviendo a la cuestión del indómito hombre a caballo, ya sea *gaúcho*, gaucho o llanero, que contribuyó a la Independencia en el continente, se observa, sin embargo, un proceso de ‘domesticación’ por su ingreso al hato o estancia. Una vez acabados los tiempos de beligerancia, tanto en las naciones de origen hispano, como en Rio Grande luego de 1845, se puede observar con más claridad cómo gran parte del contingente de jinetes libres ingresan a la hacienda ganadera. Una de las formas fue bajo la figura del ‘agregado’, es decir, del inquilinaje ganadero. En efecto, dentro de la categoría de ganaderos no propietarios están, por un lado, aquellos que tenían unas cuantas cabezas de ganado pastando en terrenos comunales, mientras que por otro están los agregados “que vivían subordinadamente cerca de hatos mayores, cooperando con sus propietarios en los momentos en que era necesaria más gente, especialmente durante los rodeos” (Izard, 1983: 17). Estos se situaban en los confines del latifundio, cumpliendo funciones relevantes para la frontera de la hacienda: protegiendo las reses de cuatreros, así como de otros hateros que buscaban desplazar sus cercos o extender sus terrenos (Izard, 1983: 17).

Así como surgió el agregado, apareció el ‘peón llanero’ en las planicies venezolanas, los que se desplazaban a través de las llanuras para cuidar las reses del dueño del ganado: “los hombres desnudos hasta la cintura y armados con una lanza, cabalgan sobre la sabana, para inspeccionar los animales, traer de vuelta aquellos que vagan muy lejos de las pasturas del rancho y marcar con hierro al rojo todo aquel que aún no lleve la marca del propietario”

(Slatta, 1984: 197). Estos peones, que podían ser libertos o esclavos, conservaron fielmente las costumbres de sobrevivencia que los pueblos llaneros poseían previamente al ingreso al hato: se alimentaban de charqui y siempre andaban con su montura y a caballo. Cuestión que se repite en la Argentina, ya que el “gaucho siempre cabalgó y nunca caminó, si pudo evitarlo” (Slatta, 1984: 197). Y al igual que en la zona rioplatense, la contigua región riograndense (González, 2013: 52) tuvo un proceso con resultados similares: la instauración de una suerte de peonaje ganadero. A medida que comenzó a desaparecer el ganado cimarrón, así como los pastos y propiedades comunales de la Pampa abierta empezaron a ser cercados mediante la implantación del alambrado, la domesticación del gaucho se consolidó, transitando a “jornalero de sabana, a peón de brega que, a además de las labores pedestres de empalizar o de roturar praderas, en la estancia evolucionada, estará dedicado a cuidar ganados, faena en la cual debe poseer destreza para montar a caballo, enlazar, arrear y apartar bovinos indómitos” (Pérez Ochoa, 2005: 632). Así, por ejemplo, la imagen del *gaúcho* ya ‘semidomesticado’ que González (2013: 57) extrae de Reverbel y su texto *O gaúcho*, señalaba: “lleva en su sangre la herencia del trabajo en las estancias, el oficio de la pampa, evidentemente como peón, raíces fijadas en el campo, se identifica con la simbología del chimarrão y es un óptimo jinete, a lo que habría que agregar su gusto por la libertad, por los espacios abiertos”.

Si se compara el peón agrícola con el peón ganadero de los llanos venezolanos, se observa que estos últimos no siempre vivían –o pernoctaban– en un lugar fijo de la hacienda, a diferencia de como lo hacían los peones e inquilinos de una hacienda agrícola. Mientras que el llanero solo se refugiaba en el carney<sup>73</sup>, o dormitorio de los peones, por razones climáticas durante el período de lluvias. En verano, cada llanero instalaba su chinchorro al aire libre (Izard 1981: 103). Esta independencia del llanero se formaba desde muy temprana edad, diferenciándose de aquellos que preferían una vida más agrícola:

---

<sup>73</sup> “En los hatos solían llamar caney al dormitorio de los peones, un gran tinglado rectangular formado exclusivamente por un techo de hojas de palma sostenido por columnas hechas con troncos de las mismas plantas, en las que se colgaban chinchorros y arneses; las provisiones se colocaban a cierta altura en estantes hechos con bambú” (Izard 1981: 103).



Cuando un muchacho llegaba a los 18 años, habiendo sido adiestrado por su padre en las artes llaneras, se emancipaba de su madre abandonando la familia. Y, como en cualquier sociedad tan machista como la llanera, siempre existían varones que, por las razones que fuesen, no querían participar de la vida azarosa de las sabanas; se llamaba *vegüeros* a los que se quedaban con la madre y las hermanas dedicándose normalmente a la agricultura (Izard, 1981: 104).

En resumen, se postula que el origen del populismo está asociado con grandes zonas fronterizas donde se gestan, primero, movimientos independentistas, y luego desestabilización del statu quo nacional. Si bien en el caso de los llanos venezolanos y la pampa argentina el conflicto se da entre oligarquías capitalinas y el pueblo fronterizo, mientras que para el caso riograndense fue entre esa misma oligarquía central versus la oligarquía local, las consecuencias que se observan son similares: grandes zonas de desestabilización política y militar. En este sentido, el conflicto se puede sintetizar en uno que sucede entre zonas ganaderas y metrópolis, sin embargo, para los casos argentino y venezolano puede ser más bien interpretado bajo la dicotomía entre estratos sociales distintos, aquel de la oligarquía latifundista asentada en la ciudad versus el mestizo habitante de zonas ganaderas. En el caso riograndense, si bien el conflicto es entre oligarquías, resulta por lo menos notorio que a la oligarquía local se la haya comenzado a denominar –y autodenominar– como *farrapa* o *gaúcha* durante el siglo XIX, tal como señala Love (1971: 11) el término *gaúcho*, que denominaba al mestizo indómito a caballo, pasó a ser utilizado para todos los riograndenses. En consecuencia, de los tres casos se puede postular que esta dicotomía originaria entre oligarquía capitalina y llanero/gaúcho se actualiza durante el siglo XX para fundar la dicotomía esencial que alberga el populismo, a saber: oligarquía versus pueblo.

Respecto de la similitud de los tres casos, también es pertinente destacar la baja presencia del sistema esclavista en Rio Grande do Sul. En efecto, las guerras de frontera ayudaron a desorganizar el régimen de esclavitud en Rio Grande do Sul, lo que tuvo como consecuencia el surgimiento de una relación basada en el patronazgo, con peones e inquilinos, y no con esclavos, tal como se desarrolló en la zona contigua rioplatense, pero de forma contraria a lo que ocurría en el resto de Brasil, especialmente en el Noreste (Love, 1971: 11). Lo cual acerca aún más el caso riograndense a los casos argentino y venezolano. Por tanto, esta observación

permite sostener con aún más certeza que en estas particulares regiones de frontera de Latinoamérica se produce una síntesis singular que está a la base del populismo. Por un lado, se encuentra el aspecto del patronazgo hacendario, muy propio de haciendas agrícolas hispanoamericanas, pero que también está presente en las haciendas ganaderas, incluidas las de Rio Grande do Sul, donde el vínculo se construye en base a la lealtad patrón-peón. Mientras que, por otro lado, destaca lo ya señalado respecto de que las zonas ganaderas cultivan aquel espíritu antioligarca, libertario e indómito, que se forma en torno a la figura del hombre a caballo, y que contrasta con el caso peón agrícola, un sujeto altamente dependiente de la autoridad patronal. En conclusión, esta ambivalencia o paradoja que se sintetiza en la figura del peón e inquilino de estas zonas del continente, ya sea, por un lado, por su lealtad al patrón y/o al caudillo, mientras que por otro, por su espíritu antioligarca nacido en las zonas ganaderas, se convierte en el aspecto esencial del *ethos* que se transmite hacia el vínculo social populista.

Hasta este punto, se han expuesto los rasgos más propios del carácter latinoamericano, que fueron consolidadas durante el período hacendario. Este carácter o *ethos* latinoamericano se caracteriza porque, una vez instituido, se conserva a lo largo de la historia independiente, manifestándose en realidades y épocas actuales o recientes. Entonces, la tesis que funda la presente investigación dice relación con que el populismo es una manifestación social diferida de este carácter latinoamericano, con un énfasis especial en aquel originado en las denominadas zonas de frontera. Así, el populismo tendría su ‘origen’ en el *ethos* nacido en el período colonial y desarrollado mediante un modelo de trabajo tributario que se corona con el gasto festivo y el énfasis en la ritualidad de la religiosidad colonial, lo que garantiza la construcción de aquel vínculo social hacendario, sumado al sentimiento antioligarca gestado en los territorios ganaderos de Latinoamérica.

La reflexión anterior ha tratado sobre el origen del populismo, sin embargo, las ‘causas’ de este, es decir, aquello que gatilla la emergencia o manifestación del *ethos* en la actualidad urbana del continente, tiene que ver con ciertas condicionantes más bien políticas y socioeconómicas de los países latinoamericanos —es decir, transformaciones en la estructura social previa a la emergencia del fenómeno seguidas de la emergencia del liderazgo

populista—, que contribuyen a provocar su surgimiento. Esta distinción entre origen y causas, que ya ha sido planteada por Pierson (2003) como constitutiva de diversos análisis histórico-comparados de largo plazo, no es azarosa, sino que tiene que ver con la diferencia entre las razones sociológicas más profundas que originan el populismo, es decir, el *ethos*; y las razones más politológicas, aquellas referidas a las instituciones y procesos políticos y sociales de cambio que fecundan el terreno para la manifestación del *ethos* en la ciudad latinoamericana del siglo XX, liberándolo del enclaustramiento en que había permanecido: en la religiosidad popular y en la vida cotidiana. A continuación, en el Capítulo 8 se desarrolla esta diferencia entre origen y causas, y se operacionalizan aquellas condicionantes del populismo que hacen emerger al *ethos* en los casos estudiados.

## CAPÍTULO VIII. POPULISMO LATINOAMERICANO EN PERSPECTIVA HISTÓRICA

*En América Latina el liberalismo  
forma parte integrante de su  
constelación originaria desde los  
días de Independencia (...), pero  
también desde los primeros  
momentos su situación no pudo  
menos de ser en extremo  
precaria, en cuanto, como  
ideología, se encontraba en  
contradicción junto a la  
estructura social  
fundamentalmente agraria y los  
usos y creencias efectivas en que  
la misma se apoyaba*  
(Medina Echavarría, 1980: 88)

En el capítulo anterior se expusieron los rasgos fundamentales de la etapa colonial, período en el que se construye el *ethos* característico de Latinoamérica. Se postula asimismo que en dicha época es cuando se funda el carácter latinoamericano, no obstante, tampoco ha sido el único de los procesos fundacionales existentes. En efecto, se han identificado diversas refundaciones de la cultura latinoamericana, como las que menciona Jorge Larraín (2001: 201), quien afirma que autores como Morandé y Cousiño las han minimizado y considerado solo como desviaciones de la síntesis original, como son aquellas de los siglos XIX y XX:

No existe un trasplante cultural casi sin trabas desde Europa, como en Norteamérica, pero sí una influencia importante de las ideas matrices de la Ilustración que deben enfrentar y readecuarse a un polo cultural indo-ibérico bastante resistente. Su primera fase durante el siglo XIX podría

denominarse, con un cierto grado de contradicción, oligárquica, por su carácter restringido (...) Primero, en esta fase se adoptan ideas liberales, se expande la educación laica, se construye un estado republicano y se introducen formas democráticas de gobierno, pero todo esto con extraordinarias restricciones de hecho a la participación amplia del pueblo. Segundo, a diferencia de la trayectoria europea, la industrialización se pospone y se sustituye por un sistema exportador de materias primas que mantiene el atraso de los sectores productivos (Larraín, 2001: 83).

Este autor identifica a dichas refundaciones con el proceso modernizador propiamente tal, contrarias a la noción de modernidad implícita en el barroco iberoamericano. Y esta diferencia tiene que ver en particular con el hecho de si se puede o no considerar al barroco como una forma de modernidad, es decir, considerar a todas las respuestas a la crisis de la ecúmene Católica como una forma de modernidad. Para Cousiño (1990: 109-110) esto es posible y se realiza primeramente a través del Concilio de Trento, que no solo busca precisar dogmas, sino por sobre todo reformar institucionalmente a la Iglesia. Esta modernidad oculta del barroco –parafraseando al autor– es duramente criticada por Larraín, quien menciona que:

No es posible concebir un proyecto moderno que valora la razón, el mercado, la democracia y el pluralismo y otro igualmente moderno que desprecia a la razón, al mercado, la democracia y el pluralismo. La cultura barroca puede haberse desarrollado durante la época de la modernidad, pero no es un proyecto moderno en sí mismo; en rigor es un proyecto antimoderno (Larraín, 2001: 203-204).

Sin embargo, el planteamiento sobre lo moderno de la Ilustración parece caer en una forma de ‘esencialismo ilustrado’, del mismo modo como Larraín critica y define como esencialismo católico al planteamiento de Cousiño y Morandé. En efecto, ¿acaso el argumento de Larraín no es esencialista al considerar unas y no otras como las características mínimas y esenciales para definir a un proyecto como moderno? Por contrapartida, el argumento de Cousiño se basa en un fundamento más bien de tipo formal. Todo proyecto que enfrente el problema del quiebre de la ecúmene europea, y su consecuente emergencia de diversidad confesional y social, buscando resolverlo, o al menos respondiendo a él, puede ser considerado moderno<sup>74</sup>. Así, la Contrarreforma tanto como la Ilustración podrían entrar

---

<sup>74</sup> La discusión sobre lo moderno de lo barroco, así como lo relacionado con los diferentes *ethos* que se encuentran en pugna y buscan desafiar posteriormente al *ethos* barroco –que acá se han denominado como

en esta categoría. Sin embargo, la interrogante que se busca responder es otra y tiene que ver con cómo se conjugan históricamente la fundación inicial y los intentos refundacionales del *ethos* latinoamericano. Medina Echavarría (1980: 88-89) en su momento hizo referencia a los antagonismos que se producían entre la fundación original del carácter latinoamericano, aquella proveniente del mundo rural y hacendario, frente a las refundaciones del liberalismo que se produjeron en momentos que se preparaba y desarrollaba la Independencia.

En América Latina el liberalismo forma parte integrante de su constelación originaria desde los días de Independencia –y perdura por eso con constancia singular–, pero también desde los primeros momentos su situación no pudo menos de ser en extremo precaria, en cuanto, como ideología, se encontraba en contradicción junto a la estructura social fundamentalmente agraria y los usos y creencias efectivas en que la misma se apoyaba. Por eso se ha podido decir que esa contradicción constituye la primera, y quizá más importante, paradoja de los países latinoamericanos (Medina Echavarría, 1980: 88).

Por otro lado, cabe recordar que, incluso desde un punto de vista histórico, el contrarreformismo fue anterior a la Ilustración, y es a través del primero que la América hispánica y lusitana es colonizada. Y es también, por cierto, en base a esta impronta que se desarrolla el encuentro y síntesis cultural que da origen al ya definido *ethos* latinoamericano. Por ello que la pregunta central de este capítulo tiene que ver con cómo se relaciona el origen hacendario de Latinoamérica con el populismo del siglo XX. La distinción entre orígenes y causas del populismo planteada en el final del Capítulo 6 es un elemento que ayuda a responder esta interrogante.

En el populismo los orígenes están asociados al período colonial, y las causas están relacionadas con aquellos factores recientes que hacen emerger al fenómeno durante el siglo XX. Esta distinción inicial ayuda a dar un marco referencial más adecuado a las refundaciones de la identidad latinoamericana. En efecto, el origen del *ethos*, desarrollado en

---

‘refundaciones’–, no pretende quedar agotada en esta investigación. En efecto, desarrollos posteriores han planteado la pregunta sobre lo barroco como un proyecto civilizatorio alternativo, es decir, como una modernidad diferente, en particular ha sido Bolívar Echeverría (2000) en su libro *La modernidad de lo barroco*, pero anteriormente ya había compilado una serie de artículos de diversos autores en *Modernidad, mestizaje cultural y ethos barroco* (1994). No obstante ello, la discusión respecto del *ethos* que acá se plantea pretendió ir a investigaciones anteriores, particularmente las ya mencionadas de Morandé (1987) y Cousiño (1990).

gran medida en la colonia durante la constitución del modelo hacendario, puede no ser el único acto de constitución del carácter identitario de Latinoamérica, pero parece ser que es el más antiguo y persistente, toda vez que las refundaciones liberales con gran auge durante el período de Independencia y el comienzo de las Repúblicas no impiden, en gran parte del continente latinoamericano, el surgimiento del populismo.

Larraín (2001: 206) también sostiene que la secularización y los procesos modernizadores han afectado a la religiosidad popular, bastión del *ethos* caracterizado por Morandé, lo que se observa en el significativo avance pentecostal. Sin embargo, la tesis de esta investigación es que si bien los espacios tradicionales en que se ha conservado este *ethos*, la religiosidad popular y la vida cotidiana, pueden haber sido penetrados tanto por el protestantismo como por la secularización —y efectivamente lo han sido—, la persistencia del carácter latinoamericano original demuestra su pervivencia al emerger, es decir, al ser catalizada por ciertas causas que provocan que esta forma de vinculación social sea llevada al plano de la ciudad y de la vida pública actual. Así, para comprender mejor esta distinción analítica, entre el origen y las causas del populismo, es necesario introducir al análisis uno de los dispositivos más desarrollados del análisis histórico comparado: *path dependence* o trayectorias de dependencia.

## 1. LAS TRAYECTORIAS DE DEPENDENCIA

Se ha planteado que esta investigación está, en términos metodológicos, basado en el análisis histórico-comparado. Así, la primera parte del enfoque, lo propiamente histórico, consiste en que los eventos que ocurren o están ocurriendo en el presente no son causalmente independientes de los eventos pasados, y estos últimos están muchas veces ubicados en un pasado remoto que, como acá se postula, es durante Colonia. Sin embargo, este postulado es aún demasiado poco específico para definir la impronta histórico-causal del populismo. Por esta razón, es que se ha tomado como referencia la particular variante de los análisis histórico-

comparados denominado como *path dependence*, que contribuye a comprender las relaciones causales que explican la aparición de populismo en América Latina<sup>75</sup>.

No obstante, cabe mencionar que cualquier enfoque que haga referencia a una causa ubicada en un pasado remoto, como condicionante de un estado posterior, no tiene relación necesariamente con una ‘trayectoria de dependencia’ o *path dependence*, sino que esta se debe caracterizar por una secuencia histórica de eventos contingentes, en que los diferentes elementos de la secuencia tienen alguna influencia en la variable dependiente final (Mahoney, 2000: 507). Dentro de este contexto, se han encontrado además dos tipos generales de posibles secuencias: las auto-reforzadoras y las reactivas. Las primeras son aquellas que vienen a reforzar un determinado patrón social generado en el origen, mientras que las reactivas son las que funcionan como reacciones contrarias a eventos temporalmente antecedentes (Mahoney, 2000: 508-509).

A esta primera condición necesaria para hablar de trayectoria de dependencia, James Mahoney (2000: 511-512) le suma otras dos. Primero, el nivel de contingencia de los eventos históricos, es decir, la ocurrencia puramente contingente de ciertos eventos de la secuencia no se explica, necesariamente, por las condiciones iniciales encontradas en cierta sociedad, sino más bien todas las condiciones iniciales no son tan relevantes frente a los tempranos eventos históricos –pero posteriores a dichas condiciones iniciales– que están en los comienzos de cierta secuencia. La segunda condición necesaria es la denominada de inercia o *historical lock-in* (Mahoney y Schensul, 2006: 463-465), que tiene que ver con que los eventos históricos toman lugar en una secuencia que está marcada por patrones causales relativamente determinísticos, es decir, un evento histórico temprano desencadena una secuencia, que puede ser auto-reforzadora o reactiva, que va ampliando su influencia a medida que surgen otros eventos de la secuencia, hasta llegar a la variable dependiente estudiada<sup>76</sup>.

---

<sup>75</sup> Cabe señalar que existen más modelos de análisis histórico-comparados que se han implementado. Pierson (2003) los denomina como procesos de largo alcance, y señala que se han desarrollado otros también explicativos, además del *path dependence*, como son: las causas acumulativas, los efectos de umbrales, entre otros.

<sup>76</sup> No obstante, como se podrá apreciar a lo largo del texto, la relación determinística entre los eventos relacionados con los orígenes –o conformación del *ethos*– y las causas más recientes se diluye, particularmente



El mismo Mahoney es quien ha desarrollado uno de los análisis histórico-comparados, basado en el enfoque de las trayectorias de dependencia, más compresivos, centrado en el estudio del devenir institucional durante la Colonia y sus efectos en el desarrollo poscolonial posterior de Hispanoamérica fundamentalmente, pero también comparándolo con otros casos regionales como son las colonias británicas y portuguesas (Mahoney, 2003; Lange, Mahoney y Haum, 2006; Mahoney, 2010). Básicamente, para Mahoney dos variables causales en conjunto –el tipo de colonialismo y la política económica del colonizador– explicarían el posterior desarrollo poscolonial. A *grosso modo* el colonialismo mercantilista tendría efectos negativos en el desarrollo poscolonial, mientras que el colonialismo liberal produciría efectos positivos en este<sup>77</sup>.

En términos generales, esto es lo ocurrido en Latinoamérica, zona que fue ampliamente colonizada por potencias ultramarinas mercantilistas. Aunque es también importante destacar otro aspecto, que tiene que ver con lo que este autor define como el tamaño y desarrollo de la población en la época precolombina, el cual explica, por su parte, las diferencias de desarrollo de las diversas zonas de la región. Durante la conquista, los colonizadores se asentaron en aquellos lugares donde había mayor población, esto es donde se podía llegar a disponer de más mano de obra y así desarrollar de mejor forma su dominación en torno a un

---

en lo que respecta al liderazgo populista. Aunque es posible encontrar una relación determinística entre las variables congregadas en los orígenes y aquellas de las causas –fracaso de los eventos reactivos que originan la crisis de la oligarquía de principios de siglo XX–, no hay evidencia que apunte a que el liderazgo populista, como variable explicativa, sea causalmente determinado por alguna de estas variables anteriores. Por ello que, durante el Capítulo 15 se explicita que la relación entre variables responde, en parte, a una ‘secuencia causal’ más propia del *path dependence*, así como a una ‘secuencia ordenada temporal’. Así mismo, dentro del desarrollo de la variable *ethos* (véase Ilustración 1 en las páginas siguientes de este capítulo) se observa claramente un *historical lock-in* de la trayectoria de dependencia, es decir, se trata propiamente tal de una secuencia causal. En parte, esto se podrá comprender de mejor forma en dicho capítulo final.

<sup>77</sup> Así argumenta Mahoney (2010: 27-28) al señalar que: “Within their most important colonial possessions, mercantilist powers impose restrictions on economic participation and grant exclusive rights to privileged merchants. They also construct or uphold coercive labor systems and sociocultural conventions that define different and unequal ethnoracial categories. As a consequence, higher levels of mercantilist colonialism leave behind powerful commercial actors who enjoy and seek to preserve monopoly rights while stifling those who might stimulate investment and profits through exchange in open markets. The monopolistic colonial merchants are, furthermore, likely to be closely aligned with landed interests who promote long-run economic development. Powerful coalitions of antimarket actors can thereby be expected to come into being and operate as roadblocks to development once the artificial colonial supports are torn down. Meanwhile, the labor and cultural institutions of extensive mercantilist colonialism subject the indigenous population (or perhaps an imported worker population) to systematic deprivation and ensure its long-run poverty. Insofar as this group represents a substantial percentage of the total population, which is the norm under the extensive mercantilist colonialism, the social performance of the territory as a whole is greatly compromised”.

sistema tributario de trabajo. De allí que en ciertos países que fueron antiguas colonias hispanas en América, que poseían baja cantidad de población precolombina y en que los conquistadores no se asentaron de forma prolífica, posean mayores niveles de desarrollo social, como se observa en Uruguay, Argentina, Costa Rica y Chile, durante el siglo XX (Mahoney, 2010: 221 y ss.).

Por otro lado, para el caso portugués en América, Brasil era una zona bajamente poblada, donde no habían asentadas grandes civilizaciones precolombinas, sin embargo, el patrón de desarrollo hispanoamericano se puede replicar en cierta forma. En efecto, en Brasil la zona con menor desarrollo social postcolonial es el Noreste, región que durante la Colonia fue la más próspera y donde florecieron los ingenios, base de la actividad agroexportadora y donde mayor cantidad de población se asentó (Mahoney, 2010: 242 y ss.).

Como contraste, Mahoney compara a las colonias hispanas y lusitanas con las británicas que, en su definición, fueron colonizadas no por una empresa mercantilista como la de los Augsburgo en España, sino que su colonización fue llevada a cabo bajo un modelo liberal. Y ello se debía a que los énfasis liberales que la corona británica le entregó a su colonización estuvieron influenciados claramente por el contexto revolucionario que se vivía en aquella época: la denominada Gloriosa Revolución<sup>78</sup>.

En consecuencia, la tesis de Mahoney postula que este evento, ubicado al momento que se comienza a instaurar un tipo singular de colonización, es decisivo para condicionar el posterior desarrollo social poscolonial de esas futuras naciones. En la América hispana, en cambio, no se instala un modelo liberal de colonización, sino solamente hasta la llegada de la denominada fase liberal comenzada por las Reformas Borbónicas de Felipe V (Mahoney,

---

<sup>78</sup> Según Mahoney (2010: 231): “Royal Power was reduced dramatically by the English Revolution. The decision of Charles I to convene a parliament in 1640, the ensuing Civil War, and the “Glorious Revolution” of 1688-9 forever thwarted the monarchy’s local economic and political power. Henceforth, the king would rule only with the confidence and legislative approval of Parliament. English society itself remained “gentlemanly” and probably more deeply stratified than ever along class lines (...) But notions of popular sovereignty, religious toleration, and economic and personal freedom were now part of the culture (...) In turn, capitalist development was aided by the long-term political security of market-oriented actors –especially landlords engaged in commercial agriculture and profit-seeking merchants not directly tied to the monarchy. These actors probably had little or nothing to do with actually causing the revolution”.

2010: 44-49). Es por este motivo que dentro del mundo colonial ibérico es en las periferias y no en los centros coloniales donde se asienta de mejor forma el liberalismo, debido también a que el mercantilismo no se arraigó demasiado (Mahoney, 2003: 80).

Luego de esta breve síntesis de ciertas herramientas conceptuales para estudiar la historia, concentradas en la perspectiva de las trayectorias de dependencia, así como ejemplificadas en este ilustrativo y atingente estudio, se puede acceder a comprender de manera más adecuada cómo funciona el influjo de aquel carácter colonial en la arena sociopolítica de algunas naciones latinoamericanas en el siglo XX.

## 2. ORÍGENES: APARICIÓN DEL *ETHOS* Y CONTINUIDADES CULTURALES

A diferencia del estudio de Mahoney sobre colonialismo y poscolonialismo, centrado en las características institucionales y cómo estas influyen de forma reversa o reactiva en las instituciones y desarrollo social poscolonial de los países latinoamericanos, el estudio del origen del populismo en América Latina rescata aquellas dimensiones latentes de carácter más bien cultural, dicho de otra manera, las ‘estructuras sociológicas profundas’ y como ellas afectan al desenvolvimiento del populismo. Sin embargo, también se reconoce cierta importancia en las características de la institucionalidad política y de la estructura socioeconómica de los países, para catalizar el surgimiento del fenómeno. En este sentido, el modelo de trayectorias de dependencia es un gran instrumento para comprender el tránsito desde la conformación del *ethos* latinoamericano colonial u origen, pasando por las condicionantes facilitadoras o causas, hasta su manifestación definitiva.

Interpretaciones sobre las continuidades culturales que originan la actual situación de América Latina se pueden encontrar en autores como Freyre y Medina Echavarría. Para el primero, la tradición liberal independentista, ya mencionada como un posterior intento de refundación de identidad nacional, sucumbe frente a la conformación colonial del *ethos*:

Nuestra tradición revolucionaria, liberal, demagógica, es más bien aparente y limitada a focos de fácil profilaxis política, porque en lo íntimo, lo que el grueso de lo que puede llamarse “pueblo

brasileño” goza aún es la presión que sobre él ejerce un gobierno enérgico y virilmente autocrático. Asimismo en la sinceras expresiones individuales –no del todo raras en esta especie de Rusia americana que es el Brasil– de mística revolucionaria, de mesianismo, de identificación del redentor con la masa a redimir por el sacrificio de vida o de libertad personal, se advierte el vestigio o residuo masoquista: menos el deseo de reformar o corregir determinados vicios de organización política o económica que el mero placer de sufrir, de ser víctima, o de sacrificarse (Freyre, 1977: 75).

Por otro lado, en las *Consideraciones Sociológicas* de Medina Echavarría, se encuentra un supuesto interpretativo historicista, que se asemeja en gran medida a las características de la ya definida trayectoria de dependencia, en que eventos de un pasado lejano tienen repercusiones en la situación actual o pasado reciente. Para Medina Echavarría (1980: 43) existen ciertas tendencias que provienen de una situación pretérita y que afectan a otras situaciones actuales o recientes, ellas son lo que denomina “las notas esenciales de una historia que gravitan hasta las horas de hoy”. Para el autor, ese origen tiene que ver con la característica fundamentalmente rural de América Latina, aquella que se construye en la hacienda. Pero el autor agrega que su emergencia depende de ciertas condicionantes o coyunturas. Entonces, la formulación del autor se adecua a la distinción ya planteada entre origen y causas, como esquema analítico e histórico para comprender explicativamente al populismo, debido a que este *ethos* se manifiesta bajo ciertas condiciones y no otras.

De cierta forma esta investigación es vicaria también de las interpretaciones de Freyre y Medina acá reseñadas, a la vez que continúa con su desarrollo teórico y empírico. Así, la Ilustración 1 siguiente, muestra este singular desarrollo histórico del *ethos*. En él se puede apreciar la secuencia causal que considera las etapas de una trayectoria de dependencia: la situación de condición inicial y los eventos en una cadena, tanto reforzadores como reactivos.

**Ilustración 1. Primera parte: Secuencia auto-reforzadora del origen del populismo (variable 1 *ethos*)**

	Condiciones Iniciales	Primer grupo de eventos históricos		
		Eventos tempranos	Eventos auto-reforzadores	Eventos reactivos
<b>Hechos históricos</b>	<p>a) <u>Colonizadores</u>: predisposición barroca y contrarreformista (énfasis ritual y tributario, colonización mercantilista y reino patrimonial).</p> <p>b) <u>Pueblos precolombinos</u>: sociedades rituales basadas en el intercambio de dones, con desarrolladas formas de trabajo tributario (en el caso de sus civilizaciones más avanzadas).</p>	<p>A nivel del trabajo:</p> <p>a) Instauración de la <u>Encomienda</u> en Hispanoamérica (modelo de trabajo tributario sin propiedad de la tierra).</p> <p>b) Desarrollo del <u>ingenio azucarero</u> (hacienda agrícola) basada en trabajo esclavo desde el comienzo de la Colonia en Brasil.</p> <p>A nivel de la religión:</p> <p>c) Evangelización jesuita basada en el método de la <u>acomodación</u>, que prevaleció respecto de los métodos mendicantes basados en la Tábula Rasa.</p>	<p>a) Se generaliza la <u>hacienda</u> en Latinoamérica. Esto implica formas de trabajo tributario con legitimación cültica del trabajo, una fuerte religiosidad ritual, y un modelo patriarcal de dominación basado en el parentesco y la cercanía.</p> <p>b) Desarrollo de <u>haciendas ganaderas</u> en zonas de frontera, en conjunto con el ascenso de hombres a caballo. Lo cual desarrolla fuertemente el aspecto anti-oligárquico del <i>ethos</i>.</p>	<p>Siglo XVIII:</p> <p>a) Ascenso de la <u>Casa de Borbón</u> como reyes de España.</p> <p>Siglo XIX:</p> <p>b) <u>Movimientos independentistas</u> inspirados en la Revolución Francesa y los principios liberales.</p> <p>c) Auge del <u>liberalismo durante el Imperio</u> de Brasil.</p>
<b>Periodo</b>	Previo a la Conquista de América.	Conquista y comienzos de la colonización.	Durante la Colonia y se extiende incluso hasta la primera mitad del siglo XX.	Desde 1700 en plena Colonia y durante la Independencia y el siglo XX.
<b>Ethos</b>	Antecedentes	Fundación	Consolidación	Intentos refundacionales

En el Capítulo 6 se describieron las condiciones iniciales que corresponden al período anterior a la coyuntura crítica (Mahoney y Schensul, 2006: 460), es decir, las características propias de las culturas, previas al momento del encuentro. Las condiciones iniciales entonces son aquella predisposición ritual y propensión al gasto festivo, junto con una forma tributaria de trabajo. De ese modo, como ya se mencionó, se puede aseverar lo favorable de las condiciones iniciales de ambas sociedades, las cuales posibilitaron la síntesis cultural en el plano ritual. Si bien para Mahoney y Schensul (2006: 460) las condiciones iniciales pueden jugar un papel importante, ellas solo definen un amplio rango de futuras posibilidades en el devenir histórico, es decir, los fenómenos sociales que se construyen en la cadena de eventos sucesivos no quedan estrictamente determinados por las condiciones iniciales. En efecto, debido a los grados de contingencia (Mahoney y Schensul, 2006: 461-463), que son posibles de encontrar posterior a las condiciones iniciales, no se puede afirmar un estricto

determinismo sobre las situaciones y eventos inmediatamente posteriores. En este caso, las instituciones productivas que los conquistadores formaron, tanto para el caso español como para el portugués, fueron al comienzo diferentes. En Hispanoamérica se crea la encomienda que domina durante todo el siglo XVI, mientras que en Brasil casi desde el comienzo de su colonia la unidad latifundista social y productiva dominante fue el ingenio. No es sino hasta el siglo XVII que en la América española aparece la hacienda. Junto a la encomienda y el ingenio azucarero, se instala el modelo de evangelización jesuítico. Nuevamente, al igual que con el caso del ingenio, es la Compañía de Jesús con su estrategia evangelizadora de la acomodación quienes primero se instalan en Brasil. A diferencia de lo que sucedía en Hispanoamérica la cual fue en un comienzo evangelizada por las órdenes mendicantes. Sin embargo, los jesuitas llegan seguidamente a la América española y difunden su modelo evangelizador y con ello promueven que el encuentro de culturas devenga en el plano ritual, dejando que pervivan ciertas costumbres rituales amerindias. A partir de estos primeros eventos que desencadenan la secuencia, se puede distinguir el siguiente evento reforzador que queda representado por la hacienda hispanoamericana y, como se mencionó, ya se había desarrollado previamente en Brasil con el ingenio. En ella se consolidan ambas dimensiones de los primeros eventos históricos que son el trabajo tributario como ofrenda para el conjunto social –más presente en Hispanoamérica–, así como el rito en cuanto representación de la unidad social. Por otra parte, a este marco comprensivo que representa la hacienda latinoamericana en general, se le agrega el análisis de zonas focalizadas donde se desarrollan un tipo de haciendas particular. Lo que en el Capítulo 7 se definió como zonas de frontera, donde las grandes planicies permitieron una preeminencia del desarrollo de la actividad ganadera por sobre la agrícola, así como la construcción de un sujeto particular en torno a los límites de los latifundios, y que si bien con el avance de la Colonia fue ingresando a los hatos –inquilinaje y peonaje ganadero–, conservó aquella dimensión indómita y libertaria, y sobre todo antioligárquica. En consecuencia, el populismo sintetiza una paradoja: aquel del vínculo de lealtad con el líder –antes con el patrón–, así como del fuerte sentimiento antioligarca que se gesta en las zonas de frontera.

### **A) Los eventos reactivos de la cadena histórica**

Se pueden distinguir también tres eventos reactivos que, sin embargo, se estima no tuvieron un impacto suficiente como para desviar o revertir el curso que tomó la historia del *ethos* latinoamericano. Uno de estos eventos tuvo que ver con los ideales liberales que inspiraron la Independencia y la formación de las nuevas repúblicas, antecedentes que también fueron encontrados en la Revolución Farroupilha, los cuales ya fueron enunciados en el capítulo anterior.

El otro que también fue enunciado son las reformas borbonas instauradas durante el siglo XVIII. Tiene su origen en la no descendencia de Carlos II de la Casa de los Austria, por lo cual Felipe V de Borbón accede al trono español, desatando con ello la Guerra de Sucesión española, reduciéndose los territorios bajo dominio español a la actual España y las colonias americanas, las que comenzaron a implementar una notable modernización de su administración. No obstante, incluso durante este período temprano en la búsqueda de la instauración del liberalismo, los intentos estuvieron influidos por el funcionamiento de mecanismos previos, como el mercantilismo (Mahoney, 2010: 44). Sin embargo, el intento de institucionalización liberal borbónico no se detuvo: Carlos III, heredero de Felipe V, fue claramente antipapal, y promovió la expulsión de los jesuitas en 1767 de todo territorio español; se liberalizó la política económica declarándose el libre comercio a partir de la década de 1760 y extendiéndose a gran parte de las zonas coloniales por la década de 1770 (Mahoney, 2010: 45).

El tercero de los eventos señalados tiene que ver en exclusiva con el caso brasileño, en el cual se constata la penetración del liberalismo durante el período imperial. El primer atisbo al respecto es consecuencia de la invasión napoleónica a la península ibérica, y con ello el establecimiento de la familia real en Brasil. Esto provocó una ‘apertura’ de Brasil, que hasta la fecha estaba altamente clausurado al dominio de Lisboa, tanto en el sentido comercial como en la no existencia de prensa impresa, entre otros factores. Este comienzo de la recepción del liberalismo en Brasil se constata durante los 14 años de esa estadía. Pero no es sino hasta la llegada al poder de Dom Pedro II –no al momento de su nombramiento formal

en 1831, sino en la práctica fue hacia el final de la Revolución Farroupilha en 1945–, que se instauran de forma más potente los aspectos del liberalismo en Brasil, en gran medida gracias a su propia figura, quien era considerado como un sujeto instruido y dedicado al bienestar público, protector de las libertades personales y su avance en todo Brasil, siendo incluso reconocido en Europa como un modelo de monarca constitucional (Barman, 2012).

Sin embargo, estas refundaciones en torno a un ideal liberal colisionaban con la cultura rural basada en la hacienda. En términos generales, se vuelve a afirmar que en esta investigación se considera que las refundaciones liberales, en la perspectiva de explicar los orígenes del populismo, no lograron establecerse con la suficiente fuerza y persistencia frente a la ya hegemónica configuración hacendaria de Latinoamérica. Sobre este último aspecto se vuelve más adelante en este capítulo. Resumiendo, lo que bajo la perspectiva de las trayectorias de dependencia son las condiciones iniciales y los eventos primeros en una secuencia histórica, acá se los considera conjuntamente como los orígenes más profundos del populismo. En esta etapa histórica es cuando se establecen las llamadas estructuras sociológicas más persistentes en que se funda el *ethos* característico de América Latina que, en una consecuencia última, determina el tipo de vínculo social que se establece políticamente durante el siglo XX, y que viene a responder a la crisis social y política de la oligarquía, siendo la respuesta latinoamericana a dicha crisis lo que se denomina populismo.

### 3. CAUSAS: TRANSFORMACIONES SOCIALES EN UNA ÉPOCA COYUNTURAL

Diferente a los orígenes son las causas que gatillan el populismo, y que se desenvuelven en un ámbito diferente, el de la estructura social latinoamericana y sus procesos sociales de cambio, ubicado principalmente en los albores del siglo XX y relacionado con tres factores que son: cambios en la estructura sociodemográfica de los países, crisis del modelo de desarrollo económico; y crisis del modelo político de dominación oligárquicos. A estos tres preponderantes cambios sociales, se le debe sumar un elemento articulador, que es la presencia de un líder, en cuanto condición necesaria, desde el cual mana el establecimiento del vínculo social. Y aunque el populismo pueda emerger en ausencia de algunos de estos



tres factores, se estima que estos, en su conjunto, contribuyen a sustentar los proyectos transformadores de los liderazgos populistas.

Estas causas, a su vez, se ubican en aquel trayecto histórico entre la conformación del *ethos* y el surgimiento del populismo. Las causas son, entonces, los eventos históricos más recientes que se encuentran temporalmente cercanos al fenómeno estudiado. En la Ilustración 2 se pueden observar los tipos de causas estructurales que tienen que ver con diferentes cambios y crisis de la sociedad latinoamericana. A ello se le suma el factor del liderazgo populista como tercera variable explicativa, que se detallará en el apartado siguiente.

**Ilustración 2. Segunda parte: Secuencia de eventos históricos recientes del populismo**

Grupo de eventos históricos recientes				Variable dependiente
Causas estructurales (variable 2: Crisis social de la oligarquía)			Variable 3: presencia de liderazgo populista	Populismo
Transformaciones en la estructura demográfica	Crisis económica de la oligarquía	Crisis política de la oligarquía		
a) Inmigración	a) Modelo primario-exportador en el contexto de crisis económica internacional.	a) Cambios institucionales en el modelo de participación electoral		
b) Urbanización	b) Presencia de capital extranjero en asociación con la oligarquía nacional.	b) Cambios en la institucionalización del sistema de partidos.		
		c) Cambios en las relaciones de hegemonía entre actores sociales (análisis ‘agencial’ <sup>79</sup> ).		
Causas que originan el surgimiento del <i>ethos</i> en el siglo XX				Desarrollo del <i>ethos</i> en la arena política

### A) Cambios en la estructura demográfica

Tres son los cambios estructurales que, como modelo general, funcionan como causas recientes que afectan el surgimiento del populismo. En primer lugar, los cambios en la estructura demográfica de la población es el primero de ellos. Y es que el populismo

<sup>79</sup> No obstante esta dimensión de la crisis política de la oligarquía que es agrupada junto a los factores estructurales, se trata de una dimensión explicativa propiamente agencial del populismo.

latinoamericano es un fenómeno principalmente urbano, a pesar de que otros autores han argumentado en sentido contrario al presentar ciertos casos locales (Alonso, 1990; Basurto, 1969; Bartolomé, 1982, entre otros), ya que tiene que ver con aquel fenómeno de aumento de la población urbana, tanto por la migración extranjera, como por los cambios en los niveles de urbanización en general. Además de que se puede esperar que, en la migración rural hacia las ciudades, los campesinos porten este *ethos* y lo continúen cultivando en el contexto urbano, es también importante el aumento de la urbanización debido a que las magnitudes de nuevos trabajadores, conformando nuevas y grandes masas urbanas, son un elemento propicio en la medida que funcionan como la gran base de apoyo político para el populismo.

### **B) Crisis económica de la oligárquica**

En segundo lugar, con la noción de ‘crisis de la oligarquía’ se hace referencia a la crisis que sucede en la forma de dominación social en América Latina a principios del siglo XX. La oligarquía es, siguiendo a Cavarozzi (1995: 345), la burguesía agrario-comercial-financiera que, imbricada con el imperialismo –sea esta la gravitación producida primeramente por Gran Bretaña y luego por EE.UU.–, construye la forma particular en que la región se integraba al sistema capitalista mundial. La crisis del sistema oligárquico fue tanto una crisis económica como política, las cuales, si bien relacionadas, no son necesariamente coincidentes, debido a que los cuestionamientos a las oligarquías fueron previos a las crisis de las respectivas economías primario-exportadoras (Cavarozzi, 1995: 345). La crisis del modelo primario-exportador provocada en gran medida por el *crack* bursátil de 1929 y que desencadenó graves problemas a las bases económicas del sistema oligárquico, tuvo consecuencias también políticas. Sin embargo, a juicio de Cavarozzi (1995: 347-348), no fue la crisis misma la que provocó el mal funcionamiento del sistema oligárquico, sino que más bien vino a acentuarlo. Para este autor, el motivo tiene que ver con la no existencia de un antagonista, como el que existiría en una economía plenamente industrializada a través de la oposición entre capital y trabajo, es decir, lo que ocurría era la ausencia de una contradicción entre intereses interna al capitalismo. Así, para Argentina, por ejemplo, el oligarca de la pampa húmeda no necesitó crear un proletariado rural, y como ocurría en los países principalmente agrarios de la región, el modelo dominante era el del inquilinaje (Cavarozzi, 1995: 349). Además, como se señala

en el capítulo siguiente, la crisis oligárquica no engendra un trastrocamiento total del modelo económico primario-exportador (Sunkel y Paz, 1970), ya que basó su fuerza económica en el campo –que sostenía a la industrialización–, pero sí invirtió el centro de la preocupación económica, del campo a la ciudad.

Entonces, la fragilidad política del sistema oligárquico se basó en que las controversias que dividieron a la élite y formaron diversas facciones, no se condijeron con los clivajes sociales significativos (Cavarozzi, 1995: 350). Y, a diferencia de lo que sucede en la región de América Central y el Caribe, en que esta situación de debilidad hubiera tenido mucha menor importancia, toda vez que son “sociedades controladas directamente por el capital extranjero (...) o sociedades controladas por oligarquías tradicionales sólo tangencial y esporádicamente vinculadas al sistema capitalista mundial” (Cavarozzi, 1995: 350), en el populismo, se le atribuye una alta importancia a la existencia e influencia del capital extranjero, ya que fomenta gran parte del antagonismo populista; y, por lo general, va de la mano de una demonización también de la oligarquía. La razón de por qué se les identifique en asociación a la oligarquía y al capital extranjero como enemigos del pueblo, tiene que ver con que en sociedades como las latinoamericanas, y específicamente en ciertos países de Sudamérica y México, “la presencia política de capital extranjero no siempre aparecía directamente reflejada en dicho espacio, y generalmente su poder se ejercía a través de la mediación de actores nacionales” (Cavarozzi, 1995: 349), es decir, lo que Cardoso y Faletto (2002: 52) denominan economías de enclave en el período de expansión hacia fuera, con oligarquías nacionales que controlaban o al menos participaban del proceso productivo.

La situación planteada de esta manera, indica que la crisis económica de la oligarquía como causante del populismo provoca que, primero, se considere como causa subordinada e internacional del populismo a la crisis internacional de 1929, que provoca y devela importantes contradicciones de la economía nacional basada en el modelo primario-exportador, llevando a que el surgimiento del populismo sea propicio en dicho contexto. Segundo, la creciente asociación que ocurre efectivamente entre capital extranjero y oligarquía provoca que ambos, en tanto antagonistas y enemigos paradigmáticos del populismo, a los cuales se les atribuye la crisis económica nacional y la explotación de los

‘descamisados’, sean solo obstáculos en el camino hacia el desarrollo. Por este motivo, los regímenes populistas han eclipsado a la oligarquía y al capital extranjero, haciendo retroceder a los actores que controlaban el modelo económico. Como se mencionó arriba, la debilidad de la oligarquía no solo se puede apreciar en la crisis del modelo de desarrollo hacia fuera o en los ataques al capital extranjero, sino que también en la falta de capacidad para interpretar partidistamente los clivajes sociales o en perder hegemonía frente a otros actores sociopolíticos relevantes nuevos que emergen o que adquieren renovada potencia. Estos últimos factores, sin embargo, pueden ser congregados en otra dimensión que tiene que ver con la dimensión política de la crisis oligárquica.

### **C) Crisis política de la oligarquía**

En tercer lugar, lo que define a la crisis política de la oligarquía es, básicamente, el aumento de la participación política, lo cual hace referencia a una serie de cambios institucionales, ya sea a nivel legal como a nivel del sistema de partidos políticos. Pero también se refiere a una serie de cambios relacionados con la aparición de nuevos actores sociales que sobrepasan los canales institucionalizados y tradicionales de participación, junto con la pérdida de hegemonía de otros, como los sectores oligárquicos mencionados en el párrafo anterior.

Dentro de los cambios institucionales a nivel normativo, el que tiene mayor influencia para el surgimiento del populismo es el ensanchamiento del padrón electoral y su consecuente aumento de participación política a través de elecciones, ocurrido hacia comienzos del siglo XX. El mantenimiento de la hegemonía política oligárquica estaba fundado normativamente sobre este factor. Los sectores tradicionales terratenientes en sociedades básicamente agropecuarias concentraban altos grados de poder, y controlaron los gobiernos posindependentistas en América Latina. De modo que su lucha política se orientaba por el interés de mantener inamovible la propiedad de la tierra –evitar las reformas agrarias–, así como el modelo político de democracia representativa con sufragio censitario. En consecuencia, la oligarquía, defensora del statu quo, en la medida que pudiera mantener una participación política limitada, mantendría al populismo solo como una alternativa latente. Y esto se podía lograr, específicamente, a través de la mantención de una participación electoral

restringida. Solo cuando los nuevos grupos dirigentes –o los mismos grupos conservadores, como ocurrió en Argentina con la Ley Sáenz Peña de 1912– consiguen ensanchar el padrón electoral y con ello la participación política de grupos históricamente marginados, se podrían llegar a promover cambios que contribuyan al surgimiento del populismo, como es la incorporación de las masas urbanas al ámbito de influencia del líder populista, y que de paso logren superar el control oligárquico.

Otro cambio en la institucionalidad, que da cuenta del aumento de participación política, es la situación del sistema de partidos políticos previo a la emergencia del populismo. Ya se indicó más arriba la baja capacidad de respuesta de la élite gobernante latinoamericana, de final del siglo XIX, en interpretar los nacientes clivajes sociales y traducirlos en la creación de partidos políticos representativos de estas fracturas. Ello, a su vez, da cuenta de los bajos grados de institucionalización de los partidos políticos, es decir, la poca y también débil capacidad representativa de sectores sociales, en el marco de democracias con participación bastante restringida. A juicio de Mainwaring y Scully (1995, 1996), la capacidad de los partidos de sobrevivir a períodos largos de tiempo y a diversas vicisitudes sociales y políticas, logrando captar lealtades que se puedan mantener relativamente estables a lo largo del tiempo, está a la base de sistemas de partidos institucionalizados, cuestión contraria a lo que sucede con sistemas de partidos más bien incipientes, los cuales son una condición estructural importante a la hora de explicar el surgimiento del populismo. Así, cuando el sistema de partidos políticos no tiene la capacidad para establecer vínculos con los electores y mantenerlos en el tiempo, los índices de volatilidad partidista se presentan altos durante la historia del país, sumados a bajos niveles de legitimidad concedida a estos por parte de los grupos políticos y sociales relevantes y por la ciudadanía en general, y junto con una sostenidamente débil organización interna, se puede esperar el surgimiento de regímenes populistas. Bajo estas condiciones, movimientos y líderes populistas, en un contexto de un aumento de la participación político-electoral, pueden conquistar rápidamente una gran cantidad de nuevos electores y llegar al gobierno.

Por otro lado, en los períodos inmediatamente previos al surgimiento del populismo, comienzan a modificarse de forma sustancial las hegemonías entre actores sociales

relevantes, al igual que surgen con fuerza otros nuevos, ampliando el espectro de las disputas políticas. Dentro de los que pierden una creciente preponderancia están la Iglesia Católica asociada fuertemente con la ya referida oligarquía. A principios del siglo XX, en América Latina, se puede observar que la Iglesia, en general, osciló entre una posición más conservadora versus otra más progresista. Así, cuando su postura deviene del conservadurismo hacia corrientes más progresistas, logrando infiltrar grupos políticos y promoviendo la formación de partidos cristianos progresistas, como es el ejemplo paradigmático del Partido Demócrata Cristiano en Chile (Smith, 1982), haría más difícil la aparición de la experiencia populista. En efecto, si la corriente dominante del catolicismo es la socialcristiana, los movimientos políticos que se crean al alero de esta influencia, lograrán capturar al electorado recientemente movilizado por los procesos de ensanchamiento de la participación político-electoral, de modo que movimientos y fuerzas políticas de impronta populista pierden posibilidad de surgimiento. A diferencia de lo que ocurre cuando la Iglesia solidifica su postura en torno al conservadurismo y mantiene su relación decimonónica con la política, es decir, al estar asociada indefectiblemente con la oligarquía. En dichos casos, las manifestaciones populistas contra el statu quo aparecieron con más fuerza, desafiando la influencia política de la jerarquía eclesial.

El movimiento obrero es otro actor sociopolítico relevante para el surgimiento del populismo, pero bajo ciertas formas particulares. Tiene sus primeros atisbos en Latinoamérica a comienzos del siglo XX. Surge a la vez que se produce un desarrollo económico de los países, floreciendo conjuntamente con las ciudades que se transforman en la plataforma exportadora del modelo de producción de materias primas y de la incipiente industrialización. En la medida que el movimiento obrero nazca subyugado al Estado o pierda su autonomía debido a la cooptación estatal promovida, surge la posibilidad de que se instaure un régimen populista. Mientras que un movimiento obrero autónomo y unificado podría entrar en diálogo con el Estado así como con el capital, presentando demandas susceptibles de satisfacer. Sin embargo, otro escenario es ser absorbido por el aparato estatal y sus dirigentes transformarse en funcionarios estatales, desapareciendo toda su fuerza política independiente. En ese caso, la función del sindicalismo estatal sería aglutinar apoyo en torno al gobierno mediante la forma de agencias de cooptación. Para Weffort (1998: 145), este sería uno de los flancos para

el control de las masas por parte de los líderes emergentes, gracias a tres factores: a) su propia debilidad en tanto clase; b) su división interna; y c) su incapacidad para asumir a nombre propio la ‘responsabilidad’ que comienza a atribuirse el Estado.

En el Capítulo 2 ya se hizo mención a algunos de estos aspectos al introducir los conceptos centrales de la obra de Ianni (1984) sobre Estado populista, complementado con la noción de corporativismo estatal que se detallará más adelante. Particularmente en Brasil, el sindicalismo de Estado ha sido ampliamente estudiado por otros autores (Boito, 1991; Erickson, 1977), siendo un paradigma que, con ciertos matices, se ha replicado en el resto de Latinoamérica y que corresponde, según Vilas (1995: 94), cuando la administración supera la política, es decir, cuando los conflictos son asumidos y resueltos por la administración estatal, alejándolos de la confrontación a nivel del poder político o de las disputas económico-laborales. Lo cual provoca que “las expresiones organizativas de las clases asuman en consecuencia el papel de asistentes del Estado en su gestión política” (Vilas, 1995: 94). En este sentido, la pérdida de autonomía del movimiento obrero supone también una diferenciación de los límites y conflictos internos del espacio público. Así, un movimiento obrero débil o prácticamente inexistente y sujeto al control estatal facilita una función clave para la instauración de un gobierno populista, que es la desaparición de un ordenamiento social basado en el principio marxista de la lucha de clases por la preeminencia de una comunidad cuasi-homogénea –con exclusión de la oligarquía latifundista–, es decir, se opone a la idea más extendida de conflicto social, entre el trabajo y capital, particularmente de empresas estatales o de aquellas protegidas estatalmente.

Otro de los actores sociales relevantes es el que algunos autores definen como la nueva élite dirigente. Si bien la existencia de estos grupos descontentos con la oligarquía es una condición para el populismo, también su existencia y desarrollo se convierte en una característica primordial de este tipo de regímenes políticos, tal como se describe más adelante en los capítulos 11 a 13. Para Di Tella este grupo puede corresponder tanto a elementos de la burguesía, del ejército, del clero, de sectores de la clase media inferior e, incluso, intelectuales. Como se indicó en el Capítulo 2, el supuesto de Di Tella (1969: 52) es que estos grupos miran hacia los grandes centros mundiales buscando imitar sus trayectorias

de desarrollo y sufriendo así el efecto demostración. Es decir, un motivo de psicología social principalmente, en que padecen incongruencias relacionadas con altos niveles de instrucción y calificación educacional y laboral, frente a bajas remuneraciones y escasa retribución o prestigio social (Vilas, 1995: 105-106). En la formulación de Di Tella (1970), el populismo tiene tres elementos: una élite dirigente anti-statu quo desafecta de las capas altas de la jerarquía social y dispuesta al cambio social<sup>80</sup>, una masa social de apoyo y una especie de ideología, que en esta investigación se define como ‘discurso’. De estos tres elementos constitutivos, la existencia de una élite dirigente emergente es clave, toda vez que es ella quien le entrega la proyección discursiva anti-statu quo, y es la que construye el nuevo vínculo social con las masas movilizadas. Por esta razón también, la nueva elite dirigente surge en el marco del ya mencionado ensanchamiento de la participación política, no porque antes no haya tenido posibilidades de participar políticamente, sino porque, en la medida que sustente discursos que van en contra del *establishment*, requiere aliarse con bases de apoyo populares. Asimismo, la aparición de estos grupos es central para el populismo, gracias a que es de este sector sociopolítico que se unge al líder populista. Aunque de este sector también emergen otros líderes más radicales que no buscan la instauración de un corporativismo estatal, sino que muchas veces una revolución o al menos transformación hacia el marxismo (Weffort, 1998: 138), como es el caso de Prestes en Brasil o Allende en Chile.

Generalmente, estos sectores se han basado en –o al menos han tenido– un fuerte apoyo de los militares, y en muchos casos el líder principal ha emergido desde el propio ejército. A diferencia de los países europeos, ciertos sectores de la clase media –definida en contraposición a la oligarquía y a la clase trabajadora– ha sido un factor de inestabilidad política, con una alta tendencia anti-statu quo. Esto es lo que Nun (1968) ha denominado como ‘clase media militar golpista’. La clase media, que adolece de organización a diferencia de las clases bajas y la oligarquía –y que además es considerada como un sector bastante poco homogéneo– se puede ver afectada por ciertas decisiones del gobierno, las que en un contexto pre-populista son decisiones pro-oligárquicas. En ese momento es cuando surge la intervención de las fuerzas armadas, el *appel au soldat* de ciertos sectores de clases medias

---

<sup>80</sup> Reclutada de industriales marginales, intelectuales radicales de derecha, ciertos grupos tradicionales de la Iglesia y fuerzas armadas de inclinación falangista (Di Tella, 1970: 212).



en contextos de crisis del sistema político. También, la politización de los militares en América Latina en momentos de crisis deja notar el surgimiento de faccionalismos en los ejércitos que, por lo general, cristalizan en logias, las cuales adquieren un sentido de misión que solo ellos pueden cumplir para salvar la nación (Nun, 1968: 177-178).

#### **D) Crisis del patrón cultural**

Las crisis antes señaladas también traen aparejada una crisis de tipo cultural. Para comprender esto, es necesario mencionar las que ha vivido Latinoamérica. En la formulación de Larraín (1994), además de la fundación original del *ethos* latinoamericano, existen al menos tres intentos refundacionales más de dicha identidad, que se gatillan por tres crisis: a) la crisis que origina la Independencia; b) la crisis de la oligarquía de principios de siglo XX; y c) la crisis de los populismos y desarrollismos de la década de los setenta. Se atenderán acá los dos primeros.

Respecto del primero de ellos, el proyecto asociado al fin del colonialismo hispano tuvo que ver con las ideas nacidas de la Ilustración y el liberalismo –y, más tardíamente, el positivismo–, que inspiraron a los líderes independentistas. Ello llevó, en muchos casos, a perseguir, por parte de la élite, el ideal europeo entendido como sinónimo de desarrollo, manifestándose en sus modos más extremos en una búsqueda de mejoramiento incluso racial. Aunque también, esto simplemente significó la búsqueda de la modernización basada en la ciencia y en el rol de la educación de los pueblos (Larraín, 1994: 41-44). Sin embargo, la sociedad que se construye al alero de esta inspiración liberal ha sido penetrada por el tradicionalismo colonial, es decir, siguiendo a Lechner (1977: 398), la victoria del liberalismo es, a lo menos, ambigua, debido a la persistencia de la dominación oligárquica que se traduce en que: “el Estado no es ni plenamente soberano (dominación externa) ni plenamente nacional (ciudadanía restringida)”. Lo cual se debe a lo que Lechner define como “cultura agraria”, que entra en contradicción con el liberalismo, antinomia que está a la base de la sociedad decimonónica en América Latina, siendo el caudillismo, quizá, uno de sus principales síntomas. Porque si bien el liberalismo tuvo una clara influencia en su actuar político, tendió a reproducir “las lógicas de los comportamientos tradicionales, entrando en

contradicción con los principios propios de la movilización popular” (Pizano, 2001: 83). En la perspectiva de esta investigación, la razón de ello estriba en la persistencia de la síntesis cultural originaria que se impone o que al menos resignifica estos nuevos intentos refundacionales, postulado que incluso es compartido por el propio Larraín<sup>81</sup>.

Ahora bien, respecto de la segunda crisis, la contradicción cultural que acarrea la sociedad oligárquica del siglo XIX es –como se expuso– finalmente gatillada por la Gran Depresión en los años treinta. Esto devela la crisis cultural terminal del modelo oligárquico de inspiración liberal que, en situaciones extremas, se traduce en “una falta total de confianza en la capacidad latinoamericana para asimilar verdaderamente el modelo europeo de cultura racionalista” (Larraín, 1994: 46). La respuesta que siguió a lo que se ha denominado acá como la crisis política y económica de oligarquía –en conjunto con los fuertes cambios en la estructura demográfica–, es el populismo<sup>82</sup>, en definitiva el establecimiento de un nuevo vínculo social. En concordancia con lo planteado Weffort, el populismo sería consecuencia de la crisis oligárquica de las instituciones liberales decimonónicas, del proceso de democratización y del ascenso de las clases populares urbanas en América Latina (Vilas, 1995: 108; Weffort, 1968)<sup>83</sup>. Así, al comparar los casos de Argentina y Brasil, sostiene Weffort (1968: 7), que un ‘sistema populista’ o, dicho de otra manera, las estructuras y discursos sociales que desarrolla el populismo son una:

---

<sup>81</sup> En efecto, Larraín señala que: “Una tensión recurrente ha subsistido entre el polo indoibérico y el polo positivista, porque el modelo racionalista más reciente nunca pudo reemplazar totalmente a la matriz cultural original. Esta última se mostró muy resistente e influyente como lo demuestra el hecho de que el mismo positivismo se transformó para muchos intelectuales latinoamericanos en una nueva religión secularizada, dogmática y totalizante, que aparte de algunas excepciones, muy raras veces llevó a investigaciones científicas exitosas” (Larraín, 1994: 43).

<sup>82</sup> Según Weffort: “El populismo expresa el período de crisis que atraviesan a la vez la oligarquía y el liberalismo, siempre muy ligados en la historia de Brasil; y también expresa la democratización del Estado, que debió apoyarse en algún tipo de autoritarismo, sea el autoritarismo institucional de la dictadura de Vargas (1937-1945), sea el autoritarismo paternalista o carismático de los líderes de masas de la democracia de posguerra” (Weffort, 1998: 135).

<sup>83</sup> Respecto de esto último, Weffort (1968: 3): “O surgimento político das classes populares retira deste quadro histórico sua significação peculiar: trará consigo –particularmente em suas formas populistas– alguns elementos contraditórios próprios do ambiente em que se forma. Aparece intimamente relacionado à crise da hegemonia oligárquica e das instituições liberais (sempre muito afins na história de América Latina) e à vigência de uma “democratization par voie autoritaire” (Touraine), típica de “regimens” como os de Vargas e Perón e também presente em outros movimentos populistas. Aparece também como expressão da debilidade inerente aos novos grupos dominantes quando tentam substituir a velha burguesia oligárquica nas funções de hegemonia e de domínio políticos num período em que pareciam abertas as possibilidades de desenvolvimento capitalista nacional. É finalmente uma expressão das peculiaridades da urbanização e da industrialização destes países capitalistas tradicionalmente agrários e dependentes”.

(...) estrutura institucional de tipo autoritário e semi-corporativista; orientação política de tendência nacionalista, anti-liberal e anti-oligarquica; orientação econômica de tendência nacionalista, estatista e industrialista; composição social policlassista mas com apoio majoritário das classes populares (...) a formação deste “sistema” está condicionada, por um lado, pela crise da economia de exportação e pela reorientação para as atividades industriais, que assinalam o período posterior aos anos 30; e por outro, pela crise de hegemonia da burguesia oligárquica e do sistema institucional liberal vigente na etapa histórica anterior.

Debe llamar la atención en que las estructuras y discurso que describe Weffort traen consigo un modo diferente de vinculación social a aquel promovido por la etapa oligárquica de inspiración liberal. Y ello a pesar de que la respuesta populista a la crisis de la refundación liberal estuvo teñida por aspectos modernizadores e industrializadores. Es por este motivo que también los proyectos populistas focalizan su lucha contra aquellos bastiones oligárquicos más conservadores como aquellos controlados por las viejas oligarquías latifundistas (Larraín, 1994: 47). Sin embargo, lejos de representar una eminente prevalencia de las tradiciones europeas, estos intentos parecen ser más bien resultados de la instauración de un nuevo vínculo social, pero no de uno completamente novedoso, sino más bien de uno que reedita el originario fundado en la experiencia colonial. En consecuencia, es esta premisa la que fundamentaría el fracaso de la refundación cultural del liberalismo, gracias a que el surgimiento del vínculo populista rescata gran parte de la experiencia originaria de la síntesis cultural. Esto no dice relación, necesariamente, con una concepción esencialista del *ethos* latinoamericano, sino que, coincidiendo con el propio Larraín, se trata de “una concepción histórica de la identidad cultural”<sup>84</sup> (Larraín, 1994: 64), pero una donde el liberalismo fracasa.

Dicho fracaso del liberalismo en América Latina –grupo de eventos reactivos de la cadena histórica–, gracias a la persistencia del vínculo social originario que impidió su aplicación plena, es reflejo de cómo instituciones heredadas de la Europa ilustrada son resignificadas por el *ethos* persistente, tanto durante la época oligárquica, como durante el propio populismo. La implicancia de ello es que las oligarquías decimonónicas en conjunto con liberalismo fracasaron en la construcción de un *ethos* alternativo al formado en el período

---

<sup>84</sup> Que, por lo demás, considera los más de 500 años de historia del continente, y con ello permitiría un esclarecimiento más pleno de la realidad identitaria de América Latina.

colonial, y es de ese fracaso cultural que el populismo surge en América Latina. En este sentido, y con basamento en la exposición anterior, es posible sostener una relación causal entre variables explicativas, particularmente entre el grupo de eventos históricos que constituyen los orígenes del populismo o *ethos*, y aquellos que constituyen las causas recientes o crisis social de la oligarquía. Esto último será abordado en el Capítulo 15.

#### 4. EL FACTOR CATALIZADOR: LIDERAZGO POPULISTA

El estudio del liderazgo político ha sido analizado por diversos autores desde variadas perspectivas, entre las que destacan aquella centrada en los rasgos personales (Kirkpatrick y Locke, 1991; Laswell, 2009), la de carácter biográfico (Pringle, 1931), la situacional (Tucker, 1995), el liderazgo burocrático (Edinger, 1975), la perspectiva conductista (Paige, 1977), entre otras. Esta polisemia en la que ha estado sumido el estudio del liderazgo podría llevar a suponer que existen tantas perspectivas de análisis como autores que lo analizan. Pero, si el análisis se sitúa en el aspecto social del liderazgo, se debería al menos considerarlo como un proceso relacional (Coronel y Poblete, 2010). Al entender al liderazgo como proceso relacional, el ámbito de vinculación entre el elemento líder y su contraparte puede ser amplio, ya sea que estos últimos sean sus seguidores, medios de comunicación, partidos, electores, etcétera. Sin considerar tampoco otros factores que influyen en este proceso relacional, como pueden ser el contexto institucional o estructural.

También se debe destacar que el liderazgo en tanto concepto se opone al pensamiento común que dice relación con que la política cobra vida en tanto surge a través de actores colectivos, como pueden ser los partidos. De manera que el liderazgo lo que hace es destacar el carácter individual y de ‘agencia’, o al menos de *outsider*, de la iniciativa política. En consecuencia, resaltar el aspecto del liderazgo lleva aparejado un intrínseco debilitamiento institucional o una transformación de las estructuras sociales. Por ello que en el estudio más acotado del liderazgo no importa tanto la posición que el líder ocupa dentro de una estructura institucional-organizacional. A diferencia de la autoridad que emana del puesto, el líder puede no tener autoridad, toda vez que esta no es requisito para ejercer algún tipo de liderazgo. Y aunque el hecho de que probablemente el liderazgo se potencia con el acceso a

determinados recursos institucionales que pudieran favorecer su ejercicio, los cargos no representan una condición esencial para ungir al líder (Coronel y Poblete, 2010). De ahí, pues, que muchas veces los líderes políticos populistas provengan de ámbitos, por lo general, ajenos a las estructuras políticas tradicionales como partidos, burocracia estatal o sindicatos, entre otros.

Asimismo, muchos de los tipos de liderazgos, y en particular el liderazgo populista, pueden estar relacionados con la denominada dominación carismática formulada por Weber. Este autor destaca lo que define como “procesos de comunización de carácter emotivo” (Weber, 1999: 194 y ss.), que tiene que ver con que el vínculo que se forma entre el líder y su cuadro administrativo o seguidores, no tiene nada que ver con la noción de burocracia profesional. Como se apreciará, en los albores del populismo como un fenómeno de liderazgo “no hay «suelo» ni «prebenda» alguna” (Weber, 1999: 195), sino que la motivación y el vínculo que se crea nace de nociones que van más allá de lo puramente económico.

Además, existe otro aspecto a considerar que es la identificación entre populismo y dominación carismática. El carisma es resultado de situaciones extremas y surge para hacerles frente, al igual que el populismo surge –a través del liderazgo– para dar una respuesta a las crisis en Latinoamérica. Pero dicha respuesta no apunta hacia una solución institucional –o siguiendo a Weber, hacia una dominación formal-legal–, sino que vuelve a acentuar el aspecto presencial fundado en el carisma del liderazgo, en conjunto con aquellos aspectos tradicionales, a saber: el vínculo social hacendario. En este sentido, el líder populista y el hacendado<sup>85</sup> comparten aquella característica de contexto que es desenvolverse en el ámbito de la presencia. Sin embargo, el populismo se inscribe en lo carismático, por surgir como respuesta a una crisis, mientras que el hacendado fue el resultado de la forma en que derivó el dominio colonial en América Latina.

---

<sup>85</sup> Algunos podrían señalar que, en vez del hacendado, correspondería decir ‘caudillo’ que es quien más intensamente moviliza de forma carismática a los llaneros, gauchos y *gaúchos*, por ejemplo, en los procesos independentistas, que son situaciones de crisis por excelencia. Sin embargo, el caudillo, en la gran cantidad de los casos, es también un latifundista o hacendado que se vincula, en tiempos de paz, en un modo presencial, pacífico y tradicional con sus seguidores.

El aspecto cultural que se inscribe en el liderazgo político del populismo tiene que ver con aquel vínculo social propio de la hacienda, en que se consolida una forma singular de comunión entre los intereses del líder populista y sus seguidores, que se ve representada en aquella promesa de salvación cuasi-divina que sostiene el líder, y la esperanza de cambios sociales sustanciales que mejoren la vida de sus seguidores. De igual forma, el patrón de la hacienda representa para sus peones e inquilinos la respuesta a gran parte de sus interrogantes, siendo también quien dirimía los conflictos cotidianos. Por ello que, en el liderazgo político, los líderes están generalmente atendiendo y haciendo referencia a las aspiraciones de sus seguidores, y estos entregando apoyo (Coronel y Poblete, 2010). Entonces, para que el líder logre una fulminante vinculación y atracción de grandes masas, la emergencia de su liderazgo no tiene que surgir como algo rutinario. Esto quiere decir que su poder no surge del mero ejercicio de atribuciones derivadas de una posición dentro de una estructura organizativa, por el contrario, el liderazgo populista particularmente aparece como crítica a la institucionalidad dominante. En este sentido, la definición de Natera (2001: 60-61) sobre liderazgo se adecua en gran medida a la utilizada en esta investigación, siendo: “(...) aquél fenómeno de carácter colectivo que se desarrolla en un contexto de interacción entre el comportamiento de un actor individual normalmente en una posición relevante (el líder) y sus ámbitos de dominio político, por el cual aquél ejerce una influencia no rutinaria (real o percibida) en la actividad política”.

De esta definición, Natera (2001: 60-66) desprende cuatro funciones claves que son el impulso político, comunicación política, agregación de demandas e intereses colectivos, y legitimación. La que acá más importa destacar es el impulso político, el cual proporciona un rumbo a las actividades de la comunidad política. En dicha situación, el líder realiza una prescripción de las actividades a ejecutar y moviliza apoyo para llevarlas a cabo. En el primer caso, el líder pone en práctica su capacidad para detectar las demandas de sus seguidores; y en el segundo caso, implementa una red de apoyo que resulta vital para cumplir su función de liderazgo (Natera, 2001: 61-62).

Sin embargo, como es de esperar, el modelo de la presencia sufre de limitantes en el contexto moderno. Estas, por ejemplo, pueden ser salvadas con los medios de comunicación masivos.

Pero, también con las redes de apoyo, el liderazgo populista puede superar estas limitantes. El vínculo social populista entre el líder y sus seguidores queda en gran parte mediado por organizaciones de base o grupos de apoyo estratégico, los que permiten garantizar un continuo funcionamiento y desarrollo de este vínculo entre el líder y sus seguidores. La relación y manejo que debe poseer el líder respecto de dicho entramado social para así lograr sus objetivos, se convierte en un punto crítico para el análisis del liderazgo. Los Círculos Bolivarianos en el caso de Hugo Chávez son un ejemplo paradigmático de ello. Creados por Chávez para difundir las ideas y cosmovisión de la Revolución Bolivariana, se constituyen en organizaciones de base que facilitan y catalizan la vinculación del líder y sus seguidores (Hawkins, 2010a: 166-194).

El tener en claro que el liderazgo es un proceso continuo –aunque quede más patente en algunos momentos que en otros– hace tomar conciencia que esta aceptación de los seguidores u otros actores es también un evento permanente (Moos y Koslin, 1951). Es decir, el vínculo se debe reactualizar constantemente con acciones diversas, para conservar el aspecto carismático y excepcional, y con ello atenuar la tendencia hacia la rutinización del carisma. La presencia de una red que apoye al líder en el logro de sus objetivos, un fluido sistema de comunicaciones masivas con el entorno para desenvolver su discurso –uso de los *mass media*–, o bien intensas políticas económicas de gasto, constituyen, pues, un factor crítico sin el cual resulta muy difícilmente desarrollar procesos de liderazgo populistas que penetren a las estructuras mismas del Estado<sup>86</sup>.

Por otro lado, el definir el liderazgo como una iniciativa más bien individual lleva a que las organizaciones políticas en las que se apoya tiendan a ser de tipo laxa o estén bajamente institucionalizadas, al menos en la primera parte de la existencia del populismo. En efecto, al analizar la organización populista de apoyo al líder, Hawkins (2010a: 169-172) observa

---

<sup>86</sup> Las diversas formas en que el líder obtiene su aceptación-legitimidad estarán íntimamente ligadas a la actitud de aquellos a quienes lidera. Por esta razón, la red de apoyo a formar adoptará una forma directamente relacionada con los tipos de relaciones que el líder establezca con los integrantes de la misma. Así se pueden analizar siete tipos de relaciones que son: formales, coercitivas, unitarias, clientelares, de coalición, de cooptación y personales. Para más detalle véase Natera (2001: 97-161).

que la baja institucionalización del movimiento se debe a que la unidad de la organización se basa en el liderazgo y en el carisma. Por lo mismo, la organización populista en sus comienzos adquiere la forma de movimiento y no de partido, es decir, “como una red de voluntarios más que una red jerárquica de funcionarios asalariados” (Hawkins, 2010a: 171). Otros dos atributos que Hawkins adhiere a las redes de apoyo o movimientos populistas es el de disruptividad y de insularidad. La primera tiene que ver con las tácticas disruptivas del populismo que quedan amparadas en las actitudes todo vale, constituye un empleo de diversas maniobras que son fruto de la cosmovisión maniquea del movimiento. La segunda dice relación con el aislamiento en que se encuentra el movimiento respecto del resto de la sociedad civil, es decir, el movimiento populista crea o refuerza los lazos con los ciudadanos, pero a su vez crea brechas importantes con otras organizaciones que no muestran apoyo a la causa populista (Hawkins, 2010a: 172-175).

En definitiva, la organización populista es la estructura necesaria sobre la que descansa el liderazgo en el contexto moderno de la urbanidad para superar las limitantes del modelo presencial puro, y corresponde a uno de los recursos primordiales que el líder implementa para establecer el vínculo social con sus seguidores, aunque aún insuficiente para lograr el nivel estructural del populismo de Estado.

## 5. OPERACIONALIZACIÓN DEL POPULISMO

Se ha venido argumentado que el populismo es un vínculo social particular que se caracteriza por una relación en cierto modo paternalista y protectora por parte de un líder profundamente antioligárquico, que se encuentra en posición jerárquica frente a una masa de seguidores que le entregan apoyo, y en que su legitimación es entregada por aquel mensaje de redención que se sostiene bajo considerables formas de gasto público, lo que en el modelo de la hacienda correspondería a la legitimación cúltica del trabajo.

Pero, ¿cómo poder observar analíticamente este vínculo social? Para ello conviene retomar lo señalado en el Capítulo 1, sobre que el vínculo populista no es directamente observable. Debido a que al transitar de las relaciones presenciales del campo a la escala de las grandes



urbes, la observación deviene compleja, de modo que es adecuado distinguir entre la unidad de análisis y las unidades de observación. Como se ha podido apreciar, la unidad de análisis ha sido ampliamente caracterizada en las páginas precedentes, esto es, el vínculo social populista; pero a este vínculo no se puede acceder de forma directa en la realidad del siglo XX, sino solo mediante la observación de las formas concretas en que se desenvuelve, es decir, a través de su estructura y el discurso que porta. Con estructura se hace referencia a los diversos recursos que, a través del Estado, el populismo implementa, mientras que también es importante conocer las formas singulares en que devienen sus prácticas discursivas.

Esta forma de distinguir entre estructura y discurso tiene un fin analítico, al igual como se realizó en los capítulos 2 y 3. Pero, como se concluyó en el mismo Capítulo 3, estructura y discurso están relacionados, y los análisis existentes de una u otra forma los vinculan entre sí. No obstante, la siguiente breve caracterización de las unidades de observación del populismo tiende hacia una abstracción analítica. Luego, en los capítulos siguientes, la descripción histórica se desarrolla de forma más imbricada.

### **A) Estructura populista**

La estructura del populismo se compone de dos dimensiones que se pueden denominar como la político-administrativa y la de política económica, que constituyen los aspectos fundamentales del Estado populista. Ambas combinadas tienen relación con un cambio estructural respecto del modelo oligárquico anterior, reformulando el rol del Estado. Este nuevo rumbo lo determina el denominado corporativismo estatal que, a grandes rasgos, tiene que ver con el modelamiento de la sociedad por parte del Estado. Como se señaló en el Capítulo 2, Stepan (1978: 46) ha definido corporativismo de Estado como aquel grupo particular de políticas y arreglos institucionales para estructurar la representación de intereses. Cuando estas políticas y arreglos institucionales predominan, el Estado a menudo caracteriza o intenta crear intereses de grupo, regular su número, además de buscar el monopolio de cuasi-representación a través de prerrogativas especiales, reclamando para sí la correcta representación de los grupos sociales y políticos a través de una variedad de mecanismos.

De la revisión de algunas concepciones de corporativismo (Kaufman, 1977; O'Donnell, 1974; Malloy, 1977; Schwartzman, 1977; Schmitter, 1974; Stepan, 1978) se puede apreciar que siempre es concebido como un movimiento relacional, con una vinculación vertical que va desde el Estado al resto de la sociedad. De este modo, surge un fuerte carácter normativo por organizar correctamente –según la perspectiva de cada gobierno de turno– los diversos ámbitos sociales, llevando a construir una serie de lazos o vínculos institucionalizados, legales y burocráticos, que le permiten al Estado lograr el control y promover la organización social, en sectores que resulten estructuralmente coherentes según sus directrices (Stepan, 1978: 33-36).

Sin embargo, surge la imprecisión de entender por corporativismo tanto a regímenes populistas como militares, y respecto de estos últimos tanto autoritario-burocráticos como neoconservadores (Schamis, 1991), de los años sesentas y setentas, en los que también se produce una coordinación de forma jerárquica y vertical la sociedad. Así, autores como Stepan u O'Donnell redefinen el término bajo la distinción entre inclusión y exclusión. Si bien todo corporativismo excluye sectores sociales, como también en ciertos casos ocurre con regímenes populistas respecto de la población campesina o los trabajadores urbanos informales, el populismo tiende a incluir heterónomamente a otros tantos, para mantener el control sobre ellos. A diferencia de lo que ocurre con regímenes militares corporativistas donde “el corporativismo es el principal mecanismo institucional que lo vincula con el sector popular para garantizar la exclusión política” (O'Donnell, 1974: 35). Por ello que el corporativismo estatal de inclusión está estrechamente vinculado con el populismo, siendo este una característica importante en regímenes populistas: “In the specific context of Latin America inclusionary corporatism thus is more likely in the early stages of import-substitution industrialization, where modern elites and urban working classes perceive significant room for populist multiclass coalition” (Stepan, 1978: 80). En consecuencia, se puede afirmar que es mediante diversos recursos implementados por el populismo desde el Estado que los líderes pueden lograr la concreción del vínculo social.

Sin embargo, no hay que confundir corporativismo estatal con la reacción de la oligarquía frente a la crisis del sistema financiero mundial del treinta, la consecuente Gran Depresión o

el mismo proteccionismo inicial en relación al comienzo de la Segunda Guerra Mundial. Como señala Vilas (1995: 55):

Más que una adhesión a la teoría keynesiana, esta primera etapa de la regulación y el proteccionismo estatales fue encarada como una acción de defensa ante los desequilibrios provocados por el descalabro internacional. El populismo, sin embargo, condujo la gestión económica mucho más allá de esos límites, tratando de romper los equilibrios e interrelaciones sobre los que se asentaba la especialización primario-exportadora de la economía.

En definitiva, bajo este principio del corporativismo de inclusión, que guía el comportamiento estatal durante el populismo, se pueden distinguir los dos ámbitos centrales mencionados, que corresponden a dos espacios primordiales de acción del Estado: i) la acción político-administrativa y ii) la política económica.

a) La acción político-administrativa del Estado populista

Con esta dimensión se hace referencia a la inmersión del Estado en dominios sociales que anteriormente no eran de incumbencia estatal. Ya sean los partidos políticos como estamentos intermedios entre la sociedad civil y el Estado, los actores sociopolíticos organizados, o la ciudadanía misma. Cabe agregar que en los procesos de causalidad compleja como este, se puede observar cómo ciertas variables explicativas reflejan también una característica del populismo que tiene que ver con el debilitamiento de la institucionalidad, así como el control heterónomo de ciertos grupos sociales.

Por ejemplo, en relación al movimiento obrero, el populismo implementa un recurso institucional muy documentado por la literatura. Esta expresión organizada de clase, bajo el dominio del populismo se convierte en asistente del Estado, o simplemente en un apéndice más de este, razón por la cual se habla de heteronomía de los sindicatos bajo el populismo. Pero también el populismo es llamado a ser una instancia mediadora, al oponerse a todo conflicto estructural entre el capital promocionado por el mismo Estado y las organizaciones laborales cooptadas.

El populismo promovió la convicción de que las demandas con éxito de los trabajadores no son las que se procesan por las organizaciones obreras directamente con las organizaciones patronales, sino las que son mediadas por Estado y sus aparatos específicos. La vulnerabilidad y reducida eficacia del sindicalismo socialista, anarquista, etcétera, frente a la sociedad tradicional y a su Estado, fue institucionalizada por el populismo como subordinación del movimiento obrero y de las masas a un Estado que pretendía asumir una función homóloga respecto de las clases capitalistas y que administraba las reivindicaciones categoriales y la distribución de los frutos (Vilas, 1995: 96).

Esta conducción del Estado, como ya se señaló, se traduce para otros actores sociales en la búsqueda de su debilitamiento. Entre ellos se encuentran la Iglesia, los terratenientes, así como también los medios de comunicación. Debido a su herencia decimonónica, se mencionó que la Iglesia y los grupos conservadores de la oligarquía estaban enfrascados en una alianza sempiterna, por ello que durante el populismo se merma crecientemente su relevancia y, además, los populismos los convierten en algunos de sus principales enemigos declarados. La relación entre los medios de comunicación de masas privados y los populismos –cuestión que no se analizará empíricamente en esta investigación– también se torna muy compleja<sup>87</sup>. Los populismos, generalmente, derrocan o deterioran la institucionalidad del sistema de partidos existente, de tal forma que la bandera de la oposición con dificultad pudo ser sostenida por estos. En este contexto –y en especial para el caso de Chávez–, los medios asumen la oposición a los regímenes populistas, los que se encuentran vinculados con los sectores más conservadores de la sociedad, viéndose amenazados por los populismos. A juicio de ciertos autores (Waisbord, 2011; Becerra, 2014) el populismo padece de una situación mediática antagónica, entra en conflictos discursivos con el sector privado de los medios, así como promulga leyes y promueve políticas comunicacionales que regulan fuertemente a los medios privados y los contenidos que se transmiten, además de fortalecer la propiedad estatal de emisoras y aumentar la cantidad de estas.

---

<sup>87</sup> Para profundizar en el estudio de la relación de los populismo y los medios de comunicación, se sugiere avanzar para la Argentina peronista con autores como Arribá (2005), Sirvén (2011) y Varela (2006). Para el caso de brasileño de Vargas véase Capelato (1999). Mientras que para Venezuela véase Morales y Neira (2005), Natanson (2010) y Neira (2009), entre otros.

En este contexto, los partidos políticos también sufren una gran pérdida de autonomía respecto del Estado durante el populismo. El corporativismo de estado se manifiesta sobre el sistema de partidos políticos bajo el ya señalado deterioro de la institucionalización del sistema partidista (Mainwaring y Scully, 1996). Por lo que el sistema de partidos políticos durante el populismo carece casi por completo de fuerza aglutinadora de demandas sociales, las cuales son más bien canalizadas directamente por el Estado. En este sentido, Mainwaring y Scully (1996: 4) definen como un sistema de partidos institucionalizado aquel que muestra:

(...) estabilidad en las reglas y en la naturaleza de la competencia entre partidos (...), los partidos importantes deben tener raíces más o menos estables en la sociedad; de otro modo no estructuran las preferencias políticas a lo largo del tiempo, y hay una regularidad limitada en la manera que la gente vota (...), en un sistema de partidos democrático institucionalizado, los actores políticos importantes conceden legitimidad al proceso electoral y a los partidos (...) en un sistema de partidos institucionalizado, las organizaciones partidarias tienen importancia. Los partidos no están subordinados a los intereses de líderes ambiciosos; adquieren un estatuto y valores propios. El partido se hace autónomo respecto de movimientos u organizaciones que pueden inicialmente haberlo creado con propósitos instrumentales.

Por tanto, el populismo, al menos durante su ascensión e instauración, produce una baja institucionalización del sistema de partidos. Lo que sucede, entonces, es una pérdida drástica de regularidad del modelo de competencia del sistema de partidos, incluso mayor a la demostraba previa a la aparición del populismo (Mainwaring y Scully, 1995: 70)<sup>88</sup>.

---

<sup>88</sup> La operacionalización detallada de esta variable consiste en cuatro indicadores:

a) Volatilidad electoral. Entre las formas que existen para medir la regularidad de los modelos de competencia entre partidos está el índice de volatilidad electoral (Pedersen, 1983). Este índice mide la movilidad del electorado de un partido a otro a lo largo de diversas elecciones. Entonces, en la medida que se produzca mayor volatilidad electoral en un período de tiempo determinado, se puede estar en presencia de una de las dimensiones estructurales del populismo.

b) Vínculos con la ciudadanía. También se considera a un sistema de partidos político institucionalizado cuando construyen lazos fuertes con los ciudadanos y los intereses organizados (Mainwaring y Scully, 1996: 10-13). Este aspecto puede ser medido a través de las diferencias entre las elecciones presidenciales y las de los congresos nacionales. De modo que se espera que las elecciones presidenciales sean mucho más personalistas que las elecciones del congreso, en las cuales se vota, principalmente, por adhesiones al partido y sus principios. Razón por la cual, se pueden presentar bajas diferencias entre una y otra elección, pudiéndose calificar a un sistema de partidos como institucionalizado. Por el contrario, cuando las elecciones presidenciales son fuertemente personalistas será, posiblemente, mayor la diferencia de votación de un mismo partido en la elección de los congresistas respecto de la presidencial, lo que supone la existencia de liderazgos populistas que alcanzan el poder mediante movimientos políticos sin intermediación de aquellos partidos de más antigua data.

c) Legitimidad concedida. La institucionalización del sistema de partidos políticos se basa también en la legitimidad concedida tanto por los ciudadanos como por los intereses organizados, que aceptan como legítimos

En definitiva, Mainwaring y Scully (1995: 89) definen como sistema de partidos incipiente aquellos que poseen bajos grados de institucionalización, lo cual daría mayor cabida a liderazgos populistas –en cuanto primer estadio hacia la formación de un Estado Populista–, ya que no tienen la capacidad de estructurar el voto popular y los candidatos apelan directamente a las masas, eludiendo la intermediación partidista. Así esta dimensión funcionaría como condicionante del populismo. En cambio, funcionaría como una característica del fenómeno, cuando la institucionalidad partidista decae durante el populismo.

#### b) La política económica de populismo

Este es otro aspecto distintivo del populismo una vez que llega al poder estatal. La política economía populista se puede caracterizar como una de tipo extensiva y de desarrollo hacia dentro. Aunque se ha argumentado que puede existir una amplia discontinuidad entre el modelo primario-exportador de crecimiento hacia afuera respecto del modelo económico del populismo, se sostiene en definitiva acá que se trató más bien de una serie de cambios que modificaron el énfasis respecto del modelo precedente, pero no se trató de una transformación total del este. La característica de ‘extensivo’ se refiere a la forma que adquiere el desarrollo al: i) incorporar nuevos factores al proceso de producción –recursos naturales, fuerza de trabajo y capital– y expansión de lo ya existente –ampliación y creación de nuevas plantas–; ii) ampliar físicamente los mercados; y iii) por el énfasis en el mercado interno –crecimiento hacia dentro– (Vilas, 1995: 58-59). Pero, los acentos singulares de este

---

a los partidos y al proceso electoral (Mainwaring y Scully, 1996: 13). En otras palabras, si los actores políticos colectivos no reconocen como válidos a los partidos políticos ni al proceso electoral, se está en presencia de un sistema de partidos incipiente, lo cual sería característico de un régimen populista y sus consecuentes interrupciones democráticas.

d) Organización partidista. Otro criterio que define a un sistema de partidos institucionalizado son las organizaciones partidistas, y estas deberán ser relativamente sólidas en aquellos países con sistemas de partidos institucionalizados (Mainwaring y Scully, 1996: 13-14). Así, bajo el ya denominado corporativismo estatal, el populismo debilita las estructuras organizativas de los partidos políticos tradicionales. Caracterizándose, entonces, por una debilidad organizativa y baja autonomía de las organizaciones partidistas. Ya se ha definido esto como una identidad entre el Estado y el partido de gobierno (Ianni, 1984: 137-139), donde la autonomía y organización del o de los partidos políticos de gobierno está normada por el Estado mismo, y el resto de los partidos opositores son fuertemente reprimidos viendo mermada su capacidad de organización.

modelo extensivo y de desarrollo hacia dentro, están más relacionados con una reacción o defensa que la política económica implementó frente a la crisis:

La estrategia de crecimiento extensivo y hacia adentro tuvo ante todo un carácter reactivo y defensivo. Fue una respuesta a la crisis externa y al desenganche relativo de las economías latinoamericanas respecto del mercado internacional que ella provocó. De ahí que muchos aspectos de las políticas, a través de las cuales se impulsó este desarrollo extensivo, presenten elementos de continuidad y no sólo de ruptura con algunas de las políticas de la etapa anterior. La ampliación de la frontera agrícola, las grandes concentraciones de fuerza de trabajo urbana, el desarrollo de actividades manufactureras dirigidas al mercado interno, la relativa ampliación del sistema educativo y de algunos servicios sociales, aparecieron en países como Argentina, Brasil, México, Perú y Uruguay ligadas al dinamismo del esquema primario-exportador (Vilas, 1995: 59).

Ahora bien, este crecimiento hacia adentro durante el populismo desembocó en lo que se ha definido como ISI. Se estima que a pesar que el populismo no trae aparejado de suyo este modelo específico de política económica, es posible observar una asociación entre ambos, gracias a la correspondencia entre desarrollo de mercado interno con incrementos salariales y de gastos del gobierno (Kaufman y Stallings, 1992: 30-31).

El populismo cuando alcanza el nivel estructural del Estado, y construye su acción en base a los principios del corporativismo, tiende a producir estrategias económicas cada vez más intervencionistas. Por esto que el fuerte nacionalismo imperante en las concepciones populistas, junto con una observación de las desigualdades en el intercambio económico con las naciones desarrolladas, tiende a justificar las modificaciones al modelo económico aplicado hasta ese momento, en favor de la ISI. Debido al deterioro de los términos del intercambio es que se observa como única forma de surgimiento económico sustentable el sustituir la importación con la producción industrial interna. A su vez, se pretendía estimular la demanda interna mediante el consumo casi exclusivo de manufacturas nacionales junto con el creciente gasto en bienestar para el trabajador urbano formal.

Diversos aspectos de la situación económica bajo la ISI indicarían la aplicación de este modelo. Como son la industrialización nacional, principalmente de empresas estatales o

directamente subsidiadas por el Estado. El proteccionismo industrial que, según el caso, se inició con o continuó el populismo, permitió que se desarrollaran nuevas ramas de producción (Vilas, 1995: 60). Pero también el aumento de subsidios a la industria permite que la producción nacional sea más competitiva dentro del país. El estímulo de la demanda interna por parte del Estado, mediante una serie de gastos dirigidos a potenciar el poder adquisitivo de los trabajadores urbanos completaría el ciclo virtuoso. Para llevar a cabo esta serie de modificaciones fue necesario que la regulación de la economía lograra llegar a la nacionalización de sectores claves, que hasta el momento eran controlados por el capital extranjero, como son: ferrocarriles, electricidad, telefonía, banca, transportes y comercio exterior; es decir, sectores primordiales que sustentaban la especialización latinoamericana en el modelo primario-exportador (Vilas, 1995: 56).

Todas estas modificaciones llevan a que se redefina la función estatal, la cual ha sido conceptualizada bajo el nombre de Estado empresario. El rol del Estado durante la Segunda Guerra mundial había cambiado sustancialmente, ya que el conflicto había empujado a que interviniera con mayor decisión tanto en la regulación del mercado como en el control de los precios. Particularmente, se cree que el Estado incursionó en la industria y en la producción de dos maneras: i) por la deserción de inversores extranjeros de las empresas que había controlado durante décadas, ya sea por vencimientos de contratos o por el bajo beneficio que dicha actividad empresarial representaba para esos capitales extranjeros; y ii) porque había crecido –ya en el período de entreguerras– la corriente de opinión favorable a la nacionalización de algunos sectores básicos de la economía (Belini y Rougier, 2008: 26). De este modo, no es casualidad, por ejemplo, que el lema de presidente Juan Antonio Ríos en Chile, en la primera mitad de la década de 1940, haya sido ‘gobernar es producir’.

Básicamente, son estos aspectos ya mencionados –intervención estatal, desarrollo extensivo y hacia dentro, nacionalización, ISI y Estado empresario– los que buscan dar respuesta a este creciente deterioro económico –empeoramiento progresivo de los términos del intercambio– que estaría sufriendo Latinoamérica bajo el modelo de desarrollo primario-exportador de la oligarquía, en un contexto estructural internacional de dependencia centro-periferia –como bien aseveran Cardoso y Faletto o el mismo Wallerstein– respecto de las naciones



industrializadas. Esta es la bastante difundida tesis Prebisch-Singer (Parra y Ocampo, 2003: 8-10), la cual sostiene que a través de esta serie de políticas estatales, congregadas bajo la estrategia económica del desarrollismo, podrían ayudar enfrentar y/o revertir la tendencia desfavorable.

Sin embargo, políticas económicas populistas y políticas económicas desarrollistas no son necesariamente identificables la una con la otra. Bresser y Dall'Acqua (1991) y Dutra (2001) cuestionan esta identificación entre una y otra estrategia, que otros autores (Dornbusch y Edwards, 1991) no han logrado diferenciar. Según los primeros, el creciente énfasis que se pone respecto de las políticas populistas desvía, a su juicio, la atención de la causa principal de la crisis, que es en definitiva una crisis fiscal del Estado (Bresser y Dall'Acqua, 1991: 196). Esto tiene que ver con que la política populista –basada, según Bresser y Dall'Acqua, en una interpretación errónea de la teoría keynesiana– a través de la impresión de papel moneda podría estimular la demanda y con ello reactivar la economía (Bresser y Dall'Acqua, 1991: 195). Sin embargo, la razón detrás de los fuertes ajustes fiscales llevados a cabo durante la década de los ochenta se debió más bien a la restricción del crédito internacional, toda vez que la estrategia de la política desarrollista se basaba más bien en el endeudamiento externo para sostener la producción y no en la impresión de papel moneda (Bresser y Dall'Acqua, 1991: 197).

En este sentido, la más notoria consecuencia en la que, históricamente, ha devenido la política económica del populismo, aunque también la del desarrollismo, es la inflación. Sin duda que la inflación ha sido un lastre que han debido enfrentar los gobiernos populistas –y no populistas– históricos en América Latina, lo cual los ha llevado a levantar estrategias importantes de ajustes como la devaluación (Skidmore, 1995). La estimulación de la economía por el lado de la oferta, ya sea en subsidios a la industria nacional y protección arancelaria para manufacturas nacionales, busca satisfacer la creciente demanda interna, potenciada aún más por el gasto fiscal, aunque sin un sistema de recaudación fiscal eficiente. Si a ello se le suma que todo el intercambio internacional se seguía sosteniendo en gran medida por la producción agropecuaria o extractiva, conduce a un plazo no muy largo al colapso del sistema; lo cual, de una u otra manera, eleva considerablemente la inflación.

Efectivamente, fue común que la producción nacional no lograra satisfacer completamente la demanda interna potenciada por el creciente gasto fiscal, lo que forzaba a seguir importando manufacturas. Pero lo que se exportaba eran productos agrícolas y extractivos que hacía que el intercambio internacional no se realizara mediante productos equivalentes, así la inflación es comprensible con o sin la aplicación del modelo de ISI. Es más, inclusive hacia etapas avanzadas del populismo, fue necesario importar materias primas para proporcionarle insumos a la industria nacional:

La política de redistribución del populismo clásico no era sostenible por las mismas razones que llevaron finalmente al fracaso de la ISI. El proteccionismo no elevó la productividad real para crear una base de grandes incrementos de los salarios urbanos. Ni las recaudaciones fiscales crecieron lo suficiente para financiar el subsidio del proceso de industrialización por parte del gobierno. Se sobreestimó la inelasticidad de la oferta en el sector agrícola y de las exportaciones: no pasó mucho tiempo sin que los tipos de cambio sobrevaluados y los controles de los precios provocaran el estancamiento en esos sectores. La alienación del capital extranjero agudizó los problemas. En ausencia de un gran auge de los precios de las exportaciones, el populismo clásico se autodestruyó rápidamente (Cardoso y Helwege, 1992: 62).

En este sentido, las explosiones inflacionarias parecieran ser un desarrollo característico que adquieren los populismos estructurales.

Hay muchas formas de ajustarse a los precios al alza, y los latinoamericanos se han convertido en expertos en esto desde 1945. El impacto doloroso inherente a todos los remedios antiinflacionarios es un factor adicional que lleva a los gobiernos a evitar atacar la inflación mientras puedan. Ello es evidente, si se piensa que por lo regular una fuente importante de presión inflacionaria es el gran déficit del sector público, usualmente financiado por la emisión de moneda (Skidmore, 1995: 232)

Teniendo como referencia la cita anterior, si la interpretación sobre la inflación y la actividad comercial se aparta de la consideración económica moderna, se puede entender que en el gasto estatal se juega la legitimación del modelo, de ahí que las consecuencias inflacionarias no preocupen de sobre manera a los gobiernos populistas, al menos en sus comienzos. He aquí uno de los aspectos centrales de la política económica del populismo que será analizado empíricamente en los capítulos 12, 13 y 14 para cada caso. Como se ha venido señalando,

por un lado “la preocupación de los líderes populistas no es originariamente económica. En segundo lugar, (...) el dinero no opera de acuerdo a una lógica monetaria, sino social; que se parece más a la moneda primitiva que al dinero capitalista” (Cousiño y Valenzuela, 1994: 117).

Esta recuperación de nociones económicas no capitalistas, en que el ámbito de la economía no se encuentra diferenciado del resto de los ámbitos sociales ya fue descrita en el Capítulo 5. Posteriormente, en el Capítulo 7 se mencionó cómo se desarrolla el vínculo social en la hacienda latinoamericana basada en la legitimación cúlrica del trabajo a través del gasto festivo, que para juicio de esta investigación se transfigura hacia el espacio de la ciudad en el siglo XX. Por esta razón, se sostiene como central la tendencia de los líderes populista hacia el gasto como forma de legitimación, donde el dinero adquiere un significado social singular, ya no como una duplicación de la escasez como correspondería a una economía propiamente capitalista.

La noción del gasto y la representación de la abundancia en el gasto populista es el factor central de este tipo de comprensión particular de la económica, lo que se ve reflejado indirectamente en la despreocupación e ineficiencia de la recaudación fiscal de los países latinoamericanos. Así, los niveles de gasto público para sectores tradicionalmente excluidos, desde la lógica social de la economía del gasto son la variable central de la caracterización del populismo estructural.

Inclusive, desde la lógica plenamente monetaria, se ha podido entender el gasto como una legitimación del gobierno en base al apoyo político brindado por los trabajadores urbanos y la clase media, bajo lo que los economistas definen como despilfarro. En palabras ya citadas en el Capítulo 2, el populismo económico ocurre cuando un gobierno, para agradar a los electores, gasta más de lo que recauda, caracterizándose por políticas crecientemente expansionistas del gasto público sin ser programas redistributivos propiamente tal. Los economistas que analizan el problema de la redistribución en el populismo (Cardoso y Helwege, 1992), realizan la distinción entre las políticas de gasto excesivo y los programas para superar la pobreza, en este último caso la política económica que busca superar la

pobreza tendrá siempre en cuenta las restricciones estructurales propias de la economía y conocerá básicamente cuáles son los límites de la expansión, las políticas que no atiendan a esas restricciones estructurales estarán, en una perspectiva economicista, irresponsablemente centradas en el gasto público excesivo.

## **B) Discurso populista**

También el populismo puede ser observado a través del discurso. Ya se mencionó en el Capítulo 3 cómo diferentes enfoques actuales que estudian el populismo lo comprenden como un fenómeno discursivo, aunque dicho discurso puede tener un correlato estructural. Independiente de ello, la definición del discurso populista ha logrado reconocer ciertos patrones regulares que lo definen, de modo que tanto los enfoques más cuantitativos como aquellos con un énfasis posmoderno lo han conceptualizado, en principio, de una forma muy similar.

En primer término, el discurso populista se define como una apelación al pueblo por parte del líder. Esta concepción inicial ha sido propuesta por Mudde (2004) y seguida por diversos estudiosos del análisis de contenido (Jagers y Walgrave, 2007; Pauwels, 2011; Rooduijn y Pauwels, 2011) que, a su vez, coinciden con la definición que, desde el posmarxismo, ha propuesto Laclau (2005). Sin embargo, una definición de índole tan general puede provocar que fenómenos muy diferentes puedan ser considerados como populistas.

En este sentido, el aporte de Laclau al estudio del fenómeno y su comprensión, al poner de relevancia el carácter eminentemente maniqueo del discurso populista en su rechazo al *establishment* o statu quo, es algo preponderante. Este rechazo generalizado al *establishment* es lo que históricamente, en su variable estructural, se conoce como la pugna que los populismos enfrentan con la oligarquía, que como se sostuvo en el capítulo precedente fue construido culturalmente en las zonas de frontera. No obstante, aun así, con concepciones tan generales del fenómeno discursivo no se logra conocer la singularidad populista.

Como se mencionó anteriormente, Hawkins (2009: 1043-1044; 2010: 54-69) ha planteado una definición discursiva más amplia y precisa. En primer lugar, ella parte reconociendo dichas singularidades del fenómeno, que son: aquella apelación al pueblo y su rechazo al *establishment* interno e internacional. Por un lado, Hawkins agrega que el bien es identificado con la voluntad del pueblo. Así, siguiendo a Werz (2003), lo que ocurre es, por lo tanto, una identificación entre un solo individuo, que es representado por el líder, y el pueblo en tanto comunidad. Dicha representación simbólica porta consigo los intereses patrióticos, aquellos de la nación en su conjunto, y que se concentran, pues, en una sola figura. Bajo este supuesto, el líder –teniendo como principal instrumento al Estado– es quien puede garantizar la liberación de los excluidos, es decir, del pueblo, así como de la nación en su conjunto (Werz, 2003: 50-51). Por otro lado, para Hawkins, el mal –el enemigo del pueblo– es identificado con una oligarquía conspirativa asociada a intereses imperialistas, principalmente británicos y/o estadounidenses. Ello lleva a que la cosmovisión central del discurso populista configure una noción maniquea de lo político-social y, más aún, las disputas las plantea en términos morales, extremando aún más las diferencias. Sumado a ello, Hawkins agrega más dimensiones esenciales que son: el discurso se plantea en términos de una necesidad de un cambio sistémico, y de una actitud ‘todo vale’ con tal de conseguir el bienestar del pueblo.

El discurso populista en este sentido da cuenta del vínculo social, en que el líder estrecha su relación con la figura del descamisado, el pueblo –Gaitán en Colombia señalaba: “Yo no soy un hombre soy un pueblo, y el pueblo es mayor que sus dirigentes”–, mediante recurrentes mensajes que ensalzan su bondad y su afinidad con este reservorio moral. Como menciona De La Torre (1998: 140) sobre Abdalá Bucaram en Ecuador:

Como Bucaram es pueblo comparte la pureza de los humildes. En palabras de Michelet, “el pueblo es el nuevo Cristo porque lleva en sí dos “tesoros”: el primero, “la virtud del sacrificio”; y el segundo, unas formas instintivas de vida que son más valiosas que todos los conocimientos sofisticados de los denominados hombres cultos” (...) Por esto Abdalá no usa el lenguaje culto y rebuscado de los economistas y de los abogados, que los sectores populares consideran oscuro y que oculta designios inconfesables.

En contraposición a ello, el líder populista centra sus ataques en la oligarquía y en aquella actitud ‘malvada’ por no desear que el progreso llegue a las masas. Es por esta razón que se puede afirmar que el líder sustenta su discurso en términos de un cambio al sistema. Por ejemplo, como sostuvo Chávez: “si juramentan a Micheletti, o a Peleletti o a Gafetti o a Goriletti, lo derrocaremos... lo derrocaremos, así lo digo”<sup>89</sup>. Y por otro lado, el ‘repugnante otro’, que es uno de los apelativos que los intereses conservadores aplican al líder populista, también debe ser derrocado o evitar que llegue al poder. Como diría Laclau, esta lógica de la equivalencia, es decir, cuando el conflicto se plantea en términos de un extremismo maniqueo, en que no hay espacio para posiciones intermedias, se torna propia del discurso populista.

Todas estas dimensiones del discurso populista, junto a una ‘semántica del gasto’<sup>90</sup>, permitirían observar cómo el discurso de los líderes populistas garantiza que se concrete un vínculo social, cuasi-emocional, entre el líder y sus seguidores. Aunque, por otro lado, el discurso en cuanto tal no necesariamente permite identificar la implementación institucional del fenómeno, ya sea como movimiento, partido, gobierno o, en su forma más completa, como Estado populista. Lo que sí queda claro, es que el discurso va acompañado de un líder, quien es el portador del mismo, y quien es también el sujeto que finalmente cataliza el populismo, ya sea a nivel estructural como discursivo.

Ahora bien, lo que prosigue en los siguientes capítulos es analizar las causas que provocaron la aparición del populismo de Perón, Vargas y Chávez, en Argentina, Brasil y Venezuela,

---

<sup>89</sup> Declaración del 29 de junio de 2009, en la cual Hugo Chávez se refería al presidente de derecha de facto de Honduras, Roberto Micheletti, como ‘goriletti’, quien asumiera el poder luego del golpe de estado al presidente Manuel Zelaya en 2009. Originariamente con el término ‘gorila’ –al cual se hace alusión con ‘goriletti’– fueron denominados los contrarios a Perón hacia mediados del siglo XX.

<sup>90</sup> La semántica del gasto, que se estudiará en los capítulos 12, 13 y 14, para cada uno de los casos, corresponde a toda emisión de intenciones de gasto, manifiestas o latentes. El conjunto de ideas relacionadas con las diversas intenciones de gasto por parte del líder populista, sin embargo, son diversas. En estrecha relación con las acciones de gasto por parte de los regímenes populistas, la semántica del gasto puede decir relación tanto con dónde es prioritario gastar y a quién debe llegar ese gasto, así como no considerar o derechamente criticar por falaces las consecuencias económicas de dichos gastos. Así pues, las nociones de gasto serán más populistas cuando se despreocupen las consecuencias que ello pueda acarrear, en lo referido a las limitantes económicas de sostener gastos estatales crecientes, entre otros factores. También se podrá considerar como un discurso de gasto más populista cuando este es prometido para poblaciones objetivas de obreros o de los sectores más excluidos por regímenes políticos previos.

respectivamente. Así, en el Capítulo 9 se presentan las condicionantes demográficas del populismo, así como las condicionantes económicas que delinean la denominada crisis económica de la oligarquía. En cambio, en los capítulos 10 y 11 se analizan las condicionantes del populismo que se ha definido como la crisis política de la oligarquía, a saber, la institucionalidad del sistema de partidos políticos y la situación de dos actores sociopolíticos relevantes como son el movimiento obrero y la Iglesia católica. Estos factores, sin embargo, no solo se analizan en cuanto variables explicativas del populismo, sino que también se muestra cómo se desenvuelven durante el régimen populista mismo, es decir, se describen ambos momentos de forma imbricada a lo largo del texto. En la Parte III, que trata de la instauración y desarrollo del fenómeno, se presentan los nacimientos de los liderazgos y movimientos populistas para cada caso, así como sus redes de apoyo que garantizan la construcción del liderazgo; también se describe el discurso de los líderes, en su intensidad y énfasis; para finalmente indagar en las políticas de gasto emprendidas durante sus regímenes.

## **CAPÍTULO IX. SITUACIÓN ESTRUCTURAL PRECEDENTE (I): DEMOGRAFÍA Y ECONOMÍA**

En el Capítulo 8 se mencionó que son tres los eventos históricos recientes que gatillan el surgimiento del fenómeno para los casos concretos: los cambios en la estructura demográfica, y la crisis política y económica de la oligarquía. Estos elementos estructurales en su conjunto –o potencialmente otros similares– configuran lo que se definirá hacia el final del texto como una variable explicativa agregada que se ha denominado como crisis social de la oligarquía, la cual se convierte en un factor necesario, pero no suficiente para explicar el populismo. En efecto, esta crisis tiene la particularidad que sin otro factor causal, como es la presencia del liderazgo populista, pierda capacidad explicativa.

Cabe agregar que estos tres elementos estructurales han sido extraídos inductivamente de la observación histórica de los populismos, así como de la contenida en la bibliografía existente que estudia al populismo latinoamericano, de modo que es menester considerar cuidadosamente estas tres causas en lo que al caso venezolano se refiere. Esta observación no es trivial, ya que el populismo venezolano de finales del siglo XX ocurre desfasado temporalmente respecto de los otros dos casos paradigmáticos acá analizados. Por ejemplo, los cambios en la estructura demográfica, es decir, las migraciones y poblamiento de las urbes son un fenómeno de final del siglo XIX y principio del XX; la crisis del modelo económico oligárquico acaece a principios del siglo XX también, previo al surgimiento de la ISI; y la crisis política de la oligarquía lo es, en general, a más tardar a mediados del siglo XX; por ello que la explicación de la emergencia de Chávez no se encuentre, seguramente, en estas causas históricas concretas, debido a su lejanía temporal con el fenómeno populista histórico. No obstante, condiciones similares a estas sí pueden ser identificadas en Venezuela.

### **1. CAMBIOS EN LA ESTRUCTURA DEMOGRÁFICA**

No hay que olvidar que el populismo latinoamericano, como es entendido acá, es un fenómeno esencialmente urbano. La disponibilidad de obreros para el desarrollo industrial



sustitutivo y extensivo, así como para la implementación de una movilización masiva de apoyo electoral, se da, especialmente, en el marco de la gran urbe latinoamericana. De la misma forma en que lo consigna Conniff (1982a: 14), el populismo es un fenómeno que se sustenta en los centros urbanos, en oposición a la oligarquía tradicional de origen rural asentada en la ciudad. Aun así, se ha considerado a otros movimientos de raigambre rural en Latinoamérica como populistas. No obstante, por ejemplo, la Alianza Popular Revolucionaria Americana en el Perú, ha sido definida como un movimiento político populista de connotación rural, pero que ha basado su apoyo en ciertos sectores urbanos y de estudiantes organizados. El sustrato rural surge solo en tanto discurso, toda vez que el movimiento aspira a un campesinado politizado, lo que se ha denominado como indigenismo. Por ello que el populismo se basa estructuralmente en la dimensión urbana de un país, en donde la concentración poblacional se convierte en una condición favorable para su surgimiento.

#### **A) Inmigración extranjera**

Se estima que la inmigración internacional neta que ingresó a América Latina y el Caribe, hacia fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, alcanzó los 13,8 millones de personas. De esta cantidad, en torno a 11 millones eran europeos –italianos, portugueses, españoles, alemanes, suizos, irlandeses, austríacos y franceses–, los cuales tuvieron como destino principal Argentina y Brasil. Estos dos países concentraron alrededor del 73% del saldo migratorio, esto es 35% y 38%, respectivamente (Baeninger, 2002: 12).

En Argentina, para 1914, la población extranjera bordea el 30%. En cambio, para el caso de control chileno hacia 1920, este grupo supera levemente el 3%. En cifras, estos valores corresponden a más de dos millones de extranjeros en Argentina, y a tan solo poco más de 120 mil extranjeros en Chile. También se observa que para la década de 1860 ambos países poseen una cantidad de población similar que no superaba a los 2 millones de personas. Sin embargo, ya en 1895, en Argentina la población total bordea los 4 millones, y en Chile solamente existen 2,7 millones de personas. Gran parte de dicha diferencia, para el censo de 1895, lo aporta la población extranjera, que en Argentina es de más de 1 millón de personas

y en Chile tan solo de 79.056 personas. Este fuerte influjo extranjero ayudó a que la Argentina sufriera un crecimiento demográfico muy explosivo en el cambio de siglo, y que además pudiera disponer de gran cantidad de trabajadores para las diferentes labores productivas que se desarrollaban. Por otro lado, si bien al observar el caso brasileño pareciera ser que el porcentaje de extranjeros respecto del total de población no es lo suficientemente significativo, los saldos numéricos de extranjeros son muy similares a los argentinos. Así, para el censo de 1872 en el Imperio de Brasil habitan cerca de 400 mil extranjeros, es decir, cerca del doble que en Argentina, y alrededor de 16 veces más que en Chile; y ya para 1900 el número de extranjeros en Brasil es de 1.279.063 personas, relativamente similar a la cantidad de extranjeros que 5 años antes fue contabilizada en Argentina, pero muy superior a lo medido en Chile en 1895 (véanse Tablas i, ii y iii en Anexo).

Las estadísticas sobre inmigración muestran la alta entrada de personas a suelo argentino. Por ejemplo en 10 años, entre 1904 y 1914, arribaron 2.703.163 inmigrantes (Silva *et al.*, 1990: 41-42). El destino de las inmigraciones durante el siglo XIX y comienzos del XX se concentró en las provincias del centro y el litoral. En efecto, en la Tabla 1, se aprecia que para 1914 la Capital Federal poseía más población extranjera que nacional y la provincia de Buenos Aires, en general, al igual que la Provincia de Santa Fe, concentraban aproximadamente 35% de extranjeros. Es también importante destacar que en la Capital Federal el porcentaje de hombres extranjeros es casi un 30% respecto del total de personas, y en general la población masculina supera en casi 70 mil individuos a la femenina, lo que muestra que la composición de género estaba siendo afectada por un proceso migratorio fortísimo, a diferencia de lo que ocurría en una sociedad con tasas migratorias normales donde la cantidad de mujeres superaría levemente a la de hombres.

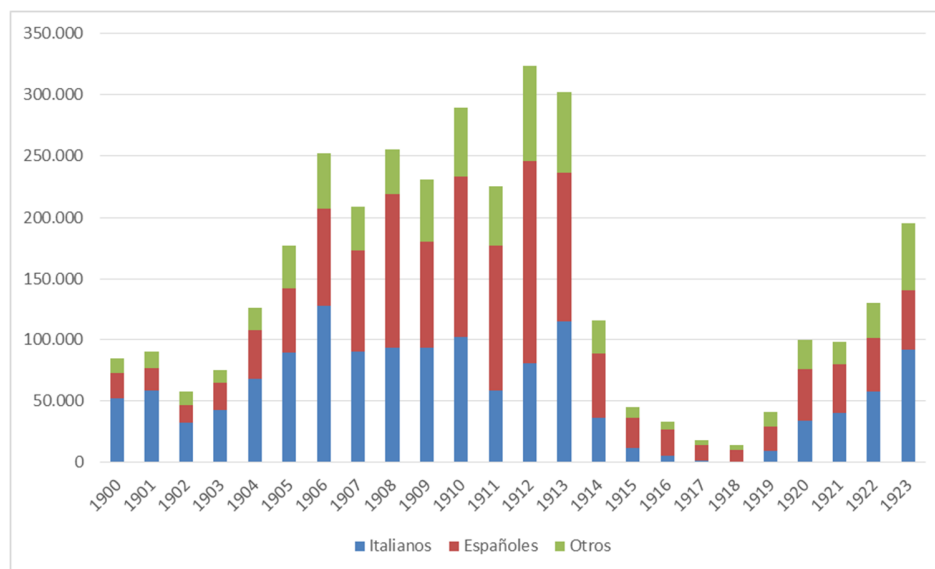
**Tabla 1. Población Nacional y Extranjera en la Capital Federal y las Provincias de Buenos Aires y Santa Fe, según censo de 1914**

Región		Argentinos			Extranjeros			Total Habitantes
		Hombres	Mujeres	Total	Hombres	Mujeres	Total	
Capital Federal	Número	349.463	403.506	752.969	455.507	332.338	787.845	1.540.814
	%	22,68	26,19	48,87	29,56	21,57	51,13	
Prov. Bs. Aires	Número	693.804	668.430	1.362.234	454.602	249.329	703.931	2.066.165
	%	33,58	32,35	65,93	22,00	12,07	34,07	
Prov. Santa Fe	Número	299.300	284.399	583.699	205.268	110.673	315.941	899.640
	%	33,27	31,61	64,88	22,82	12,30	35,12	

Fuente: Silva *et al.* (1990: 21-23). Las tres regiones de la tabla representan, en el año 1869, el 77,94% del total de extranjeros; el año 1895 representan el 49,40%; y para el año 1914 representan el 76,66%.

Por lo demás, cabe señalar que las principales inmigraciones provienen de Italia y España, y durante los primeros 15 años del siglo XX se cuantifica la llegada de 2.816.514 personas, donde un 40% corresponde a italianos y otro 40% a españoles. Pero a partir de 1914 la inmigración extranjera cae fuertemente, y no es sino hasta 1919 que comienza el repunte de dicho influjo inmigratorio, pero no alcanzando las cifras de la primera década del siglo XX. En el Gráfico 1 se pueden apreciar estos flujos anuales.

**Gráfico 1. Cantidad de inmigrantes de Ultramar (segunda y tercera clase) en Argentina, 1900-1929**



Fuente: Silva *et al.* (1990: 49-50).

Si bien en menor medida que en Argentina, las estadísticas sobre inmigración hacia Brasil indican importantes flujos, como ocurrió en la década del noventa del siglo XIX en que

arribaron 1.197.701 extranjeros. Y si se considera el mismo período que para Argentina, es decir, desde 1904 a 1914, arribaron 1.084.956 extranjeros, cantidad menor que Argentina en poco más de 1 millón y medio de individuos (Witter *et al.*, 1990: 157). El origen más frecuente de la inmigración es europeo y alcanza al 92,7% del total de inmigrantes (Witter *et al.*, 1990: 157), siendo sus destinos más frecuentes los estados del sur (Paraná, Río Grande do Sul, Santa Catarina y São Paulo). Estos cuatro estados del sur, que se detallan en la Tabla 2, que recién alcanzan a poco más de un cuarto de la población de Brasil en 1920, concentraron históricamente la inmigración extranjera por esos años. Por un lado, en 1890 poseían casi un 35% del total de extranjeros, en 1900 ese porcentaje se encumbra sobre el 58%, y ya para 1920 dicho porcentaje alcanza el 68% (Witter *et al.*, 1990: 157). Como se observa en dicha tabla, los estados que concentran extranjeros en mayor número para los tres censos son São Paulo y Rio Grande do Sul.

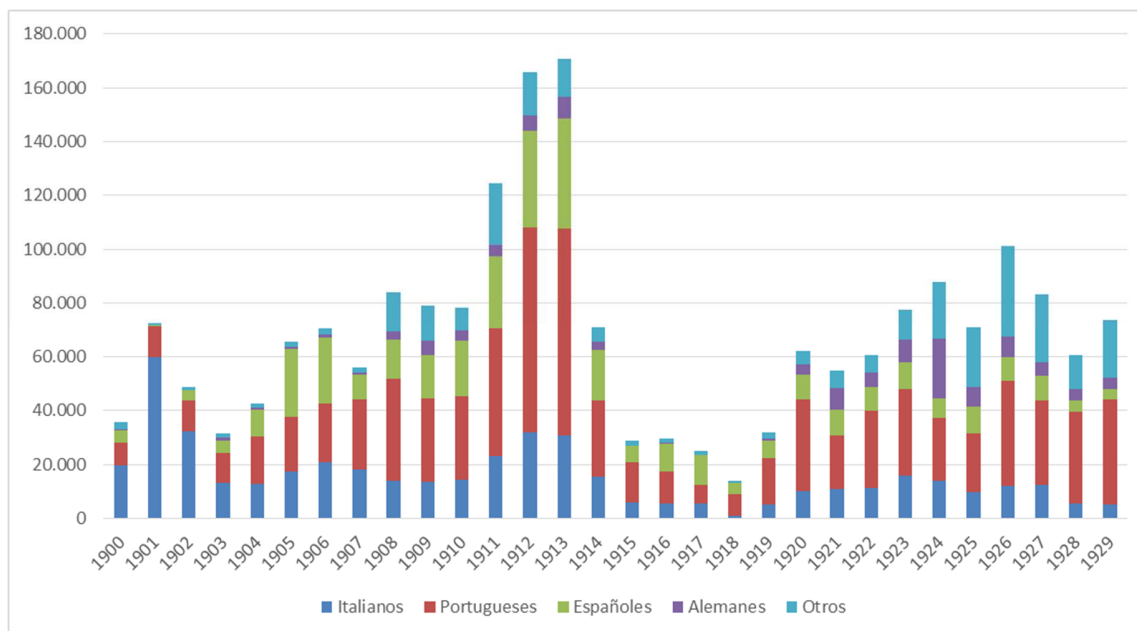
**Tabla 2. Población Nacional y Extranjera en los Estados del Sur de Brasil, según censos de 1890, 1900 y 1920**

Estado		1890			1900			1920		
		Brasileños	Extr.	Total	Brasileños	Extr.	Total	Brasileños	Extr.	Total
Paraná	Nº	244.338	5.153	249.491	282.002	45.134	327.136	622.601	63.110	685.711
	%	97,93	2,07		86,20	13,80		90,80	9,20	
Río Grande do Sul	Nº	862.690	34.765	897.455	1.008.216	140.854	1.149.070	2.028.090	154.623	2.182.713
	%	96,13	3,87		87,74	12,26		92,92	7,08	
Santa Catarina	Nº	277.571	6.198	283.769	288.143	32.146	320.289	636.605	32.138	668.743
	%	97,82	2,86		89,96	2,86		95,19	2,86	
São Paulo	Nº	1.309.723	75.030	1.384.753	1.753.092	529.187	2.282.279	3.758.479	833.709	4.592.188
	%	94,58	5,42		76,81	23,19		81,85	18,15	
Brasil	Nº	13.982.370	351.545	14.333.915	16.159.371	1.279.063	17.438.434	29.045.227	1.590.378	30.635.605
	%	97,55	2,45		92,67	7,33		94,81	5,19	

Fuente: Witter *et al.* (1990: 113). Para 1890 estos cuatro estados representan menos del 20% de la población total de Brasil, en 1900 ya alcanzan un 23%, y en 1920 superan el 26%.

Las principales inmigraciones provienen de italianos y españoles, al igual que en Argentina, pero también de portugueses y alemanes. Y de la misma forma que Argentina, la inmigración hacia Brasil se concentra fuertemente en los primeros 15 años del siglo XX, mientras que en 1915 este flujo inmigratorio cae, para comenzar luego a recuperarse en 1919 (véase Gráfico 2). La razón de la caída en la inmigración, en un período de más o menos cinco años durante la década del 10, está sin duda relacionada con la Primera Guerra Mundial.

**Gráfico 2. Cantidad de inmigrantes Europeos en Brasil, 1900-1923**



Fuente: Witter *et al.* (1990: 151-153). En todo el período desde 1884 hasta 1920, el porcentaje de inmigrantes italianos, portugueses, españoles y alemanes alcanza a más del 90% del total de inmigrantes.

A diferencia de Brasil y Argentina, en Chile ocurre una situación muy diferente. En el censo de 1895 se contabiliza la mayor cantidad de extranjeros en zonas nortinas, debido, principalmente, a los territorios conquistados en la Guerra del Pacífico. Por ello en la Provincia de Tarapacá el número total de extranjeros alcanza a 32,32% respecto del total de extranjeros en el país. Por otro lado, en Atacama, la población extranjera en 1865 alcanzó el 37,58% respecto del total del país. Además se puede esperar mayor cantidad de extranjeros gracias a la oferta laboral existente en zonas nortinas por las explotaciones mineras. También las regiones centrales fueron atractivas para las inmigraciones, así Santiago durante 1920 contaba con el 23,8% del total de extranjeros en Chile y Valparaíso con 12,82% (véase Tabla iv en Anexo).

No cabe duda que estas magnitudes de extranjeros distan mucho de las encontradas en países como Argentina o Brasil. Bajo este panorama pareciera ser que el fuerte influjo migratorio hacia el continente, que se concentra en estos dos países, prepara más intensamente el camino para la aparición de un fenómeno urbano de masas.

Ahora bien, si se caracteriza este proceso inmigratorio, se puede apreciar que para el caso de control no se produjo un aumento significativo en la disponibilidad de mano de obra para actividades industriales: la gran mayoría de la población extranjera se ubicó en el sector Comercio para 1930, mientras la Industria fue la segunda en importancia en la recepción de extranjeros. No obstante ello, las cantidades son bajísimas respecto del total de individuos participantes de dichas actividades: 2,74% para la Industria y 7,99% para el Comercio (véase Tabla v en Anexo). Y como se aprecia a continuación, estas cantidades son ínfimas frente a las que presentan países como Argentina y Brasil.

Efectivamente, al observar las profesiones u oficios de los inmigrantes que llegan a suelo argentino destacan no solo las magnitudes, como se ha expuesto hasta acá, sino que también un cambio producido entre las actividades realizadas por estos, durante un período menor a una década. En 1904 el porcentaje de agricultores que arribaron es de 35%, y la suma de los porcentajes de oficiales de taller o fábricas más los del comercio (oficios más propios de los centros urbanos) es de aproximadamente 17%. Este panorama cambia hacia 1912, donde el porcentaje de inmigrantes campesinos cae a 20%, mientras que el de oficiales más comerciantes se conserva en torno a un porcentaje similar<sup>91</sup> (véase Tabla 3).

**Tabla 3. Profesión y Oficio de los Inmigrantes de Ultramar, Argentina (2ª y 3ª clase), 1904-1912**

Año	Agricultores		Comercio		Oficiales de Taller o Fábricas		Jornaleros		Otros	
	número	%	número	%	número	%	Número	%	número	%
1904	44.730	35,62	7.812	6,22	14.602	11,63	23.457	18,68	34.966	27,84
1905	64.343	36,33	11.741	6,63	20.865	11,78	33.841	19,11	46.327	26,16
1906	90.346	35,78	15.190	6,01	35.361	14,00	44.761	17,72	66.878	26,49
1907	60.770	29,16	14.498	6,96	29.250	14,04	44.840	21,52	59.045	28,33
1908	77.637	30,37	16.406	6,42	30.388	11,89	55.398	21,67	75.791	29,66
1909	69.977	30,28	17.350	7,51	29.916	12,95	42.794	18,52	71.047	30,75
1910	78.882	27,23	15.274	5,27	35.898	12,39	75.967	26,23	83.619	28,87
1911	41.494	18,38	12.629	5,59	28.212	12,50	71.634	31,73	71.803	31,80
1912	65.271	20,18	14.489	4,48	35.532	10,99	113.403	35,07	94.708	29,29

Fuente: Silva *et al.* (1990: 50).

<sup>91</sup> No se consideró a los jornaleros en la comparación, debido a que no queda especificado si su jornal es para desempeño en el campo o la ciudad. También, de la fuente, no queda clara la distribución cualitativa entre agricultor y jornalero, en caso de que este último fuera trabajador del campo, como generalmente se le atribuye.

Los tipos de oficios de los inmigrantes, así como su destino dentro de la Argentina, reafirma la premisa sobre las inmigraciones como factor que contribuyó a conformar un contingente de trabajadores urbanos. Cuestión que en Brasil no fue muy evidente. Las pocas estadísticas obtenidas al respecto, indican que para el caso de Rio Grande do Sul, por ejemplo, existió siempre un importante porcentaje de extranjeros calificados como agricultores. Más aún, se nota que en el tercer cuarto del siglo XIX el porcentaje de agricultores respecto del resto de profesiones y oficios llegados desde el extranjero es menor que incluso dicho porcentaje hacia fines del siglo XIX y principios del siglo XX (véanse Gráficos i y ii en Anexo), pudiendo ello estar relacionado con el auge ganadero del estado. Sin embargo, si bien esto no puede ser extrapolado a toda la realidad del país o de otros estados en particular, el de Rio Grande do Sul, además de poseer estas particulares características, en capítulos posteriores se observan otras que lo convirtieron en terreno fértil para la gestación del populismo en Brasil.

Además, cabe señalar que la cantidad de inmigración llegada a un país no es el único factor que ayuda a explicar el crecimiento de las urbes latinoamericanas. Esto se puede acelerar por otros factores demográficos relacionados con el desplazamiento de población nativa, como son aquellos procesos de migración del campo a la ciudad, así como el crecimiento propio de la población.

En este sentido, las condiciones más favorables respecto de la existencia de una cantidad importante de trabajadores urbanos, que facilitarán el surgimiento del populismo, ocurren, indudablemente, en Argentina, y secundariamente en Brasil, en el período de fines de siglo XIX y principios de siglo XX, considerando como contraste el caso chileno que sufrió procesos inmigratorios mucho menos intensos. En Venezuela, sin embargo, el fenómeno del populismo analizado acá y que ocurre hacia fines del siglo XX, no nace en un contexto de acelerada inmigración extranjera, aunque sí de una considerablemente consolidada urbanización<sup>92</sup>.

---

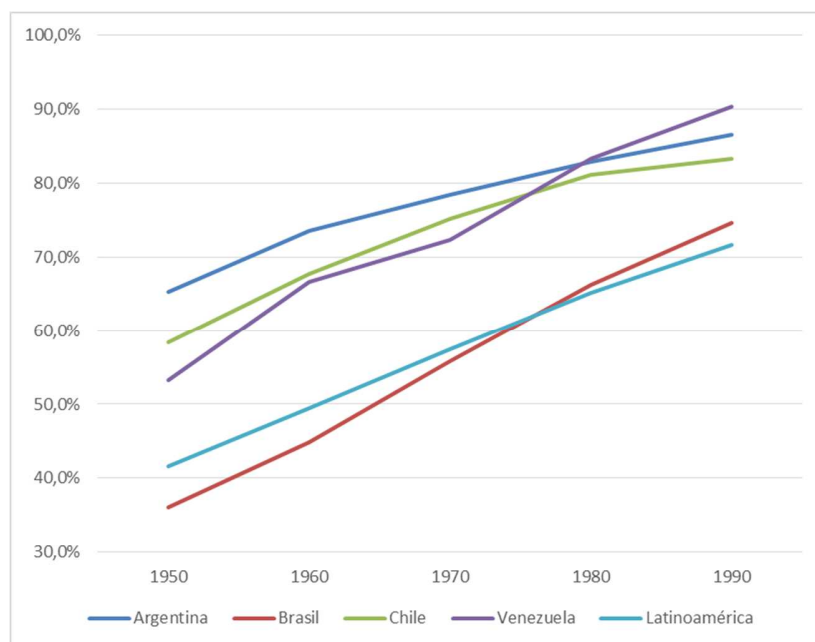
<sup>92</sup> La inmigración extranjera hacia Venezuela se concentró posterior a la Segunda Guerra Mundial, gracias al impulso realizado por Rómulo Bentancourt –al recibir a los desplazados de la guerra–, masificándose durante el régimen de Pérez Jiménez (1950-1958), durante el cual la inmigración europea alcanzó un carácter masivo, donde más de 332.000 personas, principalmente de origen italiana, se instaló en el país (Picouet *et al.*, 1986).

## B) Concentración Urbana

Hacia 1925, en conjunto con África y Asia, América Latina era la región con menor porcentaje de urbanización. Esta situación se mantiene hacia 1950 y 1975, sin embargo, el crecimiento de la urbanización en Latinoamérica aumentó de forma considerable en los años posteriores, acercándose a los niveles de Europa y Norteamérica. En torno al año 2000, la urbanización de América Latina es muy similar a la norteamericana y europea, esto es alrededor de tres cuartos de la población (Lattes, 1995: 214).

Ahora bien, si se realiza un contraste más fino entre continentes, se puede observar que el incremento urbano latinoamericano respecto del incremento de África, por ejemplo, en el período 1950-1975, es muy superior para América Latina (127,2 millones), obteniendo una diferencia de casi 60 millones más de personas por sobre el de África (71,3 millones), e implicando para la región cerca del 82,5% sobre el incremento total de la población. A diferencia de África, en que para dicho período el incremento urbano fue de 37,5% (Lattes, 1995: 218).

**Gráfico 3. Población urbana en países latinoamericanos con muy alta urbanización, 1950-2000**



Fuente: Lattes (1995: 221-222).

Nota: El país faltante en este grupo de alta urbanización es Uruguay.



En la región latinoamericana, los países con mayor urbanización son Argentina, Brasil, Chile, Venezuela y Uruguay. Sin embargo, su crecimiento urbano ha sido dispar desde la década de 1950 hasta el fin del siglo. El crecimiento del porcentaje de población urbana, tanto en Brasil como en Venezuela, ha aumentado considerablemente en la segunda mitad del siglo XX, a diferencia del de Chile y Argentina, países que han sufrido crecimientos mucho más moderados, sobre todo el primero, tal como señala el Gráfico 3 anterior.

Destaca de este grupo de países el caso de Venezuela en el período analizado, debido a que, si bien tuvo un nivel de urbanización superior a la media latinoamericana en 1950, sufre igualmente un fuerte crecimiento en las décadas siguientes, llegando a alcanzar la mayor urbanización del continente latinoamericano en el año 2000. En los distintos períodos decenales, desde 1950 hasta 2000, Venezuela es el país con la mayor tasa de crecimiento urbano entre los países con más alta urbanización de Latinoamérica, siendo solo superada por Brasil en el período 1960-1970 (véase Gráfico iii en Anexo). Además, Venezuela es un caso atípico de la subregión Andina –compuesta además por Colombia, Perú, Bolivia y Ecuador–, ya que para 1995, el país que lo seguía en urbanización era Colombia con solo un 72,7% de su población urbana (Lattes, 1995: 224).

El país con mayor índice de urbanización hacia final del siglo XX es Venezuela, precisamente, durante la aparición del chavismo. Asimismo, el país llanero es, para el grupo de los casos analizados, el que tiene mayor crecimiento vegetativo, es decir, en el que la tasa de natalidad es superior a la de mortalidad, sin tomar en cuenta efectos migratorios. El decrecimiento de la ruralidad es también el más alto (-3,3%), a pesar de que todos en la muestra caen, a excepción del caso de control de Chile que posee una tasa de crecimiento rural de 0,7 (véase Tabla vi en Anexo).

Los tres fenómenos populistas analizados ocurren en contextos de alta urbanización. Los dos primeros, el de Perón y el de Vargas, estarían siendo gatillados por los fuertes procesos migratorios. Este factor está más presente en Argentina, siendo sobre todo notorio en Capital Federal, y secundariamente en Brasil, que para la fecha en que surge Vargas era aún un país eminentemente centrado en su mundo agrícola. En el caso venezolano de Hugo Chávez, el

populismo emerge en el contexto de un país con la mayor urbanización del continente latinoamericano hacia fines del siglo XX, aunque ya desde mediados de siglo era considerado dentro de los países latinoamericanos con una muy alta urbanización (véase Gráfico 3 precedente)<sup>93</sup>. Así y todo, pareciera ser que la urbanización es una condición de contexto que –en conjunto con otras variables– contribuye a explicar el surgimiento del populismo. Sin embargo, la condición contraria, es decir, de alta ruralidad, no evitaría necesariamente la aparición de líderes populistas en otras regiones.

Esta concentración urbana puede ser también observada de forma más focalizada, es decir, desde la perspectiva de las grandes ciudades latinoamericanas o con más de 1 millón de habitantes, teniendo como referencia el año 1995. Esto indica que, para Argentina como porcentaje de la población total, existe un 35,9% de personas en 1950 ubicada solamente en tres ciudades: Buenos Aires, Córdoba y Rosario. En cambio en Brasil, a pesar de que hay 14 ciudades con más de un millón de habitantes (São Paulo, Rio de Janeiro, Belo Horizonte, Porto Alegre, Recife, Salvador, Brasilia, Fortaleza, Curitiba, Goiania, Campinas, Manaus, Santos y Belem), solo se ubican en estas el 15,5% de la población en 1950, aunque este porcentaje sube sustancialmente avanzadas las décadas, alcanzando en 1970 el 27,3%, y el 33,4% en 1995. En Venezuela en cambio, las ciudades clasificadas con más de 1 millón de personas en 1995 son más pequeñas que en los otros dos países, y para ese mismo año estas tres ciudades –Caracas, Maracaibo y Valencia– representan un 27,8% de la población total (Villa y Rodríguez, 1997: 34-36).

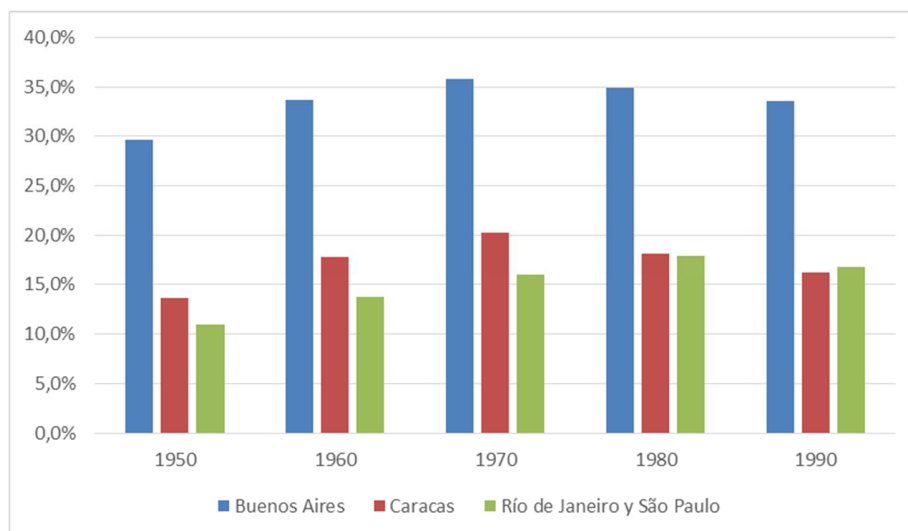
En general, existe una aguda concentración urbana de la población de América Latina, que para 1995 concentra en torno al 35% de la población, algo así como 141 millones de habitantes en solo 42 ciudades; y las metrópolis, es decir, aquellas ciudades con más de 4 millones de habitantes concentran en torno a 75 millones de personas. Proceso de concentración urbana que para 1950 consideraba solo a una metrópolis, a saber, Buenos Aires, pero que para 1995 ya engloba a 8 ciudades: Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Ciudad de México, Lima, Rio de Janeiro, Santiago de Chile y São Paulo (Villa y Rodríguez, 1997:

---

<sup>93</sup> Cuestión que le podría restar pertinencia explicativa de este factor en el caso de Chávez.

40). De las metrópolis de los tres casos centrales de estudio en esta investigación, se observan importantes índices de concentración urbana tal como indica Gráfico 4.

**Gráfico 4. Metrópolis como porcentaje de la población total del país, 1950-1990**



Fuente: Villa y Rodríguez (1997: 40).

Destaca, desde luego, el caso de Buenos Aires que es el que más concentra población. En él se congrega en torno a un tercio de la población total del país. Asimismo, a diferencia de Brasil, para Argentina –y en menor medida Venezuela– se observa una gran cantidad de población concentrada en una sola gran ciudad. Mientras que Brasil posee porcentajes de concentración similares a Venezuela, pero esto se da solo al sumar dos metrópolis: Río de Janeiro y São Paulo<sup>94</sup>.

<sup>94</sup> Ahora bien, si se cambia el foco de análisis, desde las grandes urbes hacia la población urbana que reside en ciudades de más de 20 mil habitantes, se pueden notar ciertos hallazgos. El primero de ellos, dice relación con que el número de ciudades de más de 20 mil habitantes en 1950, tanto para Argentina y Brasil, durante el segundo gobierno de Perón y el cuarto de Vargas es muy superior al de Chile y Venezuela por esos años. El segundo hallazgo es que el número de ciudades de más de 20 mil habitantes que existen en 1950 tanto en Argentina, Brasil y Venezuela aumenta considerablemente al año 2000. Así, para Argentina en el año 2000 se triplican las ciudades, y para Brasil el número de ciudades con más de 20 mil personas crece casi 9 veces. En el caso Venezolano el número de ciudades al año 1990 se más que cuadruplicó. Esto contrasta con el caso de Chile en que el número de este tipo de ciudades solo se dobló en medio siglo. Así pues, si las condiciones demográficas eran más propicias para el populismo en Argentina y Brasil en los años 50, lo eran para Venezuela en la década de 1990, durante la cual surge el liderazgo de Hugo Chávez. Al respecto véase la Tabla vii en Anexo. A pesar de que Brasil es el país más rural de los tres casos de estudio, y también respecto del caso de control que es Chile, la tabla anterior muestra cómo, de todas formas, el desarrollo de la urbanización en ciudades de gran tamaño es muy acelerado durante la segunda parte del siglo XX. Además ya para la década

## 2. CRISIS DEL MODELO ECONÓMICO DE LA OLIGARQUÍA Y LA GRAN DEPRESIÓN

Se mencionó anteriormente que la crisis del modelo económico de exportación primaria de los países latinoamericanos es uno de los factores explicativos estructurales para la instauración de un nuevo modelo económico populista. Sin embargo, esto requiere precisiones, en el mismo sentido como fue insinuado en el capítulo precedente. La evidencia indica que la novedad de dicho modelo no es total, toda vez que las economías latinoamericanas seguirán sosteniendo su economía en los años posteriores en base a la exportación de materias primas, pero incentivando la importación de bienes de capital para sostener la industrialización creciente. Ello supone una parcial continuidad respecto del modelo oligárquico exportador con transformaciones y preocupaciones crecientes por parte del Estado. Tanto a nivel de la promoción industrial con sustitución de importaciones –como elemento central para el desarrollo– y, desde luego, con una dependencia estructural insoslayable respecto de las economías centrales (Sunkel y Paz, 1970: 335).

En este sentido, y en el marco de un tipo de economía dependiente y abierta al intercambio internacional, se reconoce un punto de inflexión que afecta de forma importante la estabilidad y viabilidad del modelo oligárquico: la Gran Depresión; que gatilla en crisis las latentes contradicciones económicas y políticas del modelo hegemónico hasta esos años. Lo cual, finalmente, puede explicar la posterior intervención estatal tanto populista como desarrollista, en el contexto de países fuertemente exportadores de materias primas. Como señalan Sunkel y Paz (1970: 356):

Para comprender dicha mecánica es importante destacar que el proceso de sustitución se inicia como consecuencia de la crisis, con la pérdida de dinamismo del modelo de crecimiento hacia fuera. En estas circunstancias, las fuerzas políticas y sociales internas, y las influencias ideológicas y políticas externas, presionan sobre el Estado para que éste procure niveles de ocupación y condiciones de vida más elevados.

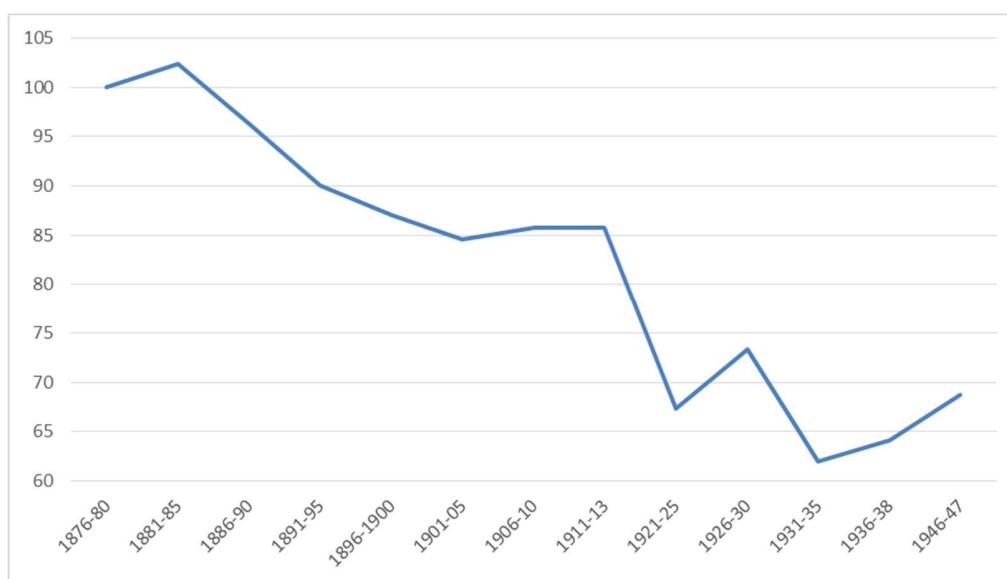
---

del apogeo del varguismo contaba con un número de ciudades lo suficientemente importantes en cuanto a concentración poblacional, que superaba en número a los demás casos acá analizados.

La Gran Depresión solo vino a acentuar el deterioro en la relación entre manufacturas y producción primaria, la cual evidentemente perjudica a Latinoamérica gracias a su fuerte centralidad de la producción en estos últimos productos. Siguiendo la formulación de Prebisch (1986: 482):

desde los años setenta del siglo pasado, hasta antes de la Segunda Guerra Mundial, la relación de precios se ha movido constantemente en contra de la producción primaria (...) En los años treinta, sólo podía comprarse el 63 por ciento de los productos finales de la industria que se compraban en los años sesenta del siglo pasado, con la misma cantidad de productos primarios; o sea que se necesitaba en término medio el 58,6 por ciento más de productos primarios para comprar la misma cantidad de artículos finales de la industria. La relación de precios se ha movido, pues, en forma adversa a la periferia.

**Gráfico 5. Relación entre productos primarios y artículos finales de la industria, 1876-1947**



Fuente: Prebisch (1986: 483). Cantidad de artículos finales de la industria que se pueden obtener con una determinada cantidad de productos primarios. El valor 100 corresponde al período 1876-80.

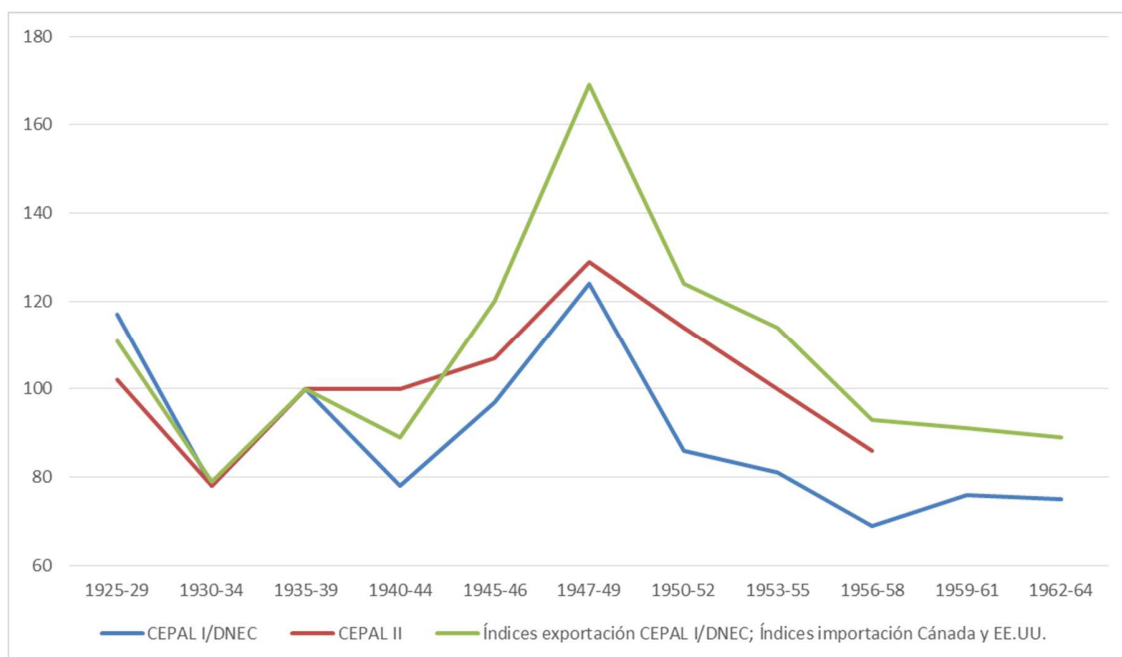
El Gráfico 5 ejemplifica la situación en el contexto mundial, en que se produce un deterioro sostenido del valor de los productos primarios en relación a las manufacturas, a pesar de que en ciertos períodos –como los de guerra– se producen leves mejoras de los productos primarios. Y es que en el contexto de una Latinoamérica primario exportadora, en dos de sus países más grandes, la Gran Depresión gatilló sendas crisis en sus economías oligárquicas.

Por un lado, la economía argentina que, como en toda América Latina era una de tipo principalmente agropecuario, estaba centrada en el comercio internacional de sus materias primas, que a lo largo de 40 años se mantuvo centrada exclusivamente en dichos productos y algunos subproductos derivados de estas, sufriendo solo leves cambios al diversificar suavemente los tipos de materias que importaba. Entre todo esto, lo más destacable es el aumento de productos agrícolas como los cereales (maíz y otras semillas), y la disminución de la exportación de animales vivos, la carne de oveja congelada y las carnes saladas o charqui, a pesar de que la carne de vacuno refrigerada aumentó hacia el período 1925-1929 (véase Tabla viii en Anexo).

Por contrapartida, la que sí sufre cambios importantes es la estructura de las importaciones, disminuyendo las materias primas y bienes intermedios, los cuales caen sostenidamente a lo largo de las tres primeras décadas del siglo XX. Los bienes de consumo mantienen su porcentaje relativo dentro del total de las importaciones, destacándose el aumento de los bienes durables como automóviles, respecto de los no durables. Los bienes de capital, sin embargo, aumentan de forma significativa, más de 10 puntos porcentuales en 29 años (véase Tabla ix en Anexo).

En este contexto, en que la estructura de las exportaciones esencialmente se mantiene centrada en las materias primas, principalmente agropecuarias y sus derivados, mientras que las importaciones varían hacia una mayor participación relativa de los bienes de capital y los bienes de consumo durables, es importante analizar qué ocurre respecto de los términos del intercambio, es decir, la relación de los precios entre importaciones y exportaciones en la Argentina. Sucintamente, el deterioro de este indicador señalaría que, al mantenerse estable los volúmenes exportados, la capacidad de compra de bienes y servicios importados se vería disminuida a medida que avanzan los años.

**Gráfico 6. Términos del Intercambio Externo de Argentina, 1925-1964**



Fuente: Díaz (1970: 88). El valor 100 corresponde al período 1935-39.

Respecto de los términos del intercambio externo, Díaz (1970: 88) presenta tres series, obtenidas de diferentes fuentes, pero las cuales indican una tendencia similar. Como se observa en el Gráfico 6, la serie denominada como CEPAL I/DNEC (Dirección Nacional de Economía y Combustibles)<sup>95</sup>, la serie denominada como CEPAL II<sup>96</sup>, y la serie basada en los datos de exportación de CEPAL I/DNEC respecto de los datos de importación de Canadá y EE.UU., poseen resultados similares. El aspecto más claro tiene que ver con la caída de los términos del intercambio ocurrida en el período 1930-1934, en donde se padecen las fuertes consecuencias de la Gran Depresión. Sin embargo, ya a partir del período 1940-1944 se nota una recuperación importante, gracias a la Segunda Guerra Mundial, donde Argentina sin duda contribuyó a suplir de materias primas agrícolas a los países en guerra. Sobre todo acá se nota que la tercera serie presentada muestra un panorama aún más favorable, ya que está construida con datos de importaciones de Canadá y EE.UU., países que pudieron importar menor cantidad de bienes hacia Argentina durante la guerra. Pero, una vez recuperada la paz

<sup>95</sup> Esta serie está basada en la información proporcionada por la revista *Desarrollo Económico*, para los años 1925 a 1949; por Ruth Kelly en su artículo denominado "Foreign Trade of Argentina and Australia, 1930 to 1960", aparecido en *Economic Bulletin for Latin America*, para los años 1950 a 1954; y por la DNEC, en su *Boletín de Estadísticas*, diversos números, para los años 1951-1965.

<sup>96</sup> Esta serie está construida en base a documentos de la CEPAL *Inflation and Growth* volumen 3, apéndice estadístico.

mundial, los términos del intercambio caen considerablemente, incluso a niveles peores de los medidos durante el quinquenio posterior a la Gran Depresión, como muestra la serie CEPAL I/DNEC.

Brasil por su parte, en el período 1925-29, posee una estructura de exportaciones centrada en los productos agropecuarios, propia del período de desarrollo hacia afuera de la oligarquía. En efecto, aún se observan muy bajos niveles de manufacturas para el período –que con posterioridad tenderían a aumentar en términos absolutos, aunque su importancia relativa no variaría considerablemente–, los cuales se focalizan en los textiles en base al algodón (véase Tabla x en Anexo).

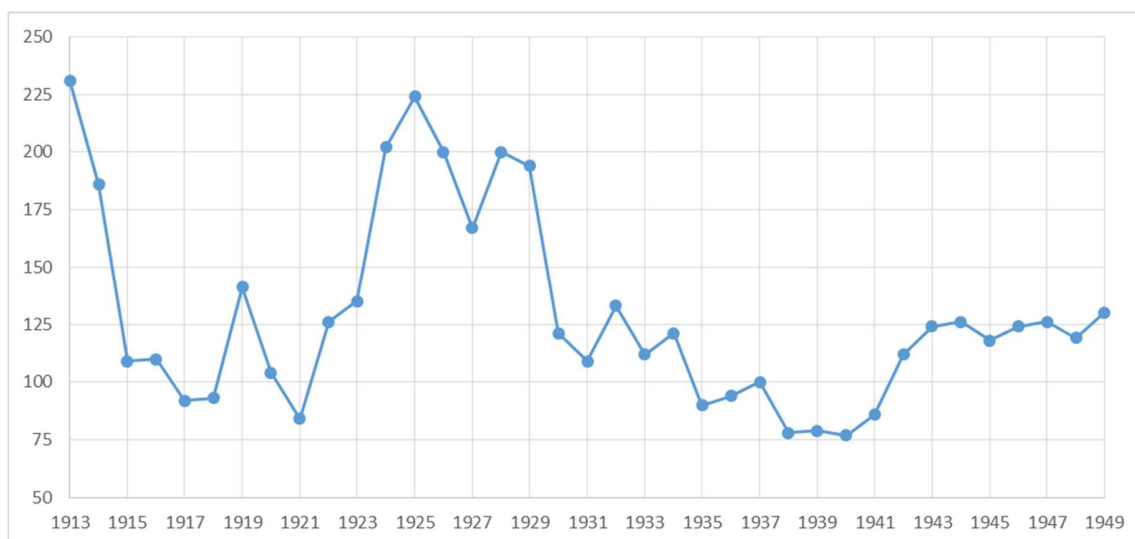
En relación a la importación de bienes no durables de consumo –alimentos y textiles– y bienes intermedios y combustibles –productos químicos y farmacéuticos; combustibles y lubricantes; y papel, cartón y pulpa–, se observa un importante nivel de importación de productos alimentarios hacia Brasil, a diferencia de los combustibles y demás bienes intermedios. Ello indica una importante carencia en la producción alimentaria de Brasil, cuestión que incluso viene heredada del mismo período colonial, y una producción industrial aún no lo suficientemente desarrollada durante la *República Velha*. No obstante, esto cambia considerablemente durante el período de 1945 a 1949, en que cae la importación de bienes no durables de consumo y sube la de productos químicos, combustibles y papel (véase Tabla xi en Anexo).

Al igual que en Argentina, las exportaciones en Brasil, para el período final de la oligarquía o *República Velha* eran esencialmente agropecuarias, cuestión que, como se mencionó, no variaría demasiado durante el populismo de Vargas. En cambio, la importación de bienes intermedios o de combustibles para el desarrollo de la industria crece de forma importante durante el período populista, en comparación al período anterior. El Gráfico 7 a continuación presenta una serie con la variación de los términos del intercambio durante la primera mitad del siglo XX en Brasil. En dicho gráfico se pueden observar los deteriorados términos del intercambio durante la Primera Guerra Mundial, pero luego, para comienzos de la década de 1920, este indicador se recupera hasta, precisamente, la crisis de 1929, marcando con ello la



retirada del régimen oligárquico en Brasil. Posteriormente, durante toda la década de 1930, los términos del intercambio se deterioran sostenidamente hasta que, en 1940, alcanza un valor de 77, en contraste al año previo a la Gran Depresión que se ubicó en un valor de 200.

**Gráfico 7. Términos del Intercambio Externo de Brasil, 1913-1949**



Fuente: CEPAL (1951: 211). El valor 100 corresponde al año 1937.

### 3. LA ANTESALA DEL CHAVISMO: AJUSTES NEOLIBERALES

A diferencia de Argentina y Brasil, la emergencia de la experiencia paradigmática del populismo en Venezuela surge hacia fines del siglo XX. La crisis económica de la oligarquía, tal como se ha descrito hasta acá, tiene relación con el deterioro sostenido en el tiempo del intercambio comercial, siempre en desmedro de los países que basan su comercio internacional en la producción primaria, particularmente agropecuaria, como es la sostenida por los dos casos antes expuestos. Sin embargo, un país primario exportador como Venezuela es un caso singular en la región, esto porque su producción está basada en el petróleo y no en productos derivados del agro, cuestión que sin duda atrae fuertemente la atención de los capitales extranjeros. En efecto, como se indicó en el capítulo precedente, la asociación entre

capital extranjero y oligarquía nacional es contra la que el populismo concentra sus ataques, y en Venezuela esto es particularmente relevante<sup>97</sup>.

---

<sup>97</sup> Aunque también es posible observar una relevancia para los casos argentino y brasileño. Se ha considerado que la explotación del 'pueblo', no sólo es realizada por coterráneas 'oligarquías', sino que también por fuerzas extranjeras 'imperialistas', es decir, empresas y capitales extranjeros que se posicionan, principalmente en el sector extractivo.

En Argentina, la inversión extranjera –como porcentaje del PIB y como montos de inversión extranjera privada– que venía en ascenso desde principios de siglo XX, cae por la Primera Guerra Mundial y luego sostenidamente a partir de la Gran Depresión, acentuándose luego durante los gobiernos peronistas de mediados de siglo (véanse gráficos iv y v en Anexo). La formación de capital fijo bruto como porcentaje del PIB presenta similares tendencias (véase Tabla xii en Anexo), reconociendo un deterioro importante durante la Primera Guerra Mundial, y una recuperación posterior durante la década de 1920 hasta llegada la Gran Depresión, donde cae a los niveles de la primera mitad del veinte. De esos montos de capital fijo, el porcentaje que es controlado, directa o indirectamente, por extranjeros sube desde comienzos de siglo hasta antes de la Primera Guerra Mundial, alcanzando, en 1913, casi la mitad del capital fijo en el país. Asimismo, es importante notar que los *stocks* de inversión extranjera privada de largo plazo provienen, principalmente, de Gran Bretaña, quedando Estados Unidos muy rezagado hasta antes de la Gran Depresión (véase Tabla xiii en Anexo). En efecto, la distribución porcentual de las inversiones de capital extranjero, según países, muestra el predominio británico en Argentina, en donde su importancia relativa, si bien cae desde 1910 a 1931 en más de 10 puntos porcentuales, aún controla más de la mitad del capital extranjero. Por contraparte, EE.UU. que en 1910 apenas representaba el 1% del capital extranjero, en 1931 ya alcanzaba el 20% (véase Gráfico vi en Anexo). En la Tabla xiv en Anexo –a pesar de la diferencia de las dos fuentes–, se destaca que los capitales británicos se concentran en infraestructura y maquinarias para transporte en ferrocarriles, en cambio los norteamericanos tienen que ver más bien con bonos gubernamentales, lo que da cuenta de la diferente naturaleza entre ambos tipos de capitales.

En Brasil, durante los últimos 5 años de la *República Velha*, la producción nacional tanto de metal como de cemento era excesivamente baja respecto de la importación de estas mismas materias primas. Por otro lado, el costo de importaciones de bienes de capital era inclusive mayor que el de materias primas. En los períodos posteriores al dominio de la oligarquía brasileña, como es desde de 1930 a 1945, durante la primera presidencia de Vargas, las importaciones tanto de bienes de capital como de materias primas no alcanzaron los niveles anteriores, mientras que la producción doméstica de materias primas como cemento y metal creció sostenidamente. Claro es que también aquella caída posterior a 1930 estuvo marcada por la Gran Depresión y no solo debido a la implementación del régimen corporativista de Vargas. No obstante, con la llegada de Dutra a la presidencia, un militar con clara inspiración liberal en lo económico, nuevamente las importaciones de capital crecen, la producción doméstica de materias primas aumenta sostenidamente, mientras que la importación de estas comienza a caer. Se observa, pues, en el período a partir de 1930 una transformación sustancial de la economía brasileña, en que la producción local de materias primas para la construcción era casi inexistente durante el período oligárquico, a una situación hacia mediados del siglo XX en que la producción local de estas materias primas superaba con creces a las importadas. Lo que sí siempre representó gran parte de las importaciones fueron los bienes de capital, los cuales, a pesar de un descenso y oscilación durante el gobierno de Vargas, estuvieron siempre presentes (véase Gráfico vii en Anexo). Respecto del origen de los capitales, en los años previos a la Independencia, probablemente anterior incluso a la mudanza de la monarquía Braganza a Brasil, existía un monopolio comercial de Portugal sobre Brasil, pero ya desde comienzos del siglo XIX esta situación comienza a cambiar: la corona británica había integrado a Brasil dentro de su área de dominio comercial (Haber y Klein, 1997: 246-247). Y desde luego, en el período oligárquico imperial de Brasil, los principales dueños del capital extranjero provenían de Reino Unido y, secundariamente, de Francia y EE.UU. (véase Gráfico viii en Anexo).

Aunque la importancia de EE.UU. en el comercio internacional crece, hasta antes de la Gran Depresión el país que dominaba los flujos de capital hacia América Latina era el Reino Unido. Y gran parte de estos flujos, que se dirigían hacia los denominados países periféricos, llegaban a Argentina (22%) y Brasil (11%), y fuera de Latinoamérica, el principal país receptor de este capital fue India (20%). Por otro lado, el caso de control chileno, si bien en el contexto latinoamericano es el cuarto país en importancia en recepción del capital británico, apenas alcanza un 4% del total de los flujos hacia la periferia, los cuales, como es bien sabido, se concentraron en las zonas del norte de Chile atraídos por la minería salitrera (véase Tabla xv en Anexo).

Previo a la crisis de la deuda en América Latina –que vendría a ser una condición similar a la de la Gran Depresión para los casos de Argentina y Brasil–:

El proyecto modernizador hegemónico en Venezuela a partir de la segunda posguerra se sostuvo, con cierto éxito, en la *distribución* desde el Estado de los ingresos petroleros. Eso significó por una parte un innegable mejoramiento de las condiciones de vida de amplios sectores sociales, y por la otra un umbral de expectativas de ascenso y mejoramiento social, acompañado de la idea de un estado protagónico en la realización de esas expectativas (López y Lander, 2001: 231-232).

A esta característica distintiva del desarrollo en Venezuela previo a la crisis, se le suma aquel aspecto relacionado, como es la alta fluctuación de los precios del petróleo, que ha llevado a que la proyección de los ingresos fiscales sea altamente compleja (véase Gráfico ix en Anexo). Si a ello se le agrega la importancia que ha adquirido el sector productivo basado en el petróleo, principalmente a partir de 1986, y que en 1990 ya alcanza una representación de más de un cuarto del PIB venezolano (véase Gráfico x en Anexo), se deduce que los ingresos y su crecimiento económico se tornan altamente inestables. Por otro lado, esta mayor importancia del Petróleo en el PIB, colisiona, a su vez, con la caída de los ingresos del petróleo, también a partir de 1990 (véase Gráfico xi en Anexo), lo cual ciertamente contribuye a este sostenido deterioro de la economía venezolana.

En este sentido, la tesis que se postula para el caso venezolano, es que los fracasos económicos, derivados, en esencia, de los modelos de ‘ajuste neoliberal’<sup>98</sup> que buscaron solucionar las fluctuaciones económicas y que se implementaron hasta bien entrada la década de 1990, han provocado, finalmente, un deterioro sostenido de los niveles de vida y un aumento considerable de la desigualdad. Aspectos económicos estructurales que finalmente gatillan, en gran medida, la emergencia de la experiencia populista venezolana.

---

En conclusión, la presencia tan alta de capitales extranjeros –en clara asociación con los intereses oligárquicos–, y en especial británicos, durante el período de crisis de la oligarquía, tanto en Argentina como en Brasil, ha tendido a sustentar aquella aversión fundamental en la que se basa la respuesta populista a la crisis de la oligarquía, siendo este rechazo en el que se sustenta parte importante de la política económica del populismo.

<sup>98</sup> Los así definidos ‘ajustes neoliberales’ se caracterizan por componerse de tres pilares: a) ‘estabilización’, entendidas como medidas correctivas de corto plazo para reducir la inflación, el déficit del gobierno, y el desequilibrio de la balanza de pagos; b) ‘ajuste estructural’, entendida genéricamente como la liberalización de la economía para volverla más competitiva; c) ‘privatización’ promovida por razones de eficiencia productiva (Stahler-Sholk, 1994: 59).

López y Lander (2001) reconocen tres ‘paquetes de ajuste económico’ que fueron aplicados por las presidencias de tres jefes de Estado venezolanos, que fueron Jaime Lusinchi (1984-1989), Carlos Andrés Pérez (1989-1993) y Rafael Caldera (1994-1998). El gobierno de Lusinchi fue el encargado de reaccionar a la crisis financiera por la deuda externa, que afectó con fuerza a toda América Latina.

En 1983, la combinación de este estancamiento con los retardos del gobierno de Herrera Campins para refinanciar la deuda externa, junto con la situación desatada en los mercados financieros internacionales por la declaración de moratoria del gobierno mexicano, profundizaron una salida masiva de capitales del país. Ello desembocó en la decisión gubernamental de devaluar el bolívar por primera vez en más de veinte años e ir a un sistema de cambio preferencial. El *viernes negro* del 18 de febrero de 1983, día en que se decretó la devaluación, marca de manera simbólica el despertar en la conciencia colectiva de la dimensión y gravedad de la crisis económica por la cual atraviesa el país (López y Lander, 2001: 234).

Frente a esta crisis, el gobierno de Lusinchi reacciona con la implementación de un paquete más bien ‘heterodoxo’, esto porque aún mantiene un rol activo del Estado en la inversión y regulación económica, no se vincula abiertamente al Fondo Monetario Internacional (FMI), además que le confiere mayor prioridad a la distribución y el empleo que en el caso de los programas de ajuste ortodoxos. Las medidas, a su vez, que Lusinchi impulsó en febrero de 1984, consistían en: a) devaluación del bolívar; b) medidas compensatorias no salariales para aminorar el impacto de ajuste salarial de los trabajadores; c) continuación y profundización del sistema administrado de precios que ya se venía ejecutando desde el gobierno anterior, lo que a la larga significó una liberalización de los precios de bienes y servicios; d) aumento de los precios de la gasolina y derivados de hidrocarburos; e) no aumentar la burocracia estatal y reducir los gastos de funcionamiento del Estado. (López y Lander, 2001: 234-235). En definitiva, podría aseverarse que si bien en su tiempo el paquete de medidas parecía bastante duro, más bien era uno que mezclaba elementos diversos, como fue la privatización y transferencia de ciertas actividades y servicios, pero por otro lado se llegó a proponer un tercer sistema de propiedad denominado ‘sistema económico de cooperación’, con el objetivo de extender el acceso a la propiedad empresarial de los trabajadores, de modo de equilibrar las relaciones de propiedad. Para 1986, Lusinchi decretó nuevamente una devaluación del

bolívar, gracias a la nueva caída que sufrieron los precios del petróleo ese año (López y Lander, 2001: 235-236).

Un segundo paquete de medidas fue aplicado durante la presidencia de Carlos Andrés Pérez, y el cual se enmarca propiamente en el contexto de medidas económicas ortodoxas. Esto porque, entre otros aspectos, fue producto de un acuerdo firmado con el FMI:

El programa de ajuste macroeconómico del gobierno de Pérez se resume fundamentalmente en la Carta de Intención firmada por éste con el FMI en Washington, el 28 de febrero de 1989. Los contenidos principales de estas políticas fueron: a) restricción de gasto fiscal; b) restricciones de los niveles salariales; c) unificación del régimen cambiario con paridad unitaria y flotante; d) tasas de interés flexibles y aumentos inmediatos de los niveles de las tasas de interés reguladas, eliminación de los créditos a tasas preferenciales para la agricultura, establecimiento de las tasas de interés por el mercado tan pronto como fuera posible; e) reducción de los controles de precios; f) postergación de programas de inversión de baja prioridad; g) reducción de los subsidios; h) introducción de un impuesto sobre la venta; i) ajuste de las tarifas de los bienes y servicios provistos por empresas estatales, incluyendo los precios de productos petroleros en el mercado interno; j) reforma en el régimen comercial, incluyendo la eliminación de la mayor parte de las excepciones de las tarifas y liberalización de las importaciones; k) levantamiento de las restricciones de las transacciones internacionales, incluyendo la inversión extranjera y la repartición de dividendos (López y Lander, 2001: 237).

Y a pesar de que se implementaron programas sociales para reducir el efecto de las medidas sobre el grueso de la población, el gobierno de Pérez sufrió de una de las más grandes resistencias a las medidas, por una gran parte de los venezolanos, en lo que se conoció como el ‘sacudón’ o Caracazo, en febrero y marzo de 1989. A ello, se le deben sumar los golpes de Estado de 1992 de febrero y noviembre, el primero liderado por Hugo Chávez, que terminaron por debilitar definitivamente el gobierno de Pérez y sus políticas de ajuste ortodoxas (López y Lander, 2001: 238).

Como ‘Agenda Venezuela’ se conoció el tercer paquete de ajuste económico acá señalado, y se aplicó durante la presidencia de Caldera.

La *Agenda Venezuela* buscó superar, como lo hizo el *paquete* de Pérez en su momento, una crisis coyuntural, en este caso bancario-financiera, y comenzar a echar las bases de una economía abierta de mercado. Si bien las políticas sociales contenidas en la *Agenda* se presentan de manera más elaborada y cuidada que en el *Gran Viraje* de Pérez, dándoseles más relevancia que en él, la implementación de ambos significó para el país la aplicación previa de un programa de ajuste macroeconómico bastante similar (López y Lander, 2001: 239).

Las medidas que se tomaron, en el mes de abril de 1996, consistieron en un amplio avance de la liberalización –de tarifas de servicios públicos, del sistema cambiario, de los controles de precios– y privatización –empresas públicas e inicio de la discusión para extenderlo al sistema de pensiones–, junto con incrementos del precio de los hidrocarburos en el mercado nacional, de la tasa de interés, del porcentaje del impuesto a pagar por las ventas, y un plan de protección del sistema bancario. En este contexto la protección social considerada fue solo de tipo residual, es decir, focalizada en aquellos sectores más desposeídos. Además de ello, el gobierno de Caldera entregó los lineamientos esenciales en siete políticas –a) fiscal, b) monetaria, c) cambiaria, d) financiera, e) de oferta y competitividad, f) laboral y de empleo, g) social y de inversión en capital humano–, las cuales apuntaban a la austeridad y la contracción del gasto. A lo anterior se le puede sumar la política de ‘apertura petrolera’, la cual se inició en el gobierno anterior, aunque alcanza su ápice bajo la administración de Caldera, y que consistió en, básicamente, un traspaso de las actividades petroleras del sector público al privado, incluso en aquellas áreas medulares (López y Lander, 2001: 239-240). En consecuencia, se pueden registrar dos efectos de estas medidas, a nivel de la inversión extranjera y a nivel de los indicadores sociales.

Por el lado de la inversión extranjera, se observa que tuvo un gran estímulo en suelo venezolano, ya que para el año 1984 –durante el cual se aplica el primer paquete de ajuste durante el gobierno de Lusinchi– era de -6% como porcentaje de la formación de capital fijo bruto. En 1989, año en que se aplicó el segundo paquete de ajuste, fue de 6%, y en 1996, cuando Caldera aplicó el tercer paquete, se alcanzó el 15% como porcentaje de la formación de capital fijo bruto. Ya para 1997, dos años antes de que asumiera Chávez como presidente, se alcanza una cifra record de 28%, pero que posteriormente cae sostenidamente hasta llegar a -4% en 2009 (véase Gráfico xii en Anexo). De igual forma, la inversión extranjera directa

en Venezuela cae considerablemente a partir del año 1998 (véase Tabla xvi en Anexo). En efecto, en dicho año, probablemente se sumó el hecho de la elección de Chávez como presidente, además de la Crisis Asiática; para 1999 se le puede agregar la Asamblea Constituyente; y para 2002 la recesión internacional que tiene su origen en las caídas de las economías argentina y turca, motivándose con ello sucesivas disminuciones en la inversión extranjera directa en Venezuela (Sosa y Ramírez, 2007: 81). Sin embargo, a diferencia de lo ocurrido en el primer cuarto del siglo XX con el impacto de la Gran Depresión en América Latina, hacia fines de siglo en Venezuela los flujos no son principalmente británicos, sino que se concentran en orígenes españoles, para los capitales financieros de la banca, pero también hoteleros y telecomunicacionales. En efecto, la participación de la banca extranjera en el total de los activos de la industria pasó de menos del 10% en 1995, a cerca del 40% en 2010 –no obstante, en 2010 cae a menos del 20%–, siendo además este el principal origen del capital invertido en la región en este rubro, congregando el 42% de todas las inversiones entre 2003 y 2011 (CEPAL, 2011: 128-129). Mientras que los capitales norteamericanos se dirigen más bien a la explotación del petróleo venezolano, mediante lo que se conoce como convenios operativos, además de otros rubros como alimentos, farmacéuticas, telecomunicaciones, entre otras (Sosa y Ramírez, 2007: 82-83). Los índices de inversión directa extranjera según país de origen, desde dos años anteriores a la llegada de Chávez y durante los primeros años de su gobierno, son –como es de esperar– predominantemente de capitales estadounidenses y españoles (véase Gráfico xiii en Anexo). En el caso particular de la industria petrolera, esta participación del capital extranjero tiene su germen en la ya mencionada ‘apertura petrolera’ que se inició entre 1986 y 1987, es decir, un regreso a la modalidad de las concesiones –la industria petrolera había sido previamente nacionalizada en 1975–, ya sea a través de los señalados convenios operativos o mediante las asociaciones estratégicas, para luego, en 1992, comenzar a ingresar mayor cantidad de capitales extranjeros a la industria. Ya en 1994 cuando Luis Giusti López se convierte en presidente de PDVSA (Petróleos de Venezuela Sociedad Anónima), bajo la presidencia de Rafael Caldera, este proceso de privatización se afianzó de forma decidida<sup>99</sup>.

---

<sup>99</sup> Según se consigna en la Página Web de PDVSA.

Desde la perspectiva del populismo, este proceso da cuenta de la asociación de una oligarquía petrolera local con potencias extranjeras –lo que comúnmente se denomina ‘imperialismo’– como causantes de los deterioros de los niveles de vida de población. La presencia del segundo de estos elementos se evidencia en los ya señalados capitales y empresas extranjeras, incluso transnacionales –que en 2008 son nacionalizados en el sector de la Franja del Orinoco, siendo perjudicadas empresas norteamericanas como ExxonMobil y ConocoPhillips, entre otras–; mientras que la ‘oligarquía petrolera’ es principalmente identificada con la amplia gerencia de PDVSA que tuvo su auge durante la presidencia del propio Giusti previo a la llegada de Chávez. Esta élite más exclusiva de la ‘gerencia’, se conecta con una ‘clase privilegiada’ más amplia –sectores altos y medios venezolanos– que incluye a profesionales y trabajadores de la estatal petrolera. Y son estos sectores con los que Chávez se enfrenta durante el paro petrolero del año 2002 –se revisará en el Capítulo 11–, definiéndose así un nuevo tipo de oligarquía no terrateniente. Lander (2004: 29) señala que “El conflicto entre sectores de la gerencia de Pdvsa y el gobierno de Chávez tiene en esta reforma petrolera impulsada [posterior al paro y golpe de Estado de 2002] por el actual gobierno su principal causa. Desmontar el “Estado dentro de Estado” y hacer transparente “la Caja Negra” significa reducir prebendas y privilegios, pero sobre todo restar cuotas de poder”. Esto puede ser interpretado como que aquellos sectores previamente privilegiados de la alta gerencia pública, que conformaban una novedosa forma de oligarquía asociada a la industria petrolera nacional con tendencia a la privatización, se convierten en el nuevo portador del costo social para el populismo.

Mientras que, por el lado de los efectos sobre los indicadores sociales, los programas de ajuste neoliberales tuvieron consecuencias altamente negativas, pudiendo observarse que los programas de ajuste de Lusinchi, Pérez y Caldera, en 1984, 1989 y 1996, respectivamente, provocaron, solo en algunos indicadores muy leves mejoras que luego se revirtieron y continuaron su empeoramiento –porcentaje de trabajadores informales, y distribución del ingreso–, o bien, simplemente, otros indicadores siguieron su sostenido empeoramiento –ingreso real, porcentaje de hogares pobres, y hogares en extrema pobreza–, lo que queda en evidencia en la Tabla 4 siguiente.



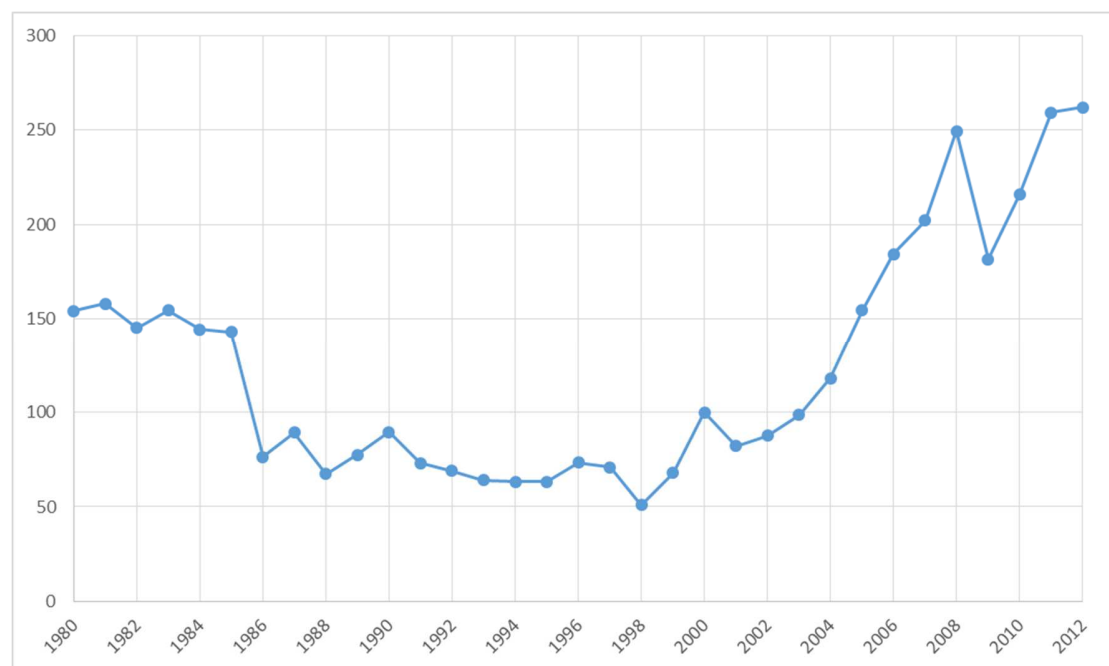
**Tabla 4. Trabajo informal, ingreso real y pobreza de ingreso en Venezuela, 1979-1997**

Año	Trabajadores informales (%)	Ingreso anual real (Bolívares de 1984)	Pobreza de Ingresos		
			Razón entre el 5% más rico y el 5% más pobre	Hogares pobres (%)	Hogares en extrema pobreza (%)
1979	-	42.162	41,58	-	-
1980	-	39.051	38,29	17,65	9,06
1981	-	36.300	36,20	22,82	10,71
1982	-	33.333	35,43	25,65	12,14
1983	41,30	33.192	40,01	32,65	14,95
1984	41,80	29.009	39,08	37,58	18,90
1985	40,30	28.814	43,63	34,77	16,60
1986	41,50	26.811	42,79	38,88	17,67
1987	38,70	26.924	42,63	38,84	16,61
1988	38,10	25.008	39,65	39,96	16,77
1989	39,70	19.630	40,46	44,44	20,07
1990	41,50	19.518	39,42	41,48	18,62
1991	40,50	20.835	38,77	35,37	16,01
1992	39,60	22.019	39,77	37,75	15,52
1993	40,60	20.636	36,00	41,37	16,81
1994	49,31	17.866	42,45	53,65	27,52
1995	48,44	16.868	42,20	48,20	22,95
1996	48,63	14.377	48,56	61,37	35,39
1997	47,47	15.299	53,11	48,33	27,66

Fuente: López y Lander (2001: 243-247).

También se observa otra situación más de contexto que configura la crisis en Venezuela, que tiene que ver con los términos del intercambio externos, los que sufren un importante deterioro a partir de la crisis de comienzos de los años ochenta, al igual que lo ocurrido en los años 30 en América Latina, y que fue señalado como la antesala del peronismo; y que, a su vez, tuvo que sufrir el varguismo en sus primeros años. Si en 1984 el indicador mostraba un valor de 144, ya en 1986 el valor alcanzaba 76. Para la aplicación del segundo paquete de ajuste en 1989 el valor de los términos del intercambio era de 77, y en el año de aplicación del tercer paquete, 1996, este valor fue de 73. Finalmente, su valor más bajo se alcanza el año anterior que Chávez llega al poder (51), casi un tercio de lo que era durante el gobierno de Lusinchi (véase Gráfico 8).

**Gráfico 8. Términos del intercambio externo en Venezuela, 1980-2012**



Fuente: United Nations Conference on Trade and Development. Disponible en: <http://unctadstat.unctad.org>.  
El valor 100 corresponde al año 2000.

Efectivamente, si bien Perón y Vargas, por un lado, y Chávez por otro, emergen en tiempos históricos diferentes, y se enfrentan a también a diferentes problemas sociales, se puede considerar cierta similitud en los casos. Tanto Vargas como Perón reaccionan a la que acá es posible denominar como crisis ‘clásica’ de la oligarquía. Perón, que adquiere relevancia política durante la Revolución de 1943, se planteó como oposición al régimen conservador de Ramón Castillo –y en general a todo el período de la ‘década infame’–; y Vargas fue figura importante en la Revolución de 1930 que depuso a la oligárquica *República Velha* y su denominado sistema político exclusivista ‘*café com leite*’, que hacía referencia a los dos estados dominantes en la política de Brasil: el de São Paulo, donde dominaba la producción de café; y el de Minas Gerais donde la crianza de ganado y su producción de leche era parte importante de la actividad productiva. Dichos países no solo entraron en crisis política, como se detallará en los capítulos 10 y 11, sino que también padecieron fundamentalmente una crisis económica, como ya fue descrito. Cuestión similar ocurrió previo a la emergencia de Chávez, donde el denominado Pacto de Punto Fijo, que gatilló la alternancia en el poder entre Acción Democrática y COPEI (Comité Político Electoral Independiente), también venía

padeciendo un deterioro económico muy acentuado que se extendió por varios años, frente al cual el liderazgo de Chávez pudo congregarse el descontento ciudadano.

#### 4. LA EQUIFINALIDAD DE CONDICIONANTES SIMILARES<sup>100</sup>

La principal observación que surge del análisis de las causas económicas y demográficas del populismo es que, a pesar del desfase histórico entre los tres casos centrales analizados, existen variables no idénticas que explican resultados similares y que tienden a suprimir aquella distancia temporal. Y si bien no sucede una igual emergencia de causas durante los años noventa previo al surgimiento de Chávez, respecto del primer cuarto del siglo XX<sup>101</sup>, sí al menos se puede postular una equifinalidad de las causas, con cierto grado de semejanza, que precedieron a dichos regímenes.

Se partió afirmando que el populismo es un fenómeno urbano, razón por la cual, tanto para Brasil como para Argentina, países que padecieron de los más importantes flujos inmigratorios de América Latina entre parte del siglo XIX y comienzos del XX, se dieron condiciones especialmente favorables de concentración urbana, las que sumadas a la crisis oligárquica, favorecieron la emergencia del populismo. En Venezuela en cambio, sus procesos inmigratorios no se dieron con tanta fuerza como Argentina o Brasil en la época reseñada, sino que estos ocurrieron posteriormente a la Segunda Guerra Mundial. No obstante, al observar otros indicadores relacionados con la urbanización, se observa que Venezuela, en particular, se convierte en el país más urbanizado de América Latina hacia fines del siglo XX, aunque esta sea ya una situación generalizada en Sudamérica.

Por ello que la concentración urbana por sí sola no es una variable lo suficientemente explicativa, sino que debe estar acompañada por una serie de otras condicionantes políticas y económicas. Respecto de los factores económicos, tanto los regímenes de Argentina como Brasil surgen de las crisis oligárquicas de principio de siglo, en que economías primario-

---

<sup>100</sup> Lo que se conoce como equifinalidad o causación múltiple está bien definido en Goertz y Mahoney (2012: 58-60).

<sup>101</sup> Y ni siquiera entre Perón y Vargas, ya que poseen cerca de 15 años de desfase.

exportadoras padecen el deterioro sostenido de sus términos del intercambio, lo cual se potencia con la Gran Depresión de 1929. Por otro lado, en el último cuarto del siglo XX, una economía petro-exportadora como la venezolana padece de una situación precedente muy particular, pero que contribuiría a producir similares consecuencias. Cae sostenidamente el precio internacional del petróleo desde principios de la década de 1980, mientras que en su PIB el petróleo adquiriría mayor relevancia. Esto provocó reacciones de política económica que tendieron hacia una creciente liberalización de la economía, en concordancia con las recomendaciones de los organismos internacionales como el FMI, lo cual, lejos de detener el deterioro de los indicadores macroeconómicos, los empeoró: los términos del intercambio externo venezolano cayeron en 1998 a un tercio de lo que eran en 1984, año que se aplicó el primer paquete de ajuste estructural de la economía. Las consecuencias en los indicadores sociales fueron aún más nefastas: aumentaron los trabajadores informales, así como la pobreza y la extrema pobreza de ingresos, mientras que el ingreso real cayó considerablemente. Esta situación de liberalización acompañada de resultados de empobrecimiento nacional en Venezuela, es la que se asemeja a la crisis económica clásica de la oligarquía.

Finalmente, el tema de la propiedad del capital siempre ha estado presente de diversas maneras en el diagnóstico de las crisis económicas y políticas latinoamericanas. En efecto, el proyecto sociopolítico del populismo ha considerado un obstáculo al capital extranjero, de igual forma como el proyecto cepalino en sus comienzos fundamenta su interpretación sobre la crisis mediante el capital extranjero, aunque bajo una fórmula no tan maniquea como el primero.

Por ejemplo, realzan la contraposición de los intereses nacionales con los del capital extranjero, y con los de los países desarrollados con los cuales se mantuvieron tradicionalmente lazos económicos; asimismo, reconocen y destacan la existencia de confrontación y conflicto entre los grupos sociales que componen las alianzas populistas –coincidentes a grandes rasgos con los grupos beneficiarios del proyecto cepalino– y los grupos opuestos a las mismas, vinculados al latifundio y a los intereses comerciales y financieros del viejo esquema primario-exportador (Rodríguez, 1993: 12-13).

Pero, a diferencia de la oligarquía observada en Argentina y Brasil que estaba radicada en la industria agrícola y en las grandes propiedades rurales, y el capital extranjero se posicionaba en el sector del transporte –especialmente por parte del Reino Unido–; en el caso venezolano este capital es principalmente bancario de origen español y petrolero de origen estadounidense, mientras que el lugar que poseía la oligarquía tradicional lo ocupan las gerencias de PDVSA –aunque también los empresarios de otros rubros, como las telecomunicaciones– que son sostenidas por los partidos hegemónicos del Pacto de Punto Fijo.

La equifinalidad, pues, está en que causas distantes temporalmente cumplen funciones análogas provocando el surgimiento de fenómenos esencialmente similares, que se definen a lo largo de la investigación como populismos. Ello no quiere decir que posean rasgos idénticos los unos con los otros, sin embargo, las particularidades de cada caso se entienden acá más bien como matices de un mismo tipo de fenómeno. Por ejemplo, Dutra y Ferrari (2012) sostienen que la política económica de Perón difiere de la de Vargas, ya que el primero se centró en la distribución de la riqueza –acá definido como centrado en el gasto–, mientras que el segundo se centró más en la industrialización, esto porque debido a la fecha en que emergió Perón (1943), el proceso de urbanización de su país ya había comenzado, mientras que Vargas debió centrarse en la urbanización, debido a que hacia 1930 Brasil era un nación eminentemente rural. Esta diferencia en el énfasis de la política económica estaría determinada, según los autores, por el período histórico en que surge cada liderazgo. Sin embargo, lo que acá se plantea es que si bien estos matices son irrefutables, el análisis de los amplios procesos sociales indica que ambos fenómenos, el varguismo y el peronismo, lo que hicieron fue desafiar y derrocar a la oligarquía y su hegemonía sobre los diversos ámbitos de la sociedad, y que en este capítulo el análisis se centró en presentar su aspecto económico. Además, basado en la evidencia, el postulado puede extenderse al chavismo, donde ya no se trataba tanto de una oligarquía tradicional sino de una élite conformada por líderes vinculados al Pacto de Punto Fijo.

## **CAPÍTULO X. SITUACIÓN ESTRUCTURAL PRECEDENTE (II): LA CRISIS DE INSTITUCIONALIDAD DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS**

La crisis política de la oligarquía consistió en una derrota de la democracia censitaria administrada desde los gobiernos posindependentistas –muchas veces alternando con dictadores–, que se extendieron durante el siglo XIX por toda América Latina. Sin embargo, la noción de democracia con sufragio censitario no es lo suficientemente comprehensiva como para describir la situación oligárquica y su consecuente crisis. En efecto, además del ensanchamiento de la propia participación electoral, es también la aparición de nuevos actores sociales, junto con la pérdida de hegemonía de otros durante el régimen oligárquico, los que se convierten también en un síntoma de la crisis. En ello consistió, pues, la aparición del movimiento obrero y el aumento de visibilidad de grupos de clases medias que aspiraban a ser las nuevas élites dirigentes. Mientras que, por otro lado, los grupos hegemónicos dentro de la oligarquía comienzan a perder relevancia –o se transforman–, como ocurrió, por ejemplo, con la Iglesia Católica. Además de ello, la crisis de la política oligárquica se puede observar también fuera del ámbito de los actores sociales en pugna, es decir, en el funcionamiento mismo del sistema de partidos políticos que tiende a debilitar su nivel de institucionalización. A continuación, este capítulo se centra en los aspectos institucionales de dicha crisis oligárquica, que son: el ensanchamiento del padrón y aumento de la participación electoral, junto con la crisis de institucionalización del sistema de partidos políticos, para luego, en el Capítulo 11, estudiar en profundidad la reconfiguración de las hegemonías entre los actores sociales.

### **1. ENSANCHAMIENTO DEL PADRÓN Y AUMENTO DE LA PARTICIPACIÓN ELECTORAL**

Una forma inicial a través de la cual observar cómo ciertos aspectos oligárquicos conservan su importancia e influencia política o la pierden, es, por un lado, mediante los niveles de potencial participación electoral, que lo indica el padrón de electores, y, por otro, a través de la participación electoral efectiva. Es por ello que, a la vez que el sistema electoral se abre

hacia una creciente participación, abandonando las restricciones censitarias, la oligarquía comienza a perder relevancia en la vida política. Por el contrario, si las fuerzas oligárquicas mantienen dichas restricciones vigentes, su supervivencia y hegemonía se mantendrá por varios años más. Se ha argumentado que un requisito para el surgimiento del populismo es un electorado masivo, toda vez que el populismo es esencialmente un fenómeno que tiene una raíz electoral –a pesar de los orígenes autoritarios del mismo en muchos casos–, en el cual nuevos estratos sociales emergen en la escena electoral como son las clases bajas urbanas, principalmente.

En el contexto latinoamericano, el electorado argentino estuvo marcado por una temprana apertura. El debilitamiento del modelo censitario hacia uno con mayor participación comienza con la denominada Ley Sáenz Peña de 1912, que empezó a debatirse en el Congreso ya en 1910, y logró, entre otros aspectos, avances importantísimos para el ensanchamiento del padrón electoral: el voto sería secreto, libre, individual y obligatorio. Esta ley tuvo, entonces, un importante impacto en las diferentes organizaciones partidistas, logrando la modificación de sus cartas orgánicas, con el objeto de conformar estrategias coherentes de competencia electoral bajo estas nuevas reglas del juego.

Así, hacia fines de la década del treinta, como se observa en la Tabla xvii del Anexo, en la Argentina podía votar cerca del 20% de la población. Sin embargo, la apertura plena del sistema electoral no ocurriría sino hasta que se incorporara la mujer al voto. Ello sucede en 1947 gracias a políticas peronistas que, a pesar de ser promovidas incluso desde principios de siglo, es con la injerencia que tuvieron Juan Domingo y Eva Perón, que se promulga la Ley N° 13.010. En su primer artículo estipula que “las mujeres argentinas tendrán los mismos derechos políticos y estarán sujetas a las mismas obligaciones que les acuerdan o imponen las leyes a los varones argentinos”. El artículo 2 hace referencia a las mujeres extranjeras, que obtienen los mismos derechos que los hombres extranjeros, y el artículo 3 se refiere al proceso del trámite legal-electoral que se iguala en el hombre y en la mujer. Si bien el aumento de la participación electoral parece estar inequívocamente referido al aspecto del liderazgo, es decir, a la efervescencia política provocada por la figura de Perón y su esposa, razón por la cual se explican los bajos porcentajes de abstención en las elecciones de 1951 y

1954, el factor institucional relacionado con la Ley del voto femenino complementó a que la participación electoral en Argentina se incrementará a más del doble en la elección de 1951 respecto de la elección anterior, pasando de 17,04% en 1948 a 43,04% en 1951.

En Brasil, durante el primer mandato de Vargas, se crea en 1932 el Código Eleitoral. Este introdujo el voto secreto, femenino y la representación proporcional de los cargos, además creó la Justiça Eleitoral, órgano encargado de los procesos eleccionarios. En ese mismo año se convoca a votar para la Asamblea Constituyente de 1933, donde, además de los diputados electos por la forma prescrita en el Código, otros 40 representantes serían electos por los sindicatos reconocidos legalmente, asociaciones profesionales y de funcionarios públicos. Lo que se observa, sin embargo, no es un inmediato impacto del Código Eleitoral en la siguiente elección, ya que el porcentaje de electores registrados entre 1914, durante la *Republica Velha*, y 1933 con motivo de la Asamblea Constituyente, es poco más de 250 mil. No es sino hasta las elecciones parlamentaria y presidencial de 1945, que el número aumenta considerablemente, alcanzando cerca de 7 millones y medio de personas, esto significa un paso de 5,03% en 1914 a un 16,23% en 1945 (véase Tabla xviii en Anexo). Lo mismo ocurre con la participación electoral efectiva, donde se observa un aumento que va desde un 2,4% en la presidencial de 1914 a 15,87% en la parlamentaria de 1950. En este sentido, el impacto del varguismo, y la centralidad electoral en los populismos –a pesar de que Vargas no se somete a una elección presidencial hasta 1950– es notoria: primero, ampliando de forma importante el padrón electoral una vez que las reformas electorales que impulsa se asimilan en la población; y segundo, aumentando la participación electoral gracias a la figura de su liderazgo, detonando así la crisis oligárquica en Brasil.

Sin embargo, los intentos reaccionarios se hacen sentir con el establecimiento del *Estado Novo*, que a diferencia del período que comienza con la Revolución de 1930, se caracterizó por la influencia de algunos sectores conservadores. El ‘*nova ordem do País*’ que anuncia Vargas es una constitución plenamente autoritaria –definida como ‘a la polaca’ en referencia a las Cartas de los regímenes de Europa Central–, se suspenden las elecciones libres, se abolen los partidos, se suprime la Justiça Eleitoral, entre otros aspectos. Se establece una supremacía de la ‘organización’ por sobre la ‘participación’ en donde los poderes legislativos



actúan más bien como consejos administrativos, y donde particularmente, durante el Estado Novo, el Congreso no será convocado más (Ansaldi, 2002: 31). No obstante, este período dura hasta el 29 de octubre de 1945, día en que Vargas es depuesto por un golpe de Estado, marcando el comienzo de una nueva etapa eleccionaria.

El Decreto Ley 7.586 de 1945 o Ley Agamenón –en nombre del Ministro de Justicia Agamenon Magalhães– reguló el restablecimiento de los procesos eleccionarios en el país. Esta redemocratización electoral, que reinstala la Justiça Eleitoral, nombra como presidente a Eurico Gaspar Dutra y a la Asamblea Nacional Constituyente en 1945. Así, promulgada la nueva Constitución el 18 de septiembre de 1946, la Cámara de Diputados y el Senado Federal comienzan a funcionar como el Poder Legislativo. No obstante estos avances normativos en materia electoral, el padrón electoral para las elecciones de 1945, 1945 y 1947, se mantiene constante, e incluso disminuye en 1947, en cuanto al número de electores registrados. En efecto, por contrapartida, es posible sostener la tesis de que los populismos, particularmente cuando los líderes como Vargas encabezan un período eleccionario, el ensanchamiento del padrón electoral –apoyado con normativa propicia y bajo ciertos contextos institucionales determinados– padece notables cambios, como es posible de observar entre las elecciones presidenciales –aquellas de tipo más personalistas– de 1950 y de 1945. Así, se pasa de cerca de 7 millones y medio de electores en 1945 a casi 11 millones y medio en 1950. Más aún, si se observa la diferencia entre la participación electoral durante la *República Velha* a principios de siglo, en la presidencial de 1906, que alcanzaba el 1,44%, en 1950 llega al 15,89% para la elección que gana Vargas, esto es de 294.401 a 8.254.989 votos emitidos.

Luego, en el período que va de 1950 a 1966, los electores registrados aumentan sostenidamente. Sin embargo, en 1954, año en que Vargas se suicida, hubo un 26,5% de electores registrados respecto de la población total, lo cual es muy similar al 26,29% de electores registrados respecto de la población total en 1966. Ello indica que los aumentos explosivos de los electores registrados se pueden ubicar solo cuando Vargas estuvo presente –de alguna forma– en esas elecciones.

A diferencia de Argentina y Brasil, la apertura del electorado en el caso de control chileno es tardía (véase Tabla xix en Anexo), donde por cierto no se registra la aparición de un líder populista que transmitiera un legado político. Esta comienza recién a principios de 1950, alcanzando poco más de 17% de electores registrados respecto de la población, con un 12% de participación, en las elecciones parlamentarias de 1953, lo que equivale a más de 1 millón de votantes. En 1949, cuando se promulga la ley de sufragio femenino, el electorado apenas alcanzaba a 592.000 personas, correspondiente a solo 9,93% del electorado, porcentaje que era muy similar al de fines de la década de 1910. Posteriormente, sin embargo, comienza a consolidarse el ensanchamiento del sufragio con las leyes de 1958 y 1962 que permitieron aumentar la participación electoral. Las primeras garantizaban secreto de votación, liberando a electores cautivos, y las segundas obligaban estrictamente a la inscripción de votantes en los padrones electorales. Esto se ve reflejado en las elecciones posteriores a cada ley. En efecto, mientras en 1961 estaban registrados 1.858.980 electores, en 1965 ya eran 2.910.615. Cabe señalar, que aquellos períodos donde se producen cambios significativos en la relación entre electores registrados y población total es cuando surge electoralmente el liderazgo populista de Carlos Ibáñez en 1952 –más de 7 puntos porcentuales de aumento–, y cuando irrumpe Eduardo Frei Montalva en 1964 –con más de 11 puntos porcentuales de aumento–, ambas elecciones con muy bajos niveles de abstención.

Venezuela, en cambio, ya con el bien establecido Pacto de Punto Fijo a comienzos de los años setenta alcanzaba un 42% (1973) de electores registrados y un 40,53% (1973) de participación respecto de la población total. Porcentaje inferior al de Argentina en 1973, tanto para electores registrados como para participación –en torno a 20 y 14 puntos porcentuales, respectivamente–, pero superior al de Brasil en 1974 –en casi 10 puntos y en más de 12 puntos porcentuales, respectivamente para electores registrados y participación electoral. Para esta fecha, Venezuela ya contaba con elecciones libres, voto femenino, voto secreto y para mayores de 18 años, gracias al Estatuto Electoral promulgado el 19 de septiembre de 1947, alrededor de una década antes de que comenzara el Pacto de Punto Fijo. Sin embargo, varias décadas más tarde, con la llegada de Chávez al poder es que aumenta de forma más fuerte el ensanchamiento del padrón electoral, de 43,33% y con una participación de un 27,87% en 1993, a más de 60% en la década del 2010 y con porcentajes de participación

electoral en torno al 50% (véase Tabla xx en Anexo). Si bien la Constitución de Chávez no altera los principios básicos del sufragio universal, sí entrega mayores capacidades a los ciudadanos y electores. Y es que ello está a la base tanto de las reformas electorales instauradas por el chavismo, las que dicen relación con mayor capacidad decisoria y contralora de parte de la ciudadanía, como señala el Artículo 70 de la Constitución: “el referendo, la consulta popular, la revocatoria del mandato, las iniciativas legislativa, constitucional y constituyente, el cabildo abierto y la asamblea de ciudadanos y ciudadanas cuyas decisiones serán de carácter vinculante, entre otros”. Este complemento a la pura democracia representativa, junto con el tránsito de una mera inscripción voluntaria del electorado hasta antes del año 1999, a una automática de los electores, hace que el padrón electoral a partir, especialmente, del año 2004 aumente de forma importante. Con la llegada de Chávez, Venezuela adopta una especie de régimen mixto de inscripción, conservando la inscripción voluntaria como “modalidad provisional que debe transitar en definitiva hacia el procedimiento de inscripción automática” (Garrido, 2010: 9). Esto queda refrendado en el capítulo III de la Ley Orgánica de Procesos Electorales, donde se indica, particularmente en su Artículo 36, que si un elector no ha sido incorporado automáticamente al padrón electoral: “podrá interponer una solicitud de incorporación ante el órgano competente, dentro de los quince días siguientes a su publicación”.

Como se puede apreciar, para los casos con liderazgos populistas fuertes, los factores institucionales que estimulan el ensanchamiento del padrón electoral están condicionados en gran medida por la presencia del líder. En efecto, ellos son particularmente los casos de Perón y Vargas, donde los aumentos respecto de los períodos oligarcas anteriores son muy significativos. En cierta medida, en Venezuela ocurre un fenómeno similar. Especialmente a partir de 2004, con el ya mencionado registro electoral automático que se complementa con la posibilidad de solicitud voluntaria de inscripción en caso de quedar fuera del primer registro. Así, desde 1998, la última elección que aún no incorporaba los cambios de la institucionalidad electoral promocionadas por Chávez, hasta 2013, la elección en que es elegido presidente Nicolás Maduro, el padrón electoral aumentó en casi 8 millones de personas.

Los aumentos en la posibilidad de sufragar que representa el número de electores inscritos, indica a su vez el paso de una democracia con sufragio censitario hacia una democracia con participación electoral plena o al menos hacia una con mayor participación, debilitando con ello, institucionalmente, a los bastiones oligárquicos presentes en los mecanismos de elección de los representantes. Y si bien en Venezuela no se podía hablar de democracia censitaria durante el puntofijismo, lo que sí es claro es que con la llegada de Chávez se amplió considerablemente la posibilidad de ejercer el derecho a votación, lo cual también contribuyó a que desapareciera completamente el bipartidismo existente.

Cabe señalar también que la participación electoral, por lo general, sube y la abstención electoral baja en períodos en que los líderes populistas están presentes en las elecciones. Esto, sin embargo, no tiene que ver puramente con la institucionalidad electoral, sino que está condicionado por la movilización que llevan a cabo los grupos políticos.

## 2. REGULARIDAD DE LOS MODELOS DE COMPETENCIA: VOLATILIDAD ELECTORAL

El populismo, al rescatar aspectos coloniales del *ethos* latinoamericano, recobra primordialmente la preeminencia de la presencia, que se traduce básicamente en una preponderancia del liderazgo por sobre la institución. En este sentido, un indicador de ello es el grado de institucionalización que logran las organizaciones partidistas, y que contribuye a explicar tanto su surgimiento como su desarrollo.

Como fue indicado en el Capítulo 8, el grado de institucionalización de un sistema de partidos comprende cuatro dimensiones: (1) regularidad de los modelos de competencia entre partidos políticos, (2) vínculos entre ciudadanos e intereses organizados, (3) legitimidad concedida por los ciudadanos y los intereses organizados a los partidos y al sistema electoral, y (4) tipo de organizaciones partidistas. A continuación, se analizan las tres primeras dimensiones, mientras que la última no será estudiada en este capítulo. Sin embargo, cabe subrayar que el liderazgo personalista es en parte la antítesis de una organización partidista bien estructurada y de la institucionalidad en general, de modo que el análisis del liderazgo populista –

desarrollado en la Parte III de este texto– correspondería también a una observación inversa de dicho cuarto indicador de institucionalidad partidista.

La primera dimensión, regularidad de los sistemas de competencia entre partidos políticos, puede ser cuantificada mediante el índice de volatilidad electoral (VE), siendo su fórmula de cálculo la siguiente:

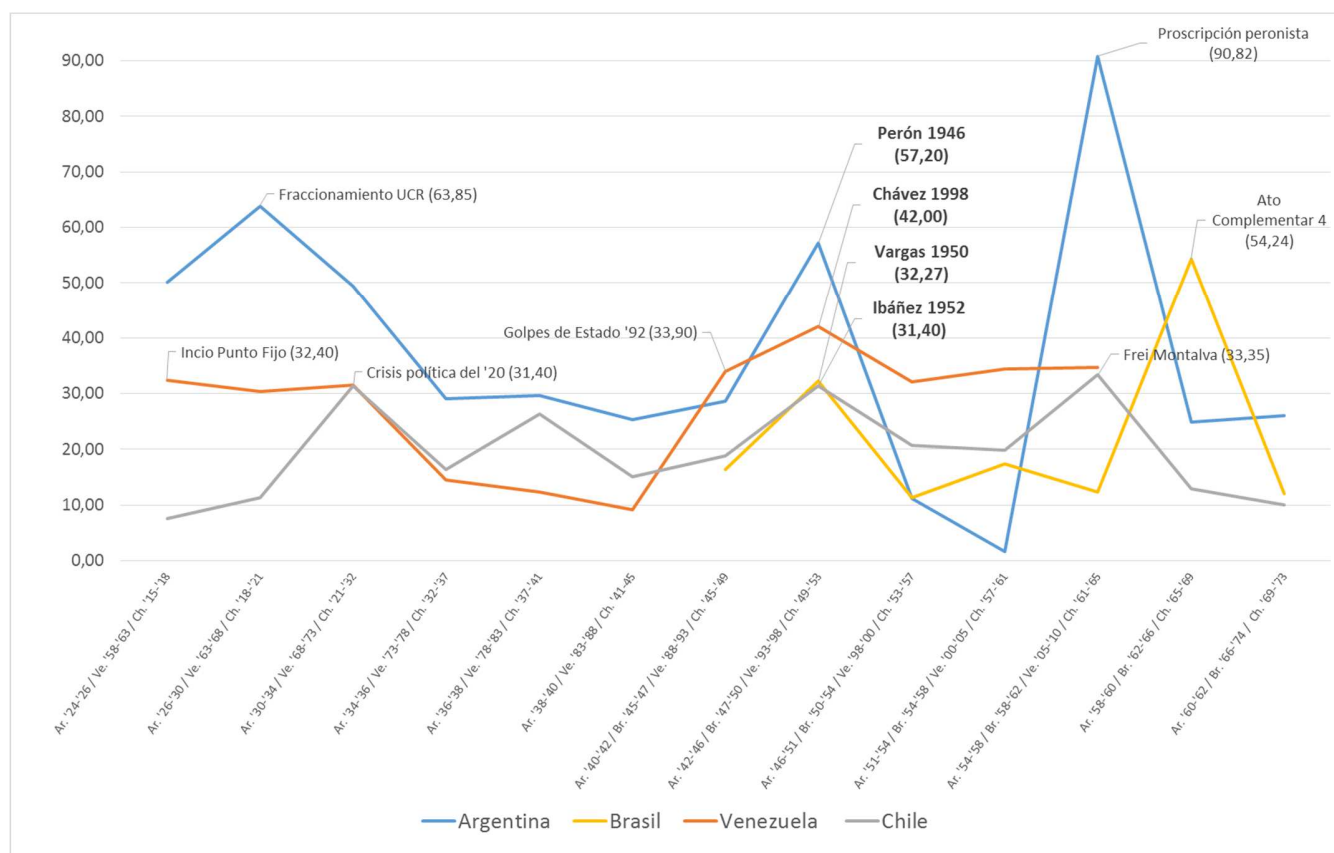
**Ilustración 3. Índice de Volatilidad Electoral**

$$VE = \frac{|A_1 - A_2| + |B_1 - B_2| + \dots |n_1 - n_2|}{2}$$

Fuente: elaborado en base a Reniu (2009).

Este índice se obtiene mediante la resta entre el porcentaje obtenido por un partido en una elección y el porcentaje obtenido por el mismo partido en la elección siguiente. Por la sumatoria absoluta de las diferencias de cada partido, dividida por dos, se obtiene la VE. En la ilustración anterior,  $A_1$  representa la votación de uno de los partidos políticos del sistema en una determinada elección, y  $A_2$  corresponde la votación de ese mismo partido en la elección siguiente. En la medida que dicho valor sea menor, más institucionalizado se podría calificar un determinado sistema de partidos políticos. El aumento de la VE, que es afectada por la migración del electorado entre partidos, puede ser motivada por diversos factores, como son aquellos de tipo institucional –por ejemplo, cambio en la normativa electoral que afectan a la configuración del sistema de partidos–, sin embargo, lo que acá se busca presentar es que dentro de los factores que provocan que la VE aumente, se encuentra la aparición electoral del líder populista. Es decir, en términos generales, su sola aparición política, no necesariamente compitiendo por el cargo de presidente, tiende a asociarse con un aumento de la VE, inclusive en aquellas elecciones que menos personalizadas se tornan, como son las legislativas, que a su vez fueron las utilizadas para construir las series de volatilidad electoral (véanse tablas xxi, xxii, xxiii, xxiv en Anexo). Nótese además que se han ordenado las series del Gráfico 9 teniendo como punto de referencia comparativo la primera elección en que aparece políticamente el líder populista.

**Gráfico 9. Volatilidad Electoral de Argentina (1926-62), Brasil (1945-74), Venezuela (1958-2010) y Chile (1915-73)**



Fuente: elaboración propia en base a tablas xxi, xxii, xxiii, xxiv en Anexo

Para el caso argentino, tres son los períodos en que aparecen los mayores índices de VE. Dos de ellos tienen que ver propiamente tal con cuestiones vinculadas a la participación o no de un partido importante en las elecciones. El primero de estos ocurre entre las elecciones para Diputado Nacional de 1926 y 1930, donde en 1926 la Unión Cívica Radical (UCR) se abstiene de participar –al igual que para la elección presidencial de 1931 no considerada en la construcción de este índice de VE–, lo cual produjo que muchos votantes de la tradicional UCR se dividieran entre diversos otros partidos también con denominaciones ‘UCR’, y dentro de los más importantes estuvieron UCR Av. de Mayo y UCR Unificada. También cabe señalar que en la elección de 1930, además de volver la UCR a la competencia electoral obteniendo un 41,57% de los votos, el Partido Conservador dobla su votación, alcanzando un 10,34%. La proscripción del peronismo fue otro suceso que marcó una altísima VE del sistema de partidos argentino entre las elecciones de 1954 y 1958. Ello ocurrió el 9 de marzo

de 1956, fecha en que la dictadura de Aramburu, la que había derrocado el segundo gobierno de Perón, instauró el Decreto Ley N° 4.161, provocando que el peronismo, luego de haber logrado un 62,52% de los votos en 1954, en 1958 estuviera impedido de competir. A la vez que dos de los partidos post-peronistas, uno denominado Partido Laborista y otro Unión Popular, no lograran capitalizar el legado electoral de Perón, alcanzando exiguas votaciones. Mientras que, probablemente, mucho del electorado peronista migró hacia la UCR Intransigente que –también en ausencia de la UCR tradicional– alcanza un 44,79% de la votación. Y, dicho sea de paso, esta misma agrupación política es la que en 1958 apoyaría en su elección al presidente Frondizi.

A diferencia de los dos *peaks* anteriores en que la volatilidad electoral se debe a factores relacionados con la abstención y proscripción partidista, el tercer período de alta VE en Argentina es aquel que comprende el surgimiento político y electoral de Perón, es decir, en que el factor explicativo se relaciona más bien con la emergencia de un liderazgo. Este período, que comprende a las elecciones de 1942 y 1946, vio el ascenso de Perón al poder junto con el golpe militar de 1943 que derrocó al presidente conservador Castillo. Así, desde su posición como Secretario del Trabajo cimentó su fuerte vínculo social con los trabajadores y los sindicatos. De este modo, de no existir el peronismo en 1942, en el año 1946 este alcanza un 52,4% de los votos, mientras que la oposición denominada como Unión Democrática – formada por la UCR, el Partido Socialista, el Partido Demócrata Progresista y el Partido Comunista, más una serie de otros grupos políticos menores– obtiene un 42,51%. Por su parte, los conservadores desaparecen electoralmente: la alianza conservadora denominada Concordancia, de haber obtenido un 9,52% en 1942, en 1946 no existe, y el Partido Demócrata Nacional que en 1942 obtuvo 33,26% de votación, en 1946 obtiene tan solo 1,53%.

De forma similar a Argentina, en Brasil la volatilidad electoral más alta es la registrada entre las elecciones de 1962 y 1966 (véase Gráfico 19). En 1964, tras un golpe de Estado es derrocado el presidente petebista João Goulart, quien accedió a la presidencia luego de la renuncia de Jânio Quadros –era su vicepresidente–, la dictadura que se inicia instaura una serie de leyes que alteran sustancialmente la configuración de los partidos políticos hasta ese

momento existentes. Con el Ato Institucional nº 2, del 27 de octubre de 1965, en su Artículo 18: “Ficam extintos os atuais partidos políticos e cancelados os respectivos registros”. A esta proscripción, y gracias a las propias disposiciones del Ato Institucional nº 2, que en su Artículo 30 indica que, por motivos de seguridad nacional, el presidente de la república podrá instaurar *atos complementares* que corresponderán a decretos-ley sobre diferentes materias, de modo que se dicta se dicta el Ato Complementar nº 4, del 20 de noviembre de 1965, que “Dispõe sobre a criação, por membros do Congresso Nacional, de organizações que terão atribuições de partidos políticos, enquanto estes não se constituem, e dá outras providências”. Ello tuvo como consecuencia que surgiera un bipartidismo, entre una organización proclive al régimen, denominada *Aliança Renovadora Nacional* (ARENA), que fue compuesta también por militantes del anterior *Partido Social-Democrata* (PSD) y de la *União Democrática Nacional* (UDN). Mientras que la dictadura permitió la existencia de una oposición en forma partidaria, aunque con menor representación legislativa que la oficial ARENA, que se denominó *Movimento Democrático Brasileiro* (MDB), el cual se compuso principalmente por anteriores militantes del *Partido Trabalhista Brasileiro* (PTB) y otras agrupaciones políticas menores. La incidencia de esta disposición legal sobre la competencia electoral brasileña fue tan alta, que con la sola proscripción de los partidos menores –y no solo sobre los más importantes como el PSD, la UDM o el PTB– que llegaron a alcanzar 49,66% en las elecciones de 1962, y que ya para la elección de 1966 no existían, se provocó un aumento considerable de la VE.

El otro período de alta VE es el que va de la elección de 1947 a la de 1950. En esta última elección para diputados, se distingue la influencia del liderazgo de Vargas en la VE. Además en ese año comienza su tercer gobierno, y el primero elegido democráticamente como presidente. Acá se observa que la conservadora UDN disminuye considerablemente su votación en 1950 respecto de 1947, esto es de 34,27% a 16,99%, al igual que el PSD, sumado a un leve aumento de la votación del PTB. Lo que es destacable en este período es el importante aumento de la votación de una serie de partidos menores, que en su conjunto pasaron de 2,37% en 1947 a 24,53% en 1950. Pero a diferencia del peronismo, la emergencia electoral de Vargas si bien altera de forma significativa la VE, no lo hace a través de su principal partido que lo apoyaba, el PTB, sino que más bien mermando al partido conservador



más fuerte, la UDN, sumado a este importante aumento de votaciones de diversos partidos menores.

Pasando a Venezuela, si descontamos la presencia de Chávez en la historia electoral pos-perezjimenista, se observa solo un período de alta VE, que está ubicado en el inicio del Pacto de Punto Fijo (véase Gráfico 19). Entre las elecciones legislativas de 1958 y 1963 se observa un alto índice de VE, el cual se explica por el aún no sólido establecimiento del bipartidismo venezolano entre Acción Democrática (AD) y Comité Político Electoral Independiente (COPEI). En 1958, AD que había logrado el 49,5% de los votos, en 1963 obtiene solo un 32,7%, mientras que por su parte COPEI sube su votación de 15,2% a 20,8% en dichas elecciones. Por otro lado, ocurre que un partido de centro-izquierda en 1963 pierde importante adhesión electoral. Este es el caso de la Unión Republicana Democrática (URD) que en 1958 se había convertido en el segundo partido con más votación con 26,8% de los votos, en 1963 cae a 17,4%, por debajo de COPEI, y el Partido Comunista Venezolano (PCV) que en 1958 obtiene un 6,2% de los votos, en 1963 no participa por la proscripción impuesta por el presidente Betancourt a través del Decreto N° 752. Asimismo, el conservadurismo en 1963 renace en alguna medida con el Comité Independiente Pro Frente Nacional (CIPFN) que obtiene un 13,3% de las preferencias.

A medida que avanzaba el siglo XX, el sistema de partidos venezolano comenzaría a estabilizarse cada vez más en torno al bipartidismo de AD y COPEI, haciendo que la VE descendiera a niveles bajísimos entre las elecciones de 1973 y 1988. Sin embargo, gracias a la creciente crisis económica y el empobrecimiento sostenido del bienestar de la población por la aplicación de medidas de ajuste neoliberales descritas en el capítulo anterior, es que entre las elecciones de 1988 y 1993 la configuración del sistema de partidos se altera sustancialmente y la VE alcanza su segundo nivel más alto. En este período surge el liderazgo político de Hugo Chávez, quien en 1992 lidera un intento de golpe de Estado a Carlos Andrés Pérez, aunque luego es arrestado. El intento golpista se repite en noviembre de ese año sin Chávez, nuevamente es otro intento cívico-militar no logra derrocar a Pérez. En 1993 la adhesión electoral de los dos principales partidos cae significativamente, sobre todo la de AD que desciende casi a la mitad, junto con el surgimiento de otros partidos de izquierda como

el Movimiento al Socialismo (MAS) y La Causa Radical, que obtienen en 1993 10,8% y 20,7%, respectivamente. También, ese mismo año surge un partido conservador denominado Convergencia, nacida de una escisión de partidarios de Rafael Caldera del COPEI, el cual obtiene 13,8% de las votaciones legislativas. De cierta forma, esta explosión de la VE electoral en este período está marcada por la emergencia del liderazgo de Hugo Chávez, aunque ello aún no lo capitalizaba en un movimiento político. Por eso que no es sino hasta 1998, cuando surge el Movimiento Quinta República (MVR), que el chavismo irrumpe en el panorama partidista venezolano.

En 1998 el bipartidismo puntofijista ya no existía. El MVR se transformaba en el segundo partido más votado con 19,9%, detrás de AD con 24,1%, para las legislativas. Y Chávez, en ese mismo año, se convierte en presidente de Venezuela. Sumado a esto, ciertos partidos que habían alcanzado importancia electoral en 1993, en desmedro de AD y COPEI, como fueron el MAS, La Causa R y Convergencia, en 1998 disminuyen de forma muy importante sus votaciones, a 8,9%, 3% y 2,5%, respectivamente, provocando en el período 1993-98 la VE más alta de la serie venezolana. El electorado ya había comenzado a migrar hacia el chavismo en 1998, y en la elección para la Asamblea Nacional del año 2000 el MVR obtiene un 48,9% de las preferencias, consagrando así la hegemonía electoral de Chávez y del populismo en Venezuela.

El caso de control de Chile por su parte, posee los valores más altos de VE entre los intervalos de 1921-32, 1949-53 y 1961-65 (véase Gráfico 19). Si se pone atención a la historia política de cada intervalo a los que corresponden dichos índices, se encuentran tres hechos políticamente relevantes. Entre los años 1921-1932 se distinguen convulsiones políticas y sociales importantes como la crisis de 1925 y el golpe militar que derrocó el sistema parlamentario e instauró posteriormente una nueva constitución, la asunción de un liderazgo lejano a los partidos como el de Arturo Alessandri, también en 1932 está el golpe militar de impronta socialista de Marmaduke Grove, y, desde luego, el surgimiento del liderazgo y la dictadura de Carlos Ibáñez del Campo entre 1927 y 1931. En este contexto, las elecciones parlamentarias que delimitan este período poseen gran migración del electorado. Efectivamente, en 1932 más de un cuarto del electorado no se manifiesta adherente a ninguno

de los cuatro partidos centrales (Conservador, Liberal, Radical y Democrático), además las votaciones liberal y radical caen notablemente en 1932 respecto de 1921. Junto a lo anterior, hacia final de 1932 nace políticamente el socialismo, que surge como respuesta a la cuestión social, agravada en Chile por la depresión económica mundial, pero ya desde principios de siglo que comienzan las huelgas y levantamientos obreros que finalmente contribuyen a la crisis de fines del veinte.

El siguiente período que tiene una alta VE va desde 1949 a 1953, donde se observa la asunción electoral del liderazgo de Ibáñez. Junto a él surge un movimiento político, denominado Partido Agrario Laborista, que apoya a Ibáñez y que posee su *peak* electoral en la elección de 1953 con un 18,9%. La VE además se ve afectada por un alto porcentaje de votación fuera de los partidos políticos principales, que alcanza el 17,5%. No obstante, el ibañismo surgido en 1949 participa de su última elección en 1957.

La VE obtenida de las elecciones de 1965 a 1961 es, sin embargo, la más alta de la serie chilena. En este período se puede observar la irrupción del Partido Demócrata Cristiano (PDC) reconfigurando así el sistema de partidos, en desmedro tanto de los radicales como de la derecha. Según Scully (1992: 161-182), durante fines de la década de 1950 comienza a gestarse un clivaje social, ya no ubicado en los centros industriales o urbanos, sino en el campo. Esta fisura, a diferencia de la cuestión social de principio de siglo, ve surgir un partido que se ocupa de la problemática representando crecientemente al electorado campesino, que logra arrebatarlo del cautiverio en que permanecía por parte la oligarquía terrateniente y las pautas tradicionales de vinculación social. La observación de Scully hace sentido sobre todo al comparar con la debacle de las oligarquías y de los sectores conservadores de Argentina o Brasil, que para el primero de estos casos ocurre muy tempranamente con la aparición de Perón en los años cuarenta en Argentina, y para el segundo con la irrupción de Vargas en 1930 en Brasil –aunque luego reemerjan en cierta medida durante el *Estado Novo*. Así, a diferencia de estos países, los sectores oligárquicos en Chile poseen una fuerte oposición más bien de parte del socialcristianismo de Frei Montalva y no por el populismo de Ibáñez. De cierto modo esa es la situación venezolana durante el puntofijismo, el partido socialcristiano

adquiere una gran importancia electoral sostenida por cuatro décadas, no observándose mayor presencia de sectores conservadores, salvo del CIPFN en 1963.

Pero, ¿qué hace diferentes a los casos argentino, brasileño y venezolano, respecto del chileno? Si se aíslan aquellas situaciones en que la VE electoral se vio afectada por algún cambio institucional-normativo<sup>102</sup> o por la abstención de participación de un partido importante<sup>103</sup>, se observa que los *peaks* de VE se debieron a la aparición de liderazgos políticos fuertes, en conjunto, algunas veces, con crisis sociales importantes. Esos son los liderazgos de Perón, Vargas, Ibáñez, Frei Montalva y Chávez. De estos cinco líderes, destaca el caso de Frei Montalva, al cual sería muy controvertido clasificarlo de liderazgo populista, ya que está claramente adscrito a la ideología socialcristiana con gran auge en Europa, aunque sí fue uno de los más potentes líderes políticos del siglo XX en Chile. Esta observación destaca algo que puede resultar de suyo evidente, y es que el liderazgo político es un fenómeno más comprensivo que el liderazgo populista, de modo que la volatilidad política elevada explica la recurrencia en el surgimiento y desarrollo de liderazgos en general, de modo que no es un factor explicativo exclusivo del fenómeno populista. Sin embargo, lo que destaca en este panorama es que cuatro de los cinco liderazgos que gatillan los *peaks* de volatilidad electoral son liderazgos propiamente populistas, mientras que tres de ellos –Perón, Vargas y Chávez– logran incluso reconfigurar sustancialmente el sistema de partidos, y no solamente lo alteran pasajeramente como fue el caso de Ibáñez. Comparativamente, la aparición electoral de Perón es la que provoca mayor VE (57,20), seguida de la irrupción electoral de Chávez en 1998 (42,00) y la aparición electoral de Vargas en 1950 (32,27), que impactó en las elecciones para diputados de ese mismo año. Por detrás de estos casos se ubica Ibáñez, alterando el sistema de partidos políticos chileno con su dictadura en los años veinte en un contexto de una altísima crisis social (31,40) y luego con su aparición electoral a mediados del siglo XX (31,40). También es digna de mención la irrupción político-militar de Chávez en 1992 (33,90) que provoca una VE importante, la cual es superior a la de Ibáñez de 1952 e incluso a la de Vargas de 1950.

---

<sup>102</sup> Como fueron los casos de: a) el Decreto Ley N° 4.161 que proscribió al peronismo; b) el Ato Complementar n° 4 que hace desaparecer a los partidos grandes de Brasil; o c) la Ley Electoral de 1958 en Venezuela que da inicio a la competencia electoral luego de largos períodos de dictaduras.

<sup>103</sup> Como fue el caso de la UCR en Argentina.

### 3. VÍNCULOS CON LA CIUDADANÍA

Se parte del supuesto de que si los vínculos entre los partidos políticos y la ciudadanía son sólidos, probablemente, los resultados electorales entre diferentes comicios tenderán a ser similares, ya sean presidenciales, legislativos o locales. Es decir, la estabilidad del sistema de partidos, bajo este criterio, es contrario a la personalización de las elecciones en particular, y la política en general. Por lo tanto, es posible esperar diferencias, debido a lo inevitable que se torna la personalización de ciertas elecciones como en el caso de las presidenciales, o bien la no presentación de candidatos por parte de algunos partidos o coaliciones, sobre todo también en el caso de las elecciones presidenciales. Sin embargo, si el sistema de partidos se encuentra con un grado de institucionalización considerable, se postula que deberán encontrarse similitudes entre elecciones presidenciales y de los poderes legislativos. En consecuencia, la forma para observar esto consiste en la resta entre los porcentajes de la votación en elecciones presidenciales y los porcentajes de la votación total del partido que apoyó a dicho candidato presidencial –y/o partidos o coalición política– en la elección legislativa, y que se hayan realizado en el mismo año o en años lo más cercanos en el tiempo. Cabe señalar, además, que los vínculos con la ciudadanía, en el caso de los populismos fuertes y permanentes, es posible de encontrar diferencias más bien en los años de aparición electoral del líder, no tanto así, hacia años posteriores cuando estos ya posicionan sólidamente a un partido que los apoya. A continuación, se presentan las diferencias de votación entre elecciones presidenciales y legislativas, teniendo como referencia la aparición electoral del líder populista para los casos centrales de análisis y el de control.

La Tabla 5 analiza la votación para la elección de Juan Domingo Perón y Hortensio Quijano en 1946 y 1951, contrastado con la votación del Partido Laborista, la Unión Cívica Radical Junta Renovadora y el Partido Independiente en 1946, y del Partido Justicialista en 1954, que incorporó a los partidos que apoyaron a Perón en 1946. Para Brasil, presenta el número de votos de Vargas en 1950, contrastándolo con la votación del PTB en las elecciones de diputados de 1945, 1950 y 1954<sup>104</sup>. Para Venezuela, se contrastan las elecciones

---

<sup>104</sup> No se consideró la votación del PSD como apoyo a Vargas, a pesar de que él participó en su creación, ya que en el año en que este compitió electoralmente, el PSD tuvo como candidato a Cristiano Machado.

presidenciales que eligieron a Chávez de los años 1998, 2000 y 2006, con las elecciones de diputados del MVR de 1998, así como para las de la Asamblea Nacional de 2000 y 2005. El caso de control a contrastar, propiamente populista, es el de Ibáñez en Chile<sup>105</sup>, el cual se resta con las votaciones obtenidas por el Partido Agrariolaborista en las elecciones del Congreso de 1949, 1953 y 1957.

**Tabla 5. Diferencias entre elección presidencial del líder populista y elección legislativa del partido que lo apoya: Argentina (1946-1954), Brasil (1945-1954), Venezuela (1998-2006) y Chile (1949-1957)**

	Candidato o Partido	Nº de votos	% de votos	Diferencia entre % (Presidencial - Legislativa)
Argentina	Elección Presidencial y Diputados Nacional 1946			
	Perón-Quijano	1.487.886	52,40	14,93
	P. Laborista, UCR JR*	765.458	26,89	
	P. Independiente	301.174	10,58	
	Elección Presidencial 1951, Diputados Nacional 1954			
	Perón-Quijano	4.745.168	62,49	-0,47
P. Justicialista	4.977.586	62,96		
Brasil	Elección Presidencial 1950, Diputados 1945			
	Vargas	3.849.040	48,90	35,09
	PTB	324.733	13,81	
	Elección Presidencial y Diputados 1950			
	Vargas	3.849.040	48,90	32,43
	PTB	1.262.000	16,47	
	Elección Presidencial 1950, Diputados 1954			
	Vargas	3.849.040	48,90	33,01
PTB	1.830.621	15,89		
Venezuela	Elección Presidencial y Diputados 1998			
	Chávez	3.673.685	56,20	36,30
	MVR	986.131	19,90	
	Elección Presidencial y Asamblea Nacional 2000			
	Chávez	3.757.773	59,76	10,86
	MVR	2.083.613	48,90	
	Elección Presidencial 2006, Asamblea Nacional 2005			
	Chávez	7.309.080	62,84	-26,16
MVR	2.929.358	89,00		
Chile	Elección Presidencial 1952, Congreso 1949			
	Ibáñez	458.184	47,23	38,89
	P. Agrariolaborista	38.746	8,34	
	Elección Presidencial 1952, Congreso 1953			
	Ibáñez	458.184	47,23	31,63

<sup>105</sup> Se desistió la comparación de otros fuertes liderazgos no populistas del caso chileno durante el siglo XX, como puede ser el de Frei Montalva o el propio Allende, los cuales no se los considera populistas, entre otras cosas, por su clara adscripción a una ideología muy definida, como fue el socialcristianismo y el marxismo. Además, en el caso de Allende, este poseía un fuerte sustento en los partidos de izquierda preexistentes y ampliamente afianzados para el año de su triunfo electoral.

	P. Agrariolaborista	118.199	15,60	
	Elección Presidencial 1952, Congreso 1957			
	Ibáñez	458.184	47,23	39,39
	P. Agrariolaborista	67.554	7,84	

Fuente: Elaboración propia en base a Nohlen ed. (2005), Subsecretaría de Asuntos Políticos y Electorales de Argentina (2008) y Political Database of the Americas (disponible en: <http://pdba.georgetown.edu/>). \* UCR  
JR: Unión Cívica Radical Junta Renovadora.

Específicamente, la Tabla 5 muestra las diferencias de los porcentajes de votación del líder populista en la elección presidencial, respecto de los porcentajes de votación en elecciones legislativas de los partidos que lo apoyan. A medida que haya una mayor diferencia positiva entre las elecciones se puede hablar un liderazgo populista fuertemente personalizado, con poca preponderancia partidista. En caso de las diferencias sean negativas, se está en presencia de un partido fuerte y de un líder populista menos fuerte que sus partidos, en términos puramente electorales. También, a medida que las votaciones de los partidos populistas aumentan o se estabilizan, se puede sostener que el populismo ha ido reconfigurando el sistema de partidos e instalándose como una fuerza electoral permanente.

Se observa que el caso argentino y el venezolano son similares. En un primer momento se distingue una fuerte irrupción electoral tanto de Perón como de Chávez, en que superan a los votos de los partidos que los apoyan. Especialmente marcado en el caso de Chávez que alcanza a 36,30 puntos porcentuales por sobre el MVR en 1998, no tanto así en el caso de Perón, en que la diferencia entre este y Quijano respecto del Partido Laborista, UCR Junta Renovadora y el Partido Independiente es de casi 15 puntos porcentuales. En ambos casos, a medida que avanzan las elecciones, si bien el porcentaje de votación del líder aumenta, la de los partidos que los apoyan crece aún más. En el caso argentino, en referencia a la presidencial de 1951 y la de Diputados Nacional de 1954, la diferencia entre Perón y el Partido Justicialista es prácticamente insignificante (-0,47). De igual forma para Chávez, en las elecciones presidenciales y de la Asamblea Nacional del 2000 la diferencia baja a 10,86 puntos porcentuales, mientras que en 2005-2006 la diferencia es de -26,16 puntos porcentuales. Sin embargo, esta última diferencia está afectada por la abstención de participar de AD, COPEI, Primero Justicia y Proyecto Venezuela, algunos de los principales referentes de la oposición.

Brasil, en cambio, posee diferencias estables a favor de las votaciones de Vargas respecto de las del PTB en 1945, 1950 y 1954. Acá, claramente el liderazgo de Vargas excede a la preferencia electoral por el PTB a nivel nacional. Y, a diferencia del justicialismo y del MVR, el PTB no logró afianzar una hegemonía dentro del sistema de partidos. La situación de Vargas pareciera ser similar a la de Ibáñez, las diferencias entre elecciones presidenciales y legislativas son muy similares o solo levemente superiores en el caso chileno. No obstante ello, la dimensión que no recoge la Tabla precedente es que la permanencia del PTB dentro del sistema de partidos brasileño se extiende hasta nuestros días –a pesar de su disminuida presencia actual, logrando sobrevivir, por ejemplo, al Ato Complementar N°4–, mientras que el agrariolaborismo no fue más que un paréntesis en el sistema de partidos chileno.

#### 4. LEGITIMIDAD CONCEDIDA

La legitimidad concedida, tanto por los ciudadanos como por los intereses organizados, a los partidos y al proceso electoral, ha sido algo que ha caracterizado a la crisis del período oligárquico como también a los propios regímenes populistas. En la medida que los diferentes actores sociales y políticos no reconocen como legítimo el proceso político en general, como ocurre durante los regímenes oligarcas, cuestión observable principalmente en Argentina y Brasil, se está en presencia de una condición propicia para el populismo. Un sistema político que no recibe legitimidad de parte de los grupos políticos es propio de una condición populista, que por lo general deviene en golpes de Estado y frecuentemente en dictaduras cívico-militares. Un indicador de esta falta de legitimidad, tanto de las democracias censitarias como de las democracias populistas, son las interrupciones que por fuerza han sufrido. En este apartado del capítulo, la descripción histórica se concentrará en propiamente estas coyunturas críticas.

Diversos autores, reconocen 5 golpes de Estado efectivos –es decir, logran el derrocamiento del gobierno de turno– en Argentina (Jones, Lauga y León-Roesch, 2005), 3 en Brasil (Lamounier y Amorim Neto, 2005) y 4 en Venezuela (Molina y Thibaut, 2005), durante el siglo XX. Sin embargo, lo que los diferencia es su aparición en el tiempo. Mientras en Argentina y Brasil los golpes de Estado se extienden por varias décadas, entre 1930 y 1976,



y entre 1930 y 1964, respectivamente; en Venezuela la aparición de los golpes de Estado se concentra entre las décadas de 1940 y 1950, más otro a principios de siglo XX, en el año 1908. La Tabla 6 presenta esta información.

**Tabla 6. Golpes de Estado en Argentina, Brasil y Venezuela, 1908-1976**

<b>Década</b>	<b>Argentina</b>	<b>Brasil</b>	<b>Venezuela</b>
1900			1908
1910			
1920			
1930	1930	1930	
1940	1943	1945	1945, 1948
1950	1955		1958
1960	1962, 1966	1964	
1970	1976		

Fuente: Jones, Lauga y León-Roesch (2005), Lamounier y Amorim Neto (2005), y Molina y Thibaut (2005).

Esto da cuenta de una generalizada e importante baja institucionalidad de estos tres sistemas de partidos, especialmente en los casos de Argentina y Brasil. Más aún, al observar estos casos, se distingue el gran efecto del populismo en la institucionalidad partidista. Particularmente, la baja legitimidad concedida por los intereses organizados destaca en Argentina.

En la década de 1920 en Argentina<sup>106</sup>, previo al golpe de 1930, la corriente política que dominaba la lucha democrática era el radicalismo, desde 1922 el presidente fue Marcelo Torcuato de Alvear, perteneciente a una de las alas del dividido radicalismo, la UCR Antipersonalista, sector más conservador que se oponía a una serie de reformas progresistas para la época. La otra ala se agrupaba en torno a Hipólito Yrigoyen. Para las elecciones de 1928, el presidente elegido es este último, concretando su segundo mandato. No obstante, lejos del triunfo electoral, quedó una gran oposición conformada por los radicales antipersonalistas, los conservadores y socialistas, que recrudecieron sus críticas hacia el gobierno y a la persona del presidente en torno a su senilidad y la demora en la toma de decisiones importantes. El espacio público se tornó cada vez más violento pudiéndose apreciar varios hechos de sangre en torno a la diferencia entre radicales yrigoyenistas y

<sup>106</sup> Narrativa histórica desarrollada en base a Romero (1994).

radicales antipersonalistas, finalmente el golpe de Estado llegó liderado por el teniente general José Félix Uriburu en 1930, que gobernó hasta 1932, pero que en el año 1931 ya había llamado a elecciones. El presidente elegido fue Agustín Justo que dejó el ejército para postularse a la presidencia y gobernó hasta 1938. Justo logró elegir como siguiente presidente a uno de sus ministros, Roberto Ortiz, radical antipersonalista, fuertemente ligado a intereses conservadores, al igual que el propio Justo. Finalmente Ortiz renunció en 1942 frente a diversos tipos de presiones políticas<sup>107</sup> y por problemas familiares y de salud. Quien lo sucedió fue el conservador Ramón Castillo, ministro de Ortiz, que gobernó hasta 1943 cuando fue derrocado por un nuevo golpe de Estado, contribuyendo a la crisis el inestable panorama político que se venía gestando, junto con una serie de problemas derivados del impacto de la Guerra Mundial.

Durante el Gobierno de Pedro Pablo Ramírez, perteneciente al GOU (Grupo de Oficiales Unidos) agrupación que conspiró la acción golpista contra Castillo, se encontraba el coronel Juan Domingo Perón. Ramírez finalmente deja la presidencia, entre las razones que se esgrimen estuvo la dificultad por mantener un ‘neutralismo de simpatías nazis’ durante plena Segunda Guerra Mundial. Así es como el general Edelmiro Farrell asume la presidencia en 1944, y Perón escala en preponderancia en el gobierno militar de inspiración católica. Para las elecciones de 1946, Perón, que se había retirado del ejército, gana con una muy importante votación a sus rivales de la Unión Democrática. Con un vertiginoso avance en materia social y un sorprendente aumento en gasto social, Perón es reelegido para un segundo período, que se trunca por un nuevo golpe de Estado en 1955 y que termina por exiliar al líder. Con la salida de Perón, la seguidilla de golpes de Estado aumenta considerablemente, la institucionalidad partidista ya se había visto fuertemente afectada por la irrupción del populismo, frente a lo cual los sectores militares que se le oponían reaccionaron recurrentemente en los próximos 20 años.

Brasil<sup>108</sup>, al igual que Argentina, sufre la derrota de la oligarquía a través de un golpe de Estado. Y de forma similar al país trasandino, gobiernos de líderes populistas son derrocados

---

<sup>107</sup> Entre otras por el escándalo en la compra de unas tierras y la neutralidad de Argentina en la guerra mundial.

<sup>108</sup> Narrativa histórica desarrollada en base a Bethell (2008).

por golpes de Estado. Tal como se mencionó en el Capítulo 9, Vargas jugó un rol importante en el movimiento que terminó con la oligarca *República Velha* y el equilibrio dominante del *café com leite*, que por cuatro décadas se dio entre el estado de São Paulo como productor de café y el de Minas Gerais como principal productor ganadero. Si bien en el Capítulo 13 se analiza esta coyuntura histórica en mayor profundidad, lo que acá cabe mencionar es que a través de un golpe de Estado, comandado, entre otros líderes políticos y militares *gaúchos*, por el propio Vargas, se suscita la derrota de la oligarquía, desde dentro de ella, es decir, por políticos pertenecientes a la propia élite política, particularmente aquellos oriundos de Rio Grande do Sul. Así, desde la Revolución de 1930 hasta el golpe de Estado de 1945, los militares intervienen tres veces en 15 años. En 1930 habían dado fin a la *República Velha*, en 1937 intervinieron para confirmar a Vargas en el poder dando inicio al *Estado Novo*, y en 1945 ponen fin a este período a través del segundo golpe de Estado del siglo.

La ya mencionada Ley Agamenón de 1945 establecía que se realizasen elecciones el 2 de diciembre de ese año, con elecciones para gobernadores y asambleas estatales en mayo de 1946. Así mismo bajo el Código Eleitoral de 1932, que había sido repuesto, las elecciones serían secretas y supervisadas por la autoridad, podían votar todas las mujeres y hombres que supieran leer, y la votación era una obligación para todos los habilitados para hacerlo. La situación, sin embargo, entre mayo y octubre de 1945 era de gran movilización política. En efecto, los tres partidos que dominaron el panorama electoral hasta el siguiente golpe de Estado en 1964 fueron el PSD creado para continuar la labor del *Estado Novo*, la UDN de oposición a Vargas y que congregaba básicamente a sectores de derecha, centro e izquierda no comunista, y el PTB partidario de Vargas formado por integrantes del Ministerio del Trabajo y líderes sindicalistas, siendo este último era el partido con menor convocatoria de los tres mencionados. El PSD decide ungir como candidato a Eurico Gaspar Dutra, el Ministro de Guerra, mientras que la convención de Agosto de la UDN confirma como su candidato a un antiguo *tenente*, Eduardo Gomes, mientras que el PTB no presenta candidato. Esta competencia electoral que se preveía sería entre ex militares, dejaba fuera a las clases medias-bajas y de obreros urbanos, ya que, en general, el PSD y la UDN representaban a las clases dominantes y a las clases medias urbanas. Ello provocó una movilización política sin

parangón en Brasil<sup>109</sup>, que por momentos hizo pensar a EE.UU., específicamente a Adolf Berle –su embajador en Brasil, quien tenía la misión no declarada de dismantelar el *Estado Novo*–, que con estas movilizaciones se podía estar viviendo lo sucedido en Argentina, cuando recientemente fuertes movilizaciones lograron presionar para sacar a Perón de la cárcel en octubre de 1945. No obstante, aún se creía que Vargas no intervendría en el proceso eleccionario que se acercaba. Pero ello, ya había comenzado a cambiar desde agosto de 1965 con el surgimiento de ‘queremismo’ –que se analiza más detalladamente en los capítulos 11 y 13. Ello hace cambiar a Berle de opinión, barajando dos posibles cursos que podían tomar las crecientes movilizaciones en el país: a) que Vargas establezca una dictadura nacional y populista, con un posible apoyo de los comunistas, o b) explote un golpe de Estado preventivo. A pesar de ello, Berle decide jugar sus cartas a favor del resurgimiento de elecciones libres y le transmite a la oposición, en especial a los líderes de la UDN, que la continuación de otro régimen dictatorial sería trágico a los ojos de EE.UU. No obstante ello, el desenlace fue finalmente un golpe de Estado: queremistas y comunistas habían intensificado las movilizaciones, y la oposición y los militares no confiaban ya en que Vargas dejaría el poder (Bethell, 2008: 83). Posteriormente, el siguiente golpe de Estado en Brasil ocurrió en 1964, derrocando al gobierno de João Goulart.

A diferencia de Argentina y Brasil, en Venezuela<sup>110</sup> desde principios hasta mediados del siglo XX estuvo marcado por diversos gobiernos cívico-militares, y golpes de Estado, concentrados en los años cuarenta y cincuenta. No obstante, ya en 1908 aparece el primer golpe de Estado del siglo. El último golpe de Estado efectivo en Venezuela fue el de 1958 y destronó a la dictadura de Pérez Jiménez. Los hechos vinculados a la crisis se pueden remontar a diciembre de 1952, cuando el gobierno llama a elecciones presidenciales, las cuales presenciaron a una AD proscrita –además del Partido Comunista Venezolano–, por lo tanto, solo la URD y el COPEI, con los candidatos Jóvito Villalba y Rafael Caldera tenían posibilidades de destronar la dictadura perezjimenista y a su referente político recientemente

---

<sup>109</sup> En palabras de Bethell (2008: 75): “The six months from May to October 1945 witnessed an unprecedented level of political mobilisation in Brazil’s major cities orchestrated in part by the PCB but more particularly, as we shall see, by the so-called *Queremistas* (from the slogan ‘*Queremos Getúlio*’, We want Getúlio). Brazilian politics were dominated not by the two presidential candidates, but by two politicians with more popular electoral appeal –Luís Carlos Prestes and, above all, Getúlio Vargas”.

<sup>110</sup> Narrativa histórica desarrollada en base a Tarver y Frederick (2005).

creado, el Frente Electoral Independiente (FEI). En este contexto AD llamó a sus partidarios a apoyar al candidato de la URD, fue así como luego de un primer recuento de votos, Villalba ganaba por amplio margen, sin embargo, seguramente debido al fraude electoral del gobierno, la elección finalmente dio por ganador a Pérez Jiménez. Para mantener reprimida y controlada a la oposición, Pérez Jiménez fomentó el desarrollo de las comunicaciones e infraestructura a través de lo que se denominó el Nuevo Ideal Nacional, junto con políticas de Seguridad Nacional, de clara impronta anticomunistas, lo cual le valió el favor de los EE.UU., obteniendo con ello favorables asociaciones comerciales entre las empresas petroleras extranjeras y el Estado venezolano. Pérez Jiménez, sin embargo, buscó legitimar su mandato llamando a plebiscito para diciembre de 1957, el cual ganó fraudulentamente con el 85% de las preferencias. Esto llevó a que diversos políticos de los partidos de oposición, así como agrupaciones de estudiantes universitarios organizaran diversas manifestaciones y huelgas, hasta que a mediados de enero de 1958 disturbios estudiantiles que siguieron a la previa rebelión de la fuerza aérea del primero de enero, lograron deponer al dictador. Con estos hechos se acababa la dictadura de Pérez Jiménez mediante un golpe de Estado y comenzaba la era del Pacto de Punto Fijo, sin antes establecerse un gobierno de transición, liderado por el Almirante Wolfgang Larrazábal, que llamaría a elecciones (Tarver y Frederick, 2005: 98-99).

De las elecciones de diciembre de 1958 es electo Rómulo Betancourt, quien inaugura los 40 años que duraría el Pacto de Punto Fijo, hasta que es electo presidente Hugo Chávez en 1998, terminado con el dominio electoral de AD y COPEI. Sin embargo, ya para el año 1989 los síntomas del agotamiento del puntofijismo se hacían sentir. El ‘Caracazo’, motivado por el creciente deterioro de la economía venezolana y la aplicación de los dos primeros paquetes neoliberales de ajuste económico estructural, provoca que muchos venezolanos se lancen a las calles a manifestar y protestar por las acciones emprendidas por el gobierno de Carlos Andrés Pérez de AD, entre los días 27 y 28 de febrero. Este primer síntoma del aumento de deslegitimación del gobierno de Pérez se torna mucho más grave en el año 1992. Tanto en febrero como noviembre hubo levantamientos militares, el primero liderado por Chávez y una serie de jóvenes militares, mientras que el de noviembre fue llevado a cabo por otros oficiales de más alto rango (Tarver y Frederick, 2005: 143-144).

A pesar de que Tarver y Frederick identifican claras diferencias entre ambos levantamientos que no fructificaron en el derrocamiento del gobierno, lo cierto es que ambos representan en gran medida una merma importante en la legitimidad concedida por los diversos ciudadanos y grupos políticos organizados al sistema de partidos imperante en Venezuela.

Las similitudes entre los tres casos son importantes. El deterioro precedente de la institucionalidad partidista se ve agravado con la llegada de los populismos, los cuales irrumpen con golpes de Estado, como Vargas en 1930 y Perón en 1943, o intentos de golpe de Estado, como Chávez en 1992. No obstante, tarde o temprano, legitiman electoralmente su liderazgo. Sin embargo, estos liderazgos que en el largo o mediano plazo crean institucionalidad partidista también siembran el germen del fuerte antagonismo, de modo que no logran que diversos sectores, como la oligarquía y en muchas ocasiones los militares, los reconozcan como gobiernos legítimos, justificándose –para estos últimos– las posteriores intervenciones militares o intentos de golpe de Estado.

## 5. DEBILITAMIENTO DE LA INSTITUCIONALIDAD DE LOS PARTIDOS: CAUSA Y CARACTERÍSTICA DEL POPULISMO

Los factores político-institucionales, junto con permitir identificar las causas del fenómeno, indican comparativamente cuán fuerte es la irrupción del populismo. Dicho de otra manera, además de contribuir a explicar el surgimiento del populismo, estos factores permiten precisar la recurrencia del fenómeno. Ambos aspectos se han descrito en este capítulo.

En primer lugar, a la base del populismo hay una serie de factores institucionales que contribuyen a su surgimiento, así como a la crisis política de la oligarquía. Uno de los principales factores es el ensanchamiento del padrón electoral y el consecuente aumento de participación electoral de cada vez más personas y sectores sociales. Esto es, el paso de una democracia censitaria hacia una con mayor participación electoral. En Brasil y sobre todo en Argentina esto es muy claro. Democracias con sufragio censitario instalan normas legales que aumentan la posibilidad de participación, es decir, producen un significativo aumento del padrón electoral. La Ley Sáenz Peña en Argentina, ya en 1912, contribuye como

prolegómeno de lo que será la llegada del populismo, ayudando también a que emerja un gobierno no conservador como el de Yrigoyen. Luego vendría la Ley 13.010 en pleno gobierno de Perón que garantizaría el voto femenino. En Brasil, con la llegada de Vargas y la Revolución de 1930 se instaura el Código Eleitoral que garantizaba que todo brasileño y brasileña mayor de edad pudiera votar. Sin embargo, y a pesar de los avances que significan las normas en garantizar el ensanchamiento y participación electoral, se nota que la presencia del líder populista en las elecciones es un factor preponderante a la hora de provocar importantes aumentos de la participación electoral. Salvando las distancias históricas, en Venezuela se observa algo similar, o al menos con la misma lógica. Con la llegada de Chávez, Venezuela adopta un régimen de inscripción electoral principalmente automático, lo cual impulsaría, potencialmente, la participación electoral. Sin embargo, esto no tuvo un efecto inmediato, sino que a partir de 2006, donde el padrón electoral se empina por sobre el 60% y la participación electoral llega en torno al 50% de la población total, momentos en que las elecciones venezolanas se han tornaron cada vez más dicotómicas en relación a la figura de Chávez.

La VE por su parte indica también que la institucionalidad partidista durante el período oligárquico es débil, especialmente en Argentina. Pero sobre todo durante el propio populismo, observable en los tres casos de estudio centrales: Perón, Vargas y Chávez. Y si se omiten los factores puramente normativo-legales que causan alta VE, se observa que es la irrupción –ya sea política y/o electoralmente– de los líderes populistas para los casos de estudio, la que condiciona los altos niveles de VE. De igual forma, la potencia electoral de estos líderes desborda electoralmente a él o los partidos que lo apoyan. Esto se da al menos en un primer momento, donde tanto Perón, Vargas y Chávez superan en votación a sus respectivos referentes partidistas. Ello habla de que el vínculo de los partidos con la ciudadanía es más bien débil, a diferencia del vínculo del líder con su pueblo. Respecto de la legitimidad que se le concede al sistema de partidos por parte de los intereses organizados o la propia ciudadanía, se observa que en Argentina y Brasil ha sido especialmente problemática, registrándose una serie de golpes de Estado, que derrocaron tanto a la oligarquía por parte del populismo, como al populismo por parte de intereses reaccionarios y oligárquicos. En cambio Venezuela vivió su último golpe de Estado efectivo en 1958 en

momentos previos al inicio del Pacto de Punto Fijo. De ahí en adelante, la estabilidad del sistema de partidos venezolano destaca en Latinoamérica, hasta que el país entra en crisis económica hacia la década de 1980. Es así como el puntofijismo –de forma similar a la oligarquía argentina de principios de siglo– comienza su caída, y los intereses organizados así como los ciudadanos retiran su apoyo al bipartidismo de AD y COPEI. Y a pesar de que los golpes de Estado durante principio de la década del noventa no lograron su objetivo de deponer a Carlos Andrés Pérez, esto llevó a que el comandante Chávez emergiera como un muy popular líder político, para luego ganar su derecho a ser presidente por las urnas. Aunque también Chávez sufriría un intento de derrocamiento por parte de militares y civiles opositores en abril de 2002.

En conclusión, el análisis de este grupo de variables aporta evidencia respecto de la forma en que la presencia desborda a la institucionalidad partidista, logrando debilitarla considerablemente. Asimismo, se observa como una débil institucionalidad abre paso a que la presencia del liderazgo se imponga políticamente. Sin embargo, los liderazgos carismáticos, como son los que caracterizan al populismo, tienden de cierto modo a la rutinización, precisamente luego que desaparece el líder. Efectivamente, más allá de la existencia del líder, los populismos fuertes que se han enraizado en la sociedad, heredan un referente político partidista electoramente gravitante en la vida política de sus países, que aguardan la llegada de un nuevo líder. Este sin duda es el caso del peronismo en Argentina y el del chavismo en Venezuela, y en cierta medida también es el caso del varguismo en Brasil, a pesar de que su referente partidista está hoy en día muy disminuido electoralmente, sucumbiendo a los potentes liderazgos tanto de Luiz Inácio Lula da Silva y Dilma Rousseff<sup>111</sup>, y el Partido dos Trabalhadores. No obstante las diferencias entre los casos centrales de estudio, es posible distinguirlos respecto del fenómeno político chileno del ibañismo, el cual es similar en cuanto a sus tendencias populistas, pero que al ser contrastado con dichos casos aparece como un breve lapsus en la historia política del país en el período que va de 1932 a 1973. Pero también, cabe señalar que los populismos están tensionados contra la rutinización del carisma, buscando –de forma paralela a las organizaciones

---

<sup>111</sup> El caso de Rousseff es singular, ya que ella militó hasta el año 2000 en el Partido Democrático Trabalhista, el cual en la actualidad rescata el legado de Getúlio Vargas junto al PTB.



partidistas– mecanismos a través de los cuales actualizar lo presencial y carismático de sus liderazgos. En los capítulos 12, 13 y 14, se analizará este aspecto para cada uno de los casos centrales.

## **CAPÍTULO XI. SITUACIÓN PRECEDENTE (III): LOS ACTORES POLÍTICOS EN PUGNA**

Las condiciones previas al populismo indican un particular cambio en las posiciones de los actores, que luego, durante el régimen, se configuran de tal forma que los gobiernos y Estados populistas los controlan o anulan. Específicamente, el análisis de dos actores colectivos resulta primordial para completar de establecer cuáles fueron las causas que componen la crisis política de la oligarquía. En el capítulo precedente se identificaron las causas propiamente estructurales, es decir, relacionadas con el debilitamiento institucional de los partidos que propiciaron el surgimiento del populismo y que decretan en gran medida la crisis de gobernabilidad política de la oligarquía. En cambio, este otro grupo de factores corresponden a aquellos actores colectivos que disponen determinados comportamientos favorables tanto para la aparición del populismo como para el colapso de la oligarquía. En este sentido, que el análisis de este capítulo no esté centrado en las estructuras institucionales, es decir, la pregunta por la gobernabilidad, implica que el foco se ubica sobre las acciones que los emergentes líderes populistas llevan a cabo para disputar la hegemonía a los actores sociales previamente dominantes, lo que en la actualidad se ha denominado como la problemática de la gobernanza. En definitiva, se describen las posiciones relativas de cada uno de estos actores previos al populismo, y que, por tanto, contribuyen a explicar su surgimiento, y luego, durante el populismo, la manera en que estos grupos son derrotados o cooptados. Nótese que, al igual que en el capítulo anterior, la relación del régimen populista con los grupos políticos no es solamente analizada como causa, sino que también como característica del populismo.

Así, en este capítulo se detalla el devenir de la Iglesia Católica, particularmente la jerarquía y su recepción de la Doctrina Social, y la manera en que la adopción o no de este factor de renovación tiene consecuencias sobre su posición política relativa en la sociedad. De esta forma, en los casos argentino y brasileño se observa una ausencia de renovación que tuvo efectos adversos para la conservación del poder político eclesial. Mientras que por otro lado, en Venezuela, si bien se reeditan las disputas de la primera parte del siglo XX

latinoamericano entre Iglesia y Estado y, al igual que en Chile, se forma un partido democratacristiano fuerte, en este caso el conflicto contra el liderazgo populista aparece hacia fines de 1990, bajo un contexto diferente, en el cual se desplaza la fractura clerical más hacia la izquierda del espectro político.

Respecto de las clases trabajadoras, el populismo encontrará suelo fértil cuando se enfrente a un sindicalismo debilitado, además muy poco extensivo en el mundo obrero. Se espera, pues, en estos casos, que el populismo coopte y desmovilice en su favor rápidamente a los trabajadores sindicalizados, principalmente aquellos de los centros urbanos, que a su vez se convierten en uno de sus principales grupos de apoyo. Llegando incluso, durante los regímenes populistas, a hablarse de sindicalismo de Estado. Esta hipótesis se testeará en los tres casos, evaluando su pertinencia en momentos históricos diferentes.

Cabe agregar que otros grupos sociales relevantes, como es el caso de las élites políticas emergentes, serán abordados en la Parte III de esta investigación.

Entonces, el presente capítulo describe, a través de una narrativa histórica de cada país, la situación, tanto de la Iglesia como del movimiento obrero respecto del populismo. Luego de ello, se realizan sendas reflexiones comparativas sobre estos dos grupos.

## 1. LA IGLESIA: ENTRE EL CONSERVADURISMO Y EL PROGRESISMO

La historia de la Iglesia Católica señala que condenó su separación del Estado, inclusive hasta fines del siglo XIX, a través del Papa León XIII y su Encíclica *Immortale Dei* (Smith, 1982: 67). Ello llevó a que se desarrollaran relaciones, si bien no legales, sí de hecho entre política y religión. Por un lado, en Europa, el catolicismo se abrió a la manipulación de grupos políticos y se asoció a gobernantes y coronas para mantener su estatus, influencia, poder y legitimación. Por otro lado, en Latinoamérica ocurre algo similar, esto porque también la Iglesia Católica tendió a vincularse con los grupos tradicionalmente hegemónicos y conservadores (Smith, 1982: 68). Y esta relación entre la jerarquía católica nacional latinoamericana y la corriente más conservadora de la política se mantiene durante todo el

siglo XIX e incluso parte importante del siglo XX. Lo cual tiene interesantes consecuencias para el estudio del populismo, porque la Iglesia se convierte en un actor relevante que, al menos, desarrolla una relación compleja con el surgimiento político del fenómeno.

### **A) La tardía renovación del catolicismo argentino**

Con la publicación de la encíclica *Rerum Novarum*, el papa León XIII fundó la Doctrina Social de la Iglesia. Esto trajo inmediata repercusión en Argentina cuando en 1892 un sacerdote alemán, Federico Grote, fundador del catolicismo social argentino, dio origen al Círculo de Obreros Católicos. Sin embargo, movimientos católicos como este fueron débiles tanto dentro de la jerarquía argentina como dentro del movimiento obrero, donde más bien dominaban agrupaciones anarquistas o socialistas (Caimari, 1995: 41-42).

Solo en 1924 se puso bajo cuestionamiento la hegemonía de aquellas corrientes más conservadoras dentro de la Iglesia. El Congreso de la República tenía las facultades de entregar una terna de candidatos a la Santa Sede para que esta decidiera quién era electo para el cargo de Arzobispo de Buenos Aires. El preferido del Congreso en ese entonces era Monseñor De Andrea, fuertemente progresista en materias sociales y eclesiales, pero el Vaticano rechazó su postulación. Finalmente, quien es elegido Arzobispo fue Monseñor Copello, un individuo diametralmente opuesto a De Andrea y que representaba más fielmente la identidad de la Iglesia argentina por esos años. Copello emprendió importantes tareas que llevaron a consolidar la Iglesia en un territorio tan extenso, centrando su trabajo en el crecimiento de la Iglesia, en cuanto número de parroquias, edificios eclesiásticos y monumentales. Sin embargo, ello no era posible solamente por la subvención estatal, por lo tanto, “no dudó en solicitar la colaboración de las clases altas de Buenos Aires, a las que concedía a cambio el derecho de escoger el nombre de los santos patronos de las nuevas Iglesias” (Caimari, 1995: 47).

Se produce así una relación de cooperación en la cual la Iglesia Católica argentina fortalece sus lazos con las oligarquías de la capital, las cuales a su vez garantizaban la presencia e influencia de esta en asuntos sociales de relevancia.

Bien avanzado el siglo, para Junio de 1943, con el golpe militar que derrocó al presidente conservador Ramón Castillo, las relaciones entre la Iglesia y el Estado se configuran en la forma decimonónica. Es bajo este nuevo gobierno que la Iglesia se acerca aún más al Estado. Concretamente, el mecanismo con que la jerarquía eclesial pasó a formar un vínculo con el denominado ‘gobierno militar católico’ que se erigía, fue el Decreto 19.411, dictado el 31 de diciembre de 1943, mediante el cual la educación religiosa se convierte en obligatoria para las escuelas públicas argentinas. Así, la Iglesia se transforma en una suerte de requisito necesario de agrado por parte de las fuerzas políticas que buscaban consolidar su hegemonía. En efecto, este decreto “fue el producto de una iniciativa gubernamental más que de las presiones ejercidas por la Iglesia sobre el gobierno. La respuesta del episcopado al anuncio del decreto fue no obstante muy positiva, y si temían la asociación a un gobierno de facto, los obispos superaron este temor a la hora de recoger los beneficios” (Caimari, 1995: 94).

Mantener buenas relaciones con el Estado fue la clave con que la Iglesia podía lograr un sustento económico que suponía le garantizara, a la larga, la conservación de su poder. Es decir, el episcopado busca conservar su presencia e influencia, sin un cuidado más fino por determinar qué relaciones establecía con la política.

Cuando se produjo la vuelta a la democracia en 1946, la Iglesia en su mayoría apoyó a Perón, quien representaba una ventaja notable, gracias al fresco recuerdo del gobierno militar pro católico precedente, y del cual Perón era su efectiva continuación, en contraposición al candidato laico de la Unión Democrática José Pascual Tamborini que, dicho sea de paso, tenía escasas posibilidad de triunfo.

Durante gran parte del primer gobierno de Perón, las relaciones entre la Iglesia y el Estado vivieron un idilio, ya que el candidato y luego presidente representaba los valores católicos que la Iglesia perseguía. Sin embargo, la afinidad que Perón buscó con la Iglesia Católica estuvo más bien en función de validar su legitimidad frente al resto de sectores sociales. El discurso leído en la Bolsa de Comercio el 25 de Agosto de 1944 marca un inicio en las alusiones respecto del catolicismo, permitiéndose citar reiterativamente la obra del Papa León XIII: “No sólo estas referencias lo acercaban a la Iglesia (...) sino que le

proporcionaban una salida para las críticas a él dirigidas. Las sospechas de reversión social por un lado y de demagogia facistoide por el otro pretendían quedar así neutralizadas” (Caimari, 1995: 114).

Pero, para 1948, comienzan las primeras fricciones entre la Iglesia y el gobierno de Perón. El 10 de abril de ese año, en un discurso en homenaje a monseñor De Carlo, obispo de Resistencia, Perón comienza a diferenciarse fuertemente de la jerarquía de la Iglesia Católica argentina. El presidente critica de ‘catolicismo tibio’ a la Iglesia por no preocuparse de la cuestión social que su gobierno sí comenzaba a atender: la acusaba de alejarse de los pobres (Caimari, 1995: 116-118). Y es que la Iglesia hasta ese entonces había procurado buscar una posición social desde la cual poder influir, desatendiendo crecientemente la cuestión social, mientras que los grupos católicos que buscaban ocuparse de ella eran despreciados por la jerarquía y, además, carecían de ascendiente en los sectores que buscaban ayudar. Es por ello que la Iglesia tuvo una actitud principalmente pragmática al buscar un posicionamiento institucional fuerte, aliándose con aquellos grupos que podían alimentar su hegemonía, financiar su institución y legitimar su posición, tal como ocurrió con: la oligarquía bonaerense, el gobierno militar de 1943, y luego su alianza implícita con el peronismo durante los primeros años del gobierno.

En pleno gobierno peronista, la Iglesia mantuvo aquella estrategia pragmática. Por ejemplo, entre 1945 y 1946, el presupuesto estatal para la Iglesia se duplicó (Caimari, 1995: 126), además, a lo largo del gobierno, los funcionarios de la Iglesia comenzaron a recibir ciertos beneficios –aguinaldos, aumentos de sueldos– así como un cambio de estatus, comenzando a ser incorporados como otros elementos más de burocracia estatal (Caimari, 1995: 127). Pero, el Estado comenzaba a absorber a la Iglesia, y la importancia que esta logró tener durante el gobierno militar de 1943 se desploma, perdiendo toda capacidad de influencia frente al peronismo.

Posteriormente, durante la segunda mitad del primer gobierno peronista, las contradicciones se agudizan. Desde principios de 1950 hasta finales del gobierno de Perón, el conflicto entre Iglesia y Estado se había redefinido en términos dicotómicos, es decir, entre el ‘catolicismo

justicialista' versus el 'catolicismo de la Iglesia', siendo derrotado este último. La potencia del Estado en la captación de los obreros y las capas bajas de la sociedad mediante diversas formas de agencias de cooptación –como lo fue la propia Secretaría del Trabajo que controló Perón durante la dictadura–, sumado a la falta de consenso que suscitaban dentro de la Iglesia los movimientos políticos católicos (Caimari, 1995: 292), llevó a que la formación de un partido de orientación socialcristiana en la Argentina ocurriera recién en 1954, ya cuando la crisis del gobierno de Perón alcanzaba un desenlace golpista. Pero, además de su tardía aparición, este partido tuvo muy poca relevancia en lo que a captación de las preferencias electorales se refiere. En efecto, en las sucesivas elecciones que van de 1957 a 1963, la Democracia Cristiana argentina no supera el 5% de las preferencias de los votantes (Snow, 1979: 28).

Esta evidencia apoya la tesis de que una Iglesia aún recluida en la inspiración colonial, es decir, fundada en el conservadurismo, contribuye a que el peronismo emerja, sumado a la pericia de este para asirse del estandarte de la renovación y de la Doctrina Social. Durante el régimen populista, la influencia del catolicismo se ve aún más deteriorada. Por un lado, el peronismo debilita a los partidos socialcristianos, careciendo estos de base de apoyo considerable para ser una alternativa electoral plausible. Por otro lado, los movimientos católicos de obreros, tampoco pueden enfrentar al Estado populista y su sindicalismo corporativista. En su otro flanco, tienen a la jerárquica católica nacional fuertemente conservadora que termina por constreñirlos. Por ejemplo, la Juventud Obrera Católica (JOC), que buscaba una apertura cristiana hacia los obreros en función de la Doctrina Social, estuvo permanentemente enfrentada a la oligarquía, no tanto así contra el peronismo, lo que da cuenta incluso de una lucha generacional entre los jóvenes clérigos versus el episcopado conservador (Caimari, 1995: 300). No obstante, a pesar de esta diferencia que estaba recluida dentro de la Iglesia, la crisis explota cuando surge el líder populista y comienza a criticar el tipo de catolicismo conservador de la Iglesia, en contraste con las acciones concretas que el gobierno llevaba a cabo respecto de la cuestión social. Toda reacción posterior de la Iglesia sería en vano, el Estado populista de Perón la había anulado.

## **B) Diversidad de estrategias católicas frente a la oligarquía y al populismo brasileños**

La era del Imperio de Brasil, lejos de ser una edad dorada para la Iglesia Católica, resultó ser al menos poco propicia para la jerarquía. Esto porque Dom Pedro II veía con recelo las prerrogativas que esta tenía, a pesar de que aceptaba su papel de jefe de la Iglesia en el Imperio. Sin embargo, solo la consideraba como una más de sus funciones. En efecto, “La religión se concebía como un dique para frenar desordenes sociales y políticos y como garantía de orden social en beneficio de las clases terratenientes dominantes. Todo lo que no fuese esa misión se consideraba injerencia intolerable en el área específica del poder temporal” (Sixirei, 2001: 696). A ello se le suma que el Vaticano tenía otras preocupaciones, dentro de las que no cabía lo que pasara en América, provocando, entre otras cosas, que durante el reinado de Dom Pedro II se crearan apenas tres nuevos obispados, se vetara la encíclica *Quanta Cura* y se produjera el encarcelamiento de obispos que conflictuaron con el poder político (Sixirei, 2001: 696).

El fin del Imperio y el arribo de la oligarquía republicana fue visto con cierto agrado por la jerarquía eclesial –ello a pesar de que profesaban más el positivismo que el clericalismo–, lo que se tradujo en que el suceso se convirtió en una liberación de la Iglesia respecto de su sujeción al poder político. Así, lo pernicioso de todo esto para la Iglesia fue que en la Constitución de 1891 se plasma la separación de Iglesia y Estado, desaparece la enseñanza religiosa de escuelas públicas, y el Estado deja de mantenerla económicamente, a la vez que el financiamiento de las obras que dirigía la Iglesia, como hospitales o asilos, debían acordarse anualmente en el poder legislativo (Sixirei, 2001: 696).

No obstante ello, en los primeros 30 años del siglo XX, durante la *República Velha*, la jerarquía sí se logró vincular fuertemente con ciertos sectores de la oligarquía dominante. Esto, pues, se convierte en una condición favorable al surgimiento del populismo:

La política que llevó a cabo la Iglesia brasileña (...) se centró más en la propaganda y en la defensa de los derechos de los católicos que en la expansión de la fe. El redentorista Júlio María, el primer brasileño que profesó en esta orden y uno de los clérigos más influyentes de su época,



se dedicó a la tarea propagandística con gran ardor entre 1891 y 1895. Su objetivo fue movilizar a la intelectualidad, las clases medias y los sectores oligárquicos afines al catolicismo para combatir las doctrinas positivistas. Sin embargo, la jerarquía era consciente de su debilidad y buscó apoyo en el poder político el cual resultó sensible a una alianza que le condecía legitimidad frente a los monárquicos. Esta estrategia comenzará a concretarse en 1916 cuando se publica la Carta Pastoral del Arzobispo de Olinda, Sebastián Leme, futuro Cardenal de Río. La Carta destacaba la paradoja de que, mientras que la mayor parte de la población de Brasil se declaraba católica, la influencia de la Iglesia en las masas era mínima, especialmente entre las élites intelectuales más atraídas por el materialismo y el agnostismo. Las soluciones que se apuntaban consistían en reforzar la enseñanza religiosa, participar en el poder civil e instrumentalizar sus recursos para difundir la religión (...) lo que hacía Leme era defender una estrategia de grupo de presión (Sixirei, 2001: 697).

En la década del 20, las ideas ultramontanas siguieron incubándose en la jerarquía católica, lo cual, a su vez, coincide con el traslado de Leme a la sede de Río de Janeiro. Se crean, por otro lado, el Centro Dom Vital y la revista *A Ordem*, esta última congregaba a los pensadores católicos de ese tiempo. Al mismo tiempo, surge la figura de Jackson de Figueiredo, quien, en palabras de Sixirei (2001: 698), “fue el más destacado y contumaz representante en Brasil del pensamiento y la obra de Charles Maurras”, el cual fuera un influyente nacionalista y pro-monárquico francés de extrema derecha. En efecto, Figueiredo patrocinó acciones como la censura de prensa por parte del presidente Bernardes entre 1922 y 1924. Pero, en lo que más se destaca su posición conservadora es en su acérrima oposición al *tenentismo*.

Sin embargo, la actitud de la Iglesia frente a la Revolución de 1930 fue diversa. El Arzobispo de Porto Alegre celebró la llegada de Vargas, mientras que desde la revista *Vozes*, de inspiración jesuítica aunque en tonos conservadores, se llamó a su rechazo por su carácter dictatorial. Por otro lado, el cardenal Leme tuvo una actitud que pudiese resultar contradictoria: acompañó la extradición del expresidente Washington Luiz y, a su vez, mantuvo cercanas relaciones con Vargas, pasando “a convertirse en el «Capellán del Régimen»” (Sixirei, 2001: 699).

En definitiva, los logros de la influencia católica en el nuevo régimen no fueron solo superficiales, como se puede creer respecto de la frase con que comienza la Constitución de

1934 –“Nosotros, los representantes del Pueblo Brasileño, poniendo nuestra confianza en Dios (...)”–, sino que también operativos, como fue el matrimonio religioso por ley civil y la pluralidad sindical (Sixirei, 2001: 700), que limitaba, en cierta medida, al corporativismo que ganaba terreno durante el varguismo. Pero, efectivamente, la postura católica colisionaba con el orden corporativista, sepultando con ello las pretensiones hegemónicas de la Iglesia (Sixirei, 2001: 701).

Durante los próximos años, se consagra la variabilidad de la actitud de la Iglesia católica frente al régimen. Ello queda consignado, por una parte, en el acercamiento al integralismo y su consecuente alejamiento de la postura oficial del catolicismo romano. Este avance hacia el polo más ultramontano, se concreta en el apoyo de sacerdotes y obispos, por momentos explícito, hacia el movimiento ultraderechista Ação Integralista Brasileira (AIB). Así, la militancia política de parte del catolicismo se volvía más conservadora y fascista, y se enfrentaba al corporativismo populista de Vargas. Por otra parte, y en menor medida, ciertos católicos de inspiración socialcristiana de Acción Católica se vincularon con la Aliança Nacional Libertadora (ANL) del polo izquierdista, liderada por Plínio Salgado, y la cual, por su parte, enfrentó a la AIB (Sixirei, 2001: 701). Además, dentro de la misma jerarquía brasileña se gesta un cisma, que lo representa el clérigo Carlos Duarte Costa, que años más tarde fundaría el ICAB (Iglesia Católica Apostólica Brasileña). Gracias, tal vez a esta ambigüedad de la jerarquía frente al régimen de Vargas –además de otras críticas relacionadas con la infalibilidad pontificia de Roma–, es que el obispo de Botucatu con los años funda su propio credo, alejándose definitivamente de la jerarquía.

Así y todo, con la llegada del *Estado Novo* en 1937, la Iglesia nuevamente entrega su apoyo al proyecto liderado por Getúlio Vargas, aunque esta vez por tendencias vinculadas más a posturas socialcristianas que eran acogidas con agrado bajo el régimen. Los Círculos Operarios –en contraste con lo que ocurre en el caso argentino– son un ejemplo de ello. Sindicato católico creado por el jesuita Leopoldo Brentano en 1935, adquiere gran relevancia durante esta nueva etapa del liderazgo varguista, porque a tan solo dos años de su creación alcanza tal tamaño que suscita el surgimiento de la Confederación Nacional de Círculos Obreros, “que, en 1941, un decreto federal reconoció como órgano técnico y de consulta del

Ministerio del Trabajo, al margen de la estructura sindical corporativa controlada desde el Gobierno lo que colocaba a los Círculos en una situación privilegiada al ser la única organización obrera que gozaba de relativa independencia” (Sixirei, 2001: 703). Pero, si bien se puede creer que la Confederación representaba un contrapeso a la acción corporativista del *Estado Novo*, lo que sucedió fue también una cooptación de estos sindicatos católicos. En efecto, tanto los Círculos como la propia Acción Católica proporcionaron a Vargas importantes figuras para el régimen estadonovista (Sixirei, 2001: 703).

Sin embargo, el proyecto católico del episcopado con el del Gobierno de Vargas no terminan de cuajar. Al momento que también la Iglesia decide oponerse, a principio de la década de los cuarenta. Es en este proceso en que también la intelectualidad católica, principalmente Amoroso de Lima, y otros intelectuales de las revistas *Vozes* y *A Ordem*, comienzan la renovación de la Iglesia, inspirados principalmente en las enseñanzas de Maritain. La idea central que se rescata es que la llegada de esta ideología, en tanto influencia socialcristiana política concreta, hace soltar las amarras que el progresismo católico tenía con el *Estado Novo* y, finalmente, el catolicismo socialcristiano, abrigando los deseos de democratización, se enfrenta a Vargas.

Más aún, cabe señalar también que al tiempo que es derrocado el Estado Novo aparece el Partido Democrata Cristão de Brasil. Sin embargo, desde su aparición posee un discreto desempeño electoral. Por ejemplo, en la elección estadual de 1947, obtiene 70.864 votos – concentrados en solamente 5 estados: Minas Gerais, Espírito Santo, Rio de Janeiro, Distrito Federal y São Paulo– y ubicándose como el noveno partido más votado, muy por detrás de partidos tradicionales como el PSB, el PTB o el PCB. Su desempeño en la obtención de escaños para representantes es aún menos significativa, con 2 diputados electos en 1945 y 3 representantes en 1954 (IBGE). No obstante ello, de sus filas emergió Jânio Quadros quien fuera *vereador* o legislador municipal del PDC, y luego llegar a la presidencia, aunque no con el apoyo de su partido de origen.

A lo anterior, se le debe agregar lo que Mainwaring y Scully (2010: 60-63) denominan como partido demócrata cristiano de primera generación, que a juicio de los autores corresponde a

aquellos partidos que llevaron la marca del catolicismo anterior al Concilio Vaticano II: “La primera generación de líderes democratacristianos frecuentemente había participado en el movimiento laico Acción Católica, en esa época más conservador y más clerical que en décadas posteriores” (Mainwaring y Scully, 2010: 61). Este matiz que lo acerca al conservadurismo, sumado a las actitudes dispares de los sectores de la Iglesia, dan cuenta de la ausencia de una decidida renovación del catolicismo brasileño, frente a la potencia del corporativismo populista de temprana aparición en Brasil que se impuso en la atracción del electorado y los trabajadores.

### **C) El liberacionismo chavista versus al catolicismo episcopal venezolano**

A diferencia del Partido Democrata Cristão de Brasil, el partido socialcristiano venezolano, denominado COPEI, ha alcanzado grandes votaciones y varios presidentes en un período significativamente extenso. En efecto, tres candidatos del COPEI llegaron al Palacio de Miraflores, entre ellos su líder más representativo, Rafael Caldera, que fue presidente en dos períodos, desde 1969 a 1974 y desde 1994 a 1999, mientras que Luis Herrera Campins lo fue desde 1979 a 1984. Hacia el fin de los años setenta tiene su apogeo en el Senado con 47,7% de los escaños, mientras que en la Cámara de Diputados ese mismo año obtuvieron un 42,2%.

El COPEI nace de una diseminación temprana de las ideas de la Doctrina Social. Y a pesar de ser considerado un partido demócrata cristiano de primera generación, su desarrollo se caracteriza más bien por un fuerte progresismo. Su inmediatamente predecesor, la denominada Acción Nacional, se caracterizaba por una impronta más bien conservadora y confesional, mientras que el COPEI nace a partir de una facción progresista y de izquierda de la Acción Nacional, en el año 1946, por iniciativa del propio Rafael Caldera (Hawkins, 2010a: 154-155). Entonces, preliminarmente frente a la pregunta sobre el porqué el populismo estuvo contenido durante toda la segunda mitad del siglo XX, en gran medida se ha debido a la potencia que adquirió un partido como este en Venezuela.

Pero, a pesar de este éxito electoral, la Iglesia Católica en su conjunto, e incluso la jerarquía en particular, generalmente, se mantuvo al margen de una vinculación más directa con el

COPEI, el cual, por su parte, pasó de ser un partido ideológico de inspiración socialcristiana a uno de tipo *catch-all*, en que sus diferencias con su principal contendiente, Acción Democrática, se difuminaron. Además, la vuelta a la democracia bajo el esquema puntofijista vio nacer el concordato o *Modus Vivendi* entre el Estado y la Iglesia. Así, en 1964, año en que se concreta este acuerdo, la Iglesia queda liberada de la subordinación laica, obteniendo mayor autonomía para su autogobierno y gestión de sus recursos, entre otros aspectos (Aveledo, 2012: 44). Seguramente, ambos factores provocaron que la Iglesia se desmarcara de la política partidista y del Pacto de Punto Fijo, al momento que “los obispos hicieron importantes críticas a lo que percibían era un desarrollo injusto y corrompido dentro del sistema democrático venezolano” (Aveledo, 2012: 45). La Conferencia Episcopal, hacia fines de la década del ochenta, sostenía lo siguiente:

Nos encontramos casi en una situación de bancarrota. Y ahora comienza una era de verdadera austeridad, de vida sencilla y sacrificada, y de exigente trabajo constructivo. Pero los sacrificios no pueden ser cargados sobre los hombros de la clase media y los pobres. Quienes ejercen los poderes públicos, en representación y por mandato del pueblo que allí los colocó, deben dar el primer ejemplo de austeridad y de honestidad. Los ciudadanos pudientes deben hacer más sacrificios porque más tienen. (...) El rechazo a la violencia popular presente en los saqueos de fines de febrero [de 1989], nos lleva a denunciar como violento, y por ello anticristiano, el engaño al pueblo, el someterlo a condiciones infrahumanas de vida, el saqueo de la nación, al despojar al ciudadano de sus legítimos derechos mediante normas y leyes injustas, o por la aplicación de agobiantes políticas económicas (Conferencia Episcopal Venezolana, 1989).

Y si bien la jerarquía eclesial criticó al arreglo político venezolano puntofijista y los paquetes de ajuste estructural aplicados, con la llegada de Chávez la crítica proviene de aún más a la izquierda de los obispos, desde la denominada Revolución Bolivariana. Mientras que durante el puntofijismo la jerarquía criticó a aquella oligarquía política tanto de AD como del COPEI, durante el chavismo la identificación de la oligarquía se invierte: la Conferencia Episcopal es vista como parte constituyente de esa misma oligarquía. Sin embargo, el chavismo no es, necesariamente, anticlerical, por el contrario, al igual que el peronismo y el varguismo, se ha servido del cristianismo para sustentar su programa político, pero en este caso es un cristianismo de corte más liberacionista, en consecuencia más progresista que el propio socialcristianismo de la jerarquía católica. Se produce así un conflicto ético respecto de la

interpretación del cristianismo, y a pesar de que en el chavismo existía cierta hostilidad hacia la religión, este rechazo se focalizaba particularmente hacia el episcopado. En definitiva, la crítica del chavismo corresponde propiamente tal al cuestionamiento populista a la religión en que se identifica a la jerarquía como parte de la élite y que trabaja en alianza con los sectores hegemónicos que se oponen al pueblo y lo oprimen<sup>112</sup>.

Para 1999, en plena discusión respecto de la Asamblea Constituyente, aún no explotaba una abierta oposición de la jerarquía católica respecto del gobierno de Hugo Chávez. La Conferencia Episcopal sugería moderación entre los partidos y el gobierno, mientras que el gobierno llegó a señalar que “una cosa eran los obispos y otra los católicos, idea que fue repetida por un movimiento ad-hoc llamado «Somos Iglesia», creado por simpatizantes de chavismo” (Aveledo, 2012: 48). Pero, a pesar del llamado del episcopado, ciertos obispos y un cardenal –Luckbert, Porras y Castillo– manifestaron públicamente aprehensiones respecto de la campaña del presidente a favor del nuevo texto constitucional. Así, nuevos hechos van marcando la trayectoria del empeoramiento de las relaciones entre chavismo y jerarquía eclesiástica, como es el Decreto N° 1.011 sobre Profesión Docente, que para la Iglesia era una maximización del Estado Docente en desmedro de la libertad de educación, particularmente la católica. Hacia 2002 la situación escala, por una parte, hasta el Vaticano y, por otro, hasta el dilema respecto del intento del golpe de Estado de ese año. En la primera situación, el Nuncio Apostólico Dupuy criticó la actitud politizada del clero de la Conferencia Episcopal, y días más tarde el Cardenal Velasco criticó a ciertos religiosos de descuidar su actitud pastoral en desmedro de tomar partido político, a lo cual Chávez retruca “el Cardenal Velasco y un grupo de obispos tienen una posición política tomada, puntofijista (...) [no] viven con el pueblo en las calles, compartiendo las llagas del pueblo (...) Nosotros somos todos la Iglesia, no son ustedes dos o tres” (Chávez citado en Aveledo, 2012: 49). Seguramente, durante el golpe de Estado de abril de 2002, el actuar de la jerarquía termina

---

<sup>112</sup> Esto es a lo que Aveledo denomina “Cristomarxismo bolivariano”: “(...) en las tradiciones ideológicas venezolanas a las que pertenecería el chavismo (tanto en sus componentes nacionalistas como en sus componentes de izquierda marxista) existían importantes elementos de anticlericalismo, combinados con cierta ambivalencia ante el fenómeno religioso y la fidelidad popular. La hostilidad del marxismo criollo hacia el establecimiento formal del clero (...) era acompañada por la noción según la cual el clero estaría separado de su feligresía, y por lo tanto la verdadera doctrina salvífica de Cristo estaría en la revolución bolivariana: el llamado “Cristomarxismo bolivariano” del MVR (Aveledo, 2012: 46).

por consagrar una abierta oposición entre episcopado y gobierno, esto porque tanto Monseñor Porras como el Cardenal Velasco apoyaron la intentona golpista cívico-militar, es más, este último firmó el acta constitutiva del gobierno de un día de Pedro Carmona (Aveledo, 2012: 49).

Posterior a los sucesos de abril de 2002, la relación entre jerarquía y chavismo se polarizó definitivamente, y Chávez buscó aumentar el nivel de apropiación del catolicismo. Así, por ejemplo, en noviembre de 2003, es lanzada la Misión Cristo, un programa asistencial para la erradicación de la pobreza. La oposición entre el cristianismo chavista centrado en los pobres frente al catolicismo de la jerarquía, se manifestó hasta en aquellos asuntos bioéticos como el aborto. A propósito de la reforma al Código Penal, Baltasar Porras, presidente de la Conferencia Episcopal, emitió fuertes críticas a aquellos artículos que buscaron despenalizarlo, a la vez que desde el chavismo, particularmente la diputada Iris Varela del MVR cuestiona que Porras sea quien representara fielmente a la Iglesia Católica: “La iglesia católica puedo ser yo, usted. Hay que ver cuál es el sector de la Iglesia que él [Porras] representa” (Varela citada en Aveledo, 2012: 50).

Para el año 2007, la Conferencia Episcopal venezolana toma ya una abierta oposición, a propósito de la discusión previa respecto de Referéndum que entregaría reelección indefinida a los cargos de presidente, el Referéndum finalmente fue rechazado. Pero, para 2009, se vuelve a replantear la misma iniciativa en un nuevo Referéndum, y Monseñor Urosa reacciona nuevamente oponiéndose, afirmando que la iniciativa solo traería más problemas. Evidentemente, a esto Chávez responde calificando dichas afirmaciones como manipuladoras. Esta disputa entre Urosa y el chavismo escaló incluso a tal punto que el obispo fue interpelado por la Asamblea Nacional en 2010, apelándose a que el prelado habría violado el *Modus Vivendi* (Aveledo, 2012: 51).

Finalmente, también cabría señalar que al nivel de la jerarquía, así como del clero regular, se produjo una iniciativa cismática dentro de la Iglesia católica, que en conjunto con herederos del cisma anglicano proponían la reforma dentro del culto romano, y se denominaron como Iglesia Católica Reformada de Venezuela: “esta iglesia la fundaron disidentes católicos,

luteranos y de otras denominaciones, incluyendo prelados del ordinariato militar (...) se trataría de una comunidad católica, bolivariana y apocalíptica” (Aveledo, 2012: 51). Pues bien, a diferencia de la ICAB en Brasil, esta iglesia cismática se posiciona favorablemente frente al populismo.

#### **D) Iglesia y populismo en perspectiva comparada**

En los tres casos, la pugna entre Iglesia y Estado se desenvuelve con sus propias particularidades. Sin embargo, para los tres populismos, la disputa fue sobre quién representaba el verdadero catolicismo, aquel vinculado a la oligarquía o aquel vinculado al pueblo. Dicho de otra manera, la acción del populismo consiste en distinguir dos configuraciones políticas opuestas del catolicismo. Especialmente en Argentina y Venezuela, el catolicismo populista definió el esquema de la disputa política, y tiene que ver con qué sector se arroga la representación clerical más progresista. En Argentina lo logró Perón claramente durante su primer gobierno, y en Venezuela Chávez con su cristianismo liberacionista se enfrentó duramente al episcopado. En Brasil, sin embargo, la situación no es tan clara, el catolicismo de la jerarquía no se terminó de alejar de forma tan rápida ni nítida del populismo como en los dos casos anteriores, aunque definitivamente este distanciamiento sigue la senda de los otros dos casos, y se consuma hacia el final del *Estado Novo*.

En este punto cabe preguntarse, entonces, qué factor presente en los tres casos es el que propicia un escenario favorable para el populismo. Como se ha mencionado, este tiene que ver con una situación de alto conservadurismo de la jerarquía católica y en asociación con aquellos sectores políticos comparativamente también más conservadores. Pero, para efectos de lograr un buen punto de contraste y así distinguir más claramente esta situación, se presenta el caso chileno ya considerado anteriormente.

Como probablemente en toda Latinoamérica, en Chile en el siglo XIX y en el primer cuarto del siglo XX, la Iglesia católica estuvo fuertemente identificada con el Partido Conservador, el cual luchó por las prerrogativas eclesiales en el Congreso (Smith, 1982: 71-72). Sin embargo, en concordancia con lo que consignaría la Constitución de 1925, el Arzobispo de



Santiago Crescente Errázuriz, en 1922, escribió una carta pastoral en que prohibía la intervención de personeros eclesiales de todo tipo dentro de los partidos políticos y en disputas políticas, con ello buscaba lograr una neutralidad política para la Iglesia, preservando así la independencia de la institución (Smith, 1982: 72-76). No obstante, las relaciones entre la Iglesia y los conservadores se redefinen explícita y oficialmente solo dos años después de la muerte de Errázuriz, en 1933, cuando el Obispo Fuenzalida de Concepción se mostraba partidario de volver a unir Iglesia y Estado, y hacía referencia a la necesidad de la existencia de un partido que representase los intereses católicos. Por otro lado, los líderes conservadores se mostraban deseosos de mantener un apoyo católico para sí. Nuevamente se daban las condiciones para re-vincular Iglesia y conservadurismo. Ello no tardó en suceder, y para noviembre de 1933, en una reunión anual de obispos, decidieron anunciar su apoyo público al Partido Conservador (Smith, 1982: 78-79). Sin embargo, el Vaticano condenó estos apoyos explícitos (Smith, 1982: 80).

Pero esta situación empieza a cambiar a partir de 1935, período en el cual comienzan a producirse los primeros tránsitos hacia una variante más progresista dentro de la jerarquía chilena, como se observa con el obispo y posterior arzobispo de Santiago José María Caro, quien, entre otras acciones, le entregó legitimidad al gobierno de Pedro Aguirre Cerda a través de una carta pública dirigida al presidente. A pesar de ello, la evidencia indica que las preferencias políticas de los electores declaradamente católicos observantes seguían ancladas en el conservadurismo (Smith, 1982: 88-91).

Aunque en los años previos, bajo lo que se ha denominado como ‘la siembra de ideas’<sup>113</sup> (Hawkins, 2010a: 11-120) y que ha ocurrido en gran parte de Latinoamérica, sucedió que, particularmente temprano en Chile, ciertos clérigos progresistas y renovados en torno a la Doctrina Social infundieran las enseñanzas en diversos líderes políticos, especialmente en

---

<sup>113</sup> Según Smith (1982) el cambio hacia el progresismo social que sufre la jerarquía católica chilena se explica por la renovación de los obispos durante poco más de una década, y la relación que se gesta con los nuevos políticos socialcristianos: “Between 1955 and 1964, fourteen of the twenty-eight bishops in the country retired or died and their replacements tended to be social progressives. Seven of the new bishops as young priests had been chaplains of Catholic Action programs. All of them had received their education in the same high schools and university circles which formed the leaders of the Christian Democratic Party in the 1930s and 1940s. Many of the new bishops and leaders of the PDC also had close friendship or family ties” (Smith, 1982: 112).

aquellos agrupados en la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos. El principal de los religiosos fue el padre Óscar Larson, pero incluso antes que él estuvo su maestro, el sacerdote jesuita Fernando Vives a quien conoció en 1916, y que enseñaba en el tradicional Colegio San Ignacio, sacerdote que inspiró al propio Larson a la vida clerical (Hawkins, 2010a: 152-154). No cabe duda que estos orígenes están a la base de lo que, hacia fines de la década del 30, sería la Falange Nacional. Sin embargo, otros grupos socialcristianos como la JOC (Juventud Obrera Católica) del Obispo Manuel Larraín de Talca, y como la ASCh (Asociación Sindical Chilena), formada por San Alberto Hurtado, tuvieron un menor alcance. Esto se ve reflejado en que muchos de los sectores sociales a los cuales apuntaban permanecían ampliamente desorganizados o dominados por movimientos de ideologías de izquierda, algo propio de los comienzos del movimiento obrero (Smith, 1982: 96).

La Falange por su parte, en tanto movimiento político nacido de una escisión del Partido Conservador en 1935, y que fue crítica de la falta de capacidad del partido para enfrentar el problema de la cuestión social, provocó un fuerte rechazo por parte de la jerarquía católica. Entre otras cosas porque favoreció el establecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y criticó las prácticas autoritarias del denominado ‘régimen católico’ de Franco en España. Era de esperar que la Iglesia no aceptara este comportamiento, debido a que condenaba fuertemente el marxismo ateo y, muchas veces, el Vaticano apoyó gobiernos católicos no democráticos. Motivos suficientes para que el Cardenal Caro reiterara la censura a la Falange por la ‘falta de respeto’ que había tenido con el episcopado y las posiciones que mostraba frente a fuerzas políticas no creyentes (Smith, 1982: 97-98).

Sin embargo, a comienzos de los años sesenta, la situación se invierte. Se produce una equivalencia entre los principios de la Iglesia que coincidían estrechamente con los del Partido Demócrata Cristiano (PDC), denominación que adquiere la Falange en 1957 gracias a la anexión de otros grupos de similar inspiración ideológica. Primero en 1962, mediante dos cartas pastorales, los obispos dejan de manifiesto que los problemas sociopolíticos chilenos merecen bastante atención. Critican fuertemente la baja utilización de la tierra, ausencia de patronos en el campo y falta de asistencia técnica y entrenamiento para los pequeños propietarios. Para ello veían necesaria una Reforma Agraria. Pedían también

reformular el sector administrativo del Estado, el régimen industrial, la distribución del ingreso, etcétera. Además condenaban al marxismo, representado en ese momento por Salvador Allende, pero también criticaron el liberalismo. Si bien, en términos generales, no fue un apoyo explícito al PDC y a Eduardo Frei Montalva, sí ayudó para que dentro de los católicos el candidato ganara apoyo (Smith, 1982: 109-111). En definitiva, la síntesis de las directrices de las cartas pastorales coincidía en gran medida con los principios y objetivos del PDC, lo que llevaba a que se redefiniera, al menos de forma implícita, un nuevo vínculo entre la Iglesia y la política.

Encuestas de la época y que son relevadas por Brian Smith (1982: 108, 130) indican que si bien no existió un apoyo electoral decidido al PDC, y este estuvo mediatizado por el denominado ‘miedo al comunismo’, sí se produjo un alejamiento definitivo de la preferencia hegemónica del conservadurismo por parte de los creyentes en Chile. Si en 1964 el apoyo de los católicos a Frei Montalva y al PDC fue aplastante –pero cabe recordar que la derecha no presentó candidato–, en 1970 cayó considerablemente. Por ejemplo, en Santiago, los católicos que regularmente practican el culto y que son partidarios del PDC alcanzan el 29,2%, y los ocasionalmente practicantes alcanzan el 22,8%, frente a porcentajes que en 1964 superaban el 50%. Sin embargo, el apoyo de los católicos no se fue necesariamente hacia el Partido Nacional –formado por los antiguos partidos Conservador y Liberal–, debido a que sus porcentajes, si bien subieron respecto de 1964, tuvieron un aumento marginal. También el apoyo de los católicos subió en más de 10 puntos porcentuales respecto de las preferencias por Allende y poco más de 5 en lo que respecta a las preferencias hacia la Unidad Popular. Pero, donde sí se nota más clara la preferencia de los católicos hacia la derecha es en los candidatos presidenciales, ahí Alessandri supera en más de 10 puntos porcentuales a Tomic, el candidato del PDC, ya sea respecto de católicos que, tanto regular como ocasionalmente, practican el culto.

Finalmente, cabe consignar otro antecedente. Este tiene que ver con que entre 1960 y 1964 la Iglesia recibió grandes aportes en personal y dinero provenientes de Europa occidental y Norteamérica. El número de religiosas y sacerdotes aumentó en un 65%, sumando a unos 34 millones de dólares en ayuda financiera por las organizaciones europeas y norteamericanas

manejadas por obispos (Smith, 1982: 122-123). Sin duda que este factor además contribuyó a que la Iglesia dejase de depender económicamente de la oligarquía nacional y, consecuentemente, abandonara sus vínculos con el conservadurismo, volcando sus preferencias ideológicas hacia el socialcristianismo.

Comparativamente se observa que tanto en el caso argentino como en el chileno, la Iglesia estuvo ligada al conservadurismo hasta mediados del siglo XX, mientras que en el brasileño este vínculo se rompió con anticipación. Sin embargo, existe una diferencia importante entre estos dos casos de análisis y el caso de control chileno, y es que la Iglesia chilena devino hacia posturas decididamente progresistas, si bien tuvo en algunas situaciones un impacto modesto en la sociedad –como fue al conformar organizaciones sindicales–, en otro plano logró vincularse con la muy potente organización partidista de la época, el PDC, el cual se transformó en el obstáculo para que alternativas electorales populistas se consolidasen, como fue con Ibáñez por los años 50. La Iglesia argentina, por su parte, no ejecutó este cambio, ni tampoco tuvo la oportunidad, debido al temprano y fortísimo surgimiento del corporativismo peronista. Mientras que la Iglesia en Brasil tuvo una actitud ampliamente variable, lo cual la llevó a vincularse directamente con el régimen de Vargas –y no a través de un partido– en un período, particularmente durante el *Estado Novo*, sin embargo, gracias a ese hecho es que el régimen pudo cooptar a importantes líderes socialcristianos. En este contexto, la emergencia del Partido Democrata Cristão en 1945 sucede recién al final del primer período de Vargas y cuando ya la Iglesia, en su variante más progresista, había dado la espalda al régimen. Ciertamente, en Argentina como en Brasil, la Iglesia se convierte en un actor político que sucumbe en todos sus frentes ante a la potencia del Estado, ya sea por un componente de fuerte conservadurismo –en Argentina en general, y en Brasil gracias al integralismo– como por la existencia de una amplia variedad de inspiraciones, particularmente este es el caso de Brasil. En Chile, sin embargo, no sucede esto, sino que más bien lo que ocurre es un giro de la Iglesia hacia el socialcristianismo, cuando aún el populismo no había emergido, ello sin duda que contribuyó a la formación de una democracia cristiana potente electoralmente. Por su parte Venezuela, caso comparado que ocurre temporalmente desplazado hacia fines del siglo XX, se asemeja en gran medida al del peronismo, a pesar de ya haber vivido el denominado Pacto de Punto Fijo, en que el partido socialcristiano COPEI participó

exitosamente por varias décadas de la competencia electoral. Sin embargo, en el contexto de la aguda crisis social y económica venezolana, y con una Conferencia Episcopal no lo suficientemente progresista como para aceptar al ‘liberacionismo chavista’, este régimen consiguió asociar a la jerarquía con el desgastado puntofijismo, recreando así una nueva imagen de la oligarquía, de corte puntofijista, y atribuyéndose la verdadera representación de lo cristiano.

## 2. LA HETERONOMÍA DEL MOVIMIENTO OBRERO

Para que un populismo pueda instaurarse requiere de grandes sectores de apoyo que pueden encontrarse en las clases obreras, particularmente ciudadinas, ello porque el populismo es un modo de vinculación político que se desenvuelve principalmente en las grandes zonas urbanas. Por esta razón, el surgimiento del populismo, en sentido amplio, se beneficia de la ausencia de organización de gran parte del movimiento obrero. No obstante, y aunque estén organizadas en ciertos sectores productivos, el populismo puede llegar a absorber organizaciones preexistentes, cooptándolas desde el aparato estatal.

### A) Represión, división y cooptación sindical en Argentina

En una primera fase, es decir, desde el nacimiento del movimiento obrero a mediados del siglo XIX, hasta la década de 1920 inclusive, existieron tres orientaciones dispares que se disputaron la hegemonía dentro del movimiento. Estas orientaciones, básicamente, son: la corriente socialista que perseguía la integración nacional de los trabajadores a través del sistema político y, por tanto, la subordinación de los sindicatos; la corriente anarquista que representaba la resistencia frente al Estado y a la política institucional en general, ya que era considerada la trinchera de la burguesía; y una corriente puramente sindicalista que “confiada en la eficacia disruptiva de la dinámica sindical unificada por sobre las discrepancias ideológicas e independiente de toda vanguardia política, procura desplazar a las dos anteriores” (Cheressky, 1984: 154).

En el inicio, las agrupaciones o primeras mancomunales de trabajadores se remontan hacia mediados del siglo XIX, precocidad que se debe a la gran actividad comercial que vivió el país desde muy temprana época. Ya para 1857 se forman las primeras organizaciones obreras, mas no de carácter propiamente sindical, sino más bien mutualistas, como fueron la Asociación Tipográfica Bonaerense y también la Sociedad de Zapateros San Crispín. Para 1877 se crea la primera organización sindical, la Unión Tipográfica Bonaerense que, ya en 1878, realizó una huelga por la reducción de salarios que afectaba a sus afiliados (Alba, 1964: 340). Posterior a ello, las organizaciones que comenzaban a emerger estuvieron influenciadas por corrientes ideológicas europeas llegadas a la Argentina gracias a los procesos de inmigración descritos en el Capítulo 8. Una de las principales fue el anarquismo que propugnaba métodos de acción directa contra los regímenes, dicho de otra manera, la primigenia forma de presión fue la huelga revolucionaria, aquella dirigida tanto contra el capital como contra el poder político, propugnando su desaparición. Esta corriente se organizó con la llegada al país del anarquista italiano Enrico Malatesta (1885), quien incentivó la creación de sociedades internacionales en diversos rubros –de carpinteros, ebanistas, y anexos– y en 1887 se constituyó la Sociedad Cosmopolita de Resistencia y Colocación de Obreros Panaderos, que fue la primera organización sindical de su tipo (Cheressky, 1984: 154).

Durante los primeros años del siglo XX hubo un predominio del anarquismo dentro del movimiento obrero y sindical, lo cual se refleja en la huelga de 1902, promovida por la Federación de Conductores de Carros, a la cual se pliega la FOA (Federación Obrera Argentina, 1901) llamando a una huelga general. Frente a ello, el gobierno reacciona rápida y severamente, aprobando la denominada Ley N° 4.144 o “Ley de residencia”, que permitía al ejecutivo expulsar a todo extranjero que con su conducta comprometiera la seguridad nacional o perturbase el orden público. Fiel a su lógica, los anarquistas siguieron manifestándose contra el Estado, y los primeros de mayo eran las fechas elegidas. Para 1909, las manifestaciones fueron reprimidas duramente y 12 manifestantes fueron muertos por la policía, lo cual provocó que hubiera un llamado a huelga por las dos multisindicales de ese tiempo, la UGT (Unión General del Trabajo, 1903) y la FORA (Federación Obrera Regional Argentina, 1904), esta última la más importante y que en su V Congreso de 1905 había

postulado los principios del comunismo anárquico, consolidándose la corriente bakuninista de acción sindical de clase, que entendía a los sindicatos como el elemento esencial de una futura sociedad basada en la solidaridad. Luego, para 1910, en plenas celebraciones del centenario de la independencia, la FORA llama a huelga general, reclamando violencia excesiva contra los manifestantes detenidos, la derogación de la Ley de residencia y la liberación de los sindicalistas presos. No obstante, el gobierno, lejos de reaccionar favorablemente, aprueba la Ley de Defensa Social, con lo cual se proscribía el anarquismo y se incrementan las penas por activismo sindical (Cheressky, 1984: 155-156).

Esta forma de sindicalismo vio su muerte años más tarde con las cruentas represiones de 1919 en Buenos Aires –también conocida como la Semana Trágica– y en 1920 en la Patagonia, siendo desplazada por otras dos ideologías, que en un principio se albergaron en la ya mencionada UGT donde predominaban las tendencias reformistas. Esta multisindical, que fue creada por los socialistas, se debilitó por los conflictos que emergen cuando surge en su seno una segunda corriente ideológica, la de sindicalistas independientes, disolviéndose en 1906 (Cheressky, 1984: 157).

El primero de ellos, el sindicalismo socialista se remonta a la fundación del Club Vorwarts (1882), por parte de alemanes exiliados, el cual será el antecedente del Partido Socialista de Argentina fundado en 1896. Apegado a una posición legalista, gracias a la influencia de Bernstein –un dirigente socialista alemán precursor de la socialdemocracia–, partían del supuesto de que la sociedad capitalista tendría una larga existencia, por lo que las luchas obreras deben ser replanteadas: mediante búsqueda de reformas gradualistas que finalmente condujeran a la transformación del sistema. La segunda corriente, de ideología sindicalista independiente, se ubica a medio camino entre el sindicalismo socialista y el anarcosindicalismo. Esto porque recogía del marxismo el principio de la lucha de clases, y del anarquismo la utilización de la acción directa contra el capital y contra el Estado –huelga general revolucionaria–, aunque criticaba el excesivo dogmatismo del anarquismo en pos de una estrategia más pragmática. Por otro lado, era menos elitista que el socialismo. El

resultado de ello fue una postura semilegalista, sin ataduras extremas a un determinado dogma ideológico y ampliamente desconfiada de los partidos políticos<sup>114</sup>.

En 1909, las corrientes no foristas, es decir, principalmente, socialistas y sindicalistas, se reagrupan en la CORA (Confederación Obrera Regional Argentina). No obstante, en 1914, la CORA realiza un congreso donde asisten hasta ciertos gremios autónomos, resolviéndose una adhesión en masa a la FORA. Pero, hacia 1915, con motivo del IX Congreso, se rompe aquella efímera unión, dejando escapar a unos pocos elementos anarquistas partidarios del sindicalismo revolucionario que se organizan en torno a la FORA del V Congreso –congreso en el cual se permitían propagandas de tipo anarquista que, para el IX Congreso de 1915, fueron suprimidas (Cheressky, 1984: 157). Por otro lado, se formó la FORA del IX Congreso, compuesta por sindicalistas, socialistas y uno pocos elementos anarquistas escindidos. Esta multisindical es la que tuvo más poder de convocatoria hacia la década del veinte, y ya desde 1915 a 1919 pasó a congregar de 51 a 531 sindicatos, es decir, aproximadamente, de 10.000 a 200.000 sindicalizados (Alba, 1964: 347-354). Esto significa un triunfo de aquellas tendencias ideológicas más reformistas por sobre las más anarquistas y revolucionarias o de acción directa.

El período que va entre 1920 y 1930, marcado por el auge del yrigoyenismo, es una época en la cual, en parte, se consolida el sindicalismo independiente. En 1922 se realizó una unificación sindical en la cual quedó fuera la FORA anarquista del V Congreso, y surgió la USA (Unión Sindical Argentina) donde se notó, desde un comienzo, el claro predominio de las corrientes sindicalistas, con algunos elementos del socialismo y comunismo. Pero, ya para 1926 surgió una nueva central sindical de la unión de elementos descontentos con la gestión de la USA, la cual se denominó COA (Confederación Obrera Argentina) que también fue una unión entre corrientes sindicalistas y socialistas, la que tuvo una abierta inspiración reformista (Cheressky, 1984: 159).

---

<sup>114</sup> Obtenido desde Asociación de Empleados de Farmacias (s.f.). Historia del Movimiento Obrero. *Notas y Editoriales*..



Avanzada la década, hacia fines de 1920, la COA aumentó su importancia respecto de la USA. En este contexto llega el golpe militar de 1930 que destrona a Yrigoyen, y donde el sindicalismo se encontraba dividido en la USA, la COA, la FORA anarquista y el Comité Nacional de Unidad Sindical Clasista de tendencia comunista. Durante todo el siguiente período preperonista, es decir, desde 1930 hasta 1943, se pueden establecer dos etapas que son: a) de 1930-1935, donde la mayoría sindicalista “promueve el apoliticismo de los sindicatos y la neutralidad frente al gobierno” (Cheressky, 1984: 160); y b) de 1936 a 1943, en el cual se observa un predominio de la tendencia sindical-socialista o de simpatizantes de dicho partido (Cheressky, 1984: 160).

En la primera etapa preperonista (1930-1935) surgen intentos unitarios que dan origen a la CGT (Confederación General de Trabajadores) en 1931 mediante la fusión de la USA y la COA. En esta central sindical predominaba una tendencia reformista por sobre la del socialismo marxista inspirada en la Revolución Rusa. Y a pesar de que algunos dirigentes participaron en reuniones en que se consideraba la posición de impulsar una resistencia popular a la dictadura de Uriburu, las posiciones prescindentes se impusieron rápidamente. Durante la dictadura, predomina el estado de sitio, y los trabajadores son reprimidos fuertemente: miles son detenidos y una cantidad importante son expulsados apelando a la Ley de Residencia. Ello produjo la redefinición de la CGT que, entonces, pasó por ser más bien un grupo de presión, que buscaba participar de los organismos estatales, luchando dentro de este espacio frente a la influencia de las patronales. Sin embargo, a pesar de que se puede consignar una mejora institucional de la multisindical, la Gran Depresión hizo que la situación obrera empeorara sostenidamente durante la década, y que la situación sindical no fuera muy auspiciosa, cuestión que fue aprovechada por la burguesía para disminuir salarios y que el gobierno, a su vez, no aplicara la normativa laboral existente. Frente a este fracaso de la corriente sindicalista, la minoría crítica socialista se ve beneficiada, aunque también se basaba en una posición reformista (Cheressky, 1984: 161-165).

Para 1932, se pueden identificar ciertos intentos del Partido Socialista por tutelar la CGT, o al menos coordinar su actuar. Y en 1933, La Fraternidad, uno de los principales sindicatos socialistas que agrupa a maquinistas y conductores de trenes, se une a la CGT. Empero, las

corrientes sindicalistas independientes se oponen a los intentos socialistas de controlarla, como ocurre cuando los socialistas pretendían que esta participara de las manifestaciones antifascistas, sin embargo, la multisindical dominada por los independientes se opone argumentando que la política nacional era el reducto de la burguesía, y el apoyo a ciertos partidos haría que se perdiera la independencia de clase (Cheressky, 1984: 166-167). No obstante ello, la posición sindicalista queda debilitada en 1934 debido a un cambio en la correlación de los poderes:

(...) las posiciones sindicalistas se debilitan globalmente debido a la oposición creciente entre la orientación de la cúspide cegetista y la de los principales sindicatos. El desplazamiento de A. Tramonti de la dirección de la Unión Ferroviaria y su reemplazo por el simpatizante socialista J. Domenech, a mediados de 1934, invierte la relación de fuerzas en el sindicalismo argentino. Los ferroviarios socialistas, bajo la égida de esto, capitalizaban el descontento de los activistas sindicales con una dirección que no había sabido salvaguardar las conquistas gremiales (Cheressky: 168).

Los puntos de desencuentro, si bien ambas posiciones eran reformistas, radicaban, como ya se mencionó, en la independencia o no del movimiento obrero respecto de los partidos políticos, en donde la denominada 'ideología sindicalista' buscaba una negociación directa con el Estado, sin la mediación de los partidos políticos, lo que implicaba, además, que detentar un cargo político y uno sindical a la vez era visto como incompatible. También, a diferencia del proyecto socialista que buscaba sindicalizar a todos los explotados, la ideología sindicalista independiente privilegiaba la sindicalización de los asalariados (Cheressky, 1984: 169-170). Así, a medida que los socialistas comenzaban a controlar más sindicatos, los independientes se vuelven más rígidos en sus acciones, no permitiendo el ingreso de diversas asociaciones laborales a la CGT. En este punto, es cuando se gesta la escisión de la multisindical, debido al endurecimiento de las posiciones en pugna, de modo que ya en 1935 se podría afirmar la existencia de dos multisindicales cegetistas de facto. Para 1937, la ahora minoría sindicalista independiente retomará la denominación USA con motivo de su congreso de ese año (Cheressky, 1984: 170-171).

En el período que va de 1936 a 1943 se define un giro de la CGT, en el que el papel político del sindicalismo se hace manifiesto. Por ejemplo, en 1938 el Comité Central Confederal de la CGT alienta el boicot en desmedro de los productos importados desde países totalitarios. Sin embargo, aún mantiene y exagera una actitud colaboracionista y de sometimiento a la acción gubernamental, en vista también de su coincidencia con el gobierno de Ortiz en condenar el nazismo, pero descuidando así el problema de la cuestión social.

Y no solo los socialistas vinculados a los sindicatos adoptan esta postura legalista y esencialmente reformista, además que colaboracionistas con Ortiz en su coincidencia de condenar el fascismo, sino también los comunistas argentinos –que venían en alza dentro del sindicalismo gracias a las grandes huelgas en la construcción–, inspirados por las resoluciones adoptadas del VII Congreso de la *Komintern*: “Desde la tercera conferencia nacional realizada el 20 de octubre de 1935, se adopta la consigna ‘Frente nacional antiimperialista de defensa de las más amplias libertades democráticas’ en reemplazo de ‘Gobierno de los obreros y de los campesinos, basado en los Soviets’” (Cheressky, 1984: 175-176).

En consecuencia, el sindicalismo basado en este objetivo antifascista, que desde luego compartían los gobiernos conservadores de turno, coadyuvó para una convergencia reformista, ampliamente legalista y progubernamental. Sin embargo, ello no fue motivo para impedir una escisión socialista hacia 1943, que se sustenta en la crisis ideológica del socialismo argentino de esos años, gracias a los desencuentros al interior de las sindicales ferroviarias. Esta división, pues, está a la base del proceso de mutación sindical, es decir, luego del golpe de Estado de 1943, “muchos dirigentes de las corrientes hasta ese entonces existentes se convertirían al peronismo, y hasta cierto punto lo crearán” (Cheressky, 1984: 181). Junto a lo anterior, cabe señalar que se produce un proceso de burocratización del sindicalismo, lo que implica una impavidez de los líderes sindicales, particularmente dentro de los transportistas (Cheressky, 1984: 186). Esta creciente burocratización de los sindicatos, que perseguían constantemente el reconocimiento estatal, traía aparejada –deseada o no– la desmovilización de la CGT. Al igual que una reticencia a la integración de los sindicatos

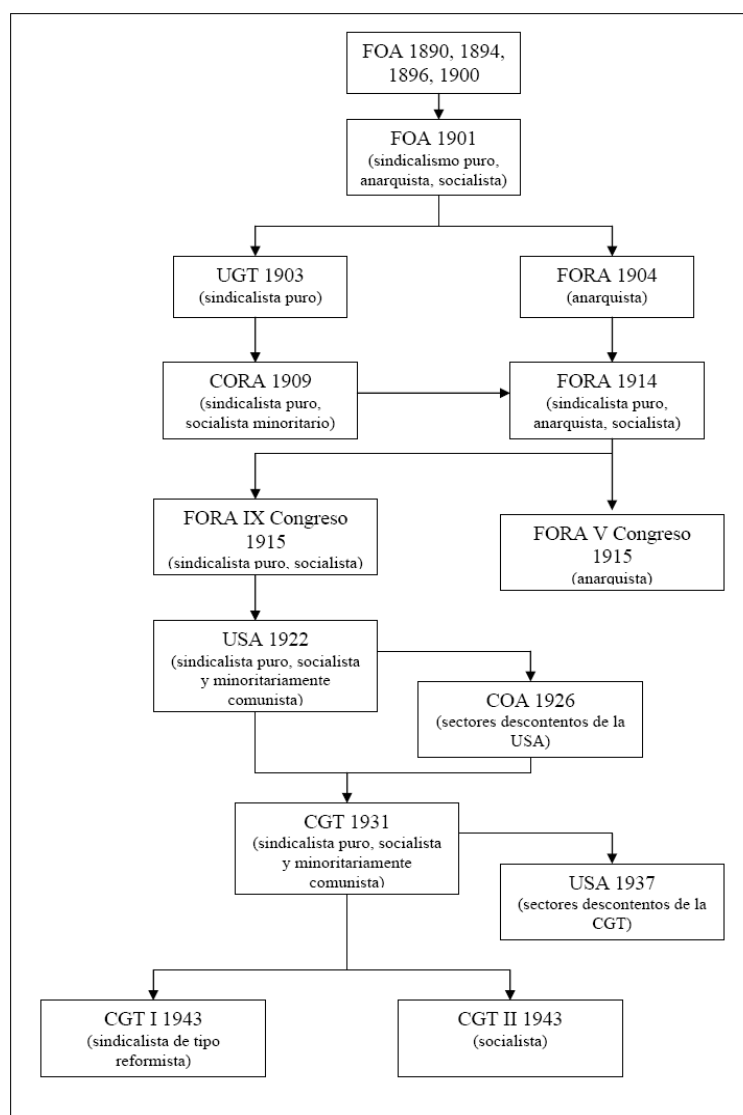
nacientes, como los de la industria, para así conservar un control de la central por parte de los sindicatos tradicionales:

Estas decisiones posibilitan que la CGT con epicentro en el sindicalismo de los asalariados más institucionalizados, aparezca como una estructura autónoma, alejada de la movilización y que más que representar a los sectores activos, les ofrece un canal de mediación. Los sectores movilizadores están poco integrados a la estructura sindical y la CGT hace pocos esfuerzos para integrarlos, aunque el I Congreso, 1939, manifiesta la disponibilidad de incentivar los esfuerzos en dirección de las ramas industriales. El II Congreso, 1942, constatará las insuficiencias del trabajo realizado en esta dirección (Cheressky, 1984: 191).

Esta creciente burocratización, pero que no integraba sustancialmente a ciertos sectores sindicales del país, y que a su vez poseía un bajo reconocimiento por parte del Estado, se convierte en condición propicia para las acciones corporativistas de Perón, primero desde la Secretaría del Trabajo y luego como presidente.

También habría que señalar que la sindicalización no estuvo plenamente ligada a los partidos políticos –como veremos más adelante sí fue en el caso de Chile–, sino que buscó crecer por canales más autónomos a estos, tanto así que las fuerzas políticas del socialismo o comunismo no lograron nunca penetrar de manera hegemónica ni por un período sostenido de tiempo en las estructuras sindicales, teniendo siempre en frente la fuerte oposición de las ideologías sindicalistas independientes.

**Ilustración 4. El Sindicalismo Argentino: 1890-1943**



Claves: FOA: Federación Obrera Argentina; UGT: Unión General de Trabajadores; FORA: Federación Obrera Regional Argentina; CORA: Confederación Obrera Regional Argentina; USA: Unión Sindical Argentina; COA: Confederación Obrera Argentina; CGT: Confederación General de Trabajadores.

Otra condición relevante en este proceso es la generalizada atomización de las multisindicales en el período que va desde principios del siglo XX hasta 1943, que si bien hacia el final de la etapa pre-peronista confluyeron centralizadamente en la CGT, lo que se observa en el largo plazo es una atomización del movimiento obrero y particularmente sindical, que incluso lleva a Perón a enfrentar un escenario con dos CGTs y una nueva USA. La CGT 1 de ideología sindicalista y la CGT 2 de ideología socialista apoyada también por

comunistas. Eso sí, ambas centrales son plenamente reformistas. La Ilustración 4 precedente muestra gráficamente este persistente ciclo de atomización-centralización del sindicalismo argentino.

Esta serie de condiciones favorables a la intervención estatal y de Perón, cambian radicalmente el escenario ideológico previo del sindicalismo. Sin embargo, siguiendo la formulación de Horowitz (1988), existieron ciertos elementos de continuidad en el sindicalismo que ayudaron a que el peronismo instaurase su predominio corporativista sobre los sindicatos. Uno de esos aspectos ya insinuado fue la continuidad de sus dirigentes. Ha sido establecido que una gran mayoría de los sindicatos con sede en Buenos Aires entregó su apoyo a Perón o al menos fue neutral frente a la irrupción de su liderazgo. En los años de transición hacia su gobierno, que correspondería de 1944 a 1945, quienes sí opusieron resistencia fueron los sindicatos dominados por sectores comunistas y solo un pequeño grupo de sectores sindicales socialistas. Pero la continuidad es más generalizada, sobre todo en el caso de los ferroviarios y en la Confederación General de Empleados de Comercio, donde su figura emblemática, Ángel Borlenghi –de origen ideológico socialista–, llegó a ser ministro del trabajo de Perón desde 1946 a 1955. Y frente a aquellos gremios comunistas y socialistas que no fueron proclives al peronismo, el mismo Perón patrocinó la creación de sindicatos paralelos, que gracias al apoyo estatal lograron desplazar a los antiguos sindicatos hegemónicos (Horowitz, 1988: 103-104).

El otro aspecto que favorece el establecimiento del peronismo fue la histórica actitud sindical de mantener buenas relaciones con los gobiernos. Como se ha ido señalando en este apartado, una vez que se abandona la vertiente más insurreccional al declinar el anarcosindicalismo y el comunismo revolucionario, se establece como forma sindical esencial de relacionarse una actitud negociadora, no confrontacional, donde el propio aparato estatal servía de árbitro a la hora de dirimir conflictos entre los sindicatos y las patronales. No obstante, lo que cambia en esta relación, es la actitud propia del gobierno frente a los sindicatos a partir de 1943: el movimiento obrero no será ignorado por Perón. Y aquella alianza queda sellada con la masiva manifestación de trabajadores del 17 de octubre de 1945, exigiendo la liberación del entonces coronel (Horowitz, 1988: 106-104).

También, las iniciativas de Perón, además del estímulo a la formación de nuevos sindicatos –proporcionándoles asistencia técnica y económica, mediando entre ellos y los patrones, y favoreciendo la celebración de convenios entre capital y trabajo–, se centró en la creación de legislación laboral, como fue el Decreto N° 23.852 que definía por primera vez el estatus que poseían los sindicatos en la Argentina (Doyon, 1988: 173). En este decreto se establece un control de estos por parte del Estado, en que se distingue a aquellos con personería de aquellos solamente inscritos, fomentando a los sindicatos por rama, y entregándole el monopolio efectivo de la representación y de derecho a huelga solo a los que obtuvieron personalidad jurídica, siendo esta personalidad otorgada exclusivamente por el Ministerio de Trabajo. También en cuanto a legislación laboral, otro tanto lo sería el Estatuto del Peón Rural, que normaba por vez primera una actividad ampliamente desregulada durante casi toda la mitad del siglo XX.

### **B) Brasil: el comunismo frente al populismo**

Con la abolición de la esclavitud en 1888 se develó aquel proceso en que el capital ya había comenzado a agilizarse, y ahora la fuerza de trabajo, que se volvió libre y móvil, contribuyó a este aumento de dinamismo capitalista. Los antiguos esclavos se convirtieron en asalariados y comenzaron, lentamente, a ocuparse en ciertas actividades urbanas más centradas en los servicios, los cuales eran complementarios a la industria agroexportadora. Sin embargo, “la presencia de un nuevo ‘personaje’ –el proletario– se limitó, sin embargo, a algunas ciudades como São Paulo, Santos y Río de Janeiro, las centrales de los servicios del polo capitalista y de la administración pública” (Santos, 1984: 11). En efecto, la población ocupada en actividades de servicios crece de 1.733 personas en 1872 a 4.111 en 1900, lo que representa una transformación desde un 31% de la población ocupada total a un 43.2% en poco más de un cuarto de siglo (Santos, 1984: 11).

Aunque previo a la abolición de la esclavitud, ya existía un proto-movimiento obrero que estaba dominado por las iniciativas mutualistas, el cual tenía como objetivo más bien una protección de las personas fuera de su lugar de trabajo, no en tanto trabajador. Y ya para fines

de siglo, y principio del siglo XX, en lo que se podría denominar la primera etapa del movimiento obrero moderno en Brasil, fueron los intelectuales quienes buscaron atraer a ciertos trabajadores, particularmente ferroviarios, linotipistas y transportistas urbanos (Santos, 1984: 12). No obstante ello, aún hasta 1930 el movimiento obrero no irrumpiría con fuerza en la política brasileña. Y es porque todavía el proletariado tenía una posición minoritaria dentro de Brasil, más si se considera la gran dispersión del mundo laboral campesino “que estaban más cerca del misticismo que de la protesta política” (Santos, 1984: 13).

La corriente ideológica que dominaba el pensamiento laboral, posterior al mutualismo, fue el ya mencionado anarcosindicalismo, incorporado en cierta medida por los trabajadores inmigrantes europeos. Pero en Brasil tuvo una breve duración, la coyuntura crítica que finalmente lo derrota fueron los levantamientos huelguísticos que, entre 1917 y 1921, fueron liderados por obreros de Río de Janeiro y São Paulo. Frente a la intransigencia tanto de los propietarios como de la oligárquica *República Velha*, el movimiento huelguístico radicalizó sus acciones e incrementó el número de parados, llegando a alcanzar cerca de 45 mil huelguistas en su punto más álgido. Entretanto surgía la Revolución rusa que llevó a estimular ciertos giros del movimiento hacia el comunismo. Meses después el movimiento huelguista se apaciguó, en parte por el ingreso de Brasil a la guerra, pero para volver a reaparecer en 1919, con mayor número de huelgas y más participantes en movilizaciones. Sin embargo, vuelve a declinar, careciendo de poder político y aislado de otros sectores sociales, como fueron los jóvenes *tenentes* que también comenzaban a sublevarse frente al Estado oligárquico. Pero, frente a estos levantamientos sin mayores resultados:

Volvió a tener un profundo significado la ausencia de una elaboración teórica previa por parte de la clase obrera que propusiera una estrategia clara y una práctica efectiva. Al comenzar la década de 1920 con la nueva coyuntura turbada por las sublevaciones de los jóvenes militares el proletariado continuaba sin conexión con otras capas sociales. La superación de este rasgo tan fuertemente enraizado sólo se dará cuando el movimiento obrero también se organice políticamente y sea capaz de convertir la protesta en comprensión del momento y ligarla a la perspectiva de constituirse en una fuerza más eficaz dentro de la sociedad (Santos, 1984: 20).



En este sentido, la tesis de Santos dice relación con que no es sino hasta el surgimiento del Partido Comunista Brasileño (PCB) que el movimiento obrero no adquiere una perspectiva de masas. Esto permite identificar un segundo período del movimiento obrero, el cual ocurre, básicamente, durante la década de 1920. La importancia del *tenentismo* es, pues, central, debido a que posee cierta injerencia –fundamentalmente de Prestes– posterior a la fundación del PCB, pero secundariamente también en la transformación del movimiento obrero hacia un sindicalismo de masas. No obstante, la injerencia más inmediata de este movimiento militar tiene que ver con la transformación del orden político de la oligarquía (Santos, 1984: 21).

A la par con este proceso, las organizaciones obreras experimentan cambios importantes. La Confederación Obrera Brasileña (COB) acordó, en su Tercer Congreso de 1920, que la organización sindical se estructuraría por industrias, abandonando su viejo patrón de agrupación por oficios. A pesar de esto, aún el predominio del comunismo por sobre el anarquismo dentro del movimiento obrero no queda plenamente confirmado, y para ello debía derribar la distancia que tenía con el movimiento *tenentista*, pero esto estaba siendo impedido, gracias a que “se volvía muy difícil borrar de la mente anarcosindicalista la identificación de los tenientes con parte del Estado mismo” (Santos, 1984: 25).

Para 1927 el PCB es proscrito, y dentro de su autocrítica surgió con fuerza la pregunta por la no relación con el movimiento *tenentista* y sobre todo con la *Coluna Prestes*, que un año antes había cesado en su lucha a través de las armas y se había internado en Bolivia. Por esta razón es que en el Tercer Congreso del PCB se hablaba de la tercera revuelta –una aún más generalizada y radical– que vendría a seguir con la senda de los levantamientos militares de 1922 de la Escuela Militar de Cadetes y los fuertes de Leme y Copacabana, de 1924 liderado por el general Isidoro Dias Lopes, y de la Columna de Prestes que inicia su marcha el 30 de Marzo de 1925 con 1.500 hombres. Por su parte, Prestes –conocido también como el *Cavaleiro da Esperança*– rompió con los principales líderes de los tenientes en 1930, abriéndose a otras formas de lucha no armadas, ya sea a través de la propaganda, la movilización y la organización de las fuerzas obreras. Finalmente, Prestes ingresa al PCB en 1934 (Santos, 1984: 25-27).

En este punto cabe realizar un balance del estado del movimiento obrero una vez que Vargas llega al poder. La primera observación que surge es que Prestes, así como el giro hacia el comunismo del movimiento obrero, llegaron muy avanzada la década de 1920. La situación del movimiento obrero era aún precaria, no habiendo alcanzado propiamente tal una perspectiva de masas, ya sea numérica como ideológicamente. La persistencia del anarcosindicalismo y su tendencia al aislacionismo, así como la nunca concretada vinculación con el *tenentismo*, en tanto posibilidad armada de lucha, mermaron un potencial aumento de poder político del movimiento obrero. Frente a este escenario es que Vargas despliega una importante desmovilización y represión del movimiento obrero sin precedente en pos de un sindicalismo de Estado o como lo ha denominado Azis Simão: ‘sindicalismo burocrático de masas’, por “la complejidad de su organización y funcionamiento, muy a menudo codificado por la ley, y también por la utilización de funcionarios especializados y remunerados” (Simão citado en Santos, 1984: 33).

De esta forma, el movimiento obrero en general, y particularmente los sindicatos, entran en un tercer período bajo la Revolución de 1930 y el *Estado Novo*, en el que se materializa la heteronomía del movimiento. Esto queda representado con una serie de leyes, donde particularmente dos fueron significativas durante la Revolución de 1930: a) la Ley Sindical N° 19.770 de marzo de 1931, que exigía que dos tercios de los sindicalizados fueran nacionales, mientras que los extranjeros podrían sindicalizarse solo si tenían a lo menos 10 años de residencia en el país, descabezando con ello a los sindicatos de los liderazgos extranjeros, muchas veces imbuidos de ideologías anarquistas o comunistas, así los antiguos militantes sindicales fueron con el tiempo desplazados por los *pelegos* –líderes sindicales afines al régimen estadonovista–; b) la Ley N° 22.132 de noviembre de 1932, concretó lo que para Vargas sería el necesario reconocimiento del sindicato por parte del Ministerio del Trabajo, así solo los sindicatos reconocidos podían reclamar ante las Comisiones de Conciliación y Arbitraje. Ambas leyes representan, pues, elementos legales de cooptación del movimiento obrero y “convirtió a los sindicatos en parachoques de los conflictos entre el capital y el trabajo, transformándolos en órganos colaboradores de los poderes públicos” (Santos, 1984: 30).

Sin embargo, en 1935, la Alianza Nacional Libertadora (ANL), frente formado por el PCB y por el propio Prestes, se convirtió en un obstáculo para la cooptación sindical por parte del Estado populista, toda vez que “ella movilizó a 500 delegados en representación de 500 mil obreros y fundó la Confederación Unitaria de Brasil (CUB)” (Santos, 1984: 30). Frente a ello, Vargas rápidamente reacciona e implanta una nueva Ley de Seguridad Nacional, el 4 de abril de 1935, cuya aplicación se traduce en la persecución y encarcelamiento de los dirigentes de la CUB, logrando con esto la disolución de la multisindical. Ya no había obstáculo para desarrollar el modelo populista de cooptación del movimiento obrero:

La estructura oficial fue empadronando una masa proletaria nueva, muy distinta a aquella que movió el sindicalismo de las minorías activistas y de los primeros núcleos del PCB. El obrero anterior a 1930, con frecuencia de origen extranjero y anarcosindicalista o, cuando mucho, “maximalista”, da paso al nuevo trabajador nacional, recién llegado al “mundo industrial”, con precaria o nula memoria de clase y muy receptible al mensaje oficial de tipo paternalista (Santos, 1984: 31).

Con la llegada del *Estado Novo*, es decir, con la consagración institucional del gobierno de facto de Vargas y del populismo, una ley, en 1939, buscó dar a los sindicatos tutelados características más atractivas basándose en cooperativas de consumo, créditos, asistencia judicial, educación, entre otros beneficios. A lo cual se le suma el denominado impuesto sindical que, en julio de 1940, viene, precisamente, a confirmar aún más la tutela estatal a los sindicatos, es decir, dicho de otra forma, es el paso de la función colaboracionista establecida en las leyes de 1931 y 1932 a una de promoción y ‘publicitación’ de las organizaciones obreras por parte del populismo (Santos, 1984: 31).

Según Simão (citado en Santos, 1984: 32), esto llevó a que se desencadenara una carrera de los sindicatos por obtener reconocimiento estatal, gracias al estímulo provocado por el reparto de los fondos de cotización, lo cual provocó que si bien el número de sindicatos creciera –de 495 en 1941 a 872 en 1942–, el número de sindicalizados incluso disminuyera hacia el final del *Estado Novo*.

En 1943, este proceso de cooptación sindical queda instalado sistemáticamente a través de la *Consolidação das Leis do Trabalho*, la cual constaba de cuatro partes principales: a) una en que se tutelaba y se expedían normas protectoras del proceso y las condiciones laborales; b) quedaba reglamentada la creación y el funcionamiento de los sindicatos; c) se constituían los institutos de seguro; d) se reglamentaba la justicia laboral (Santos, 1984: 33). En definitiva, el populismo logra la desmovilización de la clase obrera –aunque también la movilización en su propio favor–, despejando con ello cualquier posible conflicto entre trabajo y capital, a través de estos variados recursos institucionales.

A pesar de que se puede afirmar que existe una constante populista de cooptación que busca desmovilizar la protesta social, cuando el régimen se encuentra en problemas busca la movilización de las masas. Ello es lo que ocurre en Brasil hacia el final del *Estado Novo* (Santos, 1984: 39-41). En efecto, se observa cómo en este contexto en que se ve en peligro el varguismo y con ello todos los avances en protección social logrado para el mundo de los trabajadores urbanos, la izquierda comunista se vuelve colaboracionista, es decir, cercana al ‘queremismo’, movimiento que busca consolidar a Vargas en el poder y concepto nacido de la consigna: “Queremos Getúlio”. Esto, por lo demás, indica un matiz del populismo, ya que si en un principio el populismo se opone al sindicalismo autónomo, buscando evitar el conflicto con la patronal, en ciertos momentos posteriores, los populismos latinoamericanos, como ocurrió hacia el final del *Estado Novo* –y en Argentina hacia el final del segundo gobierno de Perón–, buscan la movilización de los trabajadores en respaldo al régimen y en contra de las oligarquías que aún se encontraban vigentes en el escenario político. De esa forma fue como Vargas se alió con el comunismo para hacer frente a las embestidas que terminaron con el golpe de Estado a su gobierno.

Se puede reconocer un cuarto período luego del *Estado Novo*, sin embargo, en este suceden acciones similares a las implementadas por Vargas durante los 15 años previos. En efecto, el gobierno de facto de José Linhares prohíbe la existencia de la multisindical denominada Movimiento Unitario de Trabajadores (MUT), que había sido promovida en 1944 por comunistas que lograron movilizar a una serie de dirigentes sindicales, los cuales propugnaban una actitud emancipacionista respecto del Estado. Por su parte, el reciente

electo presidente Eurico Gaspar Dutra, en 1946, ex Ministro de Guerra estadonovista destituido por el propio Vargas en 1945, continuó con el modelo corporativista de sindicalización impuesto en los años previos, avanzando, por ejemplo, en la “consagración institucional a la justicia del trabajo al convertirla en árbitro de las relaciones entre el capital y el trabajo” (Santos, 1984: 38-39).

Más aún, en lo que fue el Primer Congreso Sindical Brasileño de 1946, donde dominaron las posiciones comunistas y petebetistas que imponían sus términos en lo que tocaba a un aumento de la libertad y autonomía sindical, la potencia estatal se hace sentir cuando los sindicalistas pro-estatales pierden las votaciones, provocando que Dutra disuelva este congreso produciendo un cisma en el mundo sindical. Por un lado, comunistas y petebistas prosiguen con el trabajo iniciado en las comisiones de dicho congreso y constituyen la Confederación de los Trabajadores de Brasil (CTB), mientras que el Ministerio del Trabajo promueve la formación de la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT) (Santos, 1984: 38-39).

Como ya se describió para el caso argentino, el dilema para el populismo es: o se tiene el control sobre los sindicatos o se los busca reprimir y derrotar. Esta última situación es la que se puede observar hacia el año 1947, gracias a la presión que provocó la Segunda Guerra Mundial. Las acciones emprendidas al respecto por Dutra –quien heredó muchas de las tácticas políticas de Vargas– fue una nueva proscripción del PCB, así como la anulación de los mandatos de sus parlamentarios, y se prohíbe definitivamente al MUT y a la CTB, además de que “entre 1947 y 1950, los sindicatos quedaron sin elecciones y 234 de ellos fueron intervenidos” (Santos, 1984: 39).

Con la vuelta democrática de Vargas al poder en 1951, se puede reconocer un quinto período dentro del devenir del movimiento obrero en Brasil. El cual, a la luz de los hechos, acentuaría el cariz hacia la movilización de los trabajadores. El primer aspecto que potenciaría este proceso de movilización es la eliminación en 1951 del requisito de certificación ideológica para participar en elecciones sindicales. El segundo aspecto tiene que ver con el ingreso de João Goulart, político muy favorable a las mejoras laborales, al Ministerio del Trabajo en

1953. “Todo ello creaba una condición favorable para enraizar la unidad comunista-laborista entre los trabajadores, forzar la retirada de los *pelegos* y hacer avanzar a los sindicatos hacia posiciones clasistas” (Santos, 1984: 46).

En este contexto, el PCB, que poseía una importante influencia dentro de los cuadros sindicales, comienza de manera paulatina a alejarse del modelo de sindicalismo de Estado, “hasta el momento decisivo en que se abandonó la línea secretarial del *insurreccionalismo* en marzo de 1958” (Santos, 1984: 46). Este alejamiento del sindicalismo comunista del varguismo se gestaba también por los diversos movimientos huelguísticos que se sucedieron en este período presidencial de Vargas, como el de 1953 en São Paulo, o el de 1954 en Rio Grande do Sul, Santa Catarina y São Paulo. Estas huelgas propiciaron comisiones sindicales de empresas, e inter-empresas, los que en el curso de estos levantamientos se convirtieron propiamente tal en ‘comisiones de huelga’. Avanzando en esta forma de organización sindical, se crearon dos agrupaciones multisindicales que fueron el Pacto de Unión Inter-Sindical (PUI) y el Pacto de Unidad y Acción (PUA). Estos serían los antecedentes para que en 1962 se formara una multisindical de aún mayor alcance denominada Comando General de los Trabajadores (CGT) (Santos, 1984: 46-47).

### **C) Venezuela: del control de los partidos al control del Estado**

A diferencia de lo observado en Brasil, en que el movimiento obrero devino por diversas etapas y vaivenes previos, sobre todo cuando Vargas era mandatario, en Venezuela, en cambio, se pueden considerar tan solo dos etapas previas a la del gobierno de Hugo Chávez: una durante la cual el movimiento obrero se desarrolla bajo, principalmente, dictaduras, ya sea militares o cívico militares; y la segunda se desarrolla bajo el régimen democrático del Pacto de Punto Fijo.

La primera etapa, posible de ubicar desde 1936 a 1958, abarca desde la muerte del General Juan Vicente Gómez, quien gobernara bajo una dictadura a Venezuela desde principios de siglo, hasta la caída del gobierno militar de Pérez Jiménez. En esta etapa, básicamente se enfrentan dos fuerzas al interior de los sindicatos, las comunistas representadas por el Partido

Comunista de Venezuela (PCV) y las socialdemócratas, representadas principalmente por Acción Democrática (AD). La primera de estas tendencias siguen los preceptos del *Komintern*, mientras que la segunda adquiere un caris puramente reformista, inspirada por lo demás en las tesis de Haya de la Torre. La primacía de la primera de estas vertientes abarca hasta 1947, fecha en que se llevó a cabo el segundo Congreso de la Central de Trabajadores de Venezuela (CTV), en que los sindicalista afines al PCV pierden la mayoría dentro de la multisindical, dando paso a que líderes de AD se hagan del poder (Díaz, 2006: 6-7).

La segunda gran etapa mencionada se ubica desde la caída de la dictadura de Pérez Jiménez en 1958 hasta la llegada de Hugo Chávez a la presidencia en 1998. Esta se caracterizó tanto por el predominio de líderes vinculados a AD, así como una actitud más de negociación que de confrontación respecto del régimen puntofijista, a diferencia de los comienzos del sindicalismo organizado cuando el dominio lo poseían las posiciones vinculadas con el *Komintern*. Ello porque el sindicalismo venezolano de este segundo período actuó en pos de consolidar el acuerdo político o Punto Fijo de las élites de los partidos más importantes en ese entonces, AD y COPEI, acuerdo del que también participaban los empresarios a través de FEDECAMARAS (Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción de Venezuela) (Díaz, 2006: 7).

El sindicalismo bajo la hegemonía de AD es un típico sindicalismo reformista, en gran medida funcional al régimen puntofijista, aunque logrando ciertas mejoras laborales. Entre otras razones porque la “CTV nunca se planteó la posibilidad de limitar significativamente los derechos de propiedad prevaleciente y alterar sustancialmente la desigual distribución del ingreso” (Díaz, 2006: 7), al igual que suprimiendo cualquier tipo de conflicto de clase entre trabajadores y propietarios; pero sí se consignan ciertos logros como la creación del INCE (Instituto Nacional de Cooperación Educativa), Ley de Representación Laboral en Empresas Estatales, reforma a la Ley de Seguro Social, Ley contra despidos injustificados, extensión de la Contratación Colectiva en el sector público, etc., llegando incluso en el momento de apogeo del sindicalismo cetevetista a convertirse en propietario del Banco de los Trabajadores de Venezuela (Díaz, 2006: 7-8).

La crisis de los años ochenta, sin embargo, produjo un abrupto freno al reformismo de la CTV, debido al viraje de la economía asistencialista hacia una propiamente neoliberal. Ello gracias a que se produjo una erosión de la base sindical, debido a la importante disminución de los puestos de trabajo y, consecuentemente, del crecimiento del empleo informal (véase Tabla 4 en Capítulo 9). Pero, por otro lado, también el sindicalismo de la principal multisindical venezolana poseía otra debilidad que lo ataba de manos para enfrentar el deterioro laboral producido durante la década perdida, ella era la captura efectiva que padecía por parte del Pacto de Punto Fijo. Este sindicalismo de la segunda etapa se asemeja pues – como se expondrá más adelante– al sindicalismo del caso de control chileno, en que en gran parte fue creado y sostenido por los partidos políticos:

Esta práctica no era solo de un partido, sino de todos los partidos, que tenían a sus cuadros sindicales subordinados a la voluntad y a los designios de las autoridades políticas (...), el poder real era un poder «delegado» por parte del partido hacia la estructura sindical. No existía un «poder en sí, sino para sí». Los dirigentes sindicales antes de dirigentes clasistas eran cuadros políticos disciplinados y permeables a las orientaciones que el partido determinara. Tal era el grado de subordinación, que los cargos principales tanto de la confederación como de las principales federaciones, eran acordados en las direcciones nacionales de los dos grandes partidos para luego ser ratificados por los afiliados. (Díaz, 2006: 9).

Hasta 1998 esa era la realidad sindical venezolana en particular, y la del movimiento obrero en general. La llegada de Hugo Chávez marca, además del inicio de la tercera etapa del movimiento obrero venezolano, la supresión del Punto Fijo y la derrota aplastante de AD y COPEI, lo cual, por añadidura, indica que la CTV queda sin la guía que representaban esos partidos políticos para ella. Pero, este cambio, lejos de representar un paso de un movimiento obrero cooptado por el sistema de partidos hacia uno en donde el movimiento obrero y sindical se constituya en un actor independiente, lo que significó fue más bien el intento de una transición hacia un sindicalismo de estado en los términos ya planteados para los populismos argentino y brasileño.

No obstante, la CTV no sufrió de grandes cambios en su composición dirigencial, ya que siguió teniendo importancia la dirigencia afín a AD dentro de la multisindical, a pesar de que ciertos movimientos dentro de esta, de corte más clasista e independentista de la tutela de



AD, obtuvieron algunos cargos dentro de la dirigencia (Díaz, 2006: 11). Sin embargo, sí se observa una atomización de las agrupaciones multisindicales, o mejor dicho, muchas de ellas adquieren mayor relevancia, las cuales, a su vez, se ordenaron en torno al símbolo del maniqueísmo que simbolizaba la figura de Chávez: CODESA (Confederación de Sindicatos Autónomos de Venezuela) que fue creada y dominada por intereses socialcristianos proclives al COPEI fue opositora al gobierno, mientras que la CGT (Confederación General de Trabajadores) y la CUTV (Confederación Única de Trabajadores de Venezuela) fueron proclives al chavismo adquiriendo mayor protagonismo dentro del movimiento obrero.

A pesar de esta atomización sindical en un primer momento del gobierno de Hugo Chávez, la potencia corporativista del populismo se hace sentir con motivo del paro petrolero de 2002. El cual fue un paro promovido por la CTV en asociación con la patronal FEDECAMARAS, y alentado por la oposición al chavismo, el cual no tenía tras de sí un fin de mejoras laborales principalmente, sino más bien político, toda vez que su lema fue “Chávez vete ya”. En este escenario, en que la industria petrolera estuvo detenida por casi un mes, Chávez no negoció, por el contrario se enfrentó a la CTV, obteniendo como resultado la debacle de la multisindical, debido a que, según Díaz (2006: 12), se despidieron a cerca de 20 mil trabajadores de la industria petrolera. Sumado a ello, durante ese mismo año, se crea la UNT (Unión Nacional de Trabajadores) por iniciativa del chavismo, la que se conforma gracias a elementos que se escinden de la CTV y que, en algunos casos, mantienen doble militancia en ambas multisindicales (Díaz, 2006: 13).

Y es que Chávez entendía que la acción política del populismo frente a otros actores colectivos debía ser de control en función del proyecto estatal: “Se requiere el brazo, el partido y los sindicatos, pero no cada uno por su lado, no autónomos. Con los sindicatos pasa lo mismo que con los partidos, que quieren autonomía y tomar decisiones; eso no puede ser así, no vinimos a hacer bochinche sino una revolución” (Chávez citado en Díaz, 2009: 11). Para esto es que el chavismo implementa, entre otros, un recurso institucional denominado como ‘Consejo Socialista de Trabajadoras y Trabajadores’. El artículo tercero de dicho proyecto de ley, que fue presentado en 2007 a la Asamblea Nacional por el PCV, concibe la función de estos consejos de la siguiente manera:

una de las organizaciones fundamentales del poder popular, concebida específicamente para la participación protagónica de los trabajadores y trabajadoras en el ejercicio real y efectivo del control sobre los procesos productivos y administrativos y para ejercer la dirección de los procesos sociopolíticos en los centros de trabajo y áreas de actividad laboral en general, incidiendo de manera protagónica también en la dinámica social, política, económica y cultural del proceso revolucionario venezolano, con el fin de crear las bases materiales y espirituales para la construcción, consolidación y desarrollo de las relaciones socialistas de producción. No son organizaciones sindicales ni sustituyen las funciones propias de estas, aunque pueden compartir responsabilidades y apoyarse mutuamente, sobre todo para formar la conciencia de clase, procurar la unidad de los trabajadores/as y salvaguardar sus derechos sociales, económicos, culturales y políticos (Partido Comunista de Venezuela, 2007. Proyecto de Ley especial de los consejos socialistas de los trabajadores y trabajadoras).

Si bien este proyecto no le permite al chavismo transmitir el control de los procesos productivos al Estado, y lograr con ello cooptar a los sindicatos –como asevera Díaz (2006: 12)–, al menos le resta una importancia significativa a los sindicatos en su injerencia en el proceso productivo. Lo que sí es clave, es que en dicho proyecto se establece –Artículo 15– cierta potestad a los consejos para “abolir el derecho a huelga establecido en la Constitución (...), puesto que prohíbe que “particulares”, es decir los trabajadores asociados en su sindicato, puedan detener la producción” (Díaz, 2006: 13), apelando a que ciertos sectores puedan ser considerados estratégicos y, por tanto, la huelga podría ser calificada como desestabilizadora.

Esta supresión de cierto campo de acción del sindicalismo al que aspira el populismo de Chávez, se ve reflejada en las palabras de uno de los máximos líderes del PSUV, Alberto Müller Rojas, al momento que declara a un medio local en 2009: “El sindicato en la sociedad socialista pierde razón de ser, porque no van a luchar los trabajadores contra los trabajadores mismos. No habría la dialéctica capital trabajo, o capitalismo trabajo para corregir, porque el capital será siempre un factor de producción” (García, 2009).

Sin embargo, esta actitud del chavismo le ha traído cierto desencanto en lo que respeta a aquellos dirigentes proclives al régimen, tales como Orlando Chirinos, antiguo coordinador

nacional de la UNT, reafirmando la necesaria autonomía del movimiento sindical, ya que sin esta autonomía el sindicalismo no les sirve a los trabajadores (Díaz, 2009: 13-14).

En definitiva, se puede sostener que la acción político-administrativa del populismo en el caso venezolano ha provocado que se exacerbe la atomización y polarización del sindicalismo, junto con un creciente debilitamiento sindical –el cual ya venía en ascenso a partir de la década de 1980–, implementado gracias a la búsqueda del control de los sindicatos y la supresión del recurso de la huelga en determinadas industrias claves para Estado.

#### **D) Similitudes en la relación entre populismo y movimiento obrero**

En este punto, surge la pregunta de cuáles son las características previas comunes que poseían las organizaciones sindicales en particular, y el movimiento obrero en general, en las etapas políticas previas al surgimiento del populismo en los tres casos de estudio, y que por lo demás gatillan su emergencia.

Existen ciertas características singulares para cada caso, así como patrones que se pueden identificar en más de un caso. Sin embargo, de la observación de todas ellas en su conjunto, el fundamento que surge común es la debilidad del sindicalismo en etapas previas a la emergencia de los populismos. Esta adquiere la forma de la casi permanente atomización sindical argentina; del aislacionismo que vivía el movimiento obrero en Brasil al no vincularse con otros sectores de izquierda afines, como los comunistas o los *tenentes*; o del debilitamiento sostenido de la sindicalización producto de la larga crisis económica venezolana. Y es bajo estos sindicalismos debilitados que el populismo consolida su cooptación de los trabajadores y hace crecer su organización al alero del Estado.

El conjunto de similitudes entre Argentina, Brasil y Venezuela contrasta con el caso de Chile. A pesar de que en sus comienzos se perfilara de forma similar casi todo el movimiento obrero latinoamericano.

Chile inicia su organización laboral a través de mutuales que datan incluso de 1853 como es la Sociedad Tipográfica, pero no es sino hasta 1890 en que los diversos movimientos políticos embrionarios de anarquistas y el propio Partido Democrático comienzan a organizar sindicatos, creando una serie de multisindicales de muy corta vida (Alba, 1964: 375-378). Este panorama cambia al comienzo del siglo XX en que se desarrollan las primeras organizaciones de importancia como la Combinación Mancomunal de Obreros, en Iquique – que incluso creó un Partido Obrero Mancomunal–, o la Confederación General de Trabajadores de Chile nacida en Valparaíso (Alba, 1964: 378). Pero, la multisindical más importante de principios de siglo fue la FOCH (Federación de Obreros de Chile) que nace de la iniciativa de elementos conservadores (Gran Federación Obrera de Chile, 1909), pero que en 1917 –mismo año que triunfa la Revolución Rusa– se perfila bajo una corriente reformista y otra plenamente revolucionaria, siendo, finalmente, esta última la que se impone en el Congreso de 1919, comandada por Luis Emilio Recabarren. Este hecho marca el comienzo de la interpenetración del movimiento sindical y obrero con movimientos propiamente políticos emergentes de la izquierda. He aquí uno de los primeros aspectos claves en que se diferencia Chile de los casos argentino y brasileño. No obstante solo unos años después, Carlos Ibáñez del Campo implementa las primeras estrategias corporativas de control o tutela estatal de los sindicatos, que, a juicio de Drake (1992b: 42-43), son pioneras en Latinoamérica.

A pesar del deterioro que significó la dictadura de Ibáñez para el movimiento obrero, este siguió desarrollándose. Sobre todo bajo la figura de Recabarren, quien se puede afirmar que representa tanto el origen del movimiento obrero en Chile, como líder del Partido Democrático, así como también de la izquierda política revolucionaria, al crear el Partido Obrero Socialista (POS), futuro Partido Comunista (PC). Esta puede ser una de las razones del porqué el movimiento obrero nace ligado tan fuertemente al puro control partidista, mas no necesariamente al control estatal a través de los partidos. Ya que, a diferencia de AD en Venezuela, la izquierda en Chile tuvo solo pocas presencias en los gobiernos nacionales desde su creación hasta el período de la Unidad Popular (UP), y cuando las tuvo fue bajo amplias coaliciones de partidos.

La importancia de la FOCH fue que agrupaba de forma centralizada una gran cantidad de sindicatos a lo largo del país, justamente aquella capacidad de la que carecía el POS de Recabarren. Por ello que no es sino hasta que los activistas del partido lograron penetrar y reorientar la jefatura de la FOCH, que el POS comenzó a convertirse en una fuerza política gravitante en la izquierda y en los trabajadores. En 1920, el POS en su búsqueda de purgar los elementos reformista, los mismos de los cuales Recabarren había huido del Partido Democrático (PD), aprobó la adopción del nombre de Partido Comunista. La FOCH por su parte siguió el mismo camino y se afilió a una agrupación internacional de sindicatos RILU (Red Internacional de Sindicatos de Trabajadores) y sentenció, a su vez, que no iba a tener más vínculos con los elementos reformistas del PD. A partir de 1922, tal como menciona Scully (1992: 108), FOCH y PC llegaron casi a no ser distinguibles, compartiendo incluso el mismo periódico oficial.

Los intentos de unificación sindical, posterior a la caída del primer gobierno de Ibáñez se remontan hacia 1934, cuando se formó la CNS (Confederación Nacional de Sindicatos), y dos años más tarde se forma la CTCH (Confederación de Trabajadores de Chile) que agrupa a la vieja FOCH y a la CNS, dejando fuera a una multisindical anarquista denominada CGT (Confederación General de Trabajadores). En años posteriores, el sindicalismo se asienta en Chile, hasta que en 1946, los problemas entre el gobierno del radical González Videla y los sindicatos, especialmente aquéllos controlados por líderes comunistas, comienzan a aumentar (Alba, 1964: 383).

Finalmente González Videla proscribió al PC y deporta a los líderes del mismo, llevando a que la fracción de la CTCH dominada por socialistas se convierta en hegemónica dentro del sindicalismo. En 1952, el mismo año en que Carlos Ibáñez es elegido democráticamente presidente, se forma la CUT (Central Unitaria de Trabajadores de Chile) de mayoría socialista, y minoritariamente conformada por comunistas y socialcristianos, la cual se mostró en un comienzo favorable al gobierno de Ibáñez, sin embargo, surgidos los primeros roces, el presidente intentó formar la Confederación de Trabajadores Independientes, al estilo populista, que fracasó tan pronto como fue creada (Alba, 1964: 383-384).

**Tabla 7. Número de miembros de Sindicatos Urbanos en Chile, 1932-1973**

<b>Año</b>	<b>Obreros Sindicalizados</b>	<b>Año</b>	<b>Obreros Sindicalizados</b>
1932	54.801	1961	261.507
1933	75.050	1962	256.041
1938	125.972	1963	266.332
1946	251.774	1964	268.884
1952	282.383	1965	290.535
1953	297.232	1966	340.869
1954	298.049	1967	363.713
1955	303.315	1968	416.289
1956	328.606	1969	426.318
1957	315.290	1970	436.974
1958	305.080	1971	459.118
1959	307.323	1972	495.958
1960	272.141	1973	704.499

Fuente: Scully (1992: 206).

Los valores incluyen tanto a sindicatos de obreros industriales como empleados (diversos oficios).

Los partidos políticos que representan al movimiento obrero, en general, sufren un *impasse* durante la década del 50, con la llegada de Ibáñez al poder. Sin embargo, el movimiento obrero medido según el número de trabajadores sindicalizados y las mismas organizaciones sindicales no varían significativamente en cantidad. En efecto, desde 1952 que asume Ibáñez la presidencia, el número de miembros sindicalizados alcanza las 282.383 personas y, para el fin de su mandato en 1958, el número de sindicalizados alcanza solo 305.080 personas, es decir, durante seis años existe un aumento de trabajadores sindicalizados de poco más de 22.500 trabajadores (véase Tabla 7). Es de esperarse que bajo un régimen populista fuerte los niveles de sindicalización aumenten drásticamente debido a la búsqueda del Estado por controlar a los obreros –como sí ocurrió, por ejemplo, en el caso argentino (véase Tabla 8)–, cuestión en que el populismo de Ibáñez fracasó, y el sindicalismo se mantuvo alejado del control Estatal.

**Tabla 8. Número de Trabajadores Sindicalizados en Argentina, 1936-1954**

<b>Año</b>	<b>Trabajadores sindicalizados</b>
1936	369.969
1937	418.902
1939	436.609
1940	472.828
1941	441.412
1945	528.523
1946	877.333
1948	1.532.925
1950	1.992.404
1954	2.256.580

Fuente: De 1936 a 1941, Del Campo (1983: 65); y de 1941 a 1954, Doyon (1988: 174 y 178).

La CUT, que en esos tiempos se encontraba unificada, a pesar de las corrientes diversas que albergaba en su seno, bajo el gobierno de Jorge Alessandri sufre una caída –medida en número de obreros sindicalizados–, logrando repuntar recién bajo el gobierno de Frei Montalva; pero, conviene aclarar que la sindicalización que aumenta durante este gobierno es la sindicalización campesina (Scully, 1992: 206). Por otro lado, en el gobierno de Frei se promulga una ley de sindicatos libres, surgiendo con ello tres organizaciones paralelas a la CUT, que a pesar del incentivo que representó esta legislación, hacia 1969 fracasan y la hegemonía de la CUT se vuelve indiscutible en el mundo sindical, transformándose en un actor autónomo capaz de representar a parte importante de la clase trabajadora frente al Estado chileno en ese período. Aunque, se debe señalar que surge una especie de vínculo entre la CUT y el Estado, que tibiamente comenzaba durante el gobierno de Frei y que culmina consolidándose de forma poco habitual en el gobierno de Allende:

Consecuente con su programa de gobierno, Allende firmó un acuerdo de mutua cooperación con la Central Única de Trabajadores. Esto simbolizaba un paso adelante respecto del reconocimiento efectuado por Frei en 1969 en cuanto a fijar de consuno la política de salarios para 1970. La inclusión de la CUT en el gobierno de la Unidad Popular generó inmediata oposición en el Congreso. El 12 de mayo de 1971 Allende firmó un proyecto de ley en que se le concedía legalidad a la CUT y suministraba los métodos adecuados de financiamiento. Esta incorporación al aparato de planificación del Estado, tal como se entiende, implicaba que en la planificación centralizada de la economía los sindicatos representados tendrían que velar porque en las empresas se desarrollaran los planes de producción fijados (Ulloa, 2003: 11).

Gracias a esta alianza, el número de sindicalizados finalmente aumenta dramáticamente en

1973, con el gobierno de izquierdas de Allende, especialmente socialista y comunista, que, como se mencionó anteriormente, eran las corrientes partidistas que controlaban la sindicalización. Así, mediante una vía *sui generis* se logró aumentar la sindicalización en Chile ya que quienes tenían estrecha relación con los sindicatos, los partidos Comunista y Socialista, llegaron al poder electoralmente y potenciaron la sindicalización, y no como comúnmente realizan los gobiernos populistas que merman la sindicalización anarquista, comunista o socialista, ‘re-sindicalizando’ a muchos de los trabajadores en las propias organizaciones estatales o dominando heterónomamente las ya existentes, que en Chile fueron solo fallidos intentos de Carlos Ibáñez del Campo y también Eduardo Frei Montalva.

Ahora bien, de la observación comparada de los casos centrales y el caso contrastante, se pueden desprender algunas premisas que permiten sostener que especialmente en Argentina y Brasil, y secundariamente en Venezuela, existieron condiciones sindicales propicias para el surgimiento y desarrollo del populismo:

- a) Por un lado, se encuentra el aspecto de las diferencias ideológicas de las organizaciones sindicales. Los movimientos sindicales previos a los populismos, especialmente en Argentina y Venezuela, tuvieron motivaciones ideológicas más reformistas o incluso pragmáticas, lo que los hacía más propensos a migrar su apoyo hacia proyectos como son los populismos de corte anti-oligárquico. Esta migración del apoyo fue especialmente clara en el caso de Perón y la CGT, quien se encontró con un sindicalismo vinculado con una corriente socialdemócrata, que buscó la negociación y desmovilizó con la clase obrera. Aunque esto también es posible observar en menor medida en los casos de Vargas e incluso en el de Chávez.

En particular el sindicalismo venezolano, previo a Chávez, parece asemejarse al chileno, previo a 1973. Esto debido al control sindical que logra el Estado a través de los partidos políticos. Sin embargo, en el caso chileno la CUT estuvo fuertemente vinculada a sectores más marxistas que socialdemócratas o socialcristianos como en Venezuela. De modo que los partidos que hegemonizaron el control de la CUT fueron el PS y el PC, no teniendo injerencia el Estado, sino hasta la llegada de Salvador



Allende al poder.

- b) Por otro lado, está el aspecto de la debilidad de la organización sindical. En Argentina se observa una debilidad sindical que se radicó en los recurrentes quiebres de sus centrales sindicales, a diferencia de Chile que se ha caracterizado por una alta cohesión de la CUT durante el gobierno de Ibáñez, y que se mantuvo independiente de dicho gobierno. En cuanto a Brasil, su debilidad sindical previa a Vargas se entiende como el aislacionismo en que estaba el movimiento obrero respecto de otros movimientos y partidos de izquierda, a diferencia de Chile en que el sindicalismo se desarrolla unido a la figura de Recabarren y a la creación del PC.
- c) Finalmente, en relación a la dicotomía entre presencia e institucionalidad, es decir, si el populismo pone un mayor énfasis en potenciar la propia figura del líder y el vínculo social con el pueblo, o bien si se focaliza en una actividad corporativista intensa de producción de legislación sindical, se observa una diferencia entre, por un lado, el caso de Brasil y, por otro, los casos de Argentina y Venezuela. En estos últimos casos, la presencia del líder es lo suficientemente potente como para ubicarse por delante de cualquier estrategia normativo-legalista. Esto no quiere decir que no hubo normativa laboral o sindical en estos gobiernos, sino que la figura del líder se impuso por sobre estos aspectos. Sin embargo, en el caso de Brasil, la figura de Vargas parece quedar eclipsada frente a la abundante legislación sindical y laboral que implementó, pudiéndose reconocer solo dos momentos en que la presencia supera a la institucionalidad. El primero tuvo lugar hacia el final del *Estado Novo* cuando se activa la movilización social mediante el queremismo que busca conservar a Vargas en el poder. El segundo momento sucede hacia el final del segundo gobierno, pero potenciado en gran medida por otra figura populista emergente, el Ministro del Trabajo del varguismo, João Goulart.

## **TERCERA PARTE. INSTAURACIÓN Y DESARROLLO DEL POPULISMO EN AMÉRICA LATINA**



## **CAPÍTULO XII. LA ARGENTINA PERONISTA: 1943-1955**

El proceso de instauración del peronismo, y en general de los populismos, se da en medida importante con el apoyo de ciertos sectores militares, al menos en sus albores. Esto es una constante para los casos de análisis, toda vez que se enfrentan a regímenes democráticos, si bien con una creciente deslegitimación, sí con un fundamento institucional en gran medida censitario. Este singular contexto, como se ha sostenido, es equiparable entre el período oligárquico de las tres a cuatro primeras décadas del siglo XX en Brasil y Argentina, como al desgastado puntofijismo venezolano de fines del siglo XX. Así, estas nuevas élites disconformes, como ya se señaló, corresponden a las denominadas ‘clases medias’ que hacen presión para derribar a la oligarquía, y que están constituidas desde funcionarios públicos, profesionales liberales, hasta militares, e incluso en el caso del varguismo, de ciertos sector oligarcas aperturistas y disconformes. Bajo este panorama, la preponderancia de los cuadros militares destaca en los casos de estudio, con dos exmilitares líderes del populismo en sus respectivos países, y otro que por casi quince años sustentó sus gobiernos con el apoyo militar.

Como es bien sabido, Perón proviene del ejército y participó activamente en el derrocamiento del Presidente Ramón Castillo, a quien se le veía como un enemigo, debido al histórico fraude electoral que implementaron los sectores conservadores a los que representaba, así como por sus intenciones de imponer a Robustiano Patrón Costas como su candidato de continuidad, que también estaba bajo sospecha de que fuera electo mediante un fraude. Asimismo, para entender el golpe de Estado a Castillo y el surgimiento de líderes militares que lo llevaron a cabo, de los cuales emerge el mismo Perón, es pertinente conocer al GOU (Grupo de Oficiales Unidos), la logia secreta –en ese entonces– a la cual gran parte de los líderes golpistas pertenecía.

La constitución formal del GOU data de Marzo de 1943, donde miembros de las fuerzas armadas se reúnen secretamente en el Hotel Conte, próximo a la Plaza de Mayo. Esta reunión es la culminación de los intentos de alrededor de un año de convencer a un grupo selecto de

oficiales de darse una organización paralela. Además de Perón, el grupo que durante 1942 trabajó en la idea de conformar la logia fueron los oficiales Miguel y Juan Carlos Montes, Urbano y Agustín de la Vega, Ramírez, Mittelbach, y Saavedra. Lo que motivó a estos oficiales a organizarse fueron una serie de razones, muchas de las cuales pueden parecer inconexas. Estas son: la necesidad de resguardo contra el surgimiento del comunismo, el miedo a verse envueltos en una guerra como resultado de presiones externas, especialmente de EE.UU., el sentido de solidaridad con el cuerpo de oficiales, y el resentimiento por la intrusión de los políticos en las fuerza armadas. A esto, se le debían sumar ciertas condicionantes externas que tienen que ver con las acciones llevadas a cabo por Castillo que motivan el comienzo de acciones secretas más decisivas por parte del GOU. Estas motivaciones fueron: la ya señalada indudable selección de Patrón Costas como el delfín de Castillo para la presidencia de la nación, junto con la política de relaciones exteriores que se originó dentro del propio ejército, por parte del General Pierrestegui, un oficial pro-Aliados que urgió con la necesidad de una acomodación a la política internacional estadounidense, para así poder hacer elegible a la Argentina como receptora de pertrechos militares. Si bien esta última idea no prosperó, la intención produjo un gran malestar entre los integrantes del GOU, los cuales eran todos oficiales que apoyaban la neutralidad de la Argentina (Potash, 1969: 185-187).

El derrocamiento de Castillo, sin embargo, fue planeado en la Escuela de Caballería, por 14 jefes militares, los cuales adherían a un amplio rango de ideologías y cosmovisiones, y donde solo dos de sus miembros eran líderes del GOU, y otro de ellos se había afiliado recientemente a la logia. Lo que los unía, entonces, era básicamente su rechazo al presidente (Potash, 1969: 196). Sin embargo, la cosmovisión del GOU era un poco más precisa que la de los oficiales que planearon el golpe. Más aún, es posible sostener que la vaga evidencia al respecto señala que en una medida importante el discurso que los textos del GOU portan es atribuible al Coronel Perón, no solo por su estilo y contenido, sino que también por la particular visión respecto de las condiciones políticas y las injusticias sociales, junto con un llamamiento a que el Estado cumpla una función más reguladora de la riqueza armonizando al todo social (Potash, 1984: 187-188).

Por una parte, en uno de los documentos del GOU denominado ‘Situación Interna’, susceptible de ser atribuido a Perón hacia mayo de 1943, se deja notar su simpatía con las ideas nacionalistas (Potash, 1984: 200), y por otro lado, con la necesaria implementación de un corporativismo estatal en la Argentina:

Las ciudades y los campos están poblados de lamentaciones que nadie oye; el productor estrangulado por el acaparador, el obrero explotado por el patrón y el consumidor literalmente robado por el comerciante. Tal es el panorama. El político al servicio del acaparador, de las compañías extranjeras y del comerciante judío y explotador desconsiderado, mediante la paga correspondiente.

La solución está precisamente en la supresión del intermediario político, social y económico. Para lo cual es necesario que el Estado se convierta en órgano regulador de la riqueza, director de la política y armonizador social. Ello implica la desaparición del político profesional, la anulación del negociante acaparador y la extirpación del agitador social (supuestamente Perón, citado en Potash, 1984: 202).

No obstante, como se indicó, el golpe de Estado de los militares es más ambiguo en su cosmovisión, ya que lleva consigo un rechazo a Castillo desde dos frentes diferentes, dependiendo del grupo de oficiales proclives a Alemania o aquellos proclives a los aliados, es decir, porque la política exterior de Castillo se dirigía hacia el quiebre de la neutralidad Argentina, o bien porque ello no se realizó con la suficiente prestancia. Sin embargo, el ‘manifiesto público’ del golpe de Estado fue elaborado, según Potash, tanto por Perón, quien en ese tiempo era decididamente pro-fascista, y Agustín Montes quien era más bien un nacionalista democrático. Así y todo, el resultado fue un manifiesto en tono y contenido que parecía un pronunciamiento político de carácter democrático (Potash, 1969: 197-198).

Luego del muy breve paso del General Rawson como presidente de la nación, llega al poder el General Pedro Pablo Ramírez, y con ello se abre paso a que el GOU pueda influir en las decisiones. La injerencia de la logia en el gobierno tiene su origen en la cercana relación entre el General Ramírez con el coronel González, quienes a principios de junio de 1943 se reúnen y en conjunto con otros dos coroneles deciden cuál será el nuevo gabinete de ministros. Llegan a la conclusión que el crucial ministerio de guerra debe ser presidido por el General Edelmiro Farrell, jefe de Perón y muy cercano a este. Así Perón se convertiría en

el secretario privado del Ministerio de Guerra. Desde esta posición influiría fuertemente para persuadir a cientos de jóvenes oficiales de afiliarse al GOU y con ello mostrar su apoyo al gobierno militar. Esto no solo permitía lograr apoyo militar irrestricto al nuevo régimen, sino que también se conseguía información para identificar a los oficiales contrarios a las políticas y actividades de la logia, lo cual, por lo tanto, se constituyó en una red de espionaje interna para controlar al cuerpo de oficiales. Sin embargo, estas acciones le trajeron el rechazo de los jefes militares que tomaron parte en el derrocamiento de Castillo (Potash, 1969: 208-212).

El GOU, a pesar de ello, continúa con sus planes de control del gobierno, avanzando hacia el derrocamiento del General Ramírez. Es bien sabido que las luchas entre liberales y nacionalistas, entre pro-aliados y pro-germanos, estaban lejos de desaparecer dentro del ejército. Y dentro del ahora gobierno militar, el presidente Ramírez, a principios de octubre de 1943, quiso deshacerse de Farrell y Perón, ambos los principales líderes militares nacionalistas, sin embargo, se arrepintió rápidamente de esta decisión. Las consecuencias que esto trajo fueron el empoderamiento del GOU y la presión que desde ese momento ejercería para lograr el completo control del gobierno. Posterior a este hecho, Ramírez promovió un cambio de gabinete, en que Farrell es nombrado vicepresidente y mantuvo su puesto como Ministro de Guerra, mientras que ciertas voces más moderadas fueron sacadas, como Santamaría, Ministro de Finanzas, General Anaya, Ministro de Justicia e Instrucción Pública, y el Almirante en retiro Galíndez, Ministro de Obras Públicas. Por otro lado, ascendieron a la cartera de justicia el intelectual católico ultramontano Dr. Gustavo Martínez Zuviría, y el General Luis Perlínger, nacionalista pro-alemán como Ministro del Interior. En este contexto, las presiones del GOU continuaron, teniendo como resultado una serie de decretos firmados el 31 de diciembre en que se suprimían los partidos políticos, se establecía la educación religiosa obligatoria en las escuelas públicas, entre otras medidas (Potash, 1969: 224-225). Aunque lejos de aminorar la división entre militares liberales y nacionalistas en el gobierno, el clivaje se extendió incluso al interior del GOU, ya que la problemática de la neutralidad argentina en la Segunda Guerra Mundial no era un tema accesorio, motivo que, como se expone, también estuvo a la base del derrocamiento de Ramírez por parte de Farrell y Perón. Hacia fines de febrero de 1944, Perón se reunió con la jerarquía del GOU a tratar estos temas, mientras que Ramírez buscaba desintegrar a la organización secreta, sacando del

poder a sus líderes y beneficiarios, primero a través del reemplazo de Farrell y Perlinger de sus respectivos ministerios. Frente a ello el vicepresidente Farrell convoca a comandantes claves de diversas guarniciones al Ministerio de Guerra para una reunión de emergencia, donde se prepara el derrocamiento de Ramírez. Este no reacciona y no acepta el apoyo militar de la marina para defender el gobierno, en tanto que Farrell y Perón, apoyados por diversos jefes militares, rodean la residencia presidencial de Olivos, tomando virtualmente como prisionero a Ramírez (Potash, 1969: 233-237). Así, Farrell se convierte en presidente y Perón en Ministro de Guerra y Vicepresidente de la nación.

El rápido ascenso de Perón era visto con desconfianza por muchos sectores. Y ahora entre esos grupos se encontraban los mismos nacionalistas. Se creía que el ahora Ministro del Interior General Perlinger podría detenerlo, sin embargo, el apuntalamiento del liderazgo de Perón fue más allá, ahora además de amigo cercano era consejero de Farrell, y también tenía una cercana relación con el Comandante Coronel Ávalos de la poderosa guarnición de Campo de Mayo, entre otros apoyos. Más aún, Perón tenía una gran facilidad para lograr la lealtad de los oficiales de menor rango, gracias a sus capacidades oratorias y de interpretar las necesidades de estos profesionales del ejército.

Sin embargo, el GOU se disuelve, dejaba de existir aquella organización secreta paralela para coordinar y mantener la lealtad de los oficiales. Frente a esto, y para evitar hechos como el levantamiento del Coronel Ducó, comandante del Tercer Regimiento de Infantería, es que Perón le encargó al Coronel Peluffo que visitara a todas las guarniciones solicitando jurar un compromiso de lealtad con el gobierno y con Perón. Este documento, pues, buscaba cumplir una función análoga a la del GOU atrayendo la lealtad de sus soldados. No obstante estos intentos, Perón pierde la lealtad completa del ejército, especialmente de parte de los ultranacionalistas liderados por el General Perlinger, y entra en una búsqueda de apoyo al exterior de las fuerzas armadas. En la política partidista, se dirigió a los radicales, ya desde comienzos de 1944, sin embargo, ningún prominente líder del partido le entregó su público apoyo, lo cual cambió eso sí en la segunda mitad de 1944, cuando Hortensio Quijano –futuro vicepresidente peronista–, Armando Antille y Juan Cooke, todos antiguos radicales yrigoyenistas, fueron llamados a ocupar puestos ministeriales, aceptando sus nombramientos.



Así y todo, Perón puso sus energías en crear un nuevo estatuto para las fuerzas armadas que se promulgó en octubre de 1944 –pensando tal vez en la búsqueda de nuevas adherencias dentro de las fuerzas armadas–, el cual traía mejoras en las rentas de los militares, así como un claro procedimiento para las promociones (Potash, 1969: 238-249). Sin embargo, los intentos golpistas de parte de sectores castrenses no cesaron. Existían dos grupos insurrectos, por un lado, aquellos provenientes de los antiguos adherentes de ex General Agustín Pedro Justo, los que se definían como pro-aliados y liberales, y por otro lado, los nacionalistas de extrema derecha pro-germanos<sup>115</sup>.

El primer intento serio de detener a Perón fue a través de la marina, la cual era representada por el Almirante Héctor Vernengo, presentó en Junio de 1944 tres exigencias al General Farrell, que consistían en: celebrar elecciones de forma inmediata, ningún miembro del gobierno debía realizar propaganda política en su beneficio, y no se debía ocupar la plataforma gubernamental para beneficiar a algún candidato (Potash, 1969: 262). Pero dentro del ejército mismo hubo planificaciones más extremas, como la del Coronel Mora, profesor de logística de la Academia de Guerra, quien a principios de octubre de 1944 y con apoyo de varios capitanes intentaría matar a Perón en su visita a la academia, pero dicha visita nunca se concretó. A pesar de lograr escabullirse, lo cierto es que los oficiales comenzaron a volverse irrestrictamente menos leales y cada más deliberativos frente a las acciones que impulsaba Perón, hecho constatable con Campo de Mayo, donde sus oficiales se convirtieron virtualmente en un “club de debate” (Potash, 1969: 268-269).

En este punto es importante destacar un aspecto, que tiene que ver con los sectores que le entregaron apoyo a Perón en los distintos momentos de la dictadura. El principal sector de apoyo al líder transitó desde los militares hacia las clases trabajadoras. El espíritu antilaborista que caracterizó a un grupo importante de los primeros oficiales durante el

---

<sup>115</sup> Lo que a juicio de Potash (1969: 261-262) puede ser explicado por una constelación de razones: “No single fact explains the alienation of these officers. Rather the alienation was the result of a series of individual experiences, reactions to Perón’s behavior on a personal as well as political level and to the influence exerted by the growing resistance of other sectors of society. All of these contributed to the erosion of the sense of loyalty and comradeship that had bound them to the War Minister. A subtle change had come over the relationship that made it difficult to view him any longer either as an honorable comrade or as the defender of what they conceived to be the best interests of the Army and the nation”.

comienzo de la dictadura en 1943 empezó a cambiar –al menos para un sector– desde el momento en que Perón asumió en octubre el Departamento del Trabajo. La cercanía de Perón con el General Mercante, otro integrante del GOU, el cual además fue su principal colaborador, le dio acceso al mundo sindical argentino. Y es que el padre de Mercante era miembro de La Fraternidad, ello llevó a Perón a tener contacto con ese sector incluso antes de ser jefe del Departamento del Trabajo. No obstante, esta cercanía que tuvo Perón con los obreros, cuando aún existía el GOU, llevó a que los demás líderes militares no vieran con simpatía sus actividades, lo cual explica en cierta medida el posterior alejamiento de diversos sectores castrenses como se señaló más arriba (Potash, 1969: 227-228). Este alejamiento paulatino de los cuadros militares llevó, con el paso de estos convulsionados años, a configurar un escenario en que Perón tenía muchos enemigos –es decir, gran parte del *establishment*–, aunque también importantes sectores de apoyo, incluidos las masas de obreros urbanos<sup>116</sup>.

Finalmente, Perón es obligado a dejar el gobierno y arrestado muy temprano el día 12 de octubre de 1945. Recientemente había sido nombrado el General Ávalos –uno de los líderes históricos del GOU– como Ministro de Guerra y del Interior, además era el General de Brigada y Comandante de Campo de Mayo, lo cual lo convertía tal vez en el militar con más poder en Argentina, desplazando incluso a Farrell. En este contexto, fue urgido a tomar cartas en el asunto respecto de Perón, tanto por la Academia de Guerra el 10 de octubre, como por el Círculo Militar que al día siguiente realizó especies de cabildos militares abiertos de los cuales surgieron demandas que fueron presentadas tanto a Ávalos como a Farrell. A pesar de que Potash señala que Farrell –por su cercana amistad– como Ávalos –para no convertirlo en un mártir– eran reacios de sacar a Perón del gobierno y arrestarlo, a fin de cuentas llevan a cabo la acción por la amenaza que representaban una serie de cuarteles que exigían tomar

---

<sup>116</sup> En palabras de Potash (1969: 271-272): “Arrayed against him were not only the Campo de Mayo chiefs, the officers of the War Academy and of many other units, and practically the entire Navy, but most of the Argentine establishment: business and agricultural interest, newspaper owners, educators, political party leaders, and university students. And in the background offering them encouragement was the United States. Nevertheless, Perón had several things operating in his favor. Within the Army he still had many faithful supporters, some of them in the strategically located regiments of the capital, others in the interior garrisons. The police forces, both in the capital and elsewhere, were sympathetic to his cause. And also working for his return was a band of close collaborators headed by Lieut. Colonel Domingo Mercante, Eva Duarte, and Colonel J. Filomeno Velazco. The most important assets Perón possessed, however, were two: the intense loyalty he inspired in the industrial masses”

cartas en el asunto. Frente a esta situación, los sindicatos comienzan a reaccionar junto con el Coronel Mercante en la mañana del 12 de octubre, reuniéndose en la Secretaría del Trabajo cerca de 80 líderes de los trabajadores, donde se concluye la necesidad de una movilización general de las masas de obreros. Sin embargo, Mercante es arrestado horas después, quedando en manos de otros la coordinación de la huelga, particularmente sobre los hombros de su sobrino Hugo Mercante y la colaboradora Isabel Ernst. Finalmente, se la lleva a cabo el 17 de octubre de 1945, siendo multitudinaria, y frente a la cual el gobierno no reaccionó con represión, ya que Farrell se mantuvo prescendente, y Ávalos no movilizó las tropas cercanas que tenía bajo su mandato en Campo de Mayo. Pero la movilización no se disolvió por sí sola, y Ávalos tuvo que transar una salida con Perón, el cual finalmente aparece en un balcón de la Casa Rosada aclamado y llamando al repliegue pacífico de la movilización, mientras que Ávalos solicitaría su retiro (Potash, 1969: 274 y ss.).

La manifestación del 17 de octubre simboliza el punto de inflexión de una tendencia cada vez más acentuada, y que tiene que ver con la rápida pérdida de apoyo militar que padecía Perón, pero a la vez el también rápido e irrestricto apoyo que ganaba entre los trabajadores, es decir, el tránsito hacia una política de masas. Este abrupto cambio en su base de apoyo que ocurre durante poco más de dos años, que se ve representado por el tránsito desde el GOU y el 'compromiso de lealtad' firmado por los militares hacia la consolidación de las bases de apoyo sindicalistas y obreras en general, representa el nacimiento del populismo peronista en Argentina, en tanto movilización política de amplios sectores urbanos de clases trabajadoras, que luego refrendarían electoralmente en febrero de 1946.

Como se mencionó en el Capítulo 8, los grupos o redes de apoyo son unos de los factores esenciales para superar las limitantes del modelo de la presencia en el que se sostiene el populismo, otro de ellos es la utilización de los medios de masas. Estos garantizan un continuo funcionamiento y desarrollo del vínculo populista, basando su unidad en la presencia de un líder. En el caso del peronismo, este tránsito desde una red de apoyo militar sustentada en un régimen autoritario de gobierno, hacia una red de apoyo sindical entramada y controlada desde la Secretaría del Trabajo, y en el contexto del debilitamiento de la dictadura y el tránsito hacia una democracia representativa, es particularmente notorio y

vertiginoso. Independiente de esta rapidez, el ascenso de Perón requirió en última instancia de un entramado estatal, luego de la desaparición del GOU como red de apoyo secreta, disruptiva e insular. La Secretaría del Trabajo, a continuación de Perón, fue controlada por Domingo Mercante aún en dictadura, transformándose este coronel en la piedra angular de la red de apoyo, luego del propio Perón. En las elecciones de 1946, Mercante se presentó como candidato a Gobernador de la Provincia de Buenos Aires, siendo electo en dos períodos con notables votaciones, e impulsando una fuerte agenda social para la provincia, la que coincidía con el programa social del peronismo. Esto le valió una gran popularidad que lo llevó a entrar en conflicto incluso con el propio Perón. Pero, si el gobierno de la provincia tuvo a Mercante en sus inicios, en el gobierno central el Ministro del Interior fue Ángel Borlenghi, un muy conocido dirigente sindical, que ya con la llegada de la dictadura de 1943 había simpatizado con las Fuerzas Armadas en la medida que, a través de este gobierno, se preveía el impulso de los reclamos de la clase obrera. Borlenghi contribuyó sustancialmente a diseñar la plataforma electoral de Perón, con la creación del Partido Laborista —él se había previamente separado del Partido Socialista que era oposición a Perón, y del cual era un militante histórico—, que se basaba en diferentes organizaciones sindicales, entre las cuales él tenía especial ascendencia. Con estas credenciales, Borlenghi llega al gobierno, desde donde encabeza la organización estatal de los sindicatos.

## 1. EL DISCURSO POPULISTA DE PERÓN: ENTRE EL ANTAGONISMO Y EL GASTO FESTIVO

En el Capítulo 3 se abordó el populismo desde los enfoques semánticos. Ahí se señalaron tres variantes de análisis actualmente en boga. Particularmente, en esta investigación, se tendrá como referencia aquellos estudios que entienden al populismo más bien como discurso en su sentido no manifiesto, es decir, no desde la perspectiva de un análisis de contenido cuantitativo que persigue estudiar en términos explícitos el mensaje. Es por ello que el acceso al texto se da de forma tal que es requerido relevar interpretaciones respecto de alocuciones orales o escritas que emiten los líderes populistas. Para esto, se asume como estrategia metodológica para el análisis del discurso las propuestas por Hawkins (2009, 2010) así como por el posmarxismo (Howarth, 2005) y el análisis crítico del discurso (Fairclough, 1992;

Jørgensen y Phillips, 2002), las cuales entienden al discurso como un grupo de ideas no manifiestas, y que se puede acceder a ellas a través de análisis interpretativos o hermenéuticos. La forma más adecuada para este tipo de análisis es mediante el uso de distinciones, al igual que como Hawkins (2010) realiza a través de su rúbrica o Groppo (2009) con la distinción entre lógica de la equivalencia y lógica de la diferencia–, basadas en las características del discurso populista. De este modo, las ideas –latentes o implícitas, aunque también algunas veces explícitas– que se buscan en los discursos tienen relación básicamente con: el antagonismo maniqueo entre pueblo y élite en todas sus formas, al igual que las ideas que concentran la intención de implementar de acciones de gasto, o no. Para ello, la selección o muestreo de las alocuciones –ya sea dirigida a las masas o a través de misivas<sup>117</sup>– se realiza de forma cualitativa, es decir, para esta investigación será de manera *ad hoc* al objeto de estudio: muestreo intencionado. Además, cabe destacar que los criterios metodológicos aquí reseñados se replican para los análisis del discurso de los capítulos 12 y 13, que corresponden a los discursos de Vargas y Chávez, respectivamente. Por último, cabe señalar que dentro de los fines analíticos acá considerados, la manifestación discursiva del vínculo populista es un indicador relevante para el desarrollo del fenómeno, toda vez que da cuenta de las distinciones esenciales en los que se sustenta el populismo.

En el caso del peronismo, Hawkins (2010a: 76), con su método de gradación holística, clasifica a Perón como uno de los más importantes líderes populistas, desde la perspectiva del discurso. En su clasificación, y considerando los diversos criterios muestrales<sup>118</sup>, Perón obtiene un promedio de 1,5 en un contexto donde las posibilidades de clasificación del discurso eran: populista (2), mixto (1) y pluralista (0) –para más detalle véase el Capítulo 3–, de modo que se le podría considerar un líder con un discurso altamente populista. Así, ejemplos de las conferencias que estudia Hawkins, y en que queda de manifiesto lo esencial del discurso populista en el peronismo son: el discurso del 17 de octubre de 1945 (véase Alocución i en Anexo) donde Perón se identifica con el pueblo y se autodenomina como “el

---

<sup>117</sup> Esta variabilidad en la selección intencionada de la muestra pretende captar el discurso populista en toda su dimensión. En efecto, detrás de ello está el supuesto de que ciertos aspectos del populismo no siempre podrán plasmarse en todas las situaciones en que se despliega el discurso populista.

<sup>118</sup> Para construir la muestra de los diversos presidentes, Hawkins seleccionó 4 alocuciones de estos, considerando que éstas tuvieran una extensión de más de 1.000 palabras y fueran de algunos de los contextos ya descritos en el capítulo 3.

primer trabajador argentino”; también el discurso de su esposa Eva Perón del 17 de octubre de 1951 (véase Alocución ii en Anexo), meses antes de su muerte, el que comienza con la famosa frase: “mis queridos descamisados”, y que le achaca a ese enemigo del pueblo, la oligarquía, las penurias de los descamisados: “Que vengan ahora los enemigos del pueblo, de Perón y de la Patria. Nunca les tuve miedo porque siempre creí en el pueblo”, y continúa: “Yo sé que Dios está con nosotros, porque está con los humildes y desprecia la soberbia de la oligarquía. Por eso, la victoria será nuestra”. Otro ejemplo de identificación de Perón con el pueblo se encuentra en el discurso del 1 de mayo de 1949 (véase Alocución iii en Anexo), donde vuelve a identificar a la oligarquía con los males del pueblo:

Se ha dicho que sin libertad no puede haber justicia social, y yo respondo que sin justicia social no puede haber libertad. Ustedes, compañeros, han vivido la larga etapa de la tan mentada libertad de la oligarquía; y yo les pregunto, compañeros: si había antes libertad o la hay ahora. A los que afirman que hay libertad en los pueblos donde el trabajador está explotado, yo les contesto con las palabras de nuestros trabajadores: una hermosa libertad, la de morirse de hambre.

Pero, sobre todo, en el discurso del 31 de agosto de 1955 en Plaza de Mayo, se destaca aquella máxima distancia entre el pueblo y sus enemigos. Estos últimos, dirigentes políticos de oposición, son altamente demonizados por Perón, en un momento también de gran crisis política de su segundo mandato:

(...) ello demuestra su voluntad criminal. Han contestado los dirigentes políticos con discursos tan superficiales como insolentes. Los instigadores, con su hipocresía de siempre, sus rumores y sus panfletos. Y los ejecutores, tiroteando a los pobres vigilantes en las calles.

La contestación para nosotros es bien clara: no quieren la pacificación que le hemos ofrecido. De esto surge una conclusión bien clara: quedan solamente dos caminos: para el gobierno, una represión ajustada a los procedimientos subversivos, y para el pueblo, una acción y una lucha que condigan con la violencia a que quieren llevarlo (véase Alocución iv en Anexo).

Pero, más allá de esta noción maniquea entre pueblo y oligarquía que es constitutiva del populismo, y que ciertamente tiene efectos en el actuar político del peronismo, es necesario dar cuenta de aquél énfasis que Perón ponía en el pueblo y su bienestar, que se reflejaba en sus intenciones de gasto, especialmente, hacia el trabajador urbano. Ello queda claramente

plasmado no en un discurso, sino en la carta de Perón al presidente chileno Carlos Ibáñez del 16 de marzo de 1953. Si bien en la carta se incorporan pasajes maniqueos en que Perón ensalza al pueblo, e identifica como su enemigo a la oligarquía, los ‘políticos’ y el imperialismo, también se puede distinguir su acento en el gasto:

Su pueblo está preparado para todo. Sólo le falta el hombre. La providencia ha pensado en Usted. No debe tener la menor duda que la oligarquía, los políticos vendepatria y el imperialismo serán sus enemigos. Para vencerlos Usted necesita al pueblo y al pueblo se lo gana de una sola manera: luchando lealmente por él. Dé al pueblo, especialmente a los trabajadores, todo lo que pueda. Cuando a Usted le parezca que les da mucho, dele más. Verá el efecto. Todos tratarán de asustarlo con el fantasma de la economía. Es todo mentira. Nada hay más elástico que esa economía que todos temen tanto porque no la conocen (véase Alocución v en Anexo).

Aunque acá se encuentra de manera más prístina la noción de gasto, pieza angular del vínculo populista, también se identifican ideas similares en otros discursos de Perón. Como es el caso, por ejemplo, en que establece potenciar la industria nacional en función de la redistribución de la renta para los argentinos, lo que además denota el cariz nacionalista del peronismo: “Desde hoy en adelante hemos de industrializar al país para que nuestro trabajo lo realicemos con obreros argentinos y ganen lo que antes ganaban los trabajadores de países extranjeros. Esto representa para nosotros la industrialización” (Perón citado en Dutra y Ferrari, 2012: 1059). Este germen de la industrialización promovida desde el Estado y mezclada con un fuerte nacionalismo, se puede rastrear hasta los primeros textos y manifiestos de GOU. Tal como se señaló en el apartado anterior, Perón postulaba una función más reguladora de la sociedad por parte del Estado en tiempos de la logia secreta, que configuraba aquella noción de corporativismo estatal, junto a una clara simpatía por ideas nacionalistas.

Pero la conquista del pueblo para Perón no solo se circunscribió al mundo urbano –como en el caso del Sueldo Anual Complementario o aguinaldo (Groppo, 2009: 240)–, aunque gran parte de la política peronista se dirigió a este último sector. No obstante, el trabajador rural tuvo un importante rol discursivo en el peronismo, a diferencia de como ocurrió en el Brasil de Vargas. Ya desde los años de la dictadura, en 1944, Perón señalaba que:

Estas medidas no pueden esperar años para ser implementadas (...) es necesario introducir en el ambiente un hecho revolucionario (...) el peón rural era como un paria para la Patria, viviendo en condiciones inferiores a la esclavitud, abolida por la asamblea en 1813. Esta gente trabaja por quince o veinte pesos mensuales y no tienen más ventajas que los esclavos, ya que el esclavo tiene que ser mantenido por su amo cuando es viejo, mientras que al trabajador rural, cuando es viejo e inútil recibe un chirlo (Perón, 1944, citado en Groppo, 2009: 218)

El Estatuto del Peón Rural, pues, representaría para el peronismo aquella forma de vincular a los trabajadores más excluidos, los del campo, a través de la regulación estatal. Si bien con este decreto de 1944 los beneficios para los peones no llegarían a los niveles alcanzados por los trabajadores urbanos durante el peronismo, sí logró grandes cambios que previamente no existían como: salarios mínimos, descanso dominical, vacaciones pagadas, entre otros.

Sin embargo, lo que alegaban los terratenientes, asociados en la Sociedad Rural Argentina (SRA), era que, para ellos, sus peones eran como sus hijos. Lo que se puede interpretar como una referencia a aquel vínculo social conformado durante la hacienda latinoamericana: “El estanciero actúa con el trabajador en una empresa común, que refuerza las relaciones y establece una camaradería que algunos podrían confundir con una relación entre amo y esclavo cuando en realidad es más afín a una relación entre padre e hijo” (Sociedad Rural Argentina, 1944, citada en Groppo, 2009: 232).

Esta lucha, entre Perón y la oligarquía, que acá se recoge a nivel discursivo, da cuenta de una que transcurre a nivel del vínculo social, es decir, lo que está en juego es la mantención del vínculo originario sin cambios, o la reconfiguración y apropiación de dicho vínculo por parte del líder populista. Más aún, lo que se sostiene es que el Estatuto del Peón Rural es una más de las formas en las que se puede encontrar una tendencia al gasto festivo en el contexto rural argentino.

En efecto, el motivo económico detrás, que la SRA esgrimía para rechazar el Estatuto del Peón Rural, se basaba en un argumento economicista, es decir, que el salario mínimo iba a ir en contra de la conservación de la empresa de los estancieros de las diversas partes del país, las cuales tendrían costos diferenciados dependiendo de la región. De modo que la SRA veía



que el Estatuto de Peón Rural “establecía salarios prefijados más allá de cualquier consideración económica” (Groppo, 2009: 233). Así, la SRA, a pesar del atraso tecnológico que vivía respecto del mundo urbano, no extendía los principios de la economía festiva de su modo de producción tradicional hacia el salario rural, ya que este debía ser concebido en su sentido capitalista. En cambio, con el Estatuto del Peón Rural, Perón de alguna forma buscó extender los beneficios de la producción a los peones a través de su sueldo, es decir, obligando a los estancieros a gastar las ganancias en sus trabajadores.

## 2. GASTO E INFLACIÓN EN EL PERONISMO

Siguiendo la tesis sobre el discurso ya señalada en los capítulos 3 y 8, en que este tiene la capacidad de condicionar ciertos desarrollos institucionales, en el populismo –desde la perspectiva que acá se ha venido desarrollando– también se prevé que la potencia discursiva pueda provocar cambios estructurales, por ejemplo, como ocurre con el caso de la política económica. Sin embargo, ambos, tanto discurso como estructura más bien se conjugan, adquiriendo su unidad cultural en el *ethos* que se manifiesta en la modernidad latinoamericana. Asimismo, populismo discursivo no necesariamente es equivalente a populismo bajo el modelo latinoamericano. Las características discursivas propias del populismo latinoamericano tienen que ver, además de las señaladas como generales, con la función social del dinero. Así, indicadores del efecto discursivo del populismo sobre la estructura económica son los considerables aumentos del gasto público, las crisis fiscales representadas por sus déficits, y la consecuente aparición de altas tasas de inflación.

Como también se indicó en el Capítulo 8, las políticas económicas populistas, que a juicio de Bresser y Dall’Acqua (1991) están basadas en una interpretación errónea del keynesianismo, fijan su acción en la impresión de papel moneda como forma para estimular la demanda y reactivar la economía, y no tanto en el endeudamiento externo, el cual sería propio más bien de un modelo desarrollista focalizado en la industrialización del país. Esto es particularmente central para el populismo, ya que al amparo de este fenómeno se opaca el sentido más capitalista del dinero, adquiriendo preponderancia su sentido social, aquel de reciprocidad que garantiza la representación de la unidad entre el líder y su pueblo. Por ello

que también la acción de gastar promueve al líder como autor de ese gasto, ubicándolo por encima de los demás políticos, gracias al ensalzamiento realizado por parte de los beneficiarios de esa donación. Esta dimensión de la economía que persistentemente reemerge, y que, tal como se argumentó, tiene su origen en la Colonia, es la que posibilita el surgimiento de los grandes líderes políticos del siglo XX en América Latina, y a la vez concreta este singular vínculo social. Para indagar este aspecto en la moderna economía de los casos de estudio, se estima que un buen indicador para ello son los niveles de gasto, junto con su variación porcentual año a año. Es, en particular, en dicha variación porcentual que se puede observar el impacto del gasto populista, y el crecimiento de este respecto de los períodos anteriores.

En el caso de la Argentina, durante los primeros 40 años del siglo XX, no se registran aumentos importantes de los gastos del gobierno. Salvo la excepción del año 1935 bajo el gobierno conservador del presidente Justo, en que llegó a 2.129 millones de pesos argentinos moneda nacional de 1914, lo que representó 45,3% de aumento respecto del año anterior y un 56,56% de gasto como porcentaje del PIB. A excepción de este monto de gasto gubernamental, las demás cantidades destacadas de gasto se registran en los años 1943, 1944 y 1945, con 2.052, 3.120 y 2.534 millones de pesos argentinos moneda nacional de 1914, respectivamente. Esto significó una importante variación porcentual, sobre todo en el año 1944, en que respecto del año anterior, se aumentó un 34,2%. También cabe señalar que es en los años 1943 y 1945 en que el gasto del gobierno como porcentaje del PIB se eleva por sobre el 45%, alcanzando la sobresaliente cifra de 62,45% en el año 1944 (véanse gráficos xiv y xv en Anexo).

**Tabla 9. Gastos del gobierno nacional argentino, 1945-1956**

Año	Gastos corrientes		Seguridad social		Gastos de capital		Total gastos	
	Cantidad	Var. anual	Cantidad	Var. anual	Cantidad	Var. anual	Cantidad	Var. anual
1945	2.283		292		706		3.281	
1946	2.350	2,9%	267	-9,4%	691	-2,2%	3.308	0,8%
1947	3.203	26,6%	303	11,9%	1.328	48,0%	4.834	31,6%
1948	4.380	26,9%	356	14,9%	3.954	66,4%	8.690	44,4%
1949	4.276	-2,4%	545	34,7%	1.774	-122,9%	6.595	-31,8%
1950	3.920	-9,1%	474	-15,0%	1.482	-19,7%	5.876	-12,2%
1951	4.081	3,9%	445	-6,5%	1.412	-5,0%	5.938	1,0%
1952	3.635	-12,3%	449	0,9%	1.042	-35,5%	5.126	-15,8%
1953	4.142	12,2%	586	23,4%	1.188	12,3%	5.916	13,4%
1954	5.140	19,4%	821	28,6%	1.139	-4,3%	7.100	16,7%
1955	5.251	2,1%	1.008	18,6%	929	-22,6%	7.188	1,2%
1956	5.362	2,1%	1.193	15,5%	965	3,7%	7.520	4,4%

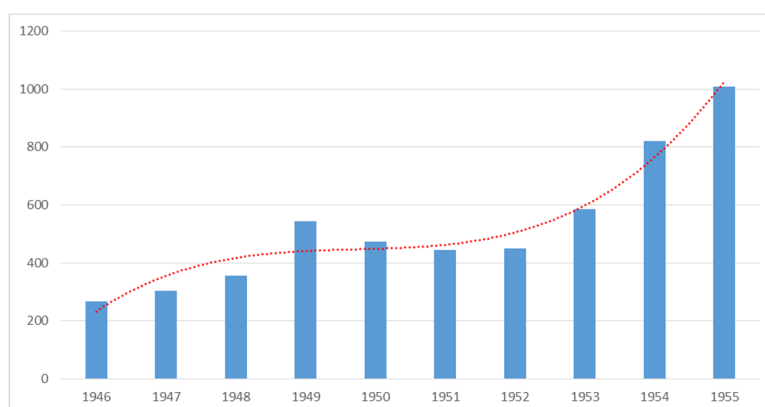
Fuente: Cortés Conde (2009: 329). Los valores corresponden a millones de pesos argentinos moneda nacional de 1945.

Si bien los gastos de la dictadura de 1943 pudieron estar altamente influidos por la figura de Perón, durante su gobierno se registraron igualmente importantes aumentos del gasto. Como se observa en la Tabla 9, en los años 1947 y 1948 se destacan los más importantes aumentos de los gastos del gobierno nacional, con sendas variaciones porcentuales de 31,6% entre 1946 y 1947, y de 44,4% entre 1947 y 1948. Aumentos que se atribuyen, principalmente, a los ítems de gastos corrientes y de gastos en capital. Sin embargo, lo que es casi una constante, son los sostenidos aumentos en los gastos en seguridad social observados en la serie –salvo en 1946, 1950 y 1951–, en que se destacan, sobre todo, el aumento porcentual de 1949 (34,7%), y los de 1953 (23,4%) y 1954 (28,6%) hacia el final del segundo gobierno de Perón. Así pues, el Gráfico 10 presenta esta tendencia del crecimiento de Gasto en Seguridad Social en la Argentina durante el peronismo.

En este sentido, al comparar las tasas de crecimiento de la seguridad social respecto del mismo indicador para los gastos totales del gobierno, se observa que la primera crece a una razón del 15,91% anual, mientras que la del segundo lo hace a una razón del 9,55% en el período 1946-1955. Más aún, cabe señalar que en el lapso de una década, se produjo el incremento de casi cuatro veces del gasto en seguridad social, esto es, desde el inicio del primer gobierno de Perón en 1946 hasta el derrocamiento de su segundo gobierno en 1955. Es particularmente importante este indicador de gasto en seguridad social, debido a que es uno de los que mejor representa el gasto que se dirige a la ciudadanía, es decir, aquel que,

potencialmente, resulta más concreto para el seguidor peronista. En efecto, y a pesar de que en el modelo hacendario, al igual que en la concepción premoderna del gasto, los bienes emanan valor de su dilapidación frente a la comunidad –en tanto son artefactos que ‘no se usan’, sino que son destruidos–, también en el gasto populista resulta necesario que dicha acción, al menos, fuese socializada para que se convierta en un acto simbólico que produzca el efecto vinculante y de comunión entre el líder y su pueblo. Razón por la cual, el gasto mientras más publicitado y visible sea para los seguidores del peronismo, mayor será la eficacia simbólica en producir la concreción del vínculo social populista, garantizando la lealtad entre el líderes y sus seguidores.

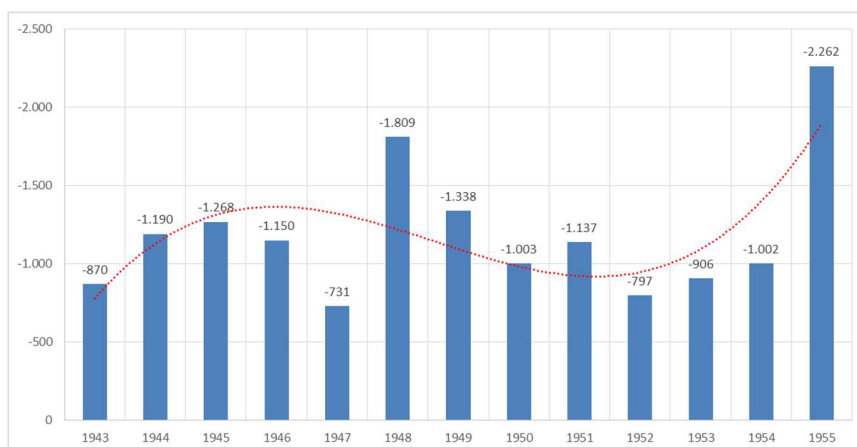
**Gráfico 10. Crecimiento del Gasto en Seguridad Social en la Argentina peronista, 1946-1955**



Fuente: Cortés Conde (2009: 329). Los valores corresponden a millones de pesos argentinos moneda nacional de 1945. Con línea de tendencia polinómica, orden 3.

El populismo en su dimensión económica, desde los análisis macroeconómicos descritos en el Capítulo 2, ha sido definido como gastar más de lo que se recauda. En Argentina, las consecuencias de ello se ven reflejadas en el déficit del gobierno, especialmente a partir de 1948 cuando alcanza a 1.809 millones de pesos argentinos. El déficit continúa con una tendencia suavemente decreciente, hasta que a partir de 1953 comienza nuevamente a crecer, y es en 1955, año en que el peronismo es depuesto por un golpe de Estado, que el déficit alcanzó unos inéditos 2.262 millones de pesos (véase Gráfico 11).

**Gráfico 11. Déficit del gobierno en Argentina, 1943-1955**

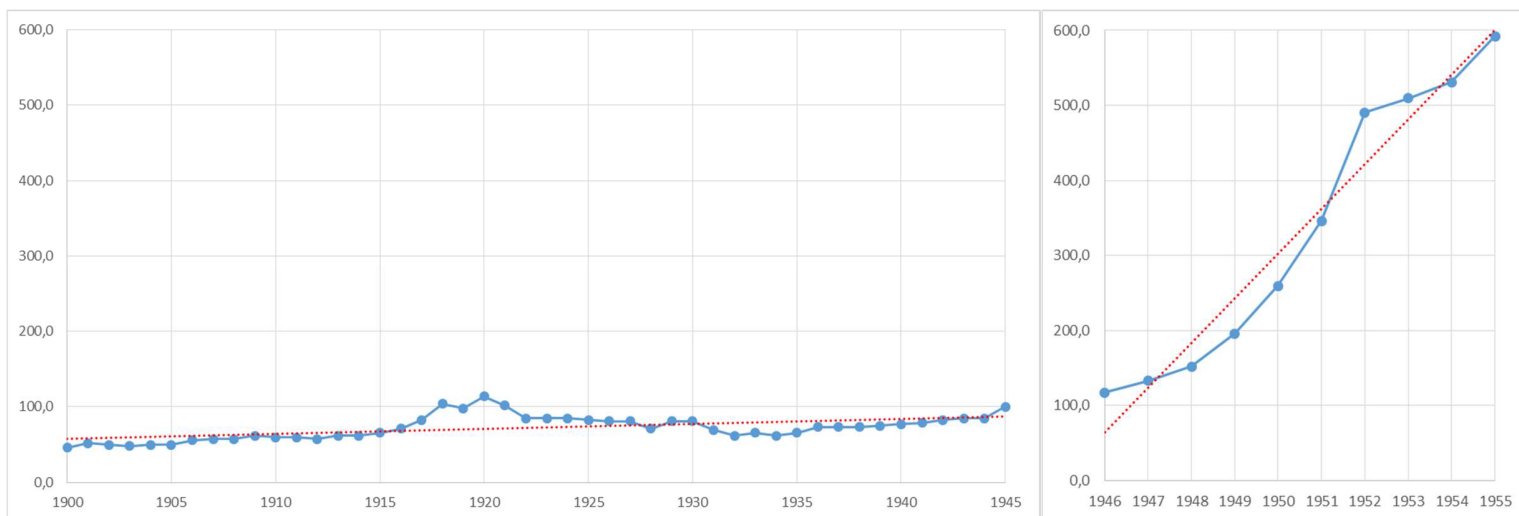


Fuente: elaborado en base a MOXLAD, Base de datos de Historia Económica de América Latina Montevideo-Oxford. Disponible en: <http://moxlad.fcs.edu.uy/es/basededatos.html>. Gastos del gobierno central menos Ingresos del gobierno central en millones de pesos argentinos de 1945. Línea de tendencia polinómica, orden 3.

Como se señaló, en el ciclo populista establecido por Díaz Alejandro, el déficit fiscal es financiado preferentemente por la emisión monetaria, y frente a esta inflación creciente, por lo general, ocurre que el gobierno se niega a desacelerar la demanda, es decir, no lleva adelante políticas restrictivas. Pero, las consecuencias negativas aparecen: el déficit público se torna insostenible, las cuentas de la balanza de pago se quiebran y la inflación se dispara (Dutra, 2011: 60-61)<sup>119</sup>. Según Kiguel (1986), uno de los enfoques que asocia inflación y déficit fiscal, sostiene que existe una relación dinámica entre este último y la oferta monetaria. En efecto, en países con mercados de capitales poco desarrollados, los gobiernos no pueden financiar dicho déficit a través de la venta de bonos públicos, sino que lo hacen a través de la emisión de papel moneda. Sin duda que ello lleva a que se produzca un exceso de oferta monetaria, lo cual provoca presión sobre los precios, logrando así que comience un proceso inflacionario. En consecuencia, en el doble Gráfico 12, se aprecia este proceso hiperinflacionario del peronismo. Si bien desde inicio de siglo hasta 1945 se puede encontrar una tendencia de crecimiento inflacionario bastante moderada, es durante el peronismo donde se torna acentuadísima.

<sup>119</sup> No obstante, lejos de lo que pueda suponerse, el crecimiento de la economía no se detiene para el caso del peronismo, salvo la caída del PIB que se produce en el año 1952, todos los demás años el PIB argentino durante el peronismo creció, así como los años venideros (véase Gráfico xvi en Anexo).

**Gráfico 12. Inflación en Argentina, 1900-1955**



Fuente: elaborado en base a MOXLAD, Base de datos de Historia Económica de América Latina Montevideo-Oxford. Disponible en: <http://moxlad.fcs.edu.uy/es/basededatos.html>. El valor 100 corresponde al año 1945. Con línea de tendencia lineal.

A diferencia de la interpretación economicista, que dice relación con una forma de irresponsabilidad en el manejo de las finanzas públicas, el populismo como vínculo social, que se concreta en el gasto del Estado, abandona el objetivo capitalista del dinero, es decir, se centra en la ya definida función social, que es, precisamente, vincular, no a través de un intercambio monetariamente mediado, bajo el modelo de la oferta y la demanda, pero sí a través de la acción publicitada de gastar, logrando la comunión de los descamisados, de los trabajadores, con sus líderes: Eva y Juan D. Perón. Dicho de otra forma, lo que para el peronismo representó el objetivo económico –declarado, mas no necesariamente logrado– de redistribución de la renta (Dutra y Ferrari, 2012) o la función que jugó uno de sus principales significantes discursivos como la justicia social (Groppo, 2009), se concretaron, en última instancia, en acciones sostenidas de gasto, pero de un gasto –insisto– más bien ‘festivo’ y que incluso el propio Perón reconoce en sus alocuciones más íntimas, como la que le dirigió a su par chileno en el año 1953 (véase apartado precedente).



### **CAPÍTULO XIII. INSTITUCIONALIDAD Y PRESENCIA EN EL POPULISMO VARGUISTA: 1907-1954**

Getúlio Vargas, a diferencia de Perón y del propio Chávez, no era un militar. Sin embargo, su surgimiento y el del movimiento político que instaura tiene ciertas similitudes, en particular respecto del peronismo. Aunque para demostrar esto, es necesario describir el contexto en el que surge el líder riograndense.

El sistema hegemónico dominante, comúnmente denominado como *café com leite* – también conocido como ‘situacionismo’ –, debido a la alianza entre los estados de São Paulo y Minas Gerais, provocó una coalición imbatible que le permitió a ambas oligarquías estatales controlar tanto el poder legislativo como el ejecutivo durante la *República Velha*. Ello tenía que ver con la hegemonía social sobre Brasil del bloque paulista gracias a su potencial exportador, hegemonía que fue sustentada por la alianza política establecida con la oligarquía *mineira*. Este último estado era el que tenía más electores en el país seguido por São Paulo, haciendo que las bancadas mineiras y paulistas pudieran garantizar un apoyo legislativo permanente a quien ocupase la presidencia. Este sistema también denominado como *política dos governadores*, creada por Campo Sales, relevante productor paulista de café y segundo presidente civil de Brasil, perseguía lograr que el presidente de la nación tuviera poder absoluto sobre el Congreso. ¿Cómo funcionaba esto?, el Congreso solo aceptaría a políticos electos por el grupo dominante de cada estado, para lo cual se crea una *comissão de verificação de poderes* que decidía si el seleccionado electoralmente sería o no legislador, de modo que si llegaba a ser electo un opositor al grupo hegemónico dentro del estado, este no sería nombrado como representante de dicho estado en la Câmara Federal. En el caso de Minas Gerais, se explica su apoyo a São Paulo, a pesar de que este último no tenía más electores, sino que por motivaciones económicas, así mediante su fuerza política en el congreso, el Partido Republicano Mineiro garantizaba su acceso al excedente económico de la economía nacional, y con ello hacer frente a sus dificultades económicas (Perissinotto, 1994).



En este contexto, la posición del gobierno de Rio Grande do Sul, la tercera fuerza frente a São Paulo y Minas Gerais, quedaba perjudicada. Más aún, era quizá el único estado que tenía una oposición interna fuerte frente al gobierno estadual, la que se levantó en armas en 1893 y 1923. Este contexto hostil, tanto intra-estadual como a nivel nacional, llevó a que tanto el gobernador Júlio de Castilhos como Borges de Medeiros implementaran más bien una política de ‘aislacionismo’. Sin embargo, a medida que avanzaba el siglo XX, particularmente hacia la década de 1920, la hegemonía de São Paulo y Minas Gerais comenzó a ser cuestionada, política y económicamente: “A convicção de que o café sustentava o Brasil transformava-se em seu oposto: a economia cafeicultora «socializava os prejuízos», era a voz corrente” (Dutra, 1999: 119).

La década de 1920 vio nacer diversos movimientos de contestación a este denominado situacionismo. Uno de estos impasses fueron las candidaturas que se disputarían la presidencia en 1922, la del carioca Nilo Peçanha que era apoyado por el Partido Republicano Rio-grandense (PRR) y la del mineiro Artur Bernardes. Aunque este último resulta vencedor –y gobierna con estado de sitio toda su presidencia–, el hecho de haber sido una elección disputada lleva a que al interior del Estado de Rio Grande las oligarquías estaduais entraran en disputa, animándose la oposición *maragata* –federalistas defensores del parlamentarismo–, apoyada por republicanos disidentes, a alzarse en armas contra la nueva reelección de Borges de Medeiros. El otro movimiento contestatario nació de la joven oficialidad del ejército, conocida como *tenentismo*, los que sin una ideología claramente definida, ya que se podían encontrar desde tendencias fascistas hasta comunistas, y tanto partidarios como contrarios a Vargas, decantaban todos en un claro antiliberalismo. Este movimiento militar fue heredero de las tensiones latentes entre el mundo civil y el militar (Dutra, 1999), explotando la contradicción en la década de 1920, primero con los levantamientos de 1922 y 1924, y luego con la *Coluna Prestes* que partió de Santo Ângelo en Rio Grande do Sul en el año 1925.

Esta situación social y política es la que precede a la denominada Revolución de 1930 y la llegada de Vargas al poder. Sin embargo, Vargas había emergido como líder dentro de un núcleo muy particular dentro de Rio Grande do Sul, que nacía en el contexto de la segunda

generación de políticos riograndenses y que tendrían gran relevancia a nivel nacional a partir de 1930. Este grupo ha sido definido por Love (1975: 216-221) como la ‘Generación de 1907’, debido a que gran parte de los considerados<sup>120</sup> se graduaron de la escuela de leyes en Porto Alegre en 1907 o 1908, e hicieron su debut en el mundo político con el denominado Bloque de Estudiantes Castilhistas –en alusión al antiguo gobernador estadual– para apoyar la candidatura para gobernador de Carlos Barbosa Gonçalves del PRR. Dentro del trasfondo común que poseía este núcleo de élite disconforme con el statu quo nacional, se encuentra que seis de los siete eran hijos o tenían una relación cercana con los antiguos coroneles *gaúchos* –líderes políticos locales–, cinco de ellos provienen de familias estancieras, y todos tenían una amplia experiencia política hacia el final de la década de 1920. Y, sobre todo, muchos de los integrantes de la Generación de 1907 ocuparían posiciones claves durante el gobierno nacional que lideraría Vargas.

Pero los sectores no inmediatos que apoyaron al político *gaúcho* fueron altamente heterogéneos, a diferencia del núcleo señalado antes, incluso se distinguen posiciones antagónicas. Tal como señala Bethell (2008: 19), se pueden identificar tres grupos, que conforman el grueso de lo que ya se ha definido como las élites emergentes disconformes, entre las cuales el líder *gaúcho* tuvo que mediar:

- Los antiguos políticos de los partidos republicanos, especialmente de Rio Grande do Sul y de Minas Gerais, que conformaron la Aliança Liberal que tenía como objetivo elegir presidente a Getúlio Vargas. Esta coalición estuvo también apoyada por el Partido Democrático de São Paulo, todos los cuales lograron movilizar a las clases medias urbanas para apoyar al candidato.
- Los *tenentes*, que estaban compuestos por aquellos de primera generación o históricos y los de segunda generación graduados de la academia militar hacia fines de la década de 1920, junto a sus aliados civiles también llamados *tenentes civis*.

---

<sup>120</sup> Además de Vargas, se consideran parte de este grupo a: José Antônio Flôres da Cunha, Osvaldo Aranha, Lindolfo Collor, João Neves da Fontoura, Joaquim Maurício Cardoso y Firmino Paim Filho.

- También estaban los oficiales de alto grado en el ejército como fue Góis Monteiro, quien si bien era opuesto a los *tenentes*, apoyó el golpe de Estado a la *República Velha* desde el comienzo.

Esos fueron los grupos con que Vargas llegó al poder y, a su vez, con los cuales tuvo que gobernar en un comienzo, tanto en su gabinete de ministros como en cargos de nivel nacional, así como en el cargo de interventores federales que vinieron a reemplazar a los anteriores gobernadores estatales.

Pero si bien Vargas no fue un militar, y solo tuvo un breve paso en su juventud por el ejército, al igual que Perón, la preponderancia de los cuadros militares son muy relevantes para su ascenso al poder y la consolidación del gobierno, al menos en una primera etapa, y considerando también que tanto la Revolución de 1930 (1930-1934) como el *Estado Novo* (1937-1945) fueron etapas de un primer período eminentemente autoritario.

Para el varguismo los *tenentes* fueron el grupo más influyente en los primeros años del gobierno. Juarez Távora por ejemplo llegó a ser Ministro de Transporte y Agricultura. Además, este grupo formó el llamado *Clube 3 de Outubro*, del cual Prestes ya no pertenecía –uniéndose después al Partido Comunista–, y en el que también se incluía a los *tenentes civis*, y se consideraban el verdadero grupo revolucionario a diferencia de los otros grupos de este nuevo *establishment*. No obstante, las tendencias políticas que los definían eran variadas, y en un comienzo no quedaba clara su orientación, toda vez que en la primera reunión del club en casa de uno de los políticos más cercanos a Vargas, el riograndense Osvaldo Aranha, participó, por ejemplo, Plínio Salgado futuro líder del integralismo fascista en Brasil. Los *tenentes* crearon la Legión Revolucionaria para diseminar sus ideas, la cual tuvo diferentes ramas por todo Brasil como fue la Legião Revolucionária de São Paulo liderada por el destacado *tenente* Miguel Costa –participante de la famosa Columna Prestes–, que posteriormente constituye el Partido Popular Paulista. Los tenientes también influyen en la política económica apoyando la intervención del Estado en la economía, y en la política social promocionando la intervención del Estado en la formación de sindicatos y extendiendo los beneficios sociales a los trabajadores y sus familias, entre otras cuestiones (Bethell, 2008:

22). Pero los tenientes comienzan a perder relevancia en el gobierno de Vargas, a la vez que necesitan cada vez más de él para mantenerse en el poder. Es cierto que Vargas se sirvió de ellos para enfrentar a las oligarquías estaduais, nombrándolos como interventores e incluso teniendo que enfrentarse armadamente a dos rebeliones estaduais de dos de las oligarquías más importantes, la de Sao Paulo en 1932 y la de Rio Grande do Sul en 1937 que devino en la expulsión de Flores da Cunha (Murilo, 1999: 343). Sin embargo, los militares comenzaron a perder gradualmente influencia.

They had hoped to institutionalise the Revolution through the creation of a national revolutionary party. But the Revolutionary Legions remained a 'civilian army' more than a political party, and a belated attempt to establish a Partido Revolucionario Nacional failed, as the leading tenentes were forced to recognise in November 1931. When on the first anniversary of the Clube 3 de Outubro in February 1932 the tenentes launched their 'Revolutionary Programme for the Social and Political Reconstruction of Brazil' their influence had already passed its peak. They had become more dependent on Vargas than he was on them. They had no deep roots in Brazilian society (Bethell, 2008: 23).

Juarez Távora, al igual que muchos *tenentes* volvieron al ejército. Y muchos de ellos reaparecieron en la política, tanto como a la extrema derecha en la Ação Integralista Brasileira (AIB) o en la izquierda en la Aliança Nacional Libertadora (ANL), pero ya no ligados al varguismo.

A pesar de este alejamiento de los militares, surge la pregunta sobre cómo Vargas podía derrocar al poder de las oligarquías estaduais, sobre todo a las más poderosas, sin la acción de los militares. Sin este componente de la élite emergente, se tornaba muy complicado el paso de un país fuertemente fragmentado a propiamente la construcción de una política nacional (Murilo, 1999: 341). Pero para establecer a los militares en cuanto actor político que el varguismo requería para consolidar su dictadura, y considerando que la heterogeneidad ideológica dentro del ejército era altísima, se utilizaron estrategias de expulsión de aquellos elementos que podían subvertir a la corriente que buscaba aliarse a Vargas. Así, después del levantamiento paulista de 1932 fueron expulsados 508 oficiales, después de la revuelta comunista de 1935 se expulsaron 107 oficiales, y luego de la revuelta integralista de 1930 se da de baja a 10 generales. Liderada por Gois Monteiro y secundada por Eurico Gaspar Dutra,

esta limpieza ideológica durante los primeros años del varguismo posibilitó el establecimiento de una corriente hegemónica dentro de los militares, garantizando la unificación de la institución y la constitución del ejército como un actor político relevante con capacidad para sustentar la acción nacionalizante de Vargas (Murilo, 1999: 342), todo lo cual se consolidaría años más tarde con el Estado Novo.

Es ineludible sostener que la construcción política de Vargas tuvo como principal aliado a los militares en una primera etapa a pesar de que él mismo no emergió desde los cuadros militares como su par argentino. Y este período de ‘cooperación’ mutua entre líder y ejército fue bastante más largo que el que tuvo Perón en Argentina. Perón llega a la política nacional Argentina en 1943, y ya para 1945 su principal sostén son los trabajadores y no el ejército, apoyo que se consagra con la irrupción masiva del ‘descamisado’ el 17 de octubre, cuando aún no era presidente. En cambio en Vargas este cambio hacia los trabajadores como sostén principal ocurre recién hacia 1942, 12 años después de iniciada la Revolución de 1930.

Al igual que Perón, pero en un período mucho más extenso, Vargas redirigió la lucha política a las masas, a los obreros y no la sustentó en el poder armado. Entonces, este cambio implicó la creación de otro actor político, el movimiento obrero, que se institucionalizó partidistamente en el PTB, tal como se indicó en el Capítulo 11. Pero esta situación llevó a una incompatibilidad entre militares y obreros, o eran los unos o los otros, ambos no podrían tolerar apoyar simultáneamente al varguismo, y ello se debió por cuestiones ideológicas:

O que afastou Vargas dos militares foi exatamente esse novo ator político que ele estava construindo ao final do Estado Novo, o movimento trabalhista. Os militares tinham desenvolvido, desde 1935, um fortíssimo viés anticomunista, alimentado inclusive por falsificações de episódios históricos referentes às revoltas desse ano. O anticomunismo passou a ser marca registrada dos militares. A adesão dos comunistas a Vargas, ao final do Estado Novo, fez com que o trabalhismo, criado por Vargas, fosse visto pelos militares como um movimento no mínimo filocomunista. O casamento entre Vargas e os militares entrou em crise que culminou em divórcio em 1945. Os militares que depuseram Vargas em 1945, Góis Monteiro e Gaspar Dutra, foram exatamente os

mesmos que o puseram no poder em 1937 e que o sustentaram durante o Estado Novo (Murilo, 1999: 343)<sup>121</sup>.

El populismo de masas de Vargas propiamente tal comienza a principio de los años cuarenta, a medida que se comienza a resignar la opción autoritaria de gobierno vinculada a los militares, y se prevé un camino electoral con el apoyo de los trabajadores vinculados al mismo Estado. Así, al igual que en Argentina con Mercado y Borlenghi, la piedra angular de la red de apoyo del varguismo fue Alenxandre Marcondes Filho, abogado paulista que por tres años fue doble Ministro, del Trabajo y de Justicia. El porqué se fecha a principios de la década de 1940 el comienzo del populismo sustentado en una red de apoyo sindicalista y tutelada por el Estado, tiene que ver con el denominado impuesto sindical –ya señalado en el Capítulo 11– que viene a acentuar y confirmar dicha tutela, o dicho de otra manera, potencia el corporativismo del varguismo. Pero incluso más allá de eso, Marcondes Filho dotó al Ministerio del Trabajo de una serie funciones, elementos y vínculos con los medios de propaganda como el Departamento de Imprensa e Propaganda, que lo hicieron parecer como el propio partido de gobierno:

He also endowed the Labor Ministry with many attributes of an official party, including the *Labor Ministry Bulletin* (circulation 100,000) and a radio station. During these years Marcondes personally made over 200 radio talks. He forged close relations with DIP directors, whose programs publicized labor advances. It is probable that Marcondes even drafted Labor Day speeches for Vargas (Conniff, 1982b: 79).

Si bien la constitución de 1937 que originaba el *Estado Novo* le permitía a Vargas crear un partido oficial –pero ello no se concretó de forma inmediata, probablemente porque creía que un órgano como este podía comprometer su poder–, a medida que avanzó este régimen y el apoyo militar se diluía, además de la inminencia de aquel horizonte electoral que se hacía

---

<sup>121</sup> Así y todo, posterior al derrocamiento de Vargas, se puede decir que hubo dos ejes entre los que transitó el conflicto, uno basado en el grado de nacionalismo y otro en el grado de rechazo al comunismo. De las combinaciones de estos dos ejes surgen, a juicio de Murilo, cuatro grupos, a saber los nacionalistas de derecha anticomunistas, los nacionalistas de izquierda que toleraban el comunismo, los cosmopolitas –o no nacionalistas– de derecha y anticomunistas, y los cosmopolitas liberales. Finalmente, el bloque conformado por los grupos anticomunistas entra en crisis con el nacionalismo de izquierda ya a partir de mediados de 1950 con la crisis de *Clube Militar*, guerrilla que se extiende hasta 1964, cuando el bloque anticomunista se impone al bloque de izquierda y derrocan al presidente Goulart, instalando una nueva dictadura (Murilo, 1999: 344).

cada vez más cierto, Vargas conmina a la creación de un partido, cuestión que para 1945 era un imperativo. Esta red de apoyo basada en los trabajadores, y que fue el embrión del futuro PTB, se formó dentro y desde la burocracia estatal.

Vargas preferred the civil service bureaucracy, especially that of the Labor Ministry, Another advantage of the latter was its broad jurisdiction over workers, employers, professionals, and even civil servants, all of whom were supposed to be registered in order to work. That made its constituency eminently multiclass. Finally, it was not difficult to find Ministry employees willing to work overtime developing a labor following and many of them were later elected to Congress. So Vargas created the nucleus of a labor party within the ministry, avoiding the cost or risk of actually creating a party (Conniff, 1982b: 80).

Las elecciones que Vargas había prometido luego del fin de la Segunda Guerra Mundial parecían inminentes y Marcondes Filho es instruido para formar el PTB, un partido que debía ser instituido a través de los principios del Partido Laborista Británico. Marcondes, quien como se señaló también era Ministro de Justicia, deja dichas responsabilidades y se embarca en la creación del partido. Así, muchos de los funcionarios del nuevo PTB eran empleados ministeriales, además diversos recursos estatales fueron a parar a la campaña electoral, y también el registro de los votantes en sus propios lugares de trabajo fue muy efectivo, ya que contribuyó a que el propio ministerio expandiera el electorado urbano (Conniff, 1982b: 80). Todo ello ayudó a que Vargas pudiera utilizar su recientemente formada red de apoyo sindical, maquillada bajo la forma de partido político, como vehículo de campaña electoral.

El ya mencionado eslogan ‘Queremos Getúlio’, que buscaba mantener a Vargas en el poder, y de donde nace el concepto de queremismo, fue el movimiento antecesor del PTB, que ya para mayo de 1945 había extendido los *Comités-pro-Getúlio* por diversas ciudades de Brasil. La red de queremistas comenzaba a abrir sedes a lo largo del país, alcanzando rápidamente a todos los estados. Como ya se indicó, detrás del movimiento estaban ministros de estado, principalmente Marcondes, pero también Agamenon Magalhães, otras jefaturas del Ministerio del Trabajo, el Departamento Nacional del Trabajo, otras instituciones de bienestar social, y desde luego también los *pelegos* –símbolos del corporativismo estatal– junto a otro tipo de líderes emergentes del PTB, y también empresarios disidentes como el

caso del industrial Hugo Borghi, conocido como *o lorde trabalhista* (Bethell, 1992: 48-49). Esta variopinta mezcla de tipos de figuras configuraba la red de apoyo de Vargas una vez abandonado el sustento militar de su régimen, mientras la dictadura transitaba hacia el campo electoral. Por esta muy marcada heterogeneidad de los integrantes de la red de apoyo, Bethell (1992: 49) se pregunta si acaso no emergió ajena a las intenciones del Vargas, aunque bien puede sostenerse que al menos el líder populista no se le opuso.

## 1. EL IMPACTO DEL POSITIVISMO EN EL DESARROLLO DEL POPULISMO DE GETÚLIO VARGAS

No obstante las similitudes encontradas en el ascenso de Vargas respecto del origen de Perón en la Argentina, cabe destacar un factor distintivo del varguismo que promueve diferencias en el desarrollo del populismo brasileño. Esto tiene que ver, en general, con la influencia de las ideas positivistas en Brasil, y particularmente en uno de sus principales liderazgos políticos de la primera mitad del siglo XX.

En el origen de las ideas y cosmovisión de Getúlio Vargas es posible rastrear aquel sentimiento antioligárquico federal hacia las oligarquías de São Paulo y Minas Gerais, pero al mismo tiempo él pertenecía a la élite del país, era un *fazendeiro* de São Borja región fronteriza con Argentina, y muy próxima al Uruguay. No obstante, de modo semejante a los *tenentes*, se puede sostener que Vargas formaba parte de aquella ‘oligarquía aperturista’ como indica Ansaldi (2002: 15), que no era ni cafetalera ni estaba ligada a sus intereses cafeteros como en el caso de los oligarcas mineiros. En conjunto con este repudio a la oligarquía de los estados centrales, Vargas se nutrió del ‘positivismo’, mas no el liberalismo que estaba asociado con la ideología de los países ricos y asociada con el imperialismo en general, al igual que con los grandes terratenientes o la oligarquía de São Paulo y Minas Gerais. Y, dicho sea de paso, el positivismo era la misma ideología que propugnaba el PRR (Partido Republicano Rio-grandense), del cual Vargas era uno de sus más prominentes líderes.



El positivismo tuvo una gran influencia en Brasil durante el siglo XIX y fue probablemente mejor recepcionado que en ningún otro país del mundo. La Escola Politécnica de Rio de Janeiro tenía casi en su totalidad profesores positivistas, así mismo la Escola de Medicina, pero también fue recepcionada en las fuerzas armadas, y en parte importante de los líderes políticos de los estados de Rio de Janeiro y Rio Grande do Sul, los que tuvieron una importante participación en la creación de la República en 1889 (Schwartzman, 1978: 548). Dentro de los abogados se encuentran la vieja guardia de los graduados en las escuelas de leyes, como Luis Pereira Barreto, Aníbal Falcão y el riograndense Julio de Castilhos, entre otros (Nachman, 1977: 12).

Del positivismo se pueden derivar dos tendencias claves, y que son posibles de apreciar en Brasil, las cuales tienen que ver con el énfasis en la industrialización en conjunto con un carácter autoritario. De modo que la función del Estado se sustenta en la mantención del orden para el logro de dicho progreso industrial (Nachman, 1977: 3-4). Pero el positivismo tuvo una condición más para ser recepcionado e incorporado a la sociedad brasileña, y ello tiene que ver con la tesis respecto de las propicias condiciones sociales y culturales de Brasil, a saber, conservadoras. Siguiendo el postulado de Leopoldo Zea, que contrasta entre positivismo revolucionario hispanoamericano y positivismo evolutivo brasileño, resulta adecuado sostener que se trató de una recepción –al menos– poco problemática de los postulados del positivismo (Nachman, 1977: 4-6). Así, el cariz autoritario del progreso en armonía social para la realización del positivismo brasileño, consolidaba una ambivalencia entre una economía capitalista ortodoxa, pero proteccionista:

In economic matters, positivism was orthodox in monetary procedures but protectionistic for industry, calling for tariffs and statist controls. Politically, within a very conservative mold, it was reformist and progressive. Finally, positivism was nationalistic, and in its Gallic nature seemed less foreign to the Francophile Brazilians than Anglo-Saxon or Germanic precepts. If some were attracted by its “revolutionary” aspects, the overall conservative attitude predominated (Nachman, 1977: 7).

Uno de sus precursores en Rio Grande do Sul –quizá donde el positivismo tuvo una más ferviente recepción– fue el gobernador Julio de Castilhos, conocido como el patriarca, quien

incorporó reformas de protección al trabajo, incluso antes de que la cuestión social surgiera a nivel nacional (Nachman, 1977: 14). De la mano del gobernador, el positivismo llegó a ser la corriente intelectual más fuerte en la capital Pôrto Alegre, permeando nuevas facultades, como las escuelas militar y de ingeniería. Asimismo, la variante más ortodoxa, aquella que constituyó la Iglesia Positivista en Rio de Janeiro, tuvo también una importante influencia en Rio Grande do Sul, donde uno de los hermanos de Getúlio Vargas, Protásio, donó para la mantención de la organización. No obstante, Castilhos y su sucesor, Antonio Augusto Borges de Medeiros, pertenecían a la corriente más heterodoxa, es decir, sostenían la validez filosófica del positivismo comtiano, mas no de sus principios religiosos (Love, 1971: 103-104).

Borges de Medeiros, el antecedente más directo de la acción política positivista que heredó Vargas, sistemáticamente afirmó el derecho estadual de intervenir la economía, así como “su escepticismo de la capacidad del libre mercado de avanzar en los intereses económicos de la región” (Bak, 1983: 259). Implementó estrategias de corporativismo avanzando en la organización laboral tanto en la ciudad y dentro de los grupos de trabajadores rurales, así es como se crearon una serie de cooperativas en tanto “órganos de clase para la defensa económica” de estos sectores (Bak, 1983: 260). El Cartel del Arroz fue una de estos ejemplos que es, a su vez, una proto-organización promovida y al amparo estatal que luego Vargas consolidaría a nivel estadual y catapultaría al nivel nacional:

This private monopoly was a simpler, cheaper type of economic defense than earlier coffee and sugar valorization programs. Its success seemed to prove what Borges de Medeiros had long argued: that if private economic interests would organize, the government would support them, and they could cure the region's economic ills. It took the initiative and the organizational and administrative skills of the rising immigrant elite, however, to make this a success (Back, 1983: 261).

Esta ascendencia política y filosófica desemboca en la creación de la ya mencionada Generación de 1907, los cuales llegaron a tener una formación intelectual muy avanzada para su época. Así, las preferencias formativas no tenían mucho que ver con el liberalismo de cuño francés, presente en otras partes del Brasil –*laissez-faire*, iusnaturalismo–, por el contrario su

referente era más bien Saint-Simon, quien consideraba que las economías guiadas por el mercado eran irracionales, precisándose un estado activo para encauzar a la sociedad en su camino al progreso (Dutra, 1999).

Así pues, la ascendencia política Vargas, que es posible de identificar en estos dos anteriores gobernadores de Rio Grande do Sul, puede ser constatada en su actividad discursiva. Cuando aún era un estudiante de leyes, en 1906 y con motivo de la visita de Afonso Pena, recientemente electo presidente de Brasil, Vargas en su discurso dejó notar sus preferencias por las ideas de desarrollo y progreso que deben ser garantizadas por las leyes: “A lei não é arbítrio do legislador; esta nada mais faz do que reconhecer as necessidades gerais, garantir-lhes o desenvolvimento, aplainando as dificuldades que lhe possam sopear a marcha progressiva” (*Correio do Povo*, Porto Alegre, 16 de agosto, 1906, p. 1. Citado en Dutra, 2001).

Además, ya en este período, donde las ideas positivistas eran más transparentes en el discurso de Vargas, se nota su clara tendencia antiliberal respecto de la economía. En su debate con Gaspar Saldanha, diputado estadual en 1919, Vargas se pronuncia en contra de una economía desregulada como forma de progreso:

permita-me dizer que V. Exa. está filiado à velha teoria econômica do ‘laissez faire’, teoria essa que pretende atribuir unicamente à iniciativa particular o desenvolvimento econômico ou industrial de qualquer país, deixando de lado a teoria da nacionalização desses serviços por parte da administração pública, amplamente justificada pelas lições da experiência, não levando V. Exa./, em linha de conta, que nos países novos, como o nosso, onde a iniciativa é escassa e os capitães ainda não tomaram o incremento preciso, a intervenção do governo em tais serviços é uma necessidade real (Annaes da Assembleia dos Representantes do Estado do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, A Federação, 1919, p. 124. Citado en Dutra, 2001).

A juicio de Dutra (2001), luego de una etapa discursiva claramente positivista, Vargas entra en un discurso de ‘desarrollismo autoritario’ que se extendería desde 1928, poco antes de que llegara al gobierno nacional, hasta 1943, a dos años de dejar el poder durante su primer período ininterrumpido de gobierno. Aunque si bien a juicio del autor esto denota un abandono del discurso explícito del positivismo, las ideas positivas sí seguían presentes en

su discurso, influenciando aquellos aspectos del desarrollismo y del autoritarismo, señalado en párrafos anteriores.

En relación al desarrollismo, lo que sí resulta evidente, es que a partir de 1928, cuando Vargas asume la presidencia estadual, el discurso sobre este aspecto toma cuerpo de forma coherente, buscando ampliar el rango de acción estatal para que incida en el crecimiento y la diversificación de la producción, con un claro énfasis en el sector industrial (Dutra, 2001). Durante esos años, Vargas y Osvaldo Aranha, su Secretario del Interior, crearon un complejo sistema de intervención estatal a través de un programa de carteles de *commodities* y cooperativas, para proteger a los productos *gaúchos*. Y también para estimular la producción, una de sus primeras acciones fue crear el Banco do Estado do Rio Grande do Sul, reforzando mediante una institución estadual la iniciativa privada a través del crédito. Todo esto marca el comienzo de la organización del corporativismo estatal en Brasil, focalizado en Rio Grande do Sul, la cual buscaba mermar los problemas suscitados por el anterior predominio del individualismo desorganizado y la característica competencia que promueve el viejo liberalismo económico; para luego, con la llegada de la Revolución de 1930, avanzar aún más en la forma de la intervención, es decir, pasar de programas de apoyo defensivo de los precios, hacia la modernización propiamente tal de la industria productiva y la necesidad de intervencionismo estatal para lograrlo (Bak, 1983: 272-273). A nivel nacional, la denominada Alianza Liberal, coalición a la que pertenecía Vargas para las elecciones de 1930, llegó a promover la extensión del programa corporativista de Rio Grande do Sul a nivel nacional, a través de combinación entre organización de clase e intervención estatal que daba origen a los ya denominados carteles de *commodities* y cooperativas, en contra del modelo primario exportador basado en el café y el azúcar que promovía São Paulo<sup>122</sup> (Bak, 1983: 271).

Por otro lado, respecto del autoritarismo, se enfatiza la división entre las élites monopolizadoras del poder político –especialmente aquellas relacionadas con los cargos legislativos– y el pueblo, para lo que se requería una postura fuerte e interventora del Estado, para reducir aquella brecha entre los representantes y los representados. Sin embargo,

---

<sup>122</sup> Se estima, además, que fueron estas propuestas corporativistas las que llevaron a que incluso los elementos reformistas de los tenentes simpatizaran con Vargas y llegaran a apoyarlo durante la primera parte de la Revolución de 1930.

también este autoritarismo poseía un lado conservador, y tenía que ver con aquellos aspectos, por ejemplo, de defensa de la propiedad, la familia, así como los valores morales y religiosos, pero que, a su vez, criticaba al mercado por su ineficacia para entregar las soluciones que el país necesitaba (Dutra, 2001). La implementación de la decisión de un estado fuerte pudo tener su origen en la distintiva tradición regional de Rio Grande do Sul, donde los ideales liberales de un estado mínimo y pasivo no habían penetrado lo suficiente durante el siglo XIX, y a diferencia del resto de Brasil, donde el liberalismo creció durante la *República Velha*, los *gaúchos* más bien adoptaron la filosofía positivista de Comte que fue extensamente incorporada en la Constitución riograndense de 1891 (Bak, 1983: 259). Más aún, Vargas desde muy joven admiró los postulados de Comte que llamaban a la necesidad de líderes fuertes, así como el desdén por la ineptitud de los parlamentos –que devienen anárquicos– para resolver situaciones conflictivas (Bak, 1983: 259).

Las primeras acciones pro-positivistas de Vargas a nivel nacional llegaron durante los primeros cinco meses de gobierno. Lindolfo Collor, su ministro del trabajo, implementó los primeros decretos corporativistas de control de los sindicatos, inspirados en las acciones llevadas a cabo en el mundo rural riograndense unos cuantos años atrás. Este era un paso fundamental, porque lograba armonizar dos grupos elementales que se contraponen en una economía capitalista tradicional, el capital y el trabajo, en palabras de Bak (1983: 274) “industrialists gained a docile, secure labor force while the state earned a claim to their support, reduced a major source of instability, and enlarged its sphere of action”.

Hacia el final del primer período de Vargas en el poder, este produce una nueva transformación de su discurso. No obstante ello, de todas formas continúa fiel a su inspiración inicial. Asimismo, paralelo al abandono del apoyo militar señalado en el apartado anterior, surge un énfasis en el discurso laborista, avanzando, como se indicó, en el desarrollo de la organización de una estructura laboral tutelada por el Estado que entregara apoyo al liderazgo de Vargas. En términos discursivos, para Dutra (2001), esto corresponde a un tercer momento, el del ‘*trabalhismo*’, específicamente a partir de 1943.

La influencia del positivismo sobre el laborismo varguista es clara y singular<sup>123</sup>. Aquí, esta influencia se transfigura en una especie de paternalismo respecto del mundo laboral, el cual se presenta como la solución frente al capitalismo ‘darwinista’ que afecta a los trabajadores (Dutra, 2001). Y ello, sin duda, permite identificar la forma de consolidación del vínculo populista hacia el final del primer período de Vargas. Y es esta vieja pretensión comtiana de integrar al proletariado a la sociedad moderna, la que tiende a acentuarse en este período, ya que el laborismo de Vargas osciló desde la idea de ubicarse por sobre las diferencias de clases, a posicionarse más en favor del pueblo (Dutra, 2001). Esto denotaría una clara postura populista, toda vez que, mediante el discurso al menos, se sustenta un vínculo social entre el líder y su pueblo, entendido como las organizaciones laborales controladas por el Estado, y en que el líder debe cuidar de ellos. Asimismo, la influencia comtiana aparece a través de la idea de que el gobierno podría evitar este darwinismo capitalista, sustentándose en las leyes sociales –positivismo–, en vez de las leyes naturales (Dutra, 2001). Ya para el año 1950, cuando Vargas aún no comenzaba su segundo período como presidente, señalaba:

Isolado na luta pela solução dos seus problemas, o trabalhador foi sempre vendido pelo poder do mais forte. Entretanto, seu conagraamento com o governo, que, atento às reivindicações do povo, incluía em seu programa a questão trabalhista, produzindo o estatuto social realizando o equilíbrio das forças vitais da Nação e difundindo-lhes os direitos e obrigações recíprocos (Vargas, 1950, *A nova política do Brasil*, p. 188. Citado en Dutra, 2001).

El análisis anterior permite aventurar que si bien el varguismo es propiamente populista, parece serlo más suave, por ejemplo en comparación con el peronismo. Los énfasis en la industrialización, así como el muy marcado autoritarismo que se extiende por más de una década, atenúan los aspectos puramente populistas. Esto, en gran medida, se puede explicar por las fuertes influencias de las ideas positivistas que enfatizan sobre todo los aspectos desarrollistas. Un análisis discursivo más detallado, así como de la política económica del varguismo puede apoyar este postulado.

---

<sup>123</sup> Sin embargo, no es la única influencia que recibe. Según Dutra (2001) también influyen sobre ella la Doctrina Social de la Iglesia y la socialdemocracia.

## 2. *TRABALHADORES DO BRASIL*

El análisis del discurso de Vargas en Brasil, muestra que si bien puede ser considerado como populista, está más alejado del ideal discursivo, a diferencia del propio Perón (Hawkins, 2010a: 77). Ello queda consignado en que sus referencias al pueblo no están, por lo general, asociadas a grandes críticas a las oligarquías.

En 1938, en un discurso dirigido a los trabajadores con motivo de la inauguración del edificio del Ministerio del Trabajo en Rio de Janeiro, Vargas se dirige a los trabajadores como los sectores ‘más brasileños’, pero a la vez los más perjudicados:

Trabalhadores do Brasil, os insatisfeitos de todos os tempos, os espíritos inquietos, aqueles que foram contaminados pelas doutrinas deformadoras, sem raízes na vida brasileira, os remanescentes da política retrógrada das pantomimas eleitorais, ainda poderão vociferar, criticar, intrigar e fazer conspiratas; os maus profissionais, os inadaptados ao progresso das atividades que escolheram, podem clamar no deserto; os maus brasileiros, que infelizmente os há, poderão semear boatos e enfileirar-se entre os derrotistas e sabotadores (véase Alocución vi en Anexo).

Sin embargo, continúa señalando que la tarea del gobierno para cumplir su función renovadora requiere de diversos sectores de la sociedad, como militares, empresarios y trabajadores:

O governo nacional, cujo primeiro aniversário hoje comemoramos, mantém-se resolutivo no cumprimento da sua missão renovadora e patriótica. Para levá-la adiante, apoia-se na lealdade e devotamento das forças armadas; dispõe da cooperação dos núcleos criadores de riqueza; conta, enfim, convosco, homens de trabalho, porque tem a certeza de que todos vós desejais ardentemente o maior engrandecimento da pátria brasileira (véase Alocución vi en Anexo).

El 1 de mayo de 1940, Vargas posiciona al trabajador como el ideal moral y, al igual que Perón, buscando identificarse él mismo con dicho ideal:

Trabalhadores do Brasil, aqui estou, como de outras vezes, para compartilhar as vossas comemorações e testemunhar o apreço em que tenho o homem de trabalho como colaborador direto da obra de reconstrução política e econômica da pátria.

Não distingo, na valorização do esforço construtivo, o operário fabril do técnico de direção, do engenheiro especializado, do médico, do advogado, do industrial ou do agricultor. O salário, ou outra forma de remuneração, não constitui mais do que um meio próprio a um fim, e esse fim é, objetivamente, a criação da riqueza nacional e o surto de maiores possibilidades à nossa civilização (véase Alocución vii en Anexo).

Mientras que las referencias a la oligarquía son menos intensas que en el peronismo, y se centran en la élite política situacionista de la *República Velha*.

O programa da revolução reflete o espírito que a inspirou e traça o caminho para o ressurgimento do Brasil: institui o aumento da produção nacional, sangrada por impostos que a estiolam; estabelece a organização do trabalho, deixada ao desamparo pela inércia ou pela ignorância dos governantes; exige a moralidade administrativa, conculcada pelo sibaritismo dos políticos gozadores; impõe a invulnerabilidade da Justiça, maculada pela peita do favoritismo; modifica o regime representativo, com a aplicação de leis eleitorais previdentes, extirpando as oligarquias políticas e estabelecendo, ainda, a representação por classes em vez do velho sistema da representação individual, tão falho como expressão da vontade popular; assegura a transformação do capital humano como máquina, aperfeiçoando-o para produzir mais e melhor; restitui ao elemento homem a saúde do corpo e a consciência da sua valia, pelo saneamento e pela educação, e restabelece, finalmente, o pleno gozo das liberdades públicas e privadas, sob a égide da lei e a garantia da justiça (véase Alocución viii en Anexo).

Consideramos mero bizantinismo indagar se o novo regime é ou não democrático. As oligarquias antigas e modernas, os regimes de privilégio, muitas vezes se apelidaram democráticos. E o eram, na verdade, para uma parte da população que lhes usufruía as vantagens. Não devemos, por conseguinte, preocupar-nos com os vários sentidos emprestados à palavra democracia. Para os espíritos retardados, ela é o velho jogo político-eleitoral, com restrições maiores ou menores; é a oposição crônica entre governantes e governados; é o liberalismo degenerando em licenciosidade (véase Alocución ix en Anexo).

Aunque, sí se puede observar una crítica un poco más dura hacia ‘lo extranjero’, ya sea el imperialismo, ya sean las ideas traídas por inmigrantes:



como todos saben, providências acumuladas em quase meio século haviam dado ensejo a que laboriosas colônias estrangeiras se aglutinassem em pontos estratégicos do território nacional, formando verdadeiros quistos, onde os costumes, a língua e o ensino ainda eram os do país de origem. Também sob esse aspecto as apreensões não podiam ser mais graves. Estávamos evidentemente amadurecidos para servir de presa cobiçada e fácil ao imperialismo totalitário, dentro dos famosos princípios do “espaço vital” e das “minorias étnicas”. Nesses redutos dominados pela influência estrangeira encontraram os propagadores do nazifascismo vasto campo de expansão, cooperando com os integralistas ou agindo por conta própria, através das associações, das escolas e até dos padres estrangeiros (véase Alocución x en Anexo).

Lo propuesto por Hawkins y que la muestra *ad hoc* de discursos acá presentada indica, en gran medida coincide con el análisis de Groppo (2009), quien señala que el sustrato antagónico en el Brasil de la década de 1930 lo representó no tanto Vargas, sino más otro actor central en la historia política de la primera mitad del siglo XX, Luiz Carlos Prestes. La evidencia en dicho trabajo apunta, pues, a que el antagonismo populista fue propugnado por Prestes, no tanto así por Vargas quien se mantuvo en una posición intermedia más de consenso con la oligarquía, de modo que no resulta extraño que las mediciones de Hawkins indiquen un no tan marcado discurso populista de este líder.

Groppo (2009: 298) sostiene que tanto los sectores situacionistas como los opositores, ambos parte de la élite, veían con buenos ojos a Vargas previo a la Revolución de 1930. En efecto, Vargas fue ministro de Hacienda de Washington Luís, el último presidente situacionista, y además, su ideario político no apuntaba a una transformación tal que significara propiamente una revolución, sino que su acción discursiva era más bien moderada e intermedia en el contexto de transición política brasileña. Al respecto, por ejemplo, Vargas señala:

Yo entiendo muy bien la necesidad de un gobierno de transición, que no sea ni reformista radical ni una testaruda resistencia a las medidas liberales y pacificadoras sino que facilite la tendencia espontánea de formar la opinión pública en todo el país (...)

Creo que no es apropiado desencadenar una revolución en el país, sacrificar miles de vidas, arruinarnos a nosotros mismos y empobrecer a nuestro Estado solo para combatir al hombre que está constantemente amenazándonos, el Presidente de la República. ¡Si somos derrotados, él será glorificado como el restaurador del orden y el reconciliador del régimen! (Carta de Vargas a J. Neves, citada en Groppo, 2009: 303-304).

Lo anterior también era entendido así por el conocido periódico el *Estado de São Paulo*, que veía en Vargas un conciliador de tendencias:

la democracia clásica de Assis Brasil, el sindicalismo de Lindolfo Collor, el fascismo de Francisco Campos, el reformismo de José Américo y el militarismo del Gral. Leite de Castro entraron en conflicto. El resultado de la convergencia de todas esas fuerzas en la figura del Señor Getúlio Vargas es un camino zigzagueante, impreciso y pendular (*Estado de São Paulo*, citado en Groppo, 2009: 316).

El antagonismo durante el varguismo, sin embargo, lo representó, por un lado, la oligarquía, mientras que en el otro extremo no se encontraba el populismo moderado de Vargas, sino que estaban los *tenentes*, quienes muchos de ellos en un comienzo sí apoyaron la Revolución de 1930 y, consecuentemente, al propio Vargas. Al respecto, el *Diario Nacional*, indica que tras Vargas estaba ‘el Club’: “esto es algo grotesco e incalificable porque detrás de la dictadura de Vargas, está la dictadura del Club (...), media docena de individuos (...) los así llamados ‘tenentes’ u ‘octubristas’ se están volviendo peligrosos” (*Diario Nacional*, citado en Groppo, 2009: 320).

La posición más radical es la ocupada por Prestes, al ver como ciertos *tenentes* se iban con Vargas y lo apoyaron en la Revolución de 1930, aunque algunos se mantuvieron ajenos al nuevo gobierno: “Siqueira [Campos] y yo inmediatamente nos opusimos a esta solicitud. No podemos apoyar a un hombre que pertenecía a la dictadura, a la oligarquía que nos persiguió y que fue siempre un reaccionario. Pero Juarez [Távora] apoyó su demanda y Djalma Dutra dudó” (Prestes, citado en Groppo, 2009: 327).

En efecto, para aquel sector más radical de los *tenentes*, Vargas era parte del enemigo, es decir, era la misma oligarquía:

caudillo Castilhistas, viejo reaccionario y latifundista, que quería prevenir por todos los medios que el movimiento de Octubre se volviera más ambicioso (lo cual muchos tenientes soñaban) (...) el conservador Getúlio quería imponer una solución típicamente reaccionaria: el hombre apuntaba a ser señalado como un candidato legal y normal, que sería nombrado ‘por las urnas’,

pretendiendo reducir el movimiento de Octubre de 1930 a un objetivo limitado: corregir los errores del posible fraude electoral (Prestes, citado en Groppo, 2009: 328-329).

Y con respecto al programa de la *Aliança Liberal*, Prestes creía que no avanzaba suficientemente en lo que los *tenentes* buscaban:

si no rompemos decisivamente con esos liberales, si no sacamos ventaja de este movimiento político y económico para radicalizarnos a nosotros mismos y al programa, estaremos ridículamente convencidos por los bernardos y epitacios (...) día tras día me convenzo más que esos liberales quieren todo, pero ciertamente no la revolución (Prestes, citado en Groppo. 2009: 328).

Por otro lado, también se observa una situación similarmente suave en las dimensiones del discurso que apuntan a lo económico. Lo que indica que el discurso de Vargas no solo era una forma atenuada de populismo a nivel de las ideas políticas y sociales, sino que también a nivel de las ideas económicas, que buscaban primero el crecimiento económico y la industrialización, para quizá, luego, la distribución de las riquezas o gasto social, a diferencia de lo que ocurría en el peronismo. La razón de la industrialización, asociada al progreso del país, tenía que ver con la superación del carácter eminentemente agrario del Brasil, el cual estaba tanto asociado con la oligarquía en general, y con el situacionismo en particular: “O país semicolonial, agrário, importador de manufaturas e exportador de matérias-primas poderá arcar com as responsabilidades de uma vida industrial autônoma, prevendo as mais urgentes necessidades de defesa e aparelhamento. Já não é mais adiável a solução” (Vargas, 1944, citado en Dutra y Ferrari, 2012: 1050).

Pero también, se deja notar este acento en la industrialización como una forma de independencia, pero esta vez económica, respecto no solo de la oligarquía dominante hasta 1930, sino que también respecto de los países del primer mundo. Se cree también que este pensamiento centrado en la industrialización le entregaba su carácter cepalino al varguismo (Dutra y Ferrari, 2012):

Não será exagero atribuir, historicamente, a nossa conduta de incompreensão e passividade ao provincialismo que a Constituição de 1891 estabeleceu e ao reclamo dos países industriais

interessados em manter-nos na situação de simples fornecedores de matérias-primas e consumidores de produtos manufaturados. Aquela expressão – ‘país essencialmente agrícola’ – de uso corrente para caracterizar a economia brasileira mostra, em boa parte, a responsabilidade do nosso atraso (Vargas, 1944, citado en Dutra y Ferrari, 2012: 1049).

Existe una segunda diferencia sustancial de los discursos de Vargas y Perón, y que no radica en su ataque menos intenso a la oligarquía como responsable del bienestar del pueblo, sino en este aspecto relacionado con si hubo o no énfasis en la redistribución de la renta, o si se quiere, el gasto para el pueblo. Perón entendía que la Argentina era una nación rica con un pueblo pobre, mientras que Vargas creía que Brasil era una nación pobre por concentrarse en la exportación de materias primas con poco valor agregado, por ello que lo que requería el país era su industrialización (Dutra y Ferrari, 2012: 1068). En este sentido, se puede ir aventurando que el populismo de Vargas es menos fuerte que el de Perón, toda vez que su acento se aleja del gasto o redistribución de la renta, y se centra con más fuerza en la industrialización. Esto incluso es posible de rastrear previo a su llegada al gobierno federal, como se indicó en apartado anterior. Pero, más aún, este énfasis desarrollista del varguismo, para Dutra (2009: 28), buscaba incluso conciliar el crecimiento económico con el equilibrio de las finanzas.

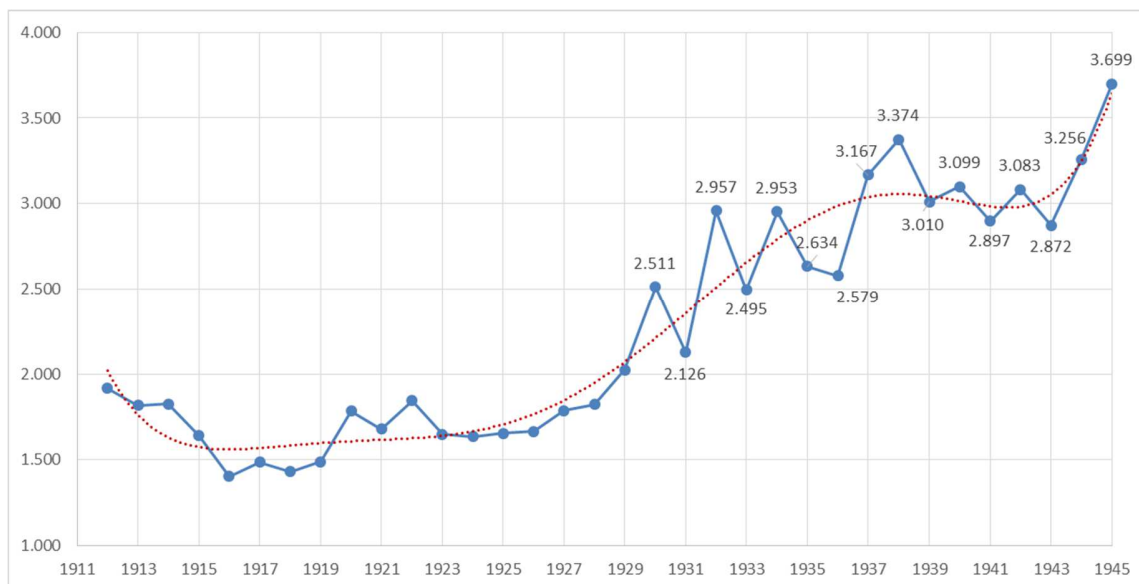
### 3. LA ECONOMÍA MODERNIZADORA DEL VARGUISMO CENTRADA EN LA INDUSTRIALIZACIÓN

Al igual que en el discurso populista de Vargas, que posee una comparativamente menor intensidad respecto del peronismo, una situación similar se observa en la estructura económica populista. A pesar de que, como se observa en el Gráfico 13, los gastos del Gobierno Central aumentan de forma oscilante a partir de 1931, comenzando en 2.126 millones de *milreis* y llegando a 3.699 millones de *milreis* en el año 1945, se distingue que durante los primeros años de la Revolución de 1930 –es decir, durante el gobierno provisorio, hasta 1934– los gastos finalmente no aumentaron de forma sustancial, llegando solo a 2.953 millones de *milreis* en el año 1934. A partir del año siguiente, durante el denominado Gobierno Constitucional, se observa un descenso del gasto que solo remonta el año 1937 con

3.167 millones de *milreis*. A fines de ese año, se da inicio a la dictadura del *Estado Novo*, y es en 1938 que el gasto llega a 3.374 millones de *milreis*, sin embargo, este gasto desciende durante los años siguientes, llegando a 2.872 millones de reales en 1943, valor poco mayor al gasto del año 1930. Y solo en los dos últimos años del *Estado Novo* el gasto aumentó de forma un poco más acentuada. No obstante, gracias a la línea de tendencia de media móvil (línea punteada) del Gráfico 13, se puede apreciar de mejor forma los ciclos de gasto del gobierno. En efecto, solo se puede apreciar una tendencia discreta de crecimiento hasta el año 1929, luego durante la siguiente década hasta 1939 este crece de forma más acentuada, mientras que en los restantes años del *Estado Novo* el crecimiento del gasto vuelve a detenerse, a pesar del fuerte gasto del año 1945.

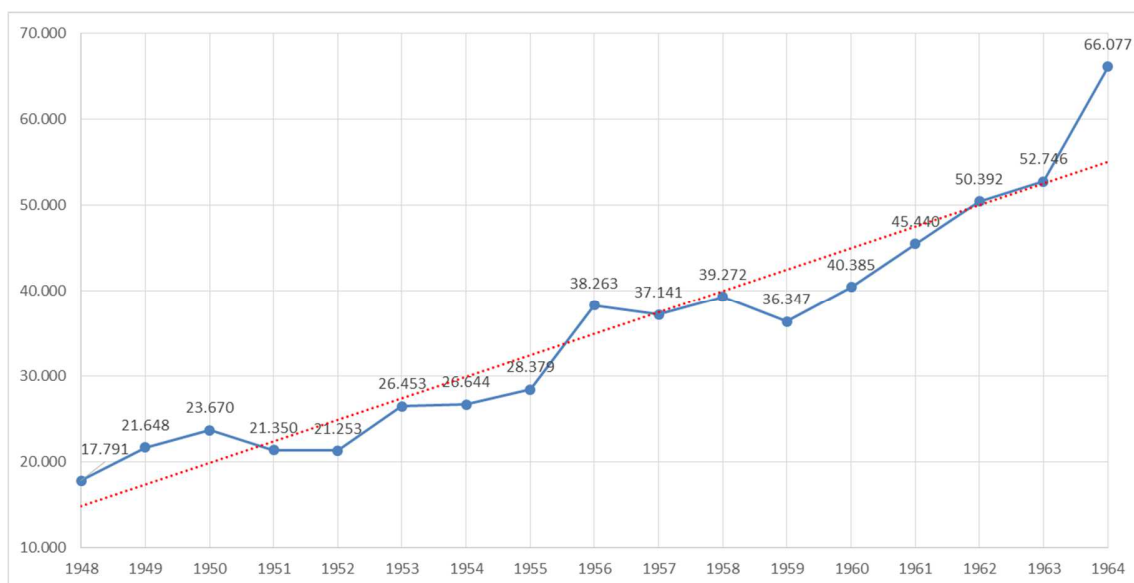
En el segundo período de Vargas en cambio, aquel cuando se convierte en presidente por elecciones populares, este comienza reduciendo el gasto en el año 1951, alcanzado 23.670 millones de *milreis* a valores del año 1950. Este gasto solo aumenta de forma no acentuada en 1953 y 1954 a 26.453 y 26.644 millones de *milreis*, respectivamente. Luego, durante la presidencia de Kubitschek, se observa un aumento del gasto que se sostiene por todo el período. Ya con la elección Quadros y luego con la sucesión de Goulart, se observa un aumento sostenido del gasto del gobierno, hasta el derrocamiento de este último por el Golpe Militar de 1964 (véase Gráfico 14).

**Gráfico 13. Gastos del Gobierno Central en Brasil, 1912-1945**



Fuente: elaborado en base a MOXLAD, Base de datos de Historia Económica de América Latina Montevideo-Oxford. Disponible en: <http://moxlad.fcs.edu.uy/es/basededatos.html>. Millones de milreis de 1930. Con línea de tendencia polinómica, orden 6.

**Gráfico 14. Gastos del gobierno central en Brasil, 1948-1964**



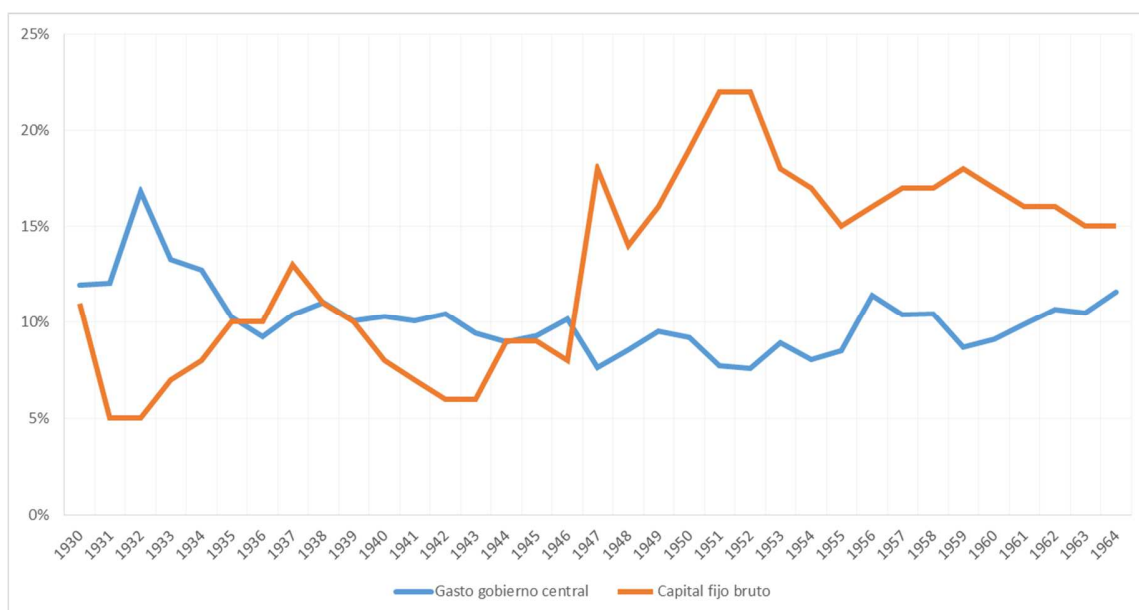
Fuente: elaborado en base a MOXLAD, Base de datos de Historia Económica de América Latina Montevideo-Oxford. Disponible en: <http://moxlad.fcs.edu.uy/es/basededatos.html>. Millones de milreis de 1950. Con línea de tendencia lineal.

La descripción de las variaciones del gasto indica, al menos, tres etapas durante el primer gobierno de Vargas (1930-1945) y otras dos etapas durante su segundo gobierno (1951-1954). En el primer gobierno, se observa una primera etapa que va desde la Revolución de

1930 hasta los primeros años del *Estado Novo* (1938), y luego hasta 1943, para finalmente una etapa desde 1944 hasta su derrocamiento en 1945. Solo en esta tercera etapa se encuentra una tendencia populista al gasto que se alinea con su énfasis discursivo en los trabajadores, así como en acciones políticas en pos de crear una base de apoyo sustentando en estos. En el segundo gobierno de Vargas, se observa una primera etapa de 1951 a 1952 en que el gasto prácticamente no crece, mientras que entre 1952 y 1954 el gasto sí aumenta, dando cuenta también de una tendencia populista. Lo anterior dice relación con que el populismo de Vargas no estuvo tan centrado en el gasto, lo cual se puede explicar por la influencia que tuvo el pensamiento positivista en Rio Grande do Sul, a través del cual la idea de progreso, entendido en el caso de Brasil como la industrialización, eclipsó a las nociones de igualdad o redistribución de la renta. En consecuencia, se observa, a modo de contraste, que las acciones económicas de gasto del gobierno de Goulart, o bien del propio Perón, fueron claramente más audaces que las de Vargas. En este sentido, la secundariedad del gasto en Vargas estuvo a la sombra de la búsqueda de la industrialización del país, cuestión que quedó bastante plasmada en su discurso (véase apartado anterior).

En el Gráfico 15 se observa que en la primera parte de los años treinta el gasto del gobierno como porcentaje del PIB aumentó y la formación de capital fijo bruto disminuyó, lo cual se puede explicar por el efecto que tuvo por esos años la Gran Depresión. Recién la disminución del porcentaje de gasto y el aumento del porcentaje de capital fijo comienza a partir desde 1933, hasta que en el año 1936, el porcentaje de formación de capital supera al del gasto gubernamental. Lo cual da cuenta de cómo las intenciones industrializadoras de Vargas se concretan en acciones económicas. Sin embargo, desde 1939 hasta el final del primer gobierno de Vargas ocurre nuevamente una caída del porcentaje de capital fijo bruto, siendo superado por el porcentaje de gasto. En esta situación, el efecto que tuvo la Segunda Guerra Mundial podría explicar estos cambios. Ya en el segundo gobierno de Vargas (1951-1954), en pleno inicio de la posguerra, se puede apreciar que las intenciones de industrialización se desenvuelven de forma mucho más marcada, llegando la formación de capital fijo bruto a sus porcentajes más altos de la serie, mientras que el gasto del gobierno se mantiene bajo el 10%. Solo con el gobierno de Goulart (1961-1964) el porcentaje de gasto gubernamental va a superar el 10% y el porcentaje de formación de capital fijo cae a un 15% entre 1963 y 1964.

**Gráfico 15. Formación Bruta de Capital Fijo y Gasto del Gobierno Central, ambos como porcentaje del PIB en Brasil, 1930-1964**



Fuente: elaborado en base a MOXLAD, Base de datos de Historia Económica de América Latina Montevideo-Oxford. Disponible en: <http://moxlad.fcs.edu.uy/es/basededatos.html>.

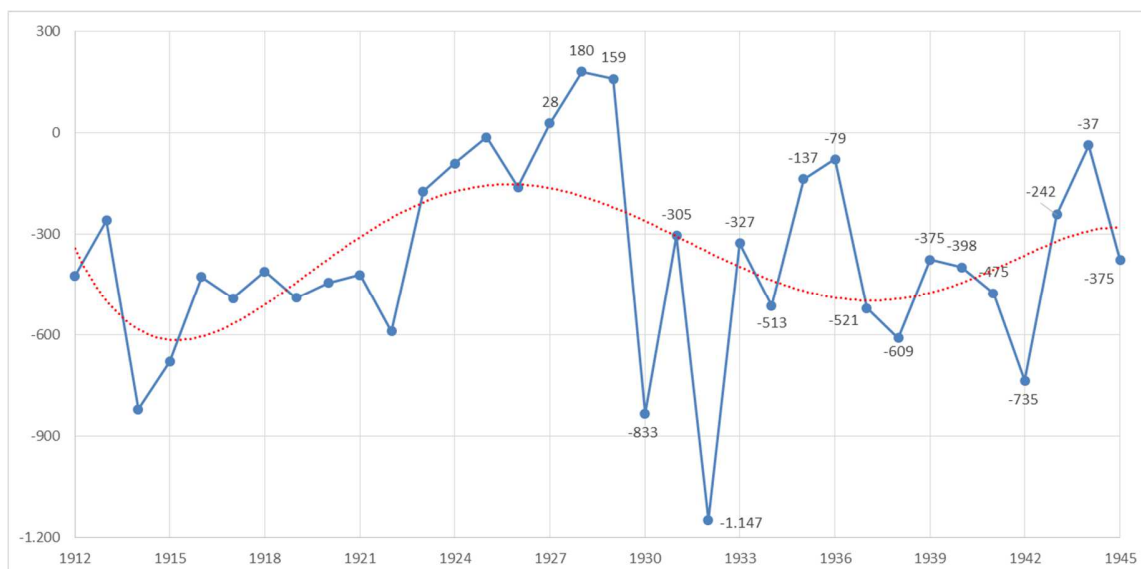
En particular en el segundo gobierno de Vargas, Dutra (2009: 37) sostiene que el ciclo económico del varguismo difiere de los modelos cíclicos populistas, ya reseñados en el Capítulo 2. Lo cual no solo hace referencia a su énfasis industrializador con una secundariedad del gasto. Según Dutra, la razón está en que Vargas propone y ejecuta medidas de estabilización en una primera parte de su segundo gobierno, mientras que en la segunda parte de este entra en una etapa de ‘randomización’, en la cual el gobierno cede a ciertas presiones que apuntan menos a la estabilización y a los ajustes estructurales. Es decir, los *policymakers* del varguismo ceden por un lado, mientras que por otro tienden a compensar dichas cesiones: “afrouxam a política monetária e, a seguir, adotam uma política fiscal contracionista; mais adiante, elevam salários e, na sequência, restringem o crédito” (Dutra, 2009: 38). En este contexto, el ciclo económico del varguismo se compondría de tres etapas: siendo la primera aquella que tiene como prioridad la estabilización, que duraría hasta comienzos de 1952; la segunda correspondería a esta fase de ‘randomización’ ya mencionada, que dura aproximadamente hasta el último semestre de 1953; y la tercera, que dura tan solo unos meses sería aquella etapa propiamente populista y se condice con la crisis del gobierno de Vargas de 1954 (Dutra, 2009: 38). En este sentido, lo señalado por Dutra



tiende a apoyar la tesis propuesta acá, que dice relación con que la política económica vacilante respecto del gasto es, en parte, la que lleva a sostener este populismo económico atenuado del varguismo.

Por otro lado, al observar el déficit y el superávit del gobierno en Brasil, se distingue, desde 1912 hasta 1929, año de la Gran Depresión, una tendencia a la disminución del déficit, llegando incluso a lograrse superávits entre los años 1927 y 1929. Ya en 1930, y durante toda la primera parte del primer período gubernamental de Vargas, ciertamente afectados por los efectos de la crisis mundial, acaece una tendencia al déficit, que comienza a ser revertida a partir del año 1934, para luego, en los años cuarenta, estabilizarse en déficits no tan agudos como los de principios de la década de 1930 (véase Gráfico 16).

**Gráfico 16. Déficit y superávit del gobierno en Brasil, 1912-1945**

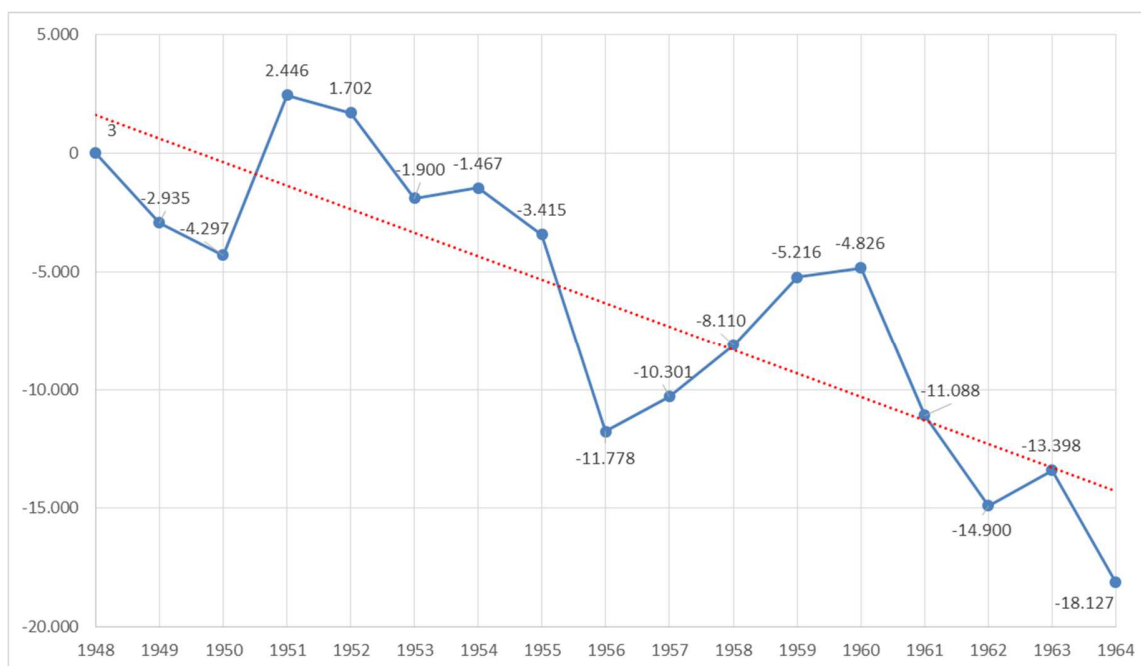


Fuente: elaborado en base a MOXLAD, Base de datos de Historia Económica de América Latina Montevideo-Oxford. Disponible en: <http://moxlad.fcs.edu.uy/es/basededatos.html>. Gastos del gobierno central menos Ingresos del gobierno central en millones de *milreis* de 1930. Con línea de tendencia polinómica, orden 6.

En el segundo gobierno de Vargas la situación es diferente en lo que a déficit gubernamental se refiere. Es decir, la tendencia no es fluctuante, sino que más bien es hacia el aumento de déficit. En efecto, aunque en los primeros años la tentativa fue de estabilización basada en menores gastos, lo que produjo que en los años 1951 y 1952 se obtuvieran saldos positivos

de 2.446 y 1.702 millones de *milreis*, a precios de 1950; luego, en 1953 y 1954, el varguismo padece de déficit gubernamental. No obstante, estos montos no son tan abultados como los encontrados al final de la serie, durante el gobierno de Goulart (véase Gráfico 17).

**Gráfico 17. Déficit y superávit del gobierno en Brasil, 1948-1964**

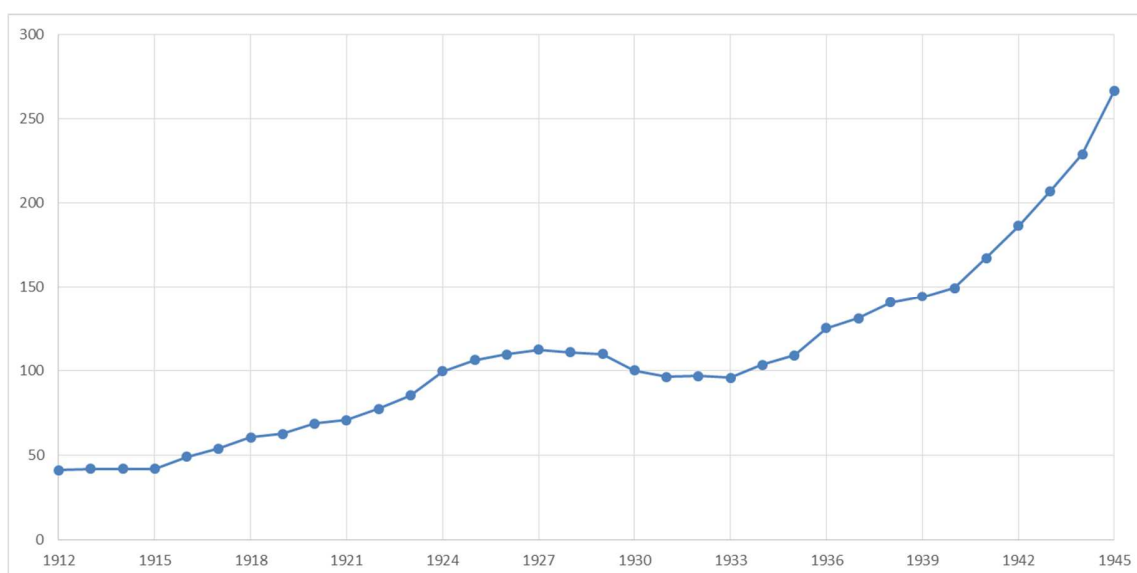


Fuente: Para los Gastos e Ingresos del Gobierno Central, fue elaborado en base a MOXLAD, Base de datos de Historia Económica de América Latina Montevideo-Oxford. Disponible en: <http://moxlad.fcs.edu.uy/es/basededatos.html>. Para calcular el deflactor de los precios corrientes se utilizó como fuente los datos del IPEA (Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada). Disponible en: <http://www.ipeadata.gov.br/>. La diferencia entre los Gastos del gobierno central y los Ingresos del gobierno central se expresan en millones de *milreis* de 1950. Con línea de tendencia lineal.

Los bajos déficits, sobre todo del segundo gobierno de Vargas, indican que no se trató de un populismo económico fuerte, según la definición de que el gobierno gastaría más de lo que poseía, ni tampoco en lo relacionado a las consecuencias inflacionarias. Cabe recordar la hipótesis acá sostenida que con una economía centrada en el gasto festivo se abandonaría el objetivo capitalista del dinero, de modo que se lo deja de comprender como un duplicador de la escasez de bienes y servicios, acarreando, como consecuencia económica de ello, el comienzo de fuertes procesos inflacionarios o hiperinflacionarios. Sin embargo, tampoco son observables en el caso de Vargas, a diferencia de lo que presentó el peronismo en la Argentina. En el Gráfico 18, la inflación en más de una década en Brasil, desde 1930 a 1942,

solamente se duplica, a diferencia del peronismo en donde en el lapso de una década esta creció más de cuatro veces. En el segundo gobierno de Vargas, el proceso inflacionario fue incluso menos acentuado –aunque su gobierno duró tan solo de 1951 a 1954–, lo cual contrasta aún más radicalmente con el peronismo argentino, o incluso con la inflación padecida durante el gobierno de Goulart (véase Tabla 10). Sin embargo, cabe señalar que la inflación como indicador del populismo se refiere más bien a una consecuencia de la legitimación a través del gasto del vínculo populista, pero no necesariamente de una característica esencial del fenómeno. De modo que la inflación en el populismo puede estar afectada tanto por las acciones mismas de gasto –impresión de papel moneda–, así como por otras causas económicas.

**Gráfico 18. Inflación en Brasil, 1912-1945**



Fuente: elaborado en base a IPEA (Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada). Disponible en: <http://www.ipeadata.gov.br/>. El valor 100 corresponde al año 1930; y los datos hacen referencia al costo de la vida en Rio de Janeiro.

**Tabla 10. Inflación en Brasil, 1948-1964**

Año	Inflación
1948	88
1949	96
1950	100
1951	115
1952	134
1953	151
1954	185
1955	223
1956	280
1957	320
1958	378
1959	507
1960	655
1961	924
1962	1.442
1963	2.422
1964	4.193

Fuente: elaborado en base a IPEA (Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada). Disponible en: <http://www.ipeadata.gov.br/>. El valor 100 equivale al año 1950.

En el caso de varguismo, no existió una consagración tan fuerte del vínculo populista a través de acciones económicas de gasto, las cuales pueden ser medidas por la cantidad del gasto de gobierno central. Pero el varguismo ciertamente avanzó en otras acciones y reivindicaciones laborales importantes, principalmente a través del corporativismo del *Estado Novo*<sup>124</sup>. Entre ellas destacan la reglamentación de la Justicia del Trabajo, la Ley Sindical y el Impuesto Sindical, así como el establecimiento del salario mínimo (Hirst, 1981). Gran parte de lo cual queda consagrado con la *Consolidação das Leis do Trabalho* ya descrita en el Capítulo 11, que viene a crear un registro de Permiso de Trabajo; regular las horas de trabajo, el período de descanso, las vacaciones, la medicina del trabajo; además creó categorías especiales de

---

<sup>124</sup> Para ello fue clave el control estatal sobre los medios de comunicación. En primer término, durante el *Estado Novo* se creó el Departamento de Imprensa e Propaganda (DIP) en 1939, que derivaba del antiguo Departamento de Propaganda e Difusão Cultural anteriormente alojada en el Ministerio de Educación que, a juicio de Capelato (1999: 172), fue el producto del aumento de las capacidades del Estado en el ámbito de las comunicaciones de masas, teniendo como primera función informar a la opinión pública sobre las directrices doctrinarias del régimen. Pero también, a través de este predominio estatal en los medios de comunicación, se buscó divulgar la nueva legislación laboral, y así lograr la legitimación a través del apoyo de los trabajadores. Lo particular de todo esto, es que en Brasil las mejoras laborales no fueron conquistadas a través de luchas sociales, sino que fueron entregadas y divulgadas por el Estado (Capelato, 1999: 171). Ello da cuenta de una acción propositiva de donación –no monetaria– por parte del Estado y de su líder, buscando propiciar el desarrollo de un vínculo social, lo cual podría, en cierta medida, proporcionar un efecto análogo al del gasto festivo. Por lo tanto, en cierta forma los derechos laborales, que surgen abundantes durante el varguismo, vienen a cumplir aquella función social vinculante que el gasto dejó vacante.

trabajadores, protección del trabajo femenino, reguló los contratos de trabajo, la organización de los sindicatos y los convenios colectivos, etc.<sup>125</sup>. En consecuencia, la abundante legislación laboral promulgada durante el varguismo es indicador de una tendencia a la institucionalización del vínculo social, que lo pone en tensión con un tipo de vínculo social fundado en la presencia, como es el caso del populismo. Y aunque organizar corporativistamente al mundo del trabajo puede proporcionar la legitimidad que Vargas buscaba, no necesariamente se puede sostener que ello caracteriza al varguismo como propiamente populista. Entonces, frente a la pregunta de si es o no populista el varguismo, se puede afirmar que solo lo fue hacia el final del primer mandato cuando implementa acciones discursivas claras con su acento en el *trabalhismo*, así como en el cambio de su base de apoyo, a saber de los militares hacia los trabajadores, junto con gastos públicos crecientes entre 1944 y 1945; asimismo, que hacia el final del segundo mandato se observa una etapa propiamente populista centrada en un gasto creciente. No obstante, al contrastarse con el peronismo desarrolló, la evidencia proporcionada permite sostener que para el caso de Vargas se trató de un populismo suave o atenuado.

---

<sup>125</sup> Al respecto véase: Guia Trabalhista (s.f.). A Consolidação das Leis do Trabalho – CLT.

## **CAPITULO XIV. DEL SURGIMIENTO DEL CHAVISMO HASTA LA MUERTE DE SU LÍDER: 1983-2013**

Conocer los orígenes del chavismo implica indagar en las Fuerzas Armadas venezolanas hacia principio de la década de 1980 y su organización paralela, y en principio secreta, denominada Movimiento Bolivariano Revolucionario 200 (MBR200). En diciembre de 1983, 200 años después del natalicio de Simón Bolívar, Chávez junto con una serie de jóvenes oficiales deciden fundar este movimiento con la esperanza de corregir las inequidades de la sociedad venezolana, junto con la creciente corrupción política del Pacto de Punto Fijo. Incluido Chávez, muchos de ellos eran oficiales de clases media-bajas que sintonizaban con dichas problemáticas y, algunos de ellos, además tenían contacto con grupos radicales de izquierda fuera del ámbito castrense<sup>126</sup> (Hawkins, 2010a: 16). Además de esta inspiración basada en su origen familiar y en la cercanía con la izquierda, cabe señalar que eran militares que habían tenido formación en educación superior en la Academia Militar de Venezuela, donde el propio Chávez se sumerge sin duda en los preceptos nacionalistas (Hawkins, 2003: 1141). En efecto, Parker (2001) señala que el propio Chávez comentaba que los oficiales más antiguos se referían a ellos como los ‘licenciados’. En efecto, la de Chávez era la primera promoción del Plan Andrés Bello, implementado por el presidente Caldera para mejorar el entrenamiento profesional de los militares, luego de lograr pacificar los resabios de oposición armada. Es más, el propio Chávez cursó una Maestría en Ciencias Políticas en la Universidad Andrés Bello. El resultado fue, entonces, una generación de

---

<sup>126</sup> Respecto del origen familiar más humilde de los oficiales venezolanos –en comparación a otros cuerpos de oficiales en América Latina–, cabe señalar que Chávez, en un viaje a Perú con motivo de la celebración de un acto conmemorativo de la Batalla de Ayacucho en 1974, pudo acercarse a otros casos nacionales donde los ejércitos estaban compuestos por oficiales de extracción social más humilde y que, por tanto, no implementaban la separación entre soldados rasos y la oficialidad mayor del ejército. Estos casos eran los de Panamá –Chávez ya había conocido al hijo de Torrijos en Caracas poco tiempo antes– y Perú, donde en este último país se había instaurado el régimen militar de Velasco Alvarado. Chávez sin duda quedó marcado por el encuentro con este líder, a la vez que se indignaba con la presencia de la oficialidad pinochetista chilena que había asistido al encuentro (Parker, 2001).

militares con mayor formación, pero a la vez más crítica, lo cual hace sentido al identificar a los oficiales que formaron el MBR200, los que eran todos integrantes de esa primera promoción del Plan.

Pero, en definitiva, cabe preguntarse ¿qué propició la formación de una logia clandestina y militar en Venezuela? Más allá de las razones contextuales que se han esgrimido, como el alto rechazo al manejo corrupto y alejado de la Constitución de los gobiernos puntofijistas, es importante destacar la receptividad que tuvieron los líderes del MBR200 en la oficialidad joven, basada, en gran medida, en la ideología bolivariana<sup>127</sup>, claramente enraizada en la institución. No obstante, durante el período de clandestinidad, la diversidad de posiciones políticas era amplia, pero existía un aspecto común que era pensamiento de Ezequiel Zamora y sus postulados decimonónicos profundamente anti-oligárquicos, lo cual propició aquella potencialidad populista del MBR200 (Parker, 2001: 75).

Hacia fines de la década del ochenta, y luego de un tiempo de formada la red de apoyo militar y embrionaria del chavismo, el Caracazo fue un punto de inflexión para el MBR200, debido a que se vigorizó con la crisis que detonó en estas revueltas callejeras (Lalander, 2008: 40). Esto porque la acción represiva del gobierno iba en contra de los intereses de los sectores más pobres y excluidos de Venezuela (Hawkins, 2003: 1141), es decir, frente al deterioro de los indicadores sociales a causa de los paquetes de ajuste neoliberales, se le sumaba la represión de las protestas motivadas por dicho perjuicio económico. Esta motivación especial que significó el Caracazo, encontró al MBR200, meses antes del golpe de 1992, conformado por algunos cientos de jóvenes oficiales más otro puñado de civiles, a ellos se les sumaban ciertos sectores descontentos de las partidos de izquierda, como La Causa Radical (La Causa R) y el Partido de la Revolución Venezolana (PRV) (Hawkins, 2010a: 17).

---

<sup>127</sup> Dieterich (2005: 17) señala que el sustrato bolivariano del Socialismo del Siglo XXI propugnado por el chavismo radica en “la liberación anticolonial de América Latina y el Caribe y la integración de sus fragmentos liberados en una gran república progresista, orientada sobre instituciones de la Europa ilustrada”. Sin embargo, cabe señalar que bolivarianismo, para Dieterich en su interpretación del proceso político del chavismo, sería una etapa inicial del Socialismo del Siglo XXI.

En relación a esto último, y a la influencia que recibió Chávez, incluso previamente a la formación del MBR200, es pertinente describir la relación que entabló con el Movimiento La Causa R. Este movimiento político fue fundado por un exguerrillero y ex líder del Partido Comunista Venezolano (PCV), Alfredo Maneiro, quien había sido cofundador del Movimiento al Socialismo (MAS), una de las escisiones del PCV comandada por el histórico líder izquierdista Teodoro Petkoff, pero que al poco tiempo de su creación lo abandona. Maneiro, por su parte, buscó formar un movimiento político basado en los sindicatos, por ello que una de sus raíces es el sindicalismo de la industria siderúrgica en el estado de Bolívar (SIDOR), mientras que su otro sustento era el populoso barrio La Catia en Caracas, actual Parroquia Sucre (Lalander, 2008: 39).

Chávez accedió a Maneiro a través de su hermano mayor, Adán Chávez. En su único encuentro con Maneiro, Chávez le comenta a Marta Harnecker, quien lo entrevistó en 2002, que el líder ideológico de La Causa R le indicaba que los cuatro pilares del movimiento político con aspiraciones hegemónicas son: la clase obrera, los intelectuales, la clase media, y los militares, que era el pilar que proporcionaba Chávez y el MBR200. Para Chávez, Maneiro tenía clara la estrategia para llegar a gobernar Venezuela. Continuaba señalándole a Harnecker (Lalander, 2008, 41):

Mi encuentro con Maneiro y, por qué no decirlo, mi certeza de que por la vía de Douglas Bravo [posteriormente líder del PRV otro ex guerrillero] no andaba la cosa, hicieron que me acercara más a La Causa R, sobre todo por su trabajo en el movimiento popular, que era vital para la visión cívico-militar de la lucha que comenzaba a germinar en mí. Yo tenía entonces muy clara mi idea del trabajo de masas y no había eso en el grupo de Douglas, en cambio en La Causa R yo olía a masas.

La similitud de estas ideas que Chávez y el MBR200 hacían suyas, con los populismos brasileño y argentino de Vargas y Perón, tiene que ver con aquella aspiración por atraer a las grandes masas. Sin embargo, hay una evidente mayor cercanía de Chávez con la izquierda radical, a diferencia de los populismos de mediados del siglo XX en Brasil y Argentina, los cuales se enfrentaron a posturas de izquierda más radicales que las que ellos representaban, especialmente en Brasil con la figura de Prestes. No obstante ello, al menos en un inicio, se



buscó a las denominadas masas a través de las organizaciones sindicales. En efecto, no es majadero volver a señalar que La Causa R se formó en base también a sindicalistas. Aunque esto no se lograría plenamente durante el populismo venezolano, a pesar de los intentos de Chávez de implementar acciones corporativistas sobre el mundo sindical.

El 4 de febrero de 1992, los líderes del MBR200 llevan a cabo un golpe de estado al gobierno de Carlos Andrés Pérez, a esa altura con graves problemas de aprobación pública. Además, según el propio Chávez, ciertos sectores de La Causa R y el MEP (Movimiento Electoral del Pueblo, una escisión a la izquierda de Acción Democrática) se habían comprometido con la acción golpista (Lalander, 2008: 41). Sin embargo, no tuvo éxito y fue derrocada por elementos del ejército leales al gobierno. Pero, lo que de esto se desprende fue que la sublevación recibe un considerable apoyo popular, siendo decisiva la aparición televisiva de Chávez: dándose a conocer a la opinión pública. Como describe Hawkins (2003: 1141):

A decisive moment actually came at the end of the coup, when Chávez, the leader of both MBR 200 and the coup, was allowed to speak to television cameras in order to get other officers to lay down their arms. Chávez only spoke briefly; however, his appearance 'contributed more to destabilizing Venezuelan democracy in two minutes than all the shots fired through the night'. His youthful, commanding presence, his homespun language, his evident sincerity and patriotism, his willingness to shoulder the blame for the failure of the coup, and his confident assertion that change would still come were a stark contrast with President Perez and many of the well-known national leaders of the traditional parties.

De ahí en más, Chávez y su movimiento buscaron acentuar la deslegitimación electoral del Pacto de Punto Fijo, eso hasta que se presentó como candidato a la presidencia en 1998. Efectivamente, desde la cárcel de Yare, Chávez y diversos líderes del MBR200 firmaron un documento en el que llamaron a no votar durante las elecciones presidenciales de 1993, acusando que los comicios estaban ya predefinidos por el *establishment*. Algo similar ocurrió para las elecciones regionales y municipales de 1995, en que el MBR200 llamó a boicotearlas promoviendo la abstención electoral (Lalander, 2008: 41-42).

Chávez mismo explica que el objetivo de la campaña del MBR-200 se basaba en la voluntad de desarrollar un movimiento político. Además, la idea era incrementar la conciencia y la motivación

entre los ciudadanos. Asimismo, sirvió como protesta contra la tradición venezolana de política partidista y la abstención electoral de hecho fue la más alta de la historia democrática Venezolana hasta entonces (Lalander, 2008: 42).

En 1997 Chávez y sus cercanos deciden cambiar la estrategia y embarcarse en una campaña electoral. Poseían un grupo de activistas civiles y militares listos para enfrentar la elección en torno al proyecto amplio denominado 'Revolución Democrática'. Esa primera formación dio paso a la organización partidista que apoyaría a Chávez, el Movimiento Quinta República (MVR). Así, en octubre de 1997, sobre 200 personas se reúnen en Caracas para constituir legalmente al MVR, el cual creció exponencialmente excediendo las expectativas de sus mismos fundadores (Hawkins, 2003: 1142). En las elecciones de 1998, Chávez ganó la presidencia, y si bien AD y COPEI mantuvieron una mayor cantidad de representantes que el MVR, el partido pudo posicionarse electoralmente, y para las siguientes elecciones avanzó aún más, llegando a ser el partido más importante.

Ahora bien, cabe interrogarse, una vez que Chávez basa su apoyo en la movilización electoral, alejándose de su organización seminal, el MBR200, ¿qué organización se convierte en su red de apoyo que sustentaría su liderazgo, superando las limitantes del modelo de la presencia en que se basa el populismo? La respuesta, al menos pertinente para los primeros años de populismo venezolano, son los Círculos Bolivarianos.

Para De La Torre (2009), los Círculos Bolivarianos, así como una serie de otras instancias similares que le siguieron, como los Consejos Comunales o las Asambleas Ciudadanas, son organizaciones que vienen a disputar –o, al menos, a complementar– las prácticas de la democracia representativa, como son los procesos electorales. En efecto, el populismo, a pesar de ser un fenómeno electoral, con las redes de apoyo que monta para sortear los límites del modelo de presencia viene también a instaurar otra forma de democracia. Este aspecto del populismo, De La Torre lo comprende como una respuesta a las fallas de la democracia liberal, las que fueron muy características de Venezuela con la ya descrita debacle del Punto Fijo (De La Torre, 2009: 26). Como define el autor:

El gobierno de Chávez ha creado varias instancias para institucionalizar la democracia participativa y protagónica como son los círculos bolivarianos, los consejos comunales y las asambleas ciudadanas. Los círculos bolivarianos se establecieron para organizar el apoyo a Chávez y para hacer efectiva las formas de democracia participativa y protagónica. Funcionaron entre el 2001 y el 2004 y tuvieron un rol importante en las protestas en contra del golpe de Estado contra Chávez en el 2002. (...) Funcionan con criterios clientelares para transferir recursos y se basan en mecanismos de mediación carismática entre el líder y sus seguidores que no permiten la autonomía de las bases (De La Torre, 2009: 27).

De modo similar, Arenas y Gómez (2004: 17) al analizar los Círculos Bolivarianos y señalar que además cumplen una función homogeneizadora de la cosmovisión chavista, indican que esta red de apoyo permite “visibilizar demandas”. Dicho de otra forma, concreta la vinculación entre el líder y sus seguidores. Así, cuando las demandas rebasan toda posibilidad de que el propio líder pueda atenderlas todas, los denominados ‘papelitos’ con solicitudes específicas muy rápidamente tuvieron que ser asumidos por sus cercanos, y eran ellos quienes finalmente se vinculaban con la red de apoyo que canalizaba las demandas (Arenas y Gómez, 2004: 18). Así, Arenas y Gómez (2004: 19) llegan a definir una función de los Círculos Bolivarianos, que es también extrapolable a los casos de Argentina y Brasil con los sindicatos:

Su meta es crear el pueblo organizado e “ideologizado” que canalice las demandas y llene el espacio que normalmente ocupa la sociedad civil. Si este espacio no es apropiado por la revolución, será retomado por la diversidad de actores no revolucionarios: los otros partidos, las iglesias, las ONGs independientes o los seguidores de los gobernantes regionales y locales; ello debilitaría la unidad del pueblo, premisa de la revolución. Por eso, los círculos cumplirán una tarea de reconstrucción moral de la nación, única garantía de la conquista del “reino feliz de los tiempos finales” (Arenas y Gómez, 2004: 19).

Los Círculos Bolivarianos son, entonces, una extensión del Estado propia del corporativismo estatal de inclusión, que buscaba desplazar a algunos actores sociales y cooptar a otros. Si bien, como señala la definición oficial de los Círculos a continuación, estos poseen mayores grados autonomía en la organización de lo local, aunque son creados por el propio Estado.

Círculo Bolivariano es la unidad organizativa principal del poder popular, la molécula básica de la cual parte la Venezuela Digna, la Venezuela bolivariana que estamos construyendo, y que será una realidad perceptible para todos, en la medida que su base social, el Soberano, vaya ejerciendo su derecho a decidir, ordenar, controlar, aportar, hacer la totalidad de la vida del país (Editorial de *Poder Popular*, N° 1, nov. 2001 citado en Arenas y Gómez, 2004: 19).

La organización de los Círculos desde el Estado estuvo a cargo de Diosdado Cabello, también exmilitar y uno de los hombres más cercanos a Chávez. De forma similar a Mercado en Argentina o Marcondes Filho en Brasil, Cabello, a través de sus diversos cargos en el Gobierno y como colaborador directo de Chávez fue el encargado de crearlos, primero desde el MBR200, y luego de organizarlos desde la Secretaría de la Presidencia. Él mismo mencionaba que eran “sencillamente la sociedad civil organizada” (Arenas y Gómez, 2004: 20). Igualmente que con el encarcelamiento de Perón en 1945, y que Mercado frustró gracias a las movilizaciones sindicales promovidas desde la Secretaría del Trabajo, en 2002 los Círculos Bolivarianos, que por ese entonces lideraba y coordinaba el Vicepresidente Cabello, tuvieron un papel clave en frustrar el golpe de estado de la oposición. Y si bien Cabello era su principal organizador dentro del aparato estatal, Lina Ron era una de sus figuras más destacadas dentro de estas organizaciones de base. La dirigente, que cobró notoriedad con una manifestación en contra de los EE.UU. frente a su embajada en Caracas en septiembre de 2001, llegó a ser glorificada como modelo de militancia chavista (Arenas y Gómez, 2004: 23). Esto porque interpretó con particular lucidez la lucha del populismo, es decir, el antagonismo contra la oligarquía nacional, radicada en los partidos de oposición y en los medios de comunicación, y desde luego contra el imperialismo ‘yanqui’.

Ahora bien, se sostiene acá que los Círculos Bolivarianos han cumplido la función que en el peronismo y el varguismo han desarrollado los sindicatos, es decir, principalmente en el caso de Argentina y Brasil fue movilización de electorado, y en el caso de Venezuela también es movilización del electorado, pero con un fuerte desarrollo de una forma de democracia participativa en la base social. Procesos que han estado fuertemente vinculados, promovidos y tutelados por la figura del líder y los principales organizadores de sus respectivas redes de apoyo. Según Hawkins y Hansen (2006: 126) para el caso del chavismo con los Círculos se implementa paradigmáticamente esta variante de movilización popular:

In Venezuela we see a process with significant popular mobilization under democratic conditions, but with a very high level of dependence on leadership. Our sense is that charismatic leadership has allowed popular mobilization to avoid some of the problems created by electoral competition—candidates must have the leader’s seal of approval in order to be successful—but that it comes with a high price. Experienced activists in Venezuela have hitched their wagon to Chávez because he provides a needed focal point for mobilization and (finally!) makes radical social change possible; however, in doing so, they have lost control over the process of change. Activists that challenge the charismatic leader in an effort to assert their autonomy are likely to find themselves marginalized and frustrated.

Sin embargo, una diferencia del populismo de Perón y Vargas, respecto del populismo de Chávez tiene que ver con la pregunta por la integración del pueblo. En efecto, a diferencia del peronismo y varguismo donde el sujeto que es incluido, es decir, que es favorecido por la protección social mediante el gasto que proporciona el Estado, es el trabajador a través del sindicato, en el modelo chavista esto no ocurre de esa forma. En parte se puede explicar debido a que los sindicatos nunca pudieron ser hegemónicamente controlados por el Estado, como sí ocurrió en Argentina y Brasil. En Venezuela, la inclusión que se da, por ejemplo, a través de los Círculos, es la de los pobres, los excluidos en un sentido amplio y general, no es la inclusión del trabajador asalariado, aunque sí del trabajador informal. Son, por tanto, no los líderes sindicales los que articulan los nodos de la red de apoyo, sino que más bien son figuras como Lina Ron, quien buscó superar aquellas formas más radicales de exclusión, por incorporar a los beneficios a los llamados ‘invasores’. Cuestión que, según De La Torre (2009: 33), es muy característico de los populismos andinos del siglo XXI.

Los Círculos finalmente declinan hacia principios de 2005, y sus líderes y participantes se diseminan en una serie de organizaciones similares, como las Misiones, Frentes, Consejos Comunales, así como diversas organizaciones electorales, donde se radican los chavistas (Valencia, 2011), esto es el entramado de redes y masas que sustentan al populismo en Venezuela<sup>128</sup>.

---

<sup>128</sup> Cabe también preguntarse por qué declinan los Círculos, y frente a ello, Hawkins y Hansen (2006: 124-126) presentan tres posibilidades relacionadas con: a) el desgaste que le produjo a los Círculos competir por un período largo de tiempo con otras organizaciones estatales corporativistas que buscan el apoyo a la pobreza y la movilización de las masas; b) el conflicto que los Círculos suscitaban con el liderazgo del chavismo, es decir, la desafección de los líderes locales respecto del liderazgo nacional; y c) la preponderancia del liderazgo

## 1. EL PARADIGMA DEL DISCURSO POPULISTA

En el caso del chavismo, se pueden observar las características más paradigmáticas del discurso populista. Es cierto también que Hawkins (2010) construyó su rúbrica sobre el populismo discursivo en base a la propia experiencia de Chávez –por lo que su estudio del chavismo podría ser criticado por un excesivo ‘inductivismo’–, sin embargo, comparativamente, el discurso encontrado en este líder es ciertamente más radical que el de Vargas, e incluso que el del propio Perón. En la medición del discurso de Chávez, se obtiene un promedio de 1,9 –siendo 2 la máxima calificación de populismo de un discurso–, por lo tanto, es el presidente latinoamericano con el discurso más populista. Más aún, en el estudio de Hawkins, de la muestra de cuatro conferencias estudiadas para calificarlo, se observa una desviación estándar de 0,25, la cual es una de las más bajas de todos los líderes estudiados, lo que indica además que es uno de los discursos más consistentemente populistas (Hawkins, 2010a: 76).

Diversas alocuciones de Hugo Chávez recogen gran parte de los rasgos propios del populismo discursivo en su clave del antagonismo o del maniqueísmo, ya sea según Groppo o Hawkins, respectivamente. Por ejemplo, el discurso del 8 de enero de 2007 (véase Alocución xi en Anexo) con motivo del juramento de sus nuevos ministros, responde a cada uno de estos rasgos esenciales. En lo que respecta a la cosmovisión antagónica entre dos grupos, Chávez sostiene la exacerbación de las contradicciones en términos de una ‘guerra’ y a través de varios frentes: “Entonces hablaba de las víctimas de la conseja mediática, de los laboratorios de la guerra mediática, de la guerra inmundita que contra nosotros lanza de manera permanente la oligarquía venezolana, el imperio norteamericano y la CIA, a través de diarios, televisoras, en Venezuela y en buena parte del mundo”.

Y en lo referido al criterio de que el bien es identificado con el pueblo, se dejan notar pasajes como este, en el que es ensalzado por sobre todo lo demás:

---

carismático central atentaba contra los fundamentos de la unidad de los círculos, es decir, bajos niveles de institucionalización de la red de apoyo, entendidos como débiles reglas básicas de los Círculos que debían observar sus miembros y como ausencia de una identidad diferente a la del propio Chávez.

Nada es tan conforme con las doctrinas populares como el consultar a la nación en masa sobre los puntos capitales en que se fundan los estados, las leyes fundamentales y el Magistrado Supremo, todos los particulares están sujetos al error o a la seducción pero no así el pueblo que posee en grado eminente, la conciencia de su bien y la medida de su independencia. De este modo, su juicio es puro, su voluntad fuerte, y por consiguiente nadie puede corromperlo ni menos intimidarlo. Yo tengo pruebas irrefragables del tino del pueblo en las grandes resoluciones y por eso es que siempre he preferido sus opiniones a las opiniones de los sabios.

Pero, a la vez, el pueblo es identificado con el gobierno, idea similar a la esgrimida por Perón, quien se identificaba como el primer trabajador de su país:

José Vicente<sup>129</sup> dijo: “los que nos vamos del gobierno no nos vamos de la Revolución”, no se van tampoco del Gobierno, porque no olvide José Vicente, no olviden compañeros, compañeras, que hoy en día el Gobierno debe ser más otra cosa muy distinta al Consejo de Ministros, al presidente Chávez. El Gobierno debe ser cada día más el pueblo, la calle, el campo, el gobierno popular, el poder popular.

Los rasgos del discurso populista consideran además que la élite u oligarquía es conspirativa y, por lo general, se asocia con la representación del mal. Este mal, sin embargo, no solo puede ser la oligarquía nacional –políticos, Iglesia, medios de comunicación–, sino que también algún enemigo externo como el ‘imperialismo’, principalmente de origen estadounidense.

El 20 de septiembre de 2006, Hugo Chávez, durante una sesión de la Asamblea General de las Naciones Unidas, refiriéndose al presidente de Estados Unidos George W. Bush, quien estuvo el día anterior en ese mismo lugar, señaló: “El diablo está en casa pues, el diablo, el propio diablo está en casa, ayer vino el diablo aquí, ayer estuvo el diablo aquí”, al momento que la audiencia murmura y aplaude, continúa Chávez persignándose y dice: “en este mismo lugar huele a azufre todavía”.

---

<sup>129</sup> Se refiere a José Vicente Rangel, quien para la fecha del discurso era el Vicepresidente saliente de Venezuela.

Meses antes, el domingo 19 de marzo de 2006, durante su programa Aló Presidente y en alusión a la invasión estadounidense a Irak, Chávez identifica al propio Bush, nuevamente, con la personificación del mal:

Te metiste conmigo, pajarito. Te metiste conmigo, pajarito, ¿no? (...) ¿Tú no sabes mucho de historia?, tú no sabes mucho de nada, ¿sabes? Una gran ignorancia es la que tú tienes, eres un ignorante, Mr. Danger. Eres un ignorante. Eres un burro, Mr. Danger. Eres un burro, Mr. Danger. Como para decírtelo más bien, como para decírtelo en mi mal inglés, *in my bad english: you are a donkey, Mr. Danger. You are a donkey*. Me refiero, ustedes saben, para decirlo con todas sus letras a Mr. George W. Bush. *You are a donkey, Mr. Bush*, ¿sí? (...) Te voy a decir algo, Mr. Danger, tú eres un cobarde, ¿sabes?, tu eres un cobarde. ¿Por qué no te vas a Irak a comandar tus Fuerzas Armadas? Es muy fácil comandarlas desde lejos. Si algún día se te va a ocurrir la locura de invadir Venezuela, te espero en esta sabana, Mr. Danger. *Come on here, Mr. Danger, come on here. Come on here, Mr. Danger*. Cobarde, asesino, genocida... genocida, eres un genocida. Eres un alcohólico, Mr. Danger, es decir, eres un borracho... eres un borracho, Mr. Danger. Eres un inmoral, Mr. Danger. Eres de lo peor, Mr. Danger. ¿Cómo se dice “de lo peor” en inglés? *The last, you are the last*. Lo peor de lo que ha habido en este planeta, de lo peorcito que ha habido se llama George W. Bush. ¡Dios libre al mundo de esta amenaza! Porque es un asesino, un enfermizo, un hombre enfermo.

Y no solo sus ataques se dirigían contra Bush, también se pueden encontrar alusiones contra todo el gobierno de Estados Unidos, es decir, ‘los yanquis’. Así, en una alocución del 11 de septiembre de 2008, sostuvo, en solidaridad con Bolivia, lo siguiente:

Y nos informan en este momento, que ahora mismo el Departamento de Estado de los Estados Unidos acaba de anunciar la expulsión del Embajador de Bolivia de su territorio. Bueno, nosotros desde este momento comenzamos a evaluar las relaciones diplomáticas con el gobierno de los Estados Unidos. Acabo de hablar con el Canciller y para que Bolivia sepa que no está sola, a partir... ¿qué hora es? Son las 7 y 15 minutos. Tiene 72 horas, a partir de este momento, el Embajador yanqui en Caracas para salir de Venezuela. ¡En solidaridad con Bolivia y el pueblo de Bolivia y el gobierno de Bolivia! Tiene 72 horas el Embajador para abandonar territorio Venezolano y de inmediato, señor Canciller Maduro, de inmediato mande por nuestro Embajador antes que lo echen de allá, que se venga de una vez nuestro Embajador, el gran compañero Bernardo Álvarez, que regrese a la patria. ¡Cuando haya un nuevo gobierno en los Estados Unidos, mandaremos un embajador, un gobierno que respete a los pueblos de América Latina, a la América de Simón Bolívar, carajo! ¡Váyanse al carajo, yanquis de mierda, que aquí hay un



pueblo digno! Aquí hay un pueblo digno, ¡yanquis de mierda, váyanse al carajo cien veces! ¡Aquí estamos los hijos de Bolívar, los hijos de Guaicaipuro, los hijos de Túpac Amaru! Y estamos resueltos a ser libres. Hago responsable de esto y de todo lo que pueda ocurrir al gobierno de Estados Unidos, que anda detrás de todas las conspiraciones contra nuestros pueblos.

El enemigo para Chávez son también los políticos venezolanos de oposición. Así, en el año 2012, las alusiones contra Enrique Capriles fueron variadas, entre otras lo llamaba ‘majunche’, que significa mediocre o deslucido. De modo que no solo la élite conspirativa representa el mal en un sentido de maldad despiadada, sino que también personifican lo malo como aquellas características personales indeseadas, como seres inferiores. Señala Chávez respecto de Capriles: “Una de mis tareas, majunche, perdón, Sr. Majunche, es... va a ser, desde ya la asumo, porque va a ser una responsabilidad, quitarte la máscara majunche, porque por más que te disfraces majunche tienes rabo de cochino, tienes orejas de cochino, tienes... ¿cómo es?, roncas como un cochino, ¡eres un cochino...!”.

En el discurso del 8 de enero de 2007, Chávez critica también a la Iglesia que ha perdido la esencia propia del cristianismo, tal como ya se señaló en el Capítulo 11.

Cómo se le ocurre al Cardenal salir a decir que por esta decisión soberana que ya he tomado, y les juro que nada ni nadie impedirá que se cumpla esa decisión de no renovar la concesión a ese Canal de televisión, que ya todos saben cuál es. Nada ni nadie podrá evitarlo.

Entonces ¿cómo entender a esta jerarquía católica? Ah, pero son incapaces de criticar el golpe de Estado, ni lo que estos canales hicieron. Jamás lo criticaron. Yo no vi a un solo obispo venezolano criticar el golpe de Estado, o darse por lo menos un golpe de pecho. Por allá en el Paraguay, en cambio, un obispo se lanzó de candidato a la presidencia y parece que anda hablando de socialismo. Aquí un obispo habla de socialismo y les da un yeyo.

Cristo es uno de los más grandes revolucionarios que haya nacido en esta tierra. Cristo, el verdadero Cristo, no el que algunos sectores de la Iglesia Católica manipula. Cristo era un verdadero revolucionario, socialista. Igualdad. Igualdad. “Bienaventurados los pobres porque de ellos será el Reino de los Cielos. Más fácil será que un camello entre por el ojo de una aguja, a que un rico entre el Reino de los Cielos”. Ese el Cristo verdadero, el de la propiedad común. Cristo era comunista. Era un comunista auténtico, antiimperialista, enemigo de la oligarquía y de las élites del poder.

La necesidad de un cambio sistémico es otra de las características, siendo posible de observar en, por ejemplo, los juramentos que realizó como presidente. Así, cuando jura el 2 de febrero de 1999, Chávez dijo: “Juro delante de Dios, juro delante de la Patria, juro delante de mi pueblo que sobre esta moribunda Constitución haré cumplir, impulsaré las transformaciones democráticas necesarias para que la República nueva tenga una Carta magna adecuada a los nuevos tiempos. Lo juro”. Aquella ‘moribunda’ Constitución que logró cambiar en diciembre de 1999, lo llevó a jurar como presidente nuevamente el 19 de agosto de 2000, diciendo: “Juro delante de esta revolucionaria Constitución Bolivariana que lucharé sin descanso (...)”. Y el 10 de enero de 2007, para su nuevo juramento, dijo: “Juro delante de esta Constitución, de esta maravillosa Constitución (...)”. Así, en el juramento de 1999, se constata aquella necesidad de cambio radical, que en 2000 y en 2007 queda patente con los calificativos de ‘revolucionaria’ y ‘maravillosa’, respectivamente.

Volviendo al referido discurso del 8 de enero de 2007, se observa, con la metáfora del ‘huracán’, que Chávez resignifica el intento del golpe de Estado del 4 de febrero de 1992 como el comienzo de la ‘revolución’, de la ‘rebelión bolivariana’. Más aún, Chávez reifica a la revolución, la vuelve, inclusive, más que necesaria, como algo que naturalmente iba a llegar, como algo que estaba predestinado a ocurrir en algún momento: como la ‘tormenta’, o como la explosión de un ‘volcán’.

Yo llegué traído por el huracán del 4 de febrero que tú [José Vicente Rangel] mencionabas en tus palabras, ese huracán produjo otros huracanes. Qué iba a pensar el comandante Hugo Chávez que el 4 de febrero lo iba a colocar, como lo colocó, en el ojo de la tormenta durante quién sabe cuántos años. Vamos a conmemorar el próximo 4 de febrero los 15 años de aquel día de revolución, de rebelión bolivariana. Así son las cosas de la vida, así son las revoluciones. En verdad nadie las planifica, ellas explotan como el volcán.

Así explotó el Caracazo, así explotó el 4 de febrero. Hubiera ocurrido de una u otra manera. Pero he ahí los signos de la historia, los acontecimientos inexorables de la historia. Y dentro de ellos nosotros, los seres individuales que somos arrastrados por ella. Y como decía Carlos Marx, ese gran pensador revolucionario, “bueno, los hombres, sí, podemos hacer historia, pero en el marco que nos impone la historia”.

Finalmente, aquella actitud todo vale del populismo discursivo más paradigmático puede encontrarse en diversas partes de las alocuciones de Chávez, sin embargo, la frase que caracteriza de mejor forma esta característica del discurso es “patria, socialismo o muerte”, que tomó de la revolución cubana y que hizo suya como lema.

En cuanto a si en el discurso del presidente Chávez se encuentra algún tipo de referencia explícita o latente a algún tipo de noción de gasto festivo, se observa que, al menos, resulta más complejo de dilucidar que en el discurso de Juan Domingo Perón. Si se toma como referencia las alocuciones que Chávez realizó ante la Asamblea Nacional en los años 2001 y 2003, se distingue una altísima importancia a la optimización de los gastos del gobierno, particularmente, en lo referente a la reducción de los gastos de PDVSA.

En la Memoria y Cuenta ante la Asamblea Nacional del año 2001, Chávez hace alusión al orden fiscal, a disciplinar el gasto, a elevar su eficiencia, reducir el gasto inútil, etcétera:

Y tenemos que seguir haciendo un esfuerzo muy grande, y el Gobierno está dispuesto a seguirlo haciendo, sobre todo en el orden fiscal para darle sustentabilidad al gasto público para mantener el dominio fiscal. Pero hay que hacer un llamado a todos los ámbitos de la administración nacional, más allá del Gobierno, a todas las instituciones, para disciplinar el gasto, para elevar la eficiencia del gasto, para reducir el gasto ineficiente, el gasto inútil, que todavía hay mucha tela que cortar en ese sentido (Chávez, 2013: 25).

En la cita anterior, ya se venía anunciando la necesidad de “orden fiscal” para dar “sustentabilidad al gasto público”, sin embargo, aún no resultaba muy transparente cuál sería ese gasto público. En la Memoria y Cuenta ante la Asamblea Nacional del año 2003, sin embargo, queda de forma más clara dónde tenía que concentrarse el gasto público, particularmente hacia dónde debían dirigirse los ahorros generados por el ordenamiento fiscal en PDVSA:

Cada bolívar que podamos ahorrar en Pdvsa, de unos presupuestos generalmente inflados, de un nivel de costos y de gastos exagerados, cada bolívar que ahí se recorte para ahorrarlo debemos dirigirlo a la salud, debemos dirigirlo a la educación, debemos dirigirlo a las viviendas, debemos dirigirlo a los créditos, a la pequeña y la mediana industria, a la microempresa, y el impacto va a

ser fuerte. Bueno, así que a pesar de las alteraciones económicas, el 2003 nos dejó nada más y nada menos que la recuperación de Petróleos de Venezuela y sus operaciones y el manejo de sus finanzas. Yo puedo decirles que ahora sí tengo capacidad de mando en Pdvsa, pero antes no tenía absolutamente nada, y ¿saben cómo me sentía?, como un verdadero miserable (Chávez, 2013: 176).

Evidentemente, tal como se mencionó en el Capítulo 12, en una economía populista del gasto se requiere realizar dicho gasto frente a la comunidad. La socialización del gasto en el actual contexto ocurre, pues, cuando se convierte en un acto visible y público. Para esto, la mayor eficacia simbólica se logrará cuando el gasto se dirija hacia los sectores propios del bienestar social y las políticas sociales –salud, educación, vivienda, seguridad social, pequeñas empresas, actividades artísticas y culturales, entre otros–, produciendo con ello la concreción del vínculo social populista. Sin embargo, las referencias hacia un gasto con orden fiscal dan cuenta de una ausencia discursiva de un gasto de tipo festivo. Pero entonces, si no hay referencias discursivas hacia un tipo de gasto como el del peronismo, la pregunta que surge es, primero, de qué tipo de gasto se trata y, segundo, cómo se concreta este en la estructura económica.

## 2. EL GASTO CORPORATIVISTA DEL CHAVISMO

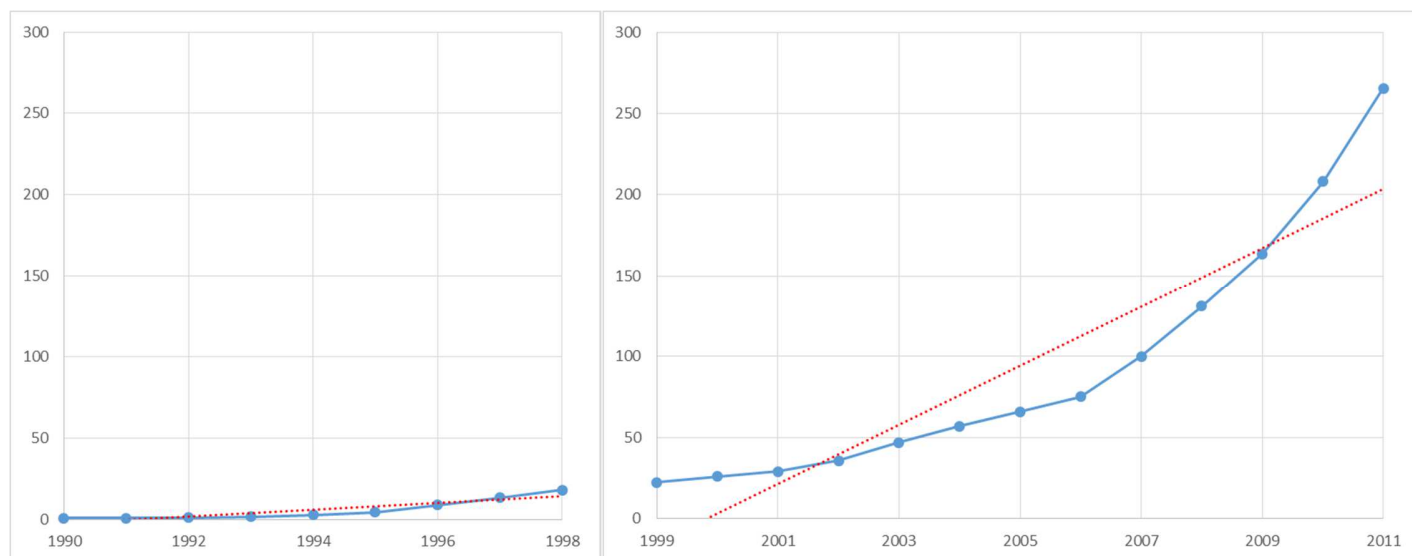
Las características de la política económica del chavismo difieren de lo que fue la economía de Pacto de Punto Fijo. En efecto, el primer indicador que hay que observar para identificar a una economía populista es el gasto del gobierno, particularmente el ya mencionado gasto social que es donde mejor se puede rastrear el gasto populista. Ya que resulta más visible para las bases de apoyo y, en consecuencia, garantiza la socialización del gasto, es decir, lo convierte en un acto que logra vincular al líder y sus seguidores. En el doble Gráfico 19, se observa un fuerte aumento del gasto social<sup>130</sup> que se da, especialmente, a partir del año 2006, pero ya desde 1999, es decir, desde el comienzo de la Quinta República, comparado con el

---

<sup>130</sup> El gasto social total es definido como inversión social total y consiste en “la suma de la inversión efectuada por el Gobierno Central en los sectores de inversión: 08 (Educación), 09 (Cultura y Comunicación Social), 10 (Ciencia y Tecnología), 11 (Vivienda, Desarrollo Urbano y Servicios Conexos), 12 (Salud), 13 (Desarrollo Social y Participación) y 14 (Seguridad Social)” (<http://sisov.mppp.gob.ve/indicadores/GA0100700000000/ficha.php>).

período anterior, se observa una clara diferencia en las tendencias del crecimiento del gasto social total en Venezuela.

**Gráfico 19. Gasto social total en Venezuela, 1990-2011**



Fuente: Sistema Integrado de Indicadores Sociales de Venezuela. Ministerio del Poder Popular de Planificación, Gobierno Bolivariano de Venezuela. Disponible en: <http://sisov.mppp.gob.ve/indicadores/>. El valor 100 corresponde al año 2007. Con línea de tendencia.

La Tabla 11 por su parte, muestra el gasto público total y el gasto social total, en donde el primero contiene al segundo. De 1999 a 2000 la tasa de crecimiento interanual del gasto público total (39,2%) fue la más elevada de la serie, esto al comienzo del gobierno de Hugo Chávez. Asimismo, en esos mismos años también hubo altas tasas de crecimiento interanual del gasto social, especialmente en 2004 y 2006. Ello indica que los aumentos de gasto público total estuvieron en gran medida determinados por el gasto social propiamente tal.

**Tabla 11. Gasto público y social reales en Venezuela, 1900-2011**

Año	Gasto público total		Gasto social total	
	Millones de Bolívares	Tasa de crecimiento interanual	Millones de Bolívares	Tasa de crecimiento interanual
1990	81.633.744		32.274.849	
1991	84.460.478	3,5	37.468.809	16,1
1992	80.315.488	-4,9	38.346.555	2,3
1993	63.903.755	-20,4	30.835.644	-19,6
1994	70.019.505	9,6	30.228.398	-2,0
1995	63.406.367	-9,4	29.681.541	-1,8
1996	72.767.246	14,8	31.564.378	6,3
1997	80.316.307	10,4	39.422.090	24,9
1998	65.680.527	-18,2	31.440.660	-20,2
1999	65.325.167	-0,5	34.053.533	8,3
2000	90.952.394	39,2	45.961.915	35,0
2001	96.354.145	5,9	50.932.809	10,8
2002	88.812.100	-7,8	49.253.895	-3,3
2003	88.970.059	0,2	49.144.401	-0,2
2004	106.254.381	19,4	69.519.140	41,5
2005	130.682.869	23,0	82.982.204	19,4
2006	170.913.648	30,8	117.019.822	41,0
2007	143.243.259	-16,2	106.915.685	-8,6
2008	147.092.015	2,7	99.481.098	-7,0
2009	119.561.456	-18,7	79.790.457	-19,8
2010	114.762.209	-4,0	85.344.093	7,0
2011	140.627.977	22,5	109.281.813	28,0

Fuente: Sistema Integrado de Indicadores Sociales de Venezuela. Ministerio del Poder Popular de Planificación, Gobierno Bolivariano de Venezuela. Disponible en: <http://sisov.mppp.gob.ve/indicadores/>. Los valores están expresados en Bolívares del año 2007.

El doble Gráfico 20, que muestra el porcentaje de gasto social total respecto del gasto público total como porcentaje del PIB, da cuenta de las diferentes tendencias durante el chavismo respecto de su período inmediatamente anterior. Ya que en 1999 este porcentaje recién superó el 50%, mientras que para el 2011 dicho porcentaje se empina en torno al 80%. En tal sentido, se puede sostener que el gasto social adquirió mayor importancia dentro el gasto público luego de que Hugo Chávez llega al gobierno.

**Gráfico 20. Porcentaje de gasto social total respecto de gasto público total en Venezuela, 1990-2011**



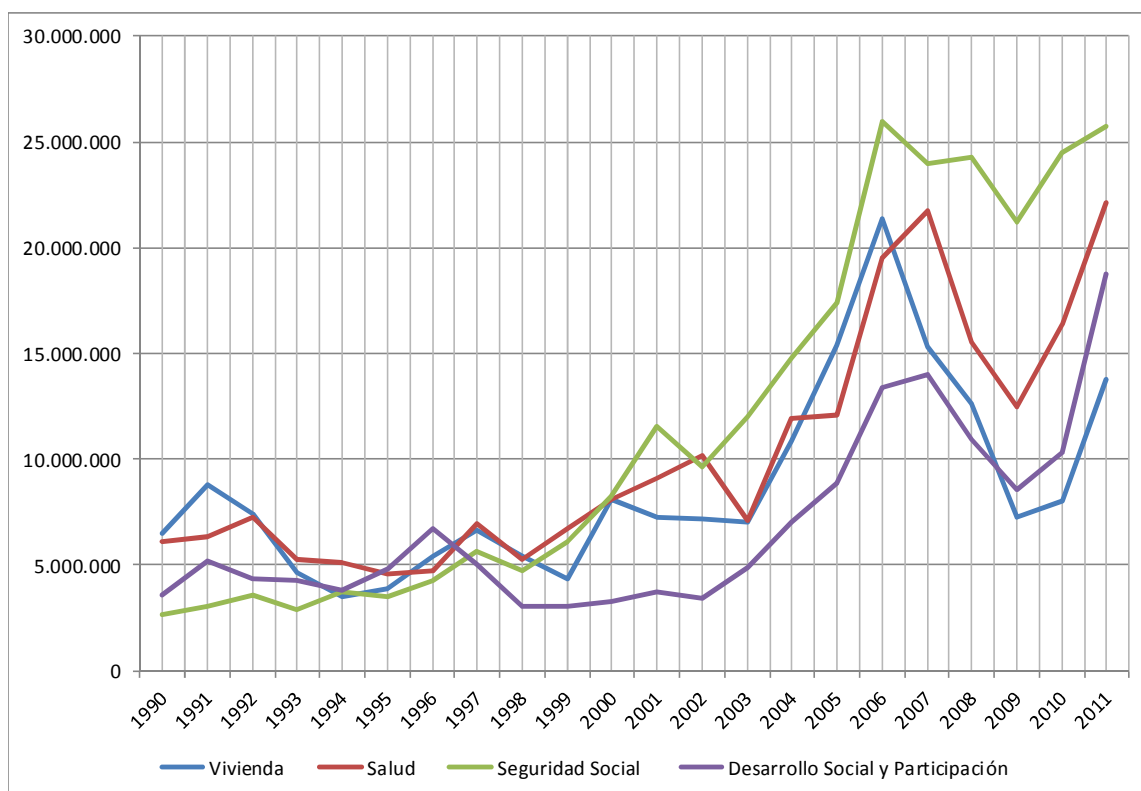
Fuente: Sistema Integrado de Indicadores Sociales de Venezuela. Ministerio del Poder Popular de Planificación, Gobierno Bolivariano de Venezuela. Disponible en: <http://sisov.mppp.gob.ve/indicadores/>. La moneda para realizar el cálculo son Bolívares del año 2007. Con línea de tendencia.

Si se desagrega el gasto social (véase Gráfico 21), se observa que tres ítems –salud, vivienda y seguridad social– crecen considerablemente a partir del año 2000. Pero de estos tres destaca sobre todo la ‘seguridad social’, que considera gastos en pensiones, seguro de desempleo, así como otros seguros y transferencias monetarias para los ciudadanos, debido a que si en 1990 registraba la menor cantidad de gasto, en 2003 se convierte en el primer ítem de gasto de la serie.

Por otro lado, de los cuatro gastos el denominado ‘desarrollo social y participación’ es el más bajo, desde el comienzo del gobierno de Chávez, sin embargo, crece a partir del 2003, llegando a superar incluso al gasto en vivienda desde el año 2009 en adelante. Este ítem de gasto durante el chavismo se concentra en financiar la ejecución de políticas públicas permanentes de desarrollo local y de los movimientos sociales de base. Financia, por ejemplo, desde los Consejos Comunales o la Fundacomunal (Fundación para el Desarrollo y Promoción del Poder Comunal), centradas en la organización social de las bases, hasta financiamiento de microemprendimientos o de instituciones financieras que los sustenten –

como el Banco del Pueblo Soberano—<sup>131</sup>; es decir, es un gasto que contribuye a potenciar un sistema político y social corporativista que contribuya a sustentar el vínculo populista.

**Gráfico 21. Gasto social real desagregado en Venezuela 1990-2011**



Fuente: Sistema Integrado de Indicadores Sociales de Venezuela. Ministerio del Poder Popular de Planificación, Gobierno Bolivariano de Venezuela. Disponible en: <http://sisov.mppp.gob.ve/indicadores/>. Los valores están expresados en miles de Bolívares del año 2007. Se omitió el ítem de ‘educación’, el cual durante toda la serie, hasta 2010, concentró el mayor gasto. También se omitió el ítem de ‘cultura y comunicación social’, el cual posee niveles de gasto muchos menores y con baja variación en la serie de tiempo.

Si bien el aumento del gasto en seguridad social se puede relacionar con formas más tradicionales de provisión de bienestar, como el de las economías europeas de posguerra – siempre que no se convierta en derroche festivo como en el peronismo–, al agregársele la componente del gasto para el desarrollo y financiamiento de la organización de base, se puede sostener la tesis de que se está en un contexto de gasto dirigido a legitimar el vínculo populista. Esto porque el aumento del gasto estatal en seguridad social más el gasto en promoción y organización social da cuenta de dos componentes relacionados, por un lado, el

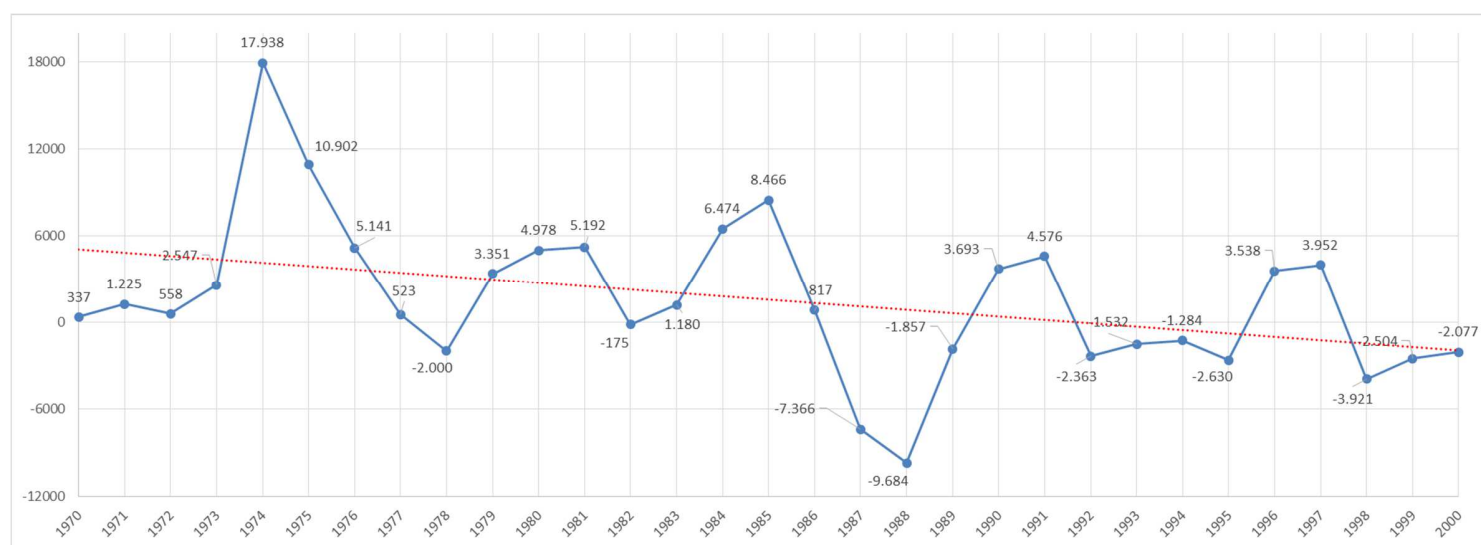
<sup>131</sup> Véase: Ministerio del Poder Popular para las Comunas y los Movimientos Sociales.



mejoramiento de la situación del pueblo, mientras que por otro la organización corporativista de este. Y si bien, como se aprecia a continuación, no se está, en estricto rigor, en presencia de un gasto festivo –debido a la ausencia de las consecuencias de un derroche o despilfarro financiero, es decir, hiperinflación y depresión económica aguda–, sí se cumpliría el requisito de promover el establecimiento del vínculo social entre líder y sus seguidores, potenciado por esta compleja red de apoyo que puede alcanzar a las más recónditas comunidades del país.

También, se podría señalar que el chavismo ha podido sostener los sorprendentes aumentos del gasto público total gracias a los crecientes precios internacionales del petróleo (véase Gráfico ix en Anexo), que ha coincidido con el apogeo de su gobierno. Sin embargo, lo que no necesariamente está relacionado con el precio del petróleo es el direccionamiento del gasto, centrado en los ya analizados: ‘seguridad social’ y ‘desarrollo social y participación’.

**Gráfico 22. Déficit y superávit del gobierno en Venezuela, 1970-2000**

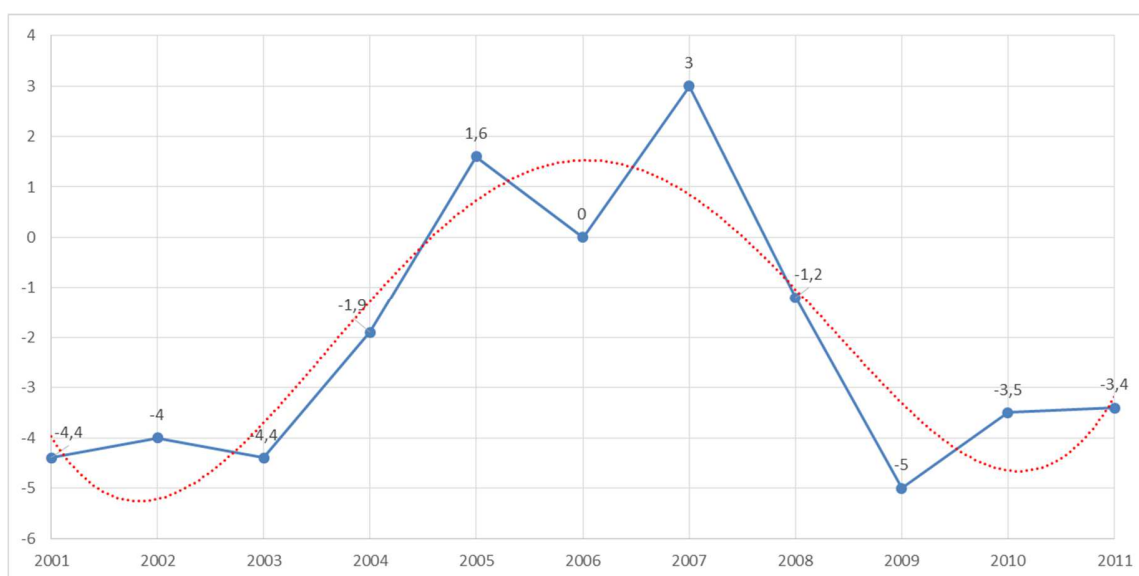


Fuente: elaborado en base a MOXLAD, Base de datos de Historia Económica de América Latina Montevideo-Oxford. Disponible en: <http://moxlad.fcs.edu.uy/es/basededatos.html>. Millones de Bolívars de 1970. Con línea de tendencia. Con línea de tendencia.

En lo que respecta a las arcas de Estado, el Gráfico 22 indica que hay una oscilación entre déficits y superávits venezolanos a lo largo de los 30 años de la serie, con una tendencia de largo plazo al aumento del déficit. De modo que los déficits de los años 1999 y 2000, a

comienzos del gobierno de Chávez, además de ser comparativamente de menor cuantía que muchos de los observados en la serie, no pueden ser necesariamente adosados a su gobierno ni a su política económica de los primeros años. Además, se podría sostener que los déficits de los años ochenta están influidos en parte por la Crisis de la Deuda en conjunto con las políticas de ajuste estructural ya mencionadas en el Capítulo 9. Pero también las razones de estas oscilaciones con tendencia a la baja pueden estar asociadas con una de las principales particularidades de la economía venezolana: su petróleo dependencia.

**Gráfico 23. Resultado Global Fiscal en Venezuela, 2001-2011**



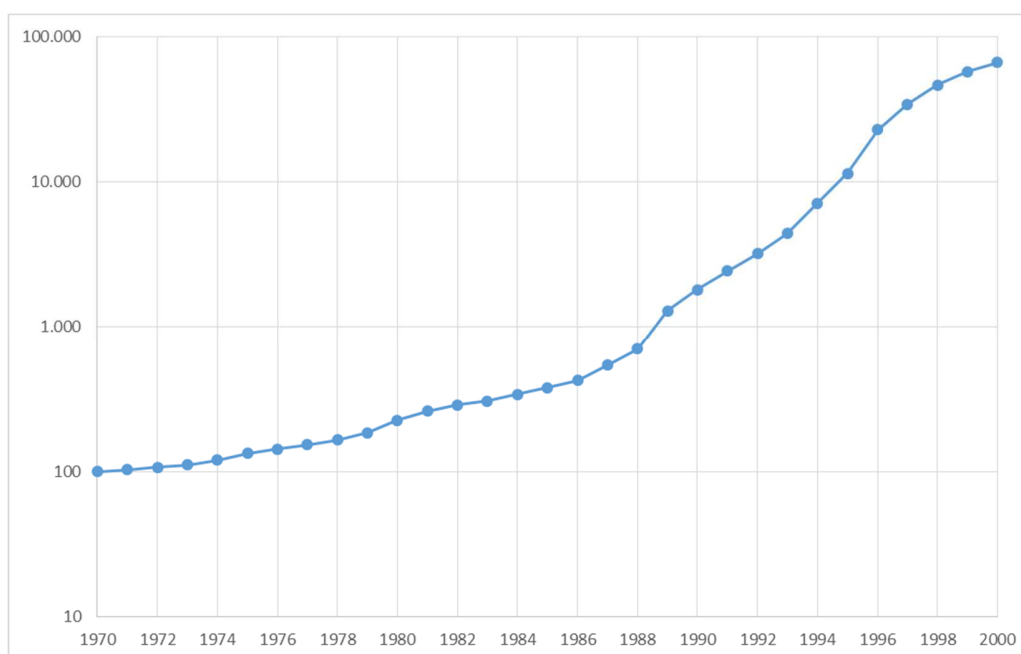
Fuente: Estudio Económico de América Latina y el Caribe, 2009-2010 y 2011-2012, página 7 y página 7, respectivamente. Disponible en: <http://www.eclac.cl/publicaciones/>. El indicador corresponde a los Ingresos totales menos gastos totales del gobierno central como porcentaje del PIB. Con línea de tendencia polinómica de orden 4.

El Gráfico 23 muestra los déficits y superávits del gobierno en Venezuela durante el chavismo, mediante el resultado fiscal total, que consiste en el saldo entre los ingresos totales menos los gastos totales como porcentaje del PIB. En la serie de 10 años, se observa un comportamiento oscilante: con déficits entre 2001 y 2004, mientras que entre 2005 y 2007 se observan superávits, y nuevamente entre 2008 y 2011 se observan déficits. Este comportamiento oscilante del déficit fiscal permite al menos afirmar que los sostenidos gastos públicos no traen necesariamente aparejado déficit fiscal. Esto indica, además, que los sostenidos aumentos de los gastos sociales son realizados de forma independiente a las

oscilaciones del déficit fiscal. Nuevamente se puede sostener que las causas de esta oscilación estarían más relacionadas con la variación de los precios del petróleo.

Asimismo, a diferencia de lo descrito en los ciclos económicos populistas clásicos, en que el peronismo parece ser su principal ejemplo, el déficit público venezolano, en los años más recientes de la serie, ha sido financiado por endeudamiento, tanto interno como externo. En efecto, por ejemplo, con endeudamiento interno se financió en 2009 principalmente, mientras que con endeudamiento externo lo hizo en 2011 (CEPAL, 2010 y 2012).

**Gráfico 24. Inflación en Venezuela, 1970-1998**

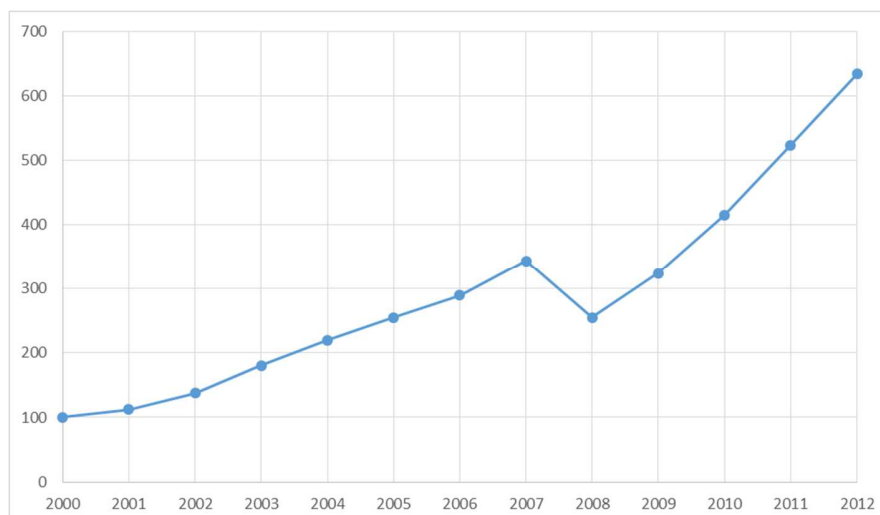


Fuente: elaborado en base a MOXLAD, Base de datos de Historia Económica de América Latina Montevideo-Oxford. Disponible en: <http://moxlad.fcs.edu.uy/es/basededatos.html>. El valor 100 corresponde al año 1970 y con base logarítmica 10, con el objeto de suavizar el crecimiento de la curva ascendente de inflación para este período.

Al observar la inflación, que sería la consecuencia esperada de los ciclos populistas, en Venezuela se observa que no es propia del chavismo. Por el contrario, la evidencia que presenta la serie en el Gráfico 24, indica que la inflación en Venezuela creció fuertemente en décadas previas. En efecto, entre 1970 y 1989 aumentó más de 10 veces, y entre 1990 y 1995 alrededor de otras 10 veces.

Y si bien tampoco se puede hablar de que existe una baja inflación en el gobierno de Hugo Chávez<sup>132</sup>, el Gráfico 25 muestra que, en un rango de 13 años, la inflación creció poco más de 6 veces, lo cual representa una menor tasa de crecimiento que la observada durante la década de los noventa, hacia el final del Pacto de Punto Fijo.

**Gráfico 25. Inflación en Venezuela durante los gobiernos de Hugo Chávez, 2000-2012**



Fuente: United Nations Conference on Trade and Development. Disponible en: <http://unctadstat.unctad.org>. El valor 100 corresponde al año 2000.

La política económica durante el chavismo, y considerando solamente el período que corresponde a los años durante el cual aún estaba vivo Hugo Chávez, presenta la característica esencial del populismo en su dimensión estructural, es decir, la fuerte tendencia hacia el gasto populista, pero focalizada, básicamente, en el gasto social del gobierno, tanto hacia el bienestar del pueblo como a su organización. Sin embargo, el chavismo no se condice con los criterios de los ciclos populistas propuestos previamente por los teóricos de la macroeconomía del populismo, como son: financiamiento de los déficits fiscales a través de la emisión de moneda, o los persistentes procesos de hiperinflación.

En consecuencia, como inferencia de la observación comparada de estos tres casos, se puede sostener que la característica primordial del populismo estructural, en su dimensión de la

<sup>132</sup> En efecto, la inflación venezolana llega a un valor de 634,1 en el año 2012 con base 100 en 2000, mientras que naciones industrializadas como Alemania (121,5), EE.UU. (133,3), Japón (97,1) y Reino Unido (132,2) alcanzan comparativamente bajísimos niveles de inflación en ese mismo año 2012.

política económica, es un gasto social particular como el que se ha descrito hasta acá. Mientras que la hiperinflación o la impresión de papel moneda para financiar los déficits fiscales, serían características más propias del peronismo. Entonces, tanto en el peronismo como en el chavismo se puede sostener la existencia de una fuerte consagración del vínculo populista a través de las acciones de gasto, puramente festivo –el derroche del primer peronismo– o focalizado en la provisión de bienestar y organización de las bases sociales –financiar bienestar y corporativismo como es propio del chavismo–; son ambos, entonces, claros ejemplos de populismos totales, es decir, discursivos y estructurales, políticos y económicos, aunque cada uno con sus propias particularidades. Lo anterior se diferencia del varguismo, donde no se encuentran acciones de gasto intensas y persistentes durante sus dos períodos de gobierno. Así, su forma de validación del vínculo social no se pudo sostener solamente con breves etapas breves de gasto, lo que sería propio del vínculo populista, sino que debió implementar también intensas acciones político-administrativas no financieras, las que son más propias de un vínculo social institucional.

## CONCLUSIÓN



## **CAPÍTULO XV. EL POPULISMO LATINOAMERICANO**

En este punto del texto, resulta pertinente subrayar algunas de las distinciones que fueron utilizadas para abordar la investigación del populismo latinoamericano:

### **i) Distinción entre unidad de análisis y unidades de observación.**

La exposición hasta acá realizada, asume la distancia que existe entre la unidad de análisis y las unidades de observación. Como se indicó en el Capítulo 1, la primera corresponde al vínculo social populista, es decir, es el modelo mismo de integración social al cual hace referencia el concepto. En cambio, como esta relación entre líder y seguidores no se presenta de suyo transparente al investigador, es que se requiere de las unidades de observación, que son las manifestaciones concretas del vínculo populista en los casos analizados, que en su conjunto permiten acceder al conocimiento empírico del fenómeno.

Asimismo, con el término populismo se hace referencia tanto al vínculo social mismo, entendido acá como la unidad de análisis, así como a todas sus manifestaciones observables. En este sentido, han sido utilizados los términos populismo peronista, varguista o chavista, en relación al tipo de régimen de gobierno que se erige; o bien se puede ocupar el término adjetivando a otros conceptos para representar así que se trata de formas concretas de manifestación del fenómeno y de elementos constitutivos del populismo: líder populista, movimiento populista, partido populista o Estado populista.

### **ii) Distinción entre variables explicativas y características**

Se ha efectuado la distinción entre las variables explicativas y las características del populismo, la cual resulta necesaria para poder implementar una propuesta histórica-comparada del fenómeno. Sin embargo, el comportamiento de ciertas variables que en períodos previos al populismo contribuyen a explicar el surgimiento del fenómeno, mientras que durante el populismo, por la forma que adquieren, se convierten en una de sus



características. Por ejemplo, esto corresponde a los actores sociopolíticos como la Iglesia o el movimiento obrero, al igual que al sistema de partidos políticos. Lo anterior habla de cierto grado de recursividad entre variables explicativas y el contexto del fenómeno del populismo, lo cual es presumible de observar en estudios de causalidad compleja como el acá desarrollado.

### iii) Distinción entre orígenes y causas

Se ha distinguido también entre los orígenes y causas del populismo. Los primeros corresponden a los inicios culturales del fenómeno, ubicados en un pasado más lejano, particularmente durante la Colonia, donde se produce la construcción del *ethos* al cual se ha hecho referencia. Mientras que las causas son aquellos hechos contingentes que gatillan la manifestación de este *ethos* que se concreta bajo la forma del vínculo social populista. Estas causas están referidas, básicamente, a una crisis del orden social antecedente, debido a las restricciones a la participación política que presenta, así como con un acceso exclusivo a los beneficios y riquezas. Esta crisis, que no solo hace referencia a la de comienzos de siglo o crisis oligárquica, sino también a las posteriores, que fueron producto de una elite que se clausuraba sobre sí misma. Así, estas se constituyeron, en definitiva, como crisis de integración social que el populismo enfrenta bajo la égida de la presencia.

Estas tres distinciones están a la base del método de investigación y son las que permitieron implementar el análisis histórico-comparado de los tres casos de populismo acá estudiados. Asimismo, a través de la aplicación del análisis, surgen diversas conclusiones, las cuales se exponen en el apartado siguiente.

## 1. PERONISMO, VARGUISMO Y CHAVISMO EN PERSPECTIVA COMPARADA

La decisión metodológica inicial fue seleccionar casos que, en general, fueran similares, utilizando como contraste otro caso que no fuese estudiado con la profundidad de los primeros y que sirve, principalmente, para destacar las variables explicativas del populismo. Así, luego del análisis realizado en los capítulos anteriores, se pueden sostener tres premisas

comparativas: que en los casos centrales se desarrolla un mismo fenómeno; que las diferencias encontradas entre estos responden más bien a matices que definen diferentes grados de populismo y que dan origen a una tipología populista, en vez de tratarse de fenómenos diferentes; y que los populismos –los acá analizados, así como otros posibles– potencialmente tienen un origen cultural común desarrollado durante la Colonia. A su vez, estas tres premisas permiten postular un modelo secuencial comparativo del populismo latinoamericano.

### **A) Un fenómeno social latinoamericano**

El primer ámbito comparativo establece la explicación del porqué estos casos son populismos latinoamericanos, analizados desde sus causas inmediatas y no desde sus orígenes. Esto correspondería a lo que se denominó como comparación generalizadora. Así, el análisis de los casos centrales, en conjunto con el caso contrastante de Chile, permitió destacar de forma más clara las variables explicativas temporalmente cercanas.

Las causas del populismo que configuran la crisis del orden social previo en los casos analizados son cuatro:

- i) Las condiciones demográficas propicias son una causa que se encuentra más relacionada con los casos temporalmente más lejanos de populismo: el varguismo y el peronismo; los cuales, a pesar de la distancia temporal entre ellos –el varguismo surgió iniciada la década del treinta y el peronismo a principios de los años cuarenta–, se desarrollan en épocas similares, posterior a grandes procesos inmigratorios. Estas masas de población vienen a copar las grandes urbes y también a nutrir las agrupaciones sindicales durante el cambio de siglo, y que luego el populismo coopta.
- ii) Los tres casos corresponden a países con economías abiertas a los capitales extranjeros, en que la distancia temporal no es un factor distintivo entre los casos. No obstante, la Gran Depresión y la crisis económica inherente al sistema oligárquico, aquella que puede ser rastreada por el deterioro sostenido de los términos del

intercambio, es exclusiva del varguismo y del peronismo; pero en los años ochenta, Venezuela y su singular economía basada en el petróleo, vivieron una situación análoga conocida como la Crisis de la Deuda, la cual se sumó a otros dos factores que potenciaron una sostenida crisis económica en el país: i) la caída del precio del petróleo; y ii) los paquetes de ajustes neoliberales ejecutados por los gobiernos puntofijistas, que se aplicaron hasta bien entrada la década de 1990.

- iii) El sistema de partidos políticos y el ensanchamiento de la participación electoral sufren importantes cambios. En todos los casos, los sistemas de partidos comienzan a perder grados de institucionalidad, o bien, conservaron un nivel de institucionalidad bajo, pero con la llegada del populismo el sistema de partidos se configura de forma radicalmente diferente y, al menos con la irrupción populista, el grado de institucionalización se deteriora aún más. A su vez, con el populismo la participación electoral aumenta dramáticamente, lo cual también es favorecido con normativa acorde a los aumentos en dicha participación.
- iv) Al populismo lo precede una creciente debilidad de los sindicatos, los que luego son cooptados por el Estado populista, mientras que la Iglesia católica, asociada a los sectores oligárquicos, se mantiene en posiciones conservadoras respecto del progresismo que representan los populismos. En particular, el peronismo se abanderó del socialcristianismo, mientras la Iglesia se mantuvo en una posición conservadora asociada a las clases altas bonaerenses; en cambio Vargas jugó varias estrategias con los sectores que componían la Iglesia, la cual devino entre grupos fuertemente conservadores y otros claramente progresistas, a estos últimos Vargas los incorporó al Estado. Donde el populismo de Vargas sí fue muy fuerte, fue respecto del corporativismo implementado en los sectores del trabajo formal y los sindicatos. El peronismo también fue muy intenso en la cooptación de las centrales sindicales, como fue el caso de la CGT; no obstante, el chavismo no fue lo suficiente presto en controlar a los sindicatos, ello queda demostrado con el golpe de Estado y el paro petrolero de 2002, en el cual participaron asociaciones de trabajadores vinculadas principalmente a AD, pero luego de ello el gobierno de Chávez se impondría certeramente en el mundo laboral. No obstante, en lo que el chavismo sí fue más efectivo desde un

comienzo, tuvo que ver con posicionarse en el lado más progresista del cristianismo, buscando asociar a la jerarquía eclesiástica venezolana con la ‘oligarquía’ del Pacto de Punto Fijo.

Sumados a estos factores que configuran una crisis, el populismo para surgir requiere de un líder con un proyecto populista. A esto último se le ha denominado como factor catalizador, es decir, como el momento de la agencia que propulsa el cambio social en el contexto de las causas inmediatas. Aunque, desde otra perspectiva, podría darse la existencia de un liderazgo en ausencia de algunas de estas causas previas, las cuales, en su singularidad, son contingentes debido a su carácter histórico. Solamente si estas causas en su conjunto logran configurar una crisis, se convierten en una agregación causal necesaria para explicar el populismo. El motivo de ello radica en que podría ocurrir que, en otros casos de populismo, las causas podrían ser otras y no estas las que configuren una crisis y contribuyan al surgimiento del fenómeno.

En relación a la variable dependiente, el desarrollo del populismo implementa una serie acciones políticas para concretar su vínculo social, las que pueden congregarse en la noción de corporativismo estatal. Así, el populismo enfrenta y logra el control heterónomo de diversos actores sociopolíticos como: los partidos políticos, la Iglesia, los sindicatos, los medios de comunicación, entre otros. Lo cual puede ocurrir mediante diversos recursos institucional-legales o a través de la potencia del liderazgo en sí mismo, o ambas. Sin embargo, detrás de ello está la tensión entre presencia e institucionalidad, es decir, con la irrupción del populismo se debilita fuertemente la institucionalidad existente, mientras que la institucionalidad se impondría cuando la presencia es debilitada. Pero si bien el populismo es eminentemente presencia, al igual que lo es el patrón en la hacienda, el líder populista es además un liderazgo carismático, lo que le entrega aquella característica de excepcionalidad, de tendencia hacia la renovación y hacia el anti-stat quo, mientras el patrón solo sería presencia sin carisma, es decir, es pura tradición. A pesar de ello, el liderazgo populista tiende a la rutinización, bajo la fundación de referentes partidistas que se extienden más allá de la presencia del líder. No obstante ello, mientras exista el líder, este utilizará mecanismos para

superar las limitantes de la presencia en el contexto de la gran ciudad latinoamericana, como pueden ser los medios de comunicación y las redes de apoyo.

Por esta razón, el líder populista y sus círculos más cercanos se embarcan en la formación de redes que sustenten al liderazgo, ya sea como preparativo para la conquista del poder, así como durante el gobierno para la consolidación del régimen. Asimismo, se observó en los tres casos que las redes de apoyo que sustentan al populismo padecen de un tránsito recurrente, esto es: desde redes de apoyo militar previo a la conquista del poder, hasta redes de apoyo sindicales una vez en el poder. Cuestión que es especialmente cierta para el caso de Argentina y Brasil. En ambos casos, se transitó desde el sustento militar al de los sindicatos, en tanto forma de consolidación de un fenómeno de masas que es el populismo. Mientras que por el lado del chavismo, si bien claramente se apoyó en el ejército, no transitó hacia su consolidación como fenómeno de masas a través de los sindicatos, sino que lo hizo más bien a través del ‘pueblo’, es decir, aquellos sectores históricamente excluidos de los beneficios, los trabajadores informales, o los pobres en general. Así pues, como la organización de estos sectores no se estructuraba a través de las clásicas formas asociativas del trabajado formal, ya sea por mutuales o por sindicatos, la organización se originó directamente desde el Estado, y en Venezuela adquirió en un comienzo la forma de los Círculos Bolivarianos. Pero, a diferencia de lo sucedido en Argentina y Brasil, hasta el día de hoy el apoyo del ejército al gobierno chavista no ha desaparecido, sino que se consolidó. Por lo mismo, es posible observar que la denominación ‘golpe blando’<sup>133</sup> ha hecho referencia a una serie de acciones para derrocar al chavismo, pero que no cuentan con el apoyo del ejército.

En cuanto al discurso populista, básicamente los tres casos responden a las cuestiones esenciales: sacralización del pueblo y los trabajadores, demonización de la oligarquía, la necesidad de cambios radicales para el progreso de la nación, entre otros aspectos. Sin embargo, la intensidad del discurso en Chávez, y secundariamente en Perón, es superior a la que se encuentra en Vargas, más aún cuando los dos primeros sí establecen en su discurso la necesidad de implementar acciones de gasto en función del bienestar del pueblo, cuestión

---

<sup>133</sup> La noción de golpe blando ha sido utilizada para denominar las reacciones desestabilizadoras de 2014 que ha sufrido el gobierno de Nicolás Maduro, ya sea por las críticas principalmente de y a través de los medios de comunicación, así como mediante protestas callejeras conocidas como ‘guarimbas’.

que en Vargas está ausente. Mientras que también estas acciones discursivas sí se traducen en acciones de política económica concreta para el peronismo y el chavismo. Por ello es que se observan sostenidos aumentos del gasto dirigido directamente a las clases trabajadoras. Pero en el peronismo es propiamente un gasto festivo, es decir, uno que desoye las consecuencias de la economía moderna y se centra exclusivamente en la función social del gasto relacionada con concreción del vínculo populista; en cambio, en el chavismo, el gasto social, aunque también está dirigido hacia un aumento de provisión de bienestar para los sectores más desfavorecidos, denota una mayor preocupación de las limitantes monetarias y además se centra, especialmente, en la promoción y organización social de las bases, es decir, financia la organización corporativista de las diversas redes de apoyo chavista, lo cual se convierte en una muy efectiva fórmula para consolidar el vínculo social entre el líder y sus seguidores. Sin embargo, ambos casos, si bien con matices, difieren del varguismo, durante el cual las acciones se dirigen más bien al estímulo de la industrialización. La abundancia en el Brasil de Vargas se puede encontrar en la exuberante legislación laboral y sindical promovida cuando hubo ausencia de gasto, lo cual es un claro acento en la institucionalidad, mas no en la presencia. Así y todo, se identificaron períodos plenamente populistas en el varguismo hacia el final de cada uno de sus gobiernos, si bien breves, permiten dar cuenta de un caso positivo de populismo. Esta situación del varguismo da cuenta de forma más clara de la tensión entre presencia e institucionalidad, de modo que cuando Vargas, por ejemplo durante el *Estado Novo*, abandona la opción autoritaria y centrada en la creación de legislación que protege a los trabajadores, y se abre a la posibilidad de formación de un partido, emerge la opción de establecer un vínculo populista sustentado en acciones estatales de gasto.

La importancia del gasto como elemento constitutivo del populismo queda de manifiesto al observar que los procesos hiperinflacionarios pueden estar ausentes como consecuencia del régimen populista. De modo que resulta una labor necesaria para las investigaciones económicas ajustar los modelos cíclicos del populismo, poniendo el foco más en el gasto que en la inflación o incluso que en los déficit fiscales. Por ejemplo, la evidencia para Venezuela muestra que estuvo lejos de financiar su déficit con la impresión de papel moneda, ni tampoco ha caído en un sobreendeudamiento externo por financiarlos, como ocurrió en el período de

la Crisis de la Deuda. Entonces, cabe preguntarse si ¿es tan central focalizarse en el aspecto inflacionario de la economía, toda vez que los niveles son comparativamente mucho más bajos que los de las dos últimas décadas del Pacto de Punto Fijo? En este sentido, pareciera ser que el acento en la inflación o hiperinflación es una cuestión más exclusiva del peronismo, mas no es una característica fundamental de los populismos comparados en esta investigación.

### **B) Tres tipos de populismos**

El segundo ámbito comparativo corresponde a la definición de una tipología que contribuya a explicar las diferencias entre los casos. Esto corresponde a lo que en un principio se indicó como una comparación individualizadora. Siguiendo a Bendix, cabe subrayar que son populismos porque poseen aspectos esenciales al fenómeno, y que tienen que ver con: la existencia de un liderazgo anti-stat quo, tanto en lo discursivo como en lo estructural, buscan el control heterónomo o corporativista de diversos sectores y actores sociopolíticos anteriormente relevantes, e implementan, en mayor o menos medida, gastos sociales desde el Estado para consolidar el vínculo social. Dicho esto, las características de los tres tipos son:

- a) Peronismo. Es propiamente tal un populismo total, en la medida que responde a todos los criterios acá considerados, tanto en lo que respecta a las causas y características, así como a factores estructurales como discursivos; y además se adecúa a las propuestas de ciclos populistas que terminan en debacles inflacionarias<sup>134</sup>.
- b) Chavismo. El populismo chavista tiene muchas similitudes con el populismo total del peronismo, pero, además de estar a una amplia distancia histórica con este, no ha padecido de las limitantes estructurales, económicas y políticas que sufrió el primero.

---

<sup>134</sup> Ciclos que están basados, en gran medida, en esta misma experiencia.

- c) Varguismo. Este populismo es, comparativamente, un ‘populismo tenue o suave’. Si bien hubo un fuerte corporativismo estatal, no hubo acciones sostenidas y permanentes de gasto por parte del Estado, mientras que se priorizó el aspecto de la industrialización. Además, padeció la tensión entre presencia e institucionalidad, sin imponerse claramente la primera respecto de la segunda.

Ahora bien, ¿qué causas explican las diferencias de los tipos de populismos que estos tres casos representan?

En primer lugar, en relación a la diferencia entre peronismo y chavismo, se observa que este último no cayó en crisis hiperinflacionarias, debido a la particularidad de su economía, la cual está basada en la renta petrolera que, a partir del 1998, ha tenido crecientes precios del crudo, es decir, tuvo recursos para financiar gastos crecientes. Asimismo, y a diferencia del peronismo –pero también del varguismo– el caso del chavismo supo mantener el apoyo del ejército, a pesar del golpe de Estado que sufrió, el cual fue apoyado solamente por algunos sectores del alto mando de las fuerzas armadas. Posterior a ello, el ejército ha demostrado lealtad con el régimen de gobierno. Ello convierte al chavismo en un populismo comparativamente más exitoso, debido a que no ha sido derrocado por el ejército ni ha quebrado la economía en el período estudiado, es decir, los gastos no han implicado hiperinflación ni déficits agudos en el período estudiado.

En segundo lugar, surge la pregunta por lo tenue del populismo de Vargas. La causa radica en la influencia que tuvo el positivismo en Brasil, y particularmente en Rio Grande do Sul, que es el estado desde el cual se proyecta el liderazgo de Getúlio Vargas. Así, el positivismo, que caló hondo en el pensamiento del líder *gaúcho*, inspiró los énfasis en la industrialización así como en el autoritarismo que caracterizaron a su primer período, por ello también es que este fue principalmente dictatorial. De esta forma, el populismo solo pudo emerger de forma breve hacia el final de su primer mandato, bajo lo que se conoció como *queremismo*, que vino a poner por sobre el aspecto institucional-normativo –representado por la *Consolidação das Leis do Trabalho*–, al aspecto presencial, vinculando de modo populista al líder con sus seguidores. De ahí en más, durante su segundo período de gobierno, también se observa una



vinculación populista poco antes de su muerte, la cual se sostuvo por acciones de gasto crecientes.

### **C) Un origen común**

Finalmente, la explicación del surgimiento de los populismos asociados a los orígenes coloniales es una tercera dimensión de análisis. La conformación del *ethos*, que aporta el sustrato cultural al populismo latinoamericano, se da en períodos pretéritos que se desencadenan con el Descubrimiento de América. Las condiciones iniciales –que son la predisposición particular de las civilizaciones que se encuentran y enfrentan–, así como las trayectorias de dependencia históricas desarrolladas durante la Colonia, junto con el fracaso de las refundaciones vinculadas al liberalismo decimonónico, constituyen la cadena de eventos históricos que se entrelazan para establecer un tipo de cultura particular de América Latina. Así, respecto de estos orígenes vinculados con el modelo hacendario en general<sup>135</sup>, se puede sostener que son comunes a toda la región latinoamericana y constituyen el núcleo presencial de la integración social. Pero también se identificaron ciertos orígenes focalizados del populismo que rescatan aquel carácter antioligárquico y desestabilizador, es decir, el aspecto excepcional y de anti-statu quo. Estos sectores serían las zonas de frontera eminentemente ganaderas, donde haciendas de cría de animales y pueblos de hombres a caballo que las circundan, tuvieron una relación bastante compleja en ciertos períodos de la Colonia, e incluso posterior a la Independencia. De la observación de estas zonas de frontera en Sudamérica, se distinguen tres regiones que estuvieron marcadas por la formación de sujetos que propiciaron este sentimiento antioligárquico: el llanero en Venezuela, el gaucho en Argentina, y el *gaúcho* en Rio Grande do Sul. Pudiera creerse que, por coincidencia territorial, es más probable que los populismos surgirían en aquellos países y regiones, sin embargo, en términos de las trayectorias de dependencia históricas, el origen focalizado de la dimensión antioligárquica del *ethos* no necesariamente señalaría a aquella zona con posibilidades de aparición del populismo, toda vez que los aspectos culturales difícilmente pueden quedar constreñidos por límites político-administrativos o fronteras nacionales, que

---

<sup>135</sup> Ya sea en sus dimensiones del trabajo tributario y modo patrimonialista de vinculación de los súbditos con la corona que, a su vez, representa el todo social; y la evangelización con acento ritual.

además, en el tránsito desde la Colonia a las repúblicas, fueron laxos y sufrieron transformaciones<sup>136</sup>. En este sentido, son más bien las causas del pasado reciente, las que provocarían la aparición del fenómeno en el espacio público, que la cultura ha conservado latente. No obstante, aunque las trayectorias de dependencia culturales no permiten explicar puntualmente el surgimiento de determinados populismos, sí contribuye a explicar por qué puede surgir un mismo fenómeno en países distintos de una misma región, pero separados de forma temporal por más de 50 años. Los casos de Perón y de Chávez están indicando que el factor cultural está latente aguardando a ser gatillado, mientras que las causas concretas más cercanas en el tiempo que provocarían su aparición pueden, evidentemente, diferir de entre los casos.

Ahora bien, de todas formas se podría sostener que, al observar el caso de contraste, la variable cultural podría explicar el motivo de por qué en Chile no surgió populismo, es decir, debido a la comparativamente más baja existencia de haciendas ganaderas en el territorio durante la Colonia. Sin embargo, dentro de la región, si se asume la premisa de que Uruguay podría ser también un caso negativo de populismo, pero con un pasado colonial marcado por el desarrollo de la ganadería y por el surgimiento de caudillos independentistas, se podría desechar aquella capacidad explicativa focalizada del populismo por las haciendas ganaderas. En consecuencia, la conclusión que se desprende es la ya planteada: el carácter cultural se construye en las haciendas latinoamericanas, con gran relevancia de la agrícola que propicia una integración social a través de la esfera de la presencia, pero también de la hacienda ganadera, donde se gesta aquel sentimiento anti-statu quo singular y que rebasa las zonas concretas donde se gesta.

---

<sup>136</sup> Sin duda que un análisis a nivel institucional, que relacione a factores coloniales con desarrollos resultantes poscoloniales como el de Mahoney (2010), puede ser más adecuado, debido a que el objeto analizado son instituciones concretas creadas en territorios específicos que tienen efectos sobre esos mismos territorios, mientras que el factor cultural parece tener una naturaleza diferente que, independiente de las zonas donde se origine, puede traspasar fronteras políticas y penetrar zonas contiguas, como bien se observa en las zonas rioplatense y riograndense.

#### **D) Hacia un modelo secuencial comparativo del populismo latinoamericano**

Como ya se ha señalado, esta investigación se enmarca dentro del análisis histórico-comparado, que forma parte del *comparative secuencial method*. Esto implica, entre otras cosas, que la selección de casos que se realizó puso énfasis en la variable dependiente, es decir, fue necesario seleccionar casos positivos de populismo, pero también se seleccionó un caso negativo de populismo para destacar, precisamente, las cualidades y los efectos causales de las variables explicativas dentro de los casos populistas. Este enfoque ha sido clasificado dentro del tipo *causes-of-effects*, es decir, que pretende conocer las causas sobre un determinado fenómeno que ya ha sido identificado, a diferencia del enfoque *effects-of-causes*, donde lo que se busca es conocer el impacto que pueden tener determinadas causas, y que es más propio de análisis cuantitativos y estadísticos (Goertz y Mahoney, 2012: 41-44). En este sentido, mediante este enfoque, que es intensivo en el análisis de muchas y complejas causas, es pertinente trabajar con muestras pequeñas de modo de hacer viable la investigación.

Asimismo, lo que se buscó con en esta investigación fue ir más allá de la sola caracterización de la relación causa y efecto, sino que se avanzó hacia el establecimiento de ‘mecanismos causales’ (Goertz y Mahoney, 2012: 100). Esto significa explicar cuál es la relación más precisa de lo que ocurre entre las variables explicativas y el populismo. De modo que la descripción del mecanismo causal tendría como objetivo develar aquellas relaciones concretas que se pueden establecer entre la causa más inmediata y su resultado, las que muchas veces se dan a un nivel micro de análisis, en que la unidad de observación pasan a ser individuos y no exclusivamente estructuras (Hedström y Swedberg, 1998: 13; Falletti y Lynch 2009: 1146-1153; Mahoney, 2001: 577-581). En definitiva, en esta premisa se basa la decisión de construir narrativas de hechos concretos a nivel de los sujetos para conocer qué es lo que conecta a las variables. Lo cual se desarrolló, principalmente, entre los capítulos 11 a 14.

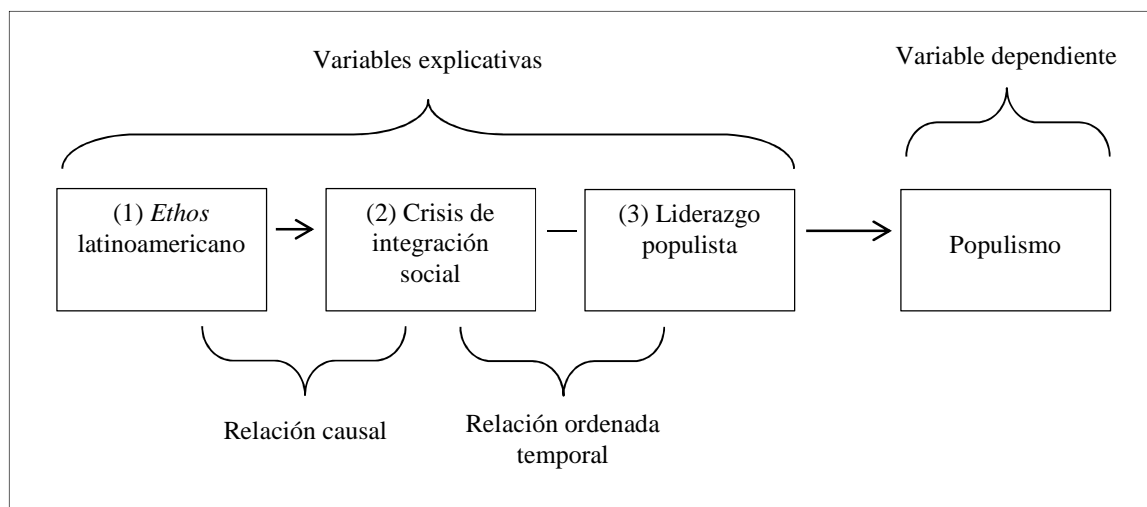
Otro aspecto a considerar dentro del método comparativo secuencial tiene que ver con cuáles serían las condiciones de alcance (*scope conditions*) para la generalización. Al respecto Thelen (2002: 96) sostiene que se debe avanzar desde la definición de condiciones de alcance

para las teorías excesivamente concretas en el tiempo y espacio que carecen de generalidad, hacia formulaciones más abstractas en que un factor  $x$  provoca un resultado  $y$ ; pero también ir desde proposiciones excesivamente generales hacia formulaciones más precisas de relaciones causales que pueden ser objeto de investigación empírica adicional. De esta forma, el modelo secuencial comparativo que se propone más adelante busca encontrar este punto intermedio entre exceso de generalidad y exceso de especificidad.

Junto con el objetivo anterior, se intentó superar el enfoque comparativo clásico de Mill, pero no respecto de la formulación inicial de la lógica de comparativa, sino más bien en su aspecto del tratamiento posterior de las variables explicativas. En efecto, el método milliano reconoce solamente un funcionamiento ‘sin interacción’ de las variables explicativas, es decir, lo que se conoce como el modelo ‘aditivo-lineal’ (Goertz y Mahoney, 2012, 177-226). Sin embargo, lo que se observa en esta investigación es más bien una causalidad combinada (Ragin, 1987; Goertz y Mahoney, 2012: 56-58), de modo que la explicación del fenómeno solo se puede sostener con la presencia de variables que funcionan conjuntamente. De igual forma, otro aspecto que se deja notar una vez que se supera el modelo aditivo-lineal, tiene que ver con la equifinalidad o ‘causación múltiple’ (Goertz y Mahoney, 2012: 58-60). Esto ya fue señalado en el Capítulo 9, y dice relación con que diferentes causas pueden contribuir a provocar un mismo fenómeno. Asimismo, están transversalmente presentes los criterios de necesidad y suficiencia de las variables explicativas, que son otra consideración analítica para poder postular un modelo secuencial comparativo (Goertz y Mahoney, 2012: 19-25).

En consecuencia, buscando una respuesta más óptima para la pregunta sobre qué provoca el fenómeno definido acá como populismo, se propone un modelo explicativo de secuencia comparada que es posible observar en la Ilustración 5 a continuación.

**Ilustración 5. Modelo secuencial comparativo del populismo latinoamericano**



El modelo secuencial comparado del populismo latinoamericano, potencialmente generalizable a otros casos dentro de la región, reconoce tres grandes eventos de la cadena histórica o variables explicativas que están a la base del fenómeno, los cuales separadamente son necesarios entre sí, pero solo en su conjunto son suficientes para explicar el fenómeno.

El primero de ellos es el *ethos* en cuanto variable explicativa primera y ubicada en tiempos más remotos, que se compone de la dimensión tributaria y/o de referencia al conjunto de la sociedad bajo un modo patrimonialista de gobierno de las colonias en América Latina; junto con la dimensión ritual proporcionada por la religiosidad cültica que desarrolla; y el aspecto antioligarca de las zonas donde se fundaron haciendas ganaderas. Esta conjunción de variables, que representan metodológicamente una causalidad combinada, es lo que se ha definido como *ethos* u origen cultural del populismo en América Latina, que transita de forma persistente –aunque por períodos latente– desde la Colonia hasta la actualidad.

El segundo corresponde a la presencia de una crisis del orden o integración social precedente al populismo. En todos los casos positivos de populismo analizados, se observa el desarrollo de crisis económicas y políticas por las restricciones tanto a la participación política como a los beneficios por la exportación de materias primas, las que poseen características distintivas y diversas en cada caso. En efecto, el tipo concreto de crisis que afectó a Brasil y Argentina

por un lado –ambos casos más cercanos temporalmente–, y a Venezuela por otro, cumplieron la misma función de contribuir al surgimiento del populismo. Esto quiere decir que los sucesos que componen las crisis en cada caso son meramente contingentes en su singularidad histórica, es decir, son hechos que no son ni necesarios ni suficientes para explicar el populismo. No obstante, la agregación de estos sucesos singulares, para cada caso, configura una crisis, es decir, emerge un nivel cualitativamente diferente de fenómeno causal, que sí se convierte en una variable necesaria –aunque insuficiente si se la considera aislada– para explicar el fenómeno.

Finalmente, cabe mencionar al liderazgo populista que actúa como reacción a dicha crisis e instauro el populismo como forma generalizada de vinculación entre líder y seguidores en la esfera de la presencia, legitimada a través de acciones de gasto.

De lo anterior se desprenden dos consideraciones. La primera, tiene relación con que el fenómeno del populismo en América Latina responde a una secuencia comparativa mixta: una secuencia de tipo ordenada temporal entre las variables 2 y 3, y una causal entre las variables 1 y 2 (Falleti y Mahoney, 2015). Es decir, la variable 2 o el evento de la crisis y la variable 3 o el evento del liderazgo populista no están causalmente relacionados –ni la crisis provoca el liderazgo, ni el liderazgo la crisis–, ni tampoco se podría transformar un liderazgo populista en un populismo efectivo sin responder a una crisis que deslegitime el sistema de integración social precedente. En este sentido, el modelo secuencial indica que es necesaria una crisis previa al desarrollo de un liderazgo populista para poder causar el populismo. En cambio, la relación entre las variables 1 y 2 no es ordenada temporal, sino más bien causal, debido a que la consolidación del *ethos* originario explicaría, a nivel cultural, la crisis de integración social oligárquica. En este sentido, el fracaso del liberalismo es el elemento que da cuenta de esta causalidad, que es posible identificar en la infiltración del *ethos* originario en los intentos culturales refundadores y que se traduce en la forma como las instituciones de tradición europea ilustrada son reformuladas según los patrones culturales dominantes de Latinoamérica. Entonces, la crisis oligárquica, que en última instancia se la entiende acá como una crisis cultural, se explica por la persistencia del *ethos*, de modo que la relación entre las variables 1 y 2 sería eminentemente causal.

La segunda consideración respecto del liderazgo populista como variable explicativa necesaria tiene que ver con la ya señalada importancia del ‘nivel de la agencia’ –y no solo de la estructura– (Thelen y Mahoney, 2010) en la explicación del populismo. Esto es, el nivel de la microhistoria abre la observación a los actores sociales como un factor tan importante como lo pueden ser las grandes estructuras o los amplios procesos sociales, en la explicación de fenómenos de alcance regional latinoamericano. Esta consideración surge gracias a la indiscutible importancia del líder en el modelo secuencial comparativo del populismo. En este sentido, fue ineludible llevar el análisis a un nivel narrativo microhistórico ‘dentro de los casos’ o *within-case analysis*, lo que en los últimos años ha llegado a ser sistematizado bajo el concepto de *process tracing* (Bennet y Checkel eds., 2014; Hall, 2006). La relevancia de establecer narrativas radica en detallar e ilustrar la serie de sucesos que vinculan causalmente la variable explicativa con la dependiente (Falleti y Lynch, 2009). Esta serie de sucesos –mecanismo causal– es lo que está detrás de cada caso y que aporta contenido concreto a las tres variables explicativas agregadas del modelo. Sin embargo, superar los sucesos singulares de cada caso y aumentar el nivel de abstracción, permitió definir eventos que propician la comparación y, en consecuencia, la construcción de un modelo secuencial, comparado y, en consecuencia, explicativo. En conclusión, estas narrativas permitieron develar los mecanismos causales que vinculan de forma más precisa las variables en procesos de causalidad compleja (Falleti, 2006)<sup>137</sup> como el acá postulado.

En esta investigación, si se observa, por ejemplo, la narración histórica de la aparición y desarrollo de los liderazgos populistas, se puede notar la forma cómo se concatena el nivel de las variables explicativas con el nivel de la variable dependiente, es decir, se transita desde la existencia de un liderazgo populista como factor necesario, hacia el desarrollo del populismo como forma de vínculo social que se proyecta desde el Estado. Posterior a ello, aún en un nivel de microanálisis, se desarrolla un estudio de discurso que da cuenta sobre cómo se moldea el populismo a nivel de las ideas o cosmovisiones. Luego se avanza al

---

<sup>137</sup> Falleti hace referencia al sociólogo Ronald Aminzade, quien sostiene, básicamente, que las narrativas permiten comprender el desarrollo de los hechos en el tiempo, de una forma que sea sensible al orden en que se producen los eventos, lo que hace posible explicaciones más ricas y completas, porque envuelve niveles muy concretos de abstracción, logrando observar la forma como operan efectos contingentes de forma más clara. Véase, por ejemplo, Aminzade (1993: 27).

análisis económico, en que se busca, esencialmente, evidenciar la legitimación económica del populismo, que para esta investigación se encuentra en el gasto populista –ya sea con énfasis festivo o con énfasis corporativista–, en este punto ya se ha abandonado el análisis narrativo, y se accede a utilizar indicadores económicos agregados a nivel nacional e internacional para dar cuenta cómo la acción populista, inspirada a través del discurso, puede también provocar cambios a nivel de la estructura social.

## 2. SOCIOLOGÍA DEL POPULISMO LATINOAMERICANO

La sociología en general, y en particular la sociología del populismo, se caracteriza por dar cuenta del cambio social. Es decir, constatar y explicar el tránsito de la sociedad latinoamericana, controlada por aquellos sectores tradicionalmente más conservadores, hacia regímenes políticos de cuño más progresistas y que rompen con sus inmediatamente antecesores. Sin embargo, la novedad que sostiene una sociología del populismo como esta, es que el cambio social es propulsado por liderazgos anti-statu quo que buscan superar el estado de atraso, político y económico, de las clases bajas, pero propiciando una vinculación con sus seguidores que posee una motivación cultural y que se congrega en lo que se ha definido como *ethos* latinoamericano.

Como queda constatado a través de los casos de estudio, en contextos de crisis del orden existente puede surgir un fenómeno como el populismo, dicho de otra manera: se manifiesta el *ethos* más característico de la cultura latinoamericana. Este *ethos*, tal como se describió, corresponde a una trama de valores, símbolos, representaciones, patrones de conducta de las personas, que le entregan sentido a la vida humana. Toda esta serie de prácticas distintivas se encuentran codificadas en un mundo de la vida cotidiana propio de Latinoamérica, el cual se construyó a partir del contacto entre civilizaciones, y que está disponible para toda persona que se presenta en actitud natural, logrando así formar parte de un mundo compartido, de un ‘nosotros’. Y esto, a su vez, se da en el ya definido ámbito de la presencia, espacio en el que se concreta el vínculo social en tanto acción recíproca.



Este tipo de cultura compartida y el vínculo que gesta se legitima en torno, principalmente, al gasto. En el caso de las sociedades arcaicas, al igual que en la hacienda o en el populismo latinoamericano, la donación pone al jefe, al patrón o al líder por encima de los demás, le entrega capacidades cuasi-divinas convirtiéndolo en un redentor. Asimismo, el pueblo es idealizado e identificado con el paradigma del bien y la moralidad. Y para completar la coherencia de esta relación, muchas veces el líder se identifica con el pueblo, como señalara Gaitán: “Yo no soy un hombre soy un pueblo, y el pueblo es mayor que sus dirigentes”.

Sin embargo, también en este vínculo social es posible identificar otras características que facilitan su concreción. En efecto, la figura del patrón hacendario es tanto déspota como protector, un tirano y un padre a la vez; en el populismo, esta figura del líder exagera el aspecto paternal de la figura del patrón hacendario, ya que no solo busca la protección y el mejoramiento de la situación de sus seguidores, también le entrega una esperanza cuasi-salvífica. De modo que no es casualidad que una de las características del discurso populista es la idea de un cambio sistémico presentado como necesario, y que el líder promete garantizar. Esta noción salvífica presente en el populismo, y que ya ha sido indicada por algunos autores, sostiene que el fenómeno proporciona aquel elemento redentor de la democracia, que se opone a lo puramente pragmático y administrativo<sup>138</sup>. En consecuencia, ello ocurre cuando los principios liberales del pluralismo y de las libertades individuales fallan o son insuficientes, como es propio de sociedades oligárquicas, y se ven superados por los principios democráticos de la igualdad y soberanía popular. En estas situaciones, en que surge la glorificación del pueblo, la motivación de los excluidos a participar políticamente se potencia<sup>139</sup>.

---

<sup>138</sup> Como ha sostenido De la Torre, basado en las nociones de Canovan y Mouffe, entre otros autores.

<sup>139</sup> Particularmente, esta noción de salvación o redención del trabajador, del pobre, o en términos generales del excluido, resulta claramente vivenciada por los obreros industriales del ABC –en relación a los municipios de Santo André, São Bernardo do Campo y São Caetano– en São Paulo, en el ocaso del *Estado Novo*, los cuales, si bien eran privilegiados por el auge industrial debido a la guerra, veían su poder adquisitivo decrecer por el más rápido aumento de los precios de los alimentos. Sin embargo, Vargas sostenía la creencia en los trabajadores que la recompensa vendría cuando terminara la guerra: “un exaltado sentido casi milenarista de las posibilidades de cambio se apoderó de los trabajadores del ABC a mediados de 1945. Aunque se desconocía el camino exacto hacia una vida mejor, había pocos obreros que no sintieran que se dirigían hacia un futuro mejor” (French, 1998: 65).

Pero si de la concreción del vínculo populista se deriva una tendencia hacia la idealización del pueblo, la identificación del extraño es un proceso que se funda en una diferenciación maniquea. El enemigo es puesto fuera de este vínculo social por parte del populismo, es decir, como si no formara parte del mundo de la vida cotidiana o incluso de la cultura en que se desarrolla, siendo su motivación impedir el bienestar y progreso del pueblo.

La producción de esta forma de extrañamiento bajo el modelo populista –y por supuesto también en las culturas arcaicas–, consiste en ubicar a alguien fuera del espacio de lo conocido, fuera del ámbito de la presencia en definitiva. Así pues, el extrañamiento ocurre cuando, por ejemplo, alguna de las partes rompe la cadena de reciprocidad en el intercambio de dones, lo cual implicaba, en ciertos casos como el del *potlatch*, una abierta declaración de guerra. En particular el populismo produce el extrañamiento de la oligarquía basado en la no donación de riquezas hacia las clases bajas, en otras palabras, por la negación de compartir los beneficios que el modelo de desarrollo de apertura comercial y de exportación de materias primas entregaba. La no donación de la oligarquía, o bien su negativa a una redistribución más intensiva de las riquezas, es a la que el populismo se opone tenazmente y convierte en uno de sus principales objetivos políticos. Aunque puede resultar paradójico si se nota que la propia oligarquía del siglo XX es la descendiente, en muchos casos, de los antiguos hacendados coloniales. Pero, tanto antiguos hacendados como oligarcas del siglo XX han sido desplazados por el líder populista en su función de reconstruir, o bien recuperar el vínculo social extraviado. Y el proceso que está a la base de este desplazamiento es el denominado ausentismo patronal, que es provocado por la migración permanente campocidad de la oligarquía hacendaria, socavando con ello la capacidad de síntesis de la hacienda, debido a que una de las partes del vínculo ya no está presente. En este sentido, la sustitución que propicia el líder populista es efectiva, ya que resuelve el problema del ausentismo patronal, a la vez que se ubica en el mismo nivel que el hacendado, es decir, en el ámbito de la presencia. Los fundamentos de ello ya fueron planteados en esta investigación y tienen que ver con dos premisas: a) el ausentismo patronal remite a la dicotomía presencia/ausencia no a la opresión/liberación; y b) en el ámbito de la presencia, el discurso o la palabra pierden valor frente al ‘aparecer’ del líder, situación en la cual las palabras –en

tanto portadoras de significado— pierden su efecto como promotoras del vínculo social en su dimensión racional.

#### **A) Los dos momentos de la negación oligárquica al pueblo: la ausencia y la exclusión**

En relación a la primera premisa, los pobres que se conformaron como sector social por los migrantes campesinos desde las haciendas, no persiguieron la emancipación en la ciudad, sino que la búsqueda de la presencia perdida (Cousiño y Valenzuela, 1994: 86). En consecuencia, la ausencia no supondría el quiebre radical del vínculo social, mientras que la opresión sí. Y en particular en América Latina la experiencia opresiva estuvo atenuada<sup>140</sup>, gracias al predominio de la hacienda con sistema laboral de inquilinaje y peonaje. En este sentido, bajo el modelo hegeliano del reconocimiento, la emancipación servil implicaría concientización, sin embargo, en América Latina este modelo careció de fundamento en la medida que los estratos bajos de la ciudad, que migraron desde el campo luego del colapso de la hacienda, buscaron más bien recuperar la presencia perdida. De este modo es que se puede postular la no existencia de condiciones necesarias para la formación de una conciencia de clase obrera. Lo cual queda empíricamente demostrado a través del estudio del populismo en los tres casos, toda vez que son exitosos —unos más, otros menos— en la cooptación estatal de los trabajadores.

Sin embargo, resulta pertinente realizar una precisión. Es posible reconocer dos momentos en la fallida concreción del vínculo social entre la oligarquía y el pueblo. El primero, al que ya se ha hecho referencia, es la ausencia patronal, que consiste en una la cada vez más permanente estadía del terrateniente en la ciudad, con el consecuente abandono de la hacienda. Mientras que el segundo momento consiste en la exclusión, es decir, en la ciudad el oligarca produce la segregación de las clases bajas, la cual a su vez es doble. Por un lado, esto significa la negación de ciertos derechos civiles relacionados con la participación

---

<sup>140</sup> Salvo, como ya se ha señalado, donde hubo mayor incorporación de esclavos de raza negra como en el Noreste de Brasil.

político-electoral o democracia con participación restringida; mientras que, por otro lado, el oligarca niega el auxilio económico, es decir, se excluye a las clases bajas de la distribución de las riquezas surgiendo así la cuestión social.

En este sentido, se podría sostener que los regímenes oligárquicos tienen una ‘actitud opresora’ toda vez que excluyen a determinados grupos del reconocimiento de ciertos derechos civiles<sup>141</sup>, debido a que la opresión, en tanto problema por el reconocimiento, se ubica en el ámbito de la política, mas no propiamente en el de la economía. Esto puede quedar más claro al observar el caso de la opresión servil, donde el oprimido, quien no tenía reconocimiento político, sí logra desarrollar un dominio unilateral sobre la naturaleza (De la Maza, 2010: 70-71), lo que correspondería a la esfera de lo económico. De modo que hacer justicia bajo un modelo de reconocimiento hegeliano consistiría en uno principalmente de tipo jurídico-institucional, y de derechos más bien civiles.

Así, la respuesta de los regímenes populistas empíricos ha apuntado a dos aspectos: a) efectivamente entrega más derechos en lo que a movilización política se refiere, para sustentar el liderazgo populista y superar las restricciones político-institucionales; y b) realiza acciones intensivas de gasto, las que pueden funcionar en contextos de una relativa ausencia de reconocimiento de derechos, pero que, sin embargo, contribuye a la concreción del vínculo social.

No obstante, la respuesta en esencia populista a la crisis no está centrada en el aspecto del reconocimiento político de derechos, sino que, al focalizarse en el abandono oligárquico, la solución apunta a la presencia, la cual, como se ha podido constatar, se legitima en el gasto. En definitiva, se observa que el populismo es un fenómeno social que, al poner énfasis en el gasto, opaca el reconocimiento a nivel de los derechos, es decir, tiende a relegar formas de desarrollo de institucionalidad. Sin embargo, hay que destacar que ello no quiere decir que regímenes populistas empíricos, sobre todo actuales, no realicen acciones que pretendan superar desigualdades políticas, como por ejemplo ocurre hoy en día durante el chavismo

---

<sup>141</sup> Respecto de un panorama de desarrollos recientes del concepto de reconocimiento hegeliano, se puede revisar De la Maza (2010).

con formas de reconocimiento posconvencional<sup>142</sup>, como es el caso de los derechos políticos de los pueblos indígenas.

## **B) La producción discursiva de la contradicción entre el pueblo y la oligarquía**

En relación a la segunda premisa, si bien la palabra puede perder cierta significación frente a la predominancia de la presencia –aparición del líder en público, mediante *mass medias* o a través de sus redes apoyo–, siendo este ‘aparecer’ lo que en última instancia otorga validez a su liderazgo; se sostiene acá que el discurso populista aún conserva capacidad generativa de lo social. Una tesis en relación al populismo sostiene que la palabra padece de una considerable pérdida de valor o de capacidad vinculante, gracias a los excesos a los que se la lleva: largos *speeches*, recurrentes y extensas apariciones de los líderes en programas radiales y de televisión, etc. Esto, por ejemplo, queda plasmado literariamente en *El recurso del método* de Alejo Carpentier, en el que autor cubano busca poner el acento, precisamente, en aquel aspecto de la exuberancia léxica del líder, lo que lo hace validarse más allá del contenido de su mensaje. Diversos pasajes de esta obra aluden a ello, como el siguiente extracto:

Ya muy bebido y pidiendo más, el Presidente no acababa de tener sueño, en tanto que Peralta no se cansaba de alabar la genial utilización del texto de Ernesto Renán... –“¿No dicen que mi oratoria es rebuscada y ridícula?” –observaba el Presidente –: “Lo que siento es que no hubiese

---

<sup>142</sup> De la Maza (2010), siguiendo a Axel Honneth (1997), señala que esto correspondería a un tercer nivel de reconocimiento, y tiene que ver con la diversificación del reconocimiento o reconocimiento posconvencional, como pueden ser el multiculturalismo, feminismo, etc. Los otros dos niveles serían: a) el de la ‘eticidad natural’ que es preinstitucional, y que se asemejaría a lo esencial de la esfera presencial sustentada en la *epojé* de la actitud natural planteada por Schutz; y b) lo que se describe como el paso del desprecio a la consideración y el respeto, mediante el Estado, es decir, el reconocimiento propiamente convencional de valores materiales, que basa su hacer justicia en el nivel institucional, de los derechos civiles, principalmente. Según Honneth (1997: 214), este tercer nivel de reconocimiento está aún en pleno desarrollo, engarzándose con los otros dos: “Nuestro concepto forma de una eticidad postradicional no está cerrado (...) si no puede al menos indicar el lugar en el que habría de encajar los valores materiales. Porque el intento de arrancar de las condiciones intersubjetivas de la integridad personal, para alcanzar los universales de una vida lograda, debe al final incluir el modelo de reconocimiento de una solidaridad social que sólo puede surgir de objetivos colectivamente compartidos; porque, por su lado, éstos se subordinan a las delimitaciones normativas que se establecen con la autonomía, jurídicamente garantizada, de todos los sujetos, resulta de una colocación en un complejo de relaciones que debe coexistir con los modelos de reconocimiento del amor y del derecho”. Para un mayor detalle de la distinción entre los tres niveles del reconocimiento, véase recuadro sobre “Estructura de las relaciones de reconocimiento” en Honneth (1997: 159)

estado allí nuestro amigo, el Académico. Porque él también habría caído en la trampa.” –“Es que esa prosa parecía escrita expresamente para la inauguración de nuestro Capitolio” –decía Peralta– : “Y con oportunas amenazas para los cabrones de la oposición”... (Carpentier, 1996: 219-220).

La ‘trampa’ a la que se refiere Carpentier sería el ocultamiento del contenido. Es más, pareciera ser que el contenido del mensaje careciera de valor respecto de la rebuscada oratoria y por la abundancia de recursos lingüísticos. No obstante ello, la tesis de esta investigación considera que el discurso sí tiene la capacidad para producir lo social, y no solo a través de su forma, sino también a través del significado que porta y que, dicho sea de paso, por lo general no se presenta transparentemente explícito en el texto, sino que se puede acceder a este a través de una labor hermenéutica.

Así pues, por ejemplo, el discurso constituye al enemigo, ya que entre las barrocas, extensas y recurrentes alocuciones emerge un claro contrincante: la oligarquía. En relación a ello, lo primero que se observa es la superación de la contradicción marxista entre capital y trabajo, para luego instaurar una nueva dicotomía que hegemoniza el tipo de luchas políticas que se desarrollan y que dice relación con contradicción oligarquía/pueblo.

En efecto, si bien el populismo busca y logra en gran medida superar la contradicción capital/trabajo, convirtiéndose en un mediador de dicho conflicto, es cierto también que culpabiliza duramente a otro sector por el malestar del pueblo. Y esta culpa no se fundamenta por una crítica marxista a la explotación del capital en general, ya que no se critica a la industria nacional estatal o controlada por Estado, sino que la contradicción se guía más bien por la dicotomía nacional/extranjero. El populismo no produce el extrañamiento del capital nacional, por el contrario, es un elemento esencial en el proyecto de desarrollo y en la denominada, por algunos autores, alianza policlasista. Y si es que es observable la contradicción capital/trabajo en el populismo, esta queda subordinada a un criterio nacionalista, o bien a una dicotomía ‘dependentista’, es decir, países industrializados versus países periféricos. Por ello, el capital extranjero es quien concentra las críticas del populismo, así como la oligarquía que facilita la explotación imperialista, a la cual es común observar como se la califica de ‘vendepatria’. En este sentido, una vez que el populismo aparece y concreta su vínculo social, logra un desplazamiento de la figura clásica del enemigo, ya no

es el capital en términos abstractos, sino que es la oligarquía en confabulación con el poder político y económico extranjero o imperialismo.

Pero esta contradicción más propiamente latinoamericana ha sido ya planteada a principio del siglo XX por Alejandro Venegas (1910). El autor<sup>143</sup> que redactó sus obras bajo la forma de epístolas que dirigía a presidentes o candidatos presidenciales, sostuvo la existencia de una fractura social que se escapaba a la clásica oposición capital/trabajo. Venegas consideraba la existencia de una diferencia dicotómica primordial, es así como al comienzo de la Carta Décimo Quinta, da cuenta de la fractura social, de Chile en particular y de Latinoamérica en general, y que tiene que ver con dos clases que se encuentran altamente segregadas, alejados los ricos de los pobres, mientras que: “los que no somos ricos ni menesterosos y aparentemente formamos el Estado llano, somos gente de tránsito, salida del campo de los explotados y en camino para el de los opulentos” (Venegas, 2009: 147). Así es como el autor concibe el orden social de lo que denomina ‘República oligarca’. Este alejamiento de los estratos sociales adquiere la forma paradigmática de un clivaje oligarquía/pueblo, encontrándose el motivo de dicha distancia en la traba al progreso del pueblo a través de todas las formas de conservación del statu quo por parte de la oligarquía y su posición de privilegio. El libro de Venegas titulado *Sinceridad*, en particular en la Carta Séptima, que versa sobre el atraso de la instrucción primaria, expone, en un breve párrafo, la identificación del culpable del atraso en el ‘espíritu conservador-clerical’ de la oligarquía. “El atraso vergonzoso de la instrucción de nuestro pueblo tiene su causa en el espíritu conservador-clerical y las tendencias profundamente oligárquicas que han predominado hasta el presente, y sobre todo después de la guerra del 79, en el gobierno y en la clase directora” (Venegas, 2009: 58).

En consecuencia, el populismo es un modo de vínculo social que enfrenta la ausencia y la exclusión del pueblo a través del extrañamiento radical de la oligarquía, lo cual da cuenta de un daño sustancial del vínculo social precedente, y que se considera acá como la crisis de integración social en América Latina. Esta tiene su origen en la ausencia patronal de la

---

<sup>143</sup> El autor chileno escribió, por seguridad personal para protegerse de las posibles represalias que los sectores dirigentes podrían tomar sobre él, bajo el pseudónimo de Dr. Julio Valdés Canje, por los tiempos del Centenario de la República.

hacienda, para, posteriormente, consolidarse a través de la negación de auxilio del oligarca citadino hacia el pueblo que padece la cuestión social. Es en este contexto que se produce el desplazamiento de la oligarquía —o grupos dirigentes— por parte del líder populista, desarrollando una respuesta a la crisis, la cual deviene, nuevamente, en el propio ámbito de la presencia y que tiene su raíz, en última instancia, en aquel *ethos* latinoamericano originario.





## REFERENCIAS

- Agamben, G. (1996). *La comunidad que viene*. Valencia: Pre-textos.
- Alba, V. (1964). *Historia del movimiento obrero en América Latina*. México D.F.: Libros Mexicanos Unidos.
- Albó, X. (1966). Jesuitas y culturas indígenas, Perú 1568-1606. Su actitud, métodos y criterios de aculturación (primera parte). *América Indígena*, 26(3).
- Alonso Benito, L. E. (1990). Agrarismo, populismo y división internacional del trabajo. *Agricultura y sociedad*, 55, 65–94.
- Álvaro, D. (2010). Los conceptos de “comunidad” y “sociedad” de Ferdinand Tönnies. *Papeles del CEIC*, 1, 1–24.
- Aminzade, R. (1993). *Ballots and Barricades: Class Formation and Republican Politics in France*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Anduiza, E., Crespo, I., & Méndez, M. (1999). *Metodología de la ciencia política*. Madrid: CIS.
- Ansaldi, W. (2002). Ni rojo, ni verde: verde e amarelo. En W. Ansaldi (Ed.), *Tierra en llamas. América Latina en los años 1930*. La Plata, Argentina: Ediciones Al Margen.
- Archivo Peronista. (s. f.). Carta de Perón al presidente de Chile, Gral. Ibáñez del Campo. Documentos. Recuperado a partir de <http://archivoperonista.com/documentos/correspondencia/1953/carta-peron-al-presidente-chile-gral-ibanez-campo/>
- Arenas, N., & Gómez, L. (2004). Los Círculos Bolivarianos. El mito de la unidad del pueblo. *Revista Venezolana de Ciencia Política*, 25(6), 5–37.
- Arribá, S. (2005). El peronismo y la política de radiodifusión (1946-1955). En G. Mastrini (Ed.), *Mucho ruido, pocas leyes. Economía y políticas de comunicación en la Argentina (1920-2004)*. Buenos Aires: La Crujía.
- Asociación de Empleados de Farmacias. (s. f.). *Historia del Movimiento Obrero. Notas y Editoriales*. Recuperado a partir de <http://www.adef.org.ar/notas-y-editoriales/138-historia-del-movimiento-obrero?showall=1&limitstart=>

- Aveledo, G. (2012). La Iglesia Católica venezolana frente a la revolución bolivariana, 1999-2010. Cuadernos Unimetanos, (30), 39–53.
- Bachofen, J. J. (1992). El matriarcado: una investigación sobre la ginecocracia en el mundo antiguo según su naturaleza religiosa y jurídica (Segunda Ed.). Madrid: Akal.
- Baeninger, R. (2002). La migración internacional de los brasileños: características y tendencias. Serie Población y Desarrollo CEPAL, 27.
- Bak, J. L. (1983). Cartels, Cooperatives, and Corporatism: Getulio Vargas in Rio Grande do Sul on the Eve of Brazil's 1930 Revolution. *The Hispanic American Historical Review*, 63(2), 255–275.
- Bake-Well, P. (1990). La minería en la Hispanoamérica colonial. En L. Bethell (Ed.), *Historia de América Latina III. América Latina Colonial: Economía*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Barman, R. J. (2012). The Enigma of Liberalism in Imperial Brazil, 1822-1889. En *Liberalism, Monarchy and Empire: Ambiguous Relationships*. London: Senate House.
- Barnadas, J. (1990). La Iglesia Católica en la Hispanoamérica colonial. En *Historia de América Latina II. América Latina Colonial: Europa y América en los siglos XVI, XVII y XVIII*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Bartolomé, L. (1982). Base social e ideología en las movilizaciones agraristas en Misiones entre 1971 y 1975. *Desarrollo Económico*, 22(85), 25–56.
- Basurto, J. (1969). Populismo y movilización de masas en México durante el régimen cardenista. *Revista Mexicana de Sociología*, 31(4), 853–892.
- Bataille, G. (1987). La parte maldita precedida de la noción de gasto. Barcelona: Icaria Antrazyt.
- Bataillon, M. (1979). Erasmo y España: estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Becerra, M. (2014). Medios de comunicación: América Latina a contramano. *Nueva Sociedad*, (249), 61–74.
- Belini, C., & Rougier, M. (2008). El Estado empresario en la industria argentina: conformación y crisis. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Bendix, R. (1978). *Kings or People: Power and the Mandate to Rule*. Berkley and Los Angeles, California: University of California Press.

- Bengoa, J. (1978). *La hacienda latinoamericana*. Quito: Ediciones CIESE.
- Bennet, A., & Checkel, J. (Eds.). (2014). *Process Tracing: from Metaphor to Analytic Tool*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Best, E. (1919). Māori Forest Lore: Being Some Account of Native Forest Lore and Woodcraft, as also of many Myths, Rites, Customs and Superstitions connected with the Flora and Fauna of the Tuhoe or Ure-wera District. -Part III. Transactions and Proceedings of the Royal Society of New Zeland, 42.
- Bethell, L. (1992). Brazil. En L. Bethell & I. Roxborough (Eds.), *Latin America between the Second World War and the Cold War, 1944-1948*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bethell, L. (2008). Politics in Brazil under Vargas, 1920-1945. En L. Bethell (Ed.), *The Cambridge History of Latin America. Volume IX: Brasil since 1930*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Betz, H.-G., & Immerfal, S. (Eds.). (1998). *The New Politics of the Right: Neo-Populist Parties and Movements in Established Democracies*. London: Palgrave Macmillan.
- Beveraggi, W. M. (1954). *El servicio del capital extranjero y el control de los cambios. La experiencia argentina de 1900 a 1943*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Bivar Marquese, R. de. (2006). Revisitando casas-grandes e senzalas: a arquitetura das plantations escravistas americanas no século XIX. *Anais do Museu Paulista: História e Cultura Material*, 14(1), 11–57.
- Blau, P. M., & Schwartz, J. E. (1997). *Crosscutting Social Circles: Testing a Macrostructural Theory of Intergroup Relations*. New Jersey: Transaction Publishers.
- Boito, A. (1991). *O sindicalismo de Estado no Brasil. Uma análise crítica da estrutura sindical*. Campinas: Editora da Universidade Estadual de Campinas, UNICAMP.
- Borges, P. (1992). Primero hombres, luego cristianos: la transculturación. En P. Borges (Ed.), *Historia de la Iglesia en Hispanoamérica y Filipinas (siglos XV-XIX) I: Aspectos generales*. Madrid y Toledo: Biblioteca de Autores Cristianos, Quinto Centenario (España) y Estudio Teológico de San Ildefonso de Toledo.
- Breiger, R. (1990). Social control and social networks: a model from Georg Simmel. En *Structures of Power and Constraint. Papers in honor of Peter M. Blau*. Cambridge; New York: Cambridge University Press.

- Bresser, L. C. (Ed.). (1991). *Populismo econômico: ortodoxia, desenvolvimentismo e populismo na América Latina*. São Paulo: Nobel.
- Bresser, L. C., & Dall'Acqua, F. (1991). Populismo econômico versus Keynes: a reinterpretação do déficit público na América Latina. En *Populismo econômico: ortodoxia, desenvolvimentismo e populismo na América Latina*. São Paulo: Nobel.
- British Petroleum. (2013). Oil prices. Statistical Review of World Energy. Recuperado a partir de <http://www.bp.com/en/global/corporate/about-bp/statistical-review-of-world-energy-2013/review-by-energy-type/oil/oil-prices.html>
- Caimari, L. M. (1995). *Perón y la Iglesia católica. Religión, estado y sociedad en la Argentina: 1943-1955*. Buenos Aires: Ariel.
- Cammack, P. (2000). The resurgence of populism in Latin America. *Bulletin of Latin American Research*, 19(2), 149–161.
- Canovan, M. (1999). Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy. *Political Studies*, 47(1), 2–16.
- Capelato, M. H. (1999). Propaganda política e controle dos meios de comunicação. En D. Pandolfi (Ed.), *Repensando o Estado Novo*. Rio de Janeiro: Editora Fundação Getulio Vargas.
- Cardoso, E., & Helwege, A. (1992). El populismo, el despilfarro y la redistribución. En *Macroeconomía del Populismo en la América Latina*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Cardoso, F., & Faletto, E. (2002). *Dependencia y Desarrollo en América Latina: ensayo de interpretación sociológica* (30a Ed.). México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Carpentier, A. (1996). *El recurso del método*. Buenos Aires: Editorial Losada.
- Cavarozzi, M. (1995). Populismos y partidos de clase media. Notas comparativas. En C. Vilas (Ed.), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*. México D.F.: Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- CELADE. (2005). América Latina: urbanización y evolución de la población urbana, 1950-2000. *Boletín Demográfico*, 75.
- Center for Latin American Studies - Georgetown University. (s. f.). Political Database of the Americas. Recuperado a partir de <http://pdba.georgetown.edu/>

- CEPAL. (1951). *Economic survey of Latin America 1949*. New York: United Nations, Department of Economic Affairs.
- CEPAL. (2010). *Estudio Económico de América Latina y el Caribe 2009-2010, Impacto distributivo de las políticas públicas*. Santiago de Chile: CEPAL.
- CEPAL. (2012). *Informe macroeconómico de América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: CEPAL.
- Céspedes del Castillo, G. (1977). Las indias en los siglos XVI y XVII. En J. Vicens Vives (Ed.), *Historia social y económica de España y América. Volumen 3: Los Austrias. Imperio español en América*. Barcelona: Editorial Vicens-Vives.
- Chávez, H. (2013). *La construcción del Socialismo del Siglo XXI: discursos del Comandante Supremo ante la Asamblea Nacional. Tomo II: 2002-2004*. Caracas: Fondo Editorial de la Asamblea Nacional; EFICEM.
- Cheressky, I. (1984). Sindicatos y fuerzas políticas en la Argentina peronista (1930-1943). En P. González Casanova (Ed.), *Historia del movimiento obrero en América Latina. Volumen IV: Brasil, Chile, Argentina, Uruguay*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Chevalier, F. (1976). *La formación de los latifundios en México: tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Collins, R. (2006). Mann's transformation of the classic sociological traditions. En J. A. Hall & R. Schroeder (Eds.), *An anatomy of power. The social theory of Michael Mann*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Conferencia Episcopal Venezolana. (1989, abril 8). *La Recuperación del país. Declaración de la Conferencia Episcopal Venezolana*. Los Teques.
- Conniff, M. (1982a). Populism in Brazil, 1925-45. En M. Conniff (Ed.), *Latin American populism in comparative perspective*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Conniff, M. (1982b). Toward a comparative definition of populism. En M. Conniff (Ed.), *Latin American populism in comparative perspective*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Consejo Electoral de Venezuela CNE. (s. f.). *Resultados Electorales*. Recuperado a partir de <http://www.cne.gov.ve/>

- Coronel, A., & Poblete, M. (2010). Hacia una categorización del Liderazgo Político en América Latina. En 5° Congreso Latinoamericano de Ciencia Política “Integración, Diversidad y Democracia en tiempos del Bicentenario”. Buenos Aires: Mimeo.
- Cortés Conde, R. (2009). *The Political Economy of Argentina in the Twentieth Century*. New York: Cambridge University Press.
- Cousiño, C. (1990). *Razón y Ofrenda. Ensayo en torno a los límites y perspectivas de la sociología en América Latina*. Santiago de Chile: Cuadernos del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Cousiño, C. (2004). Los rasgos más propios del carácter chileno. En *La UC mira a Chile*. Santiago de Chile.
- Cousiño, C., & Valenzuela, E. (1994). *Politización y Monetización en América Latina*. Santiago de Chile: Cuadernos del Instituto de Sociología de la Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Cruz, I. (1995). *La fiesta: metamorfosis de lo cotidiano*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Cruz, I. (1996). *El traje: transformaciones de una segunda piel*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- Cruz, I. (1997a). Arte festivo barroco: un legado duradero. *Laboratorio de Arte*, 10, 211–231.
- Cruz, I. (1997b). *La muerte: transfiguración de la vida*. Santiago de Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- D’Araujo, M. C. (Ed.). (2011). *Getúlio Vargas*. Brasília: Centro de Documentação e Informação Edições Câmara.
- De Certau, M. (1996). *La Invencion de Lo Cotidiano I: Artes de Hacer*. México D.F.: Universidad Iberoamericana; ITESO.
- De Coulanges, F. (1982). *La ciudad antigua*. Madrid: EDAF.
- De la Maza, M. (2010). Actualizaciones del concepto hegeliano de reconocimiento. *Veritas*, 23, 67–94.
- De la Puente Brunke, J. (1998). “Los vasallos se desentrañan por su rey”: notas sobre quejas de curacas en el Perú del siglo XVII. *Anuario de Estudios Americanos*, 55(2), 459–473.

- De la Torre, C. (1997). Populism and Democracy: Political Discourses and Cultures in Contemporary Ecuador. *Latin American Perspectives*, 24(3), 12–24.
- De la Torre, C. (1998). Populismo, cultura política y vida cotidiana en Ecuador. En F. Burbano de Lara (Ed.), *El fantasma del populismo: aproximación a un tema (siempre) actual*. Caracas: Nueva Sociedad; ILDIS; FLACSO.
- De la Torre, C. (2000). *Populist Seduction in Latin America. The Ecuadorian Experience*. Ohio: Ohio University Press.
- De la Torre, C. (2003). Abdalá es el repugnante otro. En F. Burbano de Lara (Ed.), *Antología. Democracia, gobernabilidad y cultura política*. Quito: FLACSO Ecuador.
- De la Torre, C. (2009). Populismo radical y democracia en los Andes. *Journal of Democracy en español*, 1(1), 24–37.
- Del Campo, H. (1983). *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*. Buenos Aires: CLACSO.
- Del Val, J. M. A. (1999). El milenarismo en la primera evangelización de los franciscanos en América. En J. I. De la Iglesia (Ed.), *Milenarismos y milenaristas en la Europa medieval*. Nájera, España: Instituto de Estudios Riojanos.
- Di Tella, T. S. (1969). Populismo y Reforma en América Latina. En C. Véliz (Ed.), *Obstáculos para la Transformación de América Latina*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Di Tella, T. S. (1970). Inmovilidad y coexistencia en la Argentina. En J. Petras & M. Zeitlin (Eds.), *América Latina. ¿Reforma o revolución?* Buenos Aires: Editorial Tiempo Contemporáneo.
- Di Tella, T. S. (1997). Populism into the Twenty-first Century. *Government and Opposition*, 32(2), 187–200.
- Díaz Alejandro, C. (1970). *Essays on the economic history of the Argentine Republic*. New Haven: Yale University Press.
- Díaz, R. (2006). *Panorama sindical de Venezuela*. Montevideo: Friedrich Ebert Stiftung.
- Díaz, R. (2009). Los sindicatos en Venezuela de la negociación a la confrontación. *Revista sobre relaciones industriales y laborales*, (45), 91–104.
- Dieterich, H. (2005). *Hugo Chávez y el Socialismo del Siglo XXI (Segunda Ed.)*. Caracas: Instituto Municipal de Publicaciones, Alcaldía de Caracas.



- Dogan, M., & Pelassy, D. (1984). *How to compare nations: strategies in comparative politics*. Chatman, New Jersey: Chatman House.
- Dornbusch, R., & Edwards, S. (1992a). La macroeconomía del populismo. En R. Dornbusch & S. Edwards (Eds.), *Macroeconomía del Populismo en la América Latina*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Dornbusch, R., & Edwards, S. (Eds.). (1992b). *La macroeconomía del populismo en América Latina*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Dornelles, L. de L. (2010). Guerra Farroupilha: considerações acerca das tensões internas, reivindicações e ganhos reais do decênio revoltoso. *Revista Brasileira de História & Ciências Sociais*, 2(4), 168–178.
- Doyon, L. (1988). El crecimiento sindical bajo el peronismo. En J. C. Torre (Ed.), *La transformación del sindicalismo peronista* (pp. 169–181). Buenos Aires: Editorial Legasa.
- Drake, P. (1992a). Comentarios al artículo de Robert Kaufman y Barbara Stallings. El populismo en Perspectiva. En R. Dornbusch & S. Edwards (Eds.), *Macroeconomía del Populismo en la América Latina*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Drake, P. (1992b). *Socialismo y populismo en Chile*. Valparaíso, Chile: Instituto de Historia, Universidad Católica de Valparaíso.
- Durkheim, E. (1995). *La división del trabajo social* (Tercera Ed.). Barcelona: Akal.
- Dutra Fonseca, P. C. (1999). A gênese regional da “Revolução de 30”. *Estudos econômicos*, 29(1), 113–127.
- Dutra Fonseca, P. C. (2001). As fontes do pensamento de Vargas e seu desdobramento na sociedade brasileira. En M. T. R. Ribeiro (Ed.), *Intérpretes do Brasil; leituras críticas do pensamento social brasileiro*. Porto Alegre: Mercado Aberto.
- Dutra Fonseca, P. C. (2009). Nem ortodoxia nem populismo: o Segundo Governo Vargas e a economia brasileira. *Tempo*, 14(28), 19–58.
- Dutra Fonseca, P. C. (2011). O mito do populismo econômico de Vargas. *Revista de Economia Política*, 31(1, 121), 56–76.
- Dutra Fonseca, P. C., & Ferrari, A. (2012). Desenvolvimentismo e política econômica: um cotejo entre Vargas e Perón. *Economia e Sociedade*, Campinas, 21(Número especial), 1043–1074.

- Echeverría, B. (Ed.). (1994). *Modernidad, mestizaje cultural y ethos barroco*. México D.F.: UNAM.
- Echeverría, B. (1998). *La modernidad de lo barroco*. México D.F.: Ediciones Era.
- Edinger, L. (1976). The comparative analysis of political leadership. *Comparative politics*, 7(2), 253–269.
- Elder, J. (1976). Comparative Cross-National Methodology. *Annual Review of Sociology*, 2, 209–230.
- Erickson, K. (1977). *The Brazilian Corporative State and Working-Class Politics*. Berkley: University of California Press.
- Esposito, R. (2003). *Communitas: origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Estrada, M. (2000). La vida y el mundo: distinción conceptual entre mundo de la vida y vida cotidiana. *Sociológica*, 15(43), 103–151.
- Fairclough, N. (1992). *Discourse and social change*. Cambridge: Polity Press.
- Falleti, T. (2006). Theory-guided process-tracing in comparative politics: something old, something new. En *Newsletter of the Organized Section in Comparative Politics of the American Political Science Association* (pp. 9–14).
- Falleti, T., & Lynch, J. (2009). Context and Causal Mechanisms in Political Analysis. *Comparative Political Studies*, 42(9), 1143–1166.
- Falleti, T., & Mahoney, J. (2015). The comparative sequential method. En J. Mahoney & K. Thelen (Eds.), *Advances in Comparative Historical Analysis: Resilience, Diversity, and Change*. New York: Cambridge University Press.
- Farfán, R. (2007). *Comunidad y sociedad. Ferdinand Tönnies y los comienzos de la sociología en Alemania (1887-1920)*. México D.F.: UAM Azcapotzalco.
- Febvre, L. (1992). *Combates por la Historia*. Barcelona: Ariel.
- Firth, R. (1929). *Primitive economics in New Zealand Maori*. New York: E. P. Dutton and Company.
- Fistetti, F. (2004). *Comunidad. Léxico de Política*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Freedon, M. (1996). *Ideologies and Political Theory: A Conceptual Approach*. Oxford: Clarendon.

- Freedon, M. (2003). *Ideology: A Very Short Introduction*. Contemporary Political Theory (Vol. 3). New York: Oxford University Press.
- Freire, P. (1999). *Pedagogía del Oprimido*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- French, J. D. (1998). Los trabajadores industriales y el nacimiento de la República Populista en Brasil, 1945-1946. En M. M. Mackinnon & M. A. Petrone (Eds.), *Populismo y neopopulismo en América Latina*. El problema de la cenicienta. Buenos Aires: Eudeba.
- Freyre, G. (1977). *Casa-grande y senzala: formación de la familia brasileña bajo el régimen de la economía patriarcal*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Gadamer, H.-G. (1989). *Truth and Method*. New York: Continuum.
- Galasso, N. (2005). *Perón: Formación, ascenso y caída, 1893-1955*. Buenos Aires: Ediciones Colihue SRL.
- Gallo, A. (1999). Aventuras y desventuras del gobierno señorial en Brasil. En M. Carmagnani, A. Hernández Chávez, & R. Romano (Eds.), *Para una Historia de América II: Los nudos (1)*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- García, N. (2009). Más claro no canta un gallo! Unidad Matancera. Recuperado a partir de <http://unidadmatancera.org.ve/paginas/documento683.html>
- Garrido, R. (2010). El Registro Electoral. En J. M. Matheus (Ed.), *Ley orgánica de procesos electorales*. Caracas: Editorial Jurídica Venezolana.
- Garulli, L., Caraballo, L., Charlier, N., & Cafiero, M. (2000). *No me olvides. Memoria de la Resistencia Peronista (1955-1972)*. Buenos Aires: Editorial Biblos.
- Germani, G. (1971). *Política y sociedad en una época de transición: de la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Germani, G. (1978). *Authoritarianism, Fascism, and National Populism*. New Brunswick, N.J.: Transaction Publishers.
- Gibson, C. (1966). *Spain in América*. New York: Harper and Row.
- Girard, R. (1979). *Violence and the Sacred*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Godbout, J. (1997). El espíritu del don. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Godbout, J. (2004). L'actualité de l'«Essai sur le don». *Sociologie et sociétés*, 36(2), 177–188.
- Godelier, M. (1998). *El enigma del don*. Barcelona: Editorial Paidós.

- Goertz, G., & Mahoney, J. (2012). *A tale of two cultures: qualitative and quantitative research in the social sciences*. Princeton, N.J.: Princeton University Press.
- Goldstone, J. (1998). The Problem of the “Early Modern” World. *Journal of the Economic and Social History of the Orient*, 41(3), 249–284.
- Góngora, M. (1971). Origen de los inquilinos de Chile Central. En H. Godoy Urzúa (Ed.), *Estructura social de Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Góngora, M. (1974). Origen de los inquilinos de Chile central. Santiago de Chile: ICIRA.
- Góngora, M., & Borde, J. (1956). *Evolución de la propiedad rural en el Valle del Puangue*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- González Muñoz, J. G. (2013). *Llanero centro-occidental venezolano y gaúcho sur-riograndense brasileño rural: una identidad cultural compartida*. Universidade Federal de Pelotas.
- Gouldner, A. W. (1960). The norm of reciprocity: a preliminary statement. *American Sociological Review*, 25(2), 161–178.
- Grosso, A. (2009). *Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas, un estudio comparado del populismo latinoamericano*. Córdoba, Argentina: Edivim.
- Guia Trabalhista. (s. f.). *A Consolidação das Leis do Trabalho – CLT*. Recuperado a partir de <http://www.guiatrabalhista.com.br/tematicas/clt.htm>
- Haber, S., & Klein, H. S. (1997). The economic consequences of Brazilian Independence. En S. Haber (Ed.), *How Latin America fell behind: essays on the economic histories of Brazil and Mexico, 1800-1914*. Stanford: Stanford University Press.
- Habermas, J. (1991). *Escritos sobre moralidad y eticidad*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Habermas, J. (2002a). *Teoría de la acción comunicativa, I. Racionalidad de la acción y racionalización social*. México D.F.: Editorial Taurus.
- Habermas, J. (2002b). *Teoría de la acción comunicativa, II. Crítica de la razón funcionalista*. México D.F.: Editorial Taurus.
- Hall, P. A. (2006). Systematic process analysis: when and how to use it. *European Management Review*, 3(1), 24–31.
- Hawkins, K. A. (2003). Populism in Venezuela: the rise of Chavismo. *Third World Quarterly*, 24(6), 1137–1160.

- Hawkins, K. A. (2006). Measuring populist discourse through Holistic Grading. En Congreso de la Asociación Chilena de Ciencia Política. Santiago de Chile: Mimeo.
- Hawkins, K. A. (2009). Is Chavez Populist?: Measuring Populist Discourse in Comparative Perspective. *Comparative Political Studies*, 42(8), 1040–1067.
- Hawkins, K. A. (2010a). Sembrando ideas: explicación de los orígenes de los partidos democratacristianos en Latinoamérica. En S. Mainwaring & T. Scully (Eds.), *La democracia cristiana en América Latina: conflictos y competencia electoral*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Hawkins, K. A. (2010b). *Venezuela's Chavismo and Populism in Comparative Perspective*. New York: Cambridge University Press.
- Hawkins, K. A., & Hansen, D. (2006). Dependent Civil Society: The Círculos Bolivarianos in Venezuela. *Latin American Research Review*, 41(1), 102–132.
- Hedström, P., & Swedberg, R. (1998). Social Mechanisms: An introductory essay. En P. Hedstrom & R. Swedberg (Eds.), *Social Mechanisms: An Analytical Approach to Social Theory*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hegel, G. (1971). *Fenomenología del espíritu*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Hénaff, M. (2009). Sur la norme de réciprocité. En M. Maesschalck (Ed.), *Éthique et gouvernance. Les enjeux actuels d'une philosophie des normes*. Hildesheim: Georg Olms Verlag.
- Hermet, G. (2003). El populismo como concepto. *Revista de Ciencia Política UC*, 23(1).
- Hermet, G., Prud'homme, J. F., & Loaeza, S. (Eds.). (2002). *Del populismo de los antiguos al populismo de los modernos*. México D.F.: El Colegio de México.
- Hirst, M. (1981). La época de Vargas: 1930/1945. *Crítica y Utopía*, (5), 191–209.
- Hofstadter, R. (1963). *The Age of Reform. From Bryan to F.D.R.* New York: Knopf Doubleday Publishing Group.
- Honneth, A. (1997). *La lucha por el reconocimiento. Por una pragmática moral de los conflictos sociales*. Barcelona: Crítica; Grijalbo Mondadori.
- Hoornaert, E. (1990). La Iglesia Católica en Brasil colonial. En L. Bethell (Ed.), *Historia de América Latina II. América Latina Colonial: Europa y América en los siglos XVI, XVII y XVIII*. Barcelona: Editorial Crítica.

- Horowitz, J. (1988). El impacto de las tradiciones sindicales anteriores a 1943 en el peronismo. En J. C. Torre (Ed.), *La transformación del sindicalismo peronista*. Buenos Aires: Editorial Legasa.
- Howarth, D. (2000). *Discourse*. Buckingham, Philadelphia: Open University Press.
- Howarth, D. (2005). Applying Discourse Theory: the method of articulation. En D. Howarth & J. Torfing (Eds.), *Discourse theory in the european politics. Identity, policy and governance*. New York: Palgrave Macmillan.
- Hunt, L. (1984). Charles Tilly's *Collective Action*. En T. Skocpol (Ed.), *Vision and Method in Historical Sociology*. New York: Cambridge University Press.
- Hutchinson, H. W. (1961). The transformation of Brazilian plantation society. *Journal of Inter-American Studies*, 3(2), 201–212.
- Ianni, O. (1984). *La formación del Estado populista en América Latina*. México D.F.: Ediciones Era.
- Instituto Brasileiro de Geografia e Estatística. (s. f.). *Estatísticas do século XX*. Recuperado a partir de <http://seculoxx.ibge.gov.br/>
- Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada. (s. f.). *Índices Analíticos*. Recuperado a partir de <http://www.ipeadata.gov.br/>
- Ionescu, G. (1970). Europa Oriental. En G. Ionescu & E. Gellner (Eds.), *Populismo: sus significados y características nacionales*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Izard, M. (1981). Ni cuatreros ni montaneros, llaneros. *Boletín Americanista*, 31, 83–142.
- Izard, M. (1983). Sin domicilio fijo, senda segura, ni destino conocido. Los llaneros del Apure a finales del periodo colonial. *Boletín americanista*, 33, 13–83.
- Jagers, J., & Walgrave, S. (2007). Populism as political communication style: An empirical study of political parties' discourse in Belgium. *European Journal of Political Research*, 46, 319–345.
- Jokisch, R. (2002). Metodología de las distinciones: forma, complejidad, autorreferencia, observación, construcción de teorías integrando lo macro y lo micro en las ciencias sociales. México D.F.: UNAM.
- Jones, M., Lauga, M., & León-Roesch, M. (2005). Argentina. En D. Nohlen (Ed.), *Elections in the Americas. A Data Handbook. Volume II: South America*. Oxford: Oxford University Press.

- Jørgensen, M., & Phillips, L. J. (2002). *Discourse analysis as theory and method*. Thousand Oaks, California: SAGE Publications, Inc.
- Kaufman, R. (1977). Corporatism, clientelism and partisan conflict: A study of seven Latin American countries. En J. Maloy (Ed.), *Authoritarianism and Corporatism*. Pittsburg: University of Pittsburg Press.
- Kaufman, R., & Stallings, B. (1992). La economía política del populismo latinoamericano. En R. Dornbusch & S. Edwards (Eds.), *Macroeconomía del Populismo en la América Latina*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Kay, C. (1980). *El sistema señorial europeo y la hacienda latinoamericana*. México D.F.: Ediciones Era.
- Kazin, M. (1995). *The populist persuasion: An American history*. New York: Basic Books.
- Kiguel, M. (1986). Déficit fiscal e inflación. *Desarrollo Económico*, 26(102), 255–268.
- Kirkpatrick, S. A., & Locke, E. A. (1991). Leadership: do traits matter? *Academy of Management Executive*, 5(2), 48–60.
- Kitschelt, H. (1997). *The Radical Right in Western Europe: A Comparative Analysis*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Knight, A. (1998). Populism and neo-populism in Latin America, especially Mexico. *Journal of Latin American Studies*, 30(2), 223–248.
- Laclau, E. (1985). Ruptura populista y discurso. En J. Labastida & M. Del Campo (Eds.), *Hegemonía y alternativas políticas*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Laclau, E. (1986). Política e ideología en la teoría marxista: capitalismo, fascismo y populismo. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Laclau, E. (1996). The death and resurrection of theory of ideology. *Journal of Political Ideologies*, 1(3), 201–212.
- Laclau, E. (2005). *On populist reason*. London: Verso.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (1985). *Hegemony and socialist strategy. Toward a radical democratic politics*. London: Verso.
- Lagos, R. (1908). *Historia de las misiones del Colegio de Chillán*. Barcelona: Herederos de Juan Gili.
- Lalander, R. (2008). El contexto histórico del chavismo y los partidos políticos venezolanos de la izquierda. *Reflexión Política*, 10(19), 36–48.

- Lamounier, B., & Amorim Neto, O. (2005). Brazil. En D. Nohlen (Ed.), *Elections in the Americas. A Data Handbook. Volume II: South America*. Oxford: Oxford University Press.
- Lange, M., Mahoney, J., & vom Hau, M. (2006). Colonialism and Development: A Comparative Analysis of Spanish and British Colonies. *American Journal of Sociology*, 111(5), 1412–1462.
- Larraín, J. (1994). La identidad latinoamericana: teoría e historia. *Estudios Públicos*, 55, 31–64.
- Larraín, J. (2001). *Identidad chilena*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Laswell, H. (2009). *Power and personality*. With a new introduction by Peter deLeon. New Brunswick, N.J.: Transaction Publishers.
- Lattes, A. (1995). Urbanización, crecimiento urbano y migraciones en América Latina. *Notas de Población*, 62, 211–260.
- Lechner, N. (1977). La crisis del Estado en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, 39(2), 389–426.
- Levi-Strauss, C. (1979). Introducción a la obra de Marcel Mauss. En *Sociología y Antropología*. Madrid: Tecnos.
- Lijphart, A. (1971). Comparative politics and the comparative method. *The American Political Science Review*, 65(3), 682–693.
- Lima de Avila, A. (2011). Caudilhos e fronteiriços: a Revolução Farroupilha e seus vínculos rio-platenses. En S. da Silva Careli & L. C. Knierim (Eds.), *Releituras da História do Rio Grande do Sul*. Porto Alegre: Fundação Instituto Gaúcho de Tradição e Folclore.
- Lipset, M. S., & Rokkan, S. (1985). Cleavage structure, party systems, and voter alignments. En M. S. Lipset (Ed.), *Consensus and conflict. Essays in political sociology*. New Brunswick, N.J.: Transaction Publishers.
- Lockhart, J. (1999). Encomienda and Hacienda. En J. Lockhart (Ed.), *Of things of the Indies: Essay old and new in early Latin American history*. Stanford: Stanford University Press.
- López Maya, M., & Lander, L. E. (2001). Ajustes, costos sociales y la agenda de los pobres en Venezuela: 1984-1998. En E. Sader (Ed.), *El ajuste estructural en América Latina : costos sociales y alternativas*. Buenos Aires: CLACSO.



- Luhmann, N. (1990). *Die Wissenschaft der Gesellschaft*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Luhmann, N. (1998). La forma persona. En *Complejidad y Modernidad*. Madrid: Editorial Trotta.
- Luhmann, N. (2007a). El futuro de la democracia. En *Teoría política en Estado de bienestar*. Madrid: Alianza Editorial.
- Luhmann, N. (2007b). La sociedad de la sociedad. México D.F.: Herder; Universidad Iberoamericana.
- Luhmann, N. (2007c). *Teoría política en el Estado de bienestar*. Madrid: Alianza Editorial.
- Macera, P. (1971). Feudalismo colonial americano: el caso de las haciendas peruanas. *Acta Universitatis szegediensis. Acta histórica*, 35, 3–42.
- Machado, J. (1947). El gaucho y el llanero. En *El llanero. Ensayo de sociología venezolana de Daniel Mendoza*. Buenos Aires: Editorial Venezuela.
- Machado, M. A. (1971). La Ganadería Americana: Una Propuesta para la Historia Comparativa. *Journal of Interamerican Studies and World Affairs*, 13(2), 159–165.
- Macleod, M. (1990). Aspectos de la economía interna de la América española colonial: fuerza de trabajo, sistema tributario, distribución e intercambios. En L. Bethell (Ed.), *Historia de América Latina III. América Latina Colonial: Economía*. Barcelona: Editorial Crítica.
- MacRae, D. (1970). El populismo como ideología. En G. Ionescu & E. Gellner (Eds.), *Populismo: sus significados y características nacionales*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Mahoney, J. (2000). Path Dependence in Historical Sociology. *Theory and Society*, 29, 507–548.
- Mahoney, J. (2001). Beyond correlational analysis: Recent innovations in theory and method. *Sociological Forum*, 16(3), 575–593.
- Mahoney, J. (2003). Long-run development and the legacy of colonialism in Spanish America. *American Journal of Sociology*, 109(1), 50–106.
- Mahoney, J. (2008). Toward a unified theory of causality. *Comparative Political Studies*, 41(4-5), 412–436.
- Mahoney, J. (2010). *Colonialism and Postcolonial Development. Spanish América in comparative perspective*. New York: Cambridge University Press.

- Mahoney, J., & Rueschemeyer, D. (2003). *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*. Cambridge studies in comparative politics. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mahoney, J., & Schensul, D. (2006). Historical context and path dependence. En R. E. Goodin & C. Tilly (Eds.), *The Oxford Handbook of contextual political analysis*. Oxford: Oxford University Press.
- Mahoney, J., & Thelen, K. (2010). A Theory of gradual institutional change. En J. Mahoney & K. Thelen (Eds.), *Explaining Institutional Change: Ambiguity, Agency, and Power*. New York: Cambridge University Press.
- Maine, H. (1870). *Ancient Law. Its connection with the early history of society, and its relation to modern idea*. London: John Murray.
- Mainwaring, S., & Scully, T. (1995). La institucionalización del sistema de partidos políticos en América Latina. *Revista de Ciencia Política UC*, 17(1-2), 63–101.
- Mainwaring, S., & Scully, T. (1996). *La construcción de instituciones democráticas: sistema de partidos en América Latina*. Santiago de Chile: CIEPLAN.
- Mainwaring, S., & Scully, T. (2010). La diversidad de la democracia cristiana en Latinoamérica. En S. Mainwaring & T. Scully (Eds.), *La democracia cristiana en América Latina: conflictos y competencia electoral*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Malloy, J. M. (1977). *Authoritarianism and Corporatism in Latin America: The Modal Pattern*. En J. M. Malloy (Ed.), *Authoritarianism and Corporatism*. Pittsburg: University of Pittsburg Press.
- Mann, M. (1986). *The sources of social power. Volume I: A history of power from the beginning to AD 1760*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mann, M. (1999). *The sources of social power. Volume II: The rises of classes and nation-states, 1760-1914*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mann, M. (2012). *The sources of social power. Volume III: Global Empires and Revolution, 1890-1945*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mansilla, H. C. F. (2011). Los regímenes populistas latinoamericanos como reproductores de tradiciones autoritarias. Una visión heterodoxa sobre una temática siempre actual. *Cuadernos del CENDES*, 28(78), 1–33.

- Mansilla, H. C. F. (2012). Aspectos conservadores en los modelos latinoamericanos del cambio radical. Un ensayo interpretativo sobre el arraigo del populismo. *Estudios bolivianos*, 17, 13–41.
- Marcílio, L. (1990). La población del Brasil colonial. En L. Bethell (Ed.), *Historia de América Latina IV. América Latina colonial: Población, sociedad y cultura*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Marinis, P. de. (2010). Comunidad: derivas de un concepto a través de la historia de la teoría sociológica. *Papeles del CEIC*, 1, 1–13.
- Martorell, G. (1969). *Las inversiones extranjeras en la Argentina*. Buenos Aires: Galerna.
- Mascareño, A. (2003). Teoría de sistemas de América Latina. Conceptos fundamentales para la descripción de una diferenciación funcional concéntrica. *Persona y Sociedad*, 27(2), 9–26.
- Maturana, H., & Varela, F. (1987). *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- Mauss, M. (1979). Ensayo sobre los Dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas. En *Sociología y Antropología*. Madrid: Tecnos.
- Mauss, M., & Hubert, H. (1970a). De la naturaleza y función del sacrificio. En M. Mauss (Ed.), *Obras I. Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Barral Editores.
- Mauss, M., & Hubert, H. (1970b). El Sacrificio. En M. Mauss (Ed.), *Obras I. Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Barral Editores.
- Medina Echavarría, J. (1980). *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico de América Latina*. San Jose de Costa Rica: EDUCA.
- Mill, J. S. (1882). *A system of logic* (Octava Ed.). New York: Harper and Brothers Publishers.
- Ministerio del Poder Popular de Petróleo y Minería PDVSA. (s. f.). Palabras del Presidente de la República, Comandante Hugo Chávez. Biblioteca Digital - Discursos. Recuperado a partir de [http://www.pdvsa.com/index.php?tpl=interface.sp/design/biblioteca/readdoc.tpl.html&newsid\\_obj\\_id=3407&newsid\\_temas=110](http://www.pdvsa.com/index.php?tpl=interface.sp/design/biblioteca/readdoc.tpl.html&newsid_obj_id=3407&newsid_temas=110)

- Ministerio del Poder Popular de Planificación de Venezuela. (s. f.). Sistema Integrado de Indicadores Sociales de Venezuela. Recuperado a partir de <http://sisov.mppp.gob.ve/indicadores/>
- Ministerio del Poder Popular para las Comunas y los Movimientos Sociales. (s. f.). El Ministerio. Recuperado a partir de <http://www.mpcomunas.gob.ve/el-ministerio/>
- Minougue, K. (1970). El populismo como movimiento político. En G. Ionescu & E. Gellner (Eds.), *Populismo: sus significados y características nacionales*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Molina, J., & Thibaut, B. (2005). Venezuela. En D. Nohlen (Ed.), *Elections in the Americas. A Data Handbook. Volume II: South America*. Oxford: Oxford University Press.
- Montecino, S. (2007). *Madres y huachos: alegorías del mestizaje chileno*. Santiago de Chile: Editorial Catalonia.
- Moos, M., & Koslin, B. (1951). Political leadership re-examined: an experimental approach. *Public Opinion Quarterly*, 15(3), 563–574.
- Morales, E., & Neira Parra, L. (2005). Los retos de la ciudadanía a los medios de comunicación social y a la formación profesional del comunicador. Venezuela: La ley de Responsabilidad Social en radio y Televisión. *Espacio abierto*, 14(3), 459–471.
- Morandé, P. (1987). *Cultura y modernización en América Latina. Ensayo sociológico acerca de la crisis del desarrollismo y de su superación*. Madrid: Ediciones Encuentro.
- Morandé, P. (2010). *Ritual y palabra. Aproximación a la religiosidad popular latinoamericana*. Santiago de Chile: Instituto de Estudios de la Sociedad.
- Morgan, L. H. (1971). *La sociedad primitiva* (Segunda ed.). Madrid: Ayuso.
- Mörner, M. (1990). Economía rural y sociedad colonial en las posesiones españolas de Sudamérica. En *Historia de América Latina III. América Latina Colonial: Economía*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Mouffe, C. (1999). *El retorno a lo político: comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Barcelona: Editorial Paidós.
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- MOXLAD. (s. f.). Base de datos de Historia Económica de América Latina Montevideo-Oxford. Recuperado a partir de <http://moxlad.fcs.edu.uy/es/basededatos.html>
- Mudde, C. (2004). The Populist Zeitgeist. *Government and Opposition*, 39, 542–563.

- Mudde, C. (2007). *Populist radical right parties in Europe*. New York: Cambridge University Press.
- Murilo de Carvalho, J. (1999). Vargas e os militares. En D. Pandolfi (Ed.), *Repensando o Estado Novo*. Rio de Janeiro: Ed. Fundação Getulio Vargas.
- Nachman, R. G. (1977). Positivism, Modernization, and the Middle Class in Brazil. *The Hispanic American Historical Review*, 57(1), 1–23.
- Nancy, J.-L. (2000). *La comunidad inoperante*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Nancy, J.-L. (2001). *La comunidad desbordada*. Madrid: Arena Libros.
- Natanson, J. (2010). La nueva izquierda latinoamericana frente a los medios de comunicación: una relación compleja. *Temas y debates*, 20, 61–67.
- Natanson, M. (1974). Introducción. En A. Schutz (Ed.), *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Natera, A. (2001). *El liderazgo político en la sociedad democrática*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Neira Parra, L. (2009). Guerra mediática en Venezuela y revolución. *Quórum Académico*, 6(1), 136–159.
- Nohlen, D. (2005). Chile. En D. Nohlen (Ed.), *Elections in the Americas. A Data Handbook. Volume II: South America*. Oxford: Oxford University Press.
- Norambuena, C. (1990). Chile. En H. A. Silva, J. S. Witter, & A. B. Santos (Eds.), *Inmigración y estadísticas en el Cono sur de América: Argentina, Brasil, Chile y Uruguay*. Montevideo: OEA, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Nun, J. (1968). A Latin American phenomenon: The middle-class military coup. En J. Petras & M. Zeitlin (Eds.), *Latin America: Reform or revolution? A reader*. Greenwich, Connecticut: Fawcett Publications.
- O'Donnell, G. (1974). *Estado y corporativismo*. Buenos Aires: Centro de Investigaciones y Administración Pública, Instituto Torcuato Di Tella.
- Ocampo, J., & Parra, M. (2003). Los términos del intercambio de los productos básicos en el siglo XX. *Revista de la CEPAL*, (79).
- Orren, K. (1991). *Belated feudalism: Labor, the law, and liberal development in the United States*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Paige, G. (1977). *The scientific study of leadership*. New York: Free Press.

- Panizza, F. (2000). Neopopulism and its limits in Collor's Brazil. *Bulletin of Latin American Research*, 19, 177–192.
- Panizza, F. (2005). Introduction: Populism and the Mirror of Democracy. En F. Panizza (Ed.), *Populism and the Mirror of Democracy*. London: Verso.
- Parker, D. (2001). El chavismo: populismo radical y potencial revolucionario. *Revista venezolana de economía y ciencias sociales*, 7(1), 13–44.
- Parsons, T. (1962). *Hacia una Teoría General de la Acción*. Buenos Aires: Kapelusz.
- Partido Comunista de Venezuela. Proyecto de Ley especial de los consejos socialistas de los trabajadores y trabajadoras (2007). Caracas.
- Partido Justicialista Provincia de Buenos Aires. (s. f.-a). Día del Trabajador - Plaza de Mayo 01/05/1949. Juan Domingo Perón - Discursos. Recuperado a partir de [http://www.pjbonaerense.org.ar/Peron\\_Discursos\\_01051949.aspx](http://www.pjbonaerense.org.ar/Peron_Discursos_01051949.aspx)
- Partido Justicialista Provincia de Buenos Aires. (s. f.-b). Discurso en Plaza de Mayo 17/10/1945. Juan Domingo Perón - Discursos. Recuperado a partir de [http://www.pjbonaerense.org.ar/Peron\\_Discursos\\_17101945.aspx](http://www.pjbonaerense.org.ar/Peron_Discursos_17101945.aspx)
- Pauwels, T. (2011). Measuring populism: A quantitative text analysis of party literature in Belgium. *Journal of Elections, Public Opinion and Parties*, 21(1), 97–119.
- Pedersen, M. (1983). Changing patterns of electoral volatility in European party system, 1948-1977: Explorations in explanations. En H. Daadler & P. Mair (Eds.), *Western European party systems: continuity and change*. Beverly Hills: SAGE Publications, Inc.
- Pérez Ochoa, E. (2005). Gauchos y llaneros en la Independencia. Elementos para un referencial comparativo. *Boletín de historia y antigüedades*, 92(830), 623–634.
- Perissinotto, R. M. (1994). *Classes dominantes e hegemonia na República Velha*. Campinas: Editora da Universidade Estadual de Campinas UNICAMP.
- Petróleos de Venezuela S.A. (s. f.). La apertura petrolera: privatización del negocio. Recuperado a partir de [http://www.pdvsa.com/index.php?tpl=interface.sp/design/readmenuhist.tpl.html&newsid\\_obj\\_id=111&newsid\\_temas=13](http://www.pdvsa.com/index.php?tpl=interface.sp/design/readmenuhist.tpl.html&newsid_obj_id=111&newsid_temas=13)

- Phelan, J. (1970). *The Millennial Kingdom of the Franciscans in the New World: A Study of the Writings of Gerónimo de Mendieta (1525-1604) (Segunda Ed.)*. Berkley: University of California Press.
- Picouet, M., Pellegrino, A., & Papail, J. (1986). L'immigration au Venezuela. *Revue européenne de migrations internationales*, 2(2), 25–47.
- Pierson, P. (2003). Big, Slow-Moving, and . . . Invisible: Macrosocial Processes in the study of Comparative Politics. En J. Mahoney & D. Rueschemeyer (Eds.), *Comparative Historical Analysis in the Social Sciences*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pitkin, H. (1985). *El concepto de representación*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Pizano, L. (2001). Caudillismo y clientelismo: expresiones de una misma lógica. *El Fracaso del Modelo Liberal en Latinoamérica*. *Revista de Estudios Sociales*, 9.
- Poblete, M. (2006). Populismo latinoamericano: una perspectiva comparada. *Revista de Ciencias Sociales Online*, 3(3), 71–95.
- Poblete, M. (2015). How to assess populist discourse through three current approaches. *Journal of Political Ideologies*, 20(2): 201-218.
- Potash, R. A. (1969). *The army and politics in Argentina (1928-1945). Yrigoyen to Perón*. Standford: Standford University Press.
- Potash, R. A. (1984). *Perón y el G.O.U. Los documentos de una logia secreta*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Prebisch, R. (1986). El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas. *Desarrollo Económico*, 26(103), 479–502.
- Pringle, H. F. (1931). *Theodore Roosevelt: A biography*. New York: Harcourt Brace.
- Ragin, C. (1998). *The Comparative Method: Moving Beyond Qualitative and Quantitative Strategies*. Berkley: University of California Press.
- Ragin, C., & Chirot, D. (1984). The world system of Immanuel Wallerstein: Sociology and politics as history. En T. Skocpol (Ed.), *Vision and Method in Historial Sociology*. New York: Cambridge University Press.
- Reniu, J. M. (2009). Volatilidad (Índices de). En *Diccionario Crítico de Ciencias Sociales*. Plaza y Valdés Editores.

- Roberts, K. (1995). Neoliberalism and the transformation of populism in Latin America: The Peruvian case. *World Politics*, 48, 82–116.
- Roberts, K. (2003). Social correlates of party system demise and populist resurgence in Venezuela. *Latin American Politics and Society*, 45(3), 35–57.
- Robles, F. (2001). Georg Simmel, precursor de la microsociología de la modernidad. *Atenea* (Concepción), (484), 119–139.
- Rocha Pino, M. (2010). El método de acomodación jesuita y la evangelización de las órdenes mendicantes en China Imperial. *Culturales*, 6(12), 147–180.
- Rodríguez, O. (1993). *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL* (Octava Ed.). México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Romero, L. A. (2002). *A History of Argentina in the Twentieth Century*. University Park, Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Rooduijn, M., & Pauwels, T. (2011). Measuring Populism: Comparing Two Methods of Content Analysis. *West European Politics*, 34(6), 1272–1283.
- Sahlins, M. (1983a). El espíritu del don. En M. Sahlins (Ed.), *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid: Akal.
- Sahlins, M. (1983b). La opulenta sociedad primitiva. En M. Sahlins (Ed.), *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid: Akal.
- Sahlins, M. (1983c). Sobre la sociología del intercambio primitivo. En M. Sahlins (Ed.), *Economía de la edad de Piedra*. Madrid: Akal.
- Salazar-Carrillo, J., & West, B. (2004). *Oil and Development in Venezuela During the 20th Century*. Westport, Connecticut: Praeger Publishers.
- Sánchez Capdequí, C. (2000). Presentación. Las formas sociales en G. Simmel. *Reis: Revista española de investigaciones sociológicas*, 89, 289–296.
- Sánchez-Albornoz, N. (1990). La población de la América colonial española. En L. Bethell (Ed.), *Historia de América Latina IV. América Latina colonial: Población, sociedad y cultura*. Barcelona: Editorial Crítica.
- Santos, R. (1984). Una historia obrera de Brasil. En P. González Casanova (Ed.), *Historia del movimiento obrero en América Latina. Volumen IV: Brasil, Chile, Argentina, Uruguay*. México D.F.: Siglo XXI Editores.



- Sartori, G. (1999). Comparación y método comparado. En G. Sartori & L. Morlino (Eds.), *Comparación en las ciencias sociales*. Madrid: Alianza Editorial.
- Saul, J. (1970). África. En G. Ionescu & E. Gellner (Eds.), *Populismo: sus significados y características nacionales*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Schamis, H. (1991). Reconceptualizing Latin American authoritarianism in the 1970s: From bureaucratic- authoritarianism to neoconservatism. *Comparative politics*, 23(2), 201–220.
- Schmitt, C. (1999). *El concepto de lo político: texto de 1932 con un prólogo y tres corolarios*. Madrid: Alianza Editorial.
- Schmitter, P. (1974). Still the Century of Corporatism? En F. Pike & T. Stritch (Eds.), *The new corporatism: social-political structures in the Iberian World*. London: International studies of the Committee on International Relations, University of Notre Dame Press.
- Schroeder, R. (2006). Introduction: the IEMP model and its critics. En J. A. Hall & R. Schroeder (Eds.), *An anatomy of power. The social theory of Michael Mann*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Schutz, A. (1972). *Fenomenología del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Schutz, A. (1974a). *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Schutz, A. (1974b). *Estudios sobre teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Schutz, A. (2001). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Schwartzman, S. (1977). Back to Weber: Corporatism and Patrimonialism in the Seventies. En J. M. Malloy (Ed.), *Authoritarianism and Corporatism*. Pittsburg: University of Pittsburg Press.
- Schwartzman, S. (1978). Struggling to be Born: The Scientific Community in Brazil. *Minerva*, 16(4), 545–580.
- Scully, T. (1992). *Los Partidos de Centro y la Evolución Política Chilena*. Santiago de Chile: CIEPLAN.
- Silva, H. A. (1990). Argentina. En H. A. Silva, J. S. Witter, & A. B. Santos (Eds.), *Inmigración y estadísticas en el Cono sur de América: Argentina, Brasil, Chile y Uruguay*. Montevideo: OEA, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Simmel, G. (1955). *Conflict and the Web of Group-Affiliations*. New York: The Free Press.

- Simmel, G. (1986a). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización. Volumen I.* Madrid: Alianza Editorial.
- Simmel, G. (1986b). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización. Volumen II.* Madrid: Alianza Editorial.
- Simmel, G. (2000a). El conflicto de la cultura moderna. *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 89, 315–330.
- Simmel, G. (2000b). La trascendencia de la vida. *Reis. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 89, 297–313.
- Sirvén, P. (2011). Perón y los medios de comunicación. La conflictiva relación de los gobiernos justicialistas con la prensa 1943-2011. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Sixirei Paredes, C. (2001). La Iglesia en Brasil en los años treinta: del anti-liberalismo a la defensa de la democracia. *Hispania Sacra*, 56(108), 695–705.
- Skidmore, T. (1995). Las dimensiones económicas del populismo en Argentina y Brasil. En C. Vilas (Ed.), *La democratización fundamental. El populismo en América Latina.* México D.F.: Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Skocpol, T. (1979). *State and social revolutions. A comparative analysis of France, Russia, and China.* New York: Cambridge University Press.
- Skocpol, T. (Ed.). (1984). *Vision and method in historical sociology.* New York: Cambridge University Press.
- Skocpol, T., & Somers, M. (1997). The uses of comparative history in macrosocial inquiry. En T. Skocpol (Ed.), *Social revolutions in the modern world.* New York: Cambridge University Press.
- Slatta, R. W. (1984). Gauchos, llaneros y cowboys: Un aporte a la historia comparada. *Boletín Americanista*, 34, 193–208.
- Smith, B. H. (1982). *Church and politics in Chile. Change to modern Catholicism.* Princeton: Princeton University Press.
- Snow, P. (1979). *Political forces in Argentina.* New York: Praeger Publishers.
- Sosa Gómez, F., & Ramírez Aleson, M. (2007). Análisis de los flujos de inversión directa en Venezuela: 1997-2004. *Compendium*, 10(19), 77–96.

- Stahler-Sholk, R. (1994). El ajuste neoliberal y sus opciones: la respuesta del movimiento nicaragüense. *Revista Mexicana de Sociología*, 56(3), 59–88.
- Stepan, A. (1978). *State and society: Perú in comparative perspective*. New York: Cambridge University Press.
- Stewart, A. (1970). Las raíces sociales. En G. Ionescu & E. Gellner (Eds.), *Populismo: sus significados y características nacionales*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Subsecretaría de Asuntos Políticos y Electorales de Argentina. (2008). *Historia Electoral Argentina (1912-2007)*. Buenos Aires: Ministerio del Interior, Argentina.
- Sunkel, O., & Paz, P. (1970). *El subdesarrollo latinoamericano y la Teoría del Desarrollo*. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Taggart, P. (1995). New populist parties in Western Europe. *West European Politics*, 18(1), 34–51.
- Taggart, P. (2000). *Populism*. Buckingham, Philadelphia: Open University Press.
- Taguieff, P.-A. (2007). *L'Illusion populiste*. Champs: Editions Flammarion.
- Tarver, H. M., & Frederick, J. C. (2005). *The history of Venezuela*. Westport, Connecticut: Greenwood Press.
- Taylor, A. M. (2008). Foreign Capital Flows. En V. Bulmer-thomas, J. H. Coatsworth, & R. Cortés Conde (Eds.), *The Cambridge Economic History of Latin America. Volume II: The Long Twentieth Century*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Thelen, K. (2002). The Explanatory Power of Historical Institutionalism. En R. Mayntz (Ed.), *Akteure - Mechanismen - Modelle: Zur Theoriefähigkeit makro-sozialer Analysen*. Frankfurt am Main: Campus Verlag.
- Tijeras, E. (1976). Venturi: El populismo ruso. *Tiempo de Historia*, 17, 104–108.
- Tilly, C. (1984). *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid: Alianza Editorial.
- Tilly, C. (1990). *Coercion, Capital, and European States, AD 990-1990*. Oxford: Basil Blackwell.
- Tilly, C. (2003). *Contention and Democracy in Europe, 1650–2000*. New York: Cambridge University Press.
- Tilly, C., & Tarrow, S. (2006). *Contentious Politics*. Oxford University Press, USA.
- Tönnies, F. (1927). *Comunidad y sociedad*. Buenos Aires: Editorial Losada.

- Touraine, A. (1978). *Actores sociales y sistemas políticos en Latinoamérica*. Santiago de Chile: PREALC (Alfabet).
- Tucker, R. (1995). *Politics as leadership*. Columbia: University of Missouri Press.
- Ulloa, V. (2003). *El Movimiento Sindical Chileno. Del siglo XX hasta nuestros días*. Santiago de Chile: OIT, CUT.
- United Nations Conference on Trade and Development. (2013). Consumer price indices, annual, 1980-2012. UNCTAD STAT. Recuperado a partir de <http://unctadstat.unctad.org>
- United Nations Conference on Trade and Development (UNCTAD). (2013). Terms of trade indices and purchasing power indices of exports, annual, 1980-2012. UNCTAD STAT. Recuperado a partir de <http://unctadstat.unctad.org/>
- Valencia, C. (2011). *We are the state! Grassroots participation in Venezuela's Bolivarian Revolution*. University of Illinois at Urbana-Champaign.
- Valenzuela Márquez, J. (2006a). Ambigüedades de la imagen en la cristianización del Perú: Trento, los jesuitas y el Tercer Concilio. *Investigaciones sociales*, 10(17), 491–503.
- Valenzuela Márquez, J. (2006b). Imágenes y reliquias en la cristianización del Perú (1569 - 1649): "... que las ymagenes son los ydolos de los christianos". *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, (43), 41–65.
- Varela, M. (2006). Le péronisme et les médias: contrôle politique, industrie nationale et goût populaire. *Le Temps des médias*, 7(2), 48–63.
- Vásquez-Rial, H. (1999). *La formación del país de los argentinos*. Barcelona, Buenos Aires: Javier Vergara, Grupo Zeta.
- Venegas, A. (1910). *Sinceridad. Chile íntimo en 1910*. Santiago de Chile: Imprenta Universitaria.
- Venturi, F. (1972). *Il Populismo Russo (Segunda Ed.)*. Torino: Giulio Einaudi.
- Vera Delgado, J. (2004). Cuánto más doy, más soy: discursos, normas y género en la institucionalidad de las organizaciones de riego tradicionales en los Andes del sur peruano. En J. Vera Delgado & F. Peña (Eds.), *Los pueblos indígenas y el agua: desafíos del siglo XXI*. México D.F.: El Colegio de San Luis.
- Vilas, C. (1995). Estudio preliminar. El populismo o la democratización fundamental de América Latina. En C. Vilas (Ed.), *La democratización fundamental. El populismo en*

- América Latina. México D.F.: Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Vilas, C. (2004). ¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas? El mito del “neopopulismo” latinoamericano. *Revista de Sociología e Política*, 22, 135–151.
- Villa, M., & Rodríguez, J. (1997). Dinámica sociodemográfica de las metrópolis latinoamericanas durante la segunda mitad del siglo XX. *Notas de Población*, 65, 17–110.
- Villamarín, J., & Villamarín, J. (1999). El trabajo indígena, su papel en la organización social y política prehispánica y colonial. En M. Carmagnani, A. Hernández Chávez, & R. Romano (Eds.), *Para una Historia de América III: Los nudos (2)*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Von Gierke, O. (1868). *Das deutsche Genossenschaftsrecht*. Graz, Austria: Akademische Druck-u. Verlagsanstalt.
- Waisbord, S. (2011). Between support and confrontation: Civic society, media reform, and populism in Latin America. *Communication, culture & critique*, 4, 97–117.
- Walicki, A. (1970). Russia. En G. Ionescu & E. Gellner (Eds.), *Populismo: sus significados y características nacionales*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Wallerstein, I. (1974). *The Modern World-System. Volume I: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century*. New York, Londres: Academic Press.
- Wallerstein, I. (1980). *The Modern World-System. Volume II: Mercantilism and the Consolidation of the European World-Economy, 1600-1750*. New York: Academic Press.
- Wallerstein, I. (1989). *The Modern World-System. Volume III: The Second Great Expansion of the Capitalist World-Economy, 1730-1840's*. San Diego: Academic Press.
- Wallerstein, I. (2004). *World-Systems Analysis: An introduction*. Durham, North Carolina: Duke University Press.
- Wallerstein, I. (2011). *The Modern World-System. Volume IV: Centrist Liberalism Triumphant, 1789–1914*. Berkley: University of California Press.
- Weber, M. (1969). *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península.

- Weber, M. (1999). *Economía y Sociedad. Esbozo de Sociología Comprensiva* (Segunda Ed.). México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Weffort, F. (1968). *Classes populares e desenvolvimento social: contribuição ao estudo do populismo*. Santiago de Chile: Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social.
- Weffort, F. (1998). El populismo en la política brasileña. En M. M. Mackinnon & M. A. Petrone (Eds.), *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la centista*. Buenos Aires: Eudeba.
- Werz, N. (2003). Alte und neue Populisten in Lateinamerika. En N. Werz (Ed.), *Populismus. Populisten in Übersee und Europa*. Opladen, Deutschland: Springer Fachmedien Weisbaden GmbH.
- Weyland, K. (1996). Neopopulism and neoliberalism in Latin America: Unexpected affinities. *Studies in Comparative International Development*, 31(3), 3–31.
- Weyland, K. (2003). Economic voting reconsidered: Crisis and charisma in the election of Hugo Chávez. *Comparative Political Studies*, 36(7), 822–848.
- Wiles, P. (1970). Un síndrome, no una doctrina: algunas tesis elementales sobre el populismo. En G. Ionescu & E. Gellner (Eds.), *Populismo: sus significados y características nacionales*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Witter, J. S., & Santos, A. B. (1990). Brasil. En H. A. Silva, J. S. Witter, & A. B. Santos (Eds.), *Inmigración y estadísticas en el Cono sur de América: Argentina, Brasil, Chile y Uruguay*. Montevideo: OEA, Instituto Panamericano de Geografía e Historia.
- Wolff, K. (Ed.). (1950). *The Sociology of George Simmel*. Glencoe, IL: Free Press.
- Zajícová, L. (1999). Algunos aspectos de las reducciones jesuíticas del Paraguay: la organización interna, las artes, las lenguas y la religión. *Philologica*, 74(1), 145–157.
- Zanluca, J. C. (s. f.). *A Consolidação das Leis do Trabalho - CLT. Guia Trabalhista*. Recuperado a partir de <http://www.guiatrabalhista.com.br/tematicas/clt.htm>
- Zavala, S. (1935). *La economía indiana*. Madrid: Centro de Estudios Históricos.



## **ANEXO**





## TABLAS

**Tabla i. Población Total y extranjera en Argentina, censos de 1869, 1895, 1914**

Año	Argentinos		Extranjeros		Total
	número	%	Número	%	
1869	1.531.359	87,84	211.933	12,16	1.743.292
1895	2.950.384	74,60	1.004.527	25,40	3.954.911
1914	5.527.285	70,10	2.357.952	29,90	7.885.237

Fuente: Silva *et al.* (1990: 21).

**Tabla ii. Población Total y Extranjera en Brasil, censos de 1872, 1890, 1900, 1920**

Año	Chilenos		Extranjeros		Total
	número	%	Número	%	
1872	9.723.602	96,16	388.459	3,84	10.112.061
1890	13.982.370	97,55	351.545	2,45	14.333.915
1900	16.159.371	92,67	1.279.063	7,33	17.438.434
1920	29.045.227	94,81	1.590.378	5,19	30.635.605

Fuente: Witter *et al.* (1990: 113).

**Tabla iii. Población Total y Extranjera en Chile, censos de 1865, 1895, 1920**

Año	Chilenos		Extranjeros		Total
	número	%	Número	%	
1865	1.795.214	98,68	24.009	1,32	1.819.223
1895	2.633.089	97,09	79.056	2,91	2.712.145
1920	3.633.363	96,79	120.436	3,21	3.753.799

Fuente: Norambuena (1990: 211).

**Tabla iv. Población Extranjera de algunas Provincias de Chile, censos 1865, 1895 y 1920**

Región	1865					1895					1920				
	Hombres		Mujeres		Total	Hombres		Mujeres		Total	Hombres		Mujeres		Total
	Nº	%	Nº	%		Nº	%	Nº	%		Nº	%	Nº	%	
Tarapacá						16.461	20,82	9.093	11,50	32,32	9.964	8,27	5.458	4,53	12,81
Antof.						4.069	5,15	2.141	2,71	7,86	10.813	13,68	4.909	6,21	19,89
Atacama	6.774	28,21	2.248	9,36	37,58	2.500	3,16	1.419	1,79	4,96	1.262	1,05	629	0,52	1,57
Valpo.	4.663	19,42	1.170	4,87	24,30	7.862	9,94	3.437	4,35	14,29	10.344	8,59	5.101	4,24	12,82
Santiago	1.719	7,16	693	2,89	10,05	7.993	10,11	4.224	5,34	15,45	17.487	14,52	11.181	9,28	23,8

Fuente: Norambuena (1990: 212). Las provincias seleccionadas en la tabla representan, en el año 1865, el 71,92% del total de extranjeros; para el año 1895 representan el 74,88%; y para el año 1914 representan el 70,89%.

**Tabla v. Población Extranjera según Actividad Económica en Chile: 1930**

Actividades	Patrones	Empleados	Obreros	Total activos	Inactivos	Total de Extranjeros	Total Actividad	% de extranjeros
Agricultura	3.913	452	2.572	6.937	4.476	11.413	1.758.177	0,65
Minería	408	1.527	3.764	5.699	3.391	9.090	193.722	4,69
Industrias	6.535	2.381	5.004	13.920	8.256	22.176	809.757	2,74
Comercio	16.491	6.800	1.253	24.544	13.005	37.549	469.737	7,99
Navegación	157	611	1.323	2.091	340	2.431	40.449	6,01
Comunic.	461	399	702	1.562	1.315	2.877	171.419	1,68
Otros	4.050	3.511	718	8.279	11.648	19.927	844.184	2,36
<b>Totales</b>	<b>32.015</b>	<b>15.681</b>	<b>15.336</b>	<b>63.032</b>	<b>42.431</b>	<b>105.463</b>	<b>4.287.445</b>	<b>2,46</b>

Fuente: Norambuena (1990: 227).

**Tabla vi. Urbanización y tasas de crecimiento, 1990-2000**

	Urbanización % (1995)	Crecimiento (1990-2000)				Urbanización (1990-2000)	Índice de Urbanización
		Vegetativo	Total	Urbano	Rural		
Argentina	88,1	1,2	1,2	1,5	-1,2	0,3	21,4
Brasil	78,3	1,6	1,6	2,5	-1,4	0,8	26,0
Chile	83,9	1,5	1,5	1,7	0,7	0,2	8,3
Venezuela	92,8	2,1	2,1	2,6	-3,3	0,4	42,0
Latinoamérica	74,3	1,8	1,8	2,5	-0,2	0,7	18,2

Fuente: Lattes (1995: 229-230).

**Tabla vii. Número de ciudades con más de 20 mil habitantes y porcentaje de la población, 1950-2000**

	1950		1960		1970		1980		1990		2000	
	Nº	%	Nº	%	Nº	%	Nº	%	Nº	%	Nº	%
Argentina	45	50,8	61	60,1	78	66,9	101	71,0	130	74,9	155	76,5
Brasil	84	28,8	155	28,9	236	46,7	388	52,2	571	58,4	745	64,5
Chile	25	47,1	32	55,1	36	62,0	44	68,5	52	72,1	58	75,4
Venezuela	21	38,7	34	52,7	46	63,5	64	70,5	72	71,5	110	-

Fuente: CELADE (2005: 32).

**Tabla viii. Estructura de las exportaciones argentinas (porcentajes), 1893-1929**

<i>Productos</i>	<i>1893-94</i>	<i>1900-04</i>	<i>1910-14</i>	<i>1925-29</i>
Animales vivos	5,8	2,3	2,0	0,9
Carne de vacuno refrigerada	0	0	0,6	7,5
Carne de vacuno congelada	0,1	3,9	7,6	3,3
Carne de oveja congelada	2,0	2,7	1,3	1,6
Carne salada	4,5	1,1	0,3	0,2
Otras carnes	-	-	-	2,8
Cueros y pieles	16,9	11,2	11,0	8,1
Lana	27,7	22,0	12,9	8,1
Mantequilla	0	0,7	0,3	1,7
Otros lácteos	-	-	-	0,4
Subproductos ganado (sebo)	2,7	2,1	2,5	1,6
Otros subproductos ganado	-	-	-	1,1
Trigo	25,9	20,7	19,4	22,2
Maíz	1,3	14,4	17,9	18,5
Semillas de lino	3,3	9,5	10,2	12,2
Otros cereales	-	-	-	3,0
Harina de trigo y sus subproductos	1,5	2,5	2,6	2,1
Semillas de maravilla y sus aceites	-	-	-	0,3
Frutas frescas	0	0	0	0,1
Algodón	0	0	0	0,5
Quebracho (madera) y sus productos	0,8	1,8	2,4	2,2
Azúcar	0	1,0	0,3	0,2
Productos de la minería, pesca y caza	0,9	0,5	0,5	0,1
Otros	-	-	-	1,2

Fuente: Díaz (1970: 18).

**Tablas ix. Estructura de las importaciones argentinas (porcentajes), 1900-1929**

<i>Productos</i>	<i>1900-04</i>	<i>1910-14</i>	<i>1925-29</i>
<i>Bienes de Consumo</i>	38,7	36,7	37,1
1. No durables	36,6	31,8	26,0
2. Durables	2,1	4,9	11,1
- Automóviles	(-)	(1,1)	(6,3)
- Otros	(2,1)	(3,8)	(4,8)
<i>Productos intermedios y materias primas</i>	37,2	32,6	30,8
1. Combustibles y lubricantes	3,1	5,1	4,7
2. Productos metálicos	7,6	6,2	5,9
3. Otros	26,5	21,3	20,2
<i>Bienes de capital</i>	21,0	29,9	31,8
1. Materiales de construcción	6,6	10,8	10,2
2. Maquinaria rural y equipamiento	1,6	2,3	4,9
3. Maquinaria industrial y equipamiento	12,1	14,2	13,3
4. Transporte y maquinaria de comunicaciones y equipamiento	0,7	2,6	3,4
<i>Miscelaneos</i>	3,1	0,6	0,4

Fuente: Díaz (1970: 15).

**Tabla x. Estructuras de las exportaciones en Brasil, 1925-1929**

<i>Commodities</i>	<i>1925-29</i>
<i>Productos agrícolas y ganaderos</i>	3.636.697
Café	2.510.156
Algodón	94.334
Pieles	263.464
Cocoa	148.889
Aceite vegetal	77.518
Azúcar	24.019
Pino	21.554
Cera de carnauba	67.844
Frutas	39.563
Tabaco	75.628
Arroz	4.077
Pelos (borra)	1.100
Maíz	1.980
Lana cruda	4.993
Otras maderas	8.483
Mantequilla de cocoa	296
Residuos sólidos de la producción de aceite	6.183
Extractos de carne	426
Carne	81.484
Caucho	114.708
Yerba Mate	89.998
<i>Minerales</i>	59.588
Mineral de manganesio	55.060
Mica	474
Cuarzo	4.054
<i>Manufacturas</i>	295
Textiles de algodón	295
<i>Miscelaneos</i>	13.494

Fuente: CEPAL (1951: 238). Miles de cruzeiros de 1937.

**Tabla xi. Estructuras de las importaciones en Brasil, 1925-1949**

<i>Grupos de commodities</i>	<i>1925-29</i>		<i>1945-49</i>	
	<i>Miles de cruzeiros de 1937</i>	<i>% del total de importaciones</i>	<i>Miles de cruzeiros de 1937</i>	<i>% del total de importaciones</i>
Productos alimenticios	1.332.840	21,84	1.171.685	19,20
Textiles	360.086	6,81	166.944	1,21
Productos químicos y farmacéuticos	109.035	3,00	348.178	5,60
Combustible y lubricantes	457.440	9,10	879.904	8,50
Papel, cartón y pulpa	123.568	2,64	155.919	3,59

Fuente: CEPAL (1951: 241).

**Tabla xii. Formación de capital fijo bruto como porcentaje de PIB en Argentina 1900-1937, según precios de 1937 y 1950**

Períodos	Precios de 1950	Precios de 1937
1900-09	39,2	17,2
1910-14	42,2	18,7
1915-19	13,0	6,0
1920-24	26,4	12,0
1925-29	33,3	15,3
1937	25,9	12,0

Fuente: Díaz, 1970: 29.

**Tabla xiii. Stock de capital extranjero en Argentina, 1900-1927**

	1900	1909	1913	1923	1927
Stock de largo plazo de inversión extranjera privada (millones de dólares a precios corrientes)	1.120	2.176	3.136	3.088	3.474
Reino Unido	912	1.423	1.860	1.906	2.002
Estados Unidos	-	19	39	193	487
Otros	-	733	1.237	989	984
Stock de capital fijo total controlado directa o indirectamente por extranjeros como porcentaje del stock total de capital fijo de Argentina	32%	41%	48%	37%	34%

Fuente: Díaz, 1970: 30.

**Tabla xiv. Inversión británica y estadounidense en Argentina, 1930-1931**

País inversor	1930 RIIA	1931 CEPAL
Inversión de EE.UU.	808	654
Bonos gubernamentales	449	-
Inversión directa	359	-
Inversión de Reino Unido	1.850	2.026
railways	1.055	1.312
Bonos gubernamentales	296	-
Otros	499	-

Fuente: Díaz, 1970: 32. Millones de dólares de cada año.

**Tabla xv. Flujos de capital bruto desde Reino Unido hacia el resto del mundo, 1865-1914**

País	Gobierno	Privados	Líneas de tren	Total	% de los flujos hacia la 'periferia'
Latinoamérica				760	48%
Argentina	78	271	201	349	22%
Brasil	79	93	55	173	11%
México	16	65	30	82	5%
Chile	29	32	15	62	4%
Perú	26	11	4	37	2%
Uruguay	10	21	16	31	2%
Cuba	6	20	13	26	2%
Otros países				812	52%
India	145	172	128	317	20%
Rusia	70	69	35	139	9%
Japón	73	6	2	78	5%
China	48	25	15	74	5%
Egipto	23	43		66	4%
Turquía	25	18	9	42	3%
Italia	23	18	10	41	3%
España	8	26	8	34	2%
Grecia	17	2	0	19	1%

Fuente: Taylor (2008: 73). Millones de Libras esterlinas.

**Tabla xvi. Inversión directa extranjera en Venezuela, 1997-2004**

	1997	1998	1999	2000	2001	2002	2003	2004
<b>Asociaciones y participaciones en el capital</b>	1.612 26%	1.904 38%	940 33%	2.615 59%	1.115 30%	577 74%	442 17%	351 23%
<b>Utilidades reinvertidas</b>	885 14%	1.166 23%	277 10%	354 8%	800 22%	797 102%	1.045 39%	1.535 101%
<b>Otro capital</b>	3.705 60%	1.915 39%	1.673 58%	1.732 37%	1.768 48%	-592 -76%	1.172 44%	-368 -24%
<b>Total</b>	6.202	4.958	2.890	4.701	3.683	782	2.659	1.518

Fuente: Sosa y Ramírez, 2007: 79. Millones de dólares corrientes.

**Tabla xvii. Padrón y participación electoral en diversas elecciones en Argentina, 1915-1973**

<i>Año</i>	<i>Tipo elección</i>	<i>Población Total</i>	<i>Electores registrados</i>	<i>Votos emitidos</i>	<i>% Padrón electoral</i>	<i>% Participación electoral</i>	<i>% de abstención</i>
1916	Pr/Pap	8.302.932	1.189.254	745.825	14,32	8,98	37,29
1918	Pap	8.589.923	1.303.446	780.747	15,17	9,09	40,10
1920	Pap	8.968.716	1.436.472	762.115	16,02	8,50	46,95
1922	Pr/Pap	9.521.398	1.586.366	876.354	16,66	9,20	44,76
1924	Pap	10.215.787	1.579.876	699.057	15,47	6,84	55,75
1926	Pap	10.804.170	1.799.131	884.646	16,65	8,19	50,83
1928	Pr	11.437.900	1.807.566	1.461.605	15,80	12,78	19,14
1928	Pap	11.437.900	1.807.566	1.461.581	15,80	12,78	19,14
1930	Pap	12.046.937	1.981.246	1.487.535	16,45	12,35	24,92
1931	Pr/Pat	12.286.756	2.116.552	1.554.437	17,23	12,65	26,56
1934	Pap	12.939.573	2.357.157	1.554.320	18,22	12,01	34,06
1936	Pap	13.371.734	2.431.129	1.722.717	18,18	12,88	29,14
1937	Pr	13.608.428	2.672.750	2.035.839	19,64	14,96	23,83
1938	Pap	13.840.658	2.705.347	1.846.180	19,55	13,34	31,76
1940	Pap	14.283.723	2.721.906	1.939.421	19,06	13,58	28,75
1942	Pap	14.755.720	3.058.946	1.586.806	20,73	10,75	48,13
1946	Pr/Pat	15.787.174	3.405.173	2.839.507	21,57	17,99	16,61
1948	AC/Pap	16.519.120	3.794.262	2.815.632	22,97	17,04	25,79
1951	Pr/Pat	17.644.000	8.633.998	7.593.948	48,93	43,04	12,05
1954	VPr	18.240.000	9.194.157	7.906.858	50,41	43,35	14,00
1957	AC	19.100.000	9.662.620	8.703.322	50,59	45,57	9,93
1958	Pr/Pat	19.380.000	10.002.237	9.088.497	51,61	46,90	9,14
1960	Pap	19.920.000	10.187.586	8.870.202	51,14	44,53	12,93
1962	Pap	20.540.000	10.596.321	9.084.512	51,59	44,23	14,27
1963	Pr/Pat	20.850.000	11.353.936	9.717.677	54,46	46,61	14,41
1965	Pap	22.180.000	11.460.766	9.565.574	51,67	43,13	16,54
1973	Pr/Pat	23.390.000	14.302.497	12.235.481	61,15	52,31	14,45
1983	Pr/Pat	29.227.000	17.929.951	14.927.572	61,35	51,07	16,75

Fuente: Jones, Lauga y León-Roesch, 2005: 68-69. Pr: presidencial; Pap: parlamentaria parcial; Pat: parlamentaria total; VPr: vicepresidencial; AC: Asamblea Constituyente.



**Tabla xviii. Padrón y participación electoral en diversas elecciones en Brasil, 1916-1983**

<i>Año</i>	<i>Tipo elección</i>	<i>Población Total</i>	<i>Electores registrados</i>	<i>Votos emitidos</i>	<i>% Padrón electoral</i>	<i>% Participación electoral</i>	<i>% de abstención</i>
1894	Pr	15.583.000	-	345.097	-	2,21	-
1906	Pr	20.427.000	-	294.401	-	1,44	-
1914	Pr	24.161.000	1.212.882	580.917	5,02	2,40	52,10
1922	Pr	28.542.000	1.305.826	833.270	4,58	2,92	36,19
1930	Pr	33.568.000	-	1.892.577	-	5,64	-
1933	CA/Pa	39.939.154	1.466.700	-	3,67	-	-
1934	Pa	40.462.000	1.466.700	-	3,62	-	-
1945	Pa	46.200.000	7.499.670	-	16,23	-	-
1945	Pr	46.200.000	7.459.849	-	16,15	-	-
1947	Pa	48.000.000	6.202.415	-	12,92	-	-
1950	Pa	51.944.397	11.455.149	8.240.996	22,05	15,87	28,06
1950	Pr	51.944.397	11.455.149	8.254.989	22,05	15,89	27,94
1954	Pa	56.998.000	15.104.604	9.890.475	26,50	17,35	34,52
1955	Pr	58.383.000	15.243.246	9.097.014	26,11	15,58	40,32
1958	Pa	63.101.627	13.780.480	12.678.997	21,84	20,09	7,99
1960	Pr	70.191.370	15.543.332	12.586.354	22,14	17,93	19,02
1962	Pa	75.246.000	18.528.847	14.747.221	24,62	19,60	20,41
1966	Pa	85.139.000	22.387.251	17.285.556	26,29	20,30	22,79
1970	Pa	93.139.037	28.966.114	22.435.521	31,10	24,09	22,55
1974	Pa	102.807.000	35.810.715	28.891.015	34,83	28,10	19,32
1978	Pa	113.481.000	46.985.446	37.627.823	41,40	33,16	19,92
1982	Pa	126.898.429	58.871.378	48.746.803	46,39	38,41	17,20

Fuente: Lamounier y Amorim Neto, 2005: 174-175. Pr: presidencial; Pap: parlamentaria parcial; Pat: parlamentaria total; VPr: vicepresidencial; AC: Asamblea Constituyente.

**Tabla xix. Padrón y participación electoral en diversas elecciones en Chile, 1915-1973**

<i>Año</i>	<i>Tipo elección</i>	<i>Población Total</i>	<i>Electores registrados</i>	<i>Votos emitidos</i>	<i>% Padrón electoral</i>	<i>% Participación electoral</i>	<i>% de abstención</i>
1915	Pa	3.550.000	184.807	150.297	5,21	4,23	18,67
1918	Pa	3.690.000	341.872	181.550	9,26	4,92	46,90
1920	Pr	3.790.000	370.314	166.917	9,77	4,40	54,93
1921	Pa	3.850.000	370.314	196.537	9,62	5,10	46,93
1925	Pa	4.070.000	302.307	261.779	7,43	6,43	13,41
1925	Pr	4.070.000	302.142	260.895	7,42	6,41	13,65
1927	Pr	4.190.000	328.700	231.372	7,84	5,52	29,61
1931	Pr	4.430.000	388.959	285.810	8,78	6,45	26,52
1932	Pa	4.500.000	429.772	328.207	9,55	7,29	23,63
1932	Pr	4.500.000	464.879	345.892	10,33	7,69	25,60
1937	Pa	4.840.000	495.648	412.230	10,24	8,52	16,83
1938	Pr	4.910.000	503.871	445.411	10,26	9,07	11,60
1941	Pa	5.150.000	575.625	457.489	11,18	8,88	20,52
1942	Pr	5.240.000	581.486	466.507	11,10	8,90	19,77
1945	Pa	5.540.000	624.495	449.916	11,27	8,12	27,96
1946	Pr	5.640.000	631.257	479.310	11,19	8,50	24,07
1949	Pa	5.960.000	591.994	470.376	9,93	7,89	20,54
1952	Pr	6.300.000	1.105.029	957.102	17,54	15,19	13,39
1953	Pa	6.460.000	1.100.027	779.621	17,03	12,07	29,13
1957	Pa	7.140.000	1.284.159	878.229	17,99	12,30	31,61
1958	Pr	7.320.000	1.497.493	1.250.350	20,46	17,08	16,50
1961	Pa	7.760.000	1.858.980	1.385.676	23,96	17,86	25,46
1964	Pr	8.330.000	2.915.121	2.530.697	35,00	30,38	13,19
1965	Pa	8.510.000	2.910.615	2.353.123	34,20	27,65	19,15
1969	Pa	9.200.000	3.244.892	2.406.129	35,27	26,15	25,85
1970	Pr	9.370.000	3.539.747	2.954.799	37,78	31,53	16,53
1973	Pa	9.860.000	4.510.060	3.687.105	45,74	37,39	18,25

Fuente: Nohlen (2005: 263-264). Pr: presidencial; Pa: parlamentaria.

**Tabla xx. Padrón y participación electoral en diversas elecciones en Venezuela, 1973-2013**

<i>Año</i>	<i>Tipo elección</i>	<i>Población Total</i>	<i>Electores registrados</i>	<i>Votos emitidos</i>	<i>% Padrón electoral</i>	<i>% Participación electoral</i>	<i>% de abstención</i>
1946	AC	4.390.000	1.621.687	1.403.717	36,94	31,98	13,44
1947	Pr	4.500.000	1.662.000	1.198.869	36,93	26,64	27,87
1958	Pr	6.785.000	2.913.801	2.772.053	42,94	40,86	4,86
1958	Pa	6.785.000	2.913.801	2.684.949	42,94	39,57	7,85
1963	Pr	8.150.000	3.367.787	3.107.563	41,32	38,13	7,73
1963	Pa	8.150.000	3.367.787	3.059.434	41,32	37,54	9,16
1968	Pr	9.687.000	4.134.928	3.999.617	42,69	41,29	3,27
1968	Pa	9.687.000	4.134.928	3.907.823	42,69	40,34	5,49
1973	Pr	11.280.000	4.737.152	4.571.561	42,00	40,53	3,50
1973	Pa	11.280.000	4.737.152	4.572.187	42,00	40,53	3,48
1978	Pr	13.122.000	6.223.903	5.449.801	47,43	41,53	12,44
1978	Pa	13.122.000	6.223.903	5.449.790	47,43	41,53	12,44
1983	Pr	17.317.000	7.777.892	6.792.208	44,91	39,22	12,67
1983	Pa	17.317.000	7.777.892	6.789.061	44,91	39,20	12,71
1988	Pr	18.751.000	9.185.647	7.518.663	48,99	40,10	18,15
1988	Pa	18.751.000	9.185.647	7.500.085	48,99	40,00	18,35
1993	Pr/Pa	20.913.000	9.688.795	5.829.216	46,33	27,87	39,84
1998	D	23.410.000	10.991.482	5.792.391	46,95	24,74	47,30
1998	S	23.410.000	10.991.482	5.884.588	46,95	25,14	46,46
1998	Pr	23.446.000	11.013.020	6.988.291	46,97	29,81	36,55
1999	Ref	23.623.000	11.022.031	4.001.672	46,66	16,94	63,69
1999	AC	23.783.000	10.986.871	5.079.445	46,20	21,36	53,77
1999	Ref	23.920.000	10.940.596	4.891.786	45,74	20,45	55,29
2000	Pr	24.208.000	11.720.660	6.637.276	48,42	27,42	43,37
2000	Pa	24.208.000	11.705.702	6.559.146	48,35	27,09	43,97
2000	Ref	24.401.000	11.784.831	2.632.523	48,30	10,79	77,66
2004	Ref	26.127.000	14.037.900	9.815.631	53,73	37,57	30,08
2005	Pa	26.577.423	13.933.494	-	52,43	-	-
2006	Pr	27.030.656	15.785.777	11.790.397	58,40	43,62	25,31
2010	Pa	28.833.845	17.490.878	-	60,66	-	-
2012	Pr	29.718.357	18.903.937	15.176.253	63,61	51,07	19,72
2013	Pr	30.155.352	18.904.364	15.059.630	62,69	49,94	20,34

Fuente: Molina y Thibaut (2005: 556); Consejo Nacional Electoral de Venezuela (<http://www.cne.gov.ve/>).

Pr: presidencial; Pa: parlamentaria; AC: Asamblea Constituyente; Ref: Referendum.

**Tabla xxi. Volatilidad en elecciones de diputados nacionales y presidenciales en Argentina, 1912-1962**

Partido	1912-14	1914-18	1918-20	1920-24	1924-26	1926-30	1930-34	1934-36	1936-38	1938-40	1940-42	1942-46	1946-51	1951-54	1954-58	1958-60	1960-62
Justicialista <sup>a</sup>												52,4	10,09	0,03	61,41		
Laborista <sup>b</sup>																0,7	7,18
Tres Banderas <sup>b</sup>																0,89	17,8
Unión Popular <sup>b</sup>																	
Comunistas <sup>c</sup>				0,47	0,33	0,02	0,78							0,18	1,12	0,23	0,23
Concordancia <sup>d</sup>							3,79	2,02	6,68	4,89	5,96	9,52					
Conservador	6,04	0,98	3,87	8,58	0,78	5,98	10,34				0,15	0,15				3,18	3,18
Demócrata Cristiano															3,14	0,74	1,98
Demócrata Nacional <sup>e</sup>							26,44	4,95	11	9,09	9,86	31,73	0,77	0,88	0,19	1,68	1,39
Demócrata Progresista			10,09	0,65	4,25	3,96	0,97	3,51	4,67		2,42			0,66	0,71	1,32	1,22
Liberal	2,94	1,63	2,03	2,09	0,29	2,97	1,1	0,57	0,09	0,9					0,57	0,57	
'Liberales' <sup>f</sup>	3,43	3,43		3,77	0,76	3,01											
Socialista	3,86	1,01	2,99	3,31	3,49	2,74	8,68	8,27	3,36	2,63	1,29			0,72	2,01	1,1	0,91
Otros 'socialista' <sup>g</sup>	4,87	4,33	0,54			7,45	7,04	0,29	0,74	1,22	0,22					7,5	3
Unión Democrática <sup>h</sup>												6,4	9,01				
UCR <sup>i</sup>	15,46	14,81	2,65	18,52	25,92	41,57	29,04	29,27	18,02	21,44	20,82			0,51	32,32	0,73	0,73
UCR Intransigente															44,79	24,35	4,76
UCR Pueblo															28,8	5,57	4,53
UCR Anti-personalista						6,64	6,64	3,22	1,96	1,26	1,38	0,31	6,55	8,24			
UCR Av. de Mayo					38,19	38,19	1,72	1,72									
UCR Unificada						10,76	2,34	4,84	1,27	0,22	1,3	1,23					
Otras 'UCR' <sup>j</sup>	8,46	3,94	1,62	11,55	11,6	0,93	0,77	5,52	5,23	6,77	0,26	1,05			0,83	0,23	0,26
Otros	11,34	23,5	10,1	2,64	5,76	2,15	4,84	5,16	6,5	3,63	3,16	5,69	1,41	0,22	5,74	0,97	2,01
<b>VE Total</b>	<b>21,54</b>	<b>29,35</b>	<b>20,00</b>	<b>29,80</b>	<b>50,15</b>	<b>63,85</b>	<b>49,45</b>	<b>29,01</b>	<b>29,63</b>	<b>25,29</b>	<b>28,60</b>	<b>57,20</b>	<b>11,17</b>	<b>1,60</b>	<b>90,82</b>	<b>24,88</b>	<b>26,04</b>

Fuente: Elaborado en base a Subsecretaría de Asuntos Políticos y Electorales de Argentina (2008). Desde 1912 a 1942 y de 1960 a 1962 corresponden a elecciones de Diputado Nacional; en 1946, 1951 y 1958 las elecciones consideradas corresponden a presidenciales; en 1954 la elección es vicepresidencial.

<sup>a</sup> Denominado originalmente como Partido Laborista, que compitió en alianza con otros partidos menores para la elección de 1946; <sup>b</sup> Considerado como un partido post-peronista, es decir, luego del derrocamiento de Perón, el peronismo se manifestó de cierto forma bajo estos partidos; <sup>c</sup> Se consideraron acá conjuntamente a dos partidos con denominación 'comunista'; <sup>d</sup> En conjunto con otros partidos en 1940; <sup>e</sup> desde 1951 se considera la votación del Partido Demócrata, que fue la principal escisión del Partido Demócrata Nacional; <sup>f</sup> otros tres partidos con denominación 'liberal'; <sup>g</sup> otros partidos con denominación 'socialista', cinco entre 1918 y 1940, dos en 1960, y cinco en 1962; <sup>h</sup> Compuesta por la Unión Cívica Radical, el Partido Socialista, el Partido Demócrata Progresista y el Partido Comunista; <sup>i</sup> Unión Cívica Radical; <sup>j</sup> Otras denominaciones 'Unión Cívica Radical', 43 partidos entre 1912 y 1942, tres partidos en 1946, cuatro partidos en 1958; cuatro partidos en 1960, cinco partidos en 1962.

**Tabla xxii. Volatilidad en elecciones de diputados en Brasil, 1945-1982**

<b>Partido</b>	<b>1945-47</b>	<b>1947-50</b>	<b>1950-54</b>	<b>1954-58</b>	<b>1958-62</b>	<b>1962-66</b>	<b>1966-74</b>	<b>1974-78</b>	<b>1978-82</b>
Social-Democrata (PSD)	7,02	8,26	3,86	3,19	1,59	13,64			
União Democrática Nacional (UDN)	7,97	17,28	2,72		1,04	18,76			
Trabalhista Brasileiro (PTB)	3,74	2,66	0,79	0,21	1,69	21,82			4,45
Comunista Brasileiro (PCB)	8,27	0,18							
Reformador (PR)	2,68	1,83	2,82	5,06	2,84	2,22			
Social Progressista (PSP)		7,29	2,06	9,35	1,02	1,02			
Social Trabalhista (PST)		2,13	1,78	0,65	0,31	0,69			
Trabalhista Nacional (PTN)		2,75	0,68	2,05	0,02				
Socialista Brasileiro (PSB)					1,48	1,48	0,22	0,22	
Partido Social Popular					2,53	2,53			
Democrata Cristão (PDC)				2,72	2,27	0,45			
ARENA <sup>a</sup>							11,98	1,58	7,2
Movimento Democrático Brasileiro <sup>b</sup>							11,98	1,58	6,62
Democrático Trabalhista (PDT)									5,82
Partido dos Trabalhadores (PT)									3,55
Otros	2,95	22,16	6,48	7,55	11,1	49,66			
<b>VE Total</b>	<b>16,32</b>	<b>32,27</b>	<b>11,34</b>	<b>17,40</b>	<b>12,32</b>	<b>54,24</b>	<b>11,98</b>	<b>1,58</b>	<b>13,82</b>

Fuente: Political Database of the Americas (Center for Latin American Studies - Georgetown University).

<sup>a</sup> Aliança Renovadora Nacional, nace del PSD y UDN, en 1982 se denomina Partido Democrático Social (PDS), <sup>b</sup> MDB, proviene básicamente del PTB.

**Tabla xxiii. Volatilidad en elecciones de diputados y Asamblea Nacional en Venezuela, 1912-1962**

Partido	1958-63	1963-68	1968-73	1973-78	1978-83	1983-88	1988-93	1993-98	1998-2000	2000-05	2005-10
MVR <sup>a</sup>								19,9	24,5	15,6	14,8
MEP <sup>b</sup>		12,9	7,9	2,8	0,2	0,4	1,0	0,3	0,3	1,1	1,1
PCV <sup>c</sup>	6,2		1,2	0,2	0,7	1,7	0,4	0,2	0,6	2,7	1,4
AD <sup>d</sup>	16,8	7,1	18,8	4,7	10,2	6,6	20,0	0,8	8,0	16,1	7,3
COPEI <sup>e</sup>	5,6	3,2	6,2	9,6	11,1	2,4	8,5	10,6	6,9	5,1	5,4
URD <sup>f</sup>	9,4	8,2	6,0	1,5	0,2	0,5	0,8	0,2	0,4		
MAS <sup>g</sup>			5,3	0,9	0,5	4,5	0,6	1,9	3,6	5,0	0,3
La Causa R				0,2	0,3	1,1	19,1	17,7	3,0		0,9
Movimiento Primer Justicia											8,5
Un Nuevo Tiempo											9,0
PODEMOS <sup>h</sup>										8,2	4,5
Convergencia							13,8	11,3	2,5		
FDP <sup>i</sup>	9,6	4,3	4,1	0,9	0,3						
CIPFN <sup>j</sup>	13,3	10,7	2,3	0,3							
Cruzada Cívica Nac.		10,9	6,6	4,1	0,2						
PRVZL <sup>k</sup>								10,4	3,5	6,9	3,3
PPT <sup>l</sup>								3,4	3,4	6,8	4,0
Otros	3,9	3,3	4,6	3,8	0,9	1,2	3,6	7,3	7,6	1,2	9,0
<b>VE Total</b>	<b>32,4</b>	<b>30,3</b>	<b>31,5</b>	<b>14,5</b>	<b>12,3</b>	<b>9,2</b>	<b>33,9</b>	<b>42,0</b>	<b>32,1</b>	<b>34,4</b>	<b>34,7</b>

Fuente: Elaborado en base Molina y Thibaut (2005) y a los datos del CNE (Consejo Nacional Electoral de Venezuela). Disponibles en: <http://www.cne.gob.ve>. Desde 1958 hasta 1988 corresponde a elecciones del Congreso, desde 1993 hasta 1998 corresponde a elecciones para diputados, mientras que desde 2000 hasta 2010 corresponden a los resultados electorales para la Asamblea Nacional.

<sup>a</sup> Movimiento Quinta República, que luego pasó a denominarse PSUV (Partidos Socialista Unido de Venezuela) en conjunto con otros partidos de izquierda, a partir de 2006; <sup>b</sup> Movimiento Electoral Popular - Partidos Socialista de Venezuela; <sup>c</sup> Partido Comunista Venezolano; <sup>d</sup> Acción Democrática; <sup>e</sup> Comité Político Electoral Independiente; <sup>f</sup> Unión Republicana Democrática; <sup>g</sup> Movimiento al Socialismo (incluido el Movimiento de Izquierda Revolucionario en 1988); <sup>h</sup> Por la Democracia Social; <sup>i</sup> Fuerza Democrática Popular; <sup>j</sup> Comité Independiente Pro Frente Nacional, luego FND (Frente Nacional Democrático); <sup>k</sup> Proyecto Venezuela; <sup>l</sup> Patria para Todos.

**Tabla xxiv. Volatilidad en elecciones para el Congreso en Chile, 1912-1973**

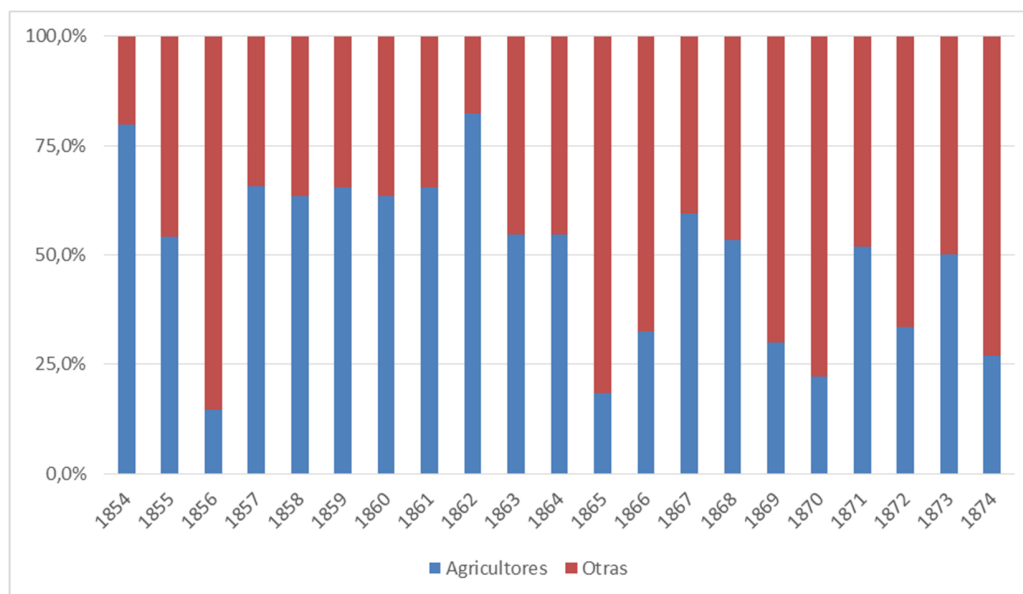
<b>Partido</b>	<b>1912-15</b>	<b>1915-18</b>	<b>1918-21</b>	<b>1921-32</b>	<b>1932-37</b>	<b>1937-41</b>	<b>1941-45</b>	<b>1945-49</b>	<b>1949-53</b>	<b>1953-57</b>	<b>1957-61</b>	<b>1961-65</b>	<b>1965-69</b>	<b>1969-73</b>
Conservador	0,1	2,2	0,1	2	4,1	4,1	6,4	0,9	8,3	3,2	3,3	9,1		
Liberal	11,6	4	11	18,1	3,4	6,7	6,1	0,8	8,4	4,5	0,7	8,8	7,5	1,3
Falange / PDC						3,4	0,8	1,3	1	6,5	6	27	12,5	0,7
Radical	4,6	3,5	5,7	12	0,3	4,3	3,1	7,8	12,1	6,5	0,7	8,1	0,3	9,3
Ibañistas (PAL y otros)								8,3	11	11,1	7,8			
Democrático	3,1	1,4	5,4	1,3	4,3	3,7	0,3	1,4	1,2	0,6	1,9	6,9		
Socialista (varias facciones)				6,4	4,8	11	9,3	3,4	4,8	3,5		0,4	1,9	6,5
Comunista					4,2	7,6	1,5	10,3			11	1	3,5	0,3
Otros	4	3,9	0,5	23	11,5	11,7	2,5	3,4	16	5,5	8,2	5,4	0,1	1,9
<b>VE Total</b>	<b>11,7</b>	<b>7,5</b>	<b>11,35</b>	<b>31,4</b>	<b>16,3</b>	<b>26,25</b>	<b>15</b>	<b>18,8</b>	<b>31,4</b>	<b>20,7</b>	<b>19,8</b>	<b>33,35</b>	<b>12,9</b>	<b>10,0</b>

Fuente: Elaborado en base a Scully (1992: 130, 138, 220 y 221).

\* Desde 1912 a 1932, según la fuente, las votaciones corresponden a elecciones para Diputados. Desde 1937 a 1973, las elecciones corresponden al Congreso en su totalidad propiamente tal. Los porcentajes están calculados en base al total de votos positivos, excluyendo nulos y blancos.

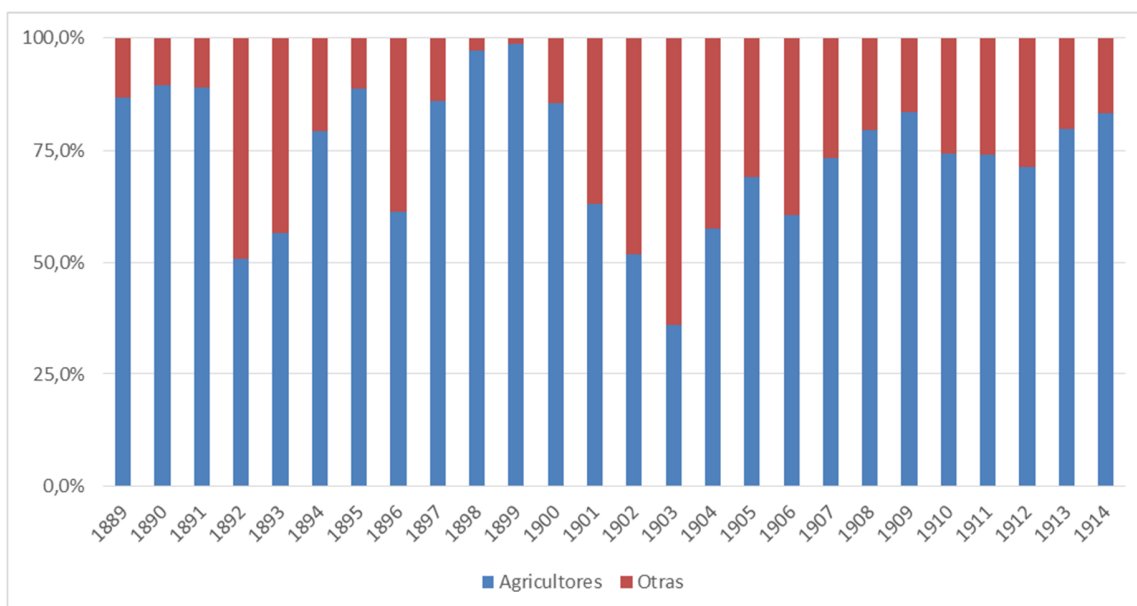
## GRÁFICOS

**Gráfico i. Porcentaje de inmigrantes agricultores respecto de otros oficios en Rio Grande do Sul, 1854-1874**



Fuente: Witter *et al.* (1990: 187).

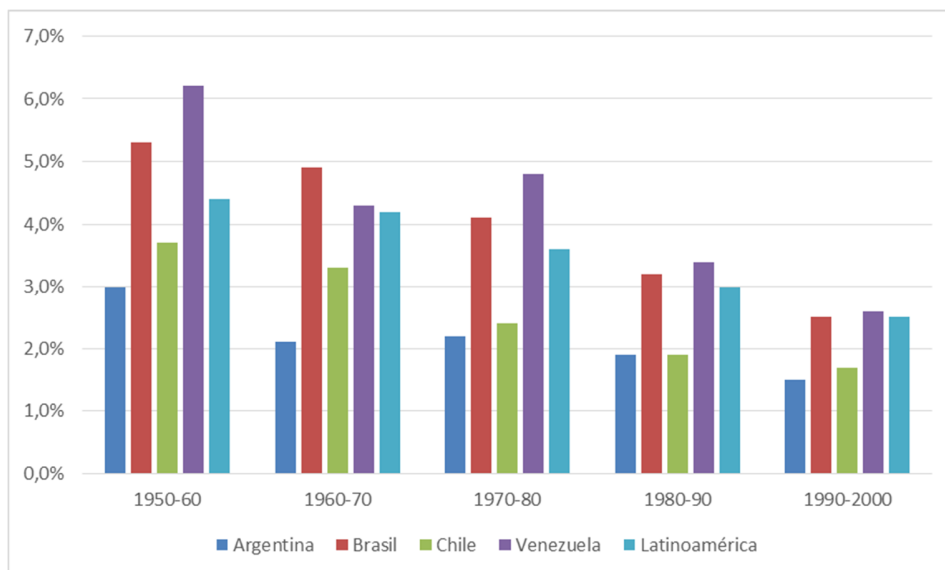
**Gráfico ii. Porcentaje de inmigrantes agricultores respecto de otros oficios, 1889-1914**



Fuente: Witter *et al.* (1990: 187).

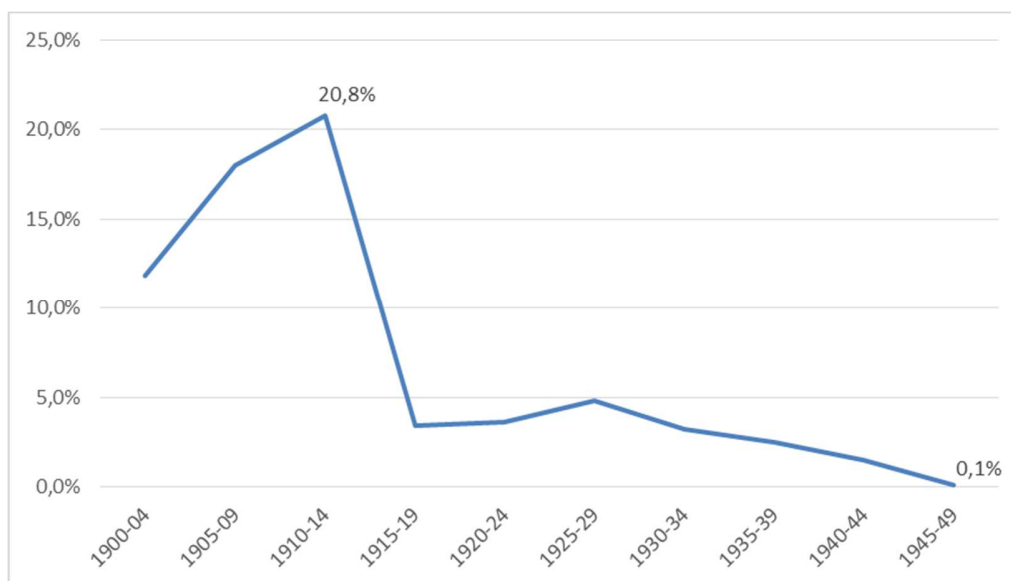


**Gráfico iii. Tasa de crecimiento de la población urbana (porcentajes), 1950-2000.**



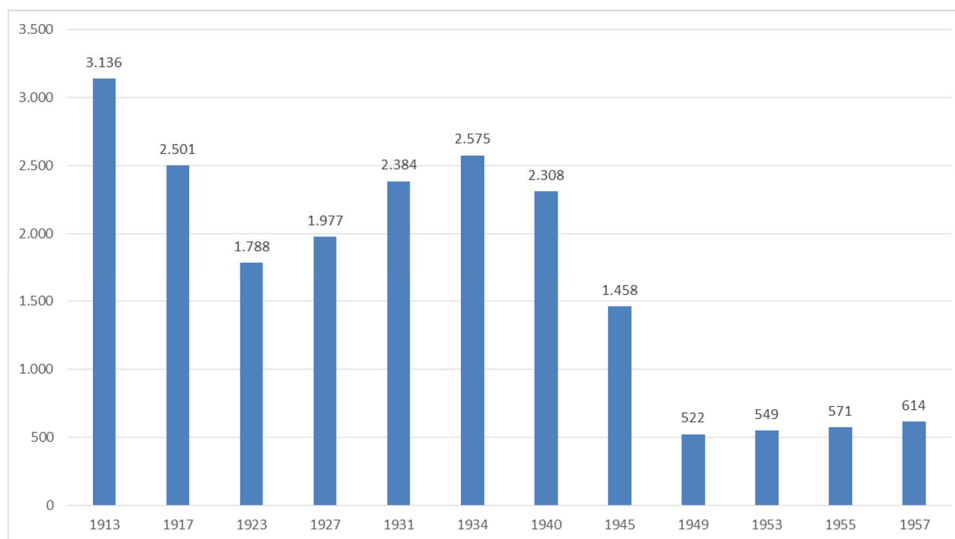
Fuente: Lattes (1995: 227).

**Gráfico iv. Inversión extranjera como porcentaje del PIB en Argentina, 1900-1949**



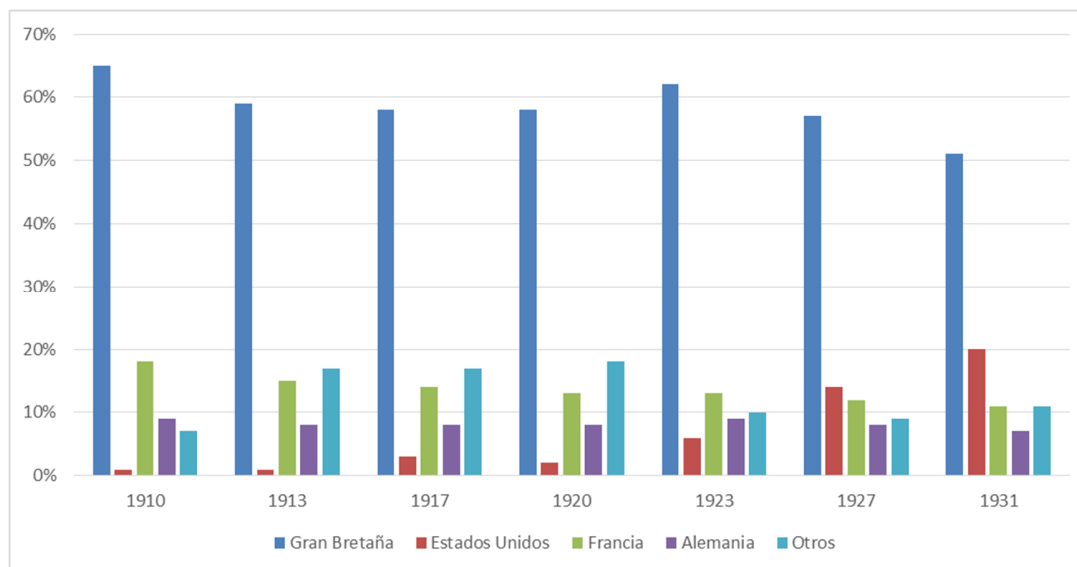
Fuente: Martorell (1969: 94). Promedios anuales.

**Gráfico v. Inversión extranjera privada en Argentina, 1913-1949**



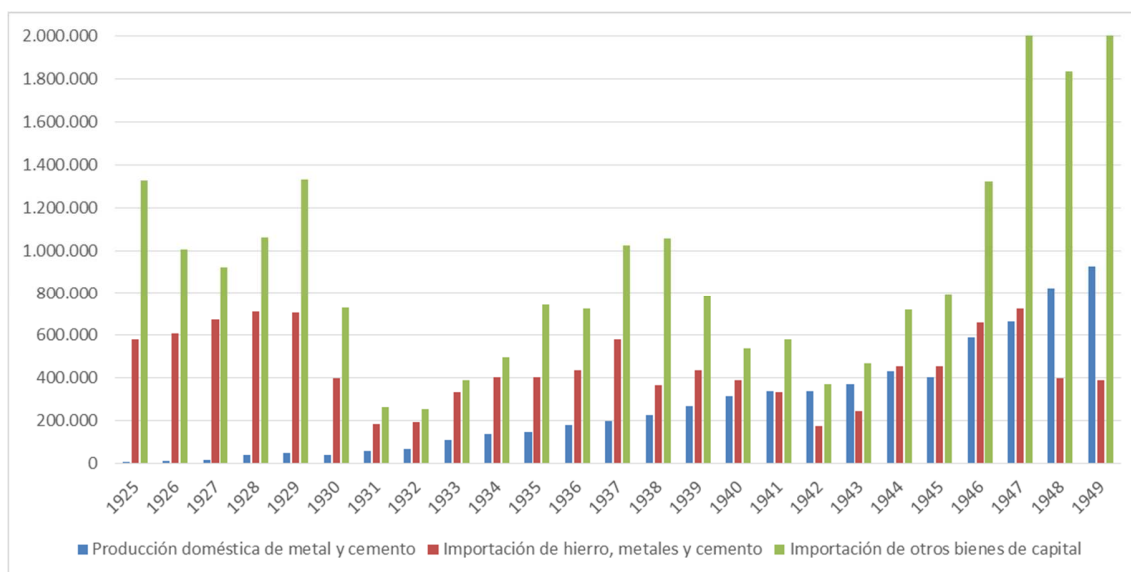
Fuente: Martorell (1969: 91). Millones de dólares de 1913.

**Gráficos vi. Inversiones de capital extranjero en Argentina según país de origen, 1910-1931**



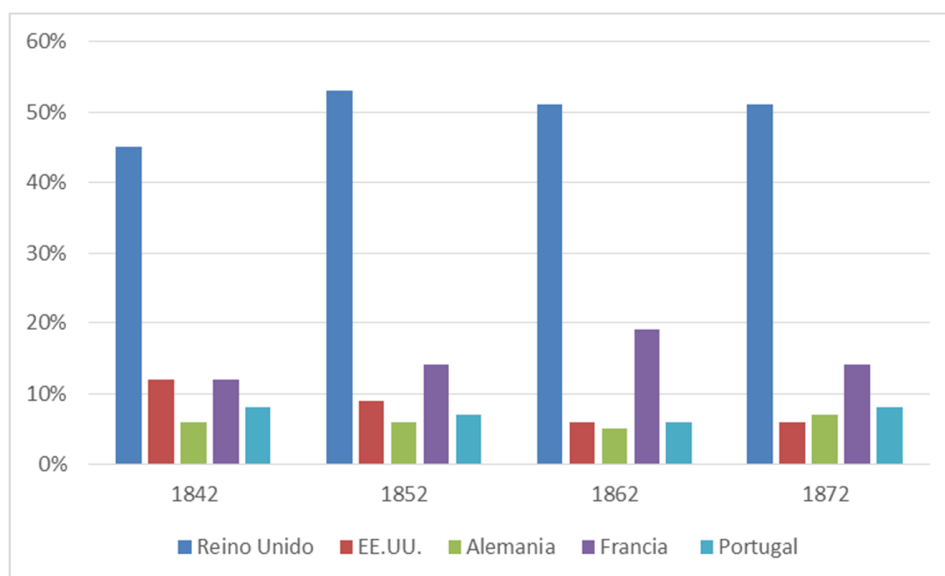
Fuente: Beveraggi (1954: 61).

**Gráfico vii. Índices de formación de capital en Brasil, 1925-1949**



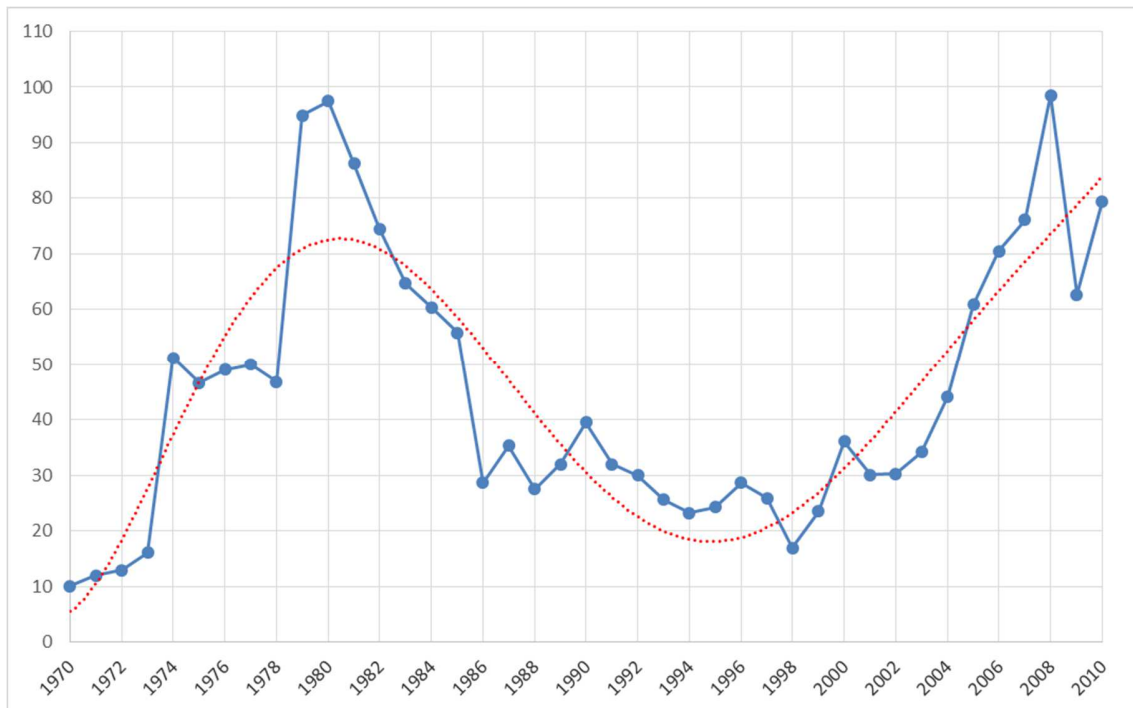
Fuente: CEPAL (1951: 218). Miles de cruzeiros de 1937.

**Gráfico viii. Distribución porcentual de inversiones de capital extranjero durante el Imperio, 1842-72**



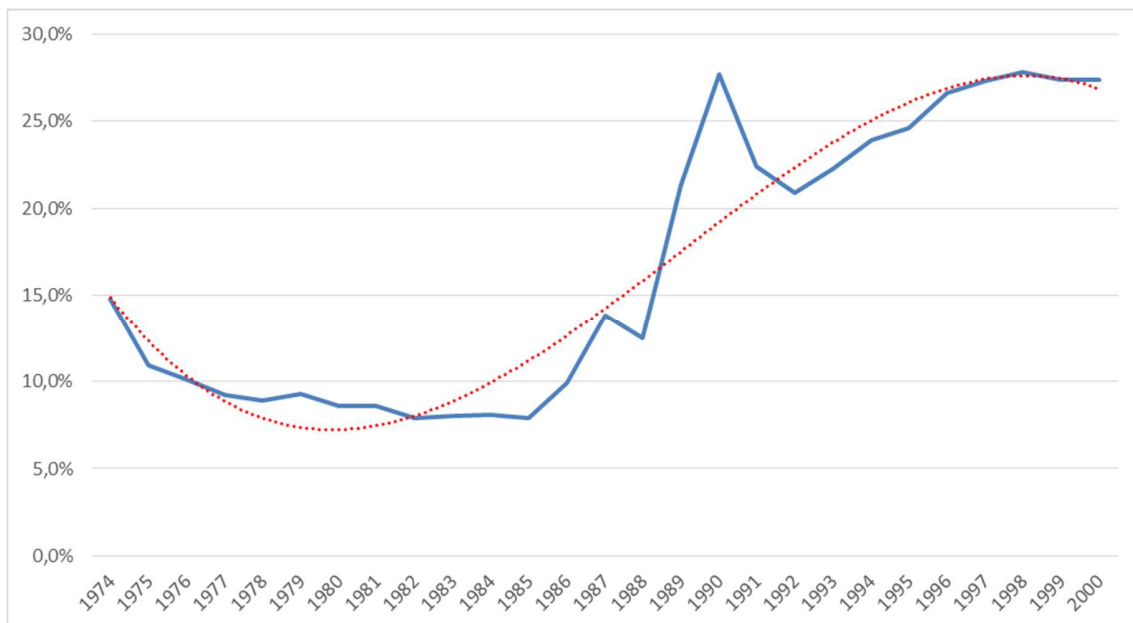
Fuente: Haber y Klein (1997: 251).

**Gráfico ix. Precio Internacional del Petróleo, 1970-2010**



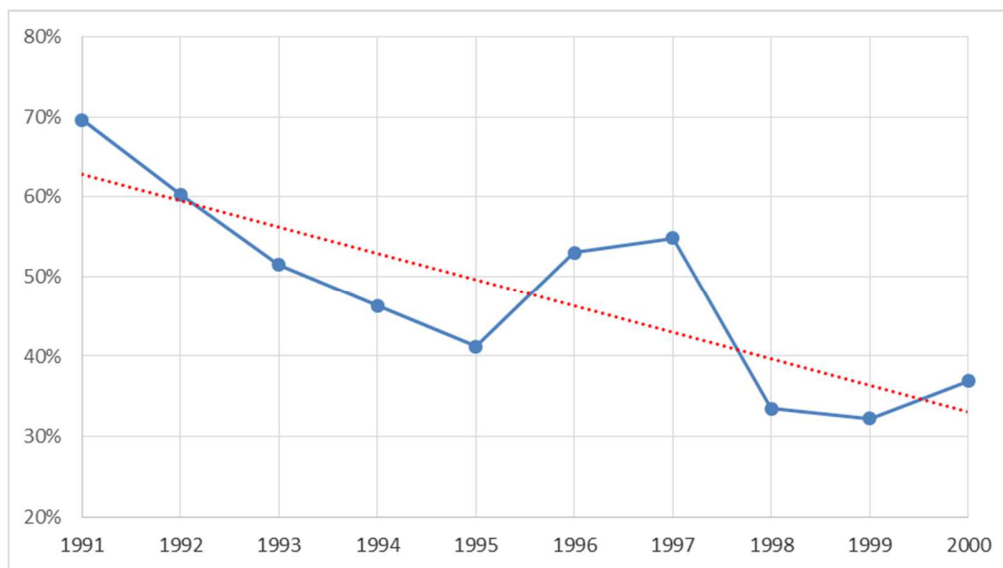
Fuente: British Petroleum. En dólares estadounidenses por barril (42 galones). Con línea de tendencia polinómica de orden 6.

**Gráfico x. Petróleo como porcentaje del PIB en Venezuela, 1974-2000**



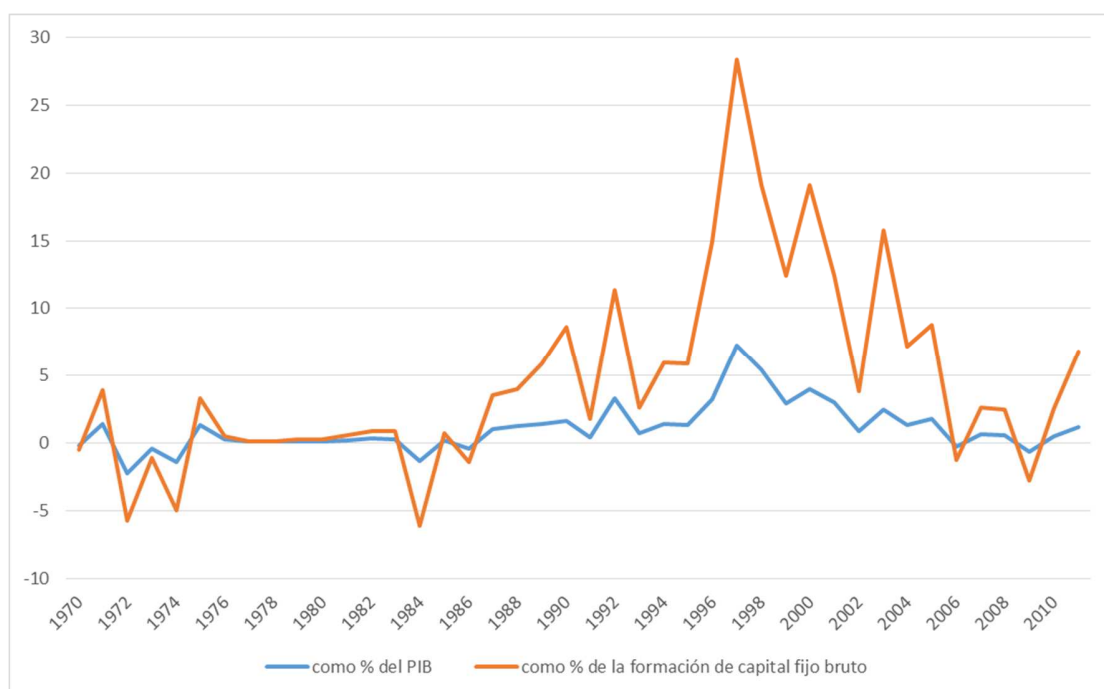
Fuente: Salazar-Carrillo y West (2004: 213, 226 y 248). Con línea de tendencia polinómica de orden 4.

**Gráfico xi. Ingresos del petróleo como porcentaje del total de ingresos, 1991-2000**



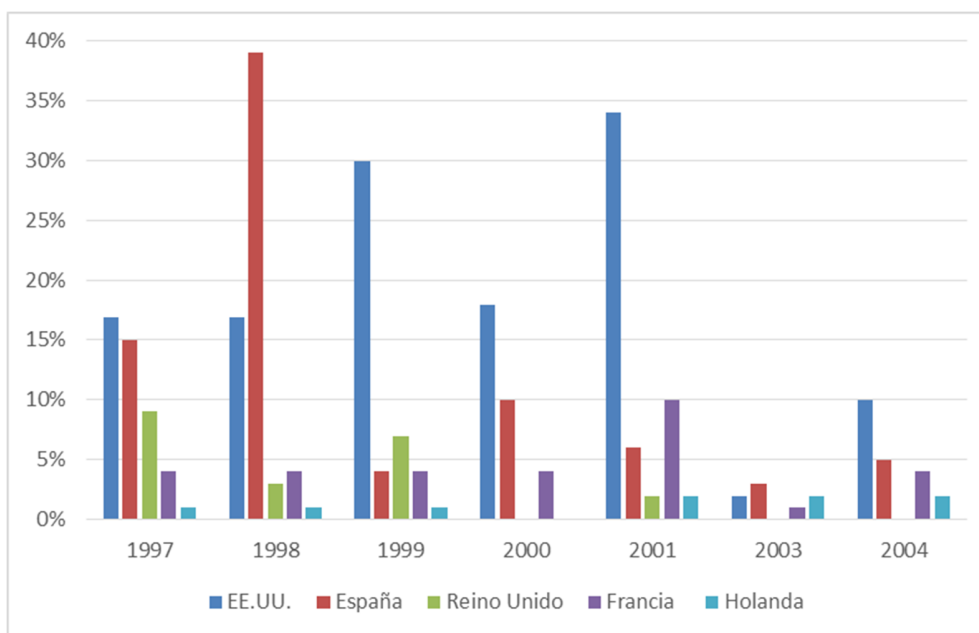
Fuente: Salazar-Carrillo y West (2004: 244). En bolívares de 1957. Con línea de tendencia.

**Gráfico xii. Inversión directa extranjera en Venezuela, 1970-2010**



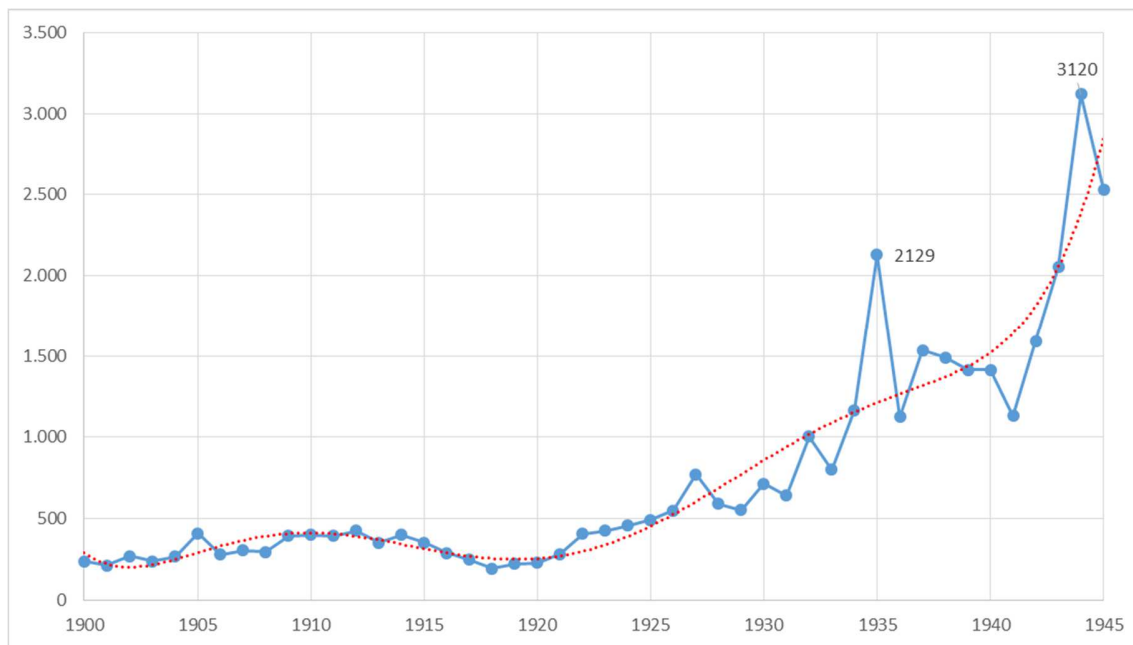
Fuente: United Nations Conference on Trade and Development. Disponible en: <http://unctadstat.unctad.org>.

**Gráfico xiii. Porcentaje de inversión directa extranjera en Venezuela según país de origen, 1997-2004**



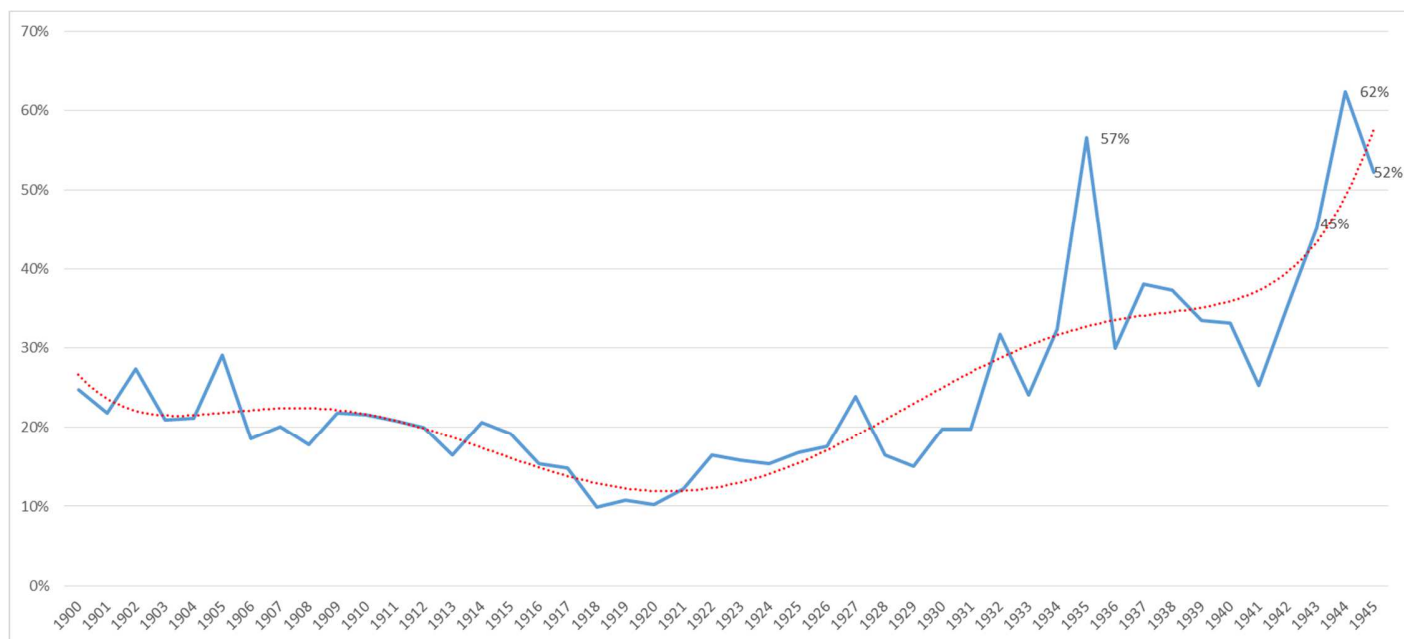
Fuente: Sosa y Ramírez (2007: 83-84). Cálculos realizados en base a millones de dólares corrientes.

**Gráfico xiv. Gastos del tesoro nacional de Argentina, 1900-1945**



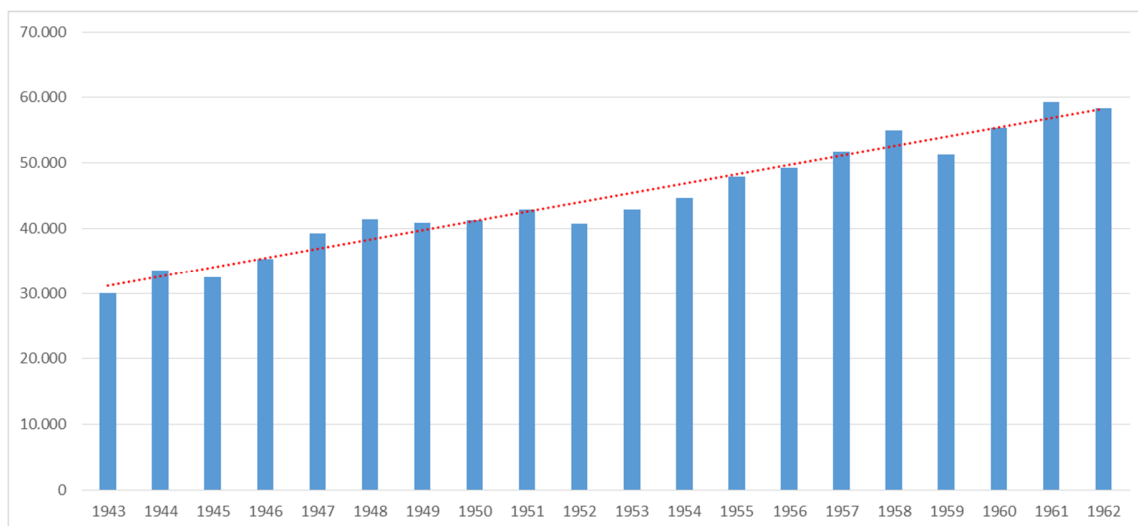
Fuente: Cortés Conde (2009: 326-328). Los valores corresponden a millones de pesos argentinos moneda nacional de 1914. Con línea de tendencia polinómica de orden 6.

**Gráfico xv. Gastos del tesoro nacional argentino como porcentaje del PIB, 1900-1945**



Fuente: Calculado en base a Cortés Conde (2009: 326-328) y MOXLAD. Los valores corresponden a millones de pesos argentinos moneda nacional de 1914. Con línea de tendencia polinómica de orden 6.

**Gráfico xvi. PIB en Argentina, 1943-1962**



Fuente: MOXLAD. Porcentajes calculados en base a pesos argentinos de 1970. Con línea de tendencia lineal.

## ALOCUCIONES

### **Alocución i. Juan Domingo Perón, Buenos Aires, 17 de octubre de 1945<sup>144</sup>**

Trabajadores:

Hace casi dos años, desde estos mismos balcones, dije que tenía tres honras en mi vida: la de ser soldado, la de ser un patriota y la de ser el primer trabajador argentino. Hoy a la tarde, el Poder Ejecutivo ha firmado mi solicitud de retiro del servicio activo del ejército. Con ello, he renunciado voluntariamente al más insigne honor a que puede aspirar un soldado: llevar las palmas y laureles de general de la Nación. Lo he hecho porque quiero seguir siendo el coronel Perón, y ponerme con este nombre al servicio integral del auténtico pueblo argentino. Dejo, pues, el sagrado y honroso uniforme que me entregó la patria para vestir la casaca del civil y mezclarme con esa masa sufriente y sudorosa que elabora el trabajo y la grandeza del país.

Con esto doy mi abrazo final a esa institución, que es el puntal de la patria: el ejército. Y doy también el primer abrazo a esta masa inmensa, que representa la síntesis de un sentimiento que había muerto en la República: la verdadera civilidad del pueblo argentino. Esto es pueblo. Esto es el pueblo sufriente que representa el dolor de la tierra madre, al que hemos de reivindicar. Es el pueblo de la patria, el mismo pueblo que en esta histórica plaza, pidió frente al Cabildo que se respetara su voluntad y su derecho. Es el mismo pueblo que ha de ser inmortal, porque no habrá perfidia ni maldad humana que pueda someter a esta masa grandiosa en sentimiento y en número. Esta es la verdadera fiesta de la democracia, representada por un pueblo que marcha a pie durante horas para llegar a pedir a sus funcionarios que cumplan con el deber de respetar sus auténticos derechos.

(“¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo?”)

---

<sup>144</sup> Obtenido desde Galasso (2005).



Muchas veces he asistido a reuniones de trabajadores. Siempre he sentido una enorme satisfacción: pero desde hoy, sentiré un verdadero orgullo de argentino, porque interpreto este movimiento colectivo como el renacimiento de una conciencia de los trabajadores, que es lo único que puede hacer grande e inmortal a la Nación. Hace dos años pedí confianza.

Muchas veces me dijeron que ese pueblo por el que yo sacrificaba mis horas de día y de noche, habría de traicionarme. Que sepan hoy los indignos farsantes que este pueblo no engaña a quien no lo traiciona. Por eso, señores, quiero en esta oportunidad, como simple ciudadano, mezclarme en esta masa sudorosa, estrecharla profundamente a todos contra mi corazón, como lo podría hacer con mi madre.

Desde esta hora, que será histórica para la República, que sea el coronel Perón el vínculo de unión que haga indestructible la hermandad entre el pueblo, el ejército y la policía. Que sea esta unión eterna e infinita, para que este pueblo crezca en esa unidad espiritual de las verdaderas y auténticas fuerzas de la nacionalidad y del orden, que esa unidad se indestructible e infinita para que nuestro pueblo no solamente posea la felicidad, sino también para defenderla dignamente. Esa unidad la sentimos los verdaderos patriotas, porque amar a la patria no es amar sus campos y sus casas, sino amar a nuestros hermanos. Esa unidad, base de toda felicidad futura, ha de fundarse en un estrato formidable de este pueblo, que al mostrarse hoy en esta plaza, en número que pasa del medio millón, está indicando al mundo su grandeza espiritual y material.

(“¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo?”)

¿Preguntan ustedes dónde estuve? Estuve realizando un sacrificio que lo haría mil veces por ustedes... No quiero terminar sin enviar un recuerdo cariñoso y fraternal a nuestros hermanos del interior, que se mueven y palpitan al unísono con nuestros corazones en todas las extensiones de la patria. A ellos, que representan el dolor de la tierra, vaya nuestro cariño, nuestro recuerdo y nuestra promesa de que en el futuro hemos de trabajar a sol y a sombra para que sean menos desgraciados y puedan disfrutar mejor de la vida.

Y ahora, como siempre, de vuestro secretario de Trabajo y Previsión, que fue y seguirá luchando al lado vuestro por ver coronada la obra que es la ambición de mi vida, la expresión de mi anhelo de que todos los trabajadores sean un poquito más felices.

(“¿Dónde estuvo? ¿Dónde estuvo?”)

Señores: ante tanta insistencia, les pido que no me pregunten ni me recuerden cuestiones que yo ya he olvidado. Porque los hombres que no son capaces de olvidar, no merecen ser queridos ni respetados por sus semejantes. Y yo aspiro a ser querido por ustedes y no quiero empañar este acto con ningún mal recuerdo.

Ha llegado el momento del consejo. Trabajadores: únanse; sean más hermanos que nunca. Sobre la hermandad de los que trabajan ha de levantarse en esta hermosa tierra la unidad de todos los argentinos. Diariamente iremos incorporando a esta enorme masa en movimiento a todos los díscolos y descontentos, para que, junto con nosotros, se confundan en esta masa hermosa y patriota que constituyen ustedes. Pido, también, a todos los trabajadores que reciban con cariño mi inmenso agradecimiento por las preocupaciones que han tenido por este humilde hombre que les habla. Por eso, les dije hace un momento que los abrazaba como abrazaría a mi madre, porque ustedes han tenido por mí los mismos pensamientos y los mismos dolores que mi pobre vieja habrá sufrido estos días. Confiemos en que los días que vengan sean de paz y de construcción para el país. Mantengan la tranquilidad con que siempre han esperado aún las mejoras que nunca llegaban. Tengamos fe en el porvenir y en que las nuevas autoridades han de encaminar la nave del Estado hacia los destinos que aspiramos todos nosotros, simples ciudadanos a su servicio. Sé que se han anunciado movimientos obreros. En este momento ya no existe ninguna causa para ello. Por eso les pido, como un hermano mayor, que retornen tranquilos a su trabajo. Y por esta única vez, ya que nunca lo pude decir como secretario de Trabajo y Previsión, les pido que realicen el día de paro festejando la gloria de esta reunión de hombres de bien y de trabajo, que son la esperanza más pura y más cara de la patria.

(“¡Mañana es San Perón! ¡Mañana es San Perón!”)

He dejado deliberadamente para lo último, el recomendarles que al abandonar esta magnífica asamblea, lo hagan con mucho cuidado.

Recuerden que ustedes, obreros, tienen el deber de proteger aquí y en la vida a las numerosas mujeres obreras que aquí están. Finalmente, les pido que tengan presente que necesito un descanso, que me tomaré en Chubut, para reponer fuerzas y volver a luchar codo con codo con ustedes, hasta quedar exhausto, si es preciso.

Y ahora, para compensar los días de sufrimiento que he vivido, yo quiero pedirles que se queden en esta plaza, quince minutos más, para llevar en mi retina el espectáculo grandioso que ofrece el pueblo desde aquí.

## **Alocución ii. Eva Perón, Buenos Aires, 17 de octubre de 1951<sup>145</sup>**

Mis queridos descamisados:

Es éste un día de muchas emociones para mí. Con toda mi alma he deseado estar con ustedes y con Perón en este día glorioso de los descamisados. Yo no podría faltar nunca a esta cita con mi pueblo de cada 17 de octubre. Yo les aseguro que nada ni nadie hubiera podido impedirme que viniese, porque yo tengo con Perón y con todos ustedes, con los trabajadores, con los muchachos de la CGT, una deuda sagrada; a mí no me importa si para saldarla tengo que dejar jirones de mi vida en el camino.

Tenía que venir y he venido para darle las gracias a Perón, a la CGT, a los descamisados y a mi pueblo. A Perón, que ha querido honrarme con la más alta distinción que pueda otorgarse a un peronista y con lo que acaba de decir esta tarde, que yo no terminaré de pagarle ni entregándole mi vida para agradecerle lo bueno que siempre fue y es conmigo. Nada de lo que yo tengo; nada de lo que soy; nada de lo que pienso, es mío: es de Perón. Yo no le diré la mentira acostumbrada; yo no le diré que no lo merezco; sí, lo merezco, mi general. Lo merezco por una sola cosa, que vale más que todo el oro del mundo: lo merezco porque todo lo hice por amor a este pueblo. Yo no valgo por lo que hice, yo no valgo por lo que he renunciado; yo no valgo ni por lo que soy ni por lo que tengo. Yo tengo una sola cosa que vale, la tengo en mi corazón, me quema en el alma, me duele en mi carne y arde en mis nervios. Es el amor por este pueblo y por Perón. Y le doy las gracias a usted, mi general, por haberme enseñado a conocerlo y a quererlo. Si este pueblo me pidiese la vida, se la daría cantando, porque la felicidad de un solo descamisado vale más que toda mi vida.

Tenía que venir a darle las gracias a la CGT por la distinción que significa el homenaje de laurear una condecoración que es para mí el más querido recuerdo de los trabajadores argentinos. Tenía que venir para agradecerle el que hayan dedicado los trabajadores y la CGT a esta humilde mujer este glorioso día. Y tenía que venir para decirles que es necesario

---

<sup>145</sup> Obtenido desde Web del Partido Justicialista Provincia de Buenos Aires: [http://www.pjbonaerense.org.ar/Peron\\_Discursos\\_17101945.aspx](http://www.pjbonaerense.org.ar/Peron_Discursos_17101945.aspx)

mantener, como dijo el general, bien alerta la guardia de todos los puestos de nuestra lucha. No ha pasado el peligro. Es necesario que cada uno de los trabajadores argentinos vigile y que no duerma, porque los enemigos trabajan en la sombra de la traición, y a veces se esconden detrás de una sonrisa o de una mano tendida. Y tenía que venir, para agradecer a todos ustedes, mis queridos descamisados de todos los rincones de la Patria, porque han sabido jugarse la vida por Perón. Yo estaba segura que ustedes sabían —como lo han sabido— ser la trinchera de Perón. Los enemigos del pueblo, de Perón y de la Patria, saben también desde hace mucho tiempo que Perón y Eva Perón están dispuestos a morir por este pueblo. Ahora también saben que el pueblo está dispuesto a morir por Perón.

Yo les pido hoy, compañeros, una sola cosa: que juremos todos, públicamente, defender a Perón y luchar por él hasta la muerte. Y nuestro juramento será gritar durante un minuto para que nuestro grito llegue hasta el último rincón del mundo: la vida por Perón.

Que vengan ahora los enemigos del pueblo, de Perón y de la Patria. Nunca les tuve miedo porque siempre creí en el pueblo. Siempre creí en mis queridos descamisados porque nunca olvidé que sin ellos, el 17 de octubre hubiese sido fecha de dolor y de amargura, porque esa fecha estaba destinada a ser de ignominia y de traición. Pero el valor de este pueblo lo convirtió en un día de gloria y de felicidad.

Yo les agradezco, por fin, compañeros, todo lo que ustedes han rogado por mi salud. Se los agradezco con el corazón. Espero que Dios oiga a los humildes de mi Patria, para volver pronto a la lucha y poder seguir peleando con Perón, por ustedes, y con ustedes, por Perón hasta la muerte. Yo no quise ni quiero nada para mí. Mi gloria es y será siempre el escudo de Perón y la bandera de mi pueblo, y aunque deje en el camino jirones de mi vida, yo sé que ustedes recogerán mi nombre y lo llevarán como bandera a la victoria. Yo sé que Dios está con nosotros, porque está con los humildes y desprecia la soberbia de la oligarquía. Por eso, la victoria será nuestra. Tendremos que alcanzarla tarde o temprano, cueste lo que cueste y caiga quien caiga.

Mis descamisados: yo quisiera decirles muchas cosas, pero los médicos me han prohibido hablar. Yo les dejo mi corazón y les digo que estoy segura, como es mi deseo, que pronto estaré en la lucha, con más fuerza y con más amor, para luchar por este pueblo, al que tanto amo, como lo amo a Perón. Y les pido una sola cosa: estoy segura que pronto estaré con ustedes, pero si no llegara a estar por mi salud, cuiden al general, sigan fieles a Perón como hasta ahora, porque eso es estar con la Patria y con ustedes mismos. Y a todos los descamisados del interior, yo los estrecho muy, pero muy cerca de mi corazón y deseo que se den cuenta de cuanto los amo.



### **Alocución iii. Juan Domingo Perón, Buenos Aires, 1 de mayo de 1949<sup>146</sup>**

Queridos compañeros:

Un nuevo Primero de Mayo nos encuentra reunidos a los que luchamos por hacer de nuestra hermosa tierra argentina una Nación socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana.

Desfilan por nuestra imaginación y por nuestro recuerdo los días vividos a través de las etapas reivindicatorias de la Patria que comenzaron en junio de 1943.

Primero, las reformas que fueron como la iniciación y la siembra de la simiente que habla de cristalizar y florecer a lo largo del trabajo y sudor argentino.

Después, el gobierno, nuestro gobierno, el gobierno del pueblo, el gobierno de los descamisados, el gobierno de los pobres, de los que tienen hambre y sed de justicia. Por eso, en esta plaza, la histórica, Plaza de Mayo de todas nuestras epopeyas, han latido al unísono amalgamados en un solo haz todos los corazones humildes que por ser humildes son honrados, son leales y son sinceros.

Después, la Constitución; la Constitución justicialista, que ha hecho de la tierra argentina una Patria sin privilegios y sin escarnios; que ha hecho del pueblo argentino un pueblo unido, un pueblo que sirve al ideal de una nueva Argentina, como no la han servido jamás en nuestra historia.

Esas tres etapas vividas por el pueblo argentino: la reforma, el gobierno y la constitución argentina, nos han dado un estado de justicia y un estado de dignidad y nosotros los transformaremos en un estado de trabajo.

---

<sup>146</sup> Obtenido desde Web del Partido Justicialista Provincia de Buenos Aires:  
[http://www.pjbonaerense.org.ar/Peron\\_Discursos\\_01051949.aspx](http://www.pjbonaerense.org.ar/Peron_Discursos_01051949.aspx)



Se ha dicho que sin libertad no puede haber justicia social, y yo respondo que sin justicia social no puede haber libertad. Ustedes, compañeros, ha vivido la larga etapa de la tan mentada libertad de la oligarquía; y yo les pregunto, compañeros: si había antes libertad o la hay ahora. A los que afirman que hay libertad en los pueblos donde el trabajador está explotado, yo les contesto con las palabras de nuestros trabajadores: una hermosa libertad, la de morir de hambre.

Y a los que nos acusan de dictadores, he de decirles que la peor de todas las dictaduras es la de la fatua incapacidad de los gobernantes.

Pero compañeros, cumplidas esas etapas, asegurada para los trabajadores argentinos la justicia social, y asegurada para el pueblo argentino la igualdad ante la Constitución y ante la ley, recordemos que nosotros, los gobernantes, ya hemos hecho todo lo que podíamos hacer para consolidar ese estado de cosas largamente ambicionado.

La palabra, ahora, es del pueblo argentino. El debe mantener esa Constitución y hacerla cumplir, y guay del que intente atravesarse por los caminos de la obstrucción en la voluntad del pueblo.

Vuelvo en este primero de mayo frente a los trabajadores argentinos, encontrándome en la posición más confortable en que puede estar un gobernante, cuya sã-ntesis puede afirmarse al decir: he sido leal con mi pueblo y, Dios sea loado, mi pueblo a sido leal conmigo. Y al afirmar una vez más esta lealtad y esta sinceridad entre el gobierno de los trabajadores y el pueblo argentino, quiero recordar lo que tantas veces les he dicho desde la vieja Secretaría de Trabajo y Previsión: “Seamos unidos, porque estando nosotros unidos, somos invencibles, que la política no divida a los Sindicatos ni ponga a unos contra otros porque, el interés de todos es la causa gremial de los trabajadores por sobre todas las cosas. Para terminar, quiero que llegue a cada uno de los compañeros de los tres millones de kilómetros cuadrados de nuestra Patria, la persuasión absoluta de que el gobierno de los trabajadores que tengo el honor de encabezar, ha de seguir imperturbable, paso a paso el cumplimiento de todo su plan. Pueden tener la seguridad de que no hemos de descansar un minuto y que, con la ayuda de

ustedes, que son los encargados de crear la grandeza y la riqueza de la Patria, organizaremos una perfecta justicia distributiva para que el pueblo sea cada vez más feliz y nuestra Patria más grande y más poderosa.

Compañeros: a solicitud de los jóvenes que encabezan esta concentración he de acceder a un pedido y he de hacer, a mi vez; otro pedido a los trabajadores.

(La muchedumbre grita: “Mañana es San Perón”).

Estoy de acuerdo, mañana es San Perón.

Ahora mi pedido: debemos reconquistar el tiempo que perdemos en las fiestas produciendo más. Y espero, compañeros, que antes de fin de año, controlando a los saboteadores, a las organizaciones patronales y poniendo cada uno la firme decisión de producir, podemos sobrepasar ese diez por ciento en que estamos por debajo de la producción en los actuales momentos. Y ahora, compañeros, agradeciéndoles esta maravillosa concentración de hombres y de voluntades, agradeciéndoles todo el empeño patriótico que ustedes ponen en sus labores y en sus realizaciones, vamos a dar lugar a que los trabajadores puedan enorgullecerse viendo aparecer las flores de la belleza argentina para coronar a la Reina del Trabajo.

Finalmente, compañeros, en este Primero de Mayo jubiloso en nuestra tierra, jubiloso para el pueblo argentino, les deseo a todos ustedes las mayores felicidades y las mayores alegrías en esta vida del rudo batallar diario.



#### **Alocución iv. Juan Domingo Perón, Buenos Aires, 31 de agosto de 1955<sup>147</sup>**

Compañeras y compañeros:

He querido llegar hasta este balcón, ya para nosotros tan memorable, para dirigirles la palabra en un momento de la vida pública y de mi vida, tan trascendental y tan importante, porque quiero de viva voz llegar al corazón de cada uno de los argentinos que me escuchan.

Nosotros representamos un movimiento nacional cuyos objetivos son bien claros y cuyas acciones son bien determinadas, y nadie, honestamente, podrá afirmar con fundamento que tenemos intenciones o designios inconfesables.

Hace poco tiempo esta plaza de Mayo ha sido testigo de una infamia más de los enemigos del pueblo. Doscientos inocentes han pagado con su vida la situación de esa infamia. Todavía nuestra inmensa paciencia y nuestra extraordinaria tolerancia, hicieron que no solamente silenciáramos tan tremenda afrenta al pueblo y a la nacionalidad, sino que nos mordiéramos y tomáramos una actitud pacífica y tranquila frente a esa infamia. Esos doscientos cadáveres destrozados fueron un holocausto más que el pueblo ofreció a la patria. Pero esperábamos ser comprendidos, aun por los traidores, ofreciendo nuestro perdón a esa traición. Pero se ha visto que hay gente que ni aún reconoce los gestos y la grandeza de los demás.

Después de producidos esos hechos hemos ofrecido a los propios victimarios nuestra mano y nuestra paz. Hemos ofrecido una posibilidad de que esos hombres se reconcilien con su propia conciencia.

¿Cuál ha sido su respuesta? Hemos vivido dos meses en una tregua que ellos han roto con actos violentos, aunque esporádicos e inoperantes. Pero ello demuestra su voluntad criminal. Han contestado los dirigentes políticos con discursos tan superficiales como insolentes. Los

---

<sup>147</sup> Obtenido desde Garulli, Caraballo, Charlier y Cafiero (2000). Publicado originalmente en Diario La Prensa, 1 de septiembre de 1955.

instigadores, con su hipocresía de siempre, sus rumores y sus panfletos. Y los ejecutores, tiroteando a los pobres vigilantes en las calles.

La contestación para nosotros es bien clara: no quieren la pacificación que le hemos ofrecido. De esto surge una conclusión bien clara: quedan solamente dos caminos: para el gobierno, una represión ajustada a los procedimientos subversivos, y para el pueblo, una acción y una lucha que condigan con la violencia a que quieren llevarlo.

Por eso, yo contesto a esta presencia popular con las mismas palabras del 45: a la violencia le hemos de contestar con una violencia mayor. Con nuestra tolerancia exagerada nos hemos ganado el derecho de reprimirlos violentamente. Y desde ya, establecemos como una conducta permanente para nuestro movimiento: aquel que en cualquier lugar intente alterar el orden en contra de las autoridades constituidas, o en contra de la ley o de la Constitución, puede ser muerto por cualquier argentino.

Esta conducta que ha de seguir todo peronista no solamente va dirigida contra los que ejecutan, sino también contra los que conspiren o inciten.

Hemos de restablecer la tranquilidad, entre el gobierno, sus instituciones y el pueblo por la acción del gobierno, de las instituciones y del pueblo mismo. La consigna para todo peronista, esté aislado o dentro de una organización, es contestar a una acción violenta con otra más violenta. ¡Y cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de los de ellos!

Compañeras y compañeros: hemos dado suficientes pruebas de nuestra prudencia. Daremos ahora suficientes pruebas de nuestra energía. Que cada uno sepa que donde esté un peronista estará una trinchera que defienda los derechos de un pueblo. Y que sepan, también, que hemos de defender los derechos y las conquistas del pueblo argentino, aunque tengamos que terminar con todos ellos.

Compañeros: quiero terminar estas palabras recordando a todos ustedes y a todo el pueblo argentino que el dilema es bien claro: o luchamos y vencemos para consolidar las conquistas alcanzadas, o la oligarquía las va a destrozar al final.

Ellos buscarán diversos pretextos. Habrá razones de libertad de justicia, de religión, o de cualquier otra cosa, que ellos pondrán como escudo para alcanzar los objetivos que persiguen. Pero una sola cosa es lo que ellos buscan: retroceder la situación a 1943.

Para que ello no suceda estaremos todos nosotros para oponer a la infamia, a la insidia y a la traición de sus voluntades nuestros pechos y nuestras voluntades.

Hemos ofrecido la paz. No la han querido. Ahora, hemos de ofrecerles la lucha, y ellos saben que cuando nosotros nos decidimos a luchar, luchamos hasta el final.

Que cada uno de ustedes recuerde que ahora la palabra es la lucha, se la vamos a hacer en todas partes y en todo lugar. Y también que sepan que esta lucha que iniciamos no ha de terminar hasta que no los hayamos aniquilado y aplastado.

Y ahora, compañeros, he de decir, por fin, que ya he de retirar la nota que he pasado, pero he de poner al pueblo una condición: que así como antes no me cansé de reclamar prudencia y de aconsejar calma y tranquilidad, ahora les digo que cada uno se prepare de la mejor manera para luchar.

Tenemos para esa lucha el arma más poderosa, que es la razón; y tenemos también para consolidar esa arma poderosa, la ley en nuestras manos.

Hemos de imponer calma a cualquier precio, y para eso es que necesito la colaboración del pueblo.

Lo ha dicho esta misma tarde el compañero De Pietro: nuestra nación necesita paz y tranquilidad para el trabajo, porque la economía de la Nación y el trabajo argentino imponen

la necesidad de la paz y de la tranquilidad. Y eso lo hemos de conseguir persuadiendo, y si no, a palos.

Compañeros: Nuestra patria, para ser lo que es, ha debido ser sometida muchas veces a un sacrificio. Nosotros, por su grandeza, hemos de imponernos en cualquier acción, y hemos de imponernos cualquier sacrificio para lograrlo.

Veremos si con esta demostración nuestros adversarios y nuestros enemigos comprenden. Si no lo hacen, ¡pobres de ellos!

Pueblo y gobierno, hemos de tomar las medidas necesarias para reprimir con la mayor energía todo intento de alteración del orden. Pero yo pido al pueblo que sea él también un custodio. Si cree que lo puede hacer, que tome las medidas más violentas contra los alteradores del orden.

Este es el último llamamiento y la última advertencia que hacemos a los enemigos del pueblo. Después de hoy, han de venir acciones y no palabras.

Compañeros: para terminar quiero recordar a cada uno de ustedes que hoy comienza para todos nosotros una nueva vigilia en armas. Cada uno de nosotros debe considerar que la causa del pueblo está sobre nuestros hombros, y ofrecer todos los días, en todos los actos, la decisión necesaria para salvar esa causa del pueblo.

**Alocución v. Carta de Juan Domingo Perón a Carlos Ibáñez, Buenos Aires, 16 de marzo de 1953<sup>148</sup>**

Al Excmo. Señor Presidente de Chile General don Carlos Ibáñez del Campo  
Santiago de Chile

Mi querido amigo:

Muchas veces, alejándose se domina mejor un panorama. Por ello me atrevo a hacerle llegar algunas impresiones personales por si ellas pueden servirle de algo. Mi deseo de colaboración sincera y leal me impulsa a ello. Su indulgencia justificará todo ese deseo.

Cuando en 1946 me hice cargo del gobierno, me encontré con un panorama similar al suyo que me planteó el primer dilema: debía elegir entre el pueblo o las fuerzas internas y externas de explotación. Si trabajaba para el pueblo, debía enfrentar la lucha con los políticos, la oligarquía y el imperialismo explotador. Si me inclinaba, en cambio, por estas últimas, debería enfrentar muchos escollos, era probable que finalmente chocara con los dos, resultando así peor el remedio que la enfermedad.

Yo me decidí por el pueblo abiertamente y comencé filialmente a servirlo con medidas eficaces de gobierno, algunas es-pectaculares. El resultado no se hizo esperar. En poco tiempo conté con un predicamento popular tal, que toda resistencia quedó anulada, ya proviniese de la oligarquía, de los políticos o del imperialismo que actuaba debido a ellos. Con ese éxito y esa base di vuelta al país, tomé el gobierno integral y realicé una reforma total.

Sin el apoyo popular no podría haber hecho nada. Sin las medidas de gobierno en su beneficio, no habría contado nunca con el favor popular. El pueblo satisfecho por la obra de

---

<sup>148</sup> Obtenido desde Archivo Peronista:  
<http://archivoperonista.com/sites/default/archivos/documentos/1953/correspondencia/carta-peron-al-presidente-chile-gral-ibanez-campo-102.pdf>



gobierno, abandonó a los políticos y una legión de hombres nuevos encuadraron en enorme masa, conduciéndolo hacia los nuevos postulados.

Fiel al viejo aforismo militar, yo preferí equivocarme en la elección de los medios que permanece inactiva. Me puse febrilmente a hacer. Todo lo demás se fue ordenando en el camino. Hoy hemos sometido a los políticos, aniquilando a la oligarquía o dominando al imperialismo en cuanto gravitan entre nosotros. Recién podemos decir que somos dueños de nuestro destino.

Con la experiencia de estos hechos, analizo el panorama chileno; Usted está allí enfrentando el mismo problema. La esperanza del pueblo lo hizo Presidente. Su responsabilidad es enorme. Su acción lo hará el verdadero líder de ese pueblo. Hay todavía muchos indecisos porque desean ver realidades antes de decidirse. Usted, mi querido amigo debe actuar sin demora y decididamente. El triunfo será suyo. Al servicio del pueblo uno se agranda cada día.

Su pueblo está preparado para todo. Sólo le falta el nombre. La providencia ha pensado en Usted. No debe tener la menor duda que la oligarquía, los políticos vendepatria y el imperialismo serán sus enemigos. Para vencerlos Usted necesita al pueblo y al pueblo se lo gana de una sola manera: luchando lealmente por él. Dé al pueblo, especialmente a los trabajadores, todo lo que pueda. Cuando a Usted le parezca que les da mucho, dele más. Verá el efecto. Todos tratarán de asustarlo con el fantasma de la economía. Es toda mentira. Nada hay más elástico que esa economía que todos temen tanto porque no la conocen.

Es increíble hasta dónde puede irse en ese camino, hasta capitalizar políticamente a la masa popular. Una vez en posesión de ella, Usted no tendrá problema y el gobierno es una cosa sin cilla. Sin ellos, en cambio, gobernar es una suerte de equilibrio en la cuerda floja.

Yo veo en Chile la acción abierta de la oposición, ayudada y financiada desde el extranjero. Entre los dos frentes: conservador-liberal proyanqui y radical marxista no hay diferencias

apreciables, pues ambos, a la larga, serán los adversarios del Ibañismo. Muchos “acercados” son en el fondo opositores. Yo también los tuve aquí al comienzo.

Las masas populares abandonadas siguen a caudillos; pero, tan pronto se ven protegidas por el gobernante los abandonan y apoyan al gobierno. Este es un fenómeno natural. Hay que copar la masa y para ello hay un sólo camino: la justicia social. Que, a la vez satisface al pueblo y a la propia conciencia.

Créame, querido amigo, que sin esa acción previa todo le será difícil de realizar. Cada día que pasa la opinión le va volcando sectores en contra. No les dé tiempo. No sea yunque, sea martillo. Tome la iniciativa y con la libertad de acción en su poder será invencible. Los políticos actuarán en la trastien-da. Si uno los deja lo llevan insensiblemente a ese campo y allí ellos son fuertes. Hay que llevar la lucha a la calle, allí no valen nada y se someten pronto.

Ya han comenzado la “lucha de guerrillas” en los diarios y de rumores en los sectores propios. No tarde y llévelos a la batalla campal. Allí serán derrotados, porque si hacen guerra de guerrillas, es porque no están en fuerza ni disposición para una lucha decisiva.

Desde el gobierno es fácil, porque uno les da batalla mediante medidas de gobierno que benefician al pueblo, matando así “los pájaros de un tiro”.

Si he de serle franco, como siempre lo seré con Usted, debo decirle de soldado a soldado, que su pueblo comienza a dudar. No espere más para tomar algunas medidas, lo más espectaculares posibles, en beneficio del pueblo. Ello decidirá esta primera parte de la lucha. Mayores salarios y abaratamiento de la vida. Debe ser la consigna y yo en su lugar lanzaría al gobierno a la batalla por estos objetivos; medidas y arbitrios para conseguirlo, sobran. El solo anuncio le dará la victoria, pues los primeros días serán de protesta de los especuladores, pero luego, cuando el pueblo apoye al gobierno, será una avalancha incontenible. No tema a los agoreros de la economía; generalmentea esos los pagan para agitar el fantasma. Este, como todos los fantasmas, desaparece con la luz del sol, que no tarda en borrar las tinieblas de la duda.

En estos momentos, en Chile, observo el proceso de las pequeñas cosas. Rumores y especies malévolamente lanzados en los círculos políticos, militares y populares para desprestigiar al gobierno y a sus hombres y mujeres. Un golpe maestro del gobierno sería terminar con todo eso, mediante algo espectacular como lo que antes mencioné. Si no la lucha se circunscribirá a pequeñas cosas, en la que los políticos son verdaderos maestros, de la intriga y de la calumnia.

En la política (que es una lucha), como en la guerra, el conductor, como decía Napoleón, nada debe desear más que una batalla; sobre todo cuando se la tiene ganada de antemano. Esa batalla ganada lo resuelve todo.

Creo que también la lucha impone que sea breve. Comando al servicio del comandante. Pero la decisión de esta batalla está en la conducción personal directa mediante buenos organismos de ejecución. Yo me desenvolví en los comienzos con pocos hombres leales y eminentemente ejecutivos. Vale más uno que quiera hacer que muchos capaces solamente de concebir, cómo que da más trabajo al diablo un justo, que un millón de creyen-tes inoperantes.

Creo, asimismo que, referente a nuestro convenio, debemos tomar medidas similares. Realizar todo lo que directamente podamos sin esperar más. Designar ya mismo comisiones de estudio y avanzar con ellas aún cuando no sea sino para no “dejar enfriar el asunto” y mantener latente el interés despertado.

Dar amplia publicidad allí y acá a todo lo referente a este asunto en forma de demostrar todos los días cómo avanza en su realización.

Quizás el asunto de internación de ganado podría iniciarse rápidamente en forma de presentar allí una abundante provisión a precios rebajados. Sería de un efecto excelente. Por las cuen-tas no debe preocuparse, pues los efectos políticos buscados son superiores a toda otra consideración. Pagamos a medias, si es preciso...

En esto, mi general, deseamos servirlo de la mejor manera. Usted dirá qué debemos hacer. Si a Usted le parece mandamos comisiones nuestras a ésa, o vienen comisiones chilenas aquí. En fin, Usted dirá.

Dos instrucciones a mi Embajada para que proceda sin demora.

Mi general: he tratado de volcar mis inquietudes al amigo. Tal cual las pienso y las siento. Si he sido impertinente le ruego que me disculpe. El gran cariño que le profeso me ha inducido a escribirle como a un hermano. Si pudiera Usted penetrar mis verdaderos sentimientos, justificaría los excesos, de éstas, mis sinceras palabras. Espero sus órdenes, y hasta entonces reciba un gran abrazo.



**Alocución vi. Getúlio Vargas, Rio de Janeiro, 10 de noviembre de 1938<sup>149</sup>**

Ao inaugurar o amplo e majestoso edifício do Ministério do Trabalho, Indústria e Comércio, tenho a impressão de ver tomar forma definitiva, com a solidez arquitetônica das construções destinadas a desafiar o tempo, a obra de integração social iniciada com a Revolução de 1930.

Estou, a bem dizer, em vossa casa, e, diante de vós, envolvido pelo entusiasmo das vossas aclamações, sinto-me à vontade, como se me rodeassem todos os homens que trabalham digna e honestamente, na vasta extensão do território pátrio, sem distinção de classes e profissões, acima de estéreis particularismos.

Jamais fugi à vossa convivência, e, nas horas incertas ou perigosas, foi no contato direto convosco, nas ruas e nos lugares públicos, que encontrei estímulo para enfrentar as dificuldades e manter a linha de conduta que me tracei como supremo responsável pelos destinos da nação.

Não o fiz para conquistar fácil popularidade e angariar sufrágios eleitorais; foi no poder e no exercício das funções de governante que me tornei amigo vosso, para melhor compreender as necessidades e melhor realizar as aspirações dos trabalhadores.

Sempre senti e expressei com clareza a minha opinião a vosso respeito – intelectuais, artistas, operários fabris, comerciários, bancários, lavradores –, considerando-vos como valores humanos respeitáveis e não simples máquinas de produção; foi sempre elevado o meu juízo sobre as vossas reservas de energia patriótica, inteireza moral e devotamento ao bem público, dentro da ordem, para maior bem da família brasileira e tranquilidade do trabalho, criador de fartura e propulsor de aperfeiçoamento cultural.

---

<sup>149</sup> Obtenido de D'Araujo ed. (2011: 387-389). “Discurso dirigido aos trabalhadores na inauguração do edifício sede do Ministério do Trabalho, Indústria e Comércio, na Avenida Antônio Carlos, Rio de Janeiro. Vargas afirma que sua popularidade é fruto do exercício de suas funções de governante e da atenção que sempre deu às classes trabalhadoras”.

Empresto, por isso, às vossas manifestações de apreço e solidariedade a significação de um incentivo espontâneo para prosseguir nos rumos traçados, sem hesitações nem receios. Estamos irmanados no mesmo ideal de fortalecimento da pátria e de aumento do seu poderio econômico. Reconhecendo os princípios de justiça social e pondo em prática o primado dos direitos da coletividade sobre as prerrogativas dos indivíduos, nunca vos faltou o meu governo, nos momentos decisivos, com as medidas capazes de trazer segurança ao vosso labor e aos vossos lares modestos e honrados. Assim também – desvaneço-me de proclamá-lo –, em todas as circunstâncias em que brasileiros transviados por ideologias exóticas ou a soldo de interesses antinacionais pretenderam subverter a ordem e ameaçar a paz das nossas famílias, estivestes, intransigentemente, ao lado do poder constituído, dispostos a torná-lo mais forte e respeitado.

Em 1935 como em 1938, em meio às apreensões daquelas horas conturbadas, quando a investida inimiga não se detinha nem mesmo diante de assassínios frios e premeditados assaltos, a vossa incondicional solidariedade se fez sentir de norte a sul do país, reafirmando a confiança no governo e a reprovação aos contumazes agentes da desordem.

Ainda tenho na memória, viva e nítida, a confortadora impressão do vosso entusiasmo em 13 de maio deste ano e, mais recentemente, o empolgante espetáculo das demonstrações de Minas e São Paulo, que não deixaram dúvidas sobre a decidida e franca adesão do povo brasileiro ao Regime de 10 de Novembro.

Os extremismos da direita e da esquerda, que, sob formas várias, pretendiam afinal a mesma coisa – a nossa escravização –, foram repelidos e já não constituem perigo imediato para as instituições.

A mesquinha política dos grupos e interesses particularistas foi banida da nossa coletividade. Pensamos todos, todos os bons brasileiros, em servir devotadamente à pátria, dando-lhe pujança econômica e dotando-de meios eficientes para defender-se em qualquer emergência.

As nossas corporações armadas aprestam-se para assegurar a ordem e garantir a paz; o Exército e a Marinha recebem o necessário aparelhamento; e, enquanto o primeiro prepara cuidadosamente os seus quadros, a segunda tem a sua frota aumentada de vinte e seis unidades, por iniciativa do atual governo.

Isto vem sendo feito sem que as vossas aspirações sejam sacrificadas ou esquecidas. O programa de amparo às classes trabalhadoras, gradativamente executado, proporciona-lhes concórdia e bem-estar dentro dos postulados da justiça. Além das vantagens já consolidadas e das garantias oferecidas pelo seguro social, instituímos o salário mínimo, visando assegurar ao trabalhador dos campos e das cidades, com a justa retribuição do seu esforço, a satisfação das necessidades humanas e o desenvolvimento moral e cultural.

Trabalhadores do Brasil, os insatisfeitos de todos os tempos, os espíritos inquietos, aqueles que foram contaminados pelas doutrinas deformadoras, sem raízes na vida brasileira, os remanescentes da política retrógrada das pantomimas eleitorais, ainda poderão vociferar, criticar, intrigar e fazer conspiratas; os maus profissionais, os inadaptados ao progresso das atividades que escolheram, podem clamar no deserto; os maus brasileiros, que infelizmente os há, poderão semear boatos e enfileirar-se entre os derrotistas e sabotadores.

O governo nacional, cujo primeiro aniversário hoje comemoramos, mantém-se resolutos no cumprimento da sua missão renovadora e patriótica.

Para levá-la adiante, apoia-se na lealdade e devotamento das forças armadas; dispõe da cooperação dos núcleos criadores de riqueza; conta, enfim, convosco, homens de trabalho, porque tem a certeza de que todos vós desejais ardentemente o maior engrandecimento da pátria brasileira.





## **Alocución vii. Getúlio Vargas, Rio de Janeiro, 1 de mayo de 1940<sup>150</sup>**

Trabalhadores do Brasil, aqui estou, como de outras vezes, para compartilhar as vossas comemorações e testemunhar o apreço em que tenho o homem de trabalho como colaborador direto da obra de reconstrução política e econômica da pátria.

Não distingo, na valorização do esforço construtivo, o operário fabril do técnico de direção, do engenheiro especializado, do médico, do advogado, do industrial ou do agricultor. O salário, ou outra forma de remuneração, não constitui mais do que um meio próprio a um fim, e esse fim é, objetivamente, a criação da riqueza nacional e o surto de maiores possibilidades à nossa civilização.

A despeito da vastidão territorial, da abundância de recursos naturais e da variedade de elementos de vida, o futuro do país repousa inteiramente em nossa capacidade de realização. Todo trabalhador, qualquer que seja a sua profissão, é, a este respeito, um patriota que conjuga o seu esforço individual à ação coletiva, em prol da independência econômica da nacionalidade. O nosso progresso não pode ser obra exclusiva do governo, e sim de toda a nação, de todas as classes, de todos os homens e mulheres, que se enobrecem pelo trabalho, valorizando a terra em que nasceram.

Constitui preocupação constante do regime que adotamos difundir entre os elementos laboriosos a noção da responsabilidade que lhes cabe no desenvolvimento do país, pois o trabalho bem feito é uma alta forma de patriotismo, como a ociosidade uma atitude nociva e reprovável.

Nas minhas recentes excursões aos estados do Centro e do Sul, em contato com as mais diversas camadas da população, recebi caloroso acolhimento e manifestações que

---

<sup>150</sup> Obtenido de D'Araujo ed. (2011: 393-396). "Discurso pronunciado no Estádio do Vasco da Gama, por ocasião das comemorações do Dia do Trabalho. Vargas exalta o trabalhador como fonte do progresso, do desenvolvimento e da independência econômica do país e anuncia a lei que institui o salário mínimo, promessa da Revolução de 1930".

testemunham, de modo inequívoco, a confiança que os brasileiros, desde os simples operários aos expoentes das atividades produtoras, depositam na ação governamental.

Falando em momento como este, diante de uma multidão que vibra de exaltação patriótica, não posso deixar de pensar como os nossos governantes permaneceram, durante tanto tempo, indiferentes à cooperação construtiva das classes trabalhadoras. Relegados à existência vegetativa, privados de direitos e afastados dos benefícios da civilização, da cultura e do conforto, os trabalhadores brasileiros nunca obtiveram, sob os governos eleitorais, a menor proteção, o mais elementar amparo.

Para arrancar-lhes os votos, os políticos profissionais tinham de mantê-los desorganizados e sujeitos à vassalagem dos cabos eleitorais.

A obra de reparação e justiça realizada pelo Estado Novo distancia-nos, imensamente, desse passado condenável, que comprometia os nossos sentimentos cristãos e se tornara obstáculo insuperável à solidariedade nacional. Naquela época, ao aproximar-se o 1º de Maio, o ambiente era bem diverso. Generalizavam-se as apreensões e abria-se um período de buscas policiais nos núcleos associativos, pondo-se em custódia os suspeitos, dando a todos uma sensação de insegurança e exibindo um luxo de força nas ruas e locais de reunião, que, não raro, redundavam em choques e conflitos sangrentos.

Atualmente, a data comemorativa dos homens de trabalho é festiva e de confraternização.

Os benefícios da política trabalhista empreendida nestes últimos anos alcançam profundamente todos os grupos sociais, promovendo o melhoramento das condições de vida nas várias regiões do país e elevando o nível de saúde e de bem-estar geral. A ação tutelar e previdente do Estado patenteia-se, de modo constante, na solicitude com que cria os serviços de proteção ao lar operário, de assistência à infância, de alimentação saudável e barata, de postos de saúde, de creches e maternidades, instituindo o ensino profissional junto às fábricas e, ultimamente, voltando as suas vistas para a construção de vilas operárias e casas populares.

Na continuação desse programa renovador, que encontrou no atual ministro do Trabalho um eficiente e devotado orientador, assinamos, hoje, um ato de incalculável alcance social e econômico: a lei que fixa o salário mínimo para todo o país. Trata-se de antiga aspiração popular, promessa do movimento revolucionário de 1930 agora transformada em realidade, depois de longos e acurados estudos. Procuramos, por esse meio, assegurar ao trabalhador remuneração equitativa, capaz de proporcionar-lhe o indispensável para o sustento próprio e da família.

O estabelecimento de um padrão mínimo de vida para a grande maioria da população, aumentando, no decorrer do tempo, os índices de saúde e produtividade, auxiliará a solução de importantes problemas que retardam a marcha do nosso progresso.

À primeira vista, poderão pensar os menos avisados que a medida é prematura e unilateral, visto beneficiar apenas os trabalhadores assalariados.

Tal, porém, não ocorre no plano do governo. A elevação do nível de vida eleva, igualmente, a capacidade aquisitiva das populações e incrementa, por conseguinte, as indústrias, a agricultura e o comércio, que verão crescer o consumo geral e o volume da produção.

As bases da nossa legislação social já estão solidamente lançadas nas leis que regulam a duração do trabalho, a higiene industrial, a ocupação das mulheres e menores, as aposentadorias e indenizações de acidentes, as associações profissionais, os convênios coletivos e a arbitragem.

Ultima-se, agora, a organização da Justiça do Trabalho, cuja regulamentação está na fase final de estudos e deverá ser posta em vigor dentro de pouco. É uma legislação que tende a ampliar-se e a cobrir com a sua proteção os diversos ramos da economia nacional, da fábrica aos campos, das oficinas aos estabelecimentos comerciais, empresas de transportes e todos os empregos e ocupações. As sugestões da experiência e as imposições da necessidade irão, naturalmente, indicando modificações e ampliações cuidadosas. Chegaremos, assim, a consolidar esse corpo de leis num Código do Trabalho adequado às condições do nosso

progresso. Não é demais observar, a propósito das nossas conquistas de ordem social, que povos de civilização mais velha, apontados como modelos a copiar, ainda não conseguiram resolver satisfatoriamente as relações de trabalho, que continuam sendo, para eles, causa de perturbações e antagonismos, em vez de forças de cooperação para o bem comum.

Embora deixados ao abandono, os nossos trabalhadores souberam resistir às influências malsãs dos semeadores de ódios, a serviço de velhas e novas ambições de poderio político, consagrados a envenenar o sentimento brasileiro de fraternidade com o exotismo das lutas de classes. O ambiente nacional tem reagido sadiamente contra esses agentes de perturbação e desordem. A propaganda insidiosa e dissolvente apenas impressionou os pobres de espírito e serviu para agitar os mal-intencionados.

Quem quer que observe a história e a dura lição sofrida por outros povos verá que os extremismos, mesmo quando logram uma vitória efêmera, caem logo vítimas dos próprios erros e das paixões que desencadearam, sacrificando muitas aspirações justas e legítimas, que poderiam ser alcançadas pacificamente. A sociedade brasileira, felizmente, repele, por índole, as soluções extremistas. Corrigidos os abusos e imprevidências do passado, poderemos encarar o futuro com serenidade, certos de que as utopias ideológicas, na prática verdadeiras calamidades sociais, não conseguirão afastar-nos das normas de equilíbrio e bom senso em que se processa a evolução da nacionalidade.

Só o trabalho fecundo, dentro da ordem legal que assegura a todos – patrões e operários, chefes de indústrias e proletários, lavradores, artesãos, intelectuais – um regime de justiça e de paz, poderá fazer a felicidade da pátria brasileira.

**Alocución viii. Getúlio Vargas, Rio de Janeiro, 2 de junio de 1931<sup>151</sup>**

Confesso-vos o meu desvanecimento por esta expressiva manifestação de apreço que recebo das gloriosas forças armadas da República, tão elevada em seus intuitos, como claramente se depreende da palavra leal e prestigiosa do general ilustre, figura modelar de soldado e de cidadão que simboliza, nesta hora, a expressão do pensamento cívico dos seus camaradas.

A minha satisfação não é pelo que me possa caber na honraria – as homenagens pessoais são sempre constrangedoras –, e sim pelo significado do preito, no qual percebo, com orgulho, que as classes armadas não se desviaram do seu nobre destino histórico, colocando-se sempre ao lado do povo, para a vitória das grandes causas nacionais.

Foi assim na Independência, em 7 de abril, em 13 de maio, em 15 de novembro, e não podia deixar de ser assim agora, quando o Brasil entrou na posse de si mesmo por um movimento de opinião, sem rival na nossa história, em que a vontade da nação imperou, soberana, impondo novos rumos à vida política e administrativa da República.

A prova de solidariedade que me testemunhais repercutirá pelo país inteiro, inspirando confiança e tranquilidade, por tornar evidente que um pensamento único vos une e idêntico ideal harmoniza a vossa atuação.

Esse ideal ressalta lucidamente nesta reunião fraternal entre camaradas de classe a que longo convívio aprimorou a mútua afeição e a prática diária das virtudes militares assemelhou as qualidades de caráter.

Percebe-se, nesta confraternização, um sentido simbólico que a enobrece, e compreende-se na vossa atitude serena mas enérgica, calma porém decidida, o apoio integral que prestais ao governo provisório, instituído pela revolução vitoriosa, para realizar a obra de reorganização

---

<sup>151</sup> Obtenido de D'Araujo ed. (2011: 313-318). “Discurso pronunciado em banquete oferecido pelas forças armadas. Vargas exalta o papel dos militares nas grandes causas nacionais e reafirma a necessidade do movimento revolucionário de outubro de 1930”.

moral, política e econômica da República. É evidente que, sem ordem, sem estabilidade, sem firmeza, não pode haver confiança. Fora do equilíbrio que elas produzem, nada seria possível executar, e os melhores propósitos soçobriariam no redemoinho dos conflitos e das dissensões internas.

Louvo, por isso, vossa conduta, cerrando fileiras para declarar que as forças armadas estão com a nação, que o governo pode cumprir com serenidade e segurança o programa da revolução sem jamais esquecer o sentimento que a moldou.

Quem percorreu o país na fase da campanha eleitoral e assistiu às expansões do povo da capital da República pôde bem avaliar a extensão e a profundidade desse sentimento, no entusiasmo das multidões e na intensa palpação da alma popular.

Forte desejo de renovação animava a totalidade das consciências, fazendo renascer energias capazes de modificar as normas dominantes da hipocrisia política, do puro regime de ficção que imperava, desalentando a nacionalidade e arrastando-a fatalmente à ruína ou talvez ao desmembramento.

O desespero que essa situação de incertezas infundia nos brasileiros, incitando-lhes o patriotismo, congregou-os para a revolta salvadora que se alastrou, cresceu, tomou vulto e, organizando-se em força irresistível, se despenhou em avalanche, de roldão, destruindo tudo quanto se opunha a seu destino.

O programa da revolução reflete o espírito que a inspirou e traça o caminho para o ressurgimento do Brasil: institui o aumento da produção nacional, sangrada por impostos que a estiolam; estabelece a organização do trabalho, deixada ao desamparo pela inércia ou pela ignorância dos governantes; exige a moralidade administrativa, conculcada pelo sibaritismo dos políticos gozadores; impõe a invulnerabilidade da Justiça, maculada pela peita do favoritismo; modifica o regime representativo, com a aplicação de leis eleitorais previdentes, extirpando as oligarquias políticas e estabelecendo, ainda, a representação por classes em vez do velho sistema da representação individual, tão falho como expressão da vontade popular;

assegura a transformação do capitalhumano como máquina, aperfeiçoando-o para produzir mais e melhor; restitui ao elemento homem a saúde do corpo e a consciência da sua valia, pelo saneamento e pela educação, e restabelece, finalmente, o pleno gozo das liberdades públicas e privadas, sob a égide da lei e a garantia da justiça.

Em rápida síntese, eis os lineamentos da obra que o governo provisório, com a colaboração eficiente de todos os bons brasileiros, pretende levar a efeito, usando de poderes discricionários e tendo em vista, exclusivamente, reintegrar o país na posse de si mesmo.

Para isso conseguir, cumpre, previamente, assear o terreno inçado de vegetações daninhas, punindo os negociistas sem escrúpulos, por vezes traficantes da honra nacional, de modo que, quando o país voltar à normalidade da sua vida legal, com a confiança restabelecida entre governantes e governados, o crédito refeito e o povo feliz, não possa mais ressurgir, reconstituindo-se, o estado de opróbrio que vem de ser demolido.

O quadro da verdadeira situação encontrada pela revolução no dia 3 de outubro ultrapassa o imaginável, e somente quando se publicar balanço definitivo espelhando-a poder-se-á julgar da derrocada a que chegáramos, arrastados pela inconsciência criminosa dos homens que nos governavam.

Com a sua intuitiva clarividência, o povo havia muito percebera que estava sendo iludido, mas ignora ainda o dever e haver dessa época de ludíbrios e o legado de pesadíssimos encargos que nos coube, gênese de todas as dificuldades com que lutamos presentemente. Depois de tudo apurado com imparcialidade e justiça, sabê-lo-á documentadamente, inclusive que os famosos saldos orçamentários eram apenas o disfarce de outros tantos ônus assumidos pelo Tesouro, resultando, em derradeira análise, de empréstimos, emissões de títulos e obrigações espalhados em profusão, e que a realidade financeira do último quadriênio talvez concretize um déficit de cerca de um milhão de contos.

O estado de anarquia política e administrativa em que se debatia o país, decaído pela falsidade partidária dos oligarcas, pela mentira financeira, pelo artificialismo econômico e pela



desonestidade no emprego dos dinheiros públicos, impunha, para salvá-lo, resoluções extremas.

Cabe aqui expor o meu pensamento sobre as origens da revolução, sem o fito de suscitar polêmicas, mas apenas animado do intuito de relembrar puras verdades que vão sendo olvidadas.

O *processus* revolucionário foi moroso, porém teve sempre o seu desenvolvimento intensificado pelas forças vivas da nacionalidade. A chamada Aliança Liberal não foi um partido político, no conceito comum da expressão. Nela entraram vários agrupamentos partidários de programas diferentes e, sobretudo, avolumou-se a corrente da opinião pública brasileira, fora dos partidos e acima deles, em cujo espírito se arraigara o ideal renovador dos velhos moldes da política nacional.

Com o pleito de 1º de março, encerrou-se a fase da propaganda eleitoral. Tanto aquele como as depurações levadas a efeito pelo Congresso Nacional constituíram a maior farsa de que há memória nos anais políticos do Brasil. A desfaçatez e a audácia culminaram: fraude no alistamento, fraude na votação, fraude no reconhecimento!

A série de arbitrariedades prosseguiu: deu-se a intervenção extralegal do governo na vida dos estados, e o martírio da Paraíba, ultimado com a morte do inolvidável João Pessoa, esgotou todas as reservas de paciência.

Agravados esses males com a anarquia administrativa, a desorganização financeira e a depressão econômica; perdidas todas as esperanças de uma modificação nos costumes políticos pelos meios aparentemente legítimos e pelo processo de natural evolução dos princípios liberais; conspurcadas as garantias mais elementares de representação, com menosprezo da vontade eleitoral, a reação impunha-se, pois conformarse o povo brasileiro com a anulação dos seus mais sagrados direitos equivalia a assistir, impassível, com imperdoável fraqueza, aos funerais da República.

Já então a ideia revolucionária espalhara-se dominadora por todo o país, empolgando a grande maioria das consciências, e o movimento de revolta tornara-se nacional, irresistível.

Vitoriosa a revolução, o Brasil retoma o caminho que o fará ascender ao destino que lhe compete. O gigante despertou da longa modorra, distendeu os membros entorpecidos, experimentou a rijeza dos músculos e, com desassombro, se pôs em marcha, afastando todos os obstáculos que se opunham ou retardavam o seu progresso.

Explosão da consciência coletiva do país, a revolução não foi feita para beneficiar uma classe, um grupo ou um partido; tendo adquirido a sua energia redentora pelo concurso de todas as forças vivas da nação, venceu, ao contrário, para arrancar o país do domínio das facções que o exploravam, restituindo-o à direção de todos os brasileiros dignos de colaborar nessa abençoada tarefa.

Não devemos jamais esquecer que a revolução ainda não terminou. A luta travada entre 3 e 24 de outubro foi apenas episódio militar em que se concretizou o esforço dos brasileiros com o fim determinado de derrubar as barreiras opostas à ação transformadora, necessária para modificar a vergonhosa situação do país.

A simples mudança de nomes nas altas esferas governamentais não basta para encerrar o ciclo do movimento regenerador. Só agora começa o lento processo de transformação, no qual deve ter preeminência o espírito revolucionário, criando nova mentalidade política, que o pratique integralmente, de acordo com os imperativos da vida real e as exigências complexas do momento social que atravessamos.

A revolução não deve ser considerada apenas como simples movimento político, nem fato exclusivamente circunscrito à vida brasileira.

Além dos males, propriamente nossos, que a causaram, poderá sofrer o influxo da efervescente agitação da consciência universal, em época de desequilíbrio, na qual múltiplos ideais, falsamente reivindicadores, inquietam e perturbam a alma contemporânea.

Aos verdadeiros partidários do movimento triunfante cumpre o dever de canalizar as correntes profundas da opinião nacional, disciplinando-as, para impedir o perigo das inundações, e procurando, ao mesmo tempo, uniformizar as tendências sociais em aparência díspares, a fim de evitar os atritos que retardam o desenvolvimento perfeito das funções do estado.

Do esforço coletivo dos brasileiros e da vigilância patriótica de todos os revolucionários ressurgirá o Brasil novo. Sente-se que esse ressurgimento se executará com rapidez, pois um sopro de esperança areja o ambiente, inspirando à nação confiança no futuro, pela fé que lhe inspira o presente.

A velha alma da raça renasce fortalecida por sadio idealismo construtor, e todos os cidadãos dignos desse nome solicitam que se lhes indique o setor onde devem combater ou trabalhar pela segurança ou pela prosperidade da República.

Realizada a obra saneadora, restauradas as finanças, o governo voltar-e-á, com especial carinho, para o problema da eficiência militar das forças armadas, procurando resolvê-lo, provendo-as do material indispensável, de acordo com as exigências da técnica moderna, e empregando os maiores esforços pela criação e desenvolvimento, no país, das indústrias de guerra, condição essencial dessa eficiência. Paralelamente, não se esquecerá de remodelar os quadros existentes, aperfeiçoando-os, de modo que o Exército e a Marinha possam assumir, confiantes, a responsabilidade absoluta da defesa nacional.

As velhas aspirações do Exército e da Armada serão atendidas, cumprindo aos seus oficiais manterem-se afastados da luta dos partidos, silenciosamente trabalhando em prol do preparo militar da nação e abandonando, para sempre, o papel ingrato de postulantes de vantagens que a lei lhes assegura, por confiarem nas disposições garantidoras de classificações merecidas e promoções justas.

O momento exige desinteresse, sacrifício, renúncia, e ninguém há melhor correspondido a esses sentimentos do que as forças armadas, bastando citar-se, como exemplos, a atitude

patriótica da junta militar, entregando o país ao governo civil, e o fato de os oficiais anistiados não terem recebido os vencimentos em atraso.

No quadro generalizado da reconstrução moral e material da nação, ao Exército e à Marinha caberá função de grande relevo. A restauração financeira e o desenvolvimento econômico do Brasil constituem, em substância, problema de administração, mas, para que esta se possa exercer com firmeza e continuidade, precisamos de ordem e segurança interna.

A certeza dessa segurança, criando atmosfera propícia de tranquilidade, manter-se-á pelo apoio integral das classes armadas, como reflexo da vontade e das aspirações do povo brasileiro. A oficialidade do Exército e da Marinha deve também compenetrar-se do espírito de renovação que almeja reconstruir o país, sob a pressão dos novos moldes, à luz dos modernos ideais, conscientemente convencida de que revolução não é revolta, quase sempre acompanhada do indefectível surto de atitudes pessoais, visando unicamente satisfazer interesses ou apetites próprios. Para o nosso caso, revolução é, antes de tudo, transformação, esforço para tornar latentes novas energias sociais que fortaleçam o regime depauperado impondo moralidade absoluta e justiça perfeita.

Confraternizados Exército e Marinha, unificada a atividade das duas classes, sob o influxo do mesmo ideal, alteando-se, ao mesmo tempo, os seus oficiais acima dos partidos para melhor exercerem o seu nobre sacerdócio cívico, terão desempenhado nobremente o papel que lhes cabe na obra grandiosa da restauração nacional.

No domínio dessa coesão de atividade e de pensamento não deve haver hierarquia de valores estabelecendo distinções entre camaradas: todos os que acompanharam, ainda que apenas espiritualmente, o movimento reivindicador, mesmo sem a ação material correlata, cumpriram o seu dever patriótico. De hoje em diante, o elo que vos deve ligar indissolúvelmente é o espírito de renovação revolucionária, indispensável para que se transforme em realidade o ideal do engrandecimento do Brasil. Assim entendo a revolução; assim compreendo a demonstração de solidariedade que me trazeis; assim a recebo e a agradeço, confiante na vossa lealdade e patriotismo.



**Alocución ix. Getúlio Vargas, Rio de Janeiro, 10 de noviembre de 1942<sup>152</sup>**

Senhores, depois de falar às forças armadas nas comemorações do quinto aniversário da Constituição de 10 de novembro, cabe-me traçar, perante os representantes da administração civil, das classes produtoras e trabalhistas, o quadro da vida brasileira em face dos acontecimentos de ordem interna e externa.

Em outras oportunidades, mostrei qual era a situação do país anterior à Revolução de 1930 e fiz, sem rancores, a crítica do regime que vigorava desde 1889. Não é preciso recapitular o triste espetáculo da administração retardada e falha, da ausência de iniciativas, da rotina no trato das coisas públicas e do ronceiro conservantismo que presidiam às nossas relações sociais e econômicas, entravando o progresso, desiludindo o povo, criando o pessimismo dissolvente nas camadas cultas e a indiferença passiva nas camadas populares.

Bem conheceis, e parece supérfluo rememorar, o que foi a nossa luta. Primeiro, procuramos conter o transbordamento da avalanche revolucionária e ajustar as forças que nos permitiriam escolher, nas várias correntes de ideias, as mais acordes com as possibilidades e as que melhor se enquadrassem nos princípios orientadores de uma ação política verdadeiramente construtiva. Depois, tivemos de aceitar, por um período de três anos, a Constituição de 1934, que, sob muitos aspectos, representava um recuo, uma reação, a continuidade do ambiente eleitoral, com os vícios do facciosismo e do personalismo.

Com o reajustamento de 10 de novembro alcançamos, afinal, as premissas efetivas da reconstrução necessária.

O Estado nacional, de cunho centralizador, conforme as linhas da Constituição, transformou a ordenação jurídica, afastando-se dos modelos correntes para atender apenas às características brasileiras, às circunstâncias gerais do nosso crescimento interno e da política

---

<sup>152</sup> Obtenido de D'Araujo ed. (2011: 453-458). "Discurso pronunciado no Teatro Municipal, ao ser comemorado o quinto aniversário do Estado Novo. Vargas avalia as ações do governo desde 1930 e o papel do Brasil na guerra".

exterior, tão importante nos últimos tempos em vista dos perigos internacionais que nos ameaçavam. Pondo de parte as formas clássicas do equilíbrio de poderes, deu preponderância necessária ao Executivo e articulou vários elementos novos de orientação e consulta, nos setores econômico e social. Provavelmente, existem falhas a corrigir nas novas instituições, as é fora de dúvida que elas correspondem, nas linhas mestras, aos fundamentos da nossa formação histórica e às imposições da época conturbada que vivemos. Não alimentamos, certamente, a pretensão de criar modelos para outros povos. Procuramos, apenas, uma solução brasileira para os problemas brasileiros. E estamos seguros, pelos resultados obtidos até aqui, do acerto patriótico das nossas reformas, tanto no terreno político como no social e econômico.

Consideramos mero bizantinismo indagar se o novo regime é ou não democrático. As oligarquias antigas e modernas, os regimes de privilégio, muitas vezes se apelidaram democráticos. E o eram, na verdade, para uma parte da população que lhes usufruía as vantagens. Não devemos, por conseguinte, preocupar-nos com os vários sentidos emprestados à palavra democracia. Para os espíritos retardados, ela é o velho jogo político-eleitoral, com restrições maiores ou menores; é a oposição crônica entre governantes e governados; é o liberalismo degenerando em licenciosidade. Quanto a nós, com a experiência de cinco anos decorridos, torna-se fácil verificar que democracia é a forma de governar em benefício do povo como um todo, em função dos interesses supremos da pátria, acima das imposições de grupos, de clã ou região. A autoridade baseada nas leis e a segurança no trabalho vêm acelerando o nosso crescimento econômico e fortalecendo os laços da comunidade. O que nos cumpre agora é aperfeiçoar o aparelho político-administrativo, completando os órgãos constitucionais, preparando o país para a sucessão normal dos seus dirigentes dentro das fórmulas da democracia funcional que instituímos.

Iniciando o reajustamento completo dos quadros da vida brasileira, atacamos, simultaneamente, questões de forma e de essência. Na esfera político-social, tomamos as medidas necessárias à unidade nacional dissolvendo os partidos políticos e as agremiações estrangeiras, que constituíam foco de dissídio e lutas estéreis; fizemos a reforma da educação, de cunho nacionalista, melhorando a preparação cívica e ampliando as possibilidades da

instrução técnica; unificamos o Direito, com os novos códigos; com a reforma financeira e o lastreamento metálico foi possível substituir o padrão monetário antiquado e preparar o país para fazer face aos compromissos de guerra; prosseguimos na política trabalhista e, mesmo nas circunstâncias atuais, não suspendemos as garantias dos operários, antes as reforçamos com o pleno funcionamento da Justiça do Trabalho; realizamos obras públicas vultosas, como as da Baixada Fluminense, do Nordeste e do fomento agrícola com a criação de colônias-modelo e a instalação de trabalhadores na Amazônia; construímos rodovias; eletrificamos e prolongamos estradas de ferro, completando a ligação com o Uruguai e prosseguindo na construção dos troncos internacionais da Bolívia e do Paraguai; resolvemos o secular problema da siderurgia, com a instalação das usinas de Volta Redonda e a exploração intensiva das reservas de ferro do Vale do Rio Doce. Na esfera da preparação defensiva, aumentamos os efetivos militares e demos elementos materiais às forças armadas, sem descuidar o preparo técnico-profissional e o rigoroso aperfeiçoamento dos quadros de especialistas; criamos o Ministério da Aeronáutica; renovamos o material de voo; incrementamos, com a Campanha Nacional de Aviação, a formação de pilotos civis; estimulamos na juventude o interesse pela navegação aérea e instalamos numerosos campos de pouso e aeródromos. Reequipamos portos e aumentamos a frota mercante. Ampliamos instalações hospitalares; desenvolvemos sistemática atividade em benefício da saúde, com medidas especiais de assistência à infância, à melhoria do estado sanitário das populações e dos meios de alimentação popular. Iniciamos a renovação da Marinha de Guerra, incorporando à esquadra dezenas de unidades, construindo e montando outras, reaparelhando arsenais

e instalando bases. Nas relações internacionais, continuamos a obra de aproximação continental, incentivando as trocas e a colaboração com os povos americanos. Não houve, portanto, setor de atividade em que se não exercesse ação rápida e propulsiva, criando, aperfeiçoando e melhorando as nossas condições de progresso.

A Segunda Guerra Mundial atingiu-nos em plena fase de reconstrução.

Enquanto se limitava a outros continentes, foi-nos possível manter a neutralidade e procurar, por todos os meios, evitar que os seus reflexos diretos perturbassem o ritmo do nosso trabalho. Quando já havíamos reajustado a economia do país às circunstâncias novas,



decorrentes do isolamento da Europa e da perda de mercados, a agressão de que foram vítimas os nossos tradicionais amigos dos Estados Unidos da América do Norte determinou, em face dos compromissos assumidos em reiteradas assembleias, a nossa participação no conflito. A Conferência dos Chanceleres realizada em janeiro deste ano teve por consequência o rompimento das relações diplomáticas e econômicas com os países do Eixo, único meio de que dispúnhamos para impedir que, à sombra de imunidades e através de organizações ilegais, se conseguisse prejudicar os interesses dos povos americanos.

Alguns meses decorridos, sem que houvesse atos de hostilidade da nossa parte, fomos provocados da maneira brutal que todos conhecem.

Em legítima defesa da nossa honra, fizemos o que nos cumpria.

Declaramos o estado de beligerância com os agressores e nos tornamos aliados das nações que defendem os princípios da liberdade e autodeterminação dos povos contra as que preferem a política de presa, a invasão *manu militari* e o assalto organizado às populações pacíficas e laboriosas.

Empenhados nas tarefas de desenvolvimento interno, não desejávamos a guerra. Tivemo-la, entretanto, e o que agora nos cabe fazer está na consciência de todos os brasileiros.

Sem descontinuar os esforços para progredir estamos mobilizados e prontos a lutar em duas frentes – a externa e a interna. Cooperando por todos os meios com a nobre nação norte-americana, fornecendo-lhe quanto careça para completar a sua preparação, agindo em perfeita colaboração com os supremos dirigentes da guerra no setor mundial, desempenharemos as nossas missões de forma exemplar. Ainda agora, antes de iniciar-se o desembarque das poderosas forças americanas na África do Norte, recebemos do presidente Franklin Roosevelt mensagem especial acerca dos propósitos dessa operação, que se desenvolve brilhantemente para as armas aliadas. Demos à iniciativa irrestrito aplauso e solidariedade, por considerá-la antecipação justificada diante dos planos alemães de ocupação, constituindo, ao mesmo tempo, um reforço da segurança americana e,

especialmente, do Brasil, porque elimina dos nossos mares os obstáculos à navegação e torna mais fácil a cooperação com os nossos aliados, na entrega de materiais estratégicos.

Essa atitude não importa em qualquer hostilidade à França, a quem nos ligam tradicionais relações de amizade, nem ao povo francês, cuja sorte acompanhamos com sincera e comovida simpatia.

Internamente, manteremos o ritmo de trabalho construtivo, desdobrando as atividades para que nada falte às nossas populações, nem sofra o seu padrão de vida. As medidas indispensáveis vêm sendo tomadas com firmeza e tanto se fazem sentir no setor financeiro como no industrial ou agrário.

Confio que, com o eficiente e pronto auxílio do povo, até agora exemplar no respeito às ordens das autoridades e na cooperação para o esforço extraordinário, possamos reduzir os sacrifícios e atravessar o conflito fortalecendo-nos quer pela coesão maior da consciência nacional, quer pela ampliação e diversificação das culturas agrárias e do parque industrial.

Para a vitória da nossa causa, para fazer sobreviver o mundo que ajudamos a construir, nenhum esforço será excessivo. Não nos iludamos. Só se salvam os que se mostram dignos de salvação, os que se esforçam por obtê-la, os que não conhecem obstáculos e não temem perigos. Em momento de tanta significação, falando aos representantes do poder público e das classes produtoras, desejo também voltar o pensamento para o povo brasileiro, para a massa anônima das cidades e dos campos, e dizer-lhes que estamos empenhados numa luta decisiva, em que se jogam os destinos da civilização, e devemos confiar na voz profética de Franklin Roosevelt, o grande líder do continente americano, certos de que esta guerra não é feita para garantir privilégios e amparar monopólios, mas para estabelecer a paz com justiça e assegurar a todos uma vida melhor, subordinando as vantagens individuais aos deveres para com a coletividade.

Senhores, que a nossa reunião comemorativa de hoje valha como um pacto de honra, como um juramento solene, como a promessa de todos os corações em holocausto à defesa da pátria.

**Alocución x. Getúlio Vargas, Petrópolis, 2 de marzo de 1945<sup>153</sup>**

*O Regime de 10 de Novembro e as razões de sua implantação*

A reforma da Constituição, consubstanciada na Lei Constitucional no 9, está perfeitamente justificada em face dos argumentos e considerações da exposição dos ministros de Estado, já divulgada e conhecida.

Depois disso, parece-me, o que mais interessa esclarecer nesta oportunidade são as razões profundas da implantação do Regime de 10 de Novembro. É um exame retrospectivo necessário a fim de melhor fixar os dados de que a história carecerá para formular juízos imparciais e definitivos. A Constituição de 10 de novembro de 1937 começou a nascer em 1935. A violência do levante comunista daquele ano, espantosa para a índole tradicionalmente pacífica do nosso povo, causou um abalo profundo nas classes conservadoras. O temor de outros movimentos semelhantes, a persuasão de que a democracia liberal não tinha capacidade defensiva, a fragmentação partidária das arregimentações estaduais, sem programas consistentes, e, mais ainda, a ausência de convicções definidas em grandes grupos que viveram sempre alheios à política – capitalistas, industriais, comerciantes, agricultores – criaram um clima favorável à expansão da ideologia oposta, que também se tornara de ação internacional, depois de vitoriosa na Itália com o fascismo e na Alemanha com o nazismo, penetrando no Brasil sob a bandeira de um novo partido – o integralismo. Por motivos perfeitamente explicáveis, a reação contra o comunismo, no sentido cultural e político, foi habilmente aproveitada pelos adeptos do totalitarismo, que passaram a desenvolver, daí em diante, intensa atividade infiltrando-se nos meios conservadores, agitando a mocidade das escolas e impressionando os espíritos religiosos e as consciências patrióticas com o lema Deus, Pátria e Família, usado na intenção facciosa de explorar os sentimentos cívicos e as tradições cristãs dos brasileiros. Utilizando recursos que a todos surpreendiam e uma técnica de propaganda cujos efeitos se haviam revelado

---

<sup>153</sup> Obtenido de D'Araujo ed. (2011: 490-498). “Entrevista a jornalistas avaliando as origens e as realizações do regime inaugurado em 10 de novembro de 1937, mencionando a “complementação constitucional” e anunciando a preparação de nova lei eleitoral”.

eficientíssimos nas mãos dos líderes estrangeiros do nazifascismo, ampliaram os seus quadros com elementos novos, arregimentaram-se em todo o país e desenvolveram impressionante proselitismo político. A propaganda integralista assumira tamanho vulto que as suas manifestações e desfiles na capital da República e nos estados começaram a preocupar todos e principalmente as autoridades responsáveis pela ordem e segurança pública. Sabia-se quais as ligações que mantinham com os centros de propaganda totalitária da Alemanha e da Itália. De lá recebiam diretivas, lemas partidários, material de publicidade e até agentes de orientação doutrinária. Todas as circunstâncias pareciam favorecer a “marcha totalitária” para o assalto ao poder nos moldes e processos já experimentados com sucesso noutros países – tentativa que só se verificou em 1938 e que nos permite hoje avaliar a que estado de degradação política estaríamos reduzidos se a investida criminoso houvesse logrado êxito. Não estamos fantasiando.

A veracidade do que dizemos é atestada pelos próprios fatos da época. Passados os perigos e serenados os tempos, podemos revê-los imparcialmente, deixando-os falar por si mesmos, sem prevenções apaixonadas. Por outro lado, como todos sabem, providências acumuladas em quase meio século haviam dado ensejo a que laboriosas colônias estrangeiras se aglutinassem em pontos estratégicos do território nacional, formando verdadeiros quistos, onde os costumes, a língua e o ensino ainda eram os do país de origem. Também sob esse aspecto as apreensões não podiam ser mais graves. Estávamos evidentemente amadurecidos para servir de presa cobiçada e fácil ao imperialismo totalitário, dentro dos famosos princípios do “espaço vital” e das “minorias étnicas”. Nesses redutos dominados pela influência estrangeira encontraram os propagadores do nazifascismo vasto campo de expansão, cooperando com os integralistas ou agindo por conta própria, através das associações, das escolas e até dos padres estrangeiros.

Foi nesse ambiente de luta declarada entre os dois extremismos – o da esquerda e o da direita – que se iniciou e processou a campanha da sucessão presidencial. Pouca gente se apercebia que nos ameaçavam simultaneamente dois grandes perigos: o da guerra, que estalaria na Europa a qualquer pretexto, e o da situação interna, que se agravara por dissensões e abalos capazes de desencadear a guerra civil com todas as suas terríveis consequências, arrastando-

nos talvez à desagregação. Não houve possibilidade de um compromisso em torno de um candidato único com programa sereno e construtivo, capaz de manter as linhas da reforma social iniciada em 1930 e de mobilizar a opinião, afastando os extremismos. Os fatos verificados no começo e no decorrer da campanha presidencial demonstraram de forma evidente a incompreensão ou a incapacidade dos políticos, mais preocupados com as árvores do que com a floresta, diante das responsabilidades do momento, bem como a notória indiferença do povo pelos candidatos concorrentes, cujos programas nada significavam e nenhuma solução apresentavam para a tremenda crise que abalava nos seus alicerces a sociedade brasileira.

A própria luta pela sucessão abriu novas brechas às investidas dos extremistas, que se aproveitaram da confusão para tomar posições dentro dos próprios arraiais dos grupos que se apresentavam para disputar nas urnas a escolha do futuro chefe da nação. Num dos grupos saídos das próprias forças políticas que apoiavam o governo, a violência com que foi conduzida a campanha chegou a assumir o caráter de verdadeira oposição aos poderes constituídos, desnorteando e pondo em pânico os seus componentes a ponto de provocar divergências e dissensões irremediáveis.

O grupo adversário, por seu turno, desmandava-se em maquinações demagógicas e se armava secretamente para uma intervenção subversiva no caso de fracassar nas urnas. O confusionismo dominava os espíritos, as inquietações se generalizaram, e os prognósticos sobre o desfecho da crise política não podiam ser piores.

As nossas instituições democráticas iam ser submetidas a duras e decisivas provas em consequência da luta que se desencadeara. Na verdade, por todo o mundo, em 1937 e até deflagrar a guerra, as democracias se mostravam indecisas e fracas em face dos problemas econômicos e sociais. Enquanto isso, num contraste desnorteante, os regimes da extrema direita se excediam nas atitudes e soluções exasperadas.

Chegamos, assim, nesses dias conturbados de 1937, a uma encruzilhada decisiva para os destinos da nação em que era imperioso, inadiável, fazer alguma coisa para salvá-la do caos

que sobreviria inevitavelmente se não reagíssemos em tempo, sobrepondo-nos ao perigoso dilema dos extremismos como solução única.

As classes armadas, sentinelas da unidade e da segurança da pátria em todos os momentos graves da nossa vida política, sentiam mais de perto a necessidade de agir e compreenderam que não era possível contemporizar.

De acordo com elas, com seu apoio firme e patriótico, to mamos, nessa emergência difícil, a decisão nacional de 10 de novembro de 1937. As manifestações de solidariedade do povo brasileiro evidenciaram o seu acerto e oportunidade. Foi realmente uma grande solução.

Não provocou lutas, dispensou violências, restabeleceu a confiança geral, tranquilizou o país, que retomou o ritmo do trabalho construtivo e pôde preparar-se para enfrentar serenamente as tarefas do reajustamento interno e as dificuldades criadas mais tarde pelas contingências da guerra mundial.

Creio ter exposto a largos traços as razões da implantação do Regime de 10 de Novembro. Mas a ação posterior do governo, durante estes sete anos de trabalho intenso e ininterrupto, ainda as torna mais claras e convincentes no juízo de quantos queiram examiná-las com isenção de ânimo e senso patriótico. Todas as medidas adotadas, a partir de novembro de 37, revelam a preocupação séria e constante de fortalecer a unidade nacional. Vínhamos dos excessos do federalismo, com autonomias estaduais levadas quase ao extremo da soberania, e tratamos, por isso, de revigorar e estender a autoridade do poder central, tornando-a efetiva em todos os recantos do território pátrio. Na execução do amplo programa que nós traçamos de reconstrução nacional, não vacilamos um só instante. Fizemos a nacionalização do ensino e da imprensa; suprimimos as agremiações, ligas e entidades sociais estrangeiras de ação política reconhecidamente nociva e desagregadora; extinguímos os escudos e bandeiras estaduais; decretamos a supressão das barreiras tributárias estaduais e municipais; promovemos sistematicamente, pelas formas mais diversas, o alargamento das trocas internas e o aumentados meios de comunicação entre o norte, o centro e o sul do país; na ordem social, como na ordem econômica, o nosso lema foi unir, estreitar, fortalecer – dar coesão às energias

nacionais, tornar o Brasil mais próspero e mais forte. E que os esforços nesse sentido não foram vãos prova-o a posição excepcional a que chegamos em plena guerra, com ordem na vida social, prosperidade no trabalho e prestígio no concerto das grandes nações. Podemos, pois, afirmar que a reforma política de 37 foi providencial para a defesa dos supremos interesses da nação e salvou a democracia brasileira da contaminação das ideologias extremistas.

É oportuno repetir mais uma vez que ao instaurarmos o Regime de 10 de Novembro não procuramos copiar qualquer dos muitos modelos que estavam em moda e se atribuíram o privilégio de fazer a felicidade dos povos. Procuramos, sim, remediar de forma concreta e imediata os males e retardamentos do regime de equilíbrio de poderes, mantendo-nos fiéis às nossas realidades e aos imperativos da nossa formação histórica.

A Constituição de 37 nunca foi apresentada como padrão de uma estrutura política perfeita: constitui instrumento de trabalho que provou bem durante um período instável e conturbado da sociedade brasileira e da vida mundial.

Suponhamos, para exemplificar, o caso das leis restritivas da liberdade de imprensa em língua estrangeira e do uso e abuso das escolas alienígenas. Se tivéssemos de resolver a matéria pela forma consagrada, defrontaríamos a um tempo a oposição do Legislativo e do Judiciário.

Em nome da liberdade democrática de opinião continuariam a funcionar escolas e jornais a serviço das organizações nazifascistas. E o governo estaria inerte e incapaz de ação contra as infiltrações políticas.

#### *As supostas tendências totalitárias*

A Constituição de 1937 foi acusada de tendências totalitárias. Essa arguição não tem fundamento. Fizeram-se a respeito muitas confusões, umas para justificar juízos apressados e superficiais e outras propositadas, com o simples objetivo de exploração política. Os regimes totalitários têm fundamentos doutrinários e estrutura inteiramente diferentes do



instituído pela Constituição de 37. Para não nos alongarmos num exame completo que a oportunidade não comporta, basta lembrar que nos regimes totalitários o Estado monopoliza tudo, absorvendo os indivíduos espiritual e economicamente. Expressam ideologicamente uma concepção da vida e das relações sociais – concepção oposta, como se sabe, aos fundamentos cristãos da sociedade brasileira, que foram expressamente declarados e respeitados pela Constituição de 37. O totalitarismo como organização política se caracteriza, ainda, pelo partido único, pelo poder absoluto do Estado – supremo senhor e distribuidor de direitos –, pela imposição despótica de padrões uniformizadores de cultura e de convivência social, assumindo no nazifascismo a forma de estatolatria pura, num enquadramento único de toda a vida nacional, até abranger os extremos limites da raça e da fé religiosa e transformar-se em imperialismo de conquista e dominação armada. Onde essas características em nossa Constituição? Pelo fato de haveremos deixado de parte a formulação clássica dos regimes representativos eleitorais concluíram, afoitamente ou de má-fé, que nos fizéramos totalitários. O regime de 37 é, sem dúvida, um regime forte, de concentração de poderes. Mas para ser isso não precisava ser, como não é, totalitário. É realmente muito diferente. Instituinto novo processo de consulta às necessidades e opiniões da população através de corpos econômicos e agremiações de caráter produtivo, tivemos em vista precisamente dar realidade ao princípio democrático segundo o qual os poderes públicos devem ser apenas órgãos de execução da vontade popular, eliminando a clássica oposição entre governantes e governados e corrigindo o desvirtuamento do sistema representativo pelos grupos partidários ou de interesses particularistas.

As nossas relações diplomáticas com a Alemanha e a Itália sofreram fortemente em consequência das leis de nacionalização, e há episódios de importância que a história divulgará um dia. Foi com o auxílio estrangeiro, provavelmente nazifascista, que se tentou o golpe de maio de 1938 contra o regime da Constituição de 37 e diretamente contra o presidente da República. Vimos assim, paradoxalmente, um regime dado como totalitário assaltado e agredido pelos maiores do totalitarismo.

*A complementação constitucional*

Diversos e imperiosos motivos obrigaram a retardar a instalação e funcionamento de alguns órgãos da Constituição de 37. Nisso influiu indubitavelmente a deflagração da guerra, mas a influência maior resultou das nossas circunstâncias sociais e políticas. Com o apoio popular irrestrito e a atitude exemplar das forças armadas, que se apresentavam celeremente para as emergências impostas pela guerra, o que tínhamos de melhor a fazer era adiar a consulta para momento mais oportuno.

A consulta era prematura em 1938, e contraproducente, de evidente inconveniência, em 1939, quando a guerra se alastrava, assumindo o caráter de configuração mundial. Tínhamos de cuidar, antes de tudo, dos aspectos substanciais da segurança nacional e da preparação defensiva.

Diante das previsões conhecidas e dos informes secretos das chancelarias, a guerra atingiria inevitavelmente a América. Era, portanto, urgente e de toda a conveniência reforçar os laços de solidariedade continental e manter a posição de neutralidade enquanto não fôssemos atacados. Isto não impedia que, coerentes com a tradição de nossa política exterior, ajudássemos de forma indireta, como fizemos, a situação desenvolvida pelos nossos aliados potenciais – os Estados Unidos e as nações americanas sobre as quais pesavam grandes ameaças. Muito antes do rompimento das relações com os nossos agressores já havíamos permitido a utilização das bases aeronavais do Nordeste e estabelecido a exclusividade da venda dos materiais estratégicos, além de outras facilidades de natureza político-militar que sempre foram apreciadas e proclamadas de alto valor pelos estadistas e chefes militares aliados.

Tal atitude, naturalmente tomada com a discrição aconselhável, tornou possível a reunião interamericana de janeiro de 1942 em nossa capital e o rompimento com as nações do Eixo. Depois disto, o que ocorreu foi a necessidade urgente de aproveitar todos os esforços anteriores de coordenação para mobilizar o potencial econômico e humano e desempenharmos dignamente o nosso papel na luta. As de terra, deficientes para a própria guarda territorial, expandiram-se até atingir a organização de um corpo expedicionário; a nossa Marinha de Guerra cresceu a ponto de desempenhar a tarefa completa de patrulhamento

do Atlântico Sul; e a nossa Aeronáutica, utilizando eficientemente os elementos novos com que foi dotada a partir de 1930 e principalmente após a criação do Ministério da Aeronáutica em 1940, pôde atuar com êxito na vigilância do nosso litoral e na frente de combate da Europa.

*A oportunidade da complementação e as medidas adequadas*

A guerra está no fim. Com a aproximação do prazo terão de se postas em equação e resolvidas pelo consenso geral questões de máxima relevância. A tarefa de reconstrução mundial imporá obrigações internacionais de diversa natureza, desde as que se referem ao socorro das populações devastadas até as que envolvem compromissos mais amplos, afetando as gerações futuras.

Como governar é prever, devemos preparar-nos para eventualidades. Foi precisamente a aplicação desse sábio preceito que nos levou a preservar, por um período de autoridade maior, o bem-estar e as tradições cristãs do nosso povo. Os perigos passaram. Tanto interna como externamente as condições atuais do país são de segurança e prestígio. Por isso julgamos o momento propício e indicado para convocarmos a nação a fim de pronunciar-se e escolher os seus dirigentes, de acordo com os princípios democráticos da nossa formação social e política.

Esse pronunciamento é o que mais importa.

Já o dissemos várias vezes: não cultivamos fetichismos de fórmulas políticas. Os regimes mudam, mas as nações continuam. O Brasil há de ser a poderosa nação que todos sonhamos, com esta ou com outra Constituição, desde que nos devotemos constantemente ao seu engrandecimento.

Coerente com esse ponto de vista, expresso no discurso do fim de 1944, incumbi aos meus auxiliares imediatos, os Srs. Ministros de Estado, examinar o assunto e sugerir as providências de caráter prático para a consulta nacional. O estudo por eles realizado já é do

conhecimento público, e aprovando-o foi expedida a Lei Constitucional no 9, que consubstancia diversas alterações na Constituição capazes de permitir uma rápida complementação dos órgãos institucionais.

A lei eleitoral, cuja publicação se vai seguir, deve assegurar a verdade do voto por um processo de alistamento simplificado, acessível a todas as classes. Os documentos necessários serão os mais simples e usuais, exigindo-se apenas autenticidade. É nosso empenho que possam concorrer às eleições os habitantes das mais diversas regiões do país e que o voto não represente um privilégio concedido de preferência aos moradores das cidades ou aos que disponham de amplos recursos para alistar-se. Tudo temos feito desde 30 pela emancipação política do homem de trabalho, garantindo-lhe a estabilidade econômica e a segurança contra os riscos sociais. A massa é livre para votar de acordo com as suas preferências. Não está mais na dependência do patrão ou do Estado.

A recomposição dos quadros políticos dará ensejo certamente ao aparecimento de novas e sadias correntes de opinião, identificadas com os altos problemas nacionais. O povo brasileiro, de fácil compreensão e hábitos ordeiros, progrediu consideravelmente nestes últimos anos.

Possui hoje uma receptividade política que poderá ser aproveitada em benefício da estruturação definitiva dos fundamentos econômicos e sociais da nacionalidade. A convocação para opinar e decidir deverá orientar-se honesta e seriamente, evitando agitações facciosas e a repetição dos velhos processos de recrutamento eleitoral de quinze anos atrás. O governo saberá assegurar todas as garantias para que o pronunciamento nas urnas seja amplo e legítimo. Assim procedeu em 1934, quando presidiu as eleições mais sérias e limpas que se realizaram na vigência do regime republicano. Precisamos agora demonstrar que o Brasil é um país organizado, apto a resolver os seus problemas políticos dentro da ordem e da lei. Esse pensamento superior, que é também uma norma salutar de atuação cívica, deve orientar a todos, em momentos de tantas responsabilidades para a nação; confiamos, para isso, na índole generosa e pacífica do povo brasileiro, sempre igual na expansão dos nobres sentimentos e exemplar no devotamento patriótico.

### *A imprensa e o momento político*

Haverá liberdade ampla para discutir e apreciar os fatos políticos, liberdade de crítica no plano superior das ideias. A imprensa brasileira já alcançou um nível elevado de cultura e educação. Devemos esperar, por isso, que nos debates e apreciações em que se venham a empenhar os nossos jornalistas seja respeitado sempre o interesse público, evitando-se as demasias de linguagem e as campanhas puramente pessoais.

Há, ainda, a considerar as restrições próprias do estado de guerra, que precisam ser atendidas rigorosamente. Tudo que se refira às questões de defesa, ou afete de qualquer forma os problemas da preparação militar, deverá ficar excluído do debate público. Não será desejável que as nossas valentes tropas expedicionárias venham a sofrer dificuldades em consequência das controvérsias eleitorais. A nossa imprensa, órgão de colaboração do poder público, estou certo saberá conduzir-se como convém, honrando as suas tradições de inteligência e patriotismo.

**Alocución xi. Hugo Chávez, Caracas, 8 de enero de 2007<sup>154</sup>**

Este es mi primer discurso del 2007, hoy 8 de enero. Feliz año nuevo para todos y todas.

Saludo con especial cariño y afecto a José Vicente Rangel, Nelson Merentes, Wilmar Castro, Aristóbulo Istúriz, Samuel Moncada, Francisco Armada, Ricardo Dorado, Jacqueline Farías, Yadira Córdova, Jorge García Carneiro, Gustavo Márquez Marín; a ellos y ellas dirijo lo esencial de mis sentimientos y palabras esta tarde.

Le decía a José Vicente que uno se llena de sentimientos y muchas veces en momentos como estos a pesar de que sabemos que no es una despedida, aunque no deja de ser de cierta manera una despedida. A los que colocamos al ser humano en el primer lugar de todo, como decía Cristo en el Alfa y en el Omega, en el principio y en el fin, nos cuesta decir ciertas cosas.

Poeta Jorge Rodríguez, nuestro nuevo Vicepresidente. Poeta, José Vicente. Yo traje un verso muy sencillo de Gustavo Pereira, para no quedarme corto ante estos poetas.

Gustavo Pereira: “en ejercicio del amor nada concluye, todo recomienza”. Dedico estos versos a ustedes, en el ejercicio del amor nada concluye todo recomienza.

Uno pudiera decir muchas cosas, pero desde mi corazón en lo íntimo del ser, una palabra que recoge un millón de palabras: gracias. Muchas gracias compañeras, compañeros, camaradas, amigos. Gracias por cuántas cosas. José Vicente, el poeta, lanzó una frase que agradezco, sus comentarios, sus reflexiones, sus enseñanzas siempre: Pasión agónica, agónica pasión venezolana. Sí es verdad, agónica pasión venezolana. Creo que todos llegamos aquí traídos, empujados por esa agónica pasión venezolana, por esta pasión por Venezuela, por este amor infinito, por este frenesí venezolano, humanista, socialista, rojo, rojito.

---

<sup>154</sup> Obtenido desde Ministerio del Poder Popular de Petróleo y Minería PDVSA: [http://www.pdvsa.com/index.php?tpl=interface.sp/design/biblioteca/readdoc.tpl.html&newsid\\_obj\\_id=3407&newsid\\_temas=110](http://www.pdvsa.com/index.php?tpl=interface.sp/design/biblioteca/readdoc.tpl.html&newsid_obj_id=3407&newsid_temas=110).

Todos ustedes saben compañeros, compañeras, camaradas, compatriotas, cómo es que Hugo Chávez llegó aquí, diría nuestro Bolívar –permítanme parafrasearlo- arrastrado por el huracán revolucionario que me lleva como a una débil paja.

¡Vaya que angustia, que compromiso! A este grupo de compañeros yo les miraba, les abrazaba y les condecoraba, a nombre del pueblo reconocimiento supremo porque salen por la puerta grande. Ojalá si yo salgo algún día, como debo salir, ojalá vivo, de estas circunstancias, salga como ustedes, por la puerta grande y con el pecho afuera a darme un abrazo con las calles, los pueblos y los campos a decir: misión cumplida, como ustedes pueden decirlo hoy. Por eso los envidio, hasta cierto punto los envidio.

Ayer estaba releendo, buscando ideas para mis discursos que vienen, no tanto para éste porque estas palabras son más del corazón que de la razón y de la mente; preparándome para el discurso de mi juramentación, mi nueva juramentación ante ustedes, ante el pueblo, ante mis raíces. Recordaba hace unos días a la abuela Rosinés, cumplió 25 años de haberse ido a la eternidad. Ese juramento es por ella, por esas raíces, por los mártires que sembrados están en la tierra por haberse atrevido a soñar y a tomar el camino de la revolución consciente, como creo estar de mi papel.

Estaba releendo, decía, a Jorge Plegarof en aquel maravilloso libro que hace muchos años llegó a mis manos y que cuando Subteniente del Ejército, por allá en el año 76, cuando asesinaron a tu padre, Jorge, andaba el Subteniente Hugo Chávez en un campamento antiguerrillero, cargaba en mi morral de campaña ese librito que me ayudó a ir consiguiendo el camino. Me refiero a aquel buen libro llamado “El Papel del Individuo en la Historia”.

Así como Jorge dice que su primer voto fue por José Vicente Rangel, yo pudiera decir que mi primer impulso, mi primer deseo para votar, pero no podía porque era soldado, fue también por José Vicente Rangel. Cosas de la vida, José Vicente era candidato de la izquierda, candidato socialista. La figura de aquel candidato socialista de 1973 fue para mí como una luz de esas que aparecen allá en un horizonte oscuro de un viajero sin rumbo. Muchacho de 19 años recién cumplidos, pero ya con angustias y pasiones despertadas.

Derrocaron a Allende por esos días y lo asesinaron, habían oficiales de la Academia Militar que se atrevían a hacer comentarios contra la izquierda. Yo oí a un capitán de aquel entonces decir, viendo a José Vicente cuando salía del Teatro de la Academia visitando a su hijo aspirante, oí clarito cuando le dijo a un teniente, pocos días después del golpe contra Allende: “Aquí si gana éste habrá que hacer lo mismo”; yo me resistía y se lo decía a algunos de mis compañeros más cercanos, como el Catire Acosta Carles, asesinado el primero de marzo de 1989 durante El Caracazo. No tengo duda que mandaron a matar al comandante Felipe Acosta, uno de los fundadores del Movimiento Bolivariano Revolucionario en el Ejército.

García Carneiro, Ortiz Contreras, Ruiz Rondón, ese pequeño grupo de amigos, cadetes todos. Recuerdo que discutíamos: ¿nos hablan de democracia? ¿Y Allende qué era pues, no era un demócrata? ¿Cómo lo van a tumbar, lo van a matar? Y le decía a algunos lo que había oído decir al capitán aquel, que si ganaba el doctor Rangel, habría que hacer lo mismo y nosotros apoyaríamos eso. Desde entonces decíamos que no lo apoyaríamos, que respetaríamos la voluntad del pueblo. Y así pasaron estos años y henos aquí diciéndole al candidato socialista, al Vicepresidente que mereció ser Presidente, al Doctor Rangel, líder de tantas luchas, de tantas batallas, contra viento y marea, contra el Pacto de Punto Fijo que todo lo dominaba, que todo lo controlaba. Ya contaba Jorge que su primer voto se lo robaron.

En verdad, cuántos recuerdos, cuánta sensibilidad, cuánto agradecimiento. Porque sí, uno llegó aquí arrastrado por ese huracán. Todo aquello que uno vivió en los años 70 haciéndose soldado, creciendo como individuo, como ser humano, estudiando, aprendiendo, luego en los campos. En esos años Hugo Chávez subteniente andaba con 20 soldados por el Río Nula, por el Río Sarare, persiguiendo guerrilleros, y lo que se topaba era con la miseria, con la explotación del hombre por el hombre, el maltrato a los colombianos y a los venezolanos, los hombres y mujeres que un día conformaron una sola gran república que murió en Santa Marta junto a Bolívar. Todo eso fue convirtiendo a los vientos en huracanes, porque yo con un fusil me preguntaba ¿qué hago detrás de cuáles guerrilleros? Alí Rodríguez era uno que tenía en mi lista, Rafael Ramírez era aspirante a guerrillero, Adán Chávez también. Eran estudiantes, profesionales muy jóvenes y andaban por allá por los campos de Mérida, por La Azulita, con Douglas Bravo entrenando. Después, en oriente, detrás de la guerrilla y estudiando el



fenómeno guerrillero: ¿Por qué guerrilla, cuáles son las razones? Y al final colocado en el medio de una gran duda existencial.

¿Este fusil contra quién lo apunto? Y oyendo a Alí Primera: Soldado vuelca el fusil contra el oligarca, oyendo su canto incendiario, leyendo a Bolívar y a Zamora y asumiéndome soldado, terminé siendo en mi vida soldado. ¿Lo de Presidente? Eso es una circunstancia, lo de soldado es esencia.

La Fuerza Armada venezolana a partir de ahora comienza a llamarse Fuerza Armada Bolivariana de Venezuela. Ejército Bolivariano de Venezuela. Armada Bolivariana de Venezuela. Aviación Bolivariana y Guardia Bolivariana de Venezuela. Estamos entrando en verdad en una nueva era y yo los invito a todos. Cuando he firmado el decreto cambiándole el nombre a los ministerios y ahora llamándoles Ministerio del Poder Popular, eso no es sólo para que suene bonito cuando damos un discurso. No. Los quiero y las quiero allá. Cada día más metidos en el alma del Poder Popular a los ministros, a las ministras, al Vicepresidente. Y primero, por supuesto, yo mismo. Son señales de lo que viene. Son señales para esta nueva era, este nuevo horizonte al que invito a la Nación toda, sin exclusiones de ningún tipo. Nada ni nadie podrá desviarnos del camino hacia el socialismo bolivariano, el socialismo venezolano, nuestro socialismo.

Gracias José Vicente. Yo llegué traído por el huracán del 4 de febrero que tú mencionabas en tus palabras, ese huracán produjo otros huracanes. Qué iba a pensar el comandante Hugo Chávez que el 4 de febrero lo iba a colocar, como lo colocó, en el ojo de la tormenta durante quién sabe cuántos años. Vamos a conmemorar el próximo 4 de febrero los 15 años de aquel día de revolución, de rebelión bolivariana. Así son las cosas de la vida, así son las revoluciones. En verdad nadie las planifica, ellas explotan como el volcán.

Así explotó el Caracazo, así explotó el 4 de febrero. Hubiera ocurrido de una u otra manera. Pero he ahí los signos de la historia, los acontecimientos inexorables de la historia. Y dentro de ellos nosotros, los seres individuales que somos arrastrados por ella. Y como decía Carlos Marx, ese gran pensador revolucionario, “bueno, los hombres, sí, podemos hacer historia, pero en el marco que nos impone la historia”.

Y digo “gracias” porque cuánto compromiso desde aquel día 4 de febrero. Desde aquel día 6 de diciembre de 1998. Cómo cumplir con ese juramento hecho una y otra vez. Por eso gracias, José Vicente. Gracias, compañeros, camaradas, hermanos, hermanas, por haber ayudado tanto a este soldado de ustedes a tratar de cumplir su juramento, a tratar de cumplir su compromiso. Son ustedes además, compañeros, ministros, quienes han entregado con la frente en alto su cargo. Son ustedes, o han sido, víctimas de los ataques por distintos flancos de quienes pretenden detener la marcha de la revolución. Recuerdo una frase del filósofo Aristóbulo cuando dijo que Chávez es como el Guaire, que mientras más porquería le echan y le cabe, más crece. Una bonita comparación que le acepto. Sobre todo ahora que Jacqueline nos deja el Guaire comenzado, y qué bonitos se ven algunos tramos. El Guaire volverá a ser ese río bello que fue en una época. Nunca será tan bello como fue, pero será bello de nuevo.

Entonces hablaba de las víctimas de la conseja mediática, de los laboratorios de la guerra mediática, de la guerra inmunda que contra nosotros lanza de manera permanente la oligarquía venezolana, el imperio norteamericano y la CIA, a través de diarios, televisoras, en Venezuela y en buena parte del mundo. Es muy frecuente leer u oír una construcción que busca satanizar a todo el que a mí se acerque. Como soy como el Guaire, entonces la arremeten contra ustedes para luego decir: “Chávez está rodeado de incapaces, de holgazanes”, con eso pretenden confundir al pueblo. Así me decía, por cierto, uno de los militares más confundidos con los que hablé la madrugada aquella, la noche del 12 para amanecer el 13, cuando me llevaron a Turiamo. Allá me querían asesinar. Yo iba a morir en Turiamo. Así estaba señalado por el imperio y la oligarquía venezolana.

Yo sentía que iba a morir. Y bueno, sin comparaciones de ningún tipo, pero con respeto por la vida, cuando vi el rostro de Saddam Hussein, con dignidad asumiendo su muerte, incluso hablando con sus verdugos. Recuerdo más o menos que así estaba asumiendo mi muerte, inquiriéndoles, respondiéndoles, señalándoles. ¿Qué van a hacer conmigo mañana? Les dije. Cuando salga el Sol. ¿Qué van a hacer con mi cadáver, qué le van a decir al pueblo venezolano cuando salga a preguntar dónde está Chávez, qué lo hicieron? Entonces, uno de ellos me decía: “Bueno, bueno, es que usted no lo hizo mal del todo, pero se rodeó muy mal. Nos puso de Ministro de Defensa al comunista ese”. Y te juro, José Vicente, te juro, que aún

sintiéndome al borde de la muerte salí en tu defensa y dije ¿comunista? Bueno, podrá ser comunista, yo también lo soy, y luchamos por la dignidad de los seres humanos. Imbécil, le dije, lo que pasa es que tú no sabes ni lo que estás diciendo.

Recuerdo que utilicé una frase de Jesús Mi Señor: “Perdónalos, que no saben lo que hacen, que no saben lo que dicen”. Es la ignorancia y la manipulación del imperialismo y de la burguesía criolla, aprovechando la ignorancia de algunos. Estos buenos compañeros, que tanto han trabajado. Algunos a mi lado estos últimos ocho años, como José Vicente. Desde una partida de bolas criollas allá en un lugar como le escribí, de cuyo nombre no quiero acordarme, aceptó ser Canciller. Desde entonces, Canciller, Ministro de la Defensa, Vicepresidente. Ocho años sin descanso ni un día, sin vacaciones ni nada, aguantando ataques, difamaciones, amenazas, poniendo el pecho y poniendo la vida como aquel 11 de abril. Recuerdo al José Vicente de aquella noche y su mirada escrutadora como diciéndome “Tribilín, ¿qué vas a hacer ahora?” Pero asesorándome, ayudándome a entender, a visualizar. Honor a quien honor merece. Allá se fue al Despacho, el mismo cuarto aquel donde hace 98 años Juan Vicente Gómez selló la traición, no sólo a su compadre Cipriano Castro, sino a la Patria, para entregarla luego a la voracidad imperialista. Aquel mismo Despacho donde Rómulo Gallegos cayendo, derrocado, le dijo a Giacopini Zárraga, interlocutor con los golpistas: “No voy a dialogar con ellos. Ellos son Doña Bárbara, yo soy Santos Luzardo”. Allá llegó José Vicente y me dijo: “Aquí estoy. Siempre le dije a Anita que si este día llegaba se quedaría viuda”. Cuánto admiré entonces y admiraré siempre aquella capacidad, aquella serenidad para asumir la inmolación si había que asumirla. Pero Dios no lo quiso así. La historia no lo quiso así. El pueblo no lo quiso así. Nuestros soldados bolivarianos no lo quisieron así. Y aquí estamos hoy, José Vicente, y entregas la Vicepresidencia con la frente en alto a ese ilustre venezolano que es Jorge Rodríguez. Gracias, José Vicente.

Merentes y los más lejanos recuerdos que tengo de la Universidad, la matemática, los análisis políticos. Desde Yare. Nos conocíamos en Yare porque fue punto de encuentro. Y luego su humildad, su entrega, su trabajo permanente, consistente. Wilmar Castro Soteldo, desde los años aquellos cuando juntos preparábamos el movimiento bolivariano, lo impulsábamos, lo comandábamos, Luis Reyes Reyes, Wilmar Castro, 4 de febrero.

Ni qué decir del Negro Aristóbulo, también es como el Guaire. A Aristóbulo no lo conocía antes del 4 de febrero, pero sabía quién era. Era diputado. Aristóbulo y nosotros nos sellamos el 4 de febrero de 1992, porque fue uno de los pocos líderes políticos, casi el único, que salió a defender la rebelión militar con coraje, con valentía, desde las tribunas del entonces Congreso Nacional. Gracias, Aristóbulo.

Samuel Moncada. Éramos compañeros de las clases de historia de la Academia Militar por los años 80. Desde entonces comencé a respetar a este muchacho. Samuel, profesor de historia de la Academia, dando clases de historia, uno fue captando muchachos. Ayer recordábamos cómo aquella historia militar nos permitió impulsar el movimiento revolucionario. Recuerdo cuando veíamos la historia militar venezolana, que es historia política, por ahí comenzaba la conspiración. La historia es una sola. Se trataba de romper los viejos paradigmas que enseñaban la historia militar. La decapitaban. Le quitaban lo económico, lo político, el alma. Cómo se entiende Carabobo, cómo se entiende Boyacá, cómo se entiende La Guerra de Independencia sin la Colonia, sin el modelo esclavista, sin el despertar de la conciencia de la juventud criolla. Cómo se entiende el año 1814 sin la rebelión popular de los negros, de los pardos, de los peones de la sabana que se fueron detrás de José Tomás Boves, como esperanza de redención social: 1814 fue un año de guerra de clases.

Yo siempre observaba a Samuel Moncada y aprendí mucho de él. Y lo aprendí a respetar más cuando, con mucho valor y coraje, escribió aquel libro *Los Huevos de la Serpiente*, cosa que valió que lo echaran de la Academia. Tuvo que dejar su cargo de profesor de Historia. Siempre recomiendo ese libro para que entendamos bien cómo nació FEDECAMARAS y todos esos organismos de la burguesía venezolana y cómo han estado siempre detrás de golpes de estado, detrás de la entrega del país, como estuvieron el 11 de abril y todos estos años. Ojalá cambiaran y asumieran un proyecto nacional. Necesitamos un empresariado nacional. Y estamos dispuestos a trabajar juntos con un empresariado criollo, que sienta orgullo de ser venezolano y que trabaje para satisfacer las necesidades del pueblo venezolano, de la sociedad venezolana. Gracias, Samuel.

Gracias Francisco, Francisco Armada, de la escuela de Gilberto Rodríguez Ochoa, aquel médico patriota, revolucionario infinito y ejemplo de todos nosotros. Yo no conocía a Francisco. Sólo que llegó por la vía de la muchachada de Gilberto. Así, me dijo un día Gilberto: “Tengo una muchachada por ahí, una escuela de médicos sociales”. De esos médicos que colocan, como debe ser, al ser humano en primer lugar, enemigo del capitalismo médico, adversario de la privatización de la Medicina. Gracias Francisco. Gracias por todo el esfuerzo y todo el avance que hemos logrado en Barrio Adentro, en la Salud, así como en la educación bolivariana con Aristóbulo al frente en estos años. Salud, Educación y las Finanzas.

Cuánto inventamos, Nelson. Ahí queda el FONDEN, el Banco Central de Venezuela. Ahora tú vas para el Banco Central. He designado a Nelson Merentes como uno de los nuevos directores del Banco Central de Venezuela. Giordani es director también. ¿Cuándo me van a dar los 7 mil millones de dólares? ¿Se acuerdan que mamaban gallo con el millarcito? Bueno, ahora no es uno, son varios.

Les digo una cosa: Hay presidentes de otros países que ya nos están preguntando “¿Cómo es que ustedes hicieron? ¿Qué es lo que ustedes inventaron allá?” Lo que aquí ocurría era una estupidez. Las reservas internacionales, todas, colocadas la mayor parte en los bancos norteamericanos. Y con ese dinero, nos prestaban a nosotros. Nos pagaban 3% de interés y nos prestaban a 8% y a 10%. Toda la vida fue así y aquí nadie sabía. Sólo una élite que hacía negocios.

Y luego, unas reservas internacionales que no se podían tocar porque el Banco Central es autónomo y maneja las reservas, que, por cierto, es una de las cosas que quiero modificar en la Constitución, porque así quedó en la del 99, en la nuestra, y eso es nefasto.

El Banco Central de Venezuela no debe ser autónomo. Esa es la tesis neoliberal. Como me decía el Presidente Correa, economista, por cierto, con post-gradados en no sé qué universidad en Estados Unidos, en Harvard, en no sé cuál otra. ¿Qué me decía Correa? Me decía: “Bueno Chávez, tienes razón. Los bancos centrales han sido autónomos de nuestras repúblicas. Pero

no han sido autónomos en relación con el Fondo Monetario Internacional. Dependiendo del Fondo Monetario estuvieron mucho tiempo”.

Era el gobierno mundial. Así como PDVSA dependía de allá, también el Banco Central dependía de allá. Qué esperanza podíamos tener nosotros los venezolanos. Estábamos totalmente esclavizados.

Yo ayer conversé por teléfono con Monseñor Mario Moronta y le dije que iba a hacer público esto, porque la jerarquía católica vuelve por sus fueros. Ayer yo vi al Presidente de la Conferencia Episcopal diciendo unas barbaridades. Otra vez. Y yo le dije a Mario Moronta: “Bueno Mario ¿y tú eres qué, tú eres mudo, perdiste el habla, dónde está el Mario Moronta que salía a decir cosas, a defender verdades?” Ah, lo mandaron allá a la frontera, en San Cristóbal. No es que el estar en San Cristóbal no sea digno, pero a él lo movieron allá. Él me dice “bueno, la disciplina”. OK. Está bien. Acepto la disciplina, pero el que calla otorga. Entonces viene el Presidente de la Conferencia, y más grave el Cardenal, defendiendo lo indefendible. Creo que están expuestos a que Cristo los condene. Y además, están perdiendo buena parte de respeto que los venezolanos le tenemos a la jerarquía, sobre todo los católicos como yo.

Cómo se le ocurre al Cardenal salir a decir que por esta decisión soberana que ya he tomado, y les juro que nada ni nadie impedirá que se cumpla esa decisión de no renovar la concesión a ese Canal de televisión, que ya todos saben cuál es. Nada ni nadie podrá evitarlo.

Entonces ¿cómo entender a esta jerarquía católica? Ah, pero son incapaces de criticar el golpe de Estado, ni lo que estos canales hicieron. Jamás lo criticaron. Yo no vi a un solo obispo venezolano criticar el golpe de Estado, o darse por lo menos un golpe de pecho. Por allá en el Paraguay, en cambio, un obispo se lanzó de candidato a la presidencia y parece que anda hablando de socialismo. Aquí un obispo habla de socialismo y les da un yeyo.

Cristo es uno de los más grandes revolucionarios que haya nacido en esta tierra. Cristo, el verdadero Cristo, no el que algunos sectores de la Iglesia Católica manipula. Cristo era un

verdadero revolucionario, socialista. Igualdad. Igualdad. “Bienaventurados los pobres porque de ellos será el Reino de los Cielos. Más fácil será que un camello entre por el ojo de una aguja, a que un rico entre el Reino de los Cielos”. Ese el Cristo verdadero, el de la propiedad común. Cristo era comunista. Era un comunista auténtico, antiimperialista, enemigo de la oligarquía y de las élites del poder.

Ah, pero en muchas ocasiones la Iglesia Católica, y todavía hay corrientes que manipulan al Cristo Señor, para tratar de convertir a esa religión, como dijo Marx, en el opio del pueblo. Aquí no. Aquí no es opio. Aquí es combustible del pueblo. Porque nuestro socialismo, nuestra revolución, no es que sea eminentemente cristiana, no, pero tiene raíces cristianas auténticas, de la justicia social, de la lucha por la dignidad del hombre, del ser humano, de la igualdad, de la libertad. Entonces cuesta entender esas posiciones, Señor Cardenal.

Como también cuesta entender, ya lo señalaba Jorge, las posiciones del Secretario General de la Organización de Estados Americanos, el doctor Insulza. Es una posición bien insulsa de verdad la del Doctor Insulza. Da vergüenza. Ojalá me lo consiga yo ahora en Managua. Se la canto de frente delante de los presidentes y delante del mundo. Debe darle vergüenza. Debería renunciar a la Secretaría de la Organización de Estados Americanos el insulso Doctor Insulza, por atreverse a jugar el papel ¿de qué? ¿qué quiere, ahora, ser Insulza? ¿un Virrey del imperio?

Doctor Insulza, Venezuela es libre, caballero ¡Venezuela se liberó para siempre, doctor Insulza! ¡Váyase con su insulsería para otro lado! ¡Vaya que es bien pendejo, el doctor Insulza! ¡Un verdadero pendejo! Es un verdadero pendejo desde la p hasta la o el doctor Insulza. Da pena, vale.

José Vicente ¿tú te acuerdas las conversaciones con el Doctor Insulza? Ahora viene a decir que el Gobierno venezolano no debería, y además a lanzar una amenaza: Que si nosotros no le damos la concesión a este canal de televisión, habría implicaciones política ¿Qué implicaciones políticas, doctor Insulza, no sea pendejo. Debería renunciar.

Un Secretario General que llegue a ese nivel, por dignidad, debería salir de ese cargo. Perdió todo. Toda moral para estar al frente de la Organización de Estados Americanos. A menos que alguien pretenda convertir a la OEA, de nuevo, en lo que una vez señaló Fidel Castro. Hey Fidel, how are you? Vamos a mandarle un saludo a Fidel, ese nos está viendo allá en La Habana. Hermano, compañero, camarada, padre, amigo, baquiano de los caminos. Bueno, Fidel una vez dijo: “La OEA en aquellos años 60’, la OEA llegó a ser el Ministerio de las Colonias”, caramba ¿Y saben qué? me extraña mucho más en un hombre que se dice muy cercano, o que estuvo muy cercano a Salvador Allende, el Presidente mártir. Qué cosa tan extraña ¿no? Uno puede pensar cualquier cosa del doctor Insulza. Pero bueno, doctor Insulza, sencillamente no se meta con nosotros. Respete a Venezuela. Venezuela se respeta. No le permitimos a nadie que se meta en los asuntos internos de Venezuela. ¡Patria libre y soberana!

Por supuesto que voy a denunciar la injerencia del Secretario General y la falta de respeto en todas las cumbres a las que yo vaya en los próximos meses. En la próxima reunión en Managua, la próxima reunión en Quito, la Cumbre de MERCOSUR, para ponerlo en su lugar. No le tenemos miedo, señor. Usted está muy equivocado. Muy equivocado.

Lo mismo que el Cardenal. Yo le ruego al Señor Cardenal que ocupe su puesto. ¡Zapatero a su zapato! Pero aquí no valdrán ni amenazas, ni manipulaciones o intentos de manipulación. Esa es la oligarquía. Claro. Esa crema, pero es una crema nauseabunda, pestilente de la oligarquía venezolana, que busca refugiarse detrás de las sotanas. Buscar refugiarse detrás de instituciones como la OEA.

Y van a seguir, ustedes van a ver. La batalla comenzó temprano. Pero Venezuela no se rinde ¡La revolución venezolana no se rinde! La batalla comenzó temprano. Nos disparan desde la OEA. El mismísimo Secretario General. Nos disparan desde la Conferencia Episcopal. Y ahora, ahora vienen los obispos a exigir que nosotros les expliquemos qué es eso del socialismo. Señores vayan a buscar los libros de Carlos Marx, de Vladimir Lenin, vayan a buscar la Biblia para que vean el Socialismo ahí. ¿Que yo le vaya a explicar a los obispos qué es el Socialismo? Yo no tengo nada que explicarles, señores obispos, bastante se supone



que ustedes han estudiado. Y si no lo han hecho, estudien pues. Estudien. Vayan a estudiar el socialismo. Les pudiéramos mandar unos libritos de los tantos que están saliendo. Carreño, que es el nuevo Ministro del Interior. Vamos a mandarle unas cajas. Todos los libros de Socialismo que consigas, Carreño, como regalo a la Conferencia Episcopal Venezolana. Porque ellos parece que no tienen idea de lo que es eso. Para que estudien pues. Para que estudien. Y el primer libro es La Biblia, el Viejo Testamento, el Nuevo Testamento, el Sermón de la Montaña, el verdadero sermón. Ustedes saben que el Sermón de la Montaña tiene varias versiones.

A Cristo, así como a Bolívar le escondieron cartas, las quemaron, para luego manipular. La oligarquía venezolana, la colombiana, utilizando a Bolívar contra el propio Bolívar, contra el propio pueblo. Lo mismo ha hecho en muchas ocasiones las corrientes conservadoras de la Iglesia Católica, que lamentablemente son la mayoría. Han manipulado a Cristo, le han quitado palabras y han querido convertirlo en un señor lejano. A veces con cara de bobo.

Una vez un obispo aquí, de estos oligarcas, se molestó porque yo dije “el flaco de Nazaret” ¿Y acaso que Cristo era gordo? Era un flaco. El que andaba montado en un burrito ¿Por qué no se irán los obispos montados en burrito por los pueblos? Hay algunos que lo hacen. Me consta que Mario Moronta es uno de ellos. Hay obispos, pero no hablan, eso es lo que yo les critico, que andan calladitos. Sí hablan pero hablan por allá, calladitos ¿Por qué no asumen? Estamos en un momento existencial de la vida venezolana. ¡Nosotros vamos al socialismo y nada ni nadie podrá evitarlo! Vamos al socialismo y seguiremos haciendo la Revolución Bolivariana.

Luego, Ricardo Dorado, Ministro del Trabajo saliente. Llegó por vía de María Cristina y todos esos caminos al Ministerio del Trabajo, Vuelvan Caras y todo aquello, y agradezco a Ricardo su desempeño, su entrega, la Misión Madres del Barrio, cuánta sensibilidad, cuánto trabajo, cuánta eficiencia. Por eso digo, víctimas han sido de esa conseja de la burguesía, de que Chávez está mal rodeado, de que Chávez no escoge, no sabe escoger sus colaboradores. Claro, muchos de los que critican quisieran estar aquí para robar, para hacer lo que hacían antes, ministros de Finanzas que eran banqueros, “zamuro cuidando carne”, y así por el estilo,

grandes negocios; subordinación al imperialismo y a la oligarquía. Gracias Ricardo, gracias Jacqueline.

Jacqueline Farías, entregada desde toda su vida al trabajo por la justicia social, por la felicidad de nuestro pueblo, y ¡qué pasión! le pone Jacqueline a su trabajo. El inmenso trabajo de salvar el ambiente, amenazado por el desarrollismo, por el capitalismo.

Cuánto esfuerzo, cuánta orientación, cuánto enrumbar, porque hoy Venezuela está enrumpada. Venezuela hoy tiene rumbo. Hace pocos años atrás no había rumbo, hoy tenemos la dirección clara y estamos comenzando esa nueva etapa, esa nueva era, gracias a que ha sido exitosa la etapa que concluye. No pudiéramos para nada estar soñando entrar en una nueva era si no hubiésemos sido exitosos en la etapa anterior. Alguien puede pensar que esos 7.300.000 bolivarianos y conscientes del 3 de diciembre, los logró Chávez porque él habla bastante o por la verruga. No, es conciencia de un pueblo y de buena manera gracias al esfuerzo y al éxito de los planes del gobierno en educación, en salud, en el desarrollo económico, y en eso ¡qué voy a hacer yo solo! Nada haría, gracias a mis ministros, a mi Vicepresidente, a este grupo de buenos compañeros que hoy dignamente entregan sus cargos.

Yadira Córdova, desde los tiempos de la universidad, nosotros en el 4 de febrero y aquel grupo que ustedes tenían de profesionales, estaba Giordani también, que hizo una propuesta alternativa desde la UCV al país. Desde entonces conocía a Yadira y leí sus escritos. Luego esta etapa en el gobierno y ahora al frente del Ministerio de Ciencia y Tecnología, un ministerio nuevo que ella fundó con su equipo, nuestro equipo, y ahí está entregando el Ministerio. Estamos haciendo un satélite en China, hemos aprendido a reparar tanques de guerra que tenían años que no podían rodar, porque no había aquí quien lo hiciera, pero con ingenio y dedicación se pusieron a estudiar el cerebro electrónico de los tanques. La Misión Ciencia, el apoyo al desarrollo, los Infocentros, la telemática, la fábrica de computadoras, la de vehículos, la de celulares. En fin, cuánto hemos avanzado. Tenemos un piso sólido para ahora crecer, desarrollarnos mucho más en todos los ámbitos de la sociedad, de la economía, de la política, de la ciencia, de la tecnología. Gracias Yadira.

Gracias Jorge García Carneiro, quien ha fundado también con este equipo nuestro, el nuevo Ministerio de Participación Popular, los Consejos Comunales, un impulso extraordinario, el motor fundamental del poder popular, de la democracia revolucionaria. Viejo amigo, camarada y compañero, desde los días aquellos de la Academia Militar de 1971.

Gracias Gustavo Márquez Marín. Cuánto ha ayudado Gustavo en el enrumbamiento de Venezuela hacia el MERCOSUR, en la integración de Venezuela a la unidad suramericana, en llevar nuestras posiciones a infinidad de reuniones, de talleres, de cumbres, de asambleas.

Gracias por el desprendimiento de todos y por lo que han aportado, como ellos son muy modestos, pues no dicen nada de esto. Yo lo digo, en justicia. Honor a quien honor merece. Se van ustedes por la puerta grande y yo agradecido a nombre del pueblo venezolano todo, a nombre de la Revolución toda.

En ejercicio del amor nada concluye, todo recomienza. Gracias muchachos, gracias muchachas, compañeros.

Y, como dicen allá en el llano, perdonen de mi parte lo malo, no es fácil trabajar conmigo. Si yo no fuera Chávez le pediría a Chávez que me mandara lo más lejos posible de él a trabajar, si es que de trabajar con él se tratara. Si fuera a jugar bolas criollas, pelota de goma, soft ball, chévere. Por eso digo, perdonen lo malo, he aprendido mucho de ustedes y aquí seguiremos, como lo ha dicho José Vicente, en la batalla continuamos.

Tampoco es que se van del gobierno, José Vicente dijo: “los que nos vamos del gobierno no nos vamos de la Revolución”, no se van tampoco del Gobierno, porque no olvide José Vicente, no olviden compañeros, compañeras, que hoy en día el Gobierno debe ser más otra cosa muy distinta al Consejo de Ministros, al presidente Chávez. El Gobierno debe ser cada día más el pueblo, la calle, el campo, el gobierno popular, el poder popular.

Señores ministros, ministras, señor Vicepresidente, tendría muchas cosas que decirles, pero prefiero dejarlo para la reunión que tenemos más tarde en Palacio. Les agradezco mucho a todos los que han llegado hoy, a los que han asumido el cargo. Los he juramentado a todos,

por cuanto Rafael Ramírez por ejemplo, ya no es el ministro de Energía y Petróleo nada más, es el Ministro del Poder Popular. Eso tiene, ustedes lo saben, un gran reto, una gran significación y un gran compromiso.

Baduel no es ministro de la Defensa simplemente, es ministro del Poder Popular para la Defensa. Eso obliga, eso compromete mucho más. Entre otras cosas deben ustedes abrir canales para alimentar las instituciones, los ministerios, la burocracia con esa corriente viva y con esa fuerza transformadora del poder popular que debe llegar a todos los espacios institucionales y las instituciones deben irse al poder popular.

Una de las características del nuevo Gobierno, así lo digo, señor Vicepresidente Rodríguez, señores ministros, ministras del Poder Popular, permítanme decirlo en dos palabras: Gobierno Endógeno. Les voy a poner un ejemplo, Aló Presidente pronto reaparecerá el próximo domingo 14, si mal no recuerdo, ese día, mientras yo esté en un punto equis del mapa, mi amigo el Vicepresidente debe estar en el punto “Y” del mapa, en el otro extremo de Venezuela, y debe estar seguramente con un grupo de ministros. Vamos a organizar el Gabinete en grupos de recorrida, de patrullaje por el país para recorrer los campos, las calles, los pueblos, en equipos de trabajo.

Los lunes, martes, miércoles, tendremos tiempo para la oficina, para el Despacho, y atender las cosas que haya que atender en Caracas. Pero jueves, viernes, sábado y domingo ¡a la calle!, ¡los campos!, ¡los pueblos! Por supuesto, con un plan de trabajo. Gobierno en la calle, Gobierno Endógeno. Eso es sólo un adelanto de las “sorpresitas” que les tengo preparadas a mis muy queridos, ellos van a ser felices, se van a liberar de una parte, aun cuando lo hemos venido haciendo, pero no lo habíamos hecho hasta ahora de manera planificada. Y luego todos los lunes nos reunimos el Vicepresidente y yo. El debe tener en esa reunión un resumen de todos los equipos, de lo que consiguieron por aquí, lo que vieron por allá, porque por todos lados uno consigue dificultades, fallas.

Por ejemplo, la última campaña electoral me sirvió para muchas cosas, una de ellas, abrirme más el pecho y el compromiso con los más humildes, con los más pobres, porque por allá

llegué a Delta Amacuro, por ejemplo, a Tucupita, y del aeropuerto la caravana, aquella gente, toda en la calle y vaya con qué frenesí, y más allá de los pueblos, más allá del frenesí, ranchos y ranchos por todos lados, pobreza y miseria. Pero ahí está el pueblo, y ahí está el 3 de diciembre. Vean ustedes que los más altos porcentajes de votación los tuvimos precisamente por allá en las zonas indígenas, en las regiones más pobres, más alejadas, en los barrios más pobres de las grandes ciudades, en muchos de ellos aún no hay agua potable, en algunas partes aún no hay energía eléctrica, o la carretera no sirve, o la escuela no sirve, o no llega el crédito para los productores o no hay transporte, no hay médicos, no hay medicinas. Ratifico pues, mi compromiso con los venezolanos más pobres. Es con todos el compromiso, pero primero, señor Vicepresidente, señores ministros, ministras, los más pobres.

Uno consigue por todos lados problemas de todos los tipos y de todos los colores. Por eso el lunes, Jorge, el Vicepresidente, tendrá un resumen del resultado de la travesía. Hasta el Canciller tiene que hacer eso, todos, unos más unos menos. Rodrigo Cabezas, nuevo ministro de Finanzas tiene que ir a chequear cómo se están utilizando los recursos aquí.

Cada ministro, ministra, el Vice-presidente, debe ser un inspector, severo inspector. Les he dicho, quiero verlos llegando de manera imprevista, sin previo aviso a cualquier lugar del país donde se esté haciendo alguna obra, algún trabajo. Quiero que me llamen de allá y me digan: “Presidente aquí estoy en la carretera que se está construyendo entre Guasdualito y Elorza y he descubierto esto... aquí estoy Presidente en el Núcleo Endógeno en tal parte, aquí estamos en el...”, etc. En todas partes, a cualquier hora, a medianoche, en la madrugada, domingo, sábado... Gobierno Endógeno.

Eso es sólo un ejemplo que estaba dando de cuántas cosas tenemos nosotros que conversar hoy, mañana y todos estos días. Cuánto trabajo tenemos, porque se trata compañeros, camaradas, voy a recordarlo, se trata de que hemos cerrado un ciclo y viene uno mucho más complejo, mucho más exigente, mucho más difícil, para cuyo éxito estamos obligados a empeñarnos a fondo, para que marchemos como el Magallanes en estos días que no pierde con nadie.

Va a requerir la nueva era aplicarnos más a fondo, exigírnos más nosotros mismos, individualmente, como grupo, todos nosotros, en todas partes, sea cual sea la trinchera que a cada quien le corresponda en este inicio. Ustedes deben recordar que lo dije en la campaña electoral hablando del 3 de diciembre antes de que ocurriera: “3 de diciembre: tu destino está escrito; 3 de diciembre, tu no serás un punto de llegada, serás un punto de partida”. Lo más que hice en diciembre fue leer, estudiar, reflexionar, anotar, escribir, planificar e inventar. Y ahora llegó el momento de comenzar a aplicar esquemas, ideas.

He recibido muchos documentos sobre el Partido Unido; es una necesidad. Me han criticado por ahí y algunas personas respetables, yo acepto la crítica siempre, pero tengo una explicación. Cuando dije aquí que a mí no me llamen a discutir sobre el Partido Único o Unido, es porque tengo desde 1994 dando ese debate, ya me sé todito. No podemos seguir perdiendo más tiempo, sigo haciendo un llamado a todos los partidos políticos, vamos a unirnos todos, es el pueblo el protagonista de todo esto, tiene que ser el pueblo. Así que he estado trabajando bastante, en el modelo, cómo es que se va a formar ese partido unido, desde las bases, elecciones desde las bases. Nadie va a estar en una directiva o comando si no viene elegido desde las bases. Llegó el momento de dejar atrás los esquemas tradicionales, ese es mi punto de vista, respeto cualquier otro, pero hemos estado trabajando bastante en eso.

La Reforma Constitucional también y la reforma de un conjunto de leyes, algunas de ellas se han quedado agazapadas por ahí, leyes de la IV República, por ejemplo el Código de Comercio de Venezuela, ¿ustedes saben en qué año fue aprobado? En 1904 y le hicieron una reforma en 1955. Es un Código de Comercio meramente capitalista para evitar otras relaciones comerciales que pongan lo social por delante. Eso hay que echarlo a la basura y hacer un Código de Comercio para el socialismo del Siglo XXI venezolano. Ese es un caso, pero hay muchos otros. Unas leyes que se aprobaron en 1992, 1991 cuando aquí mandaba el Fondo Monetario y todavía están vigentes, son deudas que tenemos con la Constitución. En fin, señores ministros, ministras, señor Vicepresidente, compatriotas, pido toda la colaboración para el equipo.

José Vicente tiene razón, lo dije varias veces, sobre todo en los últimos años, después del golpe de Estado. Ustedes recordarán que tuve ministros que no eran nada revolucionarios, pensábamos que lo eran, nos engañaron, nos manipularon, al menos a mí. Pero miren este grupo, este batallón de ministros, de ministras que salen por la puerta grande y la frente en alto del Gabinete. Cada día el equipo mejora, cada día el equipo está más consolidado. He tenido un gran gusto de contar con ustedes, José Vicente, compañeros y compañeras ministras, de los mejores equipos de Gobierno que en Venezuela han existido y si quiere alguien que revise la historia de los gabinetes de Gobierno, de cien años para acá.

Vamos todos juntos a trabajar cada día con más eficiencia, en una guerra a muerte contra la corrupción, contra el burocratismo, contra las desviaciones pseudo revolucionarias. La corrupción es toda una operación contrarrevolucionaria que está por dentro de la Revolución. El burocratismo es toda una corriente contra revolucionaria que está dentro de la Revolución. Hay que apuntalar y afincar la batalla contra esos fenómenos que son verdaderas amenazas para el proceso revolucionario.

Termina una fase de transición, así lo he dicho, desde 1999 a 2006, ocho años, y entramos a una nueva era a la que hemos llamado El Proyecto Nacional Simón Bolívar 2007-2021, son 15 años. Vamos a darle duro estos 15 años que vienen, rumbo al Bicentenario de Carabobo, Proyecto Nacional Simón Bolívar, socialismo bolivariano. Para ello se requerirá, mayor esfuerzo, mayor eficiencia, mayores niveles de logros, empeño, mayor claridad ideológica, “eficiencia política y calidad revolucionaria” decía el gran revolucionario Alfredo Maneiro.

Este año es un año de arranque. Vamos a encender los motores, vamos a encender más bien como una batería de motores, un conjunto de motores, invoco de nuevo al Poder Constituyente de la Nación, así como hace ocho años lo invocamos y lo convocamos. Invoco y convoco al Poder Constituyente, al Poder Popular, combustible verdadero para que estos motores de los que hablo puedan llevarnos hacia futuros mejores. Cinco grandes motores hasta ahora visualizo que debemos encender como una batería de motores, sólo los menciono para dejar lo demás para pasado mañana, allá en la Asamblea Nacional.

Cinco grandes motores para transitar a lo largo de los carriles, como locomotoras victoriosas, las grandes líneas transformadoras del Proyecto Nacional Simón Bolívar, en lo político, en lo social, en lo económico, en lo militar, en lo territorial, en lo internacional, en lo ético.

El primero de los motores de arranque de la nueva era es la Ley Madre, así quiero que sea, una Ley Madre de leyes revolucionarias, señora Presidenta de la Asamblea Nacional, adelanto mi solicitud para una Ley Habilitante revolucionaria. Ya tenemos el documento preparado, estamos haciendo las últimas revisiones para enviarlo en los próximos días a la Asamblea Nacional y solicitar poderes especiales para nosotros. Si las del 2001 fueron leyes que impactaron el esquema económico y social del país, estas leyes que este año haremos deben impactar con una potencia mucho mayor la actual situación económica del país.

Voy a adelantar otro ejemplo, todos esos sectores de un área tan importante y estratégica para nosotros, como es la energía eléctrica, todo aquello que fue privatizado, nacionalícese. Recuperemos la propiedad social sobre los medios estratégicos de producción. La Compañía Anónima Nacional Teléfonos de Venezuela, nacionalícese. Señor Vicepresidente, la Nación debe recuperar la propiedad de los medios estratégicos de soberanía, de seguridad y de defensa. Estratégico, esa es un área estratégica de un país, así como el agua, la energía eléctrica y los servicios telefónicos.

Señor ministro del Poder Popular para la Energía y el Petróleo, hace poco estuvimos en la Faja del Orinoco, todavía allí pervive un aspecto que tiene mucha importancia en lo que fue la Apertura Petrolera, elimínese. Me refiero a que empresas internacionales tienen el control y el dominio de todos estos procesos de mejoramiento de los crudos pesados de la Faja del Orinoco. Eso debe pasar a propiedad de la nación venezolana.

Es el primer motor, Ley Madre de leyes revolucionarias, la Habilitante. Creo que un año es tiempo prudencial, la última Habilitante fue de un año, esperamos que los señores diputados nos den esa potestad que nos establece la Constitución para aprobar más rápido que un rayo ese conjunto de leyes económicas y sociales, sobre todo en esos dos ámbitos de seguridad y defensa.



Segundo motor: la reforma socialista constitucional, vamos rumbo a la República Socialista de Venezuela y para eso se requiere una profunda reforma de la Constitución Nacional, de nuestra Constitución Bolivariana. La Constitución nos presenta un primer piso, nos abre un portón para la construcción del socialismo, ciertamente, pero para avanzar más rápido en mayor amplitud y dimensión se requiere un conjunto de reformas a nuestra Constitución.

El tercero: la educación popular, moral y luces en todos los momentos y en todos los espacios. Vamos a lanzar una jornada nacional todo el año 2007, a la que llamaremos “Moral y Luces” para la educación popular en todos los espacios, en el hogar, en la escuela, en el taller, en la fábrica, en el campo, en el barrio, en todas partes, educación, educación, educación. Hemos dado muchos avances pero aún nos falta profundizar en la educación, cultura, ciencia, tecnología, conciencia, ideología, los valores, los nuevos valores. Hay que demoler los viejos valores del individualismo, del capitalismo, del egoísmo, y hay que crear nuevos valores, eso sólo se logra a través de la educación.

El cuarto: algo que suena un poco técnico, ustedes me perdonan, la nueva geometría del poder sobre el mapa nacional. La nueva geometría, ustedes saben que tiene como tres dimensiones, la dimensión en línea, la distancia; la dimensión en extensión de un territorio y la dimensión volumétrica, el contenido, el volumen. Quiero que nosotros rediseñemos la geometría del poder en Venezuela. Esto va a llevar a profundidades. Un ejemplo es cómo está organizado el Estado Apure, esto nos va a llevar a revisar leyes orgánicas como la de los concejos municipales, eso está intacto y yo diría más, está peor que antes, Concejos Municipales que no tienen ningún poder, que son las mismas viejas estructuras, es el mismo viejo Estado cuarto republicano, las regiones del país, cómo lograr una relación simétrica o una aplicación simétrica del poder político, del poder económico, social, militar a lo largo y ancho de todo el territorio. Ahí tenemos muchas deudas, regiones que están muy apartadas, muy olvidadas, disminuidas, atrasadas, tenemos que levantar el país completo porque es un sólo cuerpo nacional.

Y el quinto: creo que el quinto motor debe ser el más poderoso, la explosión revolucionaria del poder comunal, los Consejos Comunales, pero los consejos comunales en este año

debemos trascender ahora lo local y debemos ir creando por ley en primer lugar, una especie de confederación regional, local, nacional de Consejos Comunales. Tenemos que ir marchando hacia la conformación de un Estado comunal y el viejo Estado burgués que todavía vive, que está vivito y coleando, tenemos que irlo desmontando progresivamente mientras vamos levantando al Estado comunal, el Estado socialista, el Estado bolivariano. Un Estado que esté en condiciones y en capacidad de conducir una revolución. Casi todos los estados nacieron para detener revoluciones. ¡Vaya qué reto el nuestro! Convertir al viejo Estado contra revolucionario en un Estado revolucionario, tengo la fórmula clara, permídenme si suena inmodesto esto, pero de estos ocho años, del estudio, de los maestros y del pueblo vienen las señales, es de Bolívar, ustedes lo saben, esta tremenda señal luminosa, vibrante, esclarecedora de lo que tenemos que hacer, la voy a leer, es del año 1826, es una Resolución del Consejo de Gobierno o ante el Consejo de Gobierno que dirigía Bolívar. Dice Bolívar lo siguiente, cada palabra es una luz, es un rayo, es un faro:

“Nada es tan conforme con las doctrinas populares como el consultar a la nación en masa sobre los puntos capitales en que se fundan los estados, las leyes fundamentales y el Magistrado Supremo, todos los particulares están sujetos al error o a la seducción pero no así el pueblo que posee en grado eminente, la conciencia de su bien y la medida de su independencia. De este modo, su juicio es puro, su voluntad fuerte, y por consiguiente nadie puede corromperlo ni menos intimidarlo. Yo tengo pruebas irrefragables del tino del pueblo en las grandes resoluciones y por eso es que siempre he preferido sus opiniones a las opiniones de los sabios”.

Este es Bolívar, el verdadero Bolívar. Vamos pues, José Vicente, compañeros, compañeras, con Gustavo Pereira digo desde el corazón, en ejercicio del amor, nada concluye, todo recomienza. ¡Hasta la victoria siempre! ¡Patria o Muerte! Nosotros venceremos. Muchas gracias.